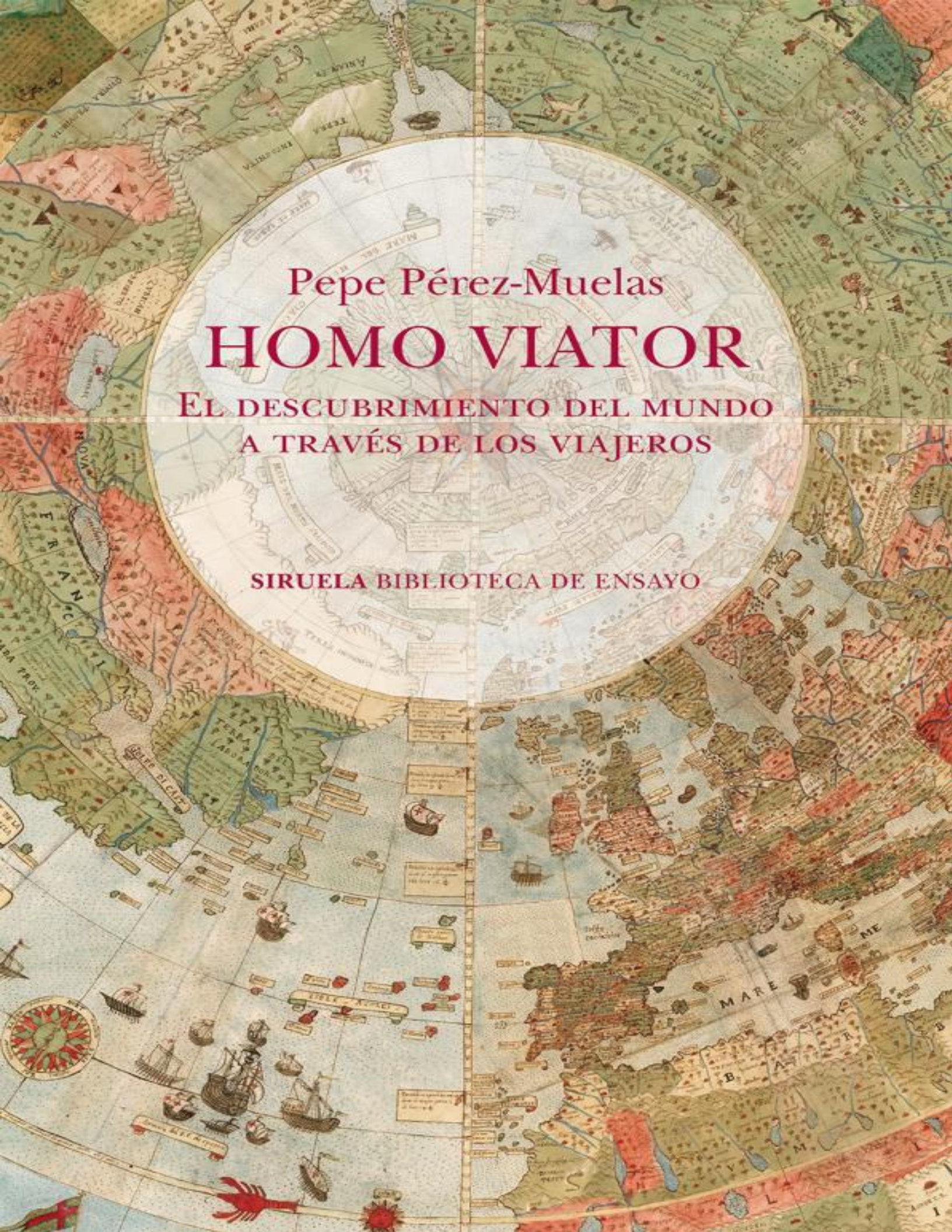


Pepe Pérez-Muelas

HOMO VIATOR

El descubrimiento del mundo a través de los viajeros

SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Pepe Pérez-Muelas

HOMO VIATOR

El descubrimiento del mundo a través de los viajeros

Siruela

Biblioteca de Ensayo 136 (Serie Mayor)

En cubierta y en páginas interiores: Fragmentos de *Descrittione et sito de tutta la Terra sin qui conosciuta*, Urbano Monti (siglo XVI)
© David Rumsey Map Collection, David Rumsey Map Center, Standford Libraries
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© José María Pérez-Muelas Alcázar, 2023
© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-96-8

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

De mapas desmesurados

PRIMERA PARTE. Donde nace el sol

1. La India, el castigo de los dioses

Un dios de ojos almendrados en Elefanta – El país del loto, del pavo real y de los tigres rayados – El bañista de Pichola – Buda, viajero y fundador de viajes – Griegos en una estación en Jaisalmer – La cruz en un barrio de Calcuta – Galtaji, templos vacíos, hombres olvidados – Vasco da Gama llega tarde a su cita – Amanecer en el jardín de las viudas – Kipling en el reino de Alejandro – Benarés: viaje a los infiernos – Khajuraho y el amor hecho piedra – Kapuscinski descubre el castigo de los dioses

2. China y Japón, los caminos del este

Tango del viudo en Rangún – Bar Sauma contempla la erupción del Vesubio – ¿Hacia dónde se dirigen los caminos del este? – El invento de Marco Polo – El camino de la seda – Diego de Pantoja toca el clavicordio en Pekín – Mancio Ito posa para Tintoretto – Francisco Javier desembarca en Kagoshima – Alessandro Valignano en la ciudad herida – Hervé Joncour compra seda en el país prohibido – Isabella Bird toma un tren en Tokio – El país de los cerezos – André Malraux roba en un templo de Angkor Wat

3. El Himalaya, la cima del mundo

El viaje vertical – Marie Paradis escucha a Henriette d'Angeville – Michel Peissel en el reino de Mustang – Una mujer y un hombre en Lhasa – La ciudad que mira al Everest – El príncipe que huyó de los palacios – Reinhold Messner se venga del Nanga Parbat – El pentagrama del Annapurna – El Shisha Pangma frente a Edurne Pasabán – Jerzy Kukuczka, el dios del Lhotse – Wanda Rutkiewicz quiso abrazar el Kanchenjunga – Otros cielos, el mismo cielo

SEGUNDA PARTE. La senda hacia Oriente

4. Egipto, el país del Nilo

Los límites del Nilo – La Akhetatón de Sinuhé – Heródoto encalla en Elefantina – Un sueño llamado Alejandría – «Dile adiós a Alejandría, que se aleja» – La isla de Filé despide a los dioses egipcios – Mansa Musa bebe oro del Nilo – Ibn Battuta y el perfil de la mezquita de Al-Azhar – Napoleón pasa una noche en la pirámide de Keops – En busca de una civilización perdida – Un ruso perdido en El Cairo – Mark Twain espanta a los turistas – Dorothy Eady frente a una figurilla en el Museo Británico – En busca de las fuentes del Nilo – El Egipto encerrado en los museos

5. Mesopotamia y Oriente, polvo de estatuas

Layard descubre la biblioteca de Asurbanipal – Donde la historia nunca descansa – El pastor Sheikh Ibrahim descubre Petra – Santa Helena y un sepulcro vacío – Egeria busca una estatua de sal – Federico Barbarroja coge la espada, Ramón Llull toma la palabra – Ibn Battuta camina hacia Damasco – Clavijo observa el cielo en una cúpula – Bizancio, Constantinopla, Estambul… – El té de Damasco del príncipe Alí Bey – Burton y *Las mil y una noches* – Fallaci entrevista a Jomeini – La agonía de Palmira

6. La Meca, una tierra de fe

Peregrinar a la Kaaba – Malraux sobrevuela un reino con nombre de mujer – Elio Galo se pierde en la Arabia Felix – De Marruecos a la India, un viaje de fe – De al-Ándalus a La Meca… – La treta de Alí Bey – Ludovico de Varthema quiere entrar en La Meca – Pedro Páez bebe café – Jean Chardin en un entierro – Carsten Niebuhr tiene miedo a disfrazarse – El asombroso viaje (con circuncisión incluida) de Richard Burton – Tiempo de espías – Un destino imposible

TERCERA PARTE. Los pilares de Occidente

7. Grecia, la barca de la nostalgia

Una guerra, multitud de viajes. El origen de Grecia – Alejandro Magno lee la *Ilíada* – Lo que queda de Troya, Ítaca y Micenas – Conócete a ti mismo, viajero – Colonos por el Mediterráneo – De camino a Eleusis – Catábasis: viajes al inframundo – El filósofo y el barco – Heródoto sale a recorrer el mundo – Jenofonte no pudo leer a Cavafis – Alejandro hace del mundo un barrio griego – El epílogo de Grecia: Pausanias, el viajero de la melancolía

8. La Roma antigua, el balcón de la historia

El chino Gan Ying quiere llegar a Da Qin – Eneas, el primer refugiado de la historia – Las otras Romas: de Volubilis a los templos egipcios de Antínoo – De Cádiz a Roma con los Vasos Apolinares – Un paseo por la Appia Antica – Plinio el Viejo describe un puerto indio en el que nunca ha estado – Ovidio y su exilio en la muerte del Danubio – Flavio Josefo, un judío en Roma – Adriano contiene en su villa el mundo entero – Pirámide Cestia, enterrarse en lo exótico – Pablo de Tarso, explorador de palabras – El balcón de los Museos Capitolinos

9. El Camino de Santiago, la ruta hacia las estrellas

La vida como un viaje espiritual – La prehistoria del Camino de Santiago – Santiago, entre la historia y el mito – Se descubren unos huesos… – El Códice Calixtino, primera guía de peregrinos – El viaje del arte románico – Un Cristo, una oca y un juego – Roncesvalles bajo la lluvia – Eunate, mi pequeña Jerusalén – Donde cantó la gallina una vez asada – La vieja alcahueta que contempla la catedral – Una iglesia rota – Por la meseta castellana – O Cebreiro en la niebla – La llegada: el Pórtico de la Gloria

CUARTA PARTE. La conquista de nuevos mundos

10. *Finis Africae*, el perfil de un continente

En busca del unicornio – *Finis Africae*, los mapas sin destino – Periplo de Hannón – Las islas Canarias, las

puertas del océano – Una barca de cañas para atravesar un océano – Un navegante llamado Enrique y un pueblo llamado Sagres – El fracaso de los hermanos Vivaldi – Portugal dibuja el mapa de África – Bartolomé Díaz y Vasco da Gama coronan el sueño portugués – Hacia la ciudad prohibida de Tombuctú – El infierno en la tierra: Stanley y Leopoldo II en el Congo – Livingstone espera leyendo la Biblia – *El corazón de las tinieblas*, el viaje más temido

11. América, las Indias descubiertas

Ruta por el mar Tenebroso – Colón visita un mercado en Quíos – El Almirante miente a su tripulación – Americo Vespucio encuentra su oportunidad en los mapas – Crónicas de Indias, entre el realismo y la magia – Vasco Núñez de Balboa descubre el océano Pacífico – Cautivos en Yucatán – Diego de Ordás escala el Popocatépetl – Cortés desde lo alto del Templo Mayor – Cabeza de Vaca sobrevive al naufragio – California y los caballeros novelescos – Un hidalgo en una carabela

12. América, las Indias doradas

Juan de la Cosa y Martín Fernández de Enciso fotografían América – Pizarro bebe sangre de tortuga – Defoe contempla el Támesis – Orellana navega el Amazonas – El rumor de El Dorado – Machu Picchu en una mañana de niebla – Todos los caminos llevan a Cuzco – Inés Suárez en los caminos de Chile – Juan de Cartagena traiciona a Magallanes – Puerto del Hambre, el fantasma del estrecho – La ciudad de los Césares

QUINTA PARTE. Un viaje sin límites

13. Los siete mares, la ciencia a bordo

Elcano sin Magallanes – Un esclavo que rodeó el globo – La isla pensada por Umberto Eco – Jorge Juan y Antonio de Ulloa, la forma exacta de la Tierra – Jeanne Baret escondida en el barco de Bougainville – González Ahedo dibuja los dioses de Isla de Pascua – James Cook persigue el planeta del amor – Celestino Mutis llena España de flores – Humboldt frente a la Coatlicue – Bustamante y Malaspina hacen posible la geografía – Balmis-Zendal, el viaje de la esperanza – Darwin lee la Biblia en las Galápagos

14. Los polos, de las tierras heladas

Terra Australis Incognita, la geografía como simetría – Ptolomeo y los mapas antiguos – Primeras navegaciones por la Antártida – La espera del continente – La llegada al Farthest South – La expedición del Erebus y el Terror – La edad heroica de los viajes a la Antártida – Amundsen y Scott, la vida y la muerte en el hielo – El Endurance de Shackleton – Los vikingos en el Ártico – El Farthest North: exploración británica del Ártico – La expedición perdida de Franklin – Fraudes y fracasos en el Polo Norte – Un barco hallado en el fondo del océano

15. Los cielos, Ícaros más allá de las nubes

Verne viaja a la Luna – «Vengo del espacio, pero soy soviético» – Ícaro, el de las alas de cera – Pájaros sobre el canal de la Mancha – Los hermanos Wright emprenden el vuelo – El zepelín del barón – Las islas salvadoras de Gago Coutinho – Antoine de Saint-Exupéry se pierde en el Sahara – Amelia Earhart, la aviadora indomable – Los marcianos invaden el cielo – El ladrido de Laika – El salto de Valentina Tereshkova – Armstrong, Aldrin y la pisada lunar

EPÍLOGO. El Grand Tour, el redescubrimiento de Grecia y Roma

El lapidario de Trieste – Petrarca lee la *Ilíada* – Hernando Colón busca libros en Roma – Una postal de Roma por dos francos – Un joven lord viaja a Italia – La noche de Villa Diodati – Lord Byron deja su firma en el templo de Poseidón – Stendhalazo fuera de sitio – Schliemann abre un libro – Un cementerio lleno de viajeros

Bibliografía escogida

Agradecimientos

Mapa

A Mercedes, porque me enseñaste que Ulises y
Penélope pueden viajar juntos

«En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del Imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él».

JORGE LUIS BORGES, «Del rigor en la ciencia»


Aeul
In questi deserti vi sono
spiriti, ch' ingannano li
uandanli, & farli pericolare
qui si trou
di donzell
coda di s
TAN
PR
acania
atin
lop
DESER
TO, DE LOP.
archian

«En estos desiertos
hay espíritus que engañan
a los viandantes y les hacen correr peligro».

De mapas desmesurados

El rey se encerraba durante horas en la gran sala del palacio. Allí nadie lo interrumpía. No existían Lutero, ni América, ni Roma, ni Túnez. Despachaba los asuntos que tenían al orbe en vilo y corría por los pasillos de mármol hasta desaparecer detrás de la puerta. Los consejeros esperaban preocupados al pie de la escalera. Crecían los rumores sobre ese aislamiento autoimpuesto. Algunos decían que se trataba de melancolía, un mal que no tenía cura. Otros rumoreaban que el joven monarca no podía soportar la presión, que dos coronas eran demasiadas para una sola cabeza.

Fue Alonso de Santa Cruz el que descubrió qué hacía el rey en la soledad de aquel salón. El monarca lo había contratado como cosmógrafo de la corte. Había viajado a América y ahora escribía un atlas sobre todas las islas que flotaban en este planeta apenas circunnavegado. Carlos V leyó su *Islario* en las noches de insomnio. Entre ellos se forjó una extraña amistad no basada en la política, ni en la religión ni en la guerra. Pasaban las tardes charlando sobre geografía, sobre lugares lejanos a los que el rey nunca podría llegar. Santa Cruz le hablaba de las estrellas, de la posición de los cuerpos celestes y de cómo los marineros se orientan en plena noche para despistar las tormentas. El Habsburgo cerraba los ojos y se dejaba transportar por su verbo ágil. Aquel era un viajero que había visto las nuevas tierras. Su voz sonaba a una expedición de palabras.

Alonso de Santa Cruz le recomendó al emperador viajar a través de los mapamundis dibujados con esmero en las paredes de la gran sala. Los frescos describían ciudades extranjeras, puertos italianos abiertos a las flotas españolas, burgos alemanes con catedrales góticas hechas de arena y ensenadas americanas, caudalosas como un río primitivo. A primera vista, el mundo entero se mostraba con colores acuáticos. El rey intentaba callejear por el trazado urbano de una ciudad desconocida, la memoria que el pintor había retenido de un viaje anterior. Así pasaba sus horas el dueño de la mayoría de esas ciudades. A todas ellas quiso llegar como viajero, pero se conformó con la mirada atenta de un simple observador, como quien abre un atlas moderno.

Después llegaron los ataques de gota, la muerte de la reina, Isabel de Portugal, y la melancolía se instaló sobre sus hombros. Pero el rey nunca se despegó de sus mapas, incluso en el otoño de Yuste. Acudió puntual a su cita con la geografía, con los viajes pretendidos que se iban formando en su cabeza y que existían solamente en la intimidad de la tarde. Viajar es un ejercicio de transparente imaginación. Empieza en los libros. Termina en un jardín extranjero. Entre ambos el ser humano aspira a vivir en la huella de los caminos que recorren el mundo.

Robert Burton escribió en 1621 un tratado sobre la melancolía. Fue un libro revolucionario sobre un mal que atacaba por igual a hombres y mujeres, a ricos y pobres. *Anatomía de la melancolía* exponía algunos remedios contra ese mal. Uno de ellos, por muy extravagante que suene, solía funcionar con ciertos pacientes. Se trataba de observar mapas. Exactamente el método empleado por Carlos V en sus retiros taciturnos en Toledo o Yuste.

La idea de escribir este libro surgió en una cafetería de vía Zamboni, en Bolonia. Se trataba de saldar una cuenta pendiente con los viajes y las ciudades que me han acogido a lo largo de mi vida. Contemplando el ir y venir incesante de turistas y estudiantes por las calles rosadas, se iluminó en mí un libro que aspirase reunir a todos los viajeros leídos y emulados. En Ferrara me había comprado unos cuadernos donde anotar anécdotas de mi ruta, una especie de bitácora para no olvidar el perfil de una plaza o el gesto de un transeúnte. Emborroné las primeras páginas con destinos posibles y sin darme cuenta llené una decena de páginas con lugares y viajeros sobre los que escribir. El resto es un ejercicio de memoria, propia y ajena.

Siempre me han fascinado los mapamundis. Acudo a ellos desde la infancia como una especie de refugio contra la soledad. A través de las curvas que forman la costa y las montañas imaginaba un viajero de tiempos inmemoriales que había atravesado con fortuna esos territorios que yo apreciaba desde la distancia. Mi dedo se convertía en una carabela que arribaba a las playas del Caribe, para ser recibido por indios desnudos, antes de despuntar el alba. Como en «La niña rosa, sentada», de Rafael Alberti, yo practicaba con mis manos una suerte de viaje, cada día diferente: unas veces me inmiscuía tras las líneas amarillentas del Sahara, otras veces calculaba el número de días necesarios para llegar a Estambul a pie, las noches en vela hasta que el casco del barco golpeara el hielo antártico. Luego, la ciencia hizo que los mapas se adaptasen a mis deseos. Ya no es necesario el papel para poder emprender un viaje imaginario. Aún hoy, absorto por la infinitud de caminos, persigo el trazado de una carretera a través de Google Maps o la silueta de la costa que envuelve África.

Los viajes siempre han formado parte de mi vida. Son la mejor referencia de la educación sentimental que albergo. Me han enseñado que existen otros mundos, que el dolor y la alegría se pueden compartir. También me han ayudado a valorar el punto de partida de cada expedición, eso que llamamos hogar y que es una especie de Ítaca que nunca decepciona. He estado en cuatro continentes y son todavía multitud los países que me faltan por visitar. Me he bañado en tres océanos, pero no cabrían en esta página los mares en cuyas costas aún no me he sumergido. Aspiro a contemplarlos todos, a visitar cada uno de los lugares en los que el ser humano y la naturaleza han jugado a esconderse.

Sin embargo, cuando no he podido salir al mundo, recorrer sus caminos, los libros han estado ahí para rescatarme. A ellos he acudido como simulacro. Ellos han sido mis ojos ante una ciudad desconocida, mi voz al entrar en un palacio real, mis manos para sentir el tacto del agua de un río profundo y mis oídos cuando un almuédano llamaba a la oración. A través de los libros el viaje ha sido también una expedición temporal. Gracias a la lectura miles de viajeros han puesto en pie los grandes monumentos de Egipto, de Grecia, de Roma, sin necesidad de revivir en otro siglo. A la grandeza de los hechos pasados se accede por la puerta de las palabras.

A cada uno de los viajeros que menciono en *Homo viator* le debo un fragmento de vida. Gracias a sus testimonios he logrado evocar una expedición que se ha hecho posible en mi mente. Son muchos los que faltan. No he pretendido hacer una catalogación académica de ellos. No aspiro a tanto. Están aquellos «compañeros de viaje» con los que me he topado alguna vez, en largas horas de lectura, calmando las ansias por descubrir nuevos países. Por eso lo que pretenden las siguientes páginas es una visión del mundo, personal y parcial, pero también compartida. *Homo viator* analiza y describe el descubrimiento de diferentes territorios a través de exploradores que, a lo largo de la historia, se atrevieron a romper las barreras de lo desconocido.

Si los viajes forman parte de lo que soy, es justo que dedique este libro a hablar sobre viajeros y territorios que algún día fueron nuevos para unos ojos inexpertos.

Siempre he soñado con un mapa lo suficientemente extenso y preciso como para visitar todos los lugares del mundo en un solo golpe de vista. Como imagina Borges en «Del rigor en la ciencia», la ficción de esta geografía particular desbordaría la propia realidad. Viajar es lo contrario a observar mapas: significa vivirlos.

El hombre viajó por necesidad en los albores de la historia. Su supervivencia dependía de ello. Salió a la sabana, al campo abierto, y dejó atrás los árboles, el refugio de un tiempo pasado. Solo de esta forma cambió el paradigma y reinó sobre el planeta. Inspeccionó el medio a su alrededor, se atrevió a atravesar enormes territorios en busca de comida. Hizo de los caminos su hogar y conquistó todos los continentes. El éxito de nuestra especie se basó en la capacidad de viajar, de extender el anhelo de conocimiento hacia tierras ignotas. El ser humano aprendió a serlo viajando, desde sus primeros pasos, en el centro de África, hasta la huella de Buzz Aldrin en el suelo lunar.

La expresión *Homo viator* es un tópico que ha acompañado a la cultura universal desde sus inicios. Estuvo presente en Roma, que enarboló un sistema de vías tan complejo como fascinante, convirtiendo al simple ciudadano en un viajero universal. Después irrumpió el cristianismo y en la Europa medieval el *Homo viator* se vistió con ropajes religiosos. El hombre que viajaba era el peregrino que caminaba para buscar un hueco en el paraíso. La religión, allá donde haya hecho crecer la fe, ha convertido a sus fieles en viajeros. Incluso hoy, que vivimos en un mundo desacralizado, el propio viaje se ha convertido en una religión laica. Viajamos para evadirnos, para encontrarnos, para huir o para regresar, pero forma parte de nuestra idiosincrasia de la misma manera que amamos o respiramos.

El *Homo viator* se presenta en dos direcciones: por un lado, la de entender la vida como un viaje; por otro, la de hacer del viaje una forma de vida. Las dos se unen en este libro. En las siguientes páginas toman la palabra hombres y mujeres que comprendieron que la esencia vital consistía en viajar. La premisa asume que siempre hay un destino más alejado que espera al visitante. Lo sintetizó a la perfección el arquitecto español del siglo XVI, Cristóbal de Rojas, al afirmar que tenía libros, caminos y días. Y no hace falta más. Si hay un hecho que ha conectado a la humanidad a lo largo de la historia ha sido esta necesidad por conocer tierras extrañas. Este libro se debe al viaje y se postula como un viaje. Ahora solo falta encontrar el mapa adecuado.

A medida que iba tomando forma el libro, que se acumulaban los testimonios y los mapas encima de la mesa, me planteé la posibilidad de reflejar en una sola imagen todas las rutas que quería transmitir. La forma más exacta de traducir las ansias de descubrir del ser humano a través de la geografía son los mapas. A través de ellos se le da nombre a la realidad que nos rodea. Son una guía segura por los océanos, la línea clara de los caminos que llegan a la ciudad deseada. He pasado los últimos años observando cientos de ellos. Desde el mapamundi de Ptolomeo, reconstruido en la Edad Media, hasta el *Civitates Orbis Terrarum*, de Georg Braun y Franz Hogenberg, donde se describen ciudades con una exactitud científica. Cada mapa me ha aportado

una visión diferente de los viajes que aspiro a hacer. Hasta que llegue al de Monti.

Urbano Monti fue un cartógrafo milanés del siglo XVI. No conocía nada de él hasta que me topé con su *Trattato Universale*. Ocurrió de casualidad, navegando por la red como quien viaja sin destino. Vi su planisferio reconstruido, como si a la esfera en la que vivimos la hubiesen vestido con ropajes renacentistas. *Descrittione et sito de tutta la Terra sin qui conosciuta* es una obra monumental dividida en sesenta tablas donde se perfila con detallismo extremo el mundo de finales del siglo XVI. Monti creó un atlas donde se reúnen todos los territorios descubiertos hasta ese momento, incluyendo la Antártida, presentida aunque no vista. Sitúa en el centro de su planisferio el territorio Ártico. Es el núcleo de su geografía, y a partir de ahí los continentes crecen sobre los océanos.

El mapa de Monti se esfuerza por ser exhaustivo. De esta forma, podemos ver cómo una barca atraviesa el océano Pacífico, portando las últimas noticias de la expedición de Magallanes. El interior de África es un espacio mítico plagado de seres monstruosos. Animales de los que Monti ha leído o escuchado en boca de comerciantes en las ciudades italianas y que sirven de aviso para futuros navegantes. Su precisión a veces es analítica. En otras responde más al ámbito de la fábula.

Hoy en día, en Google Earth el viajero cibernético puede girar en torno a un globo terráqueo como el que Urbano Monti dibujó hace cuatro siglos. Este libro ha girado demasiadas veces nuestro planeta antes de llegar al punto y final. Por eso, tomo como referencia el planisferio del cartógrafo italiano. Es mi mapa en los territorios ignotos. El astrolabio y el compás. El puerto seguro hecho de papel.

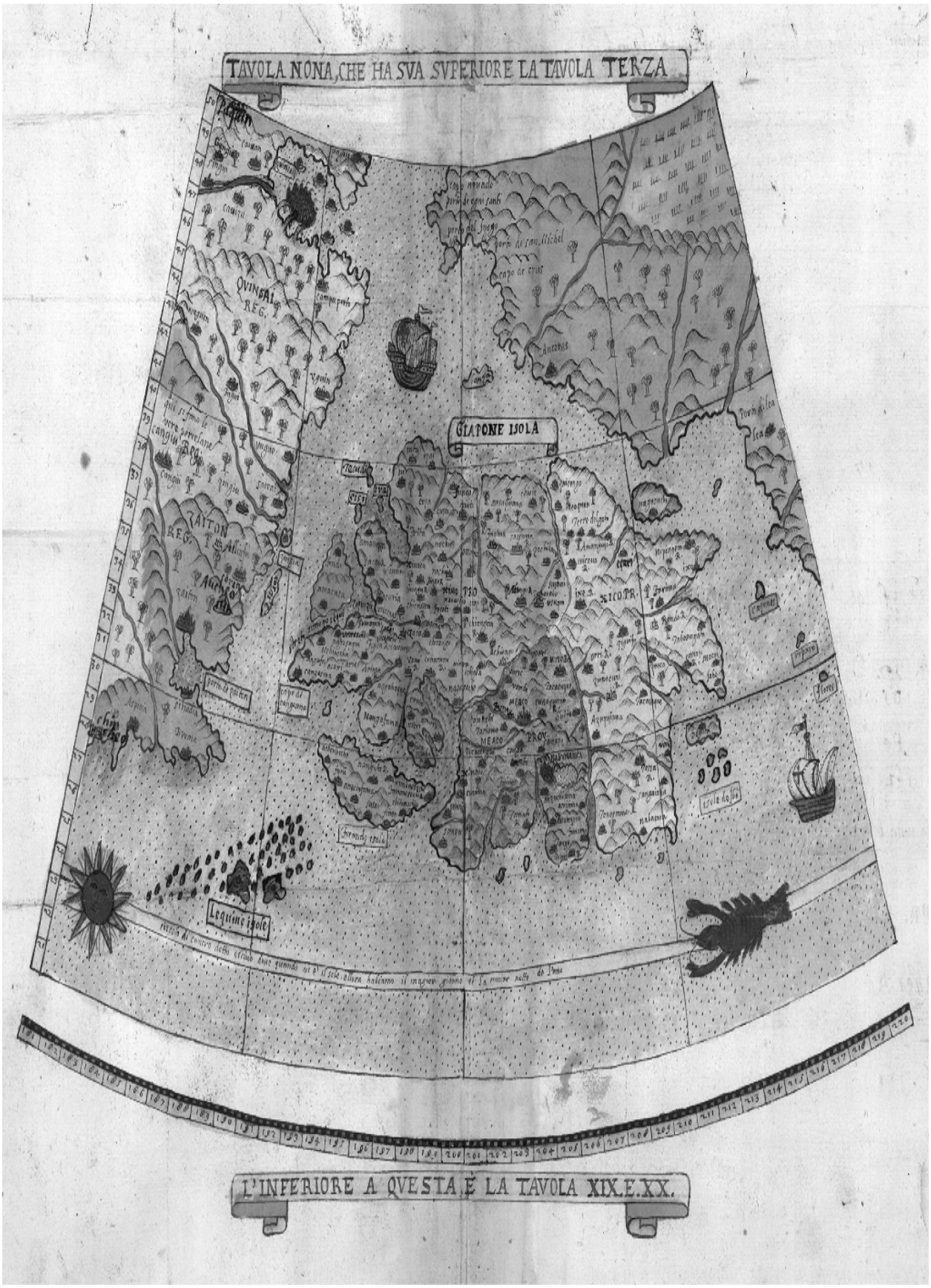
No hay constancia de que Urbano Monti fuese un *Homo viator*. Tal vez nunca salió de Milán, de sus bibliotecas e iglesias. Sin embargo, su obra inspira un viaje sin descanso. La geografía al alcance de la mano, como en el cuento de Borges, aludido anteriormente. Si el ánimo de Monti fue escuchar a los viajeros y plasmar en su atlas una geografía universal, el espíritu que asume este libro es idéntico. Viajar a través de otros viajeros. Visitar lugares a través de otros lugares. De esta forma, contemplar el arco de Caracalla en Volubilis, cerca de Meknes, me permitió caminar por el corazón de la vía Sacra de Roma. O navegar las orillas del Nilo a los pies de la fuente de los Cuatro Ríos, de Bernini, en la Piazza Navona. El jardín etnobotánico de Oaxaca, a un lado del claustro de Santo Domingo, me transportó con sus aromas a las selvas filipinas, en los territorios donde nace el sol, a pesar de no haber estado nunca en Filipinas.

Homo viator es un viaje de viajes. Por sus páginas discurren miles de caminos transitados, propios y ajenos. Lugares que he recorrido, otros que solamente he imaginado o leído en crónicas. Este libro aspira a que el lector haga de estas palabras un mapa con el que guiarse en futuras expediciones. Y que Ítaca se mantenga alejada de nuestra ruta.

PRIMERA PARTE

*

Donde nace el sol


TAVOLA NONA, CHE HA SVA SVPERIORE LA TAVOLA TERZA
QVINSAI REG.
CIAMPA REG.
CIAMPA
CIAPONE ISOLA
LEQUIME ISOLE
L'INFERIORE A QVESTA, E LA TAVOLA XIX. E. XX.

La geografía es un viaje anticipado. Una manera de pensar en los lugares en los que se quiere estar, de intuir el destino antes de llegar a él. Pocos cuadros como *El geógrafo*, de Johannes Vermeer, nos acercan tanto al sentido mismo del viaje. El hombre tiene la mirada abstraída. Nadie sabe qué caminos está recorriendo con su imaginación, qué desiertos atraviesa a lomos de un camello o a qué puertos arriba tras una tormenta. En su mano derecha sostiene un compás con el que traza líneas y calcula las distancias. La mano izquierda se apoya en un libro. También se viaja leyendo, nos dice Vermeer. Bajo su cuerpo, a la altura de la cintura, un mapa está a punto de ser diseñado.

Fue en 1669 cuando Vermeer pintó el cuadro. Urbano Monti hacía ochenta años que había publicado su *Trattato Universale.* Cuando Monti murió, en 1613, al mundo le quedaban aún muchos siglos de mapas para ser representado en su totalidad. Él ni siquiera pudo contemplar *El geógrafo.* Sin embargo, ambos comparten estrechos lazos de semejanza. El hombre del cuadro va vestido con una túnica japonesa. A esa hora del atardecer, con la luz anaranjada impactando sobre el papel, se atrevería a intuir una costa ignota. Mezclaría su intuición con las historias de los comerciantes, que pasaban media vida de puerto en puerto, coleccionando recuerdos de lenguas extranjeras.

Algo similar le ocurrió a Urbano Monti. Fue el 25 de julio de 1585, en las calles de Milán. La ciudad se había engalanado para recibir a cuatro jóvenes japoneses. El primero se llamaba Mancio Ito, cabeza principal de la Embajada Tensho, encargada de establecer contacto diplomático entre Europa y Japón. Aquellos orientales de miradas rasgadas habían sido recibidos por el papa en Roma y se dirigían a Génova, el final de su largo viaje. Lo recoge el geógrafo milanés en *Delle cose più notabili successe nella città di Milano*, publicado en 1589. De aquella experiencia nació una descripción acalorada, la de un viajero que quiere ir más allá de lo que el tiempo y los medios a su alcance le permitían. Tras las conversaciones con los cuatro jóvenes, Monti dibujaría uno de los primeros mapas europeos de Japón. *Descrittione e sito del Giappone* es una xilografía de un territorio desconocido, pero ya pensado por la cartografía.

Urbano Monti nunca estuvo en el lugar donde nace el sol, pero sí lo pintó con precisión ficticia. Son los caminos del este, con los que el comercio empezaba a empapar sus albaranes. Ahora observo el planisferio del *Trattato Universale*. Atravieso una superficie colorida bajo la que se esconden desiertos, lagos y ciudades memorables. La India es una pirámide invertida, casi toda ella verde. También hay templos y ciudades en llamas. Es un lugar destinado a los dioses, parece indicar el cartógrafo. A ambos lados, el mar de la India y el golfo de Bengala están repletos de barcos que llegan a la costa. Un poco más al norte, la geografía se distorsiona. Busco el Himalaya pero no lo encuentro. La superficie del mapa se pliega, como si tuviese arrugas. Mi dedo se desplaza por territorios desolados y advertencias, anotadas al lado de demonios y seres monstruosos. Al este queda China, a una distancia insalvable de la India. Es atravesada por varios ríos caudalosos. Monti anota el nombre de muchas de sus ciudades que ha debido de

escuchar en boca de mercaderes en Milán. La isla de Japón es aún más grande que China. Está llena de canales, de ensenadas que se abren al océano. La gran isla está circundada por una langosta gigante que recorre la línea del «Circolo di Cancro». Anota que ahí los días son más largos y las noches más cortas. Sobre ella hay un astro sonriente, con grandes colmillos, del color del fuego, portando una corona de puntas. Ahí, mi dedo se detiene. Es el lugar donde nace el sol.

Capítulo primero

La India, el castigo de los dioses

Un dios de ojos almendrados en Elefanta

Las aguas del mar Arábigo son oscuras, de un color que se parece a la barriga de los peces. En el interior de la bahía de Bombay, el cielo plomizo convierte el océano en una estela metálica. Brillan los rayos de sol al contacto con los barcos y se agitan las velas. El monzón está cerca y cuando descargue lo hará con una intensidad nunca vista en Europa. En la India no llueve, se cae el cielo. Son los años cincuenta y a la vez 2016. El trayecto dura al menos una hora. He esperado pacientemente el ferri en la Puerta de la India, un arco del triunfo exótico que asusta a los turistas y pasa desapercibido para los indios. Hasta aquí llega Roma. Para la mayoría de los viajeros es su primera visión de un país poderoso, multitudinario en la miseria y exagerado en la belleza. El mundo llega a la India por esta puerta que da al mar, antes de introducirse en un dédalo de calles sin orden ni concierto, donde los niños piden limosnas con los ojos vendados y el olor de las flores percute en la memoria hasta conmoverla.

Octavio Paz tomó ese mismo ferri —estoy seguro— en el que yo emprendí una peregrinación silenciosa. Lo había leído antes en *Vislumbres de la India*, mi guía de primeros auxilios para sobrevivir en el país. Lo imagino vestido de lino, con una cámara fotográfica bajo el brazo y una libreta en la que anota insinuaciones de versos. Su primer destino de los muchos posibles sería la isla de Elefanta. Para mí significó la despedida. A unas millas del puerto de Bombay, Elefanta se despereza como una isla olvidada, casi sin vegetación, rodeada de plásticos y barcas varadas por las tormentas.

Octavio Paz desembarcó allí en 1951. Tal vez un año después. Caminó unos cientos de metros y encontró, sin esperar colas, sin la molestia de los humanos cuando es la hora de los dioses, el rito de la piedra: cientos de estatuas demacradas, con los rostros desfigurados pero que mantenían aún la nobleza de sus formas. Me refiero a las grutas dedicadas al dios Shiva, la divinidad regeneradora que destruye y hace renacer el universo cada día. No hay nada más humano que la vida y la muerte. Artesanos indios esculpieron directamente en las cuevas húmedas mil formas diversas de representar al dios. Los portugueses, en el siglo XVI, destruyeron sus ojos, sus labios y sus pechos disparando a la piedra en prácticas de tiro.

Paz visitó las grutas de Shiva sin apenas conocimiento de la India, recién salido de un despacho de París. Diecisiete años después, utilizó sus últimas horas en el país para repetir la peregrinación, esta vez con Marie-José Tramini. Yo no recuerdo que estuviera enamorado en aquella época y eso me permitió dedicarle más tiempo al viaje. Poco tenía que me esperase en casa, así que accedí a las cuevas de Elefanta como si cumpliese una promesa conmigo mismo. Era el final del viaje, la despedida a dos meses intensos en la India. Con el inicio del monzón, cientos de templos quedan abandonados por los creyentes, y los mendigos vuelven a Bombay con los bolsillos vacíos de limosnas. Elefanta no es el lugar más bello, pero sí uno de los que me

es más difícil despegarme. No había nada especial aquella mañana de luces opacas. Ni la tierra, ni el cielo, ni el mar. Pero en la cueva me quedé a oscuras, como Octavio Paz —estoy seguro—, setenta años antes. Miré al dios Shiva. Sus ojos de almendra los intuí ya en mi adolescencia, leyendo a Hermann Hesse y escuchando a George Harrison. Paz también miraría a la divinidad. Fue una conversación breve entre los tres (el dios, el mexicano y yo). Sentía que había cumplido mi cometido, que el viaje se había completado y que ya podía volver a casa. Paz, en cambio, siete décadas antes, acababa de empezar el suyo. Solo Shiva permanecía en su sitio, con el rostro percutido por el plomo portugués, resguardado del cielo y la llanura del mar.

Es el único lugar del que no conservo fotografías. Decidí no hacerlas. Guardar para mis adentros lo que sentí frente a los ojos cargados de humedad de las esculturas de Shiva. Paz lo inmortalizó en un poema. Escribió que Shiva y Parvati hacen el amor frente a él, ante las olas del mar: «Todo tu ser es una fuente / y en ella se baña la linda Parvati». El poema se titula «Domingo en la isla de Elefanta», incluido en *Hacia el comienzo*, escrito en 1964.

Cerré el libro. En el camino de vuelta rompió a llover. Había llegado el monzón. Eso me quedó de Elefanta, la última huella de mi paso en la India. Y un poema no escrito por mí pero que hablaba de lo que viví frente a Shiva.

El país del loto, del pavo real y de los tigres rayados

La India no es un continente, sino algo que trasciende lo meramente físico. El viajero se desprende de los mapas, que son inútiles en sus ciudades populosas, y se deja llevar por un caos abundante, una encrucijada vital que mezcla el dolor y la belleza. No hay monumentos en la India capaces de impresionar al visitante, salvo los construidos por el azar de la naturaleza: los amaneceres en el río Yamuna, en el jardín de las viudas; un fuego de tibias y sándalo crepitando, en las orillas del Ganges; la destrucción monzónica en las playas de Goa; la mirada pobre de una muchacha pidiendo limosna en las calles de Calcuta; esa misma muchacha (misma mirada, mismos labios) en un tren que hace su entrada en Bombay y que viene de Jaipur. En todas las ocasiones creí sucumbir con un sentimiento que mezclaba la tristeza y el placer estético.

La belleza india tiene un precio elevado: la hipocresía. Todos los viajeros han tenido que convivir con la exuberancia de una tierra mágica repleta de miseria. Lo que hace al país doloroso es la multitud, el denigrante sistema de pobreza extrema perpetuada. Las calles de Calcuta, setenta años después, se despiertan cada mañana como si los ingleses se acabaran de ir: palacios decrépitos con fracturas en las fachadas por donde crecen los banianos, un río que transporta cadáveres de vacas y las vías del tren entrando en las chabolas, convirtiendo sus camas en espinas de hierro.

Celebro el testimonio de todos aquellos viajeros que regresan de la India con la mochila cargada de experiencias, la cámara fotográfica a rebosar y panfletos en la garganta que anuncian un giro en sus vidas. La India los ha cambiado y han aprendido a valorar sus áticos en Madrid o sus buhardillas parisinas. En los meses que pasé de viaje en la India no pude desprenderme jamás del sentimiento de culpa ante aquellas calles de polvo y charcos por las que vagaban miles de personas poniendo caras tristes para conseguir un trozo de pan o unas cuantas rupias. No me

encontré a mí mismo como tantos afortunados. Peregriné a decenas de templos del saber. Cerré los ojos y me llené de incienso, por dentro y por fuera, para intentar transportarme hacia lugares nunca imaginados, más allá de mi consciencia. Incluso me sumergí en las aguas de varios ríos, los que dan la vida y la muerte, lagos como el de Pichola en Udaipur, pero salvo un olor trascendental, no hallé más que un fétido sentimiento de culpabilidad: viajar para ver la agonía de un país.

Esta circunstancia ha sido decisiva en todos y cada uno de los viajeros mencionados en este libro, ya fuesen británicos con uniformes beis o exploradores recién salidos de la Edad Media. La India siempre ha estado allí, y no a la manera de Egipto (otro lugar ancestral y pobre). Lo que conocemos como el continente indio fue el extremo del mundo durante la mayor parte de la historia de la humanidad. Y sigue siendo uno de sus bordes ideológicos. Tierra de límites, la India era aquello de lo que los griegos no se atrevían a hablar por el misterio de sus formas. Fue la frontera final de muchos imperios. Los ejércitos macedonios avanzaron sobre el terreno a lomos de caballos y aquellas gentes menudas, de piel cetrina, aparecieron subidos a elefantes. Ofreció el sabor de las riquezas que reclamaban los palacios en Europa y las conquistas en América, en forma de especias, por eso Colón soñó que llegaba a sus playas tras una travesía llena de engaños y sed. También resultó el culmen de un mundo aplastado bajo el puño británico.

La India, ante todo, es el reino de la naturaleza. El Indo y el Ganges crean los contornos de un mundo inmenso donde las ciudades se construyen de barro y las serpientes bailan al anochecer. Las montañas más altas del planeta se agrupan en el norte. Allí nace la vida y desciende con violencia hacia el sur, en núcleos populosos que dan a la costa, en el mar Arábigo o en el golfo de Bengala. El océano Índico sale al encuentro de los desiertos y pacta las estaciones de lluvias salvajes, el monzón que sepulta regiones enteras y promete cosechas para el resto del año.

En la India se encuentra todo lo que el ser humano ha buscado en la vida desde que aprendió a adorar a los dioses de piedra. Todo existió en la India antes que en el resto del mundo. En sus aguas se posa la flor del loto, símbolo de la resurrección, porque allí los hombres no mueren, sino que se dan otra oportunidad, enfangados en la miseria, para comprobar la paciencia de los pobres. Hasta allí se fue Hera, la diosa consorte de los griegos, para mostrar su belleza en forma de pavo real. Borges encontró entre las selvas de libros al tigre y en sus rayas intuyó el abismo. En ellas están los límites de este viaje, lleno de caminos consumados por millones de pisadas. Que el viajero sea benévolo y no se pierda. Es difícil encontrar la ruta segura cuando uno pisa la India.

El bañista de Pichola

La religión en la India se esconde bajo la piel de los hombres. No hay gesto humano que no responda al dictado de una creencia, una de tantas que pueblan sus ciudades y campos. Fruto de ellas es el sistema de castas, uno de los mayores espantos de la India. La casta es la sumisión, las cadenas invisibles que determinan cada momento de la vida. Millones de hombres y mujeres son arrojados a una existencia llena de penurias sencillamente por su nacimiento, cuyo destino vital no se puede resolver. Quien nace pobre no solo muere pobre, sino que no tiene derecho ni razón de ser en otro espacio que no sea la pobreza.

Existen miles de castas que tejen la sociedad india con nudos invisibles. De todas ellas cinco destacan como las principales, estructurando un sistema complejo y afincado en el tiempo como el polvo. Los brahmanes son la casta superior, los privilegiados. Históricamente, eran los sacerdotes que servían de consejeros al rey. A diferencia de lo que pueda parecer, este grupo no responde a la ostentación de los ricos. Al contrario. Visten de forma austera, con túnicas naranjas que, anudadas en la cintura, salvan las vergüenzas. Caminan por la calle y oran frente a los templos. Encienden las velas que alimentan a las divinidades. Es la imagen pintoresca con la que se cruzan los viajeros. No ha habido ciudad en la que no me haya parado a observar a esos delgados santones con grandes barbas azuladas y ojos llenos de niebla. A las afueras de Calcuta se les suele ver en los jardines de Cossimbazar, frente a un palacio victoriano con estanques, caminando en silencio como sombras despistadas.

Los chatrías también pertenecen a las castas privilegiadas. Son los antiguos guerreros y gobernantes. Muchos de los regidores de las innumerables ciudades o regiones de la India pertenecen a ella. Son más difíciles de identificar; camuflados hoy en día en un traje de chaqueta y corbata, han cambiado la guerra por la burocracia, los castillos por los despachos ministeriales. La tercera casta, también poderosa, es la de los vaishias, en la que se incluyen los que viven del comercio. Saben de finanzas y constituyen el principal núcleo económico del país. Lo vi en Nueva Delhi, que es en sí un gran bazar de más de veinte millones de almas. En sus calles se compra y se vende hasta el propio ser.

Los shudrás representan la casta inferior, la que apenas tiene derecho a existir. La componen los esclavos y jornaleros pobres. Son multitud. Caminan cuando el calor se pega a sus pies descalzos, en los arrozales y plantaciones de té. En los largos trayectos en tren que realicé, cuando el ferrocarril se paraba en mitad de la nada, aparecía una turba sin rostro que dejaba sus herramientas de faena y miraba fijamente las ventanillas. La mayoría de los pasajeros no devolvía la mirada, como tampoco miran a los cientos de vacas que colapsan las aceras.

Los dalits o parias (los intocables) no son considerados ni siquiera personas. Infrahumanos, vegetan en los trenes de largo recorrido pidiendo limosna con la mirada, sin atreverse a extender el brazo, subiéndose en una estación y bajando en otra, sin saber el lugar preciso al que han llegado. En un tren que partió de Calcuta con destino a Varanasi subió un pobre diablo, con apenas un taparrabos de hábito. Se sentó en nuestro compartimento y, con la mirada fija en el suelo, estuvo casi veinte minutos en silencio. Un revisor lo echó a patadas ante la indiferencia normalizada del resto de pasajeros. Cuando se levantó mientras lo golpeaban, no emitió ninguna queja. En el asiento, justo a nuestro lado, había dejado una estela de mierda color gris, como solo puede producir un estómago poco acostumbrado a comer. Con el tren casi en marcha, le abrieron las puertas y lo expulsaron. La vida siguió igual.

Me explicaron en Udaipur que aún existía una casta más, al margen de cualquier sistema establecido. Se trata de los invisibles, casi espectros que van desnudos y que solamente salen de noche para no cruzarse con el resto de la humanidad. En el lago Pichola, frente a las casas floridas de Udaipur, observé a lo lejos a un hombre completamente desnudo, buscando en la basura y hablando en susurros. El hombre se sumergió en el lago y renovó su cuerpo. Entendí que en ese baño se encerraba el mayor gesto de libertad posible. Alguien que solamente podía ser hombre debajo del agua.

Buda, viajero
y fundador de viajes

Recuerdo que fue *Siddhartha* el primer libro sobre la India que me cayó en las manos. Cuando leí a Hermann Hesse yo no sabía quién era Buda. Lo que desprende la novela es un orientalismo casi místico, como un cristal transparente hecho a la medida del europeo, del viajero que, pasando las páginas, sueña con visitar la India, toda ella resumida en un paisaje perfecto (bosques frondosos y aguas azules por las que transcurre un río) y un santón recitando aforismos impecables.

El libro me dejó dos heridas: la de querer viajar a la India y la de conocer el destino de Buda. Para lo segundo se necesita viajar al siglo VI a. C. En aquel tiempo las divinidades ya poblaban el territorio indio. Vishnu, Brahma, Shiva, Krishna y hasta la terrible Kali, todos los dioses forman una constelación de historias de venganzas y secretos que arrastran a la civilización hacia el progreso y la condena. Los dioses hindúes son apasionados e irascibles. Tienen formas humanas y animalescas, combinándose de manera grotesca en un compendio anatómico que más bien parece el fruto de una pesadilla surrealista. Kali, por ejemplo, es una diosa de cuatro brazos con la piel azul que saca la lengua y porta en el cuello un collar con las cabezas de sus víctimas. Ganesha adopta la forma de una mujer pero con la cabeza de un elefante. En sus colmillos, en los altares que se levantan en las chabolas de los arrabales de las ciudades, los creyentes dejan velas encendidas y enroscan mensajes en su trompa.

Pero Buda es distinto a los demás, y por eso me interesó. Como el personaje de Hesse, ese hombre había nacido rico, en Lumbini, en el antiguo reino de los Sakias, pero lo dejó todo para vagabundear. Durante su juventud recorrió el norte de la India, escuchando y observando la vida tal cual era, y no como se la habían contado en su palacio de mármol. Pronto empezó a predicar. El mensaje de Buda era radicalmente nuevo con respecto a los dioses vengativos hindúes. Buda hablaba de paz, del encuentro espiritual con uno mismo y de la reflexión como método de alcanzar la verdad. Y sus huellas pronto fueron veneradas por sus discípulos, pobres gentes que escucharon una palabra por fin limpia, una filosofía que ponía al ser humano en el centro de la vida y que rechazaba el sistema de castas.

El lugar preciso en el que el príncipe Siddhartha encontró la iluminación y se convirtió en Buda es Bodh Gaya, una pequeña ciudad entre Benarés y Calcuta. Nuestro viajero ya llevaba décadas de un lado para otro, seguido por una ristra de discípulos coloridos. Se sentó debajo de un árbol, un ficus religiosa, uno de esos que crecen de forma desmesurada y se van multiplicando entre los edificios. Pasó semanas bajo su sombra, aguantando el calor y las tormentas. Hasta que alcanzó la iluminación espiritual y se despojó del linaje de su sangre. Había nacido Buda y el árbol sería lugar de veneración a lo largo de la historia. Hoy en día, millones de budistas emprenden viaje hasta él y se construyen monasterios allá donde los frutos de la higuera caen.

Los viajes de Buda no acaban aquí. Junto a sus discípulos recorre el Ganges, río que toma como vía de peregrinación mística. Enseña en el parque de los Ciervos, en la ciudad de Sarnath, a las afueras de Benarés, lugar en el que hoy se alza una estatua gigante de Buda de aspecto soviético. En la colina de Brahmayoni, en el centro de Gaya, sobre el río Falgu, Buda dio su sermón del fuego, otro lugar que ha cristalizado en las costumbres de los viajeros, una pequeña

ladera a la que ascienden los peregrinos para ver el atardecer. Finalmente, el hilo de lugares tocados por Buda finaliza en Kushinagar, cerca de Nepal, donde el hombre murió, porque Buda no es una divinidad y solo los dioses tienen derecho a la inmortalidad. El budismo reniega del concepto de dios creador, lo que hace el legado de Buda más humano y a sus peregrinos más silenciosos.

Griegos en una estación en Jaisalmer

En la estación de tren de Jaisalmer pensé que, en un oscuro origen, lo griego y lo indio partían de la misma sustancia. Se llama indoeuropeo a esa protocultura que existió a lo largo y ancho de la meseta irania y que abasteció de cimientos a la civilización mesopotámica, rebasando ambos lados de la geografía, llegando a Grecia y al subcontinente indio. Ambas son cimas de la acción humana, cada una por sus propios motivos, pero las dos han estado separadas por una barrera geográfica e ideológica que pocas veces se ha superado en la historia.

La India siempre fue para los griegos el borde de su cosmos, el punto extremo desde el que no se atrevieron a mirar. Los helenos sabían de la existencia de un río caudaloso que acotaba el desierto iranio. Un río cuya forma solamente intuían por las voces que los persas lanzaban al aire, y que les hizo imaginar un país fantástico llamado India, pero en el que no se adentraron hasta bien asentado el helenismo. Un ejemplo palmario lo encontramos en el siglo V a. C., de la mano del viajero Ctesias. Como médico de Artajerjes II, pudo recorrer todos los caminos de Persia, visitar las provincias de un imperio vastísimo que anhelaba absorber las ciudades-Estado de Grecia, pero que apenas mantenía contactos comerciales con la India. A su vuelta a Grecia, Ctesias escribió una obra que pretendía ser una descripción de aquellas tierras lejanas. Se llamó *Índica, una historia de la India*, pero resultó ser una fábula, porque el viajero griego jamás pisó la región. Su relato mezcla las leyendas que escuchó en los templos persas y una imaginación desbordante. Habla de los «mantichoras», leones con cabezas humanas y cola de escorpión; de los esciápodos, hombres cuyo pie es más grande que el resto de su cuerpo (como los patagones que dijo encontrar Magallanes en el sur de América), y los cinocéfalos, seres mitad perro, mitad humano.

El pie en el mapa lo plantó el ejército de Alejandro Magno. El rey macedonio, en su afán por conquistar el mundo, llegó a las riberas del Indo, tras haber atravesado el Hindú Kush. Fue el límite de las conquistas de Alejandro, la batalla de Hidaspes, fechada en el 326 a. C., donde los caballos griegos se enfrentaron a los elefantes indios. En ella, Bucéfalo, el caballo de Alejandro, perdió la vida y con ella las fuerzas del conquistador se desvanecieron. Ante él se extendía un país inmenso, pero había llegado el momento de marchar. El límite de Grecia fue la India.

Los contactos tras la muerte de Alejandro continuaron al menos doscientos años más de manera oficial, gracias al reino indogriego. Megástenes, por ejemplo, escribió una obra (hoy perdida) donde describió de forma exhaustiva la India, desde la cordillera del Himalaya hasta la isla de Sri Lanka, haciendo especial mención a la ciudad de Madurai y al sistema de castas que su religión imponía.

Esperando el tren en la estación de Jaisalmer, la puerta del desierto del Thar, que separa la

India de Pakistán, imaginaba a Megástenes con un caballo y unos cuantos víveres. Nada de lo que se respiraba en aquella estación podía inspirarme los recuerdos de un viajero griego, uno de los más espléndidos del Mundo Antiguo, fuente de geógrafos como Estrabón. Tal vez el papiro que contenía su obra fue pasto de los insectos, en la travesía de regreso a Grecia, o se quemó en Alejandría, ciudad que, al igual que la India, está sellada por el nombre de un general que se creía un dios. Megástenes sobrevivió al olvido pero su crónica no. Pasó a la historia como un viajero empedernido, alguien que merece la pena recordar mientras se acerca un tren con destino a Jaipur. Es una manera de compartir la soledad tan lejos de casa.

La cruz en un barrio de Calcuta

He repetido varias veces que la India es un país de dioses. Lo que uno no podría esperar es la presencia de otras divinidades diferentes a las orientales en el laberinto de sus ciudades. En Calcuta, a pocos metros de la mezquita de Ripon Street, se encuentra un edificio desconchado que intenta mantener los tonos grises. Es el convento de las Misioneras de la Caridad, la orden fundada por la madre Teresa de Calcuta. La monja nacida en Albania se pasó media vida en las míseras calles de Calcuta, recogiendo niños huérfanos, asistiendo a los enfermos y proporcionándoles una muerte digna. Busqué el convento por el enjambre urbano de la ciudad decrépita, movido por una sensación agridulce. Había leído en la prensa que la madre Teresa, en muchos casos, desconfiaba de la medicina para curar a los enfermos y basaba el tratamiento en la fe. Lleno de escepticismo, recorrí los caminos de tierra de las barriadas y me perdí en ellas. Vi a hombres y mujeres tirados en las baldosas, a pleno sol, con los labios agrietados de sed y hambre. Entendí que no había lugar a debate, al menos en esas calles. Desconozco la verdad de los hechos, pero sé que aquella mujer pasó cincuenta años de su vida dando agua a esos niños que yo había visto al borde de la muerte. Hoy, el convento guarda su tumba, humilde y llena de flores naranjas, como una divinidad más del panteón hindú, una Ganesha de manos arrugadas y sonrisa blanca.

No fue el único rincón católico que encontré en la India. Uno no puede huir de sus raíces, pensé cuando en Goa la Vieja, en el oeste de la India (clima tropical, playas paradisíacas y cabañas de madera para turistas), entré en la basílica del Buen Jesús, una construcción de piedra ennegrecida entre palmeras y banianos. Allí contemplé, rodeado de velas sudorosas, un epitafio de un nombre que me resultaba familiar. Estaba escrito en español. Me acerqué y leí con asombro que se trataba de san Francisco Javier. Yo sabía que había muerto en China, pero no que su cadáver había sido llevado hasta Goa. Allí se habla portugués, que es una forma sublime de escuchar español, sobre todo cuando uno se encuentra a miles de kilómetros de casa. Los jesuitas son una orden tan fascinante que incluso tienen su propia mitología. Ellos también trasladaron el cuerpo de un hombre hecho santo, como Santiago en la Hispania romana, y lo enterraron en un lugar de veneración.

Todo partió de un discípulo de Cristo (que en la religión hindú sería algo similar a un dios menor, y de esos hay muchos en la India). Santo Tomás conoció a Jesús y la tradición cuenta que caminó hasta la India, donde evangelizó a varias comunidades en el sur del país. Cierto o no, la realidad es que, en Chennai, una ciudad grande que da a la costa del golfo de Bengala, se alza la

catedral de Santo Tomás, que custodia, además, los restos del viajero. Allí y en otras partes del sur se encuentra una comunidad de nasranis, primitivos cristianos de las primeras evangelizaciones. Tratándose del primer siglo de nuestra era, resulta curioso pensar que el cristianismo llegó a la India incluso antes que a la península ibérica. La religión, sea esta o aquella, es una de las formas más insistentes de viajar. De recorrer el mundo bajo la forma de la peregrinación.

Galtaji, templos vacíos, hombres olvidados

Galtaji dejó de ser un lugar para los hombres. Desde hace siglos, en él solo viven los monos, esa especie de nostalgia humana. Son una docena de templos a las afueras de Jaipur, rodeados de colinas pedregosas. Un remanso de paz desde donde no se escucha el claxon de los coches ni se respira el polvo de la ciudad. No existen los hombres porque se fueron de allí, dejando los templos vacíos, con los dioses en los altares y sin velas que encender. Entre las calles de Galtaji (selectas y arboladas de forma natural) aparecen escalinatas que desembocan en un estanque. Las cascadas de agua limpia confluyen también en el centro de una plaza. Un refugio para el viajero.

Conocí Galtaji gracias a Octavio Paz. El escritor mexicano dedicó un libro al santuario simio, *El mono gramático*, una mezcla de ensayo, poesía y crónica de viajes. Los monos se han habituado a los viajeros y esperan de ellos una fruta, una chocolatina o jugar con los teleobjetivos de sus cámaras fotográficas. Durante las tormentas, se refugian en los templos y ven caer la lluvia como los ancianos, con reflexión y parsimonia, como si pronto fueran a ser parte de esa lluvia.

Salgo de Galtaji justo antes del anochecer. Los monos siguen observando desde la distancia. Abandono su territorio. Durante unas horas, hemos hecho un pacto tácito en el que yo los alimento y ellos se dejan fotografiar. Subiendo la escalinata que da la espalda a Galtaji, contemplo Jaipur a lo lejos, inmersa en una nube de cotidianidad. Dos bandas de monos empiezan a lanzarse piedras y palos. Los simios, pobres dioses imperfectos, también cometen los mismos errores que los humanos. Adoptan la guerra como religión. Pronto ellos también abandonarán a sus dioses.

Vasco da Gama llega tarde a su cita

El mundo ya había cambiado cuando Vasco da Gama decidió partir desde Lisboa en busca de Calicut, esa ciudad donde se comerciaba con el clavo y la canela. No era el mismo porque Colón había tocado tierra al otro lado del Atlántico, y esto trastocaba los planes de Portugal, un reino que había dominado los mares. Constantinopla hacía décadas que había sido sometida al poder otomano, bloqueando así la ruta de las especias por vía terrestre. Y a pesar de que Vasco da Gama había llegado tarde a la historia, no le importó cumplir con su cita.

El marinero bordeó todo el continente africano antes de llegar a la India. Superó el cabo de las

Tormentas, bautizado como de Buena Esperanza, y se dirigió por el océano Índico directamente hacia la tierra prometida. Lo suyo fue la perseverancia. Vasco da Gama navegó contra Marco Polo, que hizo del polvo del camino su medio de subsistencia, y contra Colón, en la dirección opuesta al éxito.

Fue un 20 de mayo de 1498 cuando vislumbró las costas de Kerala. Pienso en el marinero cansado pero satisfecho. Ha tardado diez meses en arribar a Calicut. Su puerto está atestado de comerciantes árabes que recelan de los europeos. Hábiles en el trueque, desprecian a esos marineros que llegan ostentando riquezas y compran la voluntad de las gentes con plata y oro. Calicut es un poblado de cañas que apenas resiste las embestidas de los monzones. Desde sus selvas se cultivan las especias más valiosas de la tierra. Vasco da Gama tal vez sabe que acaba de unir Portugal con la India, un negocio de enorme éxito para el país luso, que llenará su geografía de palacios e iglesias gracias a la nuez moscada, la vainilla, el clavo y la canela. Mercancía que luego venderá a treinta veces su precio.

Los barcos portugueses rebosarán de especias indias en una procesión marítima que se iniciará en Kerala hasta las costas paradisíacas de Goa, y que pronto se extenderá hacia Mozambique, el África negra, hasta entrar en la desembocadura del Tajo, en la Lisboa del suelo de cerámica. En los emporios, los portugueses fundaron ciudades y llevaron el cristianismo a las playas tropicales. Hoy en Goa se habla portugués con acento triste.

La expedición de Vasco da Gama supuso un cambio de paradigma en los viajes oceánicos. También el campo abierto para que miles de misioneros españoles y portugueses mirasen a la India como una segunda Roma, el lugar donde llegan todos los caminos, los que salen de Japón, de China, de Indonesia, de Arabia, Etiopía, y los que llegan a Europa. Y todo por un marino que llegó tarde a su cita con la historia.

Amanecer en el jardín de las viudas

El jardín de las viudas se encuentra al otro lado del río Yamuna. Es una ribera sin urbanizar, con huertas y barcas de pescadores pobres. Se accede a través de un barrio tumultuoso, plagado de bazares y carreteras sin asfaltar. Los tuc-tucs forman grandes atascos a la espera de encontrar turistas. Ofertan un precio especial: entradas para el Taj Mahal sin colas y guías en inglés. Yo me levanté temprano, antes de que amaneciese. Quería ver el jardín de las viudas. Sabía de este lugar por una conversación entre dos viajeros. Las mejores vistas del Taj Mahal, dijeron en la mesa de al lado el día anterior.

Aún no había salido el sol. Al jardín de las viudas se accede cruzando el río. Es un espacio desolado. Al salir de un pequeño bosque, vi la cúpula blanca del Taj Mahal suspendida en el aire, como un barco flota en el océano. No había pescadores en la orilla ni turistas rodeando el gran mausoleo del amor, construido a mediados del siglo XVII y que sirve como sepulcro a la mujer favorita del sultán. Muchos viajeros no saben que el Taj Mahal corresponde a la época de dominación del Imperio mogol, un Estado que sobrevivió hasta el siglo XIX, con la llegada de los ingleses, y que profesaba la religión musulmana. Sus formas, de hecho, tienen más que ver con un iwan persa que con los templos multicolores hindúes.

No pudo contemplar el mausoleo Ibn Battuta, como yo lo hice aquella mañana de mayo. No lo hizo porque cuando el viajero tangerino pisó suelo indio, faltaban unos cuantos siglos para que se construyese el Taj Mahal. Sin embargo, el monumento y el viajero comparten el impulso del islam en un país abierto a las creencias, pero de difícil convivencia en cuanto los dioses son multitud. La historia reciente de la India está marcada por los conflictos religiosos entre hindúes y musulmanes. De hecho, la partición llevada a cabo en 1948 (con migraciones masivas) supuso la creación de tres países que responden a una misma realidad geográfica y cultural: por un lado la India, país de mayoría hindú, ubicado en el centro del territorio; por otro lado Pakistán y Bangladés, en los extremos, de mayoría musulmana.

Ibn Battuta no llegó, sin embargo, a un territorio extraño para la fe musulmana. Desde el siglo VIII las tropas árabes habían realizado incursiones en el subcontinente indio, formando Estados de creencia musulmana hasta la creación del Imperio mogol. La ciudad más importante que visitó el viajero magrebí fue Delhi, la actual capital del país, una urbe desbordada por la humanidad, en la que los coches, la contaminación y las colas han convertido la vida en un difícil tránsito cotidiano. Sin embargo, la vida en Delhi se abre camino en sus jardines, con mezquitas que llaman a la oración por las tardes, extendiendo sus mercados durante todas las horas del día y de la noche. Delhi es una ciudad de contrastes en la que también hay espacio para las grandes avenidas y las casas señoriales, en el barrio de India Gate, un trasunto de los Campos Elíseos parisinos donde vivió durante años Octavio Paz.

Tras visitar la ciudad, Ibn Battuta viajó al sur hasta Calicut. Se embarcó en los puertos de Kerala y costeó la punta geográfica del subcontinente, hasta llegar a Sri Lanka, antes de marchar de la India hacia otros destinos. Yo no descendí tan al sur. Aún contemplo la otra ribera del Yamuna, a punto de amanecer. El jardín de las viudas es silencioso. No llegan hasta allí los rumores de la ciudad ni el olor a especias. El Taj Mahal retrasa su aparición en la mañana. El mármol blanco se oscurece entre las sombras de la noche, con los vapores que emanan del río por el contraste de temperatura.

Recuerdo que me senté en el centro de una explanada. El jardín está constituido por una parte arbolada, un prado, una especie de playa donde las mujeres lavan la ropa por las mañanas y un huerto privado. Tras contemplar el mausoleo musulmán, me detuve en un árbol majestuoso que había al otro lado. Nunca he sabido distinguir con certeza los diferentes tipos de árboles. La exuberancia vegetal de la India complica aún más su distinción. Supe después, por fotografías, que se trataba de un laurel de la India. Cubrían parte del cielo sus ramas, poderosas y múltiples. Debajo de su sombra, sentada con las rodillas en el pecho, se encontraba una mujer vestida de blanco. Quien haya visto *Agua* de Deepa Mehta sabrá que el blanco es el color asignado a las viudas. Aquella mujer parecía joven. Respiraba de forma tranquila, dándole la espalda al Taj Mahal. La vida de las viudas se suma a la miseria general de la India. No son nada. Un objeto abandonado por su dueño. Me quedé mirándola un buen rato. Hasta que amaneció.

Kipling en el reino de Alejandro

El mendigo que pedía limosna en Nasirabad tenía la piel blanca. Eso fue lo que llamó la atención

a Rudyard Kipling, mientras ojeaba un periódico al punto que el tren se detenía en la estación. Él aún no había escrito *El libro de la selva* ni había recibido el Premio Nobel. Trabajaba como periodista en el país que lo vio nacer, porque Kipling, para que nos entendamos bien, fue toda su vida un indio al que por genética le tocó ser inglés.

La historia de cómo Kipling escribió *El hombre que pudo reinar*, una obra maestra del género de aventuras, se remonta hasta un viajero empedernido del que ya hemos hablado en estas páginas. Alejandro había vencido al Imperio persa. El cadáver de Darío III flotaba en un río con las huellas de la traición en su espalda. El ejército macedonio llegó a la región de Bactria, el límite oriental con la India. Se identifica con el actual Afganistán y el Punjab pakistaní e indio. Allí, Alejandro Magno entró en negocios con Oxiartes, un gobernante local. El trato era sencillo: el rey macedonio se casaría con su hija, Roxana. Para ello, debía asediar la Roca Sogdiana, situada al norte, en los límites de Tayikistán y Uzbekistán.

Al parecer, un buen número de soldados decidieron desertar y quedarse a vivir en aquellas tierras. Probablemente, nadie los esperase al otro lado del mundo. Esa porción del ejército se asentó en la región del Hindú Kush y se mezcló con la población local, formando una historia legendaria que, con los siglos, intenta explicar por qué los kalash tienen los ojos azules y la piel más blanca que la del resto de habitantes de la zona.

Dejemos a los habitantes de Kafiristán con sus costumbres. Viajemos en el tiempo hasta el siglo XIX, para conocer a dos personajes propios de una novela de aventuras. El primero se llama James Brooke, un comerciante inglés nacido en la India que dedicó media vida a viajar de Inglaterra a las costas tropicales del Índico y el Pacífico, vendiendo y comprando especias. El ilustre inglés, por piruetas del destino, acabó siendo Rajá de Sarawak, un estado perteneciente a Borneo, en Malasia. Rey extranjero en un país extraño, la noticia alcanzó una enorme popularidad en las cafeterías y clubs selectos de la India, donde Kipling la escuchó.

Ya tenía el escritor inglés la idea: contaría una historia de ingleses que se hacen con un reino mítico. Pero ¿en dónde? Encontramos en este punto una segunda referencia. Se trata de Josiah Harlan, un aventurero estadounidense con delirios de grandeza que, tras recorrer a pie Afganistán, el Punjab y la India occidental, decidió construir su propio reino. Lo hizo de una forma sutil y efectiva. Se acercó como un comerciante inofensivo a los pueblos de Gaur, al oeste de Kabul. Entabló amistad con ellos, se ganó su confianza y los ayudó a vencer en guerras tribales. Tras unos años, consiguió ser nombrado príncipe de Gaur, soliviantando sus problemas de gobernanza con la guerra británico-afgana que ya asomaba en el horizonte.

Esta mezcla de aventura y colonialismo radical inspiró a Kipling definitivamente. *El hombre que pudo reinar* combina elementos referidos anteriormente de la mano de dos jóvenes aventureros con sed de grandeza. Daniel Dravot y Peachey Carnehan sobreviven en la India británica haciendo trabajos ocasionales, hasta que deciden conquistar un territorio. Su mundo es el de los trenes, ciudades ambulantes donde se respira la vida y la muerte en cada estación. Abarrotados de sueños, se dirigen hacia Kafiristán. Allí, los dos aventureros se familiarizan con las costumbres locales y consiguen unir los pueblos bajo su mandato. Pero su proyecto de ser nombrados reyes va mucho más allá. Los habitantes de las montañas los consideran dioses y les rinden pleitesía. Daniel Dravot es la mismísima encarnación de Alejandro Magno. El pacto entre los amigos estaba claro: nada de mujeres. Pero el Alejandro Magno inglés quiso su Roxana. Y ahí empezaron los problemas.

La chica, que se negaba a casarse con ese hombre blanco que la atemorizaba, lo hiere en la cara y lo hace sangrar ostensiblemente delante de todos los sacerdotes y consejeros. Al dios se le había caído la careta. La herida lo rebajaba a la condición de simple mortal. Un dios que miente no puede llegar a ser rey. El desenlace del cuento lo tendrán que desvelar los lectores que deseen aventurarse durante unas pocas páginas por Kafiristán, atentos, por supuesto, a los mensajes masónicos que Kipling introdujo entre cada párrafo. O tal vez, ver la maravillosa adaptación al cine que realizó John Huston en 1975 y en la que Sean Connery y Michael Caine logran mimetizarse tanto con los personajes que representan que parecen sacados de la propia imaginación de Kipling.

La India del escritor británico es fascinante y misteriosa, un país ocioso donde la naturaleza apabulla a los hombres y los somete. Parte de la mejor literatura inglesa se escribió en India, como demuestran los casos de Forster, Lawrence Durrell (que nació en Jalandhar) y George Orwell. La huella británica, sin embargo, se resiste hoy en día a recordar los años dorados del dominio colonial. Los ingleses abandonaron India como quien acaba de expoliar un barco a la deriva. Espera que se hunda cuando ha sacado todo lo que podía aprovechar de él. Kipling es una noble excepción a ese naufragio.

Benarés:
viaje a los infiernos

¿Quién fue el primero que decidió sumergirse en sus aguas? ¿Quién inició esta tradición de milenios, despojándose de sus ropas, desnudo, como vienen los hombres al mundo, y se hundió durante unos segundos en lo más profundo del Ganges? Nada de lo que sucede en Benarés es casual. Varanasi, ciudad de agua y fuego, es la más antigua de todas las ciudades del mundo. Dicen que cuando en Occidente aún se corría tras las fieras en los bosques, en Benarés ya existían los *ghat*, esas escalinatas inmensas que nacen del mismo lecho del río y ascienden hasta las moradas de los dioses.

Benarés es una avenida larga, decorada con baldosas viejas y rotas. El Ganges es lo único que importa, lo que sitúa a sus habitantes en el centro de la vida. La urbe no conoce el ajetreo de los tuc-tucs. Sus calles están hechas a la medida de los peregrinos. Son pequeñas, llenas de comercios de telas naranjas (los sudarios de los muertos) y especias para aliñar los tés. Es la ciudad sagrada para los hindúes, una de tantas. La tradición quiere que millones de hombres y mujeres caminen por la ribera del Ganges hasta el Manikarnika Ghat, un lugar sombrío, sin luz eléctrica, solamente iluminado por las fogatas avivadas por el sándalo. Es el espacio reservado para la cremación de cuerpos, aquellos pocos humanos que decidieron romper el ciclo de reencarnaciones y alcanzar su paz. Son los que no esperan mejorar en sucesivas vidas, temerosos de verse despojados de la dignidad al convertirse en moscas o perros callejeros, tras haber conocido los goces terrenales.

Hay más de ochenta *ghats* en Benarés. Cada uno es una puerta de entrada al más allá. A cada uno de ellos le corresponde una hora determinada. Recuerdo que pasaba las noches, en mi visita a la ciudad, justo antes de volver al hostal, sentado en un escalón del Manikarnika Ghat, participando con mi silencio y desde la distancia de esos cánticos familiares con los que los seres

queridos ven arder a su muerto. Contemplar un cuerpo convertirse en ceniza es un escándalo visual, pero no deja de ser hermoso. Tras unas horas, con las gargantas entumecidas por el fresco de la noche y los mosquitos apelotonados buscando pieles sensibles, los familiares finalizan el ritual. La ceniza y los huesos que no se han terminado de consumir se tiran al río. El Ganges culminará el ciclo. Todas las noches igual, desde hace miles de años.

El Assi Ghat se encuentra unos kilómetros río arriba. Es un camino agradable lleno de santones que recitan versos, mendigos confundidos y turistas que prueban a fotografiar los muertos, quebrantando las leyes de la decencia y quince decretos hindúes. Pero el Assi Ghat es diferente. No celebra la muerte, sino que espera la vida. Cuenta Sánchez Dragó, un viajero impregnado de Oriente, que una de sus mayores experiencias como nómada fue la de presenciar la procesión de la salida del sol. Debía de levantarse a las cuatro de la mañana para llegar a la escalinata aún en penumbra. Junto a él caminaban leprosos y princesas, las potencias de la sociedad unidas bajo un mismo techo. Allí vio la salida del sol, surgiendo de las aguas del Ganges como un niño despojado de maldad, desnudo, y con la forma de los dioses. Aquel ritual lo presenció Dragó a mediados de los años sesenta y en poco había cambiado cincuenta años después, cuando yo participé de él, aún con el recuerdo de las sábanas del sueño recién abandonado, intentando apartar de mi memoria los muertos de la noche anterior. Amaneció y la ciudad se puso en marcha, cambiando su vestido de ritual por las simplezas del comerciante, del viajero y del vendedor de almas. Me acompañaba en aquel viaje *El camino del corazón*, una peregrinación dragoniana por los lugares que yo también estaba visitando. Entendí que se cumplía el ciclo vital imitando el destino de otros viajeros pasados. En Benarés nadie hace otra cosa que pisar sobre las huellas de otros.

Khajuraho
y el amor hecho piedra

Shiva y Parvati se casaron en un tiempo cósmico y cuando hacían el amor se derramaba el mundo bajo el cielo. Los dioses hindúes son, como todos los de raíz indoeuropea, promiscuos y sedientos de cuerpos. Así es también el arte hindú, una multiplicación barroca (siglos antes de Trento) de piernas y brazos, de pechos rebosantes de leche, de cabezas que buscan orificios en la piedra, insuflar vida a los recovecos que los escultores dejaron sin pulir. Sexos desparramados, una multitud fornicadora que se alza en el amanecer y produce una música triste y sentida.

Khajuraho sería insignificante sin los dioses. Pequeña, casi inexistente, en medio de Madhya Pradesh, los viajeros allí apenas hacen un alto en el camino, seducidos por destinos más llamativos como Benarés o Agra. Pero sigue en pie, resistiendo al paso de los siglos, con un mercado humilde que apenas abastece a sus habitantes, con calles de polvo que se encharcan cuando llueve y las vacas orinan, ante la mirada impasible de los vendedores ambulantes. Sin embargo, en Khajuraho se hace el amor a todas horas. Es una cópula eterna, multiplicada, sofocante. No hay extenuación en la acción erótica de juntar dos cuerpos desnudos si el viajero duerme en Khajuraho. Allí los dioses procrean una música que late en el interior de los hogares. Cada ser humano lleva dentro de sí un fragmento de amor divino.

No es misticismo. A principios del siglo XI, se construyeron en Khajuraho una treintena de

templos dedicados a diferentes dioses, revestidos de esculturas de arenisca con una misma temática: son divinidades que hacen el amor, que exploran los cuerpos hasta el extremo más erótico posible. Es una cópula infinita. Mil años de templos asombran al viajero, todos juntos, en un bosque de sauces dulces y estanques donde los mosquitos posan sus diminutas alas en los nenúfares de flores rosadas. Detenerse en sus fachadas es una tarea difícil. Abruma el amor, la relación imposible de los cuerpos en una sintaxis apasionada. Hay dioses que copulan con caballos. Hay hombres que buscan el calor de otros hombres. Mujeres que abren sus muslos con dignidad ante una procesión de amantes desenfrenados. El tiempo se detiene en la piedra y el viajero comprueba con asombro que el sexo es el elemento fundamental de la vida, lo que hilvana la respiración, las fotografías, los rumores de los habitantes, que contemplan con picardía la cara de asombro de los espectadores.

Dicen que Khajuraho cayó en el olvido hasta que un viajero y militar inglés lo redescubrió en 1838. Los templos del amor de esta ciudad nunca sucumbieron a las modas occidentales. Estaban antes que las catedrales góticas. Un tiempo demasiado anterior a Notre Dame de París, a la catedral de Santiago de Compostela o la Alhambra, que sigue petrificando el amor.

La visita a Khajuraho me recordó otro de los libros que había leído sobre la India. Las lecturas se fueron depositando en mi imaginación, adquiriendo una forma fosilizada de lo que yo creía que podía ser el país. Un cuadro desdibujado que sobre el terreno adquiere formas diferentes a las pensadas. Pier Paolo Pasolini no estuvo en Khajuraho. Al menos no queda constancia de ello leyendo *El olor de la India*, un recorrido místico y amoroso que el genio italiano realizó a mediados de los años sesenta. Su viaje estuvo plagado de experiencias íntimas. Su visión es la de un intelectual desarmado por las visiones que encuentra en la India. Lo acompañaban Alberto Moravia y su mujer. En algún momento de su crónica, la sensualidad pasoliniana se me antoja similar a la de las piedras de los templos de Khajuraho. Me gusta pensar que Pasolini caminó entre las escenas, protegido por sus gafas de sol, una camisa blanca y una cámara fotográfica al hombro. Quiero creer que parte de su *Decamerón* o *Las mil y una noches* tomaron sentido gracias a las esculturas de piedra hechas hace más de mil años, como la de aquella escena en la que un hombre dispara una flecha con la punta en forma de falo contra una mujer abierta de piernas. Es el fragmento más indio en toda su filmografía. Una visión pasajera de Khajuraho encerrada en un cine de Roma. La piedra revelada en 24 fotogramas por segundo.

Kapuscinski descubre el castigo de los dioses.

El primer destino como corresponsal lo encontró Ryszard Kapuscinski en la India. No hablaba inglés (ni una palabra de hindi, bengalí o los miles de dialectos que se difunden en el país como frutas recién nacidas). Iba vestido a la manera polaca, preparado para los rigores del invierno. Junto a su equipaje, llevaba un libro que el estalinismo no había podido purgar. *Historias* de Heródoto. Había visto, antes de tomar el avión desde Varsovia con escala en Roma, a algunos prisioneros volver de los gulags. Tal vez esas pobres gentes llevaban décadas de reclusión, aguantando un frío polar que es peor que el hierro de las prisiones. Nueva Delhi lo recibió, sin embargo, con un verano pegajoso y perenne. Un calor que se inmiscuía en el cuerpo del viajero y

no lo soltaba hasta el final de su estancia. En Nueva Delhi, la capital de un país joven de miles de años, nadie lo reconocería. En términos estrictos, no era nadie. Todo el mundo es nadie en la India. Si le sumamos su juventud, la inexperiencia, la falta de conocimiento del terreno y unas cuantas imprevisiones más, encontraremos al viajero perfecto.

El Ryszard Kapuscinski de la India no es muy distinto al viajero ocasional. Cámara fotográfica y asombro. Templos dedicados a Shiva, a Ganesha y a Kali. Moscas a la hora de la siesta entre vacas y puestos callejeros de zumo de caña de azúcar. Partidos de críquet en un parque público al que le crecen los arbustos como forestas tropicales, mosquitos del tamaño de helicópteros (mascotas voladoras) y una multitud informe que se arrastra por las calles hasta desfigurarlas. Sube a los trenes, se detiene en la ribera del Ganges, come pan de chapati untado con salsa de garbanzos, la ambrosía de los pobres. Explora los palacios de los rajás, intuye una Calcuta inglesa sin estado de demolición. Vive muchas vidas dentro de una visión humilde, la de un viajero solitario que se siente desbordado por un país en llamas. Tal vez emula a un poeta mexicano que se acuerda de otro poeta argentino. Esa es la noche de la India, la que «va abriendo como ramas las calles», la que habla «la dialéctica de los monos», la que un viajero europeo lee antes de visitar y visita antes de leer a la vuelta. Siempre cambiante. Dolorosa y profunda. Una gran noche que nunca acaba. El país que los dioses dieron como castigo a los hombres.

Capítulo segundo

China y Japón, los caminos del este

Tango del viudo en Rangún

Una de las primeras visiones que tuve del Lejano Oriente fue la de Rangún. Neruda escribió *Tango del viudo* a finales de los años veinte. Es un poema que respira melancolía. El poeta extraña sus días de cónsul en Birmania. Allí conoció a una nativa con la que entabló una relación amorosa. Se casaron, sin saber muy bien por qué rito o bajo qué jurisdicción. En el poema, el sujeto ha huido y ha dejado la casa vacía. Es una cabaña (así la imagino yo), con una vegetación salvaje invadiendo el hogar como si reclamase una victoria sobre el ser humano. La mujer (llamada «Maligna» en el poema) se ha despertado y ha encontrado la cama vacía. El poeta ha enterrado el cuchillo en el jardín, temeroso de que su mujer lo asesine en un ataque de celos. Ha huido, pero la extraña. No se sabe cuánto tiempo ha pasado. Tal vez el suficiente como para olvidar su nombre. Incluso su rostro. Recuerda cómo en la noche la mujer orinaba a oscuras, confundiendo el sonido del monzón tropical con el líquido que caía entre sus piernas. La mujer convertida en una extensión del mundo allí vivido.

Cada vez que cerraba el libro soñaba con ser ese hombre que regresa, arrepentido, que atraviesa los manglares y las ciudades atestadas de taxis y pipas de fumar y vuelve con la Maligna. Maldecía a Neruda por haber dejado su *Residencia en la Tierra* por una Europa que estaba a punto de entrar en multitud de guerras. Hubiese dado media vida por protagonizar esos versos. Creía en la Maligna, cuyo nombre se supo después, Josie Bliss. Quería despertar un día y contemplarla en la oscuridad orinando, mientras la lluvia agitaba la cabaña de bambú y los cocoteros arreciaban su baile tropical. Así empecé yo a recorrer los caminos hacia el este.

Bar Sauma contempla
la erupción del Vesubio

La China de Rabban Bar Sauma estaba ocupada por los mongoles. Sus ojos rasgados, su piel fina, su pelo lacio delataban que aquella persona que entraba en las cortes europeas con una solemnidad pesada era oriental. Poco sabían los embajadores vaticanos de la naturaleza de aquellos pueblos que se amontonaban en ciudades populosas. China, Mongolia, Japón y tantos otros territorios no significaban más que un vacío en los bordes del mundo, un mapa inacabado que conducía hacia tierras inexploradas.

Cae el año 1287 en el calendario. En China es el 3983, más antiguo y de números más sabios. Bar Sauma ha llegado en barco a la bahía de Nápoles. Lleva años viajando a pie, en camello. Ha cruzado tantos desiertos que ha olvidado el nombre de todos ellos. Es de noche. La bahía está presidida por una montaña de la que sale un humo esponjoso. Parece una especie de bandada de pájaros con el vientre negro, pero las alas blancas. Nunca ha visto arder una ladera de esa forma.

La tierra tiembla alrededor. Los dioses de esta parte del mundo, piensa, se enfadan a menudo.

De entre todas las maravillas que ha presenciado en el viaje de su vida esta es la más extraordinaria de todas. No sabe Bar Sauma que está viendo un volcán. Ha llegado a la ciudad más poblada de toda Italia, en aquel siglo XIII un conjunto de Estados en guerra. En comparación con las poblaciones chinas, Nápoles apenas parece un barrio. Un castillo pegado a la costa con mucha suciedad en las calles. Espera impaciente encaminarse hacia Roma, la capital de Occidente, como le han dicho, para entrevistarse con el papa, un hombre vestido de rojo al que llaman Honorio IV. Pero el embajador mongol, nacido en Pekín, no cumplirá su cometido, porque el papa acaba de morir en el trono de San Pedro.

El viaje de Bar Sauma es apasionante. Cuando Europa apenas conocía nada del este, China ya ponía rostro a los reyes de Occidente, nombraba sus calles y trazaba las líneas de la costa de su geografía. Al mismo tiempo que Marco Polo, Bar Sauma logró ir más allá de su propósito. Bordeó la cordillera del Himalaya, entró en la ciudad de Talas, en la actual Kirguistán, donde los árabes derrotaron a los chinos muchos siglos atrás. Después, se desplazó en las caravanas que llevaban la seda hacia los mercados europeos. Visitó una Bagdad destruida por el nieto de Gengis Kan.

Pero siguió su camino. Mosul, en el norte. Armenia, tierra de viejos cristianos. Entró en Constantinopla, la capital del Imperio bizantino, la ciudad más hermosa del mundo. Cerró los ojos antes de entrar en Santa Sofía y sintió flotar la piedra sobre su cabeza. Cruzó el Bósforo y escuchó de fondo el sonido de la historia azotada por las olas. Era el Imperio romano vivo, ese esqueleto de poder del que hablaban los eunucos que sabían leer. Tras Italia, cruzó los Alpes y se dirigió hacia París, una ciudad a la que le quedaban muchos siglos para salir de la oscuridad. Contempló el océano Atlántico en Burdeos (un hombre nacido en Pekín, qué proeza), a diez mil kilómetros de su cuna. Vio guerrear a los reyes de Francia e Inglaterra, observó la corona del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y la del emperador de Bizancio, tan similares y tan distintas. Comprendió lo largo que resultaba un camino, la cantidad de rostros diversos que se acercaban a saludarlo, a ofrecerle agua o vino. Volvió a China habiendo descubierto para los suyos lo que había más allá de Jerusalén. Europa, en cambio, tendría que esperar siglos para recorrer los caminos del este.

¿Hacia dónde se dirigen los caminos del este?

Para que algo exista hay que nombrarlo. Durante mucho tiempo, los europeos no pudieron escribir el nombre de aquellas tierras que intuían pero que jamás habían visto. Los mapas quedaban incompletos. Más allá de la India, los humildes geógrafos dibujaban terroríficos monstruos marinos que flotaban en las aguas. No había viajeros que se atrevieran a cruzar la línea de sombras.

Las primeras noticias de un país populoso, con habitantes de ojos rasgados, llegaron en la Edad Antigua. Las leyendas invocaron una legión misteriosa de Roma que se perdió en las montañas y nunca volvió. Un embajador mandado por Marco Aurelio accedió a visitar la corte de Huan de Han. Noticias difuminadas por el mito, un material demasiado incierto para ser historia.

Poco a poco, los europeos fueron bautizando aquellos territorios ignotos. Marco Polo escribió

que la tierra que visitó se llamaba Catay. Probablemente fuese China, y aunque nunca realizase dicho viaje, el nombre triunfó. Catay era el este, el más allá de las caravanas, de donde procedía la seda, el hilo más hermoso de cuantos genera la naturaleza. De allí también provenía la pólvora, esa tierra grisácea que hace arder las barbas del enemigo.

A Catay se sumaron otros nombres. Cipango tuvo cierto éxito entre los exploradores más aventajados. Decían que había unas islas más allá del continente donde se podían hallar oro y perlas. Un paraíso perdido en las regiones más extremas del mundo. Era un país montañoso. Cristóbal Colón creyó encontrar Cipango entre la bruma de una mañana de octubre de 1492, y probablemente muriera creyendo que la había hallado, ciego de cataratas en un monasterio de Valladolid. Pero a Cipango todavía le quedaban muchos siglos para ser Japón, el país prohibido para los extranjeros.

Así pasaron los siglos. Los mongoles, que también tenían los ojos rasgados y venían del este, habían destruido Bagdad, arrasado Kiev, Cracovia, y habían puesto cerco a Viena. El corazón de Europa en jaque por unos guerreros que hablaban con los caballos una lengua imposible de reproducir. Venían del país del Gran Kan, al norte del Hindú Kush, en las estepas. Cada vez más viajeros rompían el cerco del desconocimiento y atravesaban la línea de Persia. «El territorio del Gran Tamerlán», así llamó Clavijo al inicio de aquella ruta que desembocaba en el este y que el testimonio de Marco Polo había ayudado a conformar.

Luego, los viajeros prefirieron el barco, una vez descubierta América, y el este, el llamado Extremo Oriente, fue delimitando un mundo lleno de islas, de multitud de lenguas y dioses de madera, de tonos bronceados de piel y tifones al final del verano. Los nombres siguieron componiendo una mitología lingüística, solamente al alcance de los viajeros más expertos, los que combinaban la necesidad comercial con la aventura. Siam, Cochinchina en el suroeste, Malaca, las islas de las Especias y una red de territorios isleños con los que Europa soñaba inundar de riquezas sus ciudades.

El invento de Marco Polo

Tras una vida dedicada a viajar, aquellas paredes tuvieron que ser una muerte anticipada para el comerciante veneciano. Marco Polo había nacido en una familia de hábiles exploradores que sabían que el mayor invento humano era la plata hecha moneda. Así había crecido en Venecia, una joya acuática que no servía a los expertos caminantes. Por eso salió de la Serenísima y se perdió por un mundo encantado. Corría el siglo XIII y Europa ardía.

Fue en Génova donde narró su viaje. Lo hizo en voz alta, mirando por la ventana de una celda, en los sótanos del palacio de San Giorgio. Había perdido una guerra y ahora sufría una reclusión que parecía eterna. Rustichello, un trovador que sabía leer y escribir, natural de Pisa, lo acompañaba en las noches de insomnio. Privados de libertad, todo es noche, pensarían, así que combatieron las horas contando historias.

Marco Polo habló mucho. Tanto, que iluminó una época. Le contó a su compañero el viaje que todo hombre aspira a hacer en la vida. Rustichello tomaba nota. El veneciano lo había vivido, era justo que fuese otro el que se tomase la molestia de escribirlo. Así pasaron meses. Uno, escarbando en su memoria, recorriendo de nuevo los desiertos ondulados, las caravanas llenas de

árabes ávidos de dinero, las cortes chinas, con señores poderosos de bigotes finos y manos huesudas; el otro, sonriendo ante los excesos de una prosa fácil, anotando sin convencimiento los pasajes donde los hombres nacían de la tierra.

El fruto de aquellos meses fue *Il Milione*, el libro que cuenta el viaje de Marco Polo hasta la corte de Kublai Kan, en China. ¿Fue verdad? ¿Acaso todo lo que se refleja en el libro alcanza la veracidad de un viaje emblemático? ¿Por qué ninguna crónica oriental recoge el paso de un comerciante veneciano y, sin embargo, Occidente conoce China gracias a su relato? Tal vez, la mayor paradoja del viaje de Marco Polo sea que estamos ante el testimonio de alguien que nunca estuvo allí. Son numerosos los motivos que nos incitan a pensar que el comerciante veneciano fue un impostor, un fabulador con una imaginación poderosa que jamás se separó de su casa pegada al Gran Canal. ¿Puede la historia de Europa haberse cimentado sobre una mentira semejante?

Marco Polo sale de Venecia para pasar los siguientes veinticinco años como un viajero empedernido. Asumiremos, al menos de momento, que su relato es verdadero, sobre todo por el placer de desplazarnos hacia el maravilloso Oriente. Ve alejarse Venecia y recorre las venas de su imperio marítimo hasta Acre, en Tierra Santa, el puerto de llegada que tantos cruzados habían soñado con contemplar cuando preparaban sus espadas y cruces en la lejana Francia. Desde allí camina hasta la ciudad de Tabriz, en el norte de Irán, lindando con el mar Caspio. Se pierde por el bazar, por sus calles que huelen a cuero, a incienso derretido en las tardes de oración. Persia no es un lugar alejado de la imaginación europea. Son muchos los viajeros que se han aventurado en sus ciudades, con turbante y los labios secos. Atraviesa el desierto iraní. En Ormuz contempla la punta de la península arábiga, la franja de tierra que parte el golfo Pérsico y el de Omán. Luego se encamina rumbo noroeste, en una diagonal perfecta, atravesando el actual Afganistán, país de tribus de ojos azules y adoradores de dioses antiguos. Deja atrás Kashgar, visita Lanzhou, uno de los pasos necesarios en la ruta de caravanas que lleva el nombre de la poderosa seda, hasta llegar a Pekín, el destino sin mapas.

En Pekín conoce a Kublai Kan, el quinto y último gran kan de la dinastía Yuan, un heredero de Gengis Kan, el hombre que pocos años antes había puesto en jaque a las ciudades europeas. Se sorprende Marco Polo al ver cómo las generaciones mejoran en cuanto a los modales. El antepasado glorioso de Kublai Kan jamás había conocido las comodidades de una cama y decían que dormía encima de sus caballos. Sus nietos ya dilapidaban su herencia de nuevos ricos por los palacios de Pekín, ocultando tras los jarrones de cerámica blanca y dorada un pasado de estepario destripador de imperios. El viajero veneciano se sienta por las tardes y habla con el gran kan en una lengua que mezcla los caminos y los gestos con las manos. Pero se entienden. Un pobre hombre adinerado por el comercio junto a un rico hombre empobrecido por lo poco que conocía de su imperio. Marco Polo se convierte, durante más de quince años, en una especie de mensajero y diplomático que recorre las rutas de toda China representando al emperador.

Durante sus viajes ve las maravillas que darán título al relato de viajes: el río Amarillo, tan caudaloso como un océano, serpientes gigantes que enroscan a toda una población, selvas tan primigenias y frondosas como las del paraíso bíblico, chamanes que practican exorcismo a los enfermos, montañas tan altas como el cielo (era el Himalaya), así como ejércitos de hombres amarillos matándose por un trozo de tierra, en Birmania. También contempla una Venecia enloquecida y multiplicada, un canal tan grande como un sueño por el que la humanidad remaba

de orilla a orilla.

En el *Libro de las maravillas o Milione* (con su voz, con la mano de Rustichello) describe ciudades coronadas por torres de oro, que cuando el viento las agita suenan como campanas dulces y profundas, así como seres solamente posibles en la imaginación de los más sagaces. Los días de Marco Polo en China están llenos de fantasía. Pertenecen a un mundo que todavía no podía ser nombrado con la experiencia científica del humanismo. El viajero italiano reina en un espacio mítico y, aunque el hombre se haya alzado por encima de la superstición y el encanto, aún conserva mucho del espíritu de Marco Polo. Uno de los autores que más se han aproximado a él, muchos siglos después, fue Italo Calvino en sus *Ciudades invisibles*, un libro lleno de seducción por Oriente que hubiese podido firmar el mismísimo comerciante italiano, cuando al declinar la tarde, conversa con Kublai Kan y le cuenta todas las ciudades en las que ha estado. Todas ellas inventadas. Todas ellas tan posibles como las páginas que leemos, como los viajes que ha impulsado el viajero del Gran Canal.

Poco importa si Marco Polo estuvo en China o no. No interesa reconocer la veracidad de su relato, si la China que cuenta es cierta o ficticia. Durante siglos fue la palabra sagrada de miles de viajeros que soñaron con ir a Pekín, a la sombra del emperador. Fue la forma exacta de un país inabarcable, la geografía precisa de un dialecto onírico. Para Marco Polo, que volvió y conoció la cárcel, el viaje existió en tanto que verdad posible. Hoy sus huesos descansan en la iglesia de San Lorenzo, en Venecia. Su tumba señala al este, los caminos que cruzó a pie, que inventó con los ojos anhelantes de luz en una celda genovesa.

El camino de la seda

Pongamos que un comerciante chino lleva semanas recibiendo mercancías de toda la costa del Pacífico: telas de Pekín, especias de Cantón, piedras preciosas de Fuzhou y figurillas de cera de Ningbó. Parte antes de que despunte el alba de la ciudad de Luoyang. Se marcha de sus recintos budistas y se encamina hacia el oeste. Lo hace primero andando. Está acostumbrado, porque los comerciantes nacen con predisposición a los kilómetros.

Deja atrás la ciudad de Jiayuguan y su fuerte próximo a las montañas nevadas. Apenas se para en Dunhuang, con su templo salido de las dunas del desierto, un oasis cristalino entre la arena. Las ciudades se van acumulando en su memoria: Urumqi, Kashgar, Torugart y Bishkek. Ya ha abandonado China. Ha hecho mil veces esa ruta y sabe que ya es extranjero porque apenas escucha hablar su idioma materno. Se adentra en las estepas y presiente los primeros cantos a la oración. Lo que ve a lo lejos no es un fragmento del cielo sobre la tierra. Es la mezquita de Bibi Khanum, que anuncia que ha llegado a Samarcanda. Desde allí, Bujara rivaliza con sus *maidanes* por ser la ciudad más fiel al profeta. Merv, Mashad y Teherán proclaman que ya ha entrado en Persia, el territorio de *Las mil y una noches.*

El comerciante sigue su camino y se adentra en Iraq. Visita la capital del califato árabe, Bagdad, sus zocos y mezquitas abiertas como plazas soleadas. De allí hasta el Mediterráneo solamente hay un paso. Jerusalén, Acre, Trípoli, Beirut…, hasta que alcanza en barco Constantinopla. Ha llegado a Occidente. Tras la segunda Roma, su mercancía se venderá a un precio multiplicado por la codicia de los hombres. De Constantinopla a Venecia. De Venecia

hacia los mercados de Alemania, de Flandes, a Les Halles de París, la lonja de Valencia, Zocodover de Toledo y la plaza de Yamaa el Fna de Marrakech. No verá esos destinos con sus ojos. Escuchará la belleza de los lugares a través de las palabras de otros comerciantes, viajeros a la fuerza, conductores de la riqueza del mundo. Su camino de vuelta lo está esperando. Hasta Luoyang hay miles de kilómetros, desiertos, selvas, bazares, emboscadas y noches de vino bajo una tienda de campaña.

Es el destino de los viajeros, repetir hasta el paroxismo ese mismo camino. La Ruta de la Seda es una necesidad antropológica. Un acercamiento tímido pero continuo de los humanos separados por miles de kilómetros. El camino de tierra por el que Occidente y Oriente se han dado la mano (una mano delgada, casi invisible) y por el que han circulado saberes, conocimientos, miedos lejanos y secretos para vencer a los enemigos.

La Ruta de la Seda se estableció unos siglos antes del nacimiento de Cristo. Con seguridad, en el final de la República romana ya había comerciantes chinos acercándose al Mediterráneo a través de un camino trazado. Del este al oeste, los que participaban de ese intercambio llevaban consigo jade, minerales y piedras preciosas, clavo, pimienta y canela, que servía para estimular las noches solitarias de los patricios. En el camino inverso, del oeste al este, los romanos mandaban en sus vasijas y ánforas aceite, cereales imperecederos, figurillas de barro y fino mármol con la representación de un dios. No eran mundos ajenos, aunque sí distantes.

Pero incluso las aventuras más hermosas caducan en contacto con los hombres. La Ruta de la Seda murió el 7 de abril de 1453, en el mismo momento en el que el sultán Mehmet II entraba por la puerta de San Romano de Constantinopla. La interrupción del comercio mundial obligó a suspender el intercambio de viajeros, desde China a España. Otros viajeros como Cristóbal Colón y Vasco da Gama dieron la puntilla final a un viaje mítico. Descubrieron que el mundo podía conectarse por el agua y que otros caminos resultaban más seguros. Las ciudades de la Ruta se fueron olvidando poco a poco. De Samarcanda solo quedaba un destello azul. De Jiayuguan, un tejado nevado. Sobre las huellas se posó el polvo y la lluvia confundió los pasos. Ya hace siglos que la Ruta de la Seda vive en los libros de los viajeros que la recorrieron. Perdura en las bibliotecas. Viejos comerciantes que ahora, con el paso del tiempo, se han convertido en lectores.

Diego de Pantoja
toca el clavicordio en Pekín

Juan González de Mendoza no pisó nunca China. Desde las Indias Occidentales, en las viejas y nuevas ciudades de Chiapas y Popayán, conversaba con los viajeros que acababan de atravesar el Pacífico desde el extremo del Imperio español. Filipinas había confundido las brújulas. El oeste se había convertido en el este de los aventureros. González de Mendoza salía a la plaza pública en los días de mercado y preguntaba quién había estado en China. Aquella tierra se encontraba lejos. Había escuchado que era de difícil acceso, incluso con los cálculos matemáticos que auguraban el éxito del tornaviaje, aquella fórmula que conectaba Manila con Acapulco. Tomaba nota de todo lo que le iban contando los comerciantes. Así escribió su *Historia de China*, el primer libro en español que hablaba del país oriental.

Al menos Juan González de Mendoza no engañó en sus propósitos. Nunca había pisado China y lo reconoció. El libro del obispo de Chiapas lo leyó Diego de Pantoja cuando se preparaba para ingresar en la orden jesuita. Eran tiempos de aventuras, de sotanas negras sumergidas en los lodos de la fe, y en los que se mezclaban las ganas de convencer a los extranjeros de las bondades de Cristo con el riesgo de morir quemado en un país lejano. Pantoja lo tuvo claro. No importaba la distancia. Quería oír hablar esa lengua difícil como la noche, escrita con dibujos imposibles, como huellas de ave sobre la playa.

El viaje de Diego de Pantoja no se redujo a la religión. La dinastía Ming gobernaba el país de forma severa. Los contactos con culturas foráneas no estaban bien vistos en la corte de la Ciudad Prohibida. A pesar de ello, Matteo Ricci, un jesuita que se desplegó por el mundo como un viajero hábil y experto, llevaba varias décadas en el país de incógnito. La evangelización cristiana tendría que hacerse en silencio en aquellas tierras de pagodas.

Partió Diego de Pantoja de Lisboa en 1596, ciudad que servía como lanzadera hacia las Indias Orientales. En aquel tiempo, Lisboa formaba parte del entramado imperial de Felipe II gracias a sus derechos dinásticos. Marineros portugueses y españoles unían sus fuerzas para surcar las aguas de todo el mundo. El misionero jesuita, tras pasar por Goa, logró entrar en China. Lo hizo en la ciudad de Nankín disfrazado de comerciante portugués, para evitar los recelos de las autoridades. Paradójica la historia del cristianismo en China, que comenzó con un mercader del templo que escondía una sotana. Una religión que se inició, sin embargo, echando a los mercaderes del templo.

La unión de estos dos viajeros, Ricci y Pantoja, supondrá el mayor acercamiento del cristianismo al país, pero también el ejemplo más soberbio de entendimiento entre culturas diferentes. Los jesuitas consiguieron acceder a Pekín, el sueño de Oriente reflejado en un estanque. A pesar de las prohibiciones, lograron una audiencia con los burócratas imperiales, puesto que la visión del emperador estaba reservada solamente para funcionarios cercanos y familiares. Diego de Pantoja le mostró regalos que hablaban de las bondades del rey de España, de la colaboración entre las dos partes del mundo geográficamente opuestas. Entre los obsequios, un clavicordio se desplegó en la sala de audiencias. Aquel instrumento jamás había hecho un viaje tan largo. Sus teclas blancas emiten un sonido riguroso cuando se pulsa sobre ellas. El emperador quedó satisfecho con el regalo, iniciándose de esta forma una ruta comercial que unía Lisboa con Pekín, Sevilla con Cantón. El mundo pasaba a estar globalizado, vía Manila, haciendo parada en Acapulco, saliendo del puerto de Veracruz con destino de nuevo a Lisboa o Cádiz.

Matteo Ricci, por su parte, había elaborado el primer mapamundi hecho en China que incluía todos los continentes (también el supuesto continente austral, que él llama Magallánica). Supuso el culmen del viajero, dibujar la forma exacta de la tierra no desde el estudio de un hogar, una vez que se ha llevado a cabo el viaje, sino en el centro de la expedición. Su obra, titulada *Kunyu Wanguo Quantu* (*Mapa completo de todos los países del mundo*), respondió a la necesidad europea de conocer el mundo, de absorber la geografía lejana en los libros, esos que se guardaban en las bibliotecas de El Escorial, Roma o París.

A Ricci y Pantoja les fue otorgado el privilegio de ser los únicos extranjeros de la época en acceder a la Ciudad Prohibida. Se adentraron por la Puerta del Sur, después atravesaron la Puerta de la Suprema Armonía. Dejaron a los lados el Salón de la Eminencia Militar y el de la Gloria

Literaria. A través de la alta escalinata, ascendieron al pabellón de la Suprema Armonía, el corazón de la Ciudad Prohibida. De allí, dirección norte, se dirigieron al Palacio de la Pureza Celeste y vagaron como extranjeros maravillados, conteniendo la emoción y la sorpresa, a través del Jardín Imperial, observando plantas y flores que jamás antes habían visto.

Otros jesuitas también viajaron a China movidos por su fe y necesidad de experiencias. Probablemente escuchasen el sonido metálico del clavicordio, como una vajilla de porcelana estrellándose contra un suelo de mármol. Con las ventanas abiertas, en las ciudades de madera y papel, la memoria de los viajeros europeos guardó el color de la ropa oscura, el de las sotanas. China llegó a Europa de la mano de gente que había huido en su juventud de ella, precisamente para encontrar a Cristo. Un Dios de ojos rasgados, barba fina y pelo lacio. La música fue el elemento que unió las dos partes más alejadas del mundo.

Mancio Ito posa para Tintoretto

El primer rostro japonés que vieron los europeos en el siglo XVI probablemente fue el que Tintoretto pintó en 1585, por encargo de la República de Venecia. Se trataba de Mancio Ito, la prueba irrefutable de que el cristianismo se estaba asentando en Japón. Hoy, los viajeros, paseando por el Museo Nacional de Artes Occidentales en Tokio, diseñado por Le Corbusier, tal vez se sorprendan al encontrarse con el cuadro tan lejos de su Venecia natal. Pero todo tiene una explicación y basta un viaje para hallarla.

A Mancio Ito apenas se le notan los rasgos orientales en el rostro. Tiene los ojos muy abiertos. Tan diferentes a los de los jóvenes que se ven por el puerto de Nagasaki que más parece un niño de Sevilla, uno de esos que se gana la vida sirviendo a un noble y que pinta Murillo. Su tez es morena. Al papa de Roma le dijeron que en Japón los hombres suelen ser pálidos como la leche. Lo ha mandado Alessandro Valignano, el padre jesuita que desde 1579 ha abierto una misión evangelizadora en aquel país tan lejano. La Embajada Tensho la conforman cuatro jóvenes. Surcaron el mar de China hasta Malaca. Después efectuaron una parada obligatoria en Goa, la Oporto tropical. Ante ellos, se extendía el océano Índico. Lo surcaron con preocupación. Al menos así se sintieron los cuatro muchachos. A pesar de proceder de un país volcado al océano (una tierra arrasada de tanto en tanto por olas gigantes, «tsunamis» las llaman ellos), tanta extensión de agua no podía augurar nada bueno. Pero llegaron al cabo de Buena Esperanza. Fueron los primeros japoneses en viajar tan al sur. Sintieron el viraje del barco, el crujir de la madera. Pusieron rumbo al norte, costeando todo el continente africano. Tras meses de navegación, vislumbraron una ciudad blanca partida por una ría inmensa. Era Lisboa, el final de su travesía. Nunca habían visto una ciudad con los edificios tan altos, hechos de piedra y musgo. Al bajar se sintieron mareados. Les pesaban las piernas tras tanto tiempo sin pisar tierra firme. Allí los esperaba el rey de la otra parte del mundo. Felipe II no vestía con sedas orientales, sino con un jubón negro, el mismo color que la sotana de los padres jesuitas que deambulaban por su país. Tras la audiencia con Felipe II, visitaron otras ciudades. En Roma los recibió el papa Gregorio XIII, el hombre más poderoso en la tierra. Japón tenía forma de adolescencia, de hambre y de timidez en la mirada.

En 1582, la Embajada Tensho llevó a cabo uno de los primeros encuentros entre japoneses y

europeos de los que se tiene constancia en territorio occidental. La formaban cuatro jóvenes de linaje noble, una embajada que serviría para testimoniar los buenos trabajos que los jesuitas estaban llevando a cabo en Japón, pero también para alertar a Roma de que aún quedaba mucho por hacer. Desconocemos qué pensaron aquellos muchachos japoneses, qué sentimiento despertó en ellos la grandeza al ver la Piazza della Signoria, el Gran Canal de Venecia o la cúpula de San Pedro del Vaticano, recién estrenada. Durante los ocho años que duró la misión diplomática, los japoneses pudieron conocer de cerca el salón de mandos de los países que dominaban el mundo o pasear por El Escorial (o tal vez asistir a su inauguración) mientras Felipe II organizaba una nueva expedición a Filipinas.

En el siglo XVI el mundo se estaba conociendo a sí mismo. A los viajeros ya no les servían las fronteras como destino final de sus expediciones. Los barcos surcaban los océanos y en todo el planeta se hablaba el idioma del comercio. Japón existía y la prueba evidente la representaban cuatro jóvenes que se habían hecho hombres durante su misión diplomática. Pero para el final de su viaje, en aquellas tierras lejanas ya habían empezado a perseguir a los cristianos. La historia de Roma se repetía, pero esta vez, los primeros creyentes tenían los ojos rasgados y la ciudad se llamaba Nagasaki.

Francisco Javier desembarca en Kagoshima

Los europeos llegaron a Japón cuarenta años antes de que Mancio Ito posara para Tintoretto en su estudio junto al Gran Canal. Fueron marinos portugueses, mucho más interesados en las costas asiáticas que los españoles. Como en la mayoría de los casos, el encuentro con Japón se produjo de una manera azarosa. Un navío portugués sale de China cargado de especias. El mar embravecido, con olas tan afiladas como lanzas, lo hace zozobrar. Un naufragio que no pudo haberse evitado y un superviviente: Fernão Mendes Pinto, luchando por sobrevivir, nadando hasta una playa anónima en algún lugar de Japón. La leyenda fundacional de los portugueses en el país nipón es heroica, aunque tal vez no demasiado real. Pero hasta 1641, año en el que las autoridades del país decretaron la expulsión de todos los extranjeros, la mayoría de viajeros que llegaron a las costas de Japón hablaban portugués.

Normalmente, quienes acudían a Japón lo hacían en busca de dinero o de Dios. Ambos negocios eran arriesgados, pero el intercambio monetario dejaba satisfacción en las dos partes. Las misiones jesuitas solían terminar, tras una peregrinación por tierras húmedas, en un martirio. Pero los caminos de la fe carecían de obstáculos, sobre todo para la compañía de la sotana negra.

Cuando los jesuitas salieron a conquistar el mundo a través de la predicación, la compañía acababa de crearse. Francisco Javier había estado presente aquella mañana del 15 de agosto de 1534 en la colina de Montmartre, a las afueras de París, cuando un grupo de amigos decidió fundar una orden combativa y espiritual. Poco más de veinte años distan entre el origen parisino de la orden y el momento en el que Francisco Javier llegó a Kagoshima, la punta meridional de la isla, en 1549. Entró en la ciudad y contempló el volcán dominando la bahía, como una Nápoles oriental. Frente a él tenía una geografía desconocida. Un idioma difícil de interpretar y unas gentes que no entendían por qué esos extranjeros torturaban a su dios y le infligían tales

penas, clavándolo a un madero como hacen los ganaderos con las reses. Pero el jesuita navarro logró adaptarse a las primeras dificultades y obtener de sus viajes conversiones. Visitó los monasterios budistas y debatió con los bonzos en un idioma gesticulante. Se hospedó en varias ciudades y se sumergió en la cultura lejana, los cerezos en flor que solamente despiertan algunas mañanas escogidas del año. En 1551 abandonó Japón rumbo a otras tierras, sin saber que moriría de camino a China. Hoy en día, Francisco Javier no es solamente el santo de Japón, un personaje amado por los cristianos que aún quedan en el país. Simboliza también uno de los primeros viajeros europeos que atravesaron las fronteras de aquel país cerrado en sí mismo. Sus dos años en Japón son un ejemplo de las aventuras y el riesgo que estaba dispuesta a correr Europa para conocer el mundo a su alrededor.

Alessandro Valignano
en la ciudad herida

Nagasaki es la ciudad más importante de Kyushu, la tercera isla de Japón. Hoy es una urbe de recuerdo herido, tras la caída de la segunda bomba atómica (unos días antes había ocurrido la hecatombe de Hiroshima), aunque se ha recuperado con soberbia belleza. Los puentes unen las dos partes de la bahía y los edificios escalan las colinas verdes. Parece un lugar apacible, el punto más occidental del país, al que llegaban todos los portugueses para hacer negocios.

La ciudad fue fundada en 1571 como un enclave comercial para comprar y vender productos de toda la región. Los portugueses intuyeron que la mejor manera de conocer el país sería convertir una pequeña porción de tierra en su propio dominio, como ya habían hecho en la India y en China. Pero al puerto de Nagasaki no solamente llegaban carracas comerciales, sino también navíos en donde se leía la Biblia en silencio. La ciudad significó un punto de anclaje para los jesuitas, una morada que les permitía expandirse hacia el norte y así evangelizar todo el país.

Desde ese momento, los jesuitas intentaron convertir Japón en un territorio donde se rezase a Cristo. Llevaron sus viajes hasta el extremo oriental del mundo y predicaron a la vez que conocían ciudades. Alessandro Valignano llegó en 1579 y se convirtió en el europeo de su época que mejor conoció Japón. Su prédica se extendió por Nagasaki, fundando seminarios y reuniendo una base fuerte de habitantes nativos dispuestos a predicar en nombre de Roma. No se puede entender la historia de los viajeros en Japón sin la figura de Valignano.

Pero su viaje plácido se tornó en amargura y pronto llegó a Japón la prohibición de rendir culto cristiano. Fue un proceso rápido y lleno de violencia que desembocó en el rechazo a las misiones jesuitas. Uno de sus puntos álgidos fue en 1597: el martirio de Nagasaki. El carguero San Felipe fue detenido a su llegada al puerto por orden de las autoridades. Sufrieron torturas durante meses. El saldo final dejó veintiséis componentes de la expedición crucificados y traspasados con lanzas. Entre ellos, murieron doce creyentes nativos, tres jesuitas (también japoneses) y seis franciscanos. Esta matanza se encuadra en la persecución promulgada por Toyotomi Hideyoshi, el gobernante que logró unificar Japón. En 1614, Tokugawa Ieyasu (sogún de Japón) decidió expulsar definitivamente a los jesuitas del país, asesorado por William Adams, un mercader inglés que aprovechó sus viajes a Japón para enriquecerse (logró ser consejero de la autoridad nipona) y de paso boicotear los intereses hispanoportugueses en los siete mares.

Las persecuciones a cristianos continuaron durante todo el siglo XVII, hasta que la religión católica no fue más que el recuerdo lejano de aquellos viajeros que una vez desembarcaron en Kagoshima. Martin Scorsese lo cuenta con maestría en su película *Silencio*, un acercamiento a la historia de Japón a través del cristianismo, un relato que reflexiona sobre los límites de la fe. En Japón, algunos viajeros jesuitas vivieron su particular martirio. Una prueba ausente en las crónicas europeas. Pero su dolor fue real. El país permaneció siglos en silencio.

Hervé Joncour compra seda en el país prohibido

Hervé Joncour recorrió el mundo en busca de seda porque en Francia las plagas habían acabado con todos los gusanos. Y lo hizo, años antes de que a París llegase la luz eléctrica, atravesando el mundo en todo medio de transporte posible. Hasta Viena en tren. Luego en caravana, a caballo. Después el lago Baikal, que cambiaba de forma cada vez, hasta llegar a la costa, en el abismo de la geografía. De allí, un carguero se ofreció a pasarlo de polizón. Un viajero que nunca existió. Pero lo que no existe también cobra vida. Hervé Joncour desembarcó en Japón, le vendaron los ojos, recorrió caminos a pie, entró en ciudades cuyo bullicio parecía el aleteo de mil mariposas y, finalmente, llegó a la patria de la seda, donde un señor vestía con una túnica rica y una mujer, sin rasgos orientales, se desvestía por las noches.

El viaje de Hervé Joncour nació de la imaginación de Alessandro Baricco. Su inspiración para escribir *Seda* pudo basarse en los relatos de cientos de marineros que, al bordear Japón, saliendo de China, escuchaban las historias de los viajeros que se atrevían a romper las rígidas normas y se aventuraban tierra adentro.

Real o no, el Japón de Baricco está hecho de cristal puro. Es delicado, hermoso, pero tremendamente frágil. Un país que se rige por normas severas, cuyos pueblos, elegantes como el papel, escuchan el silencio como melodía rutinaria, hasta que las bandadas de pájaros rompen la monotonía. Un territorio mítico, en donde las mujeres beben té de rodillas y en los arroyos mana un agua caliente y pacificadora. También es el país de la guerra, en cuyos bosques cuelgan los cuerpos de los traidores. Una nación ancestral atrapada en su tela de araña que lucha por cambiar. La era Edo declinaba y con ella el fin del aislamiento.

Matthew Perry sí existió, y atravesó el mundo para llegar a Japón en busca de armas y dinero. Fue en uno de los llamados «barcos negros», la forma poética con la que el país nipón nombraba a todo barco extranjero. Perry era un marino estadounidense y su tierra natal se enorgullecía de ser un país hecho a su vez de viajeros. Perry incluso contaba entre sus antepasados con pasajeros del Mayflower.

Todo empezó (y todo acabó para el Japón ensimismado) en la bahía de Tokio, cuando en el verano de 1853 aparecieron varios buques de la armada norteamericana. A su mando, Matthew Perry desembarcó en el puerto, siendo el primer extranjero (sin contar chinos y holandeses) que ponía pie en tierra nipona. Aquello supuso una conmoción para los dirigentes de un país balcanizado, fragmentado en islas gubernativas con tentaciones constantes de sublevaciones militares. Japón aceptó recibir visitas de extranjeros, sobre todo para tratados comerciales, pero la acción de Perry había desembocado en un punto de no retorno en la historia japonesa. A los

tratados de comercio y amistad entre ambos países les sucedió el asesinato indiscriminado de extranjeros (como en los tiempos de los misioneros jesuitas) hasta que Estados Unidos intervino militarmente en 1863, a lo que se sucedieron las nuevas operaciones militares de Francia e Inglaterra.

El Japón que había conocido el ficticio Hervé Joncourt moría. La era Meiji ponía fin a más de dos siglos de aislamiento y el país se abría al mundo con el dolor de una guerra civil y el sabor de las armas como método para alcanzar la modernidad. El mundo, por fin, podía viajar a aquel país oriental del que apenas tenía referencias.

Isabella Bird toma un tren en Tokio

Corría el año 1878 cuando Isabella Bird se subió en un tren que partía de Tokio con destino a Yokohama. Apenas llevaba seis años la vía en servicio. Para el resto del país, el tren debía de ser algo parecido a una magia oscura. Tokio en el siglo XIX era una ciudad llena de canales. Las fotografías que han sobrevivido a los avatares del tiempo muestran una estampa de ensueño donde las casitas de madera y papel quedan a un lado ante las construcciones modernas, pagodas de hierro, un material más resistente que la madera. Isabella Bird pudo disfrutar de los primeros parques públicos, bosques sumergidos en la ciudad que afloraron con el color rosado de los cerezos. Observó los caballos de tiro, paseando a los aristócratas, que empezaban a utilizar la corbata y el traje unidos a los vestidos sugerentes de las esposas, adornadas con sedas coloridas.

Aquel Tokio era la viva imagen de un país que se modernizaba a la fuerza, tras siglos de mirarse al espejo. Tuvo que resultar impactante para la viajera la aventura de explorar el Japón profundo. De aquellas experiencias nació una crónica de viajes que en español se publicó con el título de *Japón inexplorado* y que suscita al lector una distancia insalvable entre los ojos de la escritora y la realidad japonesa. Su primera visita fue a Nikko, una de las ciudades más tradicionales del país. De aspecto ancestral, Nikko se enorgullece de albergar los templos más antiguos de todo Japón. El de Shinryuji fue el primero, una reliquia de un tiempo extinto, aunque la mayoría se construyó en el siglo XVII. Tal vez Isabella Bird pudiera contemplar las figuras endemoniadas en el templo de Niomon que dan la bienvenida al visitante.

El Japón rural es el que más la sorprende. Visita Fujihara, Yamagata, Tsugawa, Niigata y Akita, de donde es originaria la raza canina de aspecto leonado. Completó la viajera mil kilómetros en su camino hacia el norte, hasta Hakodate, en la isla de Hokkaido, la segunda más grande de Japón, el lugar donde casi siempre es invierno.

La experiencia de Isabella Bird incitó a otros viajeros a tomar la ruta del sol naciente. A finales del siglo XIX, muchos eran los viajeros que, partiendo de la India o China, alargaron su estancia en Oriente. Ya no solamente buscaban en Japón una forma de ganar dinero con el comercio, sino la experiencia personal, el ansia por descubrir un mundo nuevo. En París, las galerías de arte se llenaban de cuadros que mostraban difusamente esos paisajes nipones. Apenas una intuición en el pincel de Manet, de Monet o de Van Gogh. Europa quería Japón, aunque fuese de una manera superficial, como un elemento de decoración. Y el país estaba preparado para ofrecerles todo eso.

El país de los cerezos

Sakura es una palabra con una textura ligera. Se escapa de la boca formando una bandada de pájaros. Combina el sonido sibilante de la s con la dureza oclusiva de la k. Desemboca, justo al final, en una «r» que queda temblando en los labios. A partir de ese momento, la palabra fluye y sobrevive en la canción que los demás adoptan de ella, una forma noble de perdurar, como los ecos de las voces perdidas en las montañas. La primera vez que vi la palabra *sakura* fue en un libro que hablaba sobre Japón. No la escuché en la voz de alguien, sino como reflejo de mi propia lectura. Luego el término se hizo familiar. Lo buscaba en las guías de viajes sobre el país nipón, en las crónicas. Lo encontraba en las cartas mandadas por los exploradores y en los carteles de los restaurantes japoneses de las ciudades en las que he vivido.

Sakura quiere decir «cerezo en flor», pero es mucho más que un árbol, mucho más que una flor. Los cerezos en Japón son un emblema, una entidad nacional. Un estado de ánimo frente al pesimismo común y mitómano que los occidentales asociamos a los orientales, más por desconfianza que por conocimiento. Los cerezos florecen en primavera, pero es un hecho efímero. En Japón, a este evento se le conoce como «hanami». Las familias se reúnen en los parques y las oficinas cierran las persianas. La gente sale a las calles, abarrota los jardines y espera el momento en el que estos árboles encienden sus luces blancas que se tornan rosadas.

Es un ritual de resurrección, similar al cristiano. En Europa, la tradición quiso que Jesús resucitase de entre los muertos, y el florecimiento del cerezo evoca exactamente la misma intuición por la vida, tal vez de una forma más velada. El invierno queda atrás. Llega el renacimiento, la oportunidad dada a la vida. Las calles de todas las ciudades de Japón realizan el ritual cuando los cerezos despiden sus ropajes duros, regalando estampas maravillosas, como la del monte Yoshino efervescente de cerezos o la postal de los templos en Nara, un lugar en el que los ciervos disputan a las flores la memoria del país.

A la *sakura* dedicó su vida un inglés llamado Collingwood Ingram. Botánico que vivió casi tanto como el siglo XX, hizo de sus viajes una manera recurrente de encontrarse con las plantas y las flores. Viajó a Japón al poco de finalizar la Primera Guerra Mundial, en 1926, y exploró el mundo de los pájaros. Observó los miles de especies sobrevolar los bosques nipones con la ternura de un creador, con la paciencia de un científico.

Pero Japón estaba cambiando a pasos agigantados. El rearme de una nación que pasaba de ser medieval a potencia militar en pocas décadas sorprendió al viajero que había ido hasta allí para contemplar pájaros y flores y se quedó estupefacto por el devenir de los acontecimientos. No había visto en su vida nada tan hermoso como un cerezo en flor, la *sakura* a la que dedicaría buena parte de su vida. Las autoridades apostaron por una variedad de cerezo clonada, olvidando el *taihaku*, una especie mucho más grande, predominantemente blanca y tradicional. Ingram procuró preservar la especie a través de injertos y cultivos. Potenció la salvación del *taihaku*, el orgullo que representa hoy en día Japón, y de un centenar más de especies de cerezos, que gracias a la labor de Ingram decoran hoy en día jardines de todos los rincones del mundo.

Su viaje lo cuenta con altas dosis de lirismo Naoko Abe en *El hombre que salvó los cerezos.* Es la historia de un viajero que eligió Japón no por sus gentes y su historia, sino por los pájaros que se posaban en la flora de los cerezos algunos días escogidos de abril. Ingram fue uno de esos

viajeros ocasionales cuya huella se percibe más en el país de destino que en las bibliotecas del propio. Un japonés nacido por error en Inglaterra. Un japonés sin ojos rasgados y con perfecto acento inglés, lo que no le impidió conocer Japón mucho más en profundidad que la mayoría de japoneses.

André Malraux roba
en un templo de Angkor Wat

Los caminos del este se bifurcan como un jardín del que es imposible salir. Tras un seto se esconde otro sendero. Al cruzar una frontera es un nuevo país el que espera, con su lenguaje cifrado, con dibujos de pájaros volando escritos en los cristales y las pagodas de madera escalando el cielo, todas tan semejantes, todas tan diferentes. André Malraux conoció el Extremo Oriente gracias a la arqueología. Fue en Indochina, el territorio que Francia colonizó, un reducto de burocracia parisina bajo la lluvia tropical y cabañas de bambú. A la metrópoli su paraíso colonial le costó varias guerras, muchas muertes y una reputación que ni las banderas ni los himnos pueden ocultar.

En su interior se hallaba Angkor Wat, un conjunto de edificaciones de un tiempo muerto. En el siglo X, el dios Shiva había llegado a ese territorio monzónico con tanto éxito que se construyeron templos de insondable belleza. El de Banteay Srei tiene las formas del agua oxidada. La piedra con la que se edificó adolece de antigüedad. Su color y su posición junto a los árboles hacen indicar que es uno de esos lugares en el mundo escogidos por la delicadeza. Imperecederos, el viajero se asombra de que los hombres hayan podido abandonar un sitio semejante. Pero se olvidó. Angkor Wat estuvo ausente de la historia desde el siglo XV, hasta que los arqueólogos franceses recuperaron la memoria de sus esculturas. Hablaban el lenguaje del hinduismo, el mismo que el de los templos de la India.

André Malraux no fue arqueólogo. Y tal vez nunca deseó ser contrabandista. Del templo de Banteay Srei extrajo algunos relieves en los que Shiva realizaba hazañas, planeaba victorias y dictaba su vida. Robó el arte de la piedra y fue descubierto cuando intentaba salir del país. Fue procesado y condenado en 1924 a prisión, pero no llegó a cumplir la pena impuesta y se marchó a China, hacia otras guerras y otras revoluciones.

El viaje de Malraux demuestra el espíritu aventurero de una época que estaba a punto de finalizar, pero también los excesos de un dominio colonial que pensaba las colonias como granjas económicas y subastas de patrimonio. El museo Guimet de París, situado a pocos metros de Trocadero, recoge miles de piezas y figuras de arte oriental, un recuerdo estático no solamente de las civilizaciones del Lejano Oriente, sino del interés mercantilista con el que Europa puso sus manos en el otro lado del mundo. He paseado muchas veces por sus salas, perfectamente iluminadas, pensando en la historia detrás de cada figurilla de barro de un Buda, o de cada plato de porcelana con el dibujo dorado de un samurái, las flores de piedra de un jarrón chino. Me he preguntado miles de veces si André Malraux es responsable del destino de esa pieza, la narrativa de ese viaje de ida hacia Europa y si tiene sentido un viaje de vuelta. En París, como en Valladolid, como en Corfú, en la mayoría de casos, los museos de arte oriental son ventanas abiertas al conocimiento, una especie de viaje circular donde a través de las salas de un palacio

del siglo XIX florecen los cerezos, cantan las grullas y se vislumbra el jardín de la Ciudad Prohibida. Es el Extremo Oriente de los que no pueden ir más allá. El anhelo de los que sueñan con descubrir que todas las historias son verdaderas.

Capítulo tercero

El Himalaya, la cima del mundo

El viaje vertical

Leí la historia en *Fantasmas*, de Paul Auster. Un hombre queda sepultado por la nieve en una avalancha. Había ido a esquiar a los Alpes junto a su hijo pequeño. Una postal familiar rota por una desgracia. La montaña siempre condiciona el viaje, lo llena de peligros. Tras la avalancha, el paisaje ha cambiado. No hay rastro del padre. En las primeras horas se mantiene la esperanza. Después, se asume la tragedia. El cuerpo no se puede recuperar y la vida se impone con sus horarios. Décadas después, el niño se ha convertido en un adulto. Su padre ya es un recuerdo difuso, un fin de semana en los Alpes. Él también se ha hecho esquiador. La montaña es una religión para quien la conoce, una creencia para quien la respeta. El niño, ya adulto, viaja de nuevo a los Alpes para esquiar. No recuerda la orografía del paisaje. Las cimas cambian constantemente. Están vivas. Al poco, encuentra un bulto sobresaliendo en la nieve. Es un cadáver. Se asoma con temor y observa su cara. Se queda de piedra. El rostro del muerto enterrado en la nieve se parece al suyo. Son casi iguales. Está mirando un espejo. Es incluso unos años más joven que él. No tarda en acordarse de aquel año, perdido en la memoria. Está ante el cadáver de su padre. La montaña ha unido ambos extremos de la vida. Padre e hijo, tras décadas de ausencia.

El relato me resulta perturbador y bello a la vez. Una historia que apenas ocupa una página de la novela pero que rescata con toda la intensidad posible la esencia del montañismo. Porque el hombre no puede vivir sin escalar las cumbres más altas del mundo. Coronar la cima significa para el ser humano una realización espiritual como pocas. La naturaleza es incontrolable, asusta y presume de poder. Desde los inicios de la historia, el ser humano ha creído que eran las moradas de los dioses. Luego, el hombre alcanzó sus cotas y con intrepidez las escaló. Y descubrió que ahí, alejados del mundanal ruido, de las ciudades y las estaciones, los dioses se habían marchado para siempre.

Este capítulo es un viaje vertical. Si viajar siempre fue un oficio peligroso, hacerlo hacia las alturas multiplica los riesgos. La totalidad de los expedicionarios que aparecen en estas páginas sufrieron. Caminaron sobre el hielo descalzos y durmieron al raso en una noche sin estrellas. Muchos de ellos no sobrevivieron al día siguiente. Nunca se recuperaron sus cuerpos.

Sin embargo, las montañas siempre vuelven. El dolor sucede a una satisfacción plena. Representa la certeza de estar vivo en la cumbre del mundo. Significa bajar a los valles, donde se desperdiga la humanidad, para narrar lo experimentado allá arriba. El hombre vivió en lo alto de las montañas toda su vida. Allí se protegió de los peligros, construyó sus templos y esquivó las inundaciones. En lo alto de una montaña un Dios hebreo dictó sus leyes y en otra montaña naciente encalló el barco en el que iban las esperanzas del mundo. A bordo, Gilgamesh, Noé, Filemón y Baucis. Los dioses griegos disputaban sus amores y bebían ambrosía en el monte Olimpo. Jesús murió en el monte Calvario. Mahoma recitó los últimos mandatos de Alá en el

monte Arafat. Las pirámides no son sino, a ambos lados del Atlántico, simulacros de montañas.

Pero el hombre aún no ha aprendido a bajar de ellas. Ahí, entre las nubes, desaparecen los caminos. Las rutas no están marcadas y se camina con el corazón en la garganta, sin oxígeno apenas para engañar a los pulmones. Aparecen entonces las cimas del mundo, celosas de su intimidad, dispuestas a cobrarse el peaje por haberles robado un instante de belleza.

Marie Paradis escucha a Henriette d'Angeville

En 1644 las montañas aún representaban el hogar de los dioses. Incluso en Europa, el continente que presumía de haber domesticado la naturaleza, las alturas seguían sugiriendo tal dosis de misterio que el hombre palidecía ante ellas. Sucedió en un pequeño pueblo de Suiza. Se organizó una procesión ante el Mont Blanc. Un obispo suizo realizó un exorcismo frente a la llamada «Montaña maldita», porque el hombre demoniza lo que desconoce.

Al Mont Blanc le duraría al menos un siglo aquel hechizo que engullía a los hombres. Es una montaña que sirve de ombligo para Europa. Divide en dos el continente: el sur, con sus tardes soleadas de vino y aceite; y el norte, con su frío secular de iglesias oscuras. La reina de los Alpes, una cordillera majestuosa que funde sus aguas a través de los ríos más elegantes del mundo, alcanza los 4810 metros de altura. La mitad del Everest. Un coloso para el viejo continente.

La primera expedición que alcanzó la cima con éxito partió de una apuesta. Horace-Bénédict de Saussure, un ricachón suizo, se sentía perturbado por el reto de la montaña inalcanzable. Observaba la cima entre las brumas y charlaba con paseantes que, tras horas de borrasca, volvían con los pies congelados y el miedo dentro del cuerpo. Hasta que encontró a dos personajes a la altura del reto. Se llamaban Jacques Balmat y Michel-Gabriel Paccard. Corría el verano 1786. Balmat se dedicaba a pastorear cabras y Paccard a la medicina. Su intento dio resultado, poniendo fin a la maldición del Mont Blanc, haciendo más alta la estima de los hombres, más baja la cima del mundo. Horace-Bénédict de Saussure, sin embargo, acometió su apuesta con un afán científico inaudito. Al año siguiente, acompañado de Balmat y otros diecisiete sirvientes, coronó la montaña para medir su altura. El Mont Blanc había sido vencido, pero no por un obispo, sino por un pastor de cabras y un científico.

Poco tardaron los Alpes en convertirse en una atracción turística. A medio camino del Grand Tour, los viajeros ingleses, franceses y alemanes se desviaban unas jornadas, antes de entrar en Italia, para contemplar las maravillas de la alta montaña. El siglo XIX trajo la visión romántica de la naturaleza. La montaña era un misterio. En ella vivían seres extraños, inclasificables para el ojo de la razón.

Marie Paradis era una señora achacosa cuando en 1838 acudió a una conferencia pronunciada por Henriette d'Angeville. La joven aristócrata acababa de ascender al Mont Blanc. Había escrito unos diarios titulados *Carnet Vert*, donde contaba las vicisitudes de su hazaña, las palpitaciones de su pecho unos cientos de metros antes de ascender y la botella de champán que descorcharon al coronar la cima, contemplando Italia a sus pies. Allí entendió que el Mediterráneo era una extensión azulada de la perfección de la tierra.

Marie Paradis sonrió con cierta sorpresa ante las palabras de euforia de aquella joven aventurera. Treinta años antes, junto a Jacques Balmat (el montañista cabrero que había subido por primera vez al cielo alpino), Paradis había escalado la misma montaña, aunque prescindió de la publicidad de su hazaña. La maldición también se había roto por la parte femenina. Henriette d'Angeville demostró que en el alpinismo la rivalidad solamente conlleva a la muerte y aceptó que su ascensión había llegado treinta años tarde.

La vida de Marie Paradis gana en humildad conforme nos acercamos a ella. Vivió siempre en una cabaña de madera, soportando los estragos del invierno. Con ese espíritu continuó hasta el final de sus días. No ascendió el Mont Blanc por puro pasatiempo aristócrata, ni por el cumplimiento de una apuesta. El Mont Blanc formaba parte del paisaje cotidiano de su vida. Lo observaba cada día desde su ventana, como quien bebe un café. El alpinismo nació entre gente humilde.

Los viajeros que hoy en día culminan las cimas del mundo poco tienen a lo que agarrarse en el momento crucial. El alpinista camina en soledad, a merced de las fuerzas de la naturaleza: aprecia los cambios de temperaturas, las tormentas escondidas en los picos, los vientos que arrastran piedras y las señales luminosas de la noche, disfrazadas de estrellas. Siglos después, los viajeros aún siguen preguntándose qué ser extraño habita entre los riscos, que se lleva a los mejor preparados y aún necesita que los que triunfaron vuelvan a recorrer sus alturas.

Michel Peissel
en el reino de Mustang

Para que un extranjero llegase al reino de Mustang tuvieron que pasar miles de años. Se ubicaba en la cordillera del Himalaya. Sin embargo, este pequeño Estado fosilizado será nuestra entrada al mundo de las alturas. Su capital, una pequeña villa llamada Lo Manthang, no alcanza los dos mil habitantes. Apenas unas casas de adobe y ladrillos viejos nos reciben, rodeadas de colinas encrespadas, mientras al fondo, amenazantes, se vislumbran las cimas más altas del mundo. Caminar por Lo Manthang produce una rara impresión. Las calles son de tierra. Las casas parecen una extensión del barro de la lluvia y los habitantes salen a la puerta a mirar con asombro. Es un caminante, un aventurero de los que ya no quedan en el mundo. Ha llegado al interior del reino de Mustang y se dispone a pasar la noche al raso.

El viajero existió y se llamaba Michel Peissel, un francés que desde su juventud quiso ser explorador. Se presentó en la frontera del reino de Mustang sin hablar el idioma, pero eso no lo frenó. Llegó a entrevistarse con el rey y este le dejó transitar su pequeño reino de apenas veinte pueblos. Escribió un decreto con ceniza donde le daba permiso para consultar sus libros milenarios y entrar en los monasterios. Eran los años sesenta del siglo XX y a la rareza del Himalaya le quedaba poco de existencia. A principios del siglo XXI, fue absorbido por Nepal, convirtiéndose en una región más de ese país.

Michel Peissel puede considerarse el viajero que mejor conoció el Himalaya y todos los reinos que lo conforman. Su entrada en Mustang es propia de los relatos de Salgari: un reino olvidado entre las montañas, un explorador solitario frente al peligro, un hallazgo arqueológico entre las nieves perpetuas… Pero no se conformó con el descubrimiento de una reliquia. Piessel también

entró en Bután, otro reino milenario vetado para los extranjeros. Se especializó en el Tíbet, la tierra que recorrió de norte a sur, visitando sus monasterios y hablando con sus gentes.

De su experiencia nació uno de los libros de viajes más apasionantes que se hayan escrito sobre las alturas. En *Mustang, el reino perdido del Himalaya* todo es tan real que uno solamente puede experimentar envidia por esa vida que nunca tendrá. Su dominio, el Himalaya, le hizo visitar todos los países que lo conforman. Desde Bután a Pakistán, de China a la India y Nepal en el centro, como el gran corazón que late a más de ocho mil metros de altura.

Porque viajar al Himalaya es una tarea difícil, en muchos casos extremadamente peligrosa. Es la región donde la naturaleza manda sus constantes advertencias de impiedad. La de los monzones en forma de nieve y granizo, la de los vientos que cambian las montañas de lugar, la de los países cerrados a los extranjeros y la de las dictaduras medievales, donde los habitantes siguen utilizando el silencio como mejor forma de comunicarse.

Una mujer y un hombre en Lhasa

Ella era cantante de ópera y orientalista en sus ratos libres. Él, esquiador olímpico, afiliado a las SS desde 1933. Ambos buscaron un lugar en el mundo. Estaría muy lejos de su Francia natal, la de ella, y de su Austria alpina, la de él, muy lejos de un mundo que se desmoronaba en dos tiempos similares. La Primera Guerra Mundial pilló a Alexandra David-Néel en la India, en el primer viaje de lo que conformaría el sentido de su existencia. A Heinrich Harrer, la Segunda Guerra Mundial lo sorprendió a punto de iniciar la ascensión al Nanga Parbat, en Pakistán.

Probablemente, nunca hubieran llegado a imaginar que sus vidas estuvieron a punto de tocarse. Si las fibras del tiempo se pudiesen estirar, los dos viajeros habrían compartido visita a un templo budista, o el descenso del río Brahmaputra. Pasaron a la historia de los viajes por haber visitado la ciudad sagrada de Lhasa, no como simples viajeros o exploradores de fortuna, sino como habitantes de propio derecho. Conocieron un Tíbet anterior a la invasión China y conversaron con los lugareños, como uno puede charlar con el panadero de su barrio sin pensar que se trata del Dalai Lama. Distintos lamas, claro, pero el mismo espíritu.

Alexandra David-Néel llevaba muchos años viajando por la India y el Himalaya cuando se atrevió a entrar en Lhasa. Se vistió de mendiga y emprendió su viaje al norte. Ocho meses duró aquella odisea hasta el interior del país, acompañada por un monje budista. Fue una mujer la que rompió los candados culturales en una época, 1924, en la que la escalada de violencia en la región parecía no tener fin. Los países de alrededor del Himalaya se armaban y disputaban sus revoluciones comunistas y coloniales, pero David-Néel consiguió entrar en la ciudad, habiendo dejado atrás su antigua vida de aristócrata. Se ha conservado una fotografía del momento en el que la viajera accede al interior de Lhasa. Está sentada en el suelo, junto a un hombre de aspecto monjil y una niña. Nadie sonríe a la cámara. Ella tiene el rostro manchado de carbón para disimular su palidez de francesa que había cumplido más de cincuenta años. Al fondo, la ciudad sagrada se perfila con el templo de Potala, las escalinatas que ascienden hacia el interior de la urbe y el tejado de una construcción que se remonta al siglo VII.

La exploradora charló con el Dalai Lama, aprendió la filosofía budista tibetana y el sonido de

las campanas doradas anunciando nuevos ciclos de tormenta en el cielo. Después se marchó. Del recuerdo de aquella estancia en el Tíbet publicó *Viaje de una parisina en Lhasa*, un libro conmovedor, descrito por una aventurera inteligente y sensible. Durante el resto de su vida, afincada en los Alpes, siguió plasmando sus experiencias en la montaña a través de la escritura.

¿Leería Heinrich Harrer el libro en el que una parisina accedía a los misterios de Lhasa? El olímpico esquiador austriaco se dirigió hacia lo que hoy es Pakistán con apenas veintisiete años. Él no lo sabía, pero en unas semanas Alemania invadiría Polonia. La fiesta europea saltaba por los aires. El escalador alpino no contaba con este pequeño contratiempo político. Todo se complicó aún más, porque el Nanga Parbat se ubicaba en terreno colonial inglés. Días después de estallar la guerra, fue detenido junto a sus compañeros y llevado a un campo de prisioneros en Dehradun, a pocos kilómetros de Chandigarh.

La expedición de Harrer se convirtió en casi cinco años de reclusión en una cárcel de la Commonwealth. Tal vez si no hubiera existido el Nanga Parbat habría tenido que echarse un fusil al hombro y morir en el asedio de Stalingrado. El destino adopta formas imprevistas. Harrer huyó del campo de prisioneros meses antes del final de la guerra. Atravesó miles de kilómetros por escarpadas laderas, cruzó ríos enloquecidos y llegó, moribundo, junto a otro recluso, Peter Aufschnaiter, a las puertas de Lhasa. Sería la ciudad sagrada del Tíbet el único lugar en el mundo a salvo del espanto de la guerra, de los Auschwitz y Kolimá, de los Hiroshimas que estaban por llegar. Su viaje hacia la salvación acabó siendo un refugio existencial, una nueva vida con siete años de duración donde se comportó, comió y vio el mismo amanecer que todos los tibetanos. Incluso llegó a actuar de tutor del Dalai Lama, el mismo que en el momento que escribo estas líneas aún sigue dando conferencias por el mundo, fruto de un largo exilio.

Heinrich Harrer presenció la invasión de la China comunista en el Tíbet, iniciada en 1950. El país de las montañas había quedado al margen de la barbarie mundial pero se encontraba, en cambio, con un largo confinamiento militar en donde los soldados comunistas quemaron los templos budistas, destruyeron sus libros e intentaron acabar con las huellas del Tíbet en el Himalaya. *Siete años en el Tíbet* es un libro emocionante que recrea las peripecias del viajero en Lhasa. Tras la invasión China, las autoridades controlan el acceso al país con puño de hierro. A Harrer y David-Néel les dio tiempo a visitar la ciudad sagrada. A nosotros nos queda la lectura.

La ciudad que mira al Everest

Katmandú es la otra gran capital de las alturas. Políticamente menos aislada que Lhasa, la ciudad de Nepal es un trasiego continuo de viajeros que encuentran en sus calles un pasaje a otro tiempo. Surcada por ocho ríos, Katmandú sobrevive en un frágil equilibrio entre la belleza y las necesidades de una naturaleza caprichosa. Asolada por terremotos constantemente, por la estación de lluvias y una altura que dificulta la respiración de los viajeros, la ciudad es un manojo de calles laberínticas, unidas entre ellas por banderitas de colores, anunciando las puertas de un templo budista o de una tetería en cuya buhardilla los *hippies* fuman sustancias psicotrópicas. El sismo de 2015 borró del mapa su trazado urbano cuando me encontraba a punto de cruzar la frontera desde la India.

A cambio de la maldición de las fallas geológicas, la ciudad ofrece unas vistas maravillosas al

monte Everest, el pico más alto del planeta. Junto a él, en dirección noroeste, el macizo de los Annapurnas asciende imponente como una pared de hielo. El valle de Katmandú es una meta para todos aquellos montañeros que se inician en la división de honor del Himalaya. El kilómetro cero desde el que parten los ochomiles. Una cadena de agujas que divide el continente asiático en dos mitades.

Georges Everest nunca contempló el monte que lleva su nombre. Ni siquiera de lejos, como un punto en el horizonte. Fue un cartógrafo inglés que a mediados del siglo XIX se dedicó a descubrir sobre un papel los valles, ríos y montañas de la India. Probablemente, un occidental que escuche hablar del pico de Sagarmatha no sepa ubicarlo en el mapa. Pero si viaja a Nepal, sonreirá al descubrir lo familiar que le resulta ese nombre escondido. Lo mismo sucede con el Chomolungma, a través de las estepas del Tíbet. Todos son denominaciones de la montaña más alta del mundo.

La historia de cómo el ser humano logró escalar los 8848 metros hasta la cima está plagada de dolor, heroísmo y pérdidas. En el camino, tantas expediciones como ambiciones fueron desbancadas por el frío. Pero antes de escalarlo, el alpinista tuvo que pensarlo. Fue Clinton Thomas Dent quien formuló la hipótesis de que el Everest era una montaña posible de ascender. Inglaterra entendería el Everest como un asunto de orgullo nacional. Querían ser los primeros, dominados los mares y la tierra, en conquistar el cielo.

La tragedia por la que es recordado el Everest nos acerca al año 1924. Es la tercera vez que George Mallory intenta su ascenso, junto a Andrew Irvine. El grupo se dividió en varias avanzadillas. La primera de ellas logró alcanzar los 8550 metros de altura. A la mañana siguiente, les tocaría el turno a Mallory e Irvine. Subieron por la cara norte, desde el lado del Tíbet, pero al final del día el tiempo cambió y se les perdió la pista. Mallory desapareció dejando en el camino uno de los mayores enigmas del alpinismo. ¿Llegó a la cima George Mallory antes de morir? La pregunta queda latente por los caminos de la montaña. La leyenda de Mallory ha conformado también la idiosincrasia del Everest, una cima que se ha tragado a más de doscientos escaladores. En expediciones posteriores, se han encontrado huellas de su paso: un piolet, una botella de oxígeno, como si de tanto en tanto la montaña dejara mensajes a los futuros escaladores que pretenden desafiar su altura. Al igual que en algunos cementerios, cuando en las lápidas se lee un mensaje dirigido al viajero, el Everest responde a la curiosidad del explorador con advertencias. A finales del siglo XX, en 1999, un grupo de alpinistas organizó una misión de rescate. Lograron encontrar un cuerpo, atrapado en la nieve. Respondía, según los indicios, al de Mallory, que ochenta años después volvía a salir a la luz. El de Irvine nunca fue hallado. El entierro definitivo se produjo en el mismo lugar que perecieron, sin resolver el misterio de si realmente lograron pisar la cima o no.

A pesar de las expediciones posteriores organizadas tanto por británicos como por chinos, los nombres del neozelandés Edmund Hillary y de su *sherpa*, el nepalí Tenzing Norgay, están escritos en la cresta del Everest como los primeros que consiguieron su ascenso. Lo lograron el 29 de mayo de 1953, atacando la cara sur, la que parte desde Katmandú. Tras ellos, la ascensión al Everest se convirtió en un reto normalizado por el montañismo. Hoy en día, más de cinco mil personas han logrado subir hasta la cima, despojando al Everest de su aura de montaña intransigente, orgullosa de su soledad. Los tiempos de George Mallory han cambiado y en muchos casos los caminos del Everest se colapsan por el trasiego de turistas, que no de

escaladores. En 1996, doce personas fallecieron en las inmediaciones de la cima tras ser sorprendidas por una tormenta y no disponer de oxígeno suficiente. La mayoría de víctimas no eran escaladores profesionales, sino personas que habían confundido su amor por la naturaleza con la vanidad. Por unos miles de dólares, hay empresas que se encargan de la ascensión de grandes grupos turísticos, convirtiendo el Everest en una especie de Vaticano helado. El hombre también es único en rebajar la calidad de los dioses hasta tratarlos como simples mortales.

El príncipe que huyó de los palacios

El K2 es una montaña fascinante. Su perfil se recorta como una pirámide perfecta, enclavada a más de tres mil metros desde la llanura del Karakórum. Una pared que asciende hasta los 8611 metros, convirtiéndose en la segunda en altitud de todo el planeta. Sin embargo, en sus pistas de ascenso se esconden muchos relatos trágicos que han hecho del K2 una de las montañas más mortíferas de todas las que el ser humano ha ascendido. El pico más alto de la cordillera del Karakórum se ha convertido en un desafío constante. Cada cierto tiempo, los noticiarios abren con una sintonía de marcha fúnebre, anunciando el número de escaladores que se han quedado atrapados en sus caminos de nieve.

Uno de los factores que convierte la ascensión a la montaña en una expedición de alto riesgo es su mal clima. La mayor parte de los días el tiempo se muestra tormentoso, con vientos que arrastran grandes masas de piedra o que forman avalanchas. Estas son el peor enemigo de los alpinistas, no solamente por el evidente peligro, sino porque cambian la orografía al instante.

Pero también protege bajo su sombra a una serie de nombres. El primero de ellos fue un príncipe nacido en Madrid, capital de un reino que no lo quería como rey. Hablamos de Luis Amadeo de Saboya, el duque de los Abruzos, un personaje peculiar que cambió los palacios por descubrir el mundo. Así lo hizo, recorriendo el globo a bordo de la fragata Amerigo Vespucci, visitando la Etiopía italiana, América y el Polo Norte. Su infancia la había pasado a los pies del Mont Blanc y el monte Rosa. Criado en Turín, la cuna y el refugio de los Saboyas que nunca reinaron, cultivó la pasión por la montaña como manera de escapar de la monotonía de sus días. Su primer gran reto fue el monte San Elías, un pico helado que alcanza los 5489 metros, entre Canadá y Alaska.

En este momento se une el nombre del duque y el del K2. Ocurrió en 1909. El Karakórum era una cordillera inexplorada por los aventureros. Luis Amadeo de Saboya reunió a un equipo de escalada e intentó el ascenso por la parte sudoeste. Las fotografías de aquella hazaña nos muestran a un grupo de hombres caminando sobre la nieve, ocultos bajo un sombrero de safari, con pantalones poco efectivos contra el frío. Y sin embargo, lograron ascender hasta los 6666 metros, coronando un espolón que la posteridad ha llamado el de «los Abruzzi», en su honor. El duque abrió camino en un pico tan desconocido como inquietante. Y sobrevivió al primer intento serio de escalada. Sobrevivió, sí, pero no lo consiguió. Aún le esperarían al K2 muchas muertes, hombres atrapados en la nieve, sepultados en avalanchas o simplemente desaparecidos, como si dejaran de existir de repente, tragados por la montaña. Le quedaría mucho tiempo hasta que, en el verano de 1954, una expedición italiana (porque la historia a veces es justa y otorga victorias a

pesar de los años transcurridos) logró coronar la cima. Los escaladores fueron Lino Lacedelli y Achille Compagnoni, comandados por Ardito Desio. Alcanzaron el sueño del duque de Saboya, que en aquel año llevaba ya unas décadas muerto.

Sin embargo, Luis Amadeo de Saboya no se rindió en su intento de escalar la cima del mundo. Lo volvió a probar unos meses después en el Chogolisa, montaña vecina al K2. Mismos medios y mismos resultados. No pudo coronar la cima, pero ascendió hasta los 7498 (el Chogolisa mide 7665), siendo el primer hombre en escalar por encima de los siete mil metros. El resto de su vida la pasó buscando nuevas aventuras. Renunció a su sangre real yéndose a Somalia, para perseguir las fuentes del río Shebelle, casándose con Faduma Alí, una somalí que pasaba por ser una de las mujeres más guapas de su tiempo. Pero sin sangre real. Aquel matrimonio despojó al duque de sus títulos. En el mundo de las aventuras de poco sirven las medallas, las tazas de té de porcelana, por eso el duque huyó de esa vida anclada en el pasado que le había tocado por nacimiento.

Reinhold Messner
se venga del Nanga Parbat

Desde los 8125 metros de altura que mide el Nanga Parbat se ve un manto blanco. Son las nubes, que habitan por debajo de donde alcanza la vista. En la tierra, a decenas de kilómetros de distancia, la mirada inversa es desconcertante. En la montaña siempre hace mal tiempo. Una borrasca continua azota la cima y cambia la orografía del terreno.

En 1970, Reinhold Messner ascendía su primer ochomil junto a su hermano Günther. Desde los años veinte, decenas de expediciones habían intentado alcanzar la cima con un resultado funesto. Messner lo acababa de conseguir, aunque no era el primero. Lo que tal vez no sospechaba es que, en la montaña, tras hacer cima, la parte más difícil aparece en el descenso. Y sucedió tal y como se escribe en las tragedias. Una avalancha se llevó por delante a su hermano, el pequeño Günther, un alpinista con toda la carrera por delante. Aquel día en la cima amaneció con dos Messner en la montaña y al poco uno acompañaba el cadáver de su hermano. No lo era aún, pero acabaría por convertirse en uno de los mejores escaladores de la tierra.

Reinhold Messner fue el primer alpinista en completar la ascensión de los catorce ochomiles. Desde su primera cima, en el Nanga Parbat, hasta la última, el Lhotse, en 1986, pasó dieciséis años en las alturas del mundo, entre el Karakórum y el Himalaya, clavando la bandera en honor a su hermano en el Everest, en el K2, en el Annapurna, en muchas ocasiones sin oxígeno y abriendo nuevas vías. Un auténtico depredador de montañas que no se saciaba nunca, que desde la cima coronada contemplaba la siguiente, como si hubiese una liana en el cielo.

Ocho años después del accidente, Messner quiso volver a enfrentarse al Nanga Parbat. Lo hizo solo, abriéndose camino en una variante diferente, una que ningún alpinista había probado antes. De las tres caras de la montaña, escogió la ruta que ascendía por la cara Diamir, la misma que Heinrich Harrer había iniciado antes de que la invasión de Polonia por parte de las tropas nazis abortara su expedición. Messner escalaría en estilo alpino, es decir, una forma autosuficiente de ascender la montaña, sin *sherpas* ni apoyo. Sería el primer ochomil coronado con esa técnica. Imagino lo que tuvo que suponer para el escalador italiano enfrentarse con los fantasmas de

aquella ascensión de 1970, las huellas que su hermano Günther había dejado en la nieve y en su conciencia. Messner pudo coronar por segunda vez el Nanga Parbat, demostrando que al alpinismo él había llegado para hacer historia. *La montaña desnuda* es una declaración de amor a las alturas y unas memorias trágicas de aquellos días en los que el Nanga Parbat puso a prueba el apellido Messner.

Desde principios del siglo XX hasta 1953, todos los intentos de escalar el Nanga Parbat habían fracasado. El primero en llegar con éxito a la cima fue el austriaco Hermann Buhl, quien en 1953 logró, tras un camino accidentado que le obligó a pasar la noche refugiado en una grieta, coronar el Nanga Parbat, cumpliendo así el objetivo de tantos montañistas que se habían quedado en el camino. Para probar su hazaña, dejó su piolet en la cima, descendiendo solamente con los bastones, tentando a la montaña, de la que se había salvado por muy poco en el ascenso. Pero en el mundo de los ochomiles escalar significa tentar a la suerte. Si en el Nanga Parbat le había sonreído la fortuna, a pesar de los imprevistos, en el Chogolisa (un pico cercano, también en el Karakórum) Buhl cayó de una cornisa al vacío. Su cuerpo nunca se ha encontrado. Un fragmento desperdigado más de la montaña, que servirá de aviso para otro alpinista en el futuro.

El pentagrama del Annapurna

Son diez los picos que se vislumbran desde el refugio de montaña, situado en una planicie en el noroeste del Annapurna. Diez picos que describen a la perfección el macizo, desde el Lamjung Himal, que roza los siete mil metros, hasta el Tilicho Peak, que asciende a los 7134. En medio, una sucesión de crestas escarpadas, de paredes verticales que se quiebran y vuelven a remontar el vuelo, como el pentagrama más perfecto que la naturaleza haya podido componer. Resulta extraño pensar que el ser humano, de tanto en tanto, camina por esos riscos y respira ese aire congelado que en las cumbres circula.

La región del Annapurna se encuentra en el centro de Nepal, haciendo frontera con el Tíbet. En sus dominios se combinan las planicies, los picos antes aludidos, la selva y los campos donde los bueyes peludos pastan impasibles, a más de tres mil metros de altura. Un oasis donde la naturaleza encuentra el equilibrio, con poblados encaramados a lagos, glaciares de kilómetros de extensión y refugios de montaña fabricados con madera donde los aficionados al senderismo descansan tras recorrer sus rutas entre bosques y cumbres. Dos veces me ha sido vedado el viaje hacia el valle del Annapurna. La primera vez a causa del terremoto que devastó el país, pasaporte en mano, a punto de cruzar la frontera entre Nepal e India. La segunda vez por la pandemia que trastocó los planes de todo el mundo. El Himalaya se ha convertido en una especie de maldición viajera para mí, que, ansioso por descubrir las montañas más allá de los libros, paseo entre los estantes de mi biblioteca como entre picos peligrosos.

Desde la Roca Negra, a 7485 metros de altura, la cima más alta del Annapurna se puede casi tocar. Si se observa bien, se apreciará el macizo escarpado como una pared impracticable, vertical, a la que le nacen pliegues, como si fuera un trozo de diamante sin pulir. Su belleza es tal que parece inofensiva. A la derecha, la Gran Barrera sirve como pasarela entre las nubes, hasta llegar al Tilicho Peak. Estamos ya en un extremo de los Annapurnas. Desde allí, el resto de picos sobresalen y se agarran al cielo antes de que estalle la tormenta.

Pero el Annapurna adquiere también el rostro siniestro de la montaña. Es el pico con mayor índice de siniestralidad de entre todos los ochomiles. Por encima del K2 y el Nanga Parbat, uno de cada tres alpinistas que intenta coronarlo fallece, bien en la ascensión (la mayoría) o en el descenso. Fue en 1950 cuando la primera expedición alcanzó con éxito su cima. Paradójicamente, el ochomil más letal de todos fue el primero en ser coronado. Lo logró una expedición francesa comandada por Maurice Herzog, un capitán que se había pasado los años de la guerra luchando contra los alemanes en la región alpina. Lo acompañó Louis Lachenal, que moriría en un accidente en los Alpes, junto al pico que hoy lleva su nombre.

Tras ellos, numerosos montañistas se han quedado por el camino, muriendo de paradas cardíacas, por congelación o sorprendidos por una avalancha. Entre ellos, el caso de Iñaki Ochoa de Olza resulta especialmente traumático. El montañero español había logrado ascender doce ochomiles. El Annapurna hubiese sido su decimotercero. Podía tocar con la punta de los dedos la gesta de los catorce. Pero a más de siete mil metros de altura su organismo no soportó las duras condiciones del terreno y sufrió un ictus. El escalador rumano Horia Colibasanu se quedó 72 horas al lado de su cuerpo inconsciente, hasta que otro alpinista le pudo dar el relevo.

No sobrevivió Iñaki Ochoa de Olza al Annapurna, como tantos otros. Y como tantos otros, su cuerpo descansa bajo la nieve, en el lugar donde perdió la vida, a más de siete mil metros de altura. Su muerte se retransmitió en directo, en los telediarios vespertinos y en las noches de radio, en las que los programas deportivos se alejaron del fútbol y viajaron a las faldas del Annapurna, con llamadas de madrugada a escaladores que se encontraban en el campo base, haciendo un cronograma exacto de una tragedia que, a medida que pasaban las horas, se iba perfilando en la ladera de aquel macizo majestuoso.

En una de esas noches tomó para mí forma la pasión por la montaña. Una pasión callada, repleta de libros, de testimonios de viajeros, de personas sepultadas por la nieve, piolets olvidados en las cimas y pueblos de alta montaña donde las campanas de oro suenan al amanecer para llamar a la meditación. Un sueño vivido en el testimonio de los demás.

El Shisha Pangma
frente a Edurne Pasabán

El Shisha Pangma se sienta en el club de los ochomiles por tan solo doce metros. Es la más baja de las catorce cimas. Enclavada en la meseta del Tíbet, la montaña aparece imponente desde las llanuras tibetanas, disputadas por militares chinos y perros salvajes. No es baladí que los primeros controlen el territorio, normalmente vetado a los extranjeros. El papeleo suele demorar las expediciones y muchas se deben cancelar, posponiendo la ascensión para el otoño e invierno, cuando la peligrosidad se multiplica. Esto ocasionó que el Shisha Pangma fuese el último de los catorce ochomiles en ser escalado. Pura burocracia. No es una montaña más peligrosa que otras. A su lado, el Annapurna se agiganta en mortalidad. Pero tampoco es un paseo campestre, a pesar de que se pueda acceder a su campo base en todoterreno.

De todos los escaladores que han pisado la cima del Shisha Pangma, sigo de cerca a Edurne Pasabán. No fue la primera ni ha sido la última. Probablemente otros nombres guarden mayor relación con la montaña, pero en 2010, la alpinista vasca logró culminar la hazaña de ser la

primera mujer en escalar los catorce ochomiles. El Shisha Pangma fue su decimocuarta cima, pero hasta el momento en el que se arrodilló en la nieve, llorando de emoción, hubo de fracasar cuatro veces. El fracaso es una constante del alpinista. La capacidad de conjugarlo es la clave de su supervivencia. A medio camino de su objetivo, tras haber sobrevivido al Nanga Parbat, hubo de parar la proyección de escalada impuesta y marcharse a casa. Fueron los momentos más duros de Pasabán, precisamente alejada de la montaña. Una depresión estuvo a punto de obligarla a abandonar el proyecto.

Resulta curioso cómo estos gigantes de la escalada son capaces de sobrevivir a la peor de las ventiscas, a la congelación de sus miembros y la muerte, acechando el campamento, arrebatándole a compañeros. Y a su vez, el lado humano los espera siempre en la parte llana de sus vidas. Edurne Pasabán superó la depresión y pudo volver a las alturas. Había sufrido situaciones límite. Una de ellas sucedió tras coronar el K2 en 2004. En el descenso, el agotamiento y el frío le impidieron caminar. Protegida apenas por un refugio de tela, aguantó varios días intentando recuperar la movilidad de los pies. Los tenía congelados. Un alpinista que no puede andar, a ocho mil metros, es un hombre muerto. Pero Pasabán se sobrepuso y salió de ese infierno. Las cuentas pendientes de la montaña le costaron la amputación de varios dedos. A Juanito Oiarzabal, su compañero de expedición, le privaron de todos los dedos de los pies.

Cuatro veces intentó la escaladora española subir a lo más alto de Shisha Pangma y en todas ellas fracasó. El tiempo atmosférico, esa medida salomónica que no entiende de aliados por encima de los cinco mil metros, se empeñó en bloquear todas las expediciones. La última, en 2010, suponía también enfrentarse con la fortuna adversa, vencer a la burocracia china y a las borrascas, ambas tenaces y mortales. Se convirtió Pasabán en la primera mujer en escalar los catorce ochomiles, en disputa con la surcoreana Oh Eun-Sun, de quien se sospecha que no llegó a coronar el Kanchenjunga. La carrera saltó a los medios de comunicación. Durante unos meses, el alpinismo, deporte noble y solitario, se convirtió en una tertulia más propia del fútbol y muchos amantes de la montaña criticaron la mediatización que estaba sufriendo el alpinismo. Finalmente, Oh Eun-Sun no pudo testimoniar fehacientemente las catorce cimas.

Pero para ver coronado por primera vez el Shisha Pangma hay que viajar hasta los años sesenta. Rusos y americanos pugnaban por llegar a la Luna. El hombre sentía la necesidad de salir al espacio exterior sin haber terminado de explorar su propio planeta. Hasta el Shisha Pangma acudió Hsu Ching en 1964 con una expedición formada exclusivamente por alpinistas chinos. Ascendieron a la cumbre por el norte, y celebraron la llegada a la cima como una gesta patriótica. China dominaba las alturas. Sus alturas, puesto que la región del Tíbet está controlada por el país comunista desde la invasión de 1950. Imagino que, desde tan alto, por encima de ocho mil metros, el color de las banderas se difumina al contacto con el viento.

Jerzy Kukuczka, el dios del Lhotse

Hubo quien entendió los años ochenta del alpinismo como una competición para ver quién sufría más en la montaña. Se institucionalizó la escalada sin oxígeno adicional, en solitario, durante el invierno, por las caras más inaccesibles de las cimas. El hombre parecía haberse habituado al sufrimiento de las alturas y buscaba nuevos retos. Uno de ellos fue escalar por primera vez los

catorce ochomiles. A un lado estaba el italiano Reinhold Messner. Al otro lado, nacido en la Polonia comunista, Jerzy Kukuczka, el niño de Katowice que se subía a las fábricas para escalarlas a falta de cimas más sofisticadas.

Una anécdota demostrará la pasión que sentía Kukuczka por las montañas. Ya había escalado trece ochomiles, pero le faltaba uno. Se trataba del Shisha Pangma. Nuestro viajero había tenido problemas con la documentación necesaria para entrar en el Tíbet. Pero la diplomacia acudió a su rescate. La diplomacia y la pillería. Una delegación del país asiático fue en misión diplomática hasta Katowice. Él ya era un emblema nacional. El hombre de las alturas de un país de trabajadores. Se coló en la visita cultural de las autoridades locales con el ministro chino y le ofreció costear los días de estancia en Katowice. Tras aquello, Kukuzcka recibió el permiso para iniciar su ascenso al Shisha Pangma, con todos los gastos pagados. En septiembre de 1987 coronó la cima de la montaña tibetana. Se había convertido en el segundo hombre en conseguir los catorce picos. El alpinista polaco tardó la mitad de tiempo que Messner, aunque el italiano había empezado antes a pisar las cimas del mundo.

Para un hombre que se dedica a pasar el mayor tiempo posible en las alturas no existe la retirada. Jerzy Kukuczka no supo dejarlo. Embarcando en el avión para su ascensión al Lhotse por la cara sur, un periodista polaco le preguntó por qué seguía arriesgando su vida. Kukuczka mira a la cámara y sonríe. «Se me da bien hacer esto». Una respuesta tranquila, como la de un frutero que ordena las manzanas en el cesto o la de un librero que coloca los libros por géneros.

Precisamente el Lhotse fue su primer ochomil. Lo escaló por la variante noroeste, la ruta habitual de los escaladores. El Lhotse se sitúa en la frontera entre Nepal y China. Mide 8516 metros de altura y es el cuarto de todos los picos del Himalaya. Los suizos Fritz Luchsinger y Ernst Reiss lo coronaron por primera vez en 1956. Jurek, el apelativo cariñoso por el que se conocía a Kukuczka, acababa de cumplir ocho años. Desconocía su aspecto vertical en la cara sur, una pared de roca donde resulta imposible anclar piolets y cuerdas, donde los crampones resbalan al contacto con el hielo.

Jurek viajó a Nepal para ascenderlo. Esta vez por la cara sur. Su primer ochomil. Su último. La ruta sur del Lhotse es uno de los retos más difíciles del alpinismo. Algunos lo consideran una locura. Un suicidio. El alpinista polaco llegó al campamento base con un equipo de televisión. Ya era un héroe en la Polonia de la transición hacia la democracia. Y Polonia era un país en busca de mitos vivientes. Los testimonios afirman que la expedición se preparó demasiado deprisa, improvisando, sin contar con gente experimentada. Se prescindió de verdaderos alpinistas.

El 24 de octubre de 1989, el alpinista que se hizo su propia ropa en los primeros ascensos, porque el dinero ganado en las fábricas no cubría los gastos a tanta altura, salió para escalar la pared sur del Lhotse. Aseguró las cuerdas con pistones y clavó el metal en la roca. Pero el primer y segundo pistón no soportaron el peso de su cuerpo y Jerzy Kukuczka se cayó al vacío. Su cuerpo se golpeó durante cientos de metros hasta detenerse. La cuerda se había partido en dos. La misma que había comprado en un mercadillo de Katmandú. El escalador murió en las alturas, donde fue sepultado, en una grieta que sus compañeros tuvieron que sortear, que todos los alpinistas que encaran la ruta sur deben medir antes de saltar hacia el otro lado. Jurek quiso más, una vez que había coronado los catorce ochomiles. Fue un alpinista insaciable. Un viajero empedernido que cuando volvía a Katowice se miraba las manos y añoraba las heridas de la

escalada, temeroso de que no cicatrizaran pronto.

Wanda Rutkiewicz quiso abrazar el Kanchenjunga

Nunca sabremos qué sucedió en las últimas horas de vida de Wanda Rutkiewicz. El Kanchenjunga se recorta en el horizonte con dos crestas escarpadas. La cima se encuentra entre ellas. La montaña se eleva hasta 8586 metros de altitud, compartiendo el espacio entre India y Nepal. Aquella siempre ha sido una tierra de exploradores, muchas décadas antes (incluso siglos) de que Wanda Rutkiewicz se perdiese para siempre en una noche de mayo de 1992.

Vino a nacer la escaladora en un pueblo de Lituania, en 1943. A aquellas alturas del siglo la Unión Soviética y la Alemania nazi se disputaban el territorio con una barbarie extrema. Pronto se mudó Wanda Rutkiewicz a Polonia, país en el que estudió y aprendió a caminar por las montañas. Su nombre estaba llamado a guardarse en la memoria como la mejor escaladora del siglo XX. Y a pesar de su muerte, aquella noche en el Kanchenjunga, lo es.

El primer ochomil que escaló fue el Everest. Se estrenó con la cota más alta, probablemente para ir descendiendo en su regreso hacia el suelo. Lo hizo en 1978. Después llegaron otros, de sobra conocidos por los que completan este viaje: el Nanga Parbat, el K2 (fue la primera mujer en ascender hasta su cumbre), el Shisha Pangma, el Gasherbrum I y el II (tan cerca que parecen gemelos), el Cho Oyu y el Annapurna. Todos en orden, con una elegancia abrumadora, en apenas trece años, con el pelo largo sin recoger, como si el esfuerzo físico que supone subir ocho mil metros no minase demasiado los hábitos de aquella mujer tenaz.

Pero llegó el Kanchenjunga. Ingleses y alemanes habían estado merodeando sus laderas durante el último tercio del siglo XIX. Fue a partir de los años veinte cuando los alpinistas intentaron llegar a la cima. Lograron subir por encima de los siete mil metros, una cifra infinita para el resto de los mortales. Pero no para George Band y Joe Brown, dos británicos que se impusieron sobrevivir a la cima y así la coronaron, en 1955. Acababan de romper una tradición hindú que amenazaba de muerte mediante maleficios a quien se atreviera a subir a la cumbre. El Kanchenjunga es la tercera cima más alta del planeta. Tras arriesgar la vida a más de 8500 metros de altura, es probable que sirvan de poco las leyendas.

Volvamos a ese lugar exacto del Kanchenjunga. Desciende por una pared casi vertical Carlos Carsolio. Viene solo. Se ha adelantado en la mañana para hacer cumbre. Cuando lleva unos cientos de metros, encuentra a Wanda Rutkiewicz dentro de su tienda. Es el último campamento improvisado antes de atacar la cima. Ha estado escalando durante doce horas. Está agotada. Quiere caminar un poco más pero se lo impiden las fuerzas. Discuten. Los debates a ocho mil metros de altura no son agradables. Los labios están agrietados. El sol quema tanto en su reflejo con la nieve que sin gafas de sol no es posible ver nada. Carlos Carsolio intenta convencer a la escaladora de que es una locura continuar en ese estado. Pero ella es terca. Conoce el peligro. Ha nacido para estar en la montaña. El mexicano desciende. Sus fuerzas también flaquean. Sabe que todo irá mal allá arriba, pero la dialéctica de las alturas es así. No se decide sobre los demás. El testamento que cada uno lleva a cuestas es intransferible.

Será la última vez que se vea con vida a Wanda Rutkiewicz. Intentaría reposar un poco y

probaría a alcanzar la cima a las pocas horas. Apenas quedaban quinientos metros. ¿Qué son quinientos metros en la vida de una persona? Un paseo de media mañana. El trayecto entre la cafetería y el portal de su casa. Pero en las alturas los metros pesan como viajes solares.

El cadáver de Rutkiewicz, como tantas otras veces en el alpinismo, no se encontró. El Kanchenjunga, montaña hermosa, de flecos recortados por la nieve y el viento, se llevó a una escaladora aún joven, directa a alcanzar los catorce ochomiles. Se la llevó consigo y no la dejó volver al mundo de los vivos, a la planicie donde los hombres construyen sus ciudades. La mejor escaladora del siglo XX no supo retirarse a tiempo. Aceptar que la montaña vence siempre. Que los seres humanos no somos más que elementos supeditados a la naturaleza. Frágiles y capaces de elevarnos, solo algunas veces, por encima de ella.

Otros cielos, el mismo cielo

Goethe nunca subió un ochomil, pero probablemente entendió lo que significaba sentirse en las alturas, en el territorio de la naturaleza. Sabía que ascender a lugares escarpados sitúa al hombre en el mismo plano de la trascendencia. El hombre siempre ha anhelado superar la línea del horizonte, donde se juntan el cielo y el mar.

Las alturas van más allá del Himalaya. Otros cielos aguardan al explorador que esté dispuesto a subir montañas. En el Kilimanjaro, en el Aconcagua, en el Pichincha, en el San Elías, en el Mont Blanc, en el monte Lenin o en el monte Fuji, el hombre siempre ha buscado cobijo en las montañas. Eso que Leopardi llamó el infinito y que sorprende al que contempla el atardecer en una posición elevada. Así me imaginaba yo ascender un ochomil, mientras escuchaba a Sebastián Álvaro en las noches de radio y por las mañanas veía *Al filo de lo imposible* de RTVE, una manera noble de viajar para todos aquellos que debemos conformarnos con las crestas de las montañas desde la televisión o la lectura, un resquicio de la imaginación.

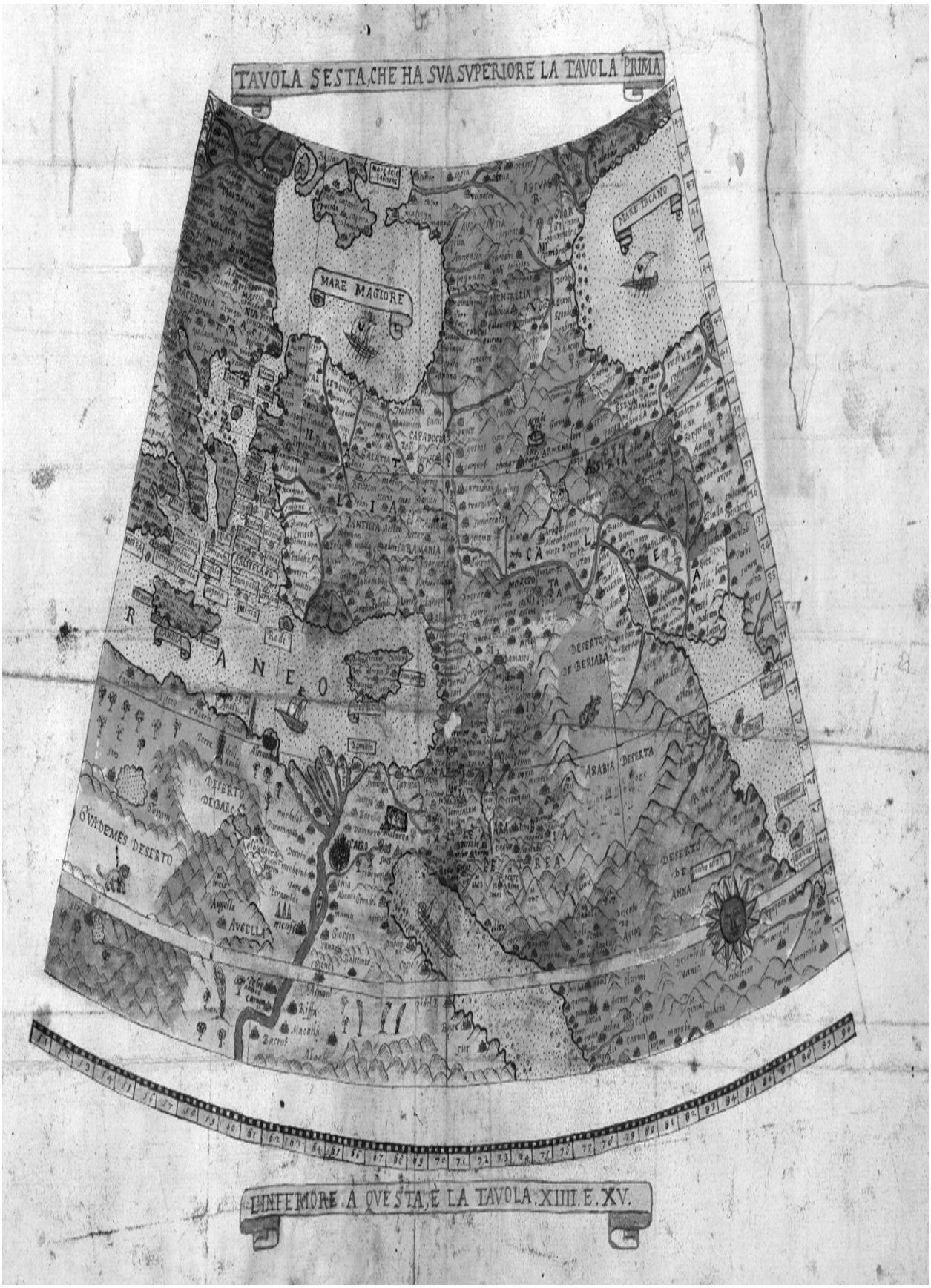
Este viaje a las alturas concluye en el Machapuchare, un pico de 6993, en las faldas del Annapurna. Sin embargo, es la única montaña de la tierra que no ha sido profanada por los hombres. La leyenda cubre, tal vez, la veracidad de su territorio virgen. En los años cincuenta una expedición británica fracasó en su intento de ascender hasta su cima. Tras aquella comitiva, el Gobierno de Nepal declaró la montaña inaccesible. Ningún escalador tiene permiso para coronar su cima. Sin embargo, los rumores apuntan a que Bill Denz lo hizo desobedeciendo a las autoridades. Su cima es de una belleza paralizante. Se abre como un abanico de flores, cubierta de nieve, cayendo durante cientos de metros hasta una ladera que va suavizando sus contornos. Una montaña que al mirarla transmite la fuerza de su ascenso.

Denz murió en 1983 en el Manaslu, a causa de una avalancha. Si realmente pudo coronar el Machapuchare forma parte del imaginario alpinista, al igual que la cima de George Mallory en el Everest, la de Wanda Rutkiewicz en el Kanchenjunga, la cuerda rota de Jerzy Kukuczka en el Lhotse y tantos y tantos escaladores a los que les cubre la nieve, a ocho mil metros de altura. Es posible que, pasado el tiempo, otro montañista halle en el hielo, como en el cuento de Paul Auster, ese cuerpo intacto que, décadas después, responde a la necesidad del ser humano de llegar más lejos, de resolver las cuestiones del pasado ascendiendo hasta la cima del mundo.

SEGUNDA PARTE

*

La senda hacia Oriente


TAVOLA SESTA, CHE HA SVA SVPERIORE LA TAVOLA PRIMA
MARE MAGGIORE
MARE INCANO
ASIA
ARABIA DESERTA
DESERTO DE BARKARA
DESERTO DE ANNA
GVADEMES DESERTO
DESERTO DE BARKARA
CAIRO
Rodi
INFERIORE A QVESTA, E LA TAVOLA. XIIII. E. XV.

Las calles de París hoy recuerdan sus nombres. Todos guardan un aire aristocrático: apellidos compuestos, barones, marqueses e hijos de la buena fortuna que dejaron las tabernas de Margot para viajar a Oriente. Solía detenerme en ellos, como si formasen parte de mi cotidianidad. Hoy evocan paradas de metro o alas del museo del Louvre.

Asistí durante un año a clases en la ENS, una Grande École fundada por Napoleón. Es un reducto del pasado revolucionario de la ciudad. En ella me sentía abrumado. En su biblioteca, las paredes estaban decoradas con bustos de viajeros que acompañaron al general a Egipto y Oriente. Junto a sus rostros, una leyenda anotaba sus gestas, sus descubrimientos, el calor de una vida dedicada a la arqueología, cuando nadie sabía aún qué era esa noble tarea de desenterrar mundos perdidos. Allí pasaba las horas, sintiéndome en una sucursal del pasado, imaginando que todos esos científicos se habían sentado en la misma silla que yo y que bajo los pies intuyeron el primer cosquilleo al sumergirse en el Nilo, en el Tigris, contemplando a lo lejos las ruinas de Babilonia o entrando, ocultos, por la puerta de la mezquita Másjid al-Haram.

Urbano Monti tampoco viajó a los lugares que representó en sus obras. El *Trattato Universale* es un compendio de expediciones ajenas, de exploradores que volvieron a casa y anotaron la suerte de sus pasos. Imagino a Monti pasando los días enteros en las bibliotecas de los Sforza y de los Visconti, señores de Milán, consultando manuscritos que contaban un mundo posible, imaginario a veces pero siempre deseado. En los mapas antiguos se fijó también para descubrir qué había en el interior de las ciudades del Levante y Oriente, el perfil de las estatuas antiguas, antes de que Grecia y Roma fundasen el mundo en el que vivimos.

Para diseñar su planisferio, Monti delegó sus viajes en favor del testimonio de otros. Lo observo leyendo *Il Milione* de Marco Polo, trazando con una pluma la figura de un demonio en el desierto de Lop, advirtiendo de que en ese lugar los espíritus engañan al viajero. U hojeando las crónicas de los cruzados, de camino a Tierra Santa, el testimonio de los sarracenos, conversos que paseaban por Milán, tan exóticos como pavos reales. A todos ellos entrevistó Monti para dibujar su mundo, que ahora es el nuestro. A misioneros, comerciantes, exploradores, militares y lectores, para crear un universo con la forma de un mapa. El primero del planeta en toda la redondez de sus tierras.

Busco en el planisferio la senda hacia Oriente. El Nilo se va diseminando en caminos, como una concha, conforme avanzo hacia el sur. En Alejandría, un enorme faro pinta el horizonte de matices anaranjados. Arde aún la ciudad de barcos que llegan desde todas las partes del Mediterráneo. El Cairo es grande, inscrito en un círculo perfecto. Dentro se oye el rumor de los bazares. Jerusalén se pierde en un hormiguero de ciudades rosadas. Todas traen un recuerdo bíblico. Luego el mar Muerto. De ahí las montañas que dan paso al desierto. La Meca, para Monti, no es más que un castillo con tres torres, como tantas ciudades desperdigadas en una península arábiga deformada, con aspecto de cornucopia. Hacia el norte se ve Damasco, sobrevolando desiertos y lagartos. En los Dardanelos aparece Constantinopla, queriendo ocupar

las dos orillas, los dos continentes. Los dos mundos.

Capítulo cuarto

Egipto, el país del Nilo

Los límites del Nilo

El Nilo no es un río, sino un milagro. Su curso se pierde por las aguas de la historia y se retuerce entre la sencillez de los juncos al atardecer. Tiene nombre de dios primitivo. Es inconmensurable y crece hacia el norte. Busca el Mediterráneo desde el centro de África. Un agua fresca que va recorriendo las estaciones del año, que sumerge la tierra a su paso y la llena de barro. Tan acostumbrados estamos los europeos a navegar por ríos austeros que la grandeza del Nilo la hemos llevado a las plazas de nuestras ciudades. Así la observamos en la plaza Navona de Roma, esculpida por Bernini, imitando su curso en la flexión de sus músculos.

Es también un río que alumbró los primeros pasos de la humanidad. Nuestra especie siempre ha buscado el amparo fluvial para construir sus hogares. Un río es una fuente de agua potable y la salida más rápida para huir del peligro. Solo el Tigris y el Éufrates compiten con el Nilo en la antigüedad de sus moradores. Cuando en Europa se cazaban mamuts y la nieve cubría los bosques, en Egipto se construían los primeros mausoleos con forma piramidal. Fueron ensayos ingeniosos que se iniciaron con las mastabas, grandes complejos funerarios, y que en poco tiempo se alzaron como pirámides escalonadas, como la de Zoser en Saqqara.

En el mapa de Monti intento buscar el recorrido exacto del río. Con la punta del dedo índice trazo un itinerario riguroso, pormenorizado, en el que el tacto del papel detiene el curso del viaje en las riberas. A uno y otro lado visito ciudades con nombres arabizados. Me pierdo en los miles de caminos que forman el delta e intento anticiparme a las cataratas que anuncian el acceso al sur. Yo también experimento, con los libros abiertos y un lápiz en la mano, las sensaciones de aquellos viajeros que descubrieron por primera vez los límites del Nilo. A todos ellos invoco en este capítulo y los invito a navegar en esta barca que explora el mayor don que la naturaleza les dio a los hombres.

El primero es Alejandro Magno. He pensado muchas veces en esta escena. Es el año 331 a. C. El rey de Macedonia lleva meses caminando por Oriente. Las tropas de Darío III lo esperan al otro lado de Asia, pero él se toma un tiempo para conocer el país del Nilo, desde donde dicen que su linaje proviene. Allí funda una ciudad con salida al mar. Está en la desembocadura, en un extremo del delta, una enorme extensión de agua dividida en multitud de islas. La llamará Alejandría, la primera de todas las ciudades que adopten ese nombre. La urbe se hará grande. Sobrevivirá a la memoria de su fundador y en poco tiempo se convertirá en la capital del Nilo, desbancando a otros lugares con una historia compleja, dejando a Luxor como una ruina arqueológica. Vivirá del éxito y la sabiduría hasta que El Cairo le arrebate ese perfil predilecto.

Alejandría es el extremo del viaje, el inicio, pero no el desenlace de este camino de agua. En las ruinas de su faro y su biblioteca muere el Nilo. Visitar la ciudad, hoy decadente aunque con cierto gusto melancólico (una pequeña Grecia en Egipto), supone un ejercicio de memoria para el viajero. El final de la expedición, en cambio, corresponde al inicio de su caudal. Hacia las

fuentes del Nilo viaja el hombre, intentando descifrar uno de los mayores enigmas de la naturaleza. El lugar donde nace ese dios hecho agua. Pero el viaje se divide en dos trayectorias. En la ciudad de Jartum, capital de Sudán, se separa el Nilo hacia un doble nacimiento. Cambia de color y adopta la tonalidad de la espuma y el mar. El Nilo Azul gira hacia el este y nace en el lago Tana, en Etiopía. Hasta allí acudió Pedro Páez, un jesuita español que a inicios del siglo XVII se asomó a la placidez del lago, consciente de que era el primer viajero en contemplar las fuentes del río. El Nilo Blanco asciende hacia el sur con pequeños requiebros hasta el lago Victoria, entre Uganda, Kenia y Tanzania. Su descubrimiento fue una carrera extenuante. John Hanning Speke juró haber visto, en 1858, la cascada por la que se despeñaba uno de los ríos más extensos de la tierra. Le puso al lago el nombre de su reina británica y durante décadas las sociedades geográficas discutieron sobre la veracidad de su viaje.

Alejandro, Pedro Páez y John Hanning Speke son los extremos de este viaje regresivo por las aguas del Nilo. Sus experiencias pertenecen a tiempos distintos y geografías distantes, pero igualmente iluminadoras para conocer la historia de este río. Un viaje que dura miles de años y que aún nos sorprende en cada crecida, despertando la vida enterrada en el desierto.

La Akhetatón de Sinuhé

La civilización egipcia nace del agua. Tebas, Alejandría, Avaris, Guiza, Menfis, Heliópolis y Siwa son ejemplos de ciudades fundadas a un lado del Nilo, condenadas todas a la respiración de su caudal. De entre todas las ciudades que se multiplican de norte a sur me detengo en Amarna. Es el nombre arabizado de lo que un día fue Akhetatón, la nueva capital a mediados del siglo XIV a. C. Su historia es efímera pero nos sugiere un viaje imprescindible. El faraón Akenatón quiso construir un lugar que llevase el nombre de Atón, el dios Sol. En pocos años erigió una urbe formada por quince avenidas longitudinales, dispuestas en damero, poblada de templos que celebraban a la estrella reina, y de hipogeos, tumbas excavadas en roca. Duró poco. Apenas unos años después, muertos Akenatón y Nefertiti (cuyo busto en el museo Neues de Berlín es lo suficientemente evocador para rescatar la grandeza de Amarna), sus descendientes borraron de la faz de la tierra la ciudad.

Lo cuenta de forma magistral Mika Waltari en *Sinuhé, el egipcio*, una novela ambientada en un mundo fascinante, como lo son todos los que atraviesan una crisis. Sinuhé es un médico en la corte de Akenatón que tras la muerte del faraón debe exiliarse. Comienza para él un viaje extraordinario que lo llevará hasta Creta, en el esplendor de la civilización minoica; a Babilonia, tan orgullosa de sus zigurats; y a Hattusa, la capital de los hititas. La novela de Waltari ocupa un puesto privilegiado en mi biblioteca porque aúna a la perfección la historia, el viaje y la ficción. Se basa el escritor finlandés en un cuento egipcio, recogido en dos papiros que se custodian en Berlín. Trata sobre una conspiración palaciega y las desventuras de un funcionario que debe huir a Siria para salvar la vida. La historia sucede con varios siglos de antelación con respecto a la de Waltari. El escritor aporta, sin embargo, un cariz de modernidad a su personaje. Sinuhé responde a muchas cuestiones que todo amante del antiguo Egipto se pregunta. ¿Cómo veía un egipcio a los reyes babilónicos? ¿Qué sentiría entrando en el palacio de Cnosos? ¿Se asustaría al contemplar las murallas de Hattusa?

Son escasos los testimonios de viajeros egipcios por su propio territorio. El país del Nilo es una geografía inabarcable cuyos confines modernos se trazaron de forma aleatoria, con líneas rectas, por la necesidad de los hombres de crear fronteras sin atender a las indicaciones de la naturaleza. Nuestro viaje salta por encima de esas líneas invisibles. El Nilo atraviesa los países y los siglos como si no fueran más que escenarios de su curso.

Heródoto encalla en Elefantina

«Egipto es un regalo del Nilo», afirma un emocionado Heródoto recordando aquellos días en los que visitó la tierra de los faraones. Estamos en el siglo V a. C. y el padre de la historia viaja a Egipto para conocer de primera mano la civilización al sur del Mediterráneo. Pocos viajeros abordaron de una forma tan exacta las dimensiones culturales y geográficas del país, inmiscuyéndose en su historia, hablando con sus gentes y navegando a contracorriente por el Nilo, vertebrador de todos los mitos y cuentos que a su paso iban guardando la memoria de la humanidad.

Heródoto le dedica unas cien páginas de su *Historia* a la descripción de Egipto, en aquel momento supeditado al poder persa desde la conquista de Psamético. El Libro II engloba todo el logos egipcio. En él se hace un recorrido que pretende reunir todos los aspectos de la civilización egipcia. El viajero griego visita sus ciudades milenarias y se sienta a escuchar las historias que en ellas cuentan. Camina por los pórticos, conversa con los sacerdotes y entra en los templos con una actitud conciliadora, debatiendo, anotando a cada instante los rasgos especiales que hacen de Egipto un territorio mítico.

Lo primero que considera Heródoto es el medio físico en el que se desarrolla el país. Fija la costa mediterránea, la longitud del delta del Nilo y el ancho de su curso, afirmando que a medida que se remonta se vuelve estrecho y difícil de navegar. Intenta buscar una explicación lógica a las crecidas del río, la causa de la destrucción de muchas de sus ciudades. Intuye que el Nilo proviene «del país de los etíopes» veinte siglos antes de que Pedro Páez visite las fuentes del río en el lago Tana.

Precisamente en Elefantina Heródoto reconoce sus propios límites viajeros, en busca de las fuentes que originan el caudal. Es la ciudad a la que llega remontando el curso del Nilo y de la que no puede pasar. Allí encuentra la primera catarata, lo que le obliga a amarrar la barca en la orilla «como a un buey» y a continuar a pie. El resto de lo que describe es pura intuición o testimonio basado en terceras personas, puesto que él no llegó a verlo. Habla de islas grandes como la de Tacompso o de la ciudad de Meroe, pero no se identifican con ninguna realidad existente. Es una geografía irreconocible la que emerge de este testimonio, aunque no deja de ser un esfuerzo encomiable. De Elefantina al Mediterráneo apenas se completa un cuarto de todo el curso del Nilo, pero Heródoto quiere llegar hasta sus fuentes, aunque sea con la fuerza de la voz de los demás. Y el resultado es más literario que científico.

En el Mundo Antiguo ningún viajero conocido pudo superar la barrera del Sudd, en el actual Sudán. Son tierras pantanosas en donde la navegación se estanca. No hubo griego o romano que se aventurara más allá. Ante la incapacidad geográfica, autores latinos, como Plinio el Viejo, contemplaron la posibilidad de que el Nilo naciese en Mauritania, región apenas explorada por

las legiones romanas pero algo más conocida que Sudán. De esta forma, el Nilo formaría un hilo que envolvería el continente de oeste a este, marcando probablemente el contorno de África. Y no es el caso.

Pero el viaje de Heródoto no se suscribe solamente al Nilo. Visita las principales ciudades egipcias. Viaja a Menfis, Tebas, Megalópolis, Heliópolis…, incluso acude al Oráculo de Amón, en el desierto, y al lago Meris, bordeado de templos. En todas ellas es testigo de los rituales de una religión antigua. Describe el procedimiento de embalsamamiento, relatando cómo en la superficie del río llegó a ver momias de gatos en el cortejo de un entierro noble. También expone que los egipcios son los primeros en reconocer la inmortalidad del alma.

Imagino a Heródoto pasando días y días a la vera de los sacerdotes calvos, buscando el refugio de los pórticos para paliar el sol cenital entre debates existenciales sobre cocodrilos y halcones. Y del alma a la piedra. Una de sus descripciones más interesantes es la que cuenta la construcción de la pirámide de Keops, de quien dice que fue un tirano que llevó a su pueblo a la esclavitud. El viajero griego logró visitarla sin turistas ni contaminación. Produce vértigo pensar que el tiempo transcurrido entre Keops y Heródoto es similar a la distancia temporal entre sus viajes y el lector moderno. El punto intermedio es su *Historia.* Leerla es también descubrir unas pirámides sin colas. Una esfinge con nariz.

Un sueño llamado Alejandría

La leyenda dice que Alejandro Magno descansaba en el campamento macedonio, a orillas del Mediterráneo, cuando un anciano lo visitó en sueños. Este lo acompañó fuera de la tienda y le mostró todo el horizonte a sus pies: una lengua de tierra que protege la costa, una región pantanosa que baña el trigo y el Nilo descendiendo tranquilo hacia las aguas del mar. El anciano le recitó unos versos de la *Odisea* que hablaban de una isla de nombre «Faros». El sueño se desvaneció. Alejandro fundaría la ciudad más importante del helenismo.

La Alejandría dorada se corresponde con la ciudad de los Ptolomeos. Su plano urbanístico consiste en una sucesión de calles perpendiculares, dispuestas en damero y rodeadas por un perímetro de murallas con sus respectivas puertas. La ciudad quedaba resguardada del mar por un puerto natural al que se le añadieron espigones. Uno de ellos conectaba el continente con la isla de Faros. Allí colocaron una torre en cuya parte más alta no cesó de arder la llama que guiaba los barcos. Era el faro de Alejandría, una de las maravillas del Mundo Antiguo, sello de identidad de la ciudad. El sueño cumplido.

El viajero de la época que entrase a Alejandría probablemente se detendría en el teatro, en el Emporium y en el Mausoleo de Alejandro Magno, la tumba real que mandó construir Ptolomeo, después de trasladar los restos mortales del monarca desde Babilonia. Justo en frente de la isla de Faro, se alzaba resplandeciente el museo, con su biblioteca, donde se guardó la memoria de la Antigüedad clásica. El viajero se emocionaría al contemplar la vieja biblioteca, consciente de presenciar el testimonio de la humanidad. Sabe de la fragilidad del mundo, que sin escritura está condenado a la destrucción, y recorre los pasillos palpando los papiros y entendiendo que el mejor de los tiempos posibles no es el de los sabios, sino el que permite leerlos.

Alejandría pasó a ser la capital sentimental de Grecia cuando Atenas decayó. Se convirtió en el

refugio del mundo griego, aplastado por las fuerzas de otros imperios más fuertes y menos dispuestos a reflexionar. El viajero que se detuviese en Alejandría entendería que la urbe contenía a su vez tantas ciudades como acentos tenían sus calles. Nació cosmopolita. En su ágora convivían todas las religiones, cuando el Mediterráneo era un crisol de dioses y lenguas. En pocas ciudades se podía sentir el viajero tan identificado, tan libre como para quedarse a vivir para siempre en sus terrazas acuáticas. Metrópolis de encuentros, que necesitaba al extranjero para seguir existiendo, permanece en el recuerdo de la historia como un anhelo de diversidad e inteligencia. Porque nació de un sueño de grandeza de un joven lector de Homero, fue Macedonia, Grecia, Roma y Egipto. Allí murió asesinado Pompeyo, en las guerras civiles romanas. En su puerto se enamoró César de la última reina ptolemaica. En sus palacios Marco Antonio bebió un vino agrio mientras Roma aclamaba al joven Octavio. Alejandría fue el revivir de Grecia y una nueva oportunidad para Egipto. Su grandeza sobrevivió a su creador, al pueblo que la hizo grande y a la civilización que construyó su leyenda.

«Dile adiós a Alejandría, que se aleja»

«Dile adiós a Alejandría, que se aleja», escribió el poeta sentado en una cafetería, pensando en que los dioses abandonaban a Marco Antonio. Así la ciudad también contempló cómo la mayor parte de sus monumentos fueron destruidos. Se quemó la biblioteca, del faro hoy no quedan ni los cimientos y las calles han retorcido su fisonomía hasta quedar irreconocibles. Otras culturas llegaron con nuevas ideas y transformaron el sentido de la ciudad, construyendo una Alejandría diferente a la antigua. El islam la orientalizó, hizo de sus iglesias mezquitas y el canto de los almuédanos marcó el ritmo de las horas desde la toma árabe.

Es la Alejandría actual, alejada del pasado helenístico, como el resto de Egipto. Pero en el interior de su casba surgió una segunda patria para los griegos exiliados durante las disputas con el Imperio otomano. Alejandría llegó a ser para el mundo occidental en el siglo XIX y buena parte del XX una isla familiar. Como una especie de territorio sentimental unido a Londres, París y Atenas donde miles de apátridas se sentaban a esperar la tarde en el café Al Togariya.

La ciudad actuó como un foco cultural de primer orden en el Mediterráneo. Se elevó por encima de los extremismos religiosos y fue fiel a su historia de progreso. Una urbe dada a los negocios, al mercadeo de todo tipo de géneros, con sus zocos siempre a disposición de los compradores asiduos. El mayor ejemplo de lo cosmopolita que llegó a ser Alejandría lo muestra Constantino Cavafis, el último poeta griego de la Antigüedad, aunque naciera en 1863. El escritor hizo de Alejandría su refugio contra la soledad, en el exilio interior en el que vivió. De allí partieron sus Ítacas. Sus versos están impregnados de esa delicadeza alejandrina, de la sinuosidad de la juventud perdida. Los poemas de Cavafis siempre me han sugerido un tiempo de luz entornada, una sustancia solamente habilitada en los sueños, como un mundo resplandeciente pero extinto. En muchas ocasiones me dejo llevar por el anacronismo latente y leo a Cavafis para echar de menos el mundo clásico. Nadie mejor que él para recoger toda una herencia casi olvidada, tras siglos de dominación turca. Grecia le debe a este poeta alejandrino un rescate identitario, el aroma de los mercados del Ática, los efebos desnudos de bronce y las charlas de los filósofos en el ágora, instantes antes de que los bárbaros asolen la cultura que los cobija.

En aquella Alejandría de principios de siglo hasta la irrupción de la Segunda Guerra Mundial

desfilaron autores tan diversos como Lawrence Durrell, escritor de *El cuarteto de Alejandría*, cuatro novelas que ponen la ciudad en el centro del universo literario. También E. M. Forster, un viajero empedernido que pasó media vida tratando de rescatar la grandeza de Alejandría. Y Ungaretti, uno de los máximos representantes de la literatura italiana de la primera parte del siglo XX.

Todos ellos retrataron una Alejandría colonial, que el Imperio británico se afanaba en mantener viva, a costa probablemente de otras regiones de Egipto. Es la ciudad de los cafés en el barrio de la Corniche, donde los viajeros se sientan a disfrutar del aroma de un líquido espeso y de la tertulia en varios idiomas, ayer, hoy y mañana. Sus terrazas son un refugio. «Dile adiós…». Un género literario que reclamar.

La isla de Filé despide a los dioses egipcios

Mandulis es un dios nubio helenizado que adquirió hace siglos la forma de Horus. Un halcón petrificado en un lateral del templo de Isis que, entre faraones griegos y emperadores romanos, ha sobrevivido a los tiempos y los cambios de lenguas. El lugar se conoce como «Puerta de Adriano» y contiene una inscripción en jeroglíficos fechada el 24 de agosto del 394 de nuestra era. La mayoría de los viajeros ya han olvidado el significado de las marcas que resisten en la pared. Su sentido es cotidiano, porque los egipcios gustaban también de celebrar lo insignificante. Mandulis recuerda el cumpleaños de Osiris y testimonia que es amable con él. La fecha inscrita sigue la cronología de Diocleciano.

Pero el tiempo se detiene. El calendario marca el 537. Justiniano reina en el Imperio romano de Oriente. Ha llenado Constantinopla de riquezas. Santa Sofía es la iglesia en donde se mira toda la cristiandad. Ha coloreado los mosaicos de su ábside y la cúpula flota en el cielo sujeta por ángeles. En Filé, al sur de Egipto, el Nilo transcurre de forma impasible. Justiniano no tolera que en sus dominios se honren otros dioses, puesto que Dios no hay más que uno. Años antes ya había ordenado el cierre de la Escuela de Atenas. En el viejo ágora ya no se escuchan los recuerdos de Platón. Iconos y cruces deben presidir las plazas. Ahora, los sacerdotes abandonan los templos de la isla de Filé. Quedarán vacíos, a merced de las crecidas de un río caprichoso, sin velas que alumbren los altares, sin plegarias que escuchar. Las columnas de los pórticos se llenarán de mosquitos y el incienso ya no espantará la sombra de los cocodrilos. Pasarán los años, juntos y constantes, y ya nadie recordará aquel lugar llamado Filé. La inscripción de Mandulis será la última escrita en jeroglífico, el aliento final de una civilización que abarcó más de tres mil años. Filé se sumergirá en las aguas, muchos siglos después, cuando se construya la presa de Asuán. El mundo deberá esperar a que otros viajeros aprendan el lenguaje de esos dioses olvidados para hacerlos volver con nosotros.

Mansa Musa bebe oro del Nilo

Mansa Musa es llamado «el hijo de Kankou» y ha aprendido de su madre la religión y el fervor

con el que abrazarla. Ha llenado Mali de mezquitas construidas con barro y tapial. Es inmensamente rico porque el país tiene minas de oro, pero las riquezas no son nada ante la palabra de Dios. Mansa Musa organiza una peregrinación multitudinaria. 60.000 hombres y 12.000 mujeres atraviesan en caravana el desierto del Sahara. No hay calor suficiente que se resista a la emoción por llegar a La Meca. Mali es un imperio en movimiento que aguarda ponerse de rodillas ante la Piedra Negra. Vistos desde lo alto de la montaña, parecen un ejército de hormigas que emerge de la arena. Así se lo describen al sultán An-Nassir Muhammad, que espera con temor la llegada de la caravana.

Siglos atrás, el Mediterráneo Oriental cambió para siempre con la presencia de los árabes, que portaban una nueva fe, más combativa y estimulante que la de Roma. En el 642, las tropas de Amr ibn al-As entraron en Egipto conquistando todo el territorio. El Imperio bizantino perdió una región rica y estratégica. Fuera de la órbita cristiana, Egipto se convirtió para los viajeros occidentales en un país peligroso, y para los musulmanes, en un territorio de paso.

En el mapamundi de Monti la distancia entre Mali y Egipto es inmensa. Inabarcable y llena de animales monstruosos. Mansa Musa entra en El Cairo en el año 1324. Sus camellos portan cofres llenos de oro. El emperador de Mali es el viajero perfecto que llena de riquezas la tierra que pisa. Financia la construcción de mezquitas y palacios. El Cairo es tan diferente a su país de origen que parecen dos mundos distintos. Geográficamente, representan los dos puntos extremos del continente. De un lado se pone el sol y empieza el abismo en forma de mar. Por otro, en Egipto nace el sol y la vista promete nuevas tierras a las que arribar, tal vez otros desiertos. Nada teme Mansa Musa, que ha atravesado el Sahara sin beber una gota de agua.

El rey negro entra en las mezquitas y se arrodilla delante de la quibla. Se queda en silencio mientras su pueblo, su ejército, su gente, espera tras las murallas, orando también, en un susurro tan sonoro que se escucha hasta en el interior de las pirámides. Le gustaría quedarse en El Cairo, pero prosigue su marcha hacia un destino más elevado. Las crónicas hablaron durante siglos del hombre más poderoso de la tierra. El eco de su viaje llegó a todos los rincones conocidos hasta el punto de que el *Atlas Catalán*, el mayor esfuerzo de delimitación geográfica que se hizo en la Edad Media europea, representaría al rey de Mali con una corona de oro, tan negro como la noche. Creían las cortes europeas que bebía riquezas. Durante su peregrinación a Egipto, se dijo que lavó las monedas de oro en el Nilo. El río adquirió entonces el color del sol.

Ibn Battuta y el perfil de la mezquita de Al-Azhar

Ibn Battuta es la antítesis de Mansa Musa. La individualidad frente a la multitud. El viajero frente al turista. Su territorio es islam, pero su sed de conocimiento hace que desaparezcan los límites de su viaje y que traspase las barreras de la religión. Muchas veces se le ha comparado con Marco Polo, añadiéndole el adjetivo «árabe», dotando a su historia de cierto carácter secundario.

Los relatos de Ibn Battuta son verosímiles, además de ciertos, al contrario que los del viajero veneciano. Una delgada línea separa a ambos hombres: el afán por contar la verdad, por escribir lo que contemplaron sus ojos. En eso, el tangerino es imbatible, pero piense usted cuántas

ediciones hay del libro de Marco Polo en la biblioteca pública de su ciudad y cuántas de Ibn Battuta. Eso sin contar que el número de ciudades, puertos, desiertos y bosques atravesados por el viajero musulmán duplica a los del veneciano. En estas páginas disfrutaremos de los dos, se viaje a caballo o en camello.

Uno de esos rebaños de camellos se observa desde la distancia. Es una fina hilera de mercaderes que sale de Tánger. En él va Ibn Battuta. Su camino hasta Egipto costea el continente por el Mediterráneo. Su puerta de entrada es Alejandría, una ciudad que vive momentos políticos confusos pero que describe como «una perla resplandeciente y luminosa». Visita el mítico faro y se lamenta de que en uno de sus lados todo sean ruinas. Son las últimas noticias que tenemos de esta maravilla del Mundo Antiguo.

En El Cairo, la mirada del viajero se detiene en el entramado laberíntico de sus calles. Solo hay una avenida ancha en toda la ciudad. Es el Nilo. Lo que Alejandría fue para Grecia, El Cairo es para el islam: una ciudad hecha a imagen y semejanza de la religión. Ibn Battuta afirma que necesitará un mes para recorrerla. Describe la mezquita de Al-Azhar y el rezo del viernes noche. Tras caminar alrededor de miles de tumbas en el cementerio, se refiere con minuciosidad el Nilo, del que dice que «aventaja a todos los ríos de la Tierra en dulzura y sabor», y cuenta una leyenda islámica en la que Mahoma originó su cauce a partir del paraíso.

Solamente al final de su estancia en El Cairo nos habla de las pirámides como un enigma del ingenio humano y expone las dudas del califa sobre la pertinencia de destruir el monumento. Aquí la humanidad contiene la respiración. La voluntad de un gobernante decide que miles de generaciones posteriores puedan contemplar la belleza de la pirámide de Keops o la sinuosidad de las formas de la esfinge, ardiente de sol. ¿Cuántos tiranos de la belleza arrancaron los testimonios pasados de otros pueblos? A veces considero que el desierto es otro don que la naturaleza le ha dado a Egipto, porque ha permitido cubrir de arena su patrimonio durante milenios, a la espera de que los arqueólogos encuentren las huellas de los antepasados que poblaron esta tierra fértil.

Pero volvamos a Ibn Battuta. No se detiene más en esas construcciones que encierran la cultura milenaria de los egipcios. Su mundo es el islam y, a pesar de contemplar la vida con ojos atentos, se siente más seducido ante las formas de una mezquita que con el perfil de un templo dedicado a un dios antiguo. ¿Por qué? Me siento obligado a traer de nuevo a estas páginas a Heródoto. El historiador griego se emociona ante las pirámides. Las toca con la palma de la mano y conversa a sus pies con los lugareños que las custodian. Algo que no encontramos en Ibn Battuta. Hay un hilo conductor entre Heródoto y los demás viajeros de la Antigüedad que los hace estremecerse ante las veleidades de su mundo (las pirámides, el Partenón, el Coliseo…). Un disfrute estético, como si el espíritu clásico envolviera a los viajeros que, tras atravesar el desierto, ven la sombra recortada de las pirámides.

De igual manera, cuando en los últimos tres siglos los viajeros han visitado Grecia, han reconocido las ruinas de los templos como algo propio. No es una sensación que solamente esté en Pausanias. Hablamos de viajeros que han nacido bajo otro paradigma cultural y religioso y que se sienten atraídos de igual manera. Lord Byron se emociona al ver el templo de Poseidón en el cabo Sunión porque aprecia en esas columnas la misma patria ideológica en la que nacieron Homero y la abadía de Newstead. Lo mismo sucede con los viajeros medievales cristianos en su marcha hacia Tierra Santa. Hay una línea sentimental que conecta a Occidente y que, a pesar de

los avatares históricos, permite mantener vivo el recuerdo de Grecia. Algo bien distinto a lo que encontramos en el mundo árabe con los restos del Mundo Antiguo. El islam parece sentir como extraña la pervivencia cultural de otras civilizaciones ancestrales. Ibn Battuta contempla las pirámides con escepticismo, aunque haya curiosidad en él. Bien diferente a Napoleón, que, cinco siglos después, apenas podía mantener la emoción de sentirse parte de esa historia.

Napoleón pasa una noche en la pirámide de Keops

Es la noche del 12 al 13 de agosto de 1798. Ha pasado un año desde que los franceses entraran en Egipto. Napoleón se dirige hacia la pirámide de Keops, a las afueras de El Cairo. La cubre un cielo azul oscuro que no termina de ser negro. Las estrellas alumbran apenas el resplandor de la piedra caliza, llena de grafitis escritos con puntas de lanzas. El soldado entra en la pirámide despojado de sus galones. Recorre un pasillo oscuro. Huele a historia. No se da cuenta pero desciende el nivel del suelo. Llega a una cámara ancha. Es la del rey. Apenas una pileta en un extremo justifica que en el pasado hubo un faraón ahí depositado, una momia con joyas y vasos canopos. Ahora ya no queda nada de eso. El tiempo es infame incluso con los poderosos, piensa Napoleón, que pasará la noche en vela en la Cámara del Rey, enfrentándose a su destino o escondido de las tropas inglesas, a quienes enfrentará en pocos días y vencerá. En el interior de la pirámide, piensa, siempre es de noche.

La primera vez que Napoleón se fijó en la pirámide de Keops fue en una publicación editada en 1788 por Volney, un erudito y agitador político. El libro se tituló *Viaje por Egipto y Siria* y prevenía a los viajeros de los males que podían encontrarse por el camino, aunque alababa la belleza de las pirámides y el caos de El Cairo. Se basaba a su vez en los diarios de Richard Pococke, un británico que a principios del siglo XVIII visitó y dibujó las tumbas de Saqqara.

Napoleón recordó los días pasados en Alejandría. Su ejército agotado y sediento. Le esperaría una campaña durísima. La revuelta de la ciudad de El Cairo, hostigados por el imán de la mezquita de Al-Azhar. Las tropas inglesas, mejor equipadas, más rápidas, como si estuviesen hechas de arena, le enseñaron la salida. Napoleón claudicó. Francia perdió la guerra en Egipto, pero ganó un emperador. Y también un país que descubrir. Francia encontró a Egipto en el interior de la pirámide.

En busca de una civilización perdida

Y Francia se encaprichó con Egipto y llenó sus bibliotecas de antiguos papiros. Dominique Vivant, el barón Denon, era una de las mentes más destacadas de los 150 expertos que viajaron al país del Nilo con las tropas francesas. No eran soldados. Tal vez ni les interesaban las armas, pero supieron desde el inicio del viaje que aquello representaba una oportunidad única para explorar el país. Cuando la guerra se estabilizó, llegó el momento de la ciencia. Los viajeros salieron de las tiendas de campaña para recorrer el país.

Sus nombres titulan hoy las salas de los principales museos del mundo, las galerías de las

bibliotecas más prestigiosas: Gaspard Monge, Étienne-Louis Malus, Claude Louis Berthollet, Jean Baptiste Fourier y tantos hombres de ciencia que acompañaron a Vivant hacia el sur del país, en un viaje que se interrumpió a la altura de la primera catarata (veintitrés siglos después, los viajeros aún no eran capaces de pasar de aquel salto de agua). Pero consiguieron visitar más de ochocientos kilómetros de ribera del Nilo, contemplando el templo de Hathor en Dendera, a las afueras de Luxor. De ahí marcharon a Tebas, Hieracómpolis, Edfu y Asuán, donde embarcaron hasta la isla fluvial de Elefantina. Una de sus últimas paradas fue Antinoópolis, la ciudad que Adriano había mandado construir para su amante. Al poco volvieron a El Cairo para retomar la marcha. Allí los esperaban los bocetos sin acabar y los templos semienterrados donde los gatos dormían la siesta.

Ya en Francia, recopilaron los hallazgos descubiertos en una obra magna de la sabiduría universal. *Descripción de Egipto* representó el despertar del mundo de los faraones, su transposición a las bibliotecas de toda Europa. Una estela que habían encontrado en Rashid, en el delta del Nilo, fue trasladada a Francia. Napoleón ya había sido capturado en Elba, se había escapado y había vuelto a caer en desgracia en Santa Helena. El mundo avanzaba hacia una nueva era basada en la industria, pero los ecos de aquella expedición a Egipto aún seguían sonando en los centros del saber de Europa. Champollion descifró los caracteres de aquella inscripción esculpida en granodiorita. Un decreto rutinario, burocrático, de la época de los Ptolomeos, que hizo resucitar el lenguaje de los faraones. La Piedra Rosetta supuso otro nacimiento del Antiguo Egipto, empeñado en no sucumbir al olvido, en resistir a la historia y permanecer, aunque fuese a través de un mensaje cifrado. Una lengua que pasó siglos sin nadie que la leyera.

Un ruso perdido en El Cairo

Eran las tres de la tarde y los tábanos le picaban el cuello. El calor le mareaba, así como el olor a caballo y bestia moribunda. A esa hora, en una primavera que ya ardía de verano, el ruso de ojos claros salió a echar un vistazo al puesto en el que no había podido detenerse esa mañana. Corría el año 1890 y eran pocos los hombres que sabían leer el hierático, la lengua egipcia simplificada por escribas y burócratas. Él, nostálgico del vodka, era uno de ellos.

Vladímir Goleníshchev miró a aquel comerciante de ojos color café. Le preguntó por los papiros que durante la mañana apenas había tenido tiempo de hojear. El mercader juraba que los documentos eran auténticos. Del antiguo Egipto, dijo, poniendo pausa a las sílabas para demostrar su veracidad. El ruso palpó la superficie. Estaba arrugada, casi volatilizada al contacto con su dedo índice. Los desenrolló con cuidado. Resultaba imposible que un texto tan antiguo hubiese resistido a los envites del tiempo. A los bichos les encanta el papiro. Es falso, anunció en voz alta.

El mercader protestó. Solían venderse falsificaciones por todas partes. En las calles se ofrecían cocodrilos disecados con carteles que mostraban un pasado regio. «Pertenecieron a Ramsés II». Incluso se observaban momias colgadas con cuerdas y con el precio pegado al pecho. El ruso había visto demasiados objetos estrambóticos como para fiarse. Pero aquel papiro le produjo un escalofrío. Al tocarlo creyó sumergir su dedo en arena.

Lo compró por un precio justo. Al menos eso pensaba el mercader. Si resultaba un timo, solamente perdería algunas monedas. Cuando volvió a su habitación para descansar, puso sobre la mesa de madera los documentos. Los leyó. Contaban la historia de Unamón, un sacerdote del dios Amón que es mandado a Biblos, la ciudad del Levante, para comprar madera. Querían construir con ella la barca sagrada del dios, para poder completar la procesión anual. En los tiempos de Ramsés XI nadie producía madera de mejor calidad que los fenicios. El papiro desarrolla la historia de este viajero, pasando de Egipto a Fenicia, y de allí a Chipre, tras ser arrastrado por una tormenta. Su viaje continúa por diferentes puertos del Mediterráneo oriental durante el siglo XI a. C.

La historia sonaba demasiado perfecta para ser cierta. Pero el ruso dudaba de que una falsificación tan buena se hubiese hecho con un material tan pobre. Enrolló de nuevo el papiro y lo guardó en su equipaje para llevarlo consigo de vuelta a San Petersburgo. Antes de marcharse, pasó por el puesto del mercado para visitar al hombre que le había vendido el documento. Lo buscó con ahínco durante más de dos horas. Otra vez, puntuales, volvieron los tábanos y el calor. El mercader se había marchado. No apareció a pesar de preguntar por su paradero. Se dejó guiar de nuevo por el olor a caballo y bestia moribunda. Se guardó en el bolsillo la moneda con la que quería agradar la buena venta efectuada. No tardó en volver al restaurante del hotel y gastar el dinero en vodka de contrabando. Unos meses después, *Los viajes de Unamón* se traducirá a todas las lenguas posibles. En París, en Londres, en Nueva York y en El Cairo se hablará sobre las peripecias de este egipcio y del milagro de haber rescatado su historia en un bazar, justo a la hora de la siesta, cuando todo Egipto duerme. Pero no un ruso.

Mark Twain espanta a los turistas

La fascinación por Egipto cautivó de nuevo a miles de viajeros. Desde que volvió a aparecer en los mapas, su historia atrajo tanto que Europa construyó un país propio con el que decorar sus salones y llenar sus museos. El orientalismo se reflejó a principios del siglo XIX en pintores franceses que entendían la sinuosidad de los harenes como una forma de escapar a su rutina burguesa. *La gran odalisca* de Ingres es el paradigma de lo que el artista pensaba de Egipto: algo estilizado, electrizante, bello como una diosa y a la vez inalcanzable. Verdi le puso música a la inauguración del canal de Suez y «La marcha triunfal» de *Aida* sonó en el imaginario colectivo como una victoria sobre las arenas del tiempo.

El contrapunto a esta melodía lo escribió Mark Twain en su *Guía para viajeros inocentes*, un viaje realizado en 1867. Constituye, tal vez, uno de los primeros cruceros de la historia. Partió de Nueva York y recorrió toda Europa, Tierra Santa, Arabia y Egipto. La primera imagen con la que despierta el escritor estadounidense de este sueño nílico es la de cientos de niños desnudos, harapientos, pidiendo limosna en el puerto de Alejandría. Es un recibimiento mucho más amargo que el que disfrutó Marco Antonio al bajar del barco, pero no tan trágico como el de Pompeyo, a quien le cortaron el cuello en esa misma dársena.

Twain no se queda mucho tiempo en Alejandría, de la que se cansa por ser «demasiado europea». Remonta el Nilo y llega a El Cairo, una ciudad empobrecida, marginal, y percibe que en medio del curso del río emerge un sofisticado sistema de medida que él llama «nilómetro»,

capaz de prever los meses de crecidas y hambrunas. Al visitar la pirámide de Keops se siente fatigado por la cantidad de gente que se agolpa en las escaleras de piedra. No se emociona. No trasluce una especial felicidad el contacto con la tumba del faraón. Al contrario, rezuma tristeza al no poder contemplar el monumento con la soledad necesaria. Estamos a mediados del siglo XIX y el turismo ya había entrado en el territorio del viajero para uniformar los sentimientos y anestesiar sus experiencias. ¿Nostalgia de Heródoto?

El viaje de Mark Twain es la otra cara de la moneda de un país de ensueño. Pero su testimonio inteligente nos sirve también para apreciar una civilización que se abría al mundo mostrando sus riquezas. Los viajeros de principios de siglo XX ya estaban advertidos de lo que daba y quitaba el país del Nilo si el viajero había pasado demasiado tiempo contemplando los cuadros de Gérôme en el Louvre. En efecto, París no era una profecía de Egipto.

Dorothy Eady frente a una figurilla en el Museo Británico

Egipto se hizo ciencia de la mano de un puñado de estudiosos que desde las principales universidades europeas viajaban para explorar el Mundo Antiguo. No solamente eran ratas de biblioteca. Se necesitaba mucha valentía para sumergirse en el Egipto de entre siglos. La tarea fue ardua pero apasionante. Estaba naciendo la arqueología como ciencia seria. Se debía examinar el terreno, catalogar lo hallado, dibujar y analizar el material que había resistido a duras penas el paso del tiempo.

Los testimonios de sus días en Egipto se recogen en los diarios de viajes escritos *a posteriori*, pero también en las salas de los museos que por toda Europa prodigan la cultura egipcia. Los sarcófagos, las figurillas de hipopótamos a punto de ser bendecidos por el sol, los vasos de terracota pintados de negro y los simulacros de barcas hechas con esparto son los restos de un rescate que ellos efectuaron con sus propias manos, y que, descontextualizados, el público observa en los *tours* museísticos. Cuando visito a mi hermano Julio en Turín, siempre sacamos tiempo para ir al Museo Egipcio. Allí, nos quedamos contemplando largo rato alguna pieza sin mayor relevancia estética. No escogemos los grandes sarcófagos, sino figurillas de barro. A través de ellas imaginamos el proceso de búsqueda y traslado hasta esa sala precisa del museo. En ellas aspiro a vivir otra vida distinta a la mía.

Como le sucedió a Dorothy Eady. Su historia sorprende por su extravagancia. Británica de nacimiento, estuvo a punto de fallecer de niña. Los médicos la declararon muerta, pero logró sobrevivir. Al poco, visitó el Museo Británico. Se detuvo delante de una figurilla egipcia. Tal vez una vasija de cerámica. La niña juraba saber de quién era ese objeto (de quién había sido, tantos siglos atrás), porque le había pertenecido en otra vida. Sufrió de metempsicosis, un proceso por el cual el cuerpo adquiere recuerdos de otras personas. En este punto los caminos de la ciencia y la creencia se separan. Soy demasiado escéptico para creer en otros mundos. Tal vez, la frase que resuma mi pensamiento sea la de Paul Éluard. Dijo que existen otros mundos, pero están en este. Sin embargo, un toque de misterio es necesario en este viaje.

Dorothy Eady decía ser la reencarnación de Omm Seti, sirvienta y amante del faraón Seti I. Dedicó toda su vida a la egiptología. Aprendió a leer los jeroglíficos y participó, a partir de la

década de los cuarenta del siglo XX, en muchas expediciones arqueológicas en Egipto. Afirmaba saber el lugar exacto en el que se encontraba el templo de Seti I, en Abidos, y describió el jardín que supuestamente amenizaba las horas de calor, allá por el segundo milenio a. C. Nada del templo se había descubierto aún, pero Eady profetizó el túnel subterráneo que comunicaba las estancias y la forma de la cámara. Años después de la tierra surgió un templo que respondía a las pautas predichas por la arqueóloga, punto por punto. Dorothy Eady se cambió el nombre y se trasladó permanentemente a Egipto. Se llamó Omm Seti y vivió junto al desierto, en Abidos, donde está enterrada hoy en día, aunando en su vida (en sus vidas) todo lo que el viajero desearía encontrar en su destino: historia, aventuras y alguna que otra puerta abierta al más allá.

En busca de las fuentes del Nilo

Que se detenga un instante el viajero. ¿Dónde quedaron las fuentes del Nilo? Apuntamos algunos nombres al principio del capítulo, pero se han difuminado en las aguas del río de la historia. Descubrir cuáles son los orígenes de este caudal ha sido una obsesión a lo largo de la humanidad. Así fue durante muchos siglos, cuando multitud de expediciones encallaron en las sucesivas cataratas o en las regiones pantanosas del Sudd, en el actual Sudán.

La historiografía cada vez tiene menos dudas al respecto de quién fue el primer europeo que conoció las fuentes del Nilo Azul, ubicadas en Etiopía. Evidentemente, los pueblos locales frecuentaron el lago Tana y organizaron sus vidas en torno a él como los suizos hacen la suya alrededor del lago Leman. No deja de mancharse la cuestión de cierto eurocentrismo pero a estas alturas del río poco importa.

En el caso del Nilo Azul, el jesuita español Pedro Páez tuvo la conciencia de ser el primero de cuantos viajeros buscaron el origen del río. No fue su viaje el de un explorador, sino el de un hombre de fe. Llevaba media vida haciendo del océano Índico una balsa de predicación. Conocía la costa de la India como la palma de su mano gracias a los años pasados en Goa.

Etiopía, a principios del siglo XVII, era un reino mítico. Gentes de piel oscura, de una tonalidad más suave que los habitantes de la costa atlántica de África, mantenían una fe híbrida entre elementos cristianos, judíos y locales. Los etíopes se enorgullecían de pertenecer a una tribu de Israel (la única no perdida en los albores de la historia) y de conservar, según la leyenda, el Arca de Alianza.

Y aquí aparece Pedro Páez. Desembarca en Massawa, en el mar Rojo. Etiopía vivía un período de inestabilidad y crisis económica. El jesuita mantiene contactos con el emperador, Za Dengel, y lo convence para convertirse al catolicismo. No fue una decisión fácil. Se originó una guerra civil en la que los jesuitas intentaron quedar al margen. Pedro Páez se refugió en Fremona, en el interior del país. Za Dengel murió y subió al poder Susinios Segued III, que entendió la valía de Pedro Páez y lo llamó a su corte. A esas alturas, el viajero español ya conocía de sobra el país. Había aprendido amárico, el idioma más extendido de Etiopía y con el que evangelizaría las tierras del interior. Le fue concedido un territorio donde asentarse, en Gorgora. Desde allí, la salida al lago Tana era cuestión de días. Pedro Páez fijó su hazaña como el primer europeo en ver las fuentes del Nilo y fue tan consciente de ese hito que en sus diarios de viajes se acordó de todos los grandes gobernantes que lo habían intentado antes, desde Ciro a César pasando por

Alejandro Magno.

150 años después, el británico James Bruce de Kinnaird aseguró haber sido el primero en conocer las fuentes del Nilo Azul. Lo había conseguido en una expedición que había partido de Abisinia y así se lo reconocieron en su país. Hasta que la historiografía contemporánea revisó con honestidad las expediciones anteriores y dejó el viaje del británico en un honroso segundo puesto en esta carrera que solo los europeos entienden.

Tampoco se albergan muchas dudas con respecto al descubrimiento del Nilo Blanco, situado en la actual Uganda, en el lago Victoria. Si algo había demostrado la experiencia de los viajeros anteriores es que para llegar al origen del Nilo de poco servía remontar el río. Había que intentar buscar sus inicios partiendo desde el Índico y adentrándose por la sabana a través de Kenia o Tanzania. Un factor que no tuvo en cuenta el belga Adolphe Linant, un egiptólogo tocado por la fiebre faraónica que en 1827 remontó 250 kilómetros del Nilo Blanco, superando Jartum pero estancándose de nuevo en la región del Sudd. El hombre volvía a tropezar de nuevo en el mismo punto que hacía veintitrés siglos.

El tiempo de las expediciones había comenzado. La Real Sociedad Geográfica de Londres se había impuesto en 1857 descubrir el origen del Nilo. Para ello, contó con dos viajeros que compitieron hasta la extenuación por alcanzar la gloria. La posteridad guardaría el nombre de los dos, como el del resto de aventureros que en aquellos años apostaron su vida y la de sus compañeros por lograr ser el primer hombre en ver las fuentes del Nilo. El primero de esos viajeros fue Richard Burton. El segundo John H. Speke.

Ambos conocían África y el límite de sus egos. Desembarcaron en Bagamoya, Tanzania, y se adentraron al oeste hacia Dodoma y Tabora. El viaje se convirtió en un infierno. Acribillados por los mosquitos y el calor intenso, enfermaron. Speke había perdido la vista y Burton apenas podía caminar. Llegaron a duras penas a Ujiji, una aldea que se asoma a un lago. Acababan de descubrir el lago Tanganica, pero aquellas no eran las fuentes del Nilo. En el viaje de vuelta, Burton empeoró y Speke recuperó la vista, un hecho decisivo en el devenir de la historia. Speke continuó el viaje por cuenta propia y viró hacia el norte. En unos días llegó al lago Victoria, en Mwanza, una extensión de agua tan grande que no se distinguía tierra al otro lado.

Fue Speke quien lo consiguió, el que rompió el maleficio viajero por antonomasia y despojó de misterio al Nilo. Se había consumado el conocimiento exacto del río más poderoso del Mediterráneo, desde Alejandría al corazón de África. Speke bordearía años después el lago Victoria junto a Grant, otro naturalista británico. Pero Burton no aceptó la victoria de su compañero de expedición e impugnó el descubrimiento. Los salones de té ingleses se llenaron de partidarios y detractores del viaje de Speke. Las sociedades y universidades inglesas debatieron durante años sobre la veracidad del viaje. En 1877, Henry Morton Stanley inclinó la balanza a favor de Speke, proclamando que había sido el verdadero descubridor del lago Victoria.

El Egipto encerrado en los museos

Pocos países como Egipto han sido tan expoliados. Sin embargo, en muchos de estos expolios se esconde el secreto de su supervivencia. ¿Qué hubiera sucedido con el busto de Nefertiti, actualmente en pleno centro de Berlín, si no lo hubiese adquirido el coleccionista James Simon?

¿Se hubiese descifrado el lenguaje jeroglífico sin la invasión napoleónica? ¿Sin las trampas administrativas de Carter, se hubiese desenterrado la Máscara de Tutankamón?

El Antiguo Egipto es una civilización que llena los museos de las principales ciudades del mundo. Desde el Vaticano hasta el Louvre, en Madrid, Turín y Londres, saltando el charco hasta Nueva York, el viajero puede contemplar una tablilla egipcia o una vasija con inscripciones del dios Amón. Durante los siglos de silencio Egipto sobrevivió en los demás países. Los papas se hicieron traer obeliscos para adornar las plazas más hermosas de Roma, como sucede en la plaza de San Pedro del Vaticano, en la plaza Navona o a las puertas del Panteón. Pero también están presentes en París. La huella egipcia marca la historia de los países europeos como testimonio de grandeza y desmesura del poder. No hubo monarca que en la cima de su gobierno no se sintiese un faraón egipcio. Incluso en el siglo XX, muchas ciudades como Madrid se ofrecieron a proteger el patrimonio que el Gobierno egipcio era incapaz de mantener, con la construcción de la presa de Asuán. Hablamos, claro, del templo de Debod, ya tan faraónico como chulapo.

El ansia de poseer la civilización egipcia llegó a tanto que en los bazares de Alejandría y El Cairo se vendían momias a bajo precio. No había viajero que no quisiese llevarse en su camino de vuelta a casa un ejemplar de sacerdote, burócrata, soldado o quién sabe si ministro de un faraón importante. Las estafas no tardaron en aparecer y en Londres desenterraron a muertos de los cementerios para momificarlos y hacerlos pasar por momias egipcias.

Visitar en nuestros días el Museo Egipcio de Turín, el Museo Arqueológico de Madrid, el Louvre o el Neues de Berlín es pasear durante unos instantes por Abidos, por la Tebas antigua, por las riberas de Amarna, antes de su destrucción. Son fragmentos del pasado que vuelven a la vida durante el tiempo en el que posamos la mirada en ellos, a través del vidrio. Lo egipcio atrae y se desvanece con la misma intensidad con la que nos llama. Las salas de los museos se llenan de momias y sarcófagos, de estatuillas de barro y los visitantes caminan alrededor sin apenas prestarles atención. Se pierden en las miradas como antes se perdieron en la inmensidad del desierto. Pero ahí están, resistiendo al tiempo, a las modas, al turismo de masas y a las guerras. Como *El escriba sentado* del Louvre, en medio de una sala sin demasiada afluencia de gente. Allí pasaba las tardes enteras, huyendo de los grupos, sentado en un banco, observando la fisionomía cetrina de su piel, los pechos ligeramente caídos, como un bañista mediterráneo de edad madura, en la posición del loto y dispuesto a escribir, con la mirada al frente, impertérrita. Junto a él yo me imaginaba visitando cada templo, sumergiéndome en las aguas del Nilo y apareciendo en la isla de Elefantina o en otra, de tantas que se esparcen por el río, en otro tiempo, justo en el momento en el que los sacerdotes del templo de Isis en Filé encendieron la última antorcha. Y viajando en los viajes de los demás. Comandando cada expedición hasta encontrar las fuentes del Nilo. Tal vez con un barco pequeño, desde Alejandría hasta el lago Tana, hasta el lago Victoria, sin más aspiraciones que no dejar de remar. Todo eso me imaginaba frente a *El escriba sentado* del Louvre. Hacer mío el país del Nilo. Visitarlo y conocerlo con la humildad de Heródoto, pero sin caer en la primera catarata.

Capítulo quinto

Mesopotamia y Oriente, polvo de estatuas

Layard descubre la biblioteca de Asurbanipal

La historia del mundo comienza con una biblioteca. Y probablemente, mientras estas existan, nuestro planeta merecerá ser habitado. En mis viajes siempre las he buscado, descubriendo la ciudad como un preámbulo de los libros que he leído. Cuando encuentro una biblioteca, no dudo en adentrarme en ella. Recorro sus salas en silencio, tanteo el lomo de los libros y abro al azar algunos. Intento toparme con autores conocidos, familiares, de esos que custodian la librería de mi casa y, como un arqueólogo, arrastro el dedo índice por las páginas, escritas en una lengua extraña, hasta adivinar un pasaje célebre. Es como hablar en susurros con el autor, un viejo amigo.

Me gusta imaginar cómo fueron las bibliotecas en la Antigüedad. No solo me refiero a Alejandría, cuya historia supo resucitar a la perfección Irene Vallejo en *El infinito en un junco*. En el mundo clásico hubo viajeros que se dedicaron a recorrer estos centros de saber en busca de manuscritos. Compradores de papiros que aspiraron a la tarea más difícil de todas: encerrar en una sala el saber humano. Una de mis frustraciones es no haberme dedicado a la arqueología, otra forma de leer, pero en la piedra antigua. Ningún lugar como Mesopotamia para entender que las bibliotecas, como los hombres y sus obras, también perecen. Más de veinte mil tablillas de barro, con historias, cuentas, cuentos y decretos sacerdotales arrasaron los babilonios en su conquista de Nínive. Aquella fue una de las primeras bibliotecas de la historia, la de Asurbanipal. Si un lector como yo siente cierto temor al prestar un libro y mira el vacío en su estantería con una punzada en el estómago hasta que es devuelto, qué tuvieron que pensar los custodios de la biblioteca de Asurbanipal cuando los soldados babilonios hicieron añicos todas tablillas, los antepasados de los libros.

Austen Henry Layard le devolvió la voz a la biblioteca del rey asirio. Tantas horas expuesto al sol intentando interpretar lenguas imposibles de aprender dieron sus frutos. Su intuición le obligó a detenerse en una pequeña colina a las afueras de Mosul. Antes de ir a Iraq leyó libros sobre Asiria y sus reyes barbados que aparecían en la Biblia como seres poderosos, mitad hombres, mitad demonios. Mesopotamia no era Egipto. Allí todo parecía más complicado. Un árabe gritó algo incomprensible. Con la punta metálica de su pala había tocado el extremo de un bloque de piedra. Tuvo la certeza de que su vida estaba a punto de cambiar. También de que aquel lugar iba a tener su segunda oportunidad sobre la tierra. Rescatar ciudades, descubrir abismos, devolverle la vida perdida a los hombres que compusieron la historia, esa era la noble tarea de Layard cuando llegó a Mosul.

La excavación duró varias temporadas. Primero encontraron unas vasijas de barro que contenían tablillas del mismo material. Se habían salvado del fuego y los saqueos. Analizó su contenido. La superficie plana estaba salpicada por pequeñas hendiduras en forma de cuña. Era

el idioma de los asirios. Estudió sus formas y leyó la historia que en ellas se contaba. Gilgamesh inicia un viaje hacia el país de los cedros (que puede ser el Líbano). Recorre toda la región de Mesopotamia y se enfrenta a un diluvio universal. Toda una epopeya cifrada en escritura cuneiforme, en las manos de Layard, un inglés de aspecto erudito. Un viaje milenario en la palma de la mano.

Durante semanas siguieron rescatando tablillas de barro. Layard supo muy pronto que acababa de descubrir la biblioteca del rey Asurbanipal, gobernador de Nínive en el siglo VII a. C. Una biblioteca es un testimonio dulce de las preferencias de los hombres. En vasijas de barro los asirios de un tiempo quisieron preservar su memoria, sus poemas épicos, las cuentas de sus negocios y los ritos de alabanza a sus dioses. Cayó Nínive. Fue destruida por los fuegos de los ejércitos invasores, pero su biblioteca permaneció oculta. La más antigua de todas las excavadas y rescatadas por la arqueología. Polvo de la tierra para conservar la memoria de un pueblo.

Donde la historia nunca descansa

Sin escritura no hay historia, y esto pretende ser un libro de viajes, sí, pero también de historia. Extiendo el mapa de Monti sobre la mesa. Lo miro e interrogo sus láminas coloridas. Le pregunto qué es Oriente, entre una geografía difusa por la que se cruzan ríos, montañas y desiertos. Acudo al latín como auxilio. Oriente proviene de la lengua madre, *oriens*, forma del participio del verbo *oriri*, cuyo significado es «aparecer» y, en última instancia, «nacer». El Oriente es el lugar donde se nace. ¿Quién? Evidentemente, el sol. Pero no solamente el astro rey, sino también la escritura y con ella la historia. Fue en Oriente donde el hombre dejó de viajar (qué paradoja en un libro de viajes) y se asentó en pequeños poblados junto a un río. Allí creció la primera civilización que convirtió el barro sobrante de su ribera en una casa o en una tablilla donde escribir sus pensamientos. Incluso en un arma.

Asumo que esta es una visión tremendamente occidental. O griega, que aporta más clase al asunto. Y yo siempre quise ser un griego antiguo. El descubrimiento del otro está detrás de esta cuestión. Los griegos miraban al cielo y definían el otro lado del Egeo, donde nacía el sol, como Asia. Pronto ellos mismos poblaron las tierras de la península de Anatolia, e incluso llegaron a la India, pero quedó en el imaginario occidental esa delimitación geográfica y cultural que ha dividido al mundo desde la guerra de Troya (el primer enfrentamiento entre los de aquí y los de allí, los de un lado y de otro) hasta la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán, hecho que acompaña la escritura de este capítulo.

No ha cambiado tanto el mundo en tres mil años. La herida geográfica despierta cada cierto tiempo en forma de conflicto bélico, como si el hombre no fuese capaz de dejar de repetir el gesto de Aquiles, arrastrando el cadáver de Héctor en las puertas de Troya, la primera ciudad oriental de todas, desde la que se ve Occidente. La conclusión es clara: Oriente es ese territorio que abarca desde el Levante del Mediterráneo hasta la frontera que marca el río Indo, entre Pakistán y la India.

Todo empezó, desde luego, en Mesopotamia, otra piedra en el camino. Para simplificar la historia, llamaremos Mesopotamia a un conjunto de pueblos y civilizaciones que nacieron en el Creciente Fértil, esto es, entre los ríos Tigris y Éufrates. Aquella zona es como una carretera un

tanto desmejorada, llena de baches y polvo, pero muy transitada, donde se forman atascos históricos. Allí aparecen los sumerios (los primeros en organizar burocráticamente un imperio), los acadios, los babilonios, los asirios, los hititas y los persas, siendo selectivos. Los pueblos se multiplican como genealogías bíblicas. Todos ellos adoraban a dioses diversos pero similares, construían enormes edificios que ganaban el cielo —recibieron el nombre de zigurats— y se perdieron para siempre bajo las arenas de los desiertos. Esos son los primeros pasos de este viaje y uno de los tres lados que componen este capítulo.

El segundo es más pequeño y mucho más complejo, aunque pueda parecer imposible. Se trata de Tierra Santa, a la que dedico un espacio importante por ser el destino del peregrinaje que tres religiones emprenden hacia un mismo Dios. El lugar donde Cristo sufrió la Pasión ha resultado trascendental, el viaje de millones de cristianos a lo largo de la historia. Como los musulmanes, que acuden a la mezquita de la Cúpula de la Roca, donde Abraham estuvo a punto de degollar a su hijo Isaac y Mahoma ascendió a los cielos.

El tercer lado del triángulo es la Sublime Puerta, el punto de entrada a Oriente para los europeos, Bizancio para los eruditos, Constantinopla para los nostálgicos y Estambul para los complacientes. La ciudad más europea de Asia y la más asiática de Europa, un trasiego de viajeros y de espías que ha escrito parte de la historia del mundo, tendiendo puentes entre las dos orillas, pero también, las más de las veces, llevando las espadas como pasaporte.

Esto es Oriente y este es un viaje de palabras, las de aquellos viajeros que dirigieron sus pasos hacia ese lugar del mundo, y también los anhelos de muchos otros que lo imaginaron, al borde de un sendero, en otro tiempo. Desplazarse a Oriente también supone un reto: el de construir caminos hacia otras épocas, porque su historia nunca descansa.

El pastor Sheikh Ibrahim descubre Petra

Sheikh Ibrahim ya había recorrido muchos caminos bajo el sol cuando se aproximó a Wadi Musa. Llevaba unos cuantos años afincado entre Alepo y Damasco. Según había escuchado, muy cerca de allí se encontraba la tumba de Harún, la voz a la que Musa había confiado las negociaciones con el faraón de Egipto para liberar a su pueblo del cautiverio, según el Corán. Sheikh Ibrahim cargaba con una cabra sobre los hombros y llevaba un turbante que lo protegía del calor. Se cruzó con varias caravanas por el camino que sospecharon de él. Tras llegar a Wadi Musa, apenas un pueblo olvidado, el peregrino se desvió de su ruta y eligió otro camino sin ser visto. Allí encontró Petra, la antigua capital de los nabateos.

Ibrahim Ibn Abdallah no era árabe. Tenía los ojos claros y había nacido en Suiza. No se trataba de un peregrino musulmán que anhelase sacrificar un cordero frente a la tumba del Aarón bíblico, sino de uno de los viajeros más hábiles de los que tenemos testimonio. Ese que él mismo escribió. Johann Ludwig Burckhardt fue el primer occidental en ver las ruinas de Petra y dar noticia al mundo de su hallazgo. Su periplo hasta encontrar la piedra tostada del Tesoro de Jazné duró casi treinta días. Descubrió un territorio plagado de ruinas romanas y griegas, hechizadas por el olvido. Una vez dentro de las gargantas del valle, la belleza se abrió paso entre la tierra y vio la fachada de doce metros que había mandado construir el rey Aretas III en el siglo I a. C.

Contempló las seis columnas de inspiración corintia, el frontón elevado sobre ellas y el segundo nivel con tres franjas verticales, donde se reproduce en piedra a Cástor y Pólux como guardianes del tesoro. Aquello probaba la grandeza de la Antigüedad clásica, hasta qué punto Grecia y Roma (el helenismo, en este caso) habían entrado en el desierto, en un lugar alejado de todo rastro de civilización.

El descubrimiento de Burckhardt despertó la curiosidad de los viajeros, que eligieron esa parte de Oriente como destino, a pocos kilómetros de Tierra Santa. Pero el camino del aventurero suizo fue largo. El sueño de su vida no estaba en el Levante, sino en las fuentes del río Níger. Ingresó en Cambridge siendo aún adolescente para estudiar la lengua árabe y formar parte de una expedición inglesa, cancelada por problemas logísticos. Entonces, Burckhardt se mudó a Alepo, se vistió a la manera otomana y adoptó el nombre de Ibrahim Ibn Abdallah. En unos pocos años, las caravanas de comerciantes rumoreaban sobre un viajero árabe de mirada inquieta. Su mimetismo fue tal que incluso logró visitar La Meca, territorio prohibido para todo aquel que no sea musulmán.

Tras Petra, siguió su camino hacia Egipto. En ruta visitó el templo de Debod, bien conocido en España por encontrarse actualmente en el centro de Madrid, desnudo ante el frío mesetario y la lluvia, cuando no la nieve. Burckhardt murió con treinta y tres años pero sus viajes ayudaron a expandir el conocimiento que Occidente tuvo de Oriente. Ese pasado a veces olvidado y que demuestra que Roma también posó sus ojos en esa parte del mundo. Tras Burckhardt, Petra se convirtió en un destino concurrido. En su *Vida y viajes de John Lewis Burckhardt*, dio pistas sobre la localización del lugar, una descripción más certera que los mapas del momento. Viajero, espía o fiel visitante, su nombre estará ligado siempre al de Petra, la ciudad nacida en el desierto conocida solamente por los pastores de cabras cuando una de ellas, despistada, se extraviaba de la ruta.

Santa Helena
y un sepulcro vacío

Siempre la he imaginado así: una calle estrecha que se eleva y se retuerce conforme asciende hacia un monte; la colina, fuera de las murallas de la ciudad vieja (ya vieja por aquel entonces, ancestral), rodeada de olivos que se estremecen con la llegada de la noche; fragmentos de un madero multiplicado, una sábana mortuoria con las huellas sanguíneas de un hombre, los clavos aún goteantes (a pesar de los siglos), una esponja con vinagre; una tumba vacía; una piedra sobre el mundo. Es Jerusalén en un siglo de cambios.

Todo eso anhelaban encontrar los peregrinos que desde todas las partes de la geografía acudían a su encuentro. Buscaban los últimos pasos de Cristo, el mesías que había llegado a la tierra para redimir a la humanidad. Seguían con devoción el escenario de una pasión estremecedora, al calor del desierto cercano y con los ojos llenos de lágrimas por una fe recibida en rincones soleados.

Pero la Jerusalén de los peregrinos no era la misma que la de los tiempos en los que Jesús murió crucificado. Por lo pronto, antes de que el cristianismo triunfase y se convirtiese en la religión oficial del Imperio romano, la ciudad había sufrido varias catástrofes: la más letal de ellas fue provocada por el levantamiento judío en el año 66. Cuatro años después, las legiones

romanas mandadas por Tito asolaron el Templo de Salomón y desfiguraron su urbanismo caótico. Roma quiso romanizar Jerusalén y acabó siendo cristianizada. Quien se acerque a los Foros Imperiales en la capital italiana observará en un relieve interior del Arco de Tito a un grupo de romanos portando la menorá, el candelabro de siete brazos expoliado junto a otras reliquias de la cultura judía. Una escena de resonancias históricas y con la que concluye *El último de los injustos*, un sobrecogedor documental de Claude Lanzmann sobre el Holocausto que vi en un cine de barrio parisino y que me ayudó a conectar la historia de los últimos dos mil años en apenas unas escenas.

Me quedé en ese momento en el que Jerusalén vuelve a ser atractiva para cientos de viajeros. Constantino ha reconocido que el cristianismo no es una secta maligna y ha permitido su culto gracias al Edicto de Milán en el 313. Eso significó que los cristianos dejasen de ser perseguidos por el Estado y que pudiesen expresar libremente su fe. Pronto el Mediterráneo se convirtió en un cruce de caminos que buscaba la palabra de Dios. Pero para mirar al futuro, el cristianismo tenía que buscar sus orígenes. Y estos no estaban en Roma.

Santa Helena lo sabía, devota de esta nueva religión. Tanto que se había esmerado en hacer ver a su hijo, Constantino, que la palabra de Cristo debía prevalecer. Le mostró el signo de la cruz antes de la batalla de Ponte Milvio contra Majencio (porque la religión cristiana también necesitaba su mitología oficial, al igual que Troya y los gemelos amamantados por una loba) y los vientos cambiaron a favor de los cristianos. Fue santa Helena la que, leyendo los textos sagrados que el Concilio de Nicea había formalizado años antes, viajó hasta Tierra Santa para cerciorarse de que aquella historia de Jesús había sido cierta. Y lo hizo con una fuerza irreductible, a pesar de haber cumplido los setenta años. En Jerusalén, Helena quiso descubrir el lugar exacto de la tumba de Jesús. Mandó destruir un templo dedicado a Venus y descubrió que bajo el amor se extendía el reinado de la muerte. Era el Santo Sepulcro, no había duda. Junto a él, la considerada madre de la arqueología encontró tres cruces (una de ellas la de Cristo), la esponja con la que los romanos habían empapado la sed del condenado con vinagre y el *titulus crucis*. Por último, mandó edificar la primera basílica del Santo Sepulcro (la primera de tantas de las que se compone en la actualidad, unas dentro de otras como una matrioska).

El Mundo Antiguo empezó con una Helena y con otra los dioses de la Antigüedad se ocultaron tras la figura de Cristo. La madre de Constantino puso Jerusalén en el mapa de los viajeros. Estos recorrerían miles de kilómetros, por mar y tierra, para encontrar consuelo en una fe nueva. Tras Helena, había nacido un nuevo concepto de viaje que sumergía sus raíces en la devoción: el peregrinaje cristiano. La vida de Jesús de Nazaret se había convertido en una estela de lugares dignos de visitar. Todos adquirieron el nombre de Tierra Santa, por la que tantos hombres y mujeres lo dejaron todo.

Egeria busca una estatua de sal

Egeria es un milagro del Mundo Antiguo. Y sin embargo, como esas estirpes macondianas, espera a hacer su aparición casi en el instante final, cuando ya Roma estaba dejando de serlo. Conocí su historia en un concierto. Se celebró en el Carmen de los Mártires de Granada. Llevados a la viola de gamba, el músico interpretaba los viajes de Egeria a través de la música.

Posteriormente, un profesor explicó con detalle quién fue y qué hizo esta mujer maravillosa.

La chispa de la peregrinación a Tierra Santa había prendido entre los creyentes. Los lugares visitados no se limitaban a Jerusalén. Los peregrinos acudían también a Belén, a los emplazamientos donde Jesús había conocido a sus discípulos, como Cafarnaúm, en el mar de Galilea, Nazaret, y otros espacios bíblicos como el monte Sinaí, donde Moisés recibió los Diez Mandamientos. Allí se había fundado, para alivio del peregrino, el monasterio de Santa Catalina. También se visitaban los llamados «martyria», lugares donde los discípulos de Jesús o los santos habían recibido castigo y muerte a causa de su fe.

Estas peregrinaciones, que llegaron a ser moda en el Imperio, sorprenden por la cantidad de mujeres que participaron en ellas. Se han conservado algunos nombres: Marthana, Marana Cira, María de Amida, Melania, una romana patricia que llegó a fundar un monasterio en el monte de los Olivos, y Paula, seguidora de san Jerónimo, que fundó un hospital de peregrinos en Jerusalén.

Pero la historia que más me fascina es la de Egeria, una monja del siglo IV nacida en Hispania (en la provincia romana de la Gallaecia). Egeria dejó los muros de su convento para peregrinar a Tierra Santa. Su legado se perdió en el tiempo hasta que en el siglo XIX se rescató entre los tomos malgastados de una biblioteca de Arezzo. El manuscrito recuperado no llevaba firma y se supuso que su autoría se debía a un varón. Pero pronto comprobaron los lectores que quien hablaba era una mujer. El nombre de Silvia de Aquitania se elucubró como posible autora del viaje, hasta que hace unas décadas, gracias a una carta, se probó que Egeria era la responsable de uno de los libros de viajes más asombrosos que jamás se han escrito.

Egeria cuenta, con una prosa llena de ilusión, un viaje de fe no exento de racionalidad. Tomando la vía Domitia, la monja atraviesa la península itálica, se embarca rumbo a Constantinopla y completa a pie la península de Anatolia hasta Palestina. Lleva una biblia en la mano y lee la geografía en las páginas de los Evangelios. Y encuentra un mundo mitológico en el interior de las murallas de Jerusalén, se embarca en excursiones a los alrededores, visita Belén, Nazaret, Cafarnaúm, cruza las fronteras de Palestina y se adentra en Egipto (el monte Sinaí y quién sabe si Alejandría) hasta Mesopotamia. El manuscrito que nos ha llegado está incompleto y su itinerario solamente puede ser reconstruido mediante especulaciones.

Su visión del viaje está llena de inteligencia, como demuestra su desencanto en el monte Nebo, cuando busca la estatua de sal en la que se convirtió la mujer de Lot a causa de la ira de Dios en los días de Sodoma y Gomorra. Contempla cada una de las piedras en el ardiente desierto y se da cuenta de que la historia no es más que una fábula.

El *Itinerarium* de Egeria supone la culminación de un género de viajes que se extendió por todo el Imperio, unas vivencias que mezclan la fe, la sed de conocimiento y la expectación del viajero ante lo desconocido. Surgió en un tiempo concreto en el que el cristianismo estaba saliendo de la oscuridad de las catacumbas, oficializándose en la jerarquía romana, en un momento en que en el Mediterráneo disfrutaba de una paz que no duraría mucho. En efecto, los *itinerata* contaban la resurrección de una religión que se había mantenido en las sombras y que ahora dominaba el mundo conocido. Las peregrinaciones a Tierra Santa continuaron su flujo populoso, incluso en los siglos que siguieron a la toma de Jerusalén por parte del Califato Ortodoxo en el 637, poniendo sobre el tablero de juego una religión más, multiplicando las piedras sagradas en las mismas calles estrechas. Pero la paz (o la coexistencia, mejor dicho) no iba a ser eterna en la ciudad que promulgaba la vida eterna. El equilibrio se rompió precisamente

cuando los cristianos del Occidente prometieron defender las caravanas de peregrinos hostigadas por los bandidos árabes. Habían empezado las Cruzadas. El cristianismo decidió que era el momento de recuperar la tierra que santa Helena había iluminado con sus viajes.

Federico Barbarroja coge la espada,
Ramón Llull toma la palabra

Hay algo en las Cruzadas que me atrae. No es solamente el momento histórico, la complejidad de los actos y el desenlace. No. Me refiero al viaje en sí. He hecho muchas veces el ejercicio exótico de ponerme en la piel de un segundón, hijo menor de un noble francés. Los caminos que me hubiese deparado la vida hubiesen sido dos: o el monasterio o recuperar Jerusalén. Dejando a un lado la crueldad, las matanzas y toda esa sangre que compone la historia, como en el poema de Ángel González, un cruzado experimentaba un hecho insólito en la época: recorrer medio mundo para encontrar al otro lado Tierra Santa. En unos siglos en los que los hombres nacían y morían sin haber atravesado el bosque más cercano, las Cruzadas supusieron también un viaje apasionante.

Las Cruzadas simbolizan una ruptura insalvable en las difíciles relaciones entre Occidente y Oriente. Más de dos mil años después, una armada surcaba el Mediterráneo para conquistar una ciudad cercana al mar, por el lado por donde se levanta el sol. En esta ocasión, la ciudadela, que también disponía de grandes murallas, no adoraba al dios Apolo, sino a un único Dios llamado de tres formas diferentes. El intento de invasión cristiana respondía a la llamada de auxilio del emperador bizantino, Alejo I, para defender a los cristianos que estaban siendo agredidos en Palestina. Era el momento de liberar el lugar donde Cristo había vivido y muerto, por eso el papa Urbano II invitó a la cristiandad a tomar Tierra Santa.

A las Cruzadas se alistaron campesinos y nobles. Federico Barbarroja, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, participó en la Tercera Cruzada a los mandos de un ejército numeroso. Atravesó los Balcanes a pie, saludó las murallas de Constantinopla y se adentró en la península de Anatolia. No pudo cumplir su objetivo piadoso (y guerrero) de llegar a Jerusalén porque murió ahogado en el río Göksu, a las puertas del Líbano. Su viaje demuestra lo riguroso del camino, la fatalidad de unos tiempos en los que nadie estaba a salvo viajando a Tierra Santa. También otros reyes, como Ricardo Corazón de León (en esta misma Tercera Cruzada), Federico II Hohenstaufen (en la Sexta Cruzada) o San Luis de Francia (en la Séptima), emprendieron viaje hacia Palestina.

Pero no solamente la sangre real se movilizó. Ejemplos como el de Ramón Llull son clarividentes para demostrar hasta qué punto la cristiandad estaba imbuida de la idea de recuperar los santos lugares. Probablemente Llull fue uno de los hombres más inteligentes de su tiempo. Su vastísima cultura, aprendida en sus múltiples viajes por el Mediterráneo, le inspiró una cruzada personal por África y Tierra Santa. Una cruzada que dejaba a un lado las armas y empleaba la palabra como forma de vencer a sus rivales. El debate lo llevó Llull hasta las sinagogas y las mezquitas, en Jerusalén y en Túnez, donde en más de una ocasión fue apedreado hasta que, en una de esas refriegas, perdió la vida.

Las Cruzadas son una cuestión compleja dentro de la historiografía, un enfrentamiento brutal

entre dos maneras de entender el mundo que todavía hoy nos sacude con trágicas consecuencias, según las conclusiones de Amin Maalouf en *Las Cruzadas vistas por los árabes*, un libro imprescindible para entender la contienda desde el otro punto vista del Mediterráneo. Para el autor libanés, los árabes no lograron superar el conflicto. A pesar de su victoria, un poso de sospecha se quedó grabado en sus ciudades. Todo lo que venía de Europa resultaba peligroso. La desconfianza de Oriente con respecto a Occidente no ha hecho más que incrementarse con el devenir de los siglos.

Más allá de la guerra, el asalto de Occidente a Oriente significó también una nueva generación de viajeros y la separación definitiva entre ambos mundos, a la vista irreconciliables. Una visión que Occidente ha estereotipado y que en cada siglo suma nuevos mitos y leyendas. Tal vez es el momento de acercarnos a la versión musulmana de aquel territorio inmenso que empieza con las huellas de Mahoma y que se pierde en el desierto hasta la salida del sol.

Ibn Battuta camina hacia Damasco

El islam es una religión a la que se le quedó pequeño el desierto. A partir de la hégira, la huida de Mahoma de La Meca a Medina, no paró de crecer. Las tribus nómadas pronto contaron con un territorio extenso en el que constituir su califato. Fue una religión nacida en Oriente pero que pronto se expandió hacia otras regiones. La península ibérica, tierra de finales de caminos, significó una sublimación de la cultura que produjo las cotas más altas de las artes islámicas. Córdoba poco tenía que envidiarle a Damasco. El viajero que visitase Granada bajo los Abencerrajes olvidaría tranquilamente las noches de Bagdad. Pero en Oriente estaba la cuna, los primeros pasos, la voz hallada de Mahoma. Y hacia allí se dirigían los pasos de los creyentes. Muchas veces, perdido en el encanto morisco de Granada, me imaginaba estar caminando por otras ciudades de Oriente. Veía en la Alcaicería, con sus calles estrechas llenas de puestos, un trasunto de Damasco. O las hiedras que escalan las paredes en el Realejo como la Bagdad leída en *Las mil y una noches.* Granada es la más oriental de todas las ciudades europeas y en sus rincones los ocho siglos de dominación árabe flotan, como las flores en los estanques.

En aquellos tiempos, los ojos de todo el mundo islámico miraban hacia La Meca. Y en el camino quedaba Oriente. El testimonio de los viajeros musulmanes se convirtió en un género literario exitoso llamado «rihla». Una de las obras maestras de los viajes se la debemos a Ibn Battuta, a quien vimos pasear por El Cairo en otras paradas de este viaje. Desde Tánger hasta China, los pasos de Ibn Battuta iluminaron a millones de hombres hacia el conocimiento, a través de una religión que se apoderaba del alma, que permitía al creyente avanzar hacia lo desconocido, al encuentro con el otro. Una fe propia de un viajero sin prejuicios, muy por encima de cualquier tipo de creencia.

Ahora me interesa acercarme a los días de Ibn Battuta en Oriente. Unas revueltas locales le impiden el paso a Arabia. El viajero tangerino se adentra en Jerusalén, una ciudad que lleva dos siglos rechazando a los ejércitos famélicos que llegan de Europa. Visita Damasco, la primera piedra del arte musulmán, el que se exportó a las pequeñas mezquitas de su Tánger natal, todas similares a la Gran Mezquita de los Omeya, con su sugerente patio, la pila de las abluciones y la tumba de Saladino y san Juan Bautista.

Tras cumplir como musulmán en La Meca, viaja a Iraq y Persia. Se detiene en Samarra, donde aprecia los minaretes circulares y esquiva la cita con la muerte, como en la fábula oriental. En Mosul y Bagdad descubre otra forma de representar el arte islámico y se pierde en las llanuras persas hasta llegar al Kurdistán. Sus pasos son un incesante ir y venir de ciudades e imperios, del oeste al este, con una necesidad abrumadora de recorrer kilómetros. Su diario nos sitúa en Anatolia, en las estepas rusas, luego desciende hacia el sur, por Samarcanda, la ciudad azulada, y de ahí a la India hasta China. Su recorrido fue el éxito de una mente despierta, y los astros se alinearon en su viaje de retorno a casa.

Cada vez que visito Tánger me siento obligado a subir a lo más alto de la casba. Tánger es una ciudad que vivió mejores momentos pero que lucha por no perder ese aire de cosmopolitismo que alguna vez tuvo en los años sesenta del siglo XX. A pesar del aspecto abandonado de muchas de sus calles, la urbe de los dos mares logra descubrirme en cada ocasión nuevos motivos para quedarme una larga temporada: las vistas al café Haffa, las tumbas púnicas azotadas por los vientos de Tarifa, el Cinema Rif en la plaza del 9 de Abril y una casa abandonada en el punto más alto de la ciudadela. En su interior, protegida solamente por una verja, siempre hay una vela encendida y algunos tiques de ferri que los viajeros dejan como homenaje. Es la tumba de Ibn Battuta, ajada por el olvido institucional, pero visitada por el caminante, que guardará silencio para homenajear a uno de los mayores viajeros que ha dado el mundo. Es mi peregrinación particular a este santuario religioso de los viajeros.

Clavijo observa el cielo en una cúpula

Parecía que el cielo se había pegado a la cúpula. Era de un azul turquesa, brillante como el de las escamas de los peces. Los siervos abanicaban de cerca al viajero ante el temor de que perdiese las fuerzas. Esperaba la entrada del Gran Tamerlán, aquel hombre por el que había recorrido miles de kilómetros a pie, atravesando países en guerra y lugares desolados. Había merecido la pena llegar hasta esa mezquita. El centro del mundo en mitad de un desierto. ¿Cómo una ciudad tan hermosa había sido construida en un sitio tan inhóspito? ¿Acaso la belleza merece ser arrinconada en una geografía tan abrupta? Samarcanda recibía los dones del dios árabe. La suya era una arquitectura sinuosa, plagada de curvas esbeltas. Un mundo acuático figurado en las cubiertas de los edificios. En Samarcanda, pensó Clavijo, al cielo se accedía a través de la mirada.

La expedición de Clavijo se circunscribe dentro de las relaciones diplomáticas existentes entre dos reinos lejanos. El viajero castellano fue mandado por Enrique III hacia la corte del Gran Tamerlán. El objetivo era defenderse de los turcos, quienes ya habían sido vencidos en Ankara por ese rey desconocido al que algunos llamaban mongol, y otros, tártaro. El viaje de Clavijo partió desde El Puerto de Santa María y costeando llegó hasta Constantinopla. De allí, siguió el recorrido tradicional hacia Oriente, virando al norte a la altura de Teherán y entrando en un territorio poco conocido en las cortes europeas. Se trataba de las estepas del Turquestán, avanzando en el interior del Hindú Kush, hasta la ciudad azul que tantas veces había leído en las crónicas.

Clavijo pudo contemplar las cúpulas de cristal turquesa sobre las mezquitas, su iwan majestuoso construido con la piel del mar, tan lejano, y el mausoleo que debía conservar los restos del Tarmelán, al que no le quedaba mucho de vida. También visitó las madrasas, donde los niños de aspecto achinado aprendían los preceptos del Corán. En ellas, Clavijo se dio cuenta de hasta qué punto se había extendido la religión islámica en el mundo, tan cercana en su día a día, siendo él vecino del Reino Nazarí de Granada. Todo lo relató el viajero en su crónica, titulada *Embajada a Tamerlán*, una lectura amena y alejada de la fantasía presente en Marco Polo.

A la vuelta pasó por Constantinopla. Era el año 1406 y el mundo estaba a punto de cambiar. Las tropas otomanas se apostaban cada vez más cerca de las murallas de la ciudad inexpugnable, la que se había salvado durante tantos siglos de las conquistas. Clavijo visitó la capital del Imperio bizantino cuando ya estaba moribunda. Su tiempo en la historia ya se había cumplido. Ahora, otra religión debía convertir sus calles en el símbolo de un nuevo imperio que amenazaba con conquistar Europa. A su vuelta a Castilla, Enrique III había muerto, y los esfuerzos de su viaje resultaron inútiles. Unas décadas después, caería también Constantinopla, como atestiguó un médico y viajero veneciano llamado Niccolò Barbaro. Él vio cómo la ciudad dorada se convertía en la Puerta de Oriente.

Bizancio, Constantinopla, Estambul…

Bizancio, Constantinopla y Estambul son realidades distintas bajo una misma tela urbana. Hasta el momento, a los viajeros que habían paseado por sus calles los cubría la sombra de la cruz, una ciudad que simbolizaba la punta de lanza del cristianismo, esa segunda Roma que había resistido las invasiones bárbaras. En sus calles se agolpaban santos y mendigos, cruzados en busca de fortuna, comerciantes heridos por la belleza de las sedas y pescadores poco dispuestos a faenar en alta mar por miedo a no volver a verla nunca. Pero en Constantinopla la herida entre Oriente y Occidente volvió a sangrar. No es casualidad que Troya, con milenios de distancia, se encuentre a trescientos kilómetros. Disputada por todos los imperios y credos, los árabes intentaron conquistarla desde el siglo VII. Entonces, el fuego griego impidió a sus barcos tocar tierra.

Pero en 1453 la historia paró su reloj. Giovanni Longo no pudo resistir el asalto del ejército turco y la ciudad cayó para conmoción del mundo cristiano. La caída de Constantinopla fue narrada por Niccolò Barbaro, quien acusa a Longo de huir en mitad de la batalla y abrir las puertas al enemigo. Su testimonio marca el fin de una estirpe de viajeros que conocieron la Constantinopla cristiana, la de los iconos y las velas, la de los popes barbados y las carreras de caballos en el hipódromo. La Constantinopla musulmana se mantendrá oculta para muchos viajeros occidentales que, entre el miedo y el misticismo, descubrirán la grandeza de una ciudad poderosamente bella, enemiga por genética bélica, pero no por mandato de los sentidos.

Uno de los primeros viajeros en visitarla tras la caída y conversión al islam fue León el Africano, un hombre que siempre dispuso de una doble vertiente identitaria, musulmán en tierras cristianas, cristiano en tierras musulmanas, y que sintetiza a la perfección lo que es el Mediterráneo. Pero no hubo tanto tránsito de viajeros europeos, que solían ser tomados como espías cuando se adentraban en los Balcanes, en una época, los siglos XVI y XVII, en la que el Imperio otomano amenazaba con arrasar Viena.

El siglo XVIII supuso cierto descubrimiento de Occidente con respecto a Constantinopla. Lo hizo de forma paulatina y con viajeros selectos. El caso más llamativo es el de Mary Montagu, en cuya correspondencia, *Cartas desde Estambul*, narra su vida de aristócrata británica en las calles de la capital otomana. El suyo es un relato sugerente, un conocimiento progresivo que se llena de sorpresa. Estambul se va transformando en una ciudad extraordinaria, llena de secretos por descubrir. Mary Montagu, velada hasta los ojos, visita los hammanes, el gran zoco donde se vende hasta la puesta del sol, el Palacio de Topkapi (con los dientes y pelos de barba de Mahoma) y los mosaicos de la mezquita de Santa Sofía, los últimos vestigios cristianos en la ciudad, imborrables, aunque los nuevos tiempos se empeñen en contradecir el mandato de la tolerancia. Lady Montagu incluso se cuela en el harén del sultán y contempla los juegos de seducción del hombre más importante de la ciudad.

El viaje de Mary Montagu corrió como la pólvora por toda Europa en forma de libro. Su experiencia ayudó a normalizar una ruta viajera que se había detenido hacía dos siglos pero que volvería a recobrar su fuerza. Porque el viajero siempre ha considerado Estambul como una ciudad bisagra, una urbe de final de camino pero también de inicio. Europa y Asia dándose la mano.

A partir del siglo XIX, la lista de viajeros es tan numerosa que la historia parece olvidar que la ciudad un día dividió el mundo en dos. Sin duda, el ferrocarril cumplió un papel primordial en el acercamiento de Estambul a Europa, con la línea de pasajeros Orient-Express, que unía Londres-París con Estambul en unos cuantos días. Un recorrido lleno de aventuras por el que la aristocracia pagaba importantes sumas de dinero para contemplar el amanecer rayando la cúpula de Santa Sofía, como bien atestigua Mauricio Wiesenthal en su *Orient-Express*.

El tren histórico significó en sí mismo un viaje. Los testimonios que nos han llegado hablan de noches a la intemperie, de bandoleros búlgaros que robaban el equipaje de los lores ingleses, de partisanos yugoslavos que se colaban por la cocina y niños turcos que se escondían en las maletas de las señoras. Todo viajero se montaba en un vagón del Orient-Express con la esperanza de encontrar a Hércules Poirot tomando notas, a Graham Green leyendo el periódico, o anhelaban cenar con miembros de la realeza griega, infantes y damas despechados que buscaban un trono donde sentarse.

Las múltiples lecturas de la ciudad forman un mosaico en donde elegir la época que visitar. Estambul es una de esas urbes selectas para contemplar la superposición de la historia en cada baldosa de empedrado. De todas las capas que la forman, tal vez me quedaría con la última, esa que te recibe en la estación del tren, llegando al Bósforo en un vagón del Orient-Express. No es una elección fácil, pero sí cómoda. La última Estambul es siempre la que engloba a todas, la que parece estar siempre al borde de la catástrofe. Solo en el atardecer vuelve a serenarse. El momento en el que el tren accede de nuevo a la estación central, como una estampa de otros tiempos.

Bizancio, Constantinopla o Estambul, griega o turca, europea o asiática, occidental u oriental, la ciudad de las cruces y las medias lunas, donde el mar Mediterráneo acaba y empieza, donde los viajeros llegan o se van, siempre será, se llame como se llame, la puerta de Oriente, la entrada de Occidente, la ciudad de las gaviotas sobrevolando un cielo naranja, la que necesita viajeros para extender su fama, acogedora, numerosa, marítima. El mundo en dos calles opuestas.

El té de Damasco del príncipe Alí Bey

El príncipe sirio Alí Bey el Abasí había nacido en Londres, pero juraba ser descendiente directo de los últimos abasíes asesinados en la invasión mongola que asedió Bagdad en 1258. Habían pasado más de quinientos años, una cifra demasiado inexacta para que su historia resultase creíble. Alí Bey mostraba orgulloso, ante las dudas, su miembro circuncidado, a la manera árabe. Nadie podía dudar entonces de su fe, aunque quedasen sospechas de su sangre real. Durante toda su vida viajó por Oriente. Primero se introdujo en el Magreb, un recorrido obligatorio antes de culminar su peregrinación a La Meca, pasando por Egipto y desviándose hacia la cueva donde san Juan tuvo las visiones del Apocalipsis, en la isla de Patmos.

Cumplidos los deberes religiosos, el viaje de Alí Bey por «la tierra de sus ancestros» le condujo hacia Jerusalén, donde contempló la mezquita de la Cúpula de la Roca, y Belén, el lugar donde había nacido el profeta Isa, según el Corán. Atravesó el desierto y se dirigió hacia Siria, la Damasco que habían conocido sus antepasados y la Bagdad que había puesto fin al califato más poderoso que jamás hubiese existido. Corría el año 1805 y Alí Bey había frecuentado las mezquitas, las madrasas y los centros de poder musulmán, pero una taza de té a media tarde en el bazar de Damasco lo condenó. El príncipe destronado de la dinastía Abasí murió envenenado, entre gritos de dolor y ruegos de auxilio. Pero las palabras que salían de su boca en el fatal momento, para sorpresa de todos, no fueron pronunciadas en lengua árabe.

Y no habló en árabe en la muerte porque Alí Bey se llamaba, en realidad, Domingo Badía, y había nacido en Barcelona. No había nada de sangre moruna en sus venas, pero sí mucha intriga y perspicacia. Badía había trabajado al servicio de Godoy durante los años anteriores a la invasión napoleónica como espía en Marruecos y en Egipto, ante la posibilidad (la ensoñación) del ministro de Carlos IV de invadir el país magrebí. Sus expediciones secretas lo llevaron a conocer perfectamente el terreno, el idioma árabe y a disponer de una sabiduría mimética tan abrumadora que incluso pasó desapercibido cuando visitó La Meca.

Tras la caída en desgracia de Godoy, se puso al servicio de Napoleón, y encontró la muerte en Damasco, al ser identificado por un oficial inglés. La vida de Domingo Badía sintetiza a la perfección lo que significó Oriente para Europa durante buena parte de la Edad Moderna: un lugar exótico plagado de intriga donde los imperios podían sacar tajada. *Viajes de Alí Bey* es una crónica excepcional, una mirada híbrida de un español que por fuerza mayor se hace pasar por árabe, donde se confrontan dos estilos de vida, dos maneras de entender el mundo.

Como pequeñas insinuaciones escritas, mezclando el encanto y la dureza de la travesía, los testimonios de los viajeros sobre Oriente no cesaron de llegar a las bibliotecas de toda Europa. El viejo continente estaba preparado para conocer un territorio mucho más antiguo que sus palacios y cortes. El siglo XIX descubrirá definitivamente Oriente, con viajeros dispuestos a profundizar en territorios nunca antes vistos. Las circunstancias históricas lo permitieron. Oriente iba a convertirse en una colonia maltratada por los intereses franceses e ingleses. Un río revuelto donde nunca faltaban pescadores.

Burton y *Las mil y una noches*

Richard Burton llevaba varios meses en Damasco. Le gustaba sentarse en la puerta del Zoco de Al-Hamidiyah, ante las ruinas del templo de Júpiter. Los viejos, los ciegos, los inválidos, aquellos que no podían ganarse la vida más que pidiendo limosnas, guardaban turno en una arcada del zoco y se ponían a contar historias. Fue precisamente esa espontaneidad lo que llamó la atención del viajero inglés, mimetizado en el mundo árabe hasta tal punto que había conseguido entrar en La Meca haciéndose pasar por un peregrino.

A Burton me he referido ya, pero su biografía viajera es tan dilatada que no me resisto a abandonarlo. El Burton de esta etapa está sentado en un banquito y cae la tarde en Damasco. Ya ha recorrido medio mundo y eso le ha hecho observar con más destreza lo que le rodea. El ciego apostado en el zoco cuenta una historia que él cree haber escuchado antes. ¿En dónde? Intenta hacer memoria de sus días en Bombay. Tal vez no fuera allí, sino en El Cairo. En la ciudad del Nilo también había muchos enfermos que acostumbraban a recitar fábulas. Ahora sabe, con absoluta certeza, que la historia que relata el ciego del zoco de Damasco ya la ha escuchado de otros labios, en otro país extranjero. Y como esa, multitud de relatos que amenizan las noches de los noctámbulos, de los niños que tienen miedo a la oscuridad o de las mujeres que pasan las tardes haciendo con esparto alpargatas para los caminantes del desierto.

Burton es consciente de que esos cuentos que ha escuchado desde Calcuta a Alejandría comparten un hilo común, que durante milenios han estado moviéndose de un lugar a otro, entrando en las murallas de las ciudades y acompañando a los ejércitos, a los refugiados y las caravanas de comerciantes. Sabe que ya han sido recogidos previamente en un manuscrito antiguo y los traduce. Se trata de *Las mil y una noches*, una de las cimas de la literatura árabe. En ella se expresa la necesidad del ser humano por contar historias, por inventarlas, desde Esopo, en la Grecia clásica, pasando por los *confabulatores nocturni* que en Persia entretenían el insomnio de Alejandro Magno, hasta la fiebre de los sultanes de Bagdad por inventar genios y lámparas maravillosas.

La traducción de Burton no fue la primera en llegar a Europa (Antoine Galland tradujo la obra al francés en la segunda década del siglo XVIII), pero su éxito no tiene discusión. El viejo continente descubría que sus literaturas hundían sus raíces en relatos árabes mucho más antiguos. Que había historias en *El conde de Lucanor*, *Calila e Dimna*, *Le Roman de Renart*, *El Decamerón* o *Los cuentos de Canterbury* que habían circulado siglos antes por los zocos de toda Arabia. Definitivamente, Oriente había estado siempre ahí, dentro de la cultura occidental, como un líquido indisoluble. Palabra a palabra, en un cantar de ciegos.

Fallaci entrevista a Jomeini

Un día de septiembre de 1979, el ayatolá Jomeini miraba por la ventana la ciudad de Qom, al sur de Teherán, buscando la cúpula de la mezquita que guarda los restos de Fátima. Puntual, la periodista llegó con la grabadora en la mano y, rodeada de traductores y guardias de la Revolución, pulsó el botón y empezó a preguntar. «¿Cómo se nada con un chador?», le dijo Oriana Fallaci al líder supremo de Irán, ante la pésima perspectiva de millones de mujeres iraníes enterradas en vida bajo un trozo de tela. La discusión derivó hacia la diferencia entre ser mujer

en Occidente y en Oriente, y la corresponsal italiana decidió quitarse el pañuelo que le cubría la cabeza. Fue el momento en el que se detuvo la entrevista. El ayatolá Jomeini se levantó y salió de la sala.

La entrevista de Oriana Fallaci a Jomeini es un monumento a la libertad. Observo la fotografía a menudo. Parece una pintura religiosa de tonos apagados. Ella se sitúa a la izquierda de la imagen. Viste el jilbab, obligada por un protocolo confeccionado por los hombres, solo para las mujeres. Sostiene en la mano la grabadora justo en el momento en el que lanza una pregunta. Jomeini, un profeta bíblico, un Sean Connery de barba poblada, no quiere mirarla, pero la escucha con atención. Alrededor, un ejército de traductores, diplomáticos y escoltas observan con asombro la tensa entrevista. Me gusta volver a la instantánea cada cierto tiempo. Siempre descubro un nuevo detalle en el que detenerme. De esta forma, creo que Fallaci sigue haciendo preguntas incómodas a un mundo siniestro.

Porque el mundo árabe cambió a partir de la década de los sesenta. Lejos quedaba aquel Oriente de ensueño de los viajeros del XIX, forjado en las cafeterías de París y Londres. En el momento de aquella entrevista que realizó Fallaci en Qom, la región se había convertido en un lugar inhóspito, una enorme extensión machacada por las guerras, las revoluciones de corte islámico, los conflictos por el petróleo, el neocolonialismo moderno, las invasiones soviéticas y estadounidenses… Por eso los grandes viajes a Oriente los protagonizaron hombres y mujeres que llevaban a cuestas una cámara fotográfica, un bloc de notas o un micrófono.

La segunda mitad del siglo XX fue la época de los grandes corresponsales de guerra, viajeros a su pesar, que recorrían el mundo no buscando la belleza (aunque la hubiera), sino descubriendo precisamente esa parte del conflicto que nadie quiere contar. El ejemplo de Oriana Fallaci es paradigmático, una mujer que visitó Irán, Iraq, Pakistán, Israel, Siria, el Líbano y Egipto siempre en busca de la noticia. No fue la única, por supuesto. La lista es tan extensa que mencionarlos a todos excede el propósito de este viaje. Algunos de los míticos corresponsales de guerra han llenado las librerías de nuestras ciudades de experiencias y crónicas. Ryszard Kapuscinski escribió una docena de libros siempre bajo la mirada de la corresponsalía. Célebre es el pasaje de *Viajes con Heródoto* donde cuenta la madrugada en la que fue a conocer las ruinas de Persépolis desde Teherán, una ciudad que olía a guerra y martirio.

Sebastião Salgado, siempre con una cámara por delante, viajó en la década de los noventa a Iraq y Kuwait, cubriendo el conflicto bélico conocido como la primera guerra del Golfo. De aquellos días nació una serie de instantáneas impactantes, hombres recubiertos de petróleo, en blanco y negro, ante una inmensidad negra, mientras un pozo petrolífero explota tras un bombardeo.

Para los que como yo estamos privados de conocer ciertas partes de Oriente, viajar a través de los corresponsales se ha convertido en una práctica fabulosa. Gracias a estos fotoperiodistas, que no han dudado en acudir donde los demás no llegan, hoy se puede visitar Damasco o Bagdad sin que el corazón lata a mil. Son célebres los trabajos de Steve McCurry y la niña afgana de los ojos verdes, manteniendo una mirada poderosa al objetivo, sabiendo que en unos pocos años le esperaba el burka. Hay algo que en mi cabeza une estas dos fotografías, la que reta a Jomeini con las preguntas de Fallaci y la de la chica afgana, como un principio y un fin de mi viaje soñado a Oriente. Belleza y brutalidad, aunque siempre esté descompensada la balanza.

La agonía de Palmira

Khaled Asaad fue decapitado en Palmira el 18 de agosto de 2015. La mayor parte de su vida la había pasado junto a esas ruinas, la capital del Imperio de Palmira, una reina que se atrevió a desafiar a Roma en el siglo III d. C. y que extendió un reino efímero en el Levante. En sus últimos instantes, Assad contempló los numerosos templos, aquel santuario de la Antigüedad en una tierra rica en religiones y culturas. Palmira ha sido uno de los yacimientos arqueológicos de más fortuna en el Mediterráneo, un lugar de encuentro para los viajeros que durante siglos han visitado sus ruinas, se han ocultado del sol bajo los olivos circundantes y han bebido agua de sus fuentes. Pero todo eso cambió cuando el Estado Islámico izó la bandera negra del califato y dinamitó buena parte de sus restos. Sus piedras son el testimonio de un pasado infiel, una religión y una cultura diferente a la del islam y, por lo tanto, peligrosa para su modelo de vida arcaico.

El asesinato de Khaled Assad es especialmente aberrante, sobre todo en las últimas décadas, en las que el patrimonio histórico-artístico corre peligro en todo el extenso territorio que forma Oriente. La guerra reclama su peaje. Mueren los hombres y desaparece su legado. La pólvora, el gas sarín, el napalm, cualquier instrumento sofisticado que el hombre ha inventado para acelerar el ritmo de exterminio cobra su particular rédito en el patrimonio. Oriente se ha despejado de viajeros, a la espera de mejores tiempos. De oeste a este, los conflictos se multiplican desde hace décadas y las previsiones de paz son cada vez más ínfimas: la guerra entre israelíes y palestinos, los conflictos armados en el Líbano, la guerra civil en Siria, las guerras en Iraq, las tensiones con Irán, la invasión de Afganistán y la tiranía que, año tras año, se impone en cada uno de esos países bajo la bandera de la religión, una forma sutil e implacable de esclavizar al hombre, de borrar a las mujeres.

Visitar hoy en día Oriente es una tarea difícil. Imposible para muchos viajeros que ven seriamente comprometida su integridad. Ciudades como Damasco, Beirut, Bagdad, Mosul, Isfaján, Kabul o Teherán, que tantas veces han aparecido a lo largo de este capítulo, hoy son impracticables para un occidental, aunque el grado de peligrosidad varía según la ciudad y la época. Oriente busca el equilibrio, mirar al futuro sin la condena del extremismo religioso, sin las zarpas occidentales marcándole un camino envenenado. Como en un eterno retorno maligno, abrí los ojos a la actualidad en aquel septiembre de 2001, con el atentado a las Torres Gemelas. Estados Unidos invadía Afganistán. En ese momento puse en el mapa aquel país de montañas agrestes y mujeres con burka, un mapa mucho más actual que el de Monti. Yo apenas iba al colegio. Veinte años después, los talibanes vuelven a dominar el país. Los mismos que han esclavizado a su pueblo. Los que dinamitaron las estatuas de Buda en Bamiyán, en el año 2001. Si los hombres hacen eso con las estatuas, que son dioses antiguos, un recordatorio de los dioses nuevos, qué no harán con sus iguales. Pero tal vez sea la estirpe de Mesopotamia, imperios incrustados en la arena, catástrofes bíblicas y calles estrechas donde cantan los ciegos. Y siempre viajeros que lo cuenten, para que nadie lo olvide. Una y otra vez y vuelta a empezar.

Capítulo sexto

La Meca, una tierra de fe

Peregrinar a la Kaaba

El peregrino ha llegado por fin a la Kaaba. Tiene los pies cansados, después de meses caminando por el desierto. Ha atravesado un continente que desconoce. Ha encontrado peligros innombrables, pero contemplando aquella piedra que vino de los cielos, cubierta por la *kiswa*, reconoce que ha merecido la pena. Siente las huellas del arcángel Gabriel en sus manos. Le lloran los ojos. A su alrededor, miles de peregrinos hacen cola para besar la reliquia. Van vestidos de blanco. El sol decae por encima de los tejados. Como un murmullo, se acerca la hora del rezo.

Esta escena se repite a lo largo de los siglos en los cientos de «rihlas» que se han conservado. Un rihla es una crónica de viajes en la que los peregrinos cuentan cómo, movidos por su fe, abandonan su hogar y parten hacia La Meca para cumplir los propósitos del buen musulmán. Los peregrinos lograban, por lo tanto, una doble satisfacción: por un lado, el viaje les permitía conocer territorios alejados a los que jamás hubieran llegado por voluntad propia; por otro lado, la visión de la *kiswa* les aseguraba un lugar en el paraíso tras su muerte. La escatología es un asunto muy importante en el mundo de las religiones. Millones de creyentes intentan vivir con la previsión suficiente como para planificar su más allá.

Todo viaje tiene un origen. Mucho más los que se inician gracias a un sentimiento religioso. Mahoma era un tipo normal, de esos que vivieron en la península arábiga en el siglo VI. Probablemente se dedicaría al pastoreo. Un ir y venir por el desierto que lo llevó a conocer a la perfección el terreno y las tribus rivales que se disputaban el país. Habló con sus gentes, escuchó las historias que le contaban. Mahoma aprendió el discurso de los dioses (por aquel tiempo, Arabia practicaba una religión politeísta, un conglomerado de divinidades nómadas, como sus fieles). Y de repente, escuchó la voz de Alá. Fue en la cueva de Hira, a las afueras de La Meca.

Desde ese momento, la vida de Mahoma fue un viaje continuo. Según la tradición coránica, el profeta realizó un viaje espiritual que lo llevó de La Meca a Jerusalén (al centro de lo que sería años después la mezquita Al-Aqsa) en una sola noche, a lomos de Buraq, una especie de caballo con cabeza de hombre. La hazaña se llamó el «Isra» y «Miraj» fue su viaje psicodélico, con el que pudo conocer al arcángel Gabriel, a Adán y otros padres genéticos perdidos en la Biblia.

Poco después, Mahoma tuvo que abandonar La Meca porque su vida corría peligro. Se dirigió a Medina, y quedó inaugurado el calendario islámico, en un viaje fundacional que se conoce como la hégira. A partir de ese momento, la religión creada por Mahoma sería imparable. Conquista La Meca y la península arábiga. Más tarde, las tropas recién convertidas a la nueva fe entran en Oriente y toman, a uno y otro lado, aquellos territorios con tanta confusión de civilizaciones y religiones. El islam llega a la península ibérica, incluso hasta Poitiers, en el corazón de Francia. Se adentra en China y triunfa entre los habitantes de Indonesia, hasta las playas tropicales de Malasia.

Arabia es un territorio agreste dominado principalmente por los desiertos de Rub al-Jali y el de An-Nafud. Entre ellos, la gran meseta de Nechd permite el pastoreo a las tribus de beduinos. Tres de las cuatro entradas a la península son a través del agua: el mar Rojo la separa de África al oeste (viajes bíblicos, como el de Moisés, se atrevieron a cruzarlo); al este, el golfo Pérsico la aleja de Persia; al sur, el golfo de Adén y el océano Índico, en el punto en el que se hace inmenso, completan su perfil. Solamente al norte se conecta con el continente asiático, la región de Oriente Medio, el paso natural de las caravanas que iban hacia la India, China, Turquía, Egipto y Europa. Tierra de paso, Arabia siempre significó los límites del mundo conocido, ya fuese a Oriente o a Occidente, hasta que Mahoma se subió a lomos de la historia. Fue entonces cuando empezó a ser lugar de destino para viajeros de todo el mundo.

Malraux sobrevuela un reino con nombre de mujer

¿Pero qué era La Meca antes de ser La Meca? Antes de las escasas incursiones griegas y del intento de burocratizar el polvo en el que se embarcaron los romanos, Arabia era una región dominada por las tribus nómadas. Reinos que idolatraban figuras de barro, los árabes se dejaron influir por las diferentes civilizaciones mesopotámicas sin llegar a perder su identidad. Desde la costa del mar Rojo la mitología hebrea hablaba de dioses que se aparecían en zarzas ardientes, que iluminaban a pastores en cuevas y mojaban la tierra seca con diluvios inmisericordes.

Precisamente, de la tradición talmúdica nos ha llegado uno de los primeros testimonios conocidos de una cultura arraigada en la península arábiga. Se trata de uno de los pasajes más bellos de toda la Torá, el que describe la unión matrimonial entre el rey Salomón y la reina de Saba. En el Antiguo Testamento se describe cómo la reina de Saba acude a Israel a presentarse ante Salomón. El viaje de esta favoreció la entrada del monoteísmo en Arabia. La reina de Saba fue una soberana famosa por su belleza a la que siempre la rodeó la leyenda. Se duda incluso de su existencia. La tradición etíope quiere reconocer como suyo un hijo entre Salomón y la reina, Menelik, que, por supuesto, habitó en el país de los etíopes, de ahí que durante la visita de Pedro Páez estos juraran al jesuita español que descendían directamente del rey hebreo.

Pero la reina de Saba es útil en este viaje porque nos acerca a una de las expediciones más románticas y atrevidas de las que tenemos constancia en Arabia. Para conocerla debemos situarnos en la *rive gauche* parisina. André Malraux acaba de volver de los trópicos. Ha sobrevivido a la cárcel de Indochina. Ahora camina por las calles de París, tras un breve período de activismo político en la Unión Soviética. Trabaja desde hace unos meses en *L'Intransigeant*. Malraux recibe una llamada del director. Le propone una expedición y un libro por escribir. Se trata de viajar a Arabia para buscar evidencias arqueológicas del antiguo reino de Saba. Él se había pasado los últimos años en Angkor Wat desenterrando shivas. Sin embargo, el anuncio exigía un requisito: saber volar. Días atrás, Saint-Exupéry había rechazado la misma oferta.

Los sabeos fueron un pueblo que se asentó en el golfo de Adén y el mar Rojo, en su parte más meridional, a principios del primer milenio a. C. La expedición de Malraux contaba con todos los elementos para acabar en fracaso: un reino oculto en el desierto, la desolación geográfica y la improvisación. Pero el resultado habla por sí solo. Se llama *La reina de Saba*, un libro

excepcional que combina la erudición histórica, la crónica de viajes y la fantasía de la que nunca se pudo desprender Malraux. El viajero llegó hasta el Cuerno de África, por la antigua Somalia francesa, y cruzó el mar Rojo entre Eritrea y Yemen. En avión sobrevoló el desierto de Rub al-Jali, a pesar de no tener autorización de vuelo. Su «aventura geográfica», como él mismo la definió, describe un mundo encantador, encaminado hacia la devastación de la Segunda Guerra Mundial, pero donde aún era posible soñar con territorios por descubrir.

Décadas después, la arqueología encontró Mahram Bilqis, un conjunto de templos dedicados a la Luna, ubicado en el antiguo reino de Saba, a poca distancia de Marib, la mayor joya histórica que contiene Yemen, una población antigua que lucha por no confundirse con la arena del desierto. Aún no hay evidencias suficientes para afirmar que existió la reina del relato bíblico. Pero lo importante de la historia es la fuerza que genera alrededor. Aquel joven francés que llegó a ministro de Cultura se subió a un avión para hacer revivir una leyenda, sin saber que su viaje se componía de esa misma sustancia. Malraux no pudo rescatar a la soberana legendaria, pero su libro condena a la región entera a la curiosidad de los viajeros. Arabia, quiso decir Malraux, es mucho más que La Meca.

Elio Galo se pierde en la Arabia Felix

Para los griegos, la península arábiga quedaba al margen de su interés. Los pueblos que la habitaban no constituían una amenaza, como los persas, y, por lo tanto, no se sintieron en la obligación de conocerla. Los exploradores griegos llegaron incluso a la India, en expediciones contadas y con suerte dispar, pero suficientes como para recabar ciertos datos exóticos. De Arabia, en cambio, las noticias viajeras son escuetas. Se han encontrado vasijas griegas, restos de cerámica e incluso un frontón con inscripciones en lengua ática en ciudades de Arabia como Hiyaz, la actual Yeda. Pero poco más.

Sin embargo, a pesar de todo este silencio de siglos, ha llegado hasta nosotros el *Periplo por el mar Eritreo*, un tratado de navegación escrito en el siglo I que describe de forma exhaustiva la geografía comercial desde Roma hasta la India. La ruta es milenaria y aún se sigue practicando: desde el Mediterráneo occidental se llega hasta las costas de Egipto. De allí, se pasa al mar Rojo y se navega rumbo al sur dejando en la orilla izquierda las ciudades de Leuke Kome, Muza y Adén hasta Qana, la actual Bir Alí, en la costa sur de Yemen. Ese es el último punto del *Periplo* por Arabia. Posteriormente, por el océano Índico, el mar Eritreo de los antiguos, los barcos izaban velas en alta mar hasta vislumbrar la costa.

Los romanos, en su afán por sistematizar todo su mundo conocido, dividieron Arabia en tres partes. Sus nombres resuenan con delicadeza cuando posamos la mirada en el mapa de Monti, a pesar de los siglos de distancia. *Petrea*, *Deserta*, *Felice*, leo entre palmeras dibujadas y dunas. La parte más cercana a Roma se llamó «Arabia Pétrea», que abarca el norte de la actual Arabia Saudí, el reino de los nabateos (los constructores de Petra), un fragmento de Siria, otro de Israel, parte de Jordania y la península del Sinaí. De las tres provincias, la Pétrea era la más romanizada, también por una situación geográfica privilegiada: su conexión terrestre con los puertos mediterráneos de Palestina y Egipto le permitían estar en contacto con la metrópoli del Capitolio.

Pero los romanos no se fiaban demasiado del desierto y de los pueblos que vivían agazapados en sus arenas. Construyeron un inmenso *limes* de más de 1500 km de murallas y fortalezas, para evitar cualquier tipo de invasión. Hoy en día alguno ha resistido al tiempo, como el de Qasr Bshir, en Jordania. Sin embargo, llegaron a establecer un puerto comercial llamado Leuke Kome, no demasiado lejos de La Meca, aunque le quedase algún siglo que otro para ser La Meca.

La segunda provincia se llamó «Arabia Deserta» y en esta ocasión el nombre tampoco especula. Apenas contenía poblaciones y se consideraba una zona intransitable. Los romanos preferían los valles verdes toscanos, las montañas griegas o los campos de trigo de Hispania antes que los desiertos. La última región adoptó el nombre de «Arabia Felix», en referencia a la mejor predisposición del clima. Se sitúa en el extremo sur de Arabia, en Yemen, donde las tribus se multiplicaban pegadas a la costa. Se trata de una región rica en minerales (aún no se sabía de la utilidad del petróleo) y estratégicamente sugerente, en la ruta hacia la India.

Elio Galo protagonizó una expedición desastrosa hacia esta parte de Arabia. Por mandato de Augusto, en el año 26 a. C. comandó la Legión XXII Deiotariana con el objetivo de romanizar la zona. Partieron desde Egipto, 8.500 soldados, con una flota recién construida que los ayudaría a cruzar el mar Rojo. Una vez en tierra firme, el desierto no se apiadó de ellos. El ejército pronto murió de sed, abrasado tras largas caminatas sin rumbo cierto. Llegaron por fin a la ciudad de Marib y la sitiaron, pero la peste asoló el campamento romano (como en Troya, la peste azota a los sitiadores) y Elio Galo tuvo que volver a Egipto, más pobre de lo que había llegado. Sus barcos, mientras tanto, habían atacado la antigua ciudad de Eudaemon.

Tras la experiencia, los viajeros romanos se desentendieron de Arabia. Durante los siglos siguientes, la región vivió en una continua caravana de pueblos que iban y venían, que aportaban sus dioses y se marchaban tras haber comerciado con sal a cambio de creencias poco exigentes. Clanes tribales que luchaban por un palmo de desierto. A su alrededor, los imperios recorrían su camino de ruina y éxito, pero Arabia se mantuvo al margen. Hasta que aquel profeta entró en la cueva de Hira…

De Marruecos a la India, un viaje de fe

Y al salir de la cueva de Hira cambió Arabia para siempre. El islam se apoderó del corazón de los hombres y los llenó de una fe joven, que no ponía límites geográficos al mundo. La expansión del islam es uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia. La nueva religión ocupó en pocas décadas Oriente Medio. El suelo de Persia, orgulloso y falto de protagonismo, enseguida se amoldó al nuevo paradigma del islam. Lo mismo ocurrió con el Levante y la península de Anatolia. El avance del credo de Mahoma no encontró apenas resistencia en Egipto y en todo el norte de África. Incluso avanzó sin freno por la península ibérica, en un momento en el que las guerras civiles asolaban el reino visigodo. Una derrota marcó los límites geográficos del islam al oeste, definiendo así su máxima extensión. Hablamos de la batalla de Poitiers, en el 732, a manos de Carlos Martel. Con respecto al este, el islam penetró en la India al mismo tiempo que lo hacía en la península ibérica. Durante toda la Edad Media, la religión creció hasta los trópicos, hacia Indonesia, el país con mayor población

musulmana del mundo en la actualidad.

Más de quince mil kilómetros de un extremo a otro del mundo conocido (antes de los viajes de Colón), tres continentes, cordilleras, desiertos, valles, mares, lagos y un sinfín de caminos son los que unen al islam, de Rabat a Yakarta. Y el punto original es una piedra que, según la tradición, vino del cielo, situada en el centro de la ciudad de La Meca, el lugar al que todo musulmán debe peregrinar alguna vez en su vida, junto a los otros cuatro preceptos fundamentales: la profesión de fe (la *shahada*), es decir, la asimilación de que no hay más dios que Alá y que Mahoma es su profeta; la oración cinco veces al día mirando a La Meca (*salat*); dar limosnas al necesitado (*azaque*); y el ayuno en el mes del Ramadán (*swam*). El primer precepto convierte a millones de personas en peregrinos. Ergo, el islam es una religión viajera, que incita a sus fieles a viajar a través de un camino que comparte el esfuerzo físico y espiritual y que la tradición coránica llama «hach».

¿Pero qué se encuentra el peregrino cuando arriba a La Meca tras un largo camino? Son seis los lugares santos identificados por la religión, todos ellos ubicados en la ciudad de nacimiento de Mahoma. El primero de ellos es la mezquita Másjid Al-Haram, un templo que estructura el resto de etapas del peregrinaje. Es una de las mezquitas más grandes del mundo la que acoge a los millones de peregrinos que cada año aguardan con los pies cansados a culminar su viaje. Actualmente, la mezquita está rodeada de rascacielos iluminados que, al atardecer, encienden el patio central con una luz potente, como si nunca se hiciera de noche en su interior.

La Kaaba se sitúa en el centro del patio de la mezquita Másjid Al-Haram. Adquiere forma de prisma. Representa el corazón físico y sentimental de la religión islámica. Marca la dirección del rezo para todos los musulmanes, allá donde se encuentren en el momento de la oración. Los fieles deben rodear la Kaaba siete veces en sentido opuesto a las agujas del reloj. En su interior se encuentra la Piedra Negra, un fragmento del paraíso al que se le ha asignado un origen cósmico, debido a que es una parte de un cometa desgajado de su cuerpo principal. Extraterrestre o indígena, la visión de la Piedra Negra supone el culmen para la peregrinación de un musulmán. En realidad, la Piedra Negra ya era venerada por tribus nómadas antes de la aparición de Mahoma en la historia.

El pozo de Zamzam se encuentra a unos pocos metros de la Kaaba, en el interior de la mezquita. Según el relato coránico, cuando Abraham abandonó a su suerte en el desierto a su sirvienta Agar y a su hijo Ismael, Dios hizo brotar milagrosamente una fuente con agua. Es el pozo, que también es venerado por los peregrinos, del que recogen agua para el camino de vuelta a casa. Los fieles debaten sobre el estado del agua: muchos son los que afirman que el agua tiene facultades curativas, aunque otros peregrinos que comparten la visión científica del mundo se preocupan por la gran cantidad de arsénico que contiene.

Mina se sitúa entre La Meca y el monte Arafat. Es ahí donde se coloca el campamento para alojar a los peregrinos. En sus inmediaciones se realiza la «Lapidación del Diablo», un ritual que consiste en arrojar piedras a un muro, recogidas del suelo durante la peregrinación. En el monte Arafat, los peregrinos finalizan su recorrido para conmemorar el viaje de Mahoma tras su huida de La Meca. Hasta allí suben los fieles y contemplan la ciudad santa hasta que anochece. En el monte Jabal al-Nour, algunos se detienen a contemplar la cueva donde a Mahoma le fue revelada la verdad de Dios, una especie de Patmos arábigo.

Este es el recorrido que durante siglos han realizado con paciencia y fe millones de

musulmanes de todo el mundo. Lo hacían cuando los pies eran el único medio para recorrer los caminos y lo hacen ahora cuando los aviones acortan las distancias, aunque debilitan la belleza de la experiencia. Un viaje que muchos musulmanes han procurado reflejar en sus crónicas, para dejar testimonio de los territorios ganados por sus ojos, para así hacer que los hombres del mundo puedan viajar con ellos, a lomos de un camello, en caravanas de oro, como Mansa Musa, o a pie, como el más pobre de los creyentes, Ibn Battuta. La Meca es un lugar para elegidos. Solo aquellos que son musulmanes pueden entrar en el recinto sagrado. A un paso del cielo, sueñan tocar la Piedra Negra, el viaje cósmico que la humanidad hace, según la creencia, desde que Mahoma empezó a recorrer por el mundo la ruta del islam.

De al-Ándalus a La Meca…

El territorio del islam llegó a ser tan amplio que para el creyente que naciese en Granada, Córdoba o Sevilla peregrinar a La Meca se convertía en un dilema existencial: cumplir con el viaje religioso para no morir en pecado, pero no sobrevivir al intento. La península siempre resultó, desde el punto de vista geográfico, una tierra de límites. Al-Ándalus fue durante los primeros siglos del segundo milenio de nuestra era un foco cultural predominante en el Mediterráneo. Gracias a la labor de los viajeros que dejaron su tierra para peregrinar a La Meca, surgió el género literario llamado «rihla», testimonios que a día de hoy suponen una de las fuentes más ricas para conocer la geografía y las costumbres del mundo islámico durante la Edad Media.

El viajero que partiese desde su casa de Córdoba tenía dos rutas en el horizonte. Ambas podían ser funestas, si la suerte no acompañaba. Por un lado, el camino clásico y lógico para un hombre de fe islámica sería cruzar el estrecho de Gibraltar y recorrer el norte de África a pie. Atravesar el Sahara de oeste a este se descartaba, salvo para viajes extremadamente iluminados, como el de Mansa Musa, emulado en época moderna por el Rally París-Dakar. El peregrino, costeando África, podía sentirse relativamente seguro, aunque los caminos de tierra nunca lo son, y menos en esa época. Visitaría países dominados por la misma religión, lo que, en tiempos de gresca, auguraba un buen recibimiento. Al llegar a Egipto, atravesaría el Sinaí para encaminarse rumbo sur hasta La Meca. Pero los caminos no siempre estaban habilitados y Egipto era una región enormemente conflictiva, entre Cruzadas y revueltas de índole local.

El segundo camino que podían tomar los viajeros era el mar, pero los riesgos se multiplicaban. Si bien es cierto que el Mediterráneo sur estaba dominado por la media luna, en el norte las cruces ondeaban en las velas de los barcos. La Edad Media fue una época en la que la navegación a mar abierto no estaba explorada. Costear suponía un riesgo incrementado por las incursiones piratas y las refriegas entre campañas militares cristianas y berberiscas. La navegación también requería unas fechas concretas. Se levaba el ancla a partir de primavera y en otoño se recogían las velas para evitar las tormentas.

Uno de los primeros viajeros en partir de la península ibérica y dejar testimonio en su rihla fue el jurista Ibn Al Attar, que viajó a La Meca en el 990, y completó una crónica de viajes que sirvió de guía a futuros viajeros. Ibn Al Qallas partió, también en el siglo x, desde Málaga. Escribió la primera rihla de la que tenemos constancia. Posteriormente, Ibn Rushaid emprendió

desde Almería, en 1284, una peregrinación de tres años que lo llevaría no solamente a La Meca, sino a Oriente. Optaría por la ruta del norte de África. Similar camino tomó Ibn Sacîd al-Magribî en el mismo siglo, completando dos veces la peregrinación a los santos lugares. La perspectiva viajera de Ibn Sacîd al-Magribî se completa con otras obras que escribió sobre geografía, en las que llega hasta Irán. Ibn Jubayr, en cambio, optó por la ruta marítima en el siglo XII. Sus viajes son un periplo marítimo por un mundo enfrentado entre cristianos y musulmanes, en pleno apogeo de las Cruzadas. Pero su rihla tuvo tanto éxito que otros viajeros copiaron literalmente las descripciones que hizo el cronista. Plagios kilométricos se han descubierto en las bibliotecas del mundo árabe desde la escritura de sus *Viajes.* El último peregrino que citaré es Abû Hâmid al-Garnâtî, natural de Granada (de una Granada anterior al Reino Nazarí), que desde su ciudad partió a conocer Oriente, guardando para La Meca los momentos más emotivos de su viaje.

En 1492, la península ibérica alcanzó la unidad religiosa gracias a la conquista de Granada por parte de los Reyes Católicos. Desde el 2 de enero de ese año, el islam perdió uno de sus territorios más ricos. Pero al-Ándalus también había sido la región que más viajeros (y por viajeros entendemos crónica de viajes o rihla) había proporcionado a La Meca. Curiosamente, el lugar más alejado también se había descubierto como uno de los más transitados. Los caminos que unieron Córdoba, Granada, Murcia, Sevilla, Barcelona o Toledo con La Meca y Medina se volvieron intransitables. La historia actúa por fracturas y al-Ándalus pasó a ser España, en cualquiera de sus variantes o nombres con los que la historiografía gusta debatir. Pero la realidad que nos interesa es que La Meca se alejó de España. Las dos geografías se dieron la espalda. Templos prohibidos y llenos de niebla, de polvo del desierto que se mete en los ojos y no deja respirar. Ningún español no musulmán podría entrar nunca en la mezquita Másjid Al-Haram. Aunque las normas están, a veces, para saltárselas.

La treta de Alí Bey

¿Recuerdan aquel príncipe abasí nacido en Londres y envenenado en Damasco por un espía inglés? Lo dejamos moribundo tras beber una taza de té, pero mucho antes, Domingo Badía, el «Alí Bey» de los nacidos en Oriente, fue el primer español no musulmán en entrar en el recinto sagrado de La Meca.

Fuera de toda duda queda la inteligencia y visión del mundo que tuvo Domingo Badía. Godoy, con un ojo puesto en el sur y otro en el norte, quiso controlar el acceso a la península por el estrecho. Mandó a Domingo Badía a la corte del Mulay Sulayman, el líder de Marruecos a principios del siglo XIX. Es el nacimiento de Alí Bey. Cuatro años empleó el espía español en aprender las costumbres, en imitar los modos de vida, en perfeccionar el habla. Su mimetismo fue tan real que los árabes lo tomaban por un igual. Pero la misión en Marruecos acabó y Alí Bey se preparó para viajar por el norte de África hasta Oriente. Y allí estaba La Meca.

Utilizó, como tantos otros viajeros a lo largo de los siglos, el paso del mar Rojo para adentrarse en Arabia. Visitó la ciudad costera de Yanbu y la actual capital, Yeda. Después se dirigió, unos pocos kilómetros hacia el interior, a la ciudad santa, donde se comportó como un perfecto peregrino musulmán: dio las siete vueltas a la Kaaba, besó la Piedra Negra, rezó en dirección a la quibla, tiró piedras al muro del diablo y visitó las colinas cercanas para completar el camino de

fe.

El relato del peregrino espía se publicó en España pasados los años con el título de *Viajes de Alí Bey*, unas memorias viajeras que demuestran la inteligencia y la doble función del personaje. En unos capítulos, Alí Bey describe los santos lugares con un fervor religioso que hace dudar al lector de su conversión, pero en la página siguiente su relato adopta el tono científico, como cuando extrae agua del pozo de Zamzam para analizar no ya sus virtudes milagrosas, sino sus capacidades mortíferas. Las descripciones que realiza de las ciudades de Arabia huelen a incienso, a un tiempo detenido que podría retrotraerse a la Edad Media, incluso a los orígenes del islam, como si el viajero entrase en Arabia, pero no pudiese salir de su cronología. El Alí Bey de las crónicas ha visto mundo, conoce el Levante y Oriente, no es fácilmente impresionable y ha recorrido la historia de las tres religiones como pocos, desde Patmos y la cueva de San Juan hasta la Jerusalén rabínica, pasando por la casa de Mahoma.

Pero sí es hijo de su tiempo. A principios del siglo XIX en Europa crecía imparable la edad de la razón y los Estados se dirigían, con más o menos fortuna, hacia formas de gobierno participativas. No fue el nacimiento de la democracia, ni mucho menos, pero sí de los pilares que la sustentarán. En Arabia, en cambio, se originó un momento religioso de carácter fundamentalista que dominó la península y amenazó con extenderse por Oriente. Se trata del wahabismo, una corriente político-religiosa que proponía una relectura radical del Corán y que prohibía cualquier innovación en el ámbito religioso. Entre sus preceptos estaba el de clausurar (y detrás de cada cierre está su destrucción y olvido) los santos lugares de peregrinación. Alí Bey fue detenido en su camino hacia La Meca e interrogado por activistas wahabitas, pero logró escapar utilizando la mejor arma de la que disponía: el poder de persuasión.

Me he preguntado, al leer sus memorias, qué tuvo que experimentar al ser detenido. Sentiría, tal vez, el frío del cuchillo en el cuello. Apretaría los dientes y recordaría su nueva identidad, antes de respirar un aire viciado. Pero sobrevivió. Volvió a España y Napoleón lo reclutó para luchar no contra los árabes, sino contra los ingleses, mudando de nuevo de forma, utilizando el disfraz de príncipe abasí nacido en Londres. Pero dejémoslo aún por las calles de La Meca, observando en la distancia la mezquita Másjid Al-Haram, el blanco de los peregrinos y el polvo de las sandalias, reclamando el agua de las fuentes para purificar su rezo. No le ofrezcamos el té de Damasco todavía, que viva creyendo que las siete vueltas a la Kaaba son eternas.

Ludovico de Varthema
quiere entrar en La Meca

Al viajero occidental siempre le acompaña el disfraz en su destino hacia La Meca. La historia de los europeos en tierra de Mahoma se remonta mucho antes de la experiencia de Alí Bey. La historiografía no se pone de acuerdo sobre quién fue el primero que, habiendo nacido en una ciudad occidental con iglesias donde repican las campanas, entró en la ciudad santa para los musulmanes.

Sin embargo, esta disputa no tiene demasiada importancia para el propósito de este libro. Los primeros candidatos son unos aventureros portugueses que llegaron hasta la India en un tiempo en el que nadie había ido tan lejos. Se trata de Pedro de Covilhã y Afonso de Paiva. Nos

situamos a finales del siglo XV. Portugal es la gran potencia marítima en el Atlántico. España todavía no está (y algunos ni la esperan, guerreando aún contra Granada), Europa lamentaba la pérdida de Constantinopla, y el país luso, que derrama pocas lágrimas por la pérdida, se afana por encontrar una ruta que restablezca el flujo de especias a Occidente.

Fue el momento en el que Portugal mandó a Pedro de Covilhã y Afonso de Paiva. Surcaron el Mediterráneo hasta Egipto y a través del Sinaí descendieron a la península arábiga. Su viaje por tierras mahometanas se fecha entre los años 1487 y 1488. Pasaron por Medina y La Meca disfrazados de peregrinos musulmanes para no levantar sospechas y poder continuar su viaje hacia el océano Índico. Llegados a este punto, debemos admitir que las cronologías no fallan. Con los datos en la mano, serían dos portugueses los primeros occidentales no musulmanes en visitar La Meca, pero las lagunas inundan nuestro viaje. ¿Entraron realmente en La Meca? Su viaje enmudece porque no hay testimonio escrito sobre este hecho.

El segundo opositor a viajero primigenio es Ludovico de Varthema. Sobre él hay pocas dudas. Para ser justos, ninguna. Este viajero nació en Bolonia en 1470 y pronto se le quedó pequeña la *città rossa*. Viajó por todo el Mediterráneo hasta el Levante. No fue el suyo el tiempo de las Cruzadas, donde las poblaciones se pasaban a cuchillo. Existía cierta estabilidad en la región, aunque el Imperio otomano controlaba Oriente y recelaba de todos los viajeros occidentales, acusándolos de espionaje sin distinción. Su viaje siguió la ruta clásica de tantos viajeros: Egipto y Palestina. Sin embargo, quiso proseguir hacia la India, revivir aquella Ruta de la Seda que se interrumpió años antes, cuando los otomanos tomaron Constantinopla. El camino más fácil (y más peligroso) era el barco, desde los puertos de Arabia.

Ludovico de Varthema sabía que resultaría imposible recorrer la península arábiga con la identidad de un simple cristiano. Tuvo que improvisar una solución que demostró ser inteligente. Se alistó en el ejército mameluco, apostado en Palestina, bajo el nombre de Yunas, un joven musulmán que quería proteger a los peregrinos de camino a La Meca. De esta forma recorrió el desierto y llegó a la ciudad santa como soldado. Entró en La Meca en la primavera de 1503, veinte años después que los dos presuntos viajeros portugueses. ¿Por qué el italiano es reconocido como el primero si llegó más tarde?

Porque escribió el relato. Y en la historia, el relato vence. Su crónica de viajes titulada *Itinerario de Ludovico de Varthema Bolognese* es una muestra detallada de ciudades árabes, de costumbres locales y descripciones donde no se guarda en el tintero ningún detalle. Reconoce por primera vez en Europa que Mahoma no está enterrado en La Meca, como se pensaba, sino en Medina. Se detiene en la contemplación de las mezquitas, en las costumbres de los peregrinos que rebosan de emoción al llegar a la Kaaba. Hasta que el viajero boloñés es descubierto.

De La Meca alcanza la costa en Yeda. Toma un barco y navega por el mar Rojo hasta Adén. Allí, es detenido, sospechoso de ser un espía cristiano. Nuestro viajero fue encarcelado, pero al poco tiempo lo dejaron en libertad, y finalmente alcanzó la India. Eso atestiguaron los mapas. El relato, el viaje y el disfraz. Ludovico de Varthema lo entendió bien y su experiencia ya es historia viva para cualquier viajero.

Pedro Páez bebe café

Mientras usted se toma, en una tarde de invierno, o tal vez en una calurosa mañana de verano, una taza de café, es probable que se deje llevar hacia lugares en los que quizá nunca haya estado. Mientras desayuna o se despeja de la siesta, siente el calor de la bebida en los labios y tal vez se pregunte de dónde viene ese líquido espeso y negruzco que mantiene viva la lectura. Verá a un hombre encadenado, con los andrajos de lo que fue una sotana, los pies calcinados por la arena del desierto, ya inertes, y lo observará entrando en una jaima mientras le ofrecen una bebida amarga, negra como la noche. Es la misma que usted ahora ha dejado a un lado de la mesa.

El café, a principios del siglo XVII, era una bebida desconocida para la mayor parte de la población. Había nacido en el interior de Etiopía. Se cree que su nombre deriva precisamente de la región de Kaffa y que, posteriormente, en barcos de comerciantes y piratas llegó a las costas de Arabia, donde disfrutó de un éxito considerable. La historia del café está presente en muchos viajes actuales y, como dijo Steiner, forma parte de la idiosincrasia europea. Sin embargo, la mayoría de los viajeros del siglo XVII no dejaron testimonio escrito, si es que alguna vez lo probaron. Salvo Pedro Páez.

Los viajes de Pedro Páez se deslizan por los capítulos de este libro de la misma forma que él osciló de una costa a otra del océano Índico. Su persistencia tenaz nacía de la vocación por convertir a la fe en Cristo al mayor número de personas. Por eso, junto al también misionero Antonio de Montserrat, embarcaron desde Goa rumbo a Etiopía. Arabia no se marcaba en sus mapas como lugar de paso, pero la situación requería de soluciones ingeniosas. La piratería había aumentado mucho en aquellos años y los dos misioneros adoptaron la identidad de comerciantes armenios para poder navegar con cierta tranquilidad.

Costeando, llegaron a Mascate, en Omán. Desde allí siguieron rumbo al oeste hasta Salalah, un puerto pequeño encerrado entre montañas, próximo al golfo de Adén. Las imprevisibles tormentas del mar abierto hicieron que su barco encallara. El grupo de náufragos pudo salvar la vida gracias a que se refugiaron en las islas Kuria, situadas frente a la costa. Desde allí intentaron emprender la ruta hacia África, pero en las islas unos piratas turcos los reconocieron como portugueses, enemigos frecuentes durante todo el siglo XVI y XVII. La expedición fue asaltada y los misioneros pasaron un tiempo cautivos. El viaje de Pedro Páez cambiaría su destino de una forma abrupta. Los supervivientes del abordaje fueron conducidos hasta la península arábiga y vendidos como esclavos en Dhofar.

En muchas ocasiones, si los esclavistas no podían hacer negocio con la mercancía humana requisada en el mar, los dejaban morir de hambre. Pero el gobernador de Dhofar decidió enviarlos ante su rey, tierra adentro. Se inicia de esta manera una penosa marcha por el desierto, encadenados de pies y manos, alimentados a base de saltamontes y otros insectos, apenas hidratados, soportando altas temperaturas.

Cuando llegaron a la ciudad de Tarim, fueron recibidos con piedras por la superstición de los nativos, que al ver a hombres blancos temieron una maldición. Será en una de esas ciudades donde les den a probar esa bebida amarga que mantiene a los hombres despiertos toda la noche, llamada por los locales «kahwe». A Europa aún tardará al menos un siglo en llegar de forma comercial el café. Lo hará en el asedio turco a Viena, tras dejar el ejército invasor los sacos cargados de grano a las puertas de la ciudad. Con esos sacos, Georgium Franciszek Kulczycki, que servía el café al sultán otomano Mehmet IV, fundó la primera cafetería de Viena, llamada La Botella Azul. De ahí a Venecia y, tras la ciudad del agua, a todas las plazas europeas. El café es

hoy en día el mejor aliado del viajero y la mayor parte de este libro ha sido escrito con grandes dosis, mezclado con leche.

Jean Chardin en un entierro

Jean Chardin llevaba media vida en Persia. En Francia ardían las luces del conocimiento y él se estaba perdiendo a los Voltaire y Rousseau del momento. Pero asumió esa condena. Oriente resultaba un destino hecho a su medida: ciudades volcadas a la hospitalidad, harenes a la hora de la siesta, bibliotecas destartaladas y muchos viajeros con los que hablar. La mayoría se dirigían a La Meca. Y he aquí la gran paradoja de su vida: siempre quiso ir a la ciudad santa pero nunca fue. Ni siquiera lo intentó.

En cambio, escribió mucho sobre ella. Lo hizo como un corresponsal moderno: pluma, tinta y curiosidad. Invitaba a comer a los peregrinos, les daba agua y les ofrecía una visita a los hammanes. Allí, limpios de sudor y relajados, los viajeros contaban lo que había sido el viaje hacia La Meca, el relato de un mundo fascinante y prohibido. Supo de las normas que rigen al musulmán que entra en la mezquita santa y del comportamiento del fiel desde que sale de su casa hasta que alcanza el «hach» o peregrinación mayor.

Un viajero le interesó en extremo. Le habló de la «peregrinación delegada», una especie de viaje ofrecido ante la imposibilidad de desplazarse. Una sustitución en toda regla. El creyente debe pedir a otra persona hacer la peregrinación por él y llegar a la Kaaba en su nombre. De esta forma, el musulmán que no haya podido ir en vida a La Meca morirá habiendo cumplido con los cinco preceptos del islam. Pero ¿qué sucedía con los musulmanes que fallecían antes de hacer el peregrinaje? Jean Chardin respondió también a eso. Presenció rituales funerarios de personas que no peregrinaron en su momento a La Meca. Los familiares reparten la herencia reservando una parte para aquellos viajeros profesionales. Los restos mortales no podían ser enterrados hasta que no se hubiera completado el viaje. Pensaba Chardin que la religión unía con una delgada línea la muerte y la vida: sin el viaje en vida el espíritu no cumplía el trayecto hacia la muerte. Una especie de limbo musulmán para castigar a las almas no viajeras.

Carsten Niebuhr tiene miedo a disfrazarse

Carsten Niebuhr sabía que moriría sin ver la Kaaba y eso le obsesionó. Viajó por todo el mundo. Era uno de esos ejemplares humanos dedicados a la ciencia, cuando podían ganar fortunas con el comercio y la guerra. Pero ese no fue su camino. Cartografió Egipto, Oriente y Arabia. En esta última región encontró el sosiego que había buscado durante toda su vida. Primero en Medina, después en La Meca. Contempló la puerta de la mezquita Másjid Al-Haram desde la distancia y dio limosna a los pobres. Cuando le tocó morir, lo hizo sin espasmos, con cierta valentía. Pero no había contemplado la Kaaba. Fue su último pensamiento.

Tuvo miedo de infringir las normas. Desechó la idea de disfrazarse. Él era Carsten Niebuhr y nunca dejaría de serlo. No se rindió. Habló con la gente de la ciudad, con los peregrinos, compró

pequeñas ilustraciones que vendían en los bazares los comerciantes y pasó días enteros intentando averiguar la verdadera forma de la Piedra Negra. Siempre como una ilusión, pensándola como una metáfora de la vida. Su figura revive entre los bazares, antes de la puesta de sol, deambulando como un alma en pena, un blanco lechoso de Sajonia entre pieles cetrinas, algunas tan oscuras como el café. Estuvo cerca. Vio la Kaaba en las pinturas que realizaban los comerciantes para los viajeros. Como estar en Florencia y darle la espalda al David.

El asombroso viaje (con circuncisión incluida) de Richard Burton

Me fascinan los tipos como Richard Francis Burton. Este viajero ya es un viejo amigo. En esta ocasión lleva un turbante verde. Aguarda la fila de fieles para ver de cerca la Kaaba. Es un impostor, pero guardaremos el secreto. Aunque todo hay que decirlo: se esforzó por no ser descubierto.

Burton hizo cuanto estuvo en su mano por sobrevivir y entrar en el recinto sagrado de La Meca. Él mismo afirma que se circuncidó para, en el caso de ser advertido como infiel, tener la prueba irrefutable de su verdadera creencia en Alá. Guardaba el secreto oculto entre las piernas, pero dispuesto a ser mostrado ante cualquier duda. Una especie de seguro de vida por si el tema se ponía turbio.

El Burton circuncidado se hará llamar Mirza Abdullah, proveniente de Afganistán. Médico de profesión, hablará como lengua materna el pastún (cuán difícil debe de ser para un inglés imitar ese acento hasta el punto de hacerse pasar por natural de las montañas afganas) y sus errores como buen musulmán los justificará como fruto de una herejía. *Mi peregrinación a Medina y La Meca*, un libro imprescindible sobre uno de los mayores engaños llevados a cabo para entrar en la ciudad santa, está plagado de anécdotas que, como su propia vida, sobrevuelan la realidad y la ficción a partes iguales.

Un ejemplo bastará para aclarar al lector esta situación. Cuenta Burton que una vez, en el desierto, sintió la necesidad de ir a orinar alejado del resto de la caravana con la que pasaba la noche. Los árabes se agachaban para realizar la purificación renal, al contrario que los europeos, que suelen apuntar mientras miran al infinito. Burton fue descubierto por uno de los compañeros de ruta y viaje, que se dio cuenta del engaño. El viajero inglés, ante el peligro de ser delatado por una meada, se abalanzó sobre el profanador de momentos íntimos con un cuchillo en las manos.

El relato es divertido, pero huele desde la distancia del tiempo y los kilómetros a fantasía. Sabemos de sobra que inventar es una forma muy noble de viajar. ¿Qué hizo si no Marco Polo ante la corte de Kublai Kan? De lo que no queda mucha duda es de la tarea de espionaje en la que participó Richard Burton en sus días en Oriente. Es sincera su sed insaciable por visitar cualquier territorio al alcance de su mano, fuese cual fuese el lugar del mapa al que hubiera que dirigirse. Pero no mucho más. A esas alturas del siglo XIX el espionaje ya se había convertido en una práctica habitual para los europeos, deseosos de sacar tajada de una región que consideraban fácil de dominar. El Imperio británico había puesto sus ávidos ojos de rapaz en la región y Arabia no se iba a quedar al margen.

Tiempo de espías

¿Fue Lawrence de Arabia un espía? No resulta fácil responder a esa pregunta. T. E. Lawrence se destacó como un perfecto militar británico apasionado por un Oriente Medio que, a principios del siglo XX, se dividía en provincias pertenecientes al Imperio otomano. En su juventud participó en excavaciones arqueológicas en Turquía, y descubrió el paradero de algunas de las viejas ciudades de los hititas. Pero también demostró un gran conocimiento de la lengua árabe, aprendida en las calles de Damasco y El Cairo. Lawrence representó al viajero perfecto en un tiempo convulso. Viajó por todo Oriente, recorrió las ciudades milenarias y palpó las costumbres de sus gentes. Aprendió la lengua, imitó las costumbres e incluso se vistió a la manera tradicional, chilaba y turbante blanco. Pero nunca ocultó su identidad. Siempre fue el oficial del Ejército británico, en los tiempos de guerra y en los días de paz.

La situación histórica, sin embargo, requería un riesgo personal inasumible para personas ambiguas. Y Lawrence lo fue durante toda su vida. Apostado en El Cairo, la Primera Guerra Mundial enfrentaría al Imperio otomano, una antigüedad moribunda propia de los museos, y al Imperio británico, en su cénit de expansión colonial. Y la brecha se hizo insalvable en Egipto. Inglaterra quería la tutela del país del Nilo bajo la forma de un protectorado, para así controlar el canal de Suez, testigo de la mayor parte del comercio internacional entre el Mediterráneo y la India. Pero en Constantinopla no iban a desprenderse tan fácilmente de esta región. La guerra había comenzado, alineando a los otomanos con la Triple Alianza.

Y en este punto de la historia entran en juego el oficial inglés y la península arábiga. Estamos en 1916. Lawrence es enviado a Yeda, cruzando el mar Rojo, al encuentro con Faysal, el tercer hijo del jerife de La Meca, para negociar el plan a seguir. El oficial inglés es testigo por los caminos de Arabia del nuevo alumbramiento del Estado Árabe, que será efímero y traerá tanto desencanto como desconfianza a los extranjeros. Comienza la Rebelión Árabe, cuyo objetivo primero es expulsar a los otomanos del territorio y crear un Estado independiente de base islámica. Para ello, Lawrence conduce las decisiones militares. Las tropas árabes, un conjunto de tribus nómadas subidas en camellos con sables y unos cuantos rifles, toman La Meca en junio de 1916. Tras los lugares santos, prosiguen hacia Medina e Hiyaz, atacando la línea de ferrocarril que conectaba con Yemen.

El punto culminante de la iniciativa militar se produce con la batalla y posterior toma de Áqaba, el puerto más al norte del mar Rojo, hoy en día dentro de las fronteras de Jordania. Tras ellos, el oficial británico, conocido ya como Lawrence de Arabia, entrará en Gaza, Jerusalén y Damasco como un libertador.

El sueño del panislamismo era reunir a todos los Estados musulmanes bajo un mismo control político. Aunar Arabia, Palestina, Siria, Líbano, Jordania e Iraq en una misma bandera árabe. Pero Inglaterra no estaba dispuesta a pagar tan alto precio. Lawrence prometió a Husayn ibn Ali, el jerife de La Meca, un reino a cambio de declarar la guerra al Imperio otomano y apoyar a los británicos, y cuando acabó la guerra se encontró con un apretón de manos y poco más que un Estatuto de Autonomía, un Estado efímero que durará poco más de tres años, entre 1918 y 1920, hasta que Francia e Inglaterra se repartan el pastel.

Espía o no, lo cierto es que Lawrence se adaptó al nomadismo propio de los árabes, habló su

lengua y se aficionó a desplazarse en camello, a beber café de rodillas, y conocía los desiertos como la palma de su mano. Se ganó la confianza de los locales con un árabe depurado, hablado desde el corazón, como muchos llegaron a pensar. Visitó las ciudades de Arabia, entró en La Meca (aunque no en la mezquita, porque nunca se convirtió) y en Yeda visitó la supuesta tumba de Eva, la primera mujer de todas las estirpes humanas. También sufrió en su propio cuerpo la causa árabe cuando lo capturaron en Daraa (actual Siria) y fue torturado y humillado sexualmente por colaborar en la construcción de la liberación árabe, en una refriega con tropas otomanas.

Dejó escrito *Los siete pilares de la sabiduría*, donde cuenta su experiencia mano a mano con los árabes, un libro que es a la vez historia, memoria y crónica de viajes, siguiendo la línea de ferrocarril que une los puntos geográficos más alejados de la península arábiga, un camino de hierro pensado para acercar viajeros, para atraer mundos opuestos. La ambigüedad de T. E. Lawrence aún no se ha resuelto. Sus actos dieron esperanza al mundo árabe, que creyó poder ser independiente al estar unido, pero sirvieron para que el Imperio británico ganase unas cuantas regiones más en su mapa particular del mundo.

Pocas veces los árabes confiaron tanto en un extranjero. Tal vez, fueron demasiado cándidos, en vista de los resultados históricos tras el final de la Primera Guerra Mundial. Su relación con los viajeros no musulmanes siempre ha sido de desconfianza, de rechazo incluso. Esto ha hecho que se tache del mapa la península arábiga como destino para evitar conflictos. Lawrence de Arabia, para bien o para mal, ya no podrá nunca separar su nombre del país que alberga La Meca. Una bendición para el viajero. Un castigo para los anfitriones.

Un destino imposible

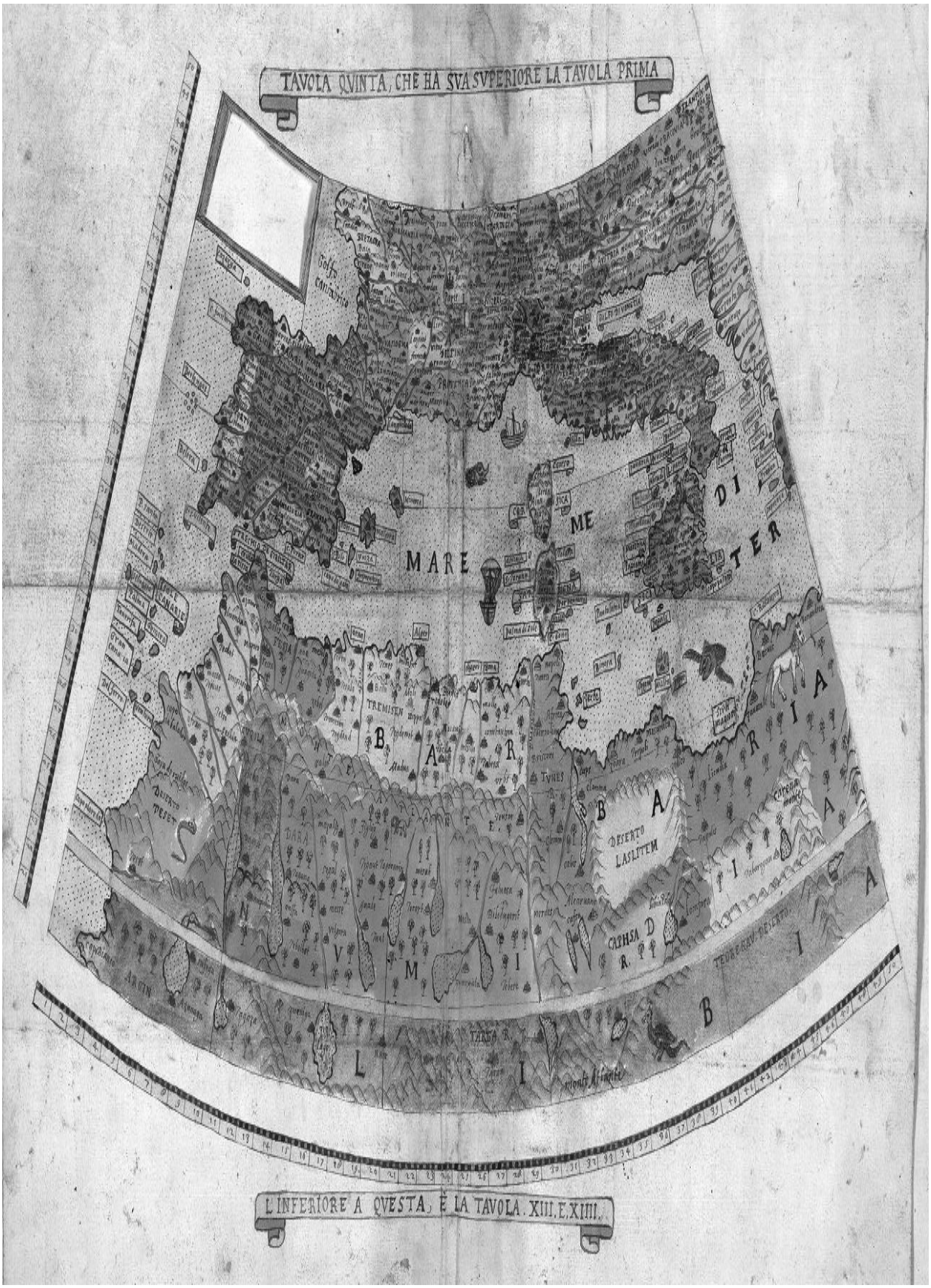
Hoy en día, viajar a Arabia Saudí resulta una tarea más que complicada. Si el viajero es mujer, entonces el viaje es imposible. En el país, las leyes se supeditan a la *sharía*, el código de conducta tipificado en el Corán que deja poco espacio personal a las mujeres, convirtiéndolas en un mero acompañamiento del hombre. El rechazo de los derechos humanos hace que el país sea un destino casi impracticable, al alcance solamente de viajeros experimentados, de corresponsales de medios de comunicación o de aficionados con dinero dispuestos a ver a su equipo jugar una final descontextualizada. Quién sabe los tesoros que el viajero pierde a causa de uno de los regímenes más tiranos que existen en el mundo.

Seguiré soñando con ver La Meca, dar las siete vueltas a la Kaaba y tirar piedras al muro del diablo. Mientras tanto, visitaré las mezquitas de este lado del mundo y viviré un simulacro de peregrinación laica en cada una de ellas. Podré consolarme con Ibn Battuta, Ludovico de Varthema, Alí Bey o Richard Burton. Todos esos viajeros, en parte, viajaron por mí y por tantos otros. Leer mantiene vivos los lugares, por muy lejos que estén de nosotros. Y si se nos queda la miel en los labios, siempre nos quedará el café.

TERCERA PARTE

*

Los pilares de Occidente


TAVOLA QVINTA, CHE HA SVA SVPERIORE LA TAVOLA PRIMA
MARE MEDITER
TREMISEN
TVNES
DESERTO LASLITEM
CAHSA R.
TARSA R.
L'INFERIORE A QVESTA, È LA TAVOLA. XIII. E. XIIII.

Mirar un mapa significa poseer el territorio, elevarse sobre la propia realidad para entender el todo en el que vivimos. Roma suele ser el centro de muchos mapas y hasta el corazón del Vaticano se dirige mi recuerdo. Camino por los ciento veinte metros de la Galería de los Mapas. Tras la puerta, los pasillos se bifurcan. Uno de ellos lleva hasta la Capilla Sixtina. Pero yo permanezco en la larga estancia. Por las ventanas, el patio del Belvedere deja entrar la luz natural de agosto. Esta impacta contra las formas del azul prusia y las olas parecen cobrar vida. Camino, voy de un lado hacia otro, me detengo, respiro, aguzo la vista para atrapar un detalle, estiro el cuello. Hay decenas de mapas a mi alrededor. Me rodean. Son geografías familiares. Las he estudiado en los libros de mi biblioteca. Muchas de esas representaciones las he visto ya, en otros viajes. Otras las he caminado. Al contemplarlas pienso en el aire fresco en la cara, en alguna fotografía, en una compañía inolvidable. En el mejor de los veranos.

La Galería de los Mapas del Vaticano es un proyecto humanístico del siglo XVI. El papa Gregorio XIII quiso reunir toda la geografía de Italia en un mismo pasillo. Aspiraba a concentrar, con un solo golpe de vista, todas las tierras de una península poderosa y llena de riquezas. Llamó a Ignazio Danti para que se ocupase de la mayoría de las composiciones. Se suceden regiones y ciudades, planos urbanos mezclados con bocetos de campiñas y montañas escarpadas. Del Piamonte a Sicilia, del Lazio a Umbria, Cerdeña como un regalo del mar, las formas geográficas se representan con una exactitud científica. Tal vez aquel fuese el único reducto de paz de un papa melancólico.

El *Trattato Universale* cumple esa misma función. Durante cinco años Urbano Monti compuso cuatro tomos de una obra que hablaba de historia, de geografía y de las curiosidades del hombre moderno. Pero la grandeza de su obra se esconde en el tercer volumen. Se trata del planisferio. Este se compone de sesenta láminas pensadas para ser unidas en cuatro tablas trapezoidales. El mapa en su conjunto adquiere una proyección en la que los paralelos forman círculos concéntricos en torno al Polo Norte. El resultado es novedoso. El Ártico queda en el centro de la imagen. Conforme el mapa crece, emergen los continentes. La Antártida es un territorio intuido, dividido en múltiples láminas sin concretar, donde aparecen retratos de hombres ilustres de la época.

Las partes que representan la geografía de Europa adquieren una exactitud diferente a la del resto del mundo. Monti sacó la lupa. No dibuja a ciegas. En el filo del Mediterráneo se encuentra Troya, una ciudad fantasma. Atenas es insignificante. Sus días de esplendor ya han pasado, como este lado del mar de Monti, lleno de batallas entre religiones. Es una herida abierta al acercarse a Lepanto. Hacia Italia se dirige mi mirada, entre islas y puertos antiguos. Roma carga el peso de una cruz más grande que sus murallas y sus edificios. Hacia el oeste el territorio es conocido, familiar. Las ciudades se suceden y una estela acuática guía mis pasos hasta la ciudad de Compostela. Ahí nace el mar. Muere el territorio. Finisterre, anota Monti, ya en pleno oleaje por lo desconocido.

Capítulo séptimo

Grecia, la barca de la nostalgia

Una guerra, multitud de viajes.
El origen de Grecia

La literatura occidental empieza con una guerra. Los primeros versos que se recitaron en este lado del mundo lloraban la desdicha de un héroe, Aquiles, que se negaba a entrar en combate mientras sus compañeros aqueos morían, no bajo las flechas enemigas, sino asolados por la peste. Literatura e historia, la vida tal cual pegándose a las heridas de los hombres. Aquiles decidió luchar y morir joven. Héctor fue arrastrado, ya cadáver, en una carrera lastimera bajo las ruedas de una biga. Las lágrimas de Príamo surcaron las tiendas de los griegos para rescatar el cuerpo de su hijo. Miles de gestos dolorosos que componen, a día de hoy, los cimientos de nuestra cultura. La clemencia, la piedad, la ira del guerrero, la venganza y la vergüenza son sentimientos que nos acompañan y que ya están descritos en la *Ilíada* con una familiaridad pasmosa. Pero si todo empezó bajo las murallas de Troya, es de justicia señalar que, antes de ser empuñada la primera espada, fue el viaje lo que conformó esta historia. La misma de nuestros días.

Resultó un viaje largo y doloroso. Los navíos troyanos volvían a su ciudad con Helena encerrada en la bodega del barco, para salvar las miradas de los espías de Menelao. Recién raptada de Esparta, la locura de los hombres generaría una guerra sin precedentes, aunque culpasen a la belleza de una sola mujer. Lo que sucede a través de los versos de la *Ilíada* es la crónica de una peregrinación guerrera, el resultado de una multitud en movimiento surcando el Egeo en busca de recompensa. Lo descubrimos en el Canto II, lo que se conoce popularmente como «El catálogo de las naves». Homero hace un alto en el camino y se aleja de los hechos. Abandona las playas de la Tróade y describe una a una la procedencia de todas las embarcaciones aqueas. Son todos hombres que dejaron sus hogares para acudir a su cita con el destino. Troya es un lugar alejado, en un extremo del Egeo, ya en la península anatolia. Un punto desconocido para la mayoría de los soldados, que apenas habían superado nunca las murallas de sus ciudadelas.

Homero comenta que los viajeros armados provienen de todas las partes de la Hélade. Regiones y ciudades dispuestas a consumar la destrucción de una civilización, de condenar su memoria al fuego. Son soldados que momentáneamente se han convertido en viajeros. De Ática, Beocia, Fócide, Lócrida, Tesalia, Micenas, Lacedemonia, Pilos, Etolia, Creta, Dodecaneso y el golfo Sarónico, decenas de territorios independientes unidos por la universalidad de la guerra. Cita el poeta ciego 1186 naves con procedencia de 22 regiones diferentes y aproximadamente 169 enclaves, lo que demuestra que, desde bien temprano en su historia, Grecia fue un pueblo en movimiento, una civilización en marcha.

Y si en el inicio de la guerra las piezas del tablero se conformaron con viajes multitudinarios, en el final no podría haber sido de otra forma. Troya era un manto de ceniza triste cuando los

griegos supervivientes levaron anclas para volver a sus hogares. Tras diez años de asedio, el mundo había cambiado por la fuerza de la espada. Los griegos retornaban victoriosos por un mar plagado de peligros. Sirenas, peñascos en la niebla y esposas enloquecidas por los celos, la violencia y la tragedia protagonizaron el final de la mayoría de los héroes. Así descubrimos que Agamenón fue asesinado a su llegada a palacio, tras haber realizado una penosa travesía marítima.

El segundo pilar de la literatura occidental es la *Odisea*, que cuenta el regreso de Ulises a Ítaca, el viaje con mayúsculas que todo ser humano anhela realizar. Se sospecha que la *Odisea* es la única obra superviviente de todo un género literario llamado «nostos» (del griego «vuelta al hogar»). Nadie sabe la cantidad de versos, perdidos para siempre, en los que se hubiesen contado las peripecias de los héroes, tras vencer en Troya, para regresar a casa. En los deseos de los hombres quedarán las descripciones de las ciudades, los naufragios de los marinos famélicos o las reflexiones de Néstor, el único de los combatientes que tuvo un regreso dulce a la patria, en la colina de Pilos. La belleza de esta paradoja que llamamos olvido ha querido que sean dos personajes contrapuestos los que marquen las pautas del viajero, el símbolo del destino. Por un lado, Ulises, triunfador de Troya, y por otro, Eneas, el refugiado que huyó de la ciudad en llamas con un padre y un hijo a cuestas. Dos caras de una misma moneda. Dos senderos de un mismo viaje.

Alejandro Magno lee la *Ilíada*

Troya no fue solamente un cuento para niños. La fuerza y la magnitud que provocaron la *Ilíada* en toda la historia de Grecia se demuestran en la figura de Alejandro Magno. El rey macedonio no podía ser considerado ni siquiera un griego de pura cepa. Ni mucho menos había nacido en Atenas o en Tebas, sino en una región que limitaba con las fronteras sentimentales de la Hélade. Pero desde niño el libro de Homero había sido su obsesión. Cuando invadió Persia con un ejército compuesto por hombres de todas las procedencias del mundo egeo, Alejandro se desvió de la ruta y entró en la ciudad de Troya.

¿Qué quedaba de aquella ciudadela que Homero había descrito con tanta elocuencia? Nada. Troya había sido destruida, reducida a escombros, y sus habitantes habían sido vendidos como esclavos. Pero eso había sucedido al menos diez siglos antes de que el monarca macedonio intentase rescatar las ruinas de la ciudad. Alejandro leyó la *Ilíada* no solamente como un libro de historia, sino como una guía de viaje. Se desnudó ante la tumba de Aquiles, en el montículo que guardaba la memoria del hombre que más cerca estuvo de la inmortalidad, y corrió alrededor de su sepulcro. Lo que había leído en la *Ilíada* estaba ahí. Alejandro había emprendido la conquista del mundo por una necesidad de superación histórica, pero también como cumplimiento de una promesa con la posteridad. Quería alcanzar la memoria de las generaciones posteriores. Y ese viaje alucinante por territorios desconocidos se había iniciado de la mano de Homero. Con una guerra antigua. Con un viaje que continuaba.

Lo que queda de Troya,

Ítaca y Micenas

Cuando me deslumbró la cultura griega, de niño, imaginaba visitar las ciudades en las que los héroes homéricos pelearon hasta la caída del sol. No era Atenas mi puerta de entrada al mundo helénico, sino ciudades míticas que iban construyéndose en mi cabeza. Atenas aparecía siempre en los libros con su Acrópolis, esa piedra blanca de perfil orgulloso, de resistencia al tiempo. Pero no sucedía eso con Troya, a la que yo veía, a la luz de una lámpara en las largas sesiones de lectura, con un color similar a la arena, elevando sus murallas hasta casi provocar una sombra perpetua en las playas de la costa turca. En mi mente de niño quedaba muy marcada la frontera entre la imaginación y la historia. Atenas era esplendor porque existía. Pero eso la hacía también previsible. Troya, en cambio, no se acababa nunca. Adquiría siempre la forma deseada.

Poco queda de Troya y menos aún de Ítaca. Tal vez sea Micenas el espacio homérico que mejor se conserve. Los tres lugares llevan impresos el nombre del arqueólogo alemán Schliemann, que, como un Alejandro decimonónico, desenterró una civilización perdida y le dio sentido a un libro. En Micenas, la Puerta de los Leones me recibió bajo un sol aplastante que convertía las sombras de los demás viajeros en figuras de polvo. Es el acceso a la ciudadela. Por la rampa imperial se escala, dejando atrás las murallas ciclópeas hasta la Acrópolis, lo que un día fue el Palacio, el Propileo y el lugar donde un Agamenón, fuese quien fuese, recibía a los demás dignatarios extranjeros.

Frente a los leones pétreos tomé consciencia por primera vez de que aquella historia que contaba Homero podía ser cierta. A las afueras del enclave arqueológico tropecé con un edificio fascinante. Desde el interior de la tierra, una falsa bóveda sirve de constelación para los muertos antiguos. Es el Tesoro de Atreo, una tumba milenaria construida en forma de *tholos* que protege del sol a los viajeros y demuestra que el mundo homérico no está compuesto solamente de espadas y dardos.

Más difícil es imaginar el aura de Homero en Ítaca. Llegar hasta la diminuta isla del archipiélago de las Jónicas me costó casi dos días de ruta por carretera y mar. Muchos pensarán que el lugar, patria de Ulises, no es más que una invención, pero el territorio existe. Ítaca hoy en día es una isla de pequeñas dimensiones, un trozo de tierra flotando en el mar Jónico que recibe solamente algunos viajeros en verano. Son los que han pasado previamente por Cefalonia, otra isla despoblada de cruceros que vive a la sombra de Corfú. En Ítaca apenas hay una construcción palacial, al oeste del monte Nérito, al borde de los acantilados de Lefki. Algunos han identificado los tres muros de piedra perezosa que apenas se levantan del suelo con el palacio de Odiseo, el mismo en el que Penélope bordaba noche tras noche aguardando la llegada de su esposo. Entre los pinos y algún olivo de escasa sombra, el mar resplandece con un azul intenso y los perros cumplen el horario de la siesta con más puntualidad que los viajeros. Comprendí que había muchas formas de leer a Homero, y que a través de las piedras antiguas también se entienden paisajes de la *Ilíada* y la *Odisea* sin necesidad de clases magistrales. Son lugares literarios que viven en el sentimiento universal de una patria: el mundo clásico.

Conócete a ti mismo, viajero

Pocos lugares existen en el mundo en los que me haya sentido tan en casa como en Delfos. Tal vez por eso conservo una postal de su *tholos*, en perspectiva con el monte Parnaso, que me acompaña en cada mudanza hacia la nueva ciudad de destino, como si su fuerza telúrica protegiese mi nueva vida que comienza en cada traslado. Algo similar buscaban los griegos cuando peregrinaban al oráculo.

El viajero Pausanias testimonia, en el siglo II d. C., su paso por el Oráculo de Delfos, la síntesis de lo que significaba ser griego. Lo encuentra decrépito, en muchos aspectos casi en ruinas. Pasea por sus templos y aprecia que la gloria de la historia griega ya pasó. Intento hacer su mismo recorrido. El templo de Apolo se ubicaba justo al lado de la Fuente Castalia, descrita también por Pausanias. Ya en su tiempo apenas un hilo de agua corría por el riachuelo. En el nuestro no queda nada de agua. Sin embargo, el ambiente natural aún me abruma, como si una fuerza antigua emanara de cada grieta. Si bien es cierto que las ruinas se agolpan de forma desordenada por la colina sagrada, vislumbro, sin necesidad de cerrar los ojos, el esplendor de los tiempos pasados. Cada polis griega construyó su templo aquí, la morada de sus dioses, donde guardaban el tesoro de la ciudad, los ahorros que habían reunido con el sacrificio de sus arcas públicas. Se trata de una ciudad-santuario formada por templos que apabullaban al peregrino en cada paso.

El caminante antiguo se topaba con una inscripción en el templo de Apolo. El peregrino acudía al lugar sagrado desde todas las partes de la Hélade para buscar respuestas a sus preguntas. Se asomaba al pronaos y observaba la frase inscrita en el mármol: «Conócete a ti mismo».

Ese aforismo es esencial para la historia de Grecia. El viajero que llegaba a Delfos debía asumir primero el examen de su persona antes de preguntarse por otras cuestiones. Y por eso encontramos pocos ejemplos en el Mundo Antiguo de civilizaciones que estudiasen tan a fondo su propia existencia. Los griegos, antes de salir al mundo para averiguar sus límites, habían estudiado su historia, se habían preocupado por explicar las razones de su existencia en el entorno natural, habían delimitado su geografía y por todo ello guardaban cierta superioridad moral cuando miraban a los demás. Solo de esta forma pudieron, con el devenir de los siglos, lanzarse a la conquista cultural de otros territorios.

Si nos fijamos en otras civilizaciones coetáneas, como la egipcia, el grado de autoconocimiento demostrado es inferior. Resulta difícil comparar dos pueblos distintos y nos arriesgamos a incurrir en anacronismos, cuando no en errores groseros, pero forma parte también del viaje por la historia. Un primer obstáculo para los egipcios era la geografía. El desierto limitaba el acceso a sus confines. Una de las mayores obras de la historiografía egipcia se llevó a cabo en pleno helenismo, gracias a Manetón, que, fijándose en las listas reales egipcias, logró componer una cronología bastante rigurosa de los faraones. Pero en ese gesto de sabiduría encomiable ya residía el espíritu griego.

El caso de Mesopotamia es aún más clamoroso. El emperador persa Darío recorría su territorio, según cuenta Heródoto, en las numerosas campañas militares de conquista y no volvía a pisarlo nunca más. Era como un terreno baldío de su propiedad, ajeno a su existencia, pero celosamente suyo. En ambos casos, tanto en Egipto como en Mesopotamia, las fronteras de sus imperios eran líquidas. Se agrandaban y estrechaban sin necesidad de cambios dinásticos. El pueblo griego emprendió la tarea más difícil de todas, conocerse a sí mismo para después conocer el mundo. Un pueblo en movimiento lleva inscrito en su ser el viaje, y por eso todo lo griego permanece en

nuestra cultura, aunque sea a través de otras formas no tan reconocibles.

Colonos por el Mediterráneo

Viajar por necesidad hizo de Grecia una civilización extensa, que sobrevivió en muchas regiones a través de formas culturales que aún perviven en nuestros días. El hecho de que se hayan encontrado ánforas griegas en sitios arqueológicos tan alejados como Cádiz o Yalta, en el mar Negro, nos habla del afán por navegar de los griegos. A partir del siglo VIII a. C. se produjo un éxodo masivo de hombres y mujeres desde Grecia hacia todas las partes del Mediterráneo. El período histórico se ha denominado «colonización griega» y surge ante la necesidad de supervivencia derivada de diferentes problemas. Uno de ellos consistía en la falta de espacio geográfico para cultivar la tierra. Grecia es un país tremendamente accidentado, con cadenas montañosas que parten la península y el Peloponeso en valles angostos y con un rosario de islas que forman numerosos archipiélagos. Salvo Creta, la mayoría de las islas tienen un tamaño tan reducido que resulta difícil desarrollar una agricultura o ganadería extensiva. A esto se le suma el aumento de población y las invasiones de pueblos indoeuropeos que desde el norte amenazaban su supervivencia.

El resultado lo resume perfectamente una cita apócrifa de Tucídides. «Atenas son sus ciudadanos y no sus murallas». Mi profesor de Filología Griega de la Universidad de Granada, José María Camacho Rojo, solía citarla en clase. Nunca hizo alusión a la parte exacta de *Historia de la guerra del Peloponeso* en la que se ubicaba y no he sido capaz de encontrarla. Se refería el supuesto Tucídides a la destrucción de Atenas por parte de los persas en el 480 a. C., en plena guerra médica, pero sirve también para la colonización. Esta idea de que la ciudad, esa mezcla sentimental entre patria y hogar, residía en el interior de cada ciudadano es decisiva en el devenir de Grecia. Lo que hicieron las expediciones de colonos fue crear miles de patrias diseminadas, todas tan griegas como Atenas o Corinto, aunque estuviesen en el sur de la península itálica o en la Costa Azul.

El procedimiento para realizar el viaje constituía un ritual en el que intervenía toda la comunidad. Primero se designaba un líder de la expedición, el que fundaría la ciudad allende los mares. Se trata del *oikistes*, que debía acudir al Oráculo de Delfos para interrogar a la pitia por el devenir de su expedición. De estos viajes surgió el género literario de los «periplos», narraciones en las que se cuentan los entresijos de la ruta marítima.

Una vez delimitada la expedición, prendían antorchas con el fuego sagrado de la ciudad que dejaban y lo transportaban hasta el destino final. Ese fuego se mantendría vivo como recuerdo de un pasado común. Pero el viaje no estaba exento de peligros. Aunque los griegos llegaron a ser excelentes marineros, las técnicas de navegación en el siglo VIII a. C. aún distaban mucho de ser completamente eficientes. Podemos imaginar a todo un pueblo en la barriga de uno de esos barcos de madera, crujiendo a cada golpe de mar, esquivando la niebla y sin faros que guiaran su marcha. Eran, en su mayoría, gente humilde que se había visto obligada a abandonar su patria en busca de nuevas oportunidades. Eneas de carne y hueso, rostros anónimos que atravesaban el Mediterráneo en pos de un futuro que su tierra les negaba.

Muchas de las ciudades que fundaron serían, siglos después, ejemplos de riqueza y desarrollo.

Las colonias que más prosperaron fueron las ubicadas en el sur de Italia y Sicilia, lo que se conoció como Magna Grecia. Síbaris llegó a ser el símbolo del bienestar y la opulencia en toda la Antigüedad, legando el término «sibarita» a la posteridad, que describía a sus ciudadanos como hombres que gustaban del lujo y la buena vida. En la lista de las colonias ricas encontramos Tarento y Siracusa, el lugar al que acudió Platón para hacer efectiva su República de filósofos, antes de ser vendido como esclavo.

Las colonias incluso podían enfrentarse a la metrópolis, como sucedió con Córcira, la actual Corfú, situada en la isla de Epiro, que había sido fundada siglos antes por ciudadanos de Corinto. El conflicto desembocó en la guerra del Peloponeso, el final de la hegemonía ateniense en el mundo griego. Los griegos fundaron cientos de colonias hasta el siglo V a. C., cuando el proceso casi desapareció. Para aquellas fechas, el Mediterráneo ya hablaba griego como lengua común, un instrumento de comercio y de cultura derramado por bahías y golfos en todos los rincones del mundo conocido. El mar común era a esas alturas de la historia un territorio bastante desconocido, pero en sus límites, al menos, se hablaba el griego como lengua de auxilio al llegar a un puerto, salvados de la tormenta.

De camino a Eleusis

Eleusis ya no es una parada obligatoria en el camino. Dejó de serlo hace demasiados siglos. Para acceder a sus ruinas, el viajero debe haber estudiado a conciencia la cultura griega y disponer del tiempo suficiente para desplazarse hasta el extrarradio de Atenas. Sacrificará, sin embargo, una tarde contemplando la Acrópolis, la mitad de las salas del Museo Arqueológico o una cerveza en el monte Licabeto.

El de Eleusis fue un santuario que los griegos llamaban «misterio», un culto de carácter iniciático en cuyas celebraciones se adoraba a Deméter, la diosa de la agricultura, y a Orfeo, el héroe que bajó a los infiernos por amor. De Atenas a Eleusis había un camino que los atenienses llamaban «vía sagrada». Empezaba en el cementerio del Cerámico. En la ruta, los peregrinos desfilaban gritando obscenidades y preparando la mente (y el cuerpo) para el goce dionisíaco. Vino y amor para acceder a los dioses.

Hoy no hay separación urbana entre la capital y Eleusis. El área metropolitana de Atenas ha engullido una urbe que en su parte moderna es blanca, impersonal, pegada a la costa por el golfo Sarónico, a la altura de la isla de Salamina. Pero los restos arqueológicos guardan la memoria de aquel misterio, de los templos que iniciaban sus rezos debajo de la tierra, en forma de cuevas sagradas y que salen a la luz, dos mil quinientos años después, con la timidez de quien esconde un secreto, tal vez el mismo que era revelado a los iniciados, tras varios días de éxtasis y noches sin luna. Merece la pena hacer una pequeña excursión a Eleusis, reflexionar sobre una creencia que se inició en época micénica, allá por el 1500 a. C. y que vio su fin, tras una larga decadencia, cuando la religión de Cristo se impuso en tierras helenas, con el cierre de su templo dictado por Teodosio I en el 392. El cristianismo ya se había impregnado decisivamente de aquella dialéctica órfica del alma encarcelada en un cuerpo mortal. Pero desechó la parte más interesante del misterio. Eligió odiar al cuerpo en virtud del alma, en lugar de quedarse con el disfrute de los dos.

Visité Eleusis dos veces en mis viajes por Grecia. Aún me gusta dirigir el recuerdo hacia la

explanada arqueológica que guardan estudiantes de la universidad durante los veranos. El precio de la entrada es irrisorio. Uno camina en absoluta soledad por las ruinas del misterio, sin árboles a los que recurrir para apaciguar el calor. Poco queda del patio sagrado en donde los sacerdotes recibían a los peregrinos y los preparaban para una noche de celebraciones. Unas escaleras ascienden al templo de Deméter, esa divinidad conectada con el nacimiento y muerte de las flores. Tras él, una pequeña cueva esconde el terreno. Se trata del Plutonion, el lugar central de Eleusis, donde se rendía culto a la muerte, una de las puertas al más allá para los griegos. Me gusta contemplar ese espacio vacío en silencio. Su hueco responde a una dialéctica de olvidos y presencias. No es más que un trozo de tierra arrugada, salpicada de piedras, por donde crecen las hierbas, pero en la respiración del suelo se percibe cierto hilo que une el mundo de los vivos con la muerte. Al menos así lo pensaban los griegos. Tal vez por eso siempre vuelvo a Eleusis en cada viaje a Grecia.

Catábasis:
viajes al inframundo

Descubrir los secretos de los misterios délficos o eleusinos significaba entrar en contacto con el mundo de los muertos. Se llama «catábasis» al viaje que un mortal realiza al inframundo. Desde el Egipto faraónico, cuyos monarcas atravesaban el umbral hacia la muerte en una barca sagrada por el Nilo, hasta la Roma de Augusto, bajo cuyo mandato Virgilio hizo descender a Eneas al inframundo, viajar a los infiernos adquirió cierta cotidianidad. Pero fueron los griegos quienes perfeccionaron el arte de visitar el reino de los muertos y volver al de los vivos para contarlo.

Todo queda resumido a la figura de Orfeo y su tránsito entre la vida y la muerte, un trayecto de ida y vuelta que da esperanzas a las noches de la humanidad. Orfeo realizó ese viaje terrible por amor. Se enamoró profundamente de Eurídice, un nombre cuya belleza se prodiga poco en nuestros días. La chica murió de forma confusa. Algunas fuentes la matan por la mordedura de una serpiente y otras de manera fortuita junto a su amado. El caso es que Eurídice abandona el mundo de los vivos y Orfeo se queda tiritando su soledad en las orillas de los ríos griegos. Tocando la lira y cantando elegías, consigue ablandar el corazón de los seres que pueblan el inframundo, de dudosa simpatía, y camina con rumbo fijo hacia el alma de su amada. Allí encuentra a Hades y a Perséfone, los dioses del inframundo, y los convence para que acepten su súplica: a cambio de entonar unas melodías más, él podría llevársela de vuelta a la vida. No era un mal trato. Pero las divinidades, celosas de los hombres, incluyen una cláusula. Ninguno de los dos podrá mirar atrás durante el camino de regreso. Al igual que le ocurrió a la esposa de Lot saliendo de Sodoma en la Biblia, Orfeo se deja vencer por la tentación y vuelve la vista. En ese instante, Eurídice se desvanece en una nube de humo y desaparece para siempre. El canto triste de Orfeo nunca más volvería a seducir las estrictas normas del más allá. Pausanias incluso cree localizar en su *Descripción de Grecia* el lugar exacto donde se desató la tristeza de Orfeo debido a su impaciencia. En la ciudad de Tesprótide, donde acudía gente de toda Grecia a rendir culto al oráculo órfico.

El concepto de inframundo en el mundo griego dista mucho de ser el infierno cristiano que inmortaliza Dante. No había una división tan estratificada entre el bien y el mal. El camino de

Ulises, por ejemplo, resulta totalmente diferente del que realiza el florentino junto a Virgilio. El rey de Ítaca no ve solo condenados que sufren, sino muertos, gente que ha perdido su vida y vaga por el país de los no vivos.

El descenso de Ulises, descrito en el Libro XI de la *Odisea*, es uno de los mayores ejemplos que guarda la literatura universal de viajes al infierno. El héroe viaja hasta el país de los Cimerios para preguntarle al adivino Tiresias la fórmula para volver a casa, después de tantos años de naufragios. En las sombras del infierno, se encuentra con rostros conocidos que caminan en la oscuridad. Se trata del alma de muchos de los compañeros que dejaron sus vidas en las playas de Troya durante el asedio. También se cruza con mujeres que perecieron en la toma final, la noche del caballo que él mismo había ideado. Finalmente, ve el rostro de su madre. El viaje hacia Ítaca será largo, le vaticina Tiresias. Deberá temer más el regreso a su patria que el mundo de los muertos.

Los griegos realizaron una geografía del más allá con su correspondencia exacta en el terreno de los vivos. El río Aqueronte, situado en el norte de Grecia, era considerado como un acceso directo al inframundo. Los viajeros llegaban hasta sus aguas y se bañaban con cierto escepticismo. Era un punto de unión entre los vivos y los muertos, como los altares de Eleusis, las cuevas de Delfos y el cabo Ténaro, en la península de Mani, al sur del Peloponeso, un territorio pedregoso en el que se despeñan las olas que vienen de Egipto.

La geografía del más allá griego es confusa. Resulta, en ocasiones, vaporosa, pues dependiendo de la fuente que se consulte el Hades tendrá unas características diferentes. La primera referencia la encontramos en Homero, aunque siguiendo la lectura cronológica, Hesíodo, los *Himnos homéricos*, Píndaro y hasta filósofos como Platón también se atreven a formular su hipótesis arquitectónica del infierno. Hay entradas que se corresponden con lugares reales de la geografía griega, donde acudía gente de todos los rincones del país para cantar alabanzas. Solían ser ríos o lagos, emplazamientos relacionados con el agua. Hay cinco ríos que convergen en una ciénaga. Son los llamados «ríos infernales», el Estigia, cuyas aguas transportaban el odio de los mortales, el Flegetonte (río de fuego), el Lete, conocido como «río del olvido», el Cocito y el Aqueronte, situado en la región de Epiro, al norte.

Caronte actuaba de dios psicopompo en el trayecto infernal, un guía espiritual para que las almas de los muertos no quedasen vagando por las aguas. Se han identificado los ríos infernales con todo tipo de lugares reales. Desde Tracia hasta las Canarias, no hay investigador que no haya intentado traducir ese espejo infernal al lenguaje de la realidad. Las cuevas también servían como pasadizo de un mundo a otro, como los señalados en Cumas, a las afueras de Nápoles (allí se encontraba un oráculo reconocido en el Mundo Antiguo) y en el cráter del Etna, en Sicilia.

Dentro del inframundo, el Erebeo es un lugar de paso donde las almas se confunden y buscan su lugar en la eternidad, siempre a expensas del recuerdo de los vivos, que alimentan sus sombras con las ofrendas en los templos. Calle abajo, en lo más profundo del sendero, se halla el Tártaro, el infierno tal cual, con todas sus acepciones negativas. Es un lugar de castigo, el punto de llegada de Caronte, quien con el remo empuja a las almas hacia la otra orilla de la laguna Estigia. En el Erebeo se encuentra al perro de tres cabezas, Cerbero, que escolta al alma por el Valle de los Lamentos hasta la Planicie del Juicio, donde tres jueces dictaminan el lugar que se merece eternamente el alma juzgada. Si el juicio ha sido benévolo, marchará a los Campos Elíseos, la avenida más aclamada del inframundo, donde los justos llevan una eternidad

placentera. A lo lejos se descubre el palacio de Hades y Perséfone, con sus innumerables puertas y torres.

Este recorrido permaneció durante siglos en el imaginario colectivo de Grecia. Después pasó a Roma a través de los libros y los esclavos, y ha llegado hasta nuestros días cristianizado, con variantes pero con el mismo sentido simbólico de entender la muerte como una eternidad, un juicio de valor a la conducta de una vida. No es de extrañar que Cristo volviese de entre los muertos al mundo de los vivos, si ocho siglos antes Ulises y Eneas ya caminaron por el inframundo para regresar triunfantes a la vida.

El filósofo y el barco

Y del mito al logos. Del mundo de los muertos viajamos al de los vivos, a un momento concreto en la historia que representó un salto de gigante, la chispa necesaria para que la pólvora griega inundara de conocimiento el Mediterráneo. Hablamos de la aparición, en Jonia, de un grupo de pensadores que empezaron a contemplar el mundo desde la reflexión, dejando a un lado las leyendas de los héroes. Ocurrió en el siglo VI a. C. y a aquellos hombres pensantes se les llamó filósofos presocráticos

Se dieron cuenta de que la naturaleza se movía no por azar, sino siguiendo las pautas de unas leyes determinadas. Establecieron una relación entre «ley» y «logos». El universo, la materia de la que participa el ser humano y en la que vive, se dispone mediante un orden lógico. Se sostiene por una racionalidad. Fue el primer conflicto entre ciencia, pensamiento crítico y creencia.

Se ha estudiado a fondo por qué la filosofía occidental echó a andar en el siglo VI a. C. en este archipiélago de aguas turquesas. En aquel tiempo, Egipto llevaba más de dos mil años derramando su poder por el mundo, como Mesopotamia. Y sucedió en Jonia precisamente por el anhelo de sus habitantes de comunicarse. El aislamiento natural de las islas promovió que los puertos jonios se convirtiesen en un florecer de conversaciones de personas venidas de todo el mundo. A los comerciantes se sumaban los marineros, agricultores, ganaderos, soldados y pensadores que escuchaban mecidos por las olas de la ensenada miles de historias provenientes de todas partes. Los puertos jonios actuaron como grandes redes de pesca para el pensamiento universal. Día tras día, iban pegándose a sus ágoras nuevos dioses, técnicas mercantiles y discusiones sobre el origen de la vida.

Así se conformó una necesidad de encontrar respuestas a preguntas que ni los relatos provenientes de otros mundos podían satisfacer. Los primeros filósofos convirtieron su soledad en una virtud y salieron a buscar por el mundo una respuesta complaciente con el raciocinio. Por eso los presocráticos resultaron unos viajeros experimentados, que no dudaron en viajar miles de kilómetros para hallar la solución a sus dudas. Los viajes filosóficos significaron también la confirmación de que el mundo debía ser conocido, porque formaba parte de las necesidades del hombre. La naturaleza rodeaba al ser humano y el conocimiento de esta sería crucial para entender también el propio funcionamiento humano.

Tales, considerado el primer filósofo presocrático, nació en Mileto, en la antigua región de Lidia, que hoy pertenece a Turquía. Formuló la idea de que el agua era la materia primigenia de todo lo existente. Todo estaba compuesto de agua y a través de ella viajó hasta Egipto y

Babilonia para impregnarse de un conocimiento diverso al suyo. Sus viajes produjeron grandes avances en el campo de la astronomía y las matemáticas. Anaximandro también nació en Mileto y se destacó por sus continuos viajes por todo el mar Negro. Cuentan que llegó a dibujar un mapa de toda la costa para que los comerciantes jonios pudiesen navegar los mares con la confianza de quien conoce el terreno como la palma de su mano.

Pitágoras alcanzó una fama de viajero como pocos en su época. Dicen que estuvo en Egipto, en Arabia y que incluso llegó a la India, algo que muy pocos griegos antes de Alejandro habían logrado. Se afianzó en la Magna Grecia y allí fundó una escuela pitagórica que revolucionaría el pensamiento, fuente filosófica para autores como Platón o Aristóteles. También se le ha relacionado con los cultos mistéricos. Aficionado a ellos o no, lo cierto es que Pitágoras representa a la perfección el viajero necesitado de conocimientos, para el que no existen más fronteras que su capacidad de soportar la ignorancia.

Parménides dejó su Magna Grecia para visitar Atenas y otras polis. Meliso de Samos, comandando una escuadra, surcó el Egeo de una punta a otra y Anaxágoras se vio obligado a abandonar su Clazómenas natal, en Lidia, para trasladarse a Atenas como refugiado de guerra. La mayoría de filósofos presocráticos encontraron el viaje como una razón de ser para ensanchar su conocimiento. La filosofía griega nació gracias al impulso viajero de esos pensadores que, a medida que contemplaban los puertos jonios llenarse de comerciantes, decidieron sortear los límites de las verdades asumidas. Jenófanes de Colofón sintetizó en una máxima sencilla el impulso humano de aquella época, tan decisiva en la historia como atrevida: «Si los bueyes tuvieran dioses los representarían como bueyes». Posteriormente, la filosofía sería siempre en Grecia una fuerza en movimiento. Platón declamó sus ideas en decenas de polis del mundo heleno, desde Siracusa a Atenas, y Aristóteles buscó la universalidad en Macedonia, en su afán por conquistar a través del conocimiento todo el mundo a su alcance. Viajar es, ante todo, una filosofía, nos enseñaron los griegos a lo largo de sus siglos de esplendor. Y no la abandonaron nunca.

Heródoto sale a recorrer el mundo

Heródoto se considera el primer viajero consciente, el hombre orgulloso de serlo, cuyo cometido en la vida consistía precisamente en recorrer el mayor número de ciudades posible para testimoniar lo que había sucedido en ellas. Su *Historia* no solamente es el libro fundacional de la ciencia histórica, el primer acercamiento serio y consensuado con la razón, sino un acuerdo tácito entre la verdad de los hechos y el relato. Su método es rabiosamente moderno. Lo observó de forma impecable Ryszard Kapuscinski en *Viajes con Heródoto*, ya mencionado en estas páginas. Para el corresponsal polaco, la técnica de Heródoto puede pasar por la del periodista de conflictos contemporáneo: es un hombre que accede al lugar y pregunta a la gente local sobre lo sucedido. Así actuó en Asia Menor, al hablar de la sublevación jonia, los días en los que Anatolia ardía para dar paso a las guerras médicas.

Aunque Heródoto había nacido en Halicarnaso, su radio de acción fue el mundo. Así lo definió en una frase de su *Historia*, cuando afirmó que escribía para que «el tiempo no abata el recuerdo

de las acciones humanas». Pareciera una lucha contra el olvido la que disputó el griego. Y aquella batalla se celebraría en todos los frentes posibles del conocimiento. Empezando por el geográfico, ligando fronteras y pueblos, pasando por el noble oficio de escrutar las piedras del camino para hallar la respuesta a un pasado confuso. A Heródoto le tocó vivir el siglo de Pericles, la época dorada de Atenas, cuando la democracia se abría paso entre modelos de Fidias y Policleto. La ciudad arrasada por los persas ya es solo un mal recuerdo. Ahora representa la fuerza de una nación joven, ansiosa por ocupar su lugar en la historia. Fue la chispa que le hizo investigar sobre aquel conflicto entre Oriente y Occidente. Visitó el viajero los campos de batalla, la bahía de Salamina, el estrecho lánguido de las Termópilas (hoy convertido en una carretera impersonal, el mar retirado, con una estatua que guarda más una estética soviética que clásica) y las colinas suaves de Platea. Acude al norte para investigar los estragos que los persas cometieron en su entrada a la península y escribe su verdad sobre los hechos, exagerada para nuestros días (él presume que solamente trescientos espartanos vencieron a dos millones de persas), pero no tan distinta en la esencia de los mejores manuales actuales de historia.

Las causas del enfrentamiento entre los persas y los griegos lo llevan hasta el corazón del Imperio persa. Heródoto viaja a Babilonia y la describe con una curiosidad asombrosa, observando cómo el agua del Éufrates inunda los templos cuando se desencadenan crecidas. Pasea por sus murallas, largas y dentadas. Poco a poco va completando un mosaico de recuerdos y anécdotas que conforman la cultura persa, los enemigos de los griegos, los que estuvieron a punto de destruir la Hélade para siempre. Tras Egipto, visita Libia y vuelve a Grecia, rico en experiencias, tal vez con el equipaje cargado de tablillas de barro para escribir, al final de su vida, una de las obras más dignas que jamás se han escrito. Por eso el esfuerzo de hallar respuestas en el interior de las fronteras del enemigo es uno de los milagros griegos. Tal vez no sea tolerancia, pero sí inteligencia y sagacidad, dos virtudes que hicieron de Grecia una civilización eterna.

Su *Historia* dignifica al hombre y propone un viaje por la Antigüedad, sin necesidad de salir del sofá de casa. Una lectura atenta de sus capítulos desprende una cultura casi enciclopédica. Las anécdotas son tantas que es difícil retenerlas todas. Al lector moderno le resulta imposible creerlas en su totalidad, pero eso también forma parte del mundo clásico, ese espíritu doble que transige lo real y lo imaginario. Basta con leer unas páginas para salir satisfecho del mundo que propone Heródoto. Porque está vivo. Continúa respirando a través de las voces de los ciudadanos de las polis, que se afanan en explicar el porqué de una guerra, el orgullo de una victoria. Y es el mayor esfuerzo de comprensión que un griego haya acometido con respecto al mundo que lo rodea. Un griego que escribe sobre Egipto, Persia, Mesopotamia y Libia. Un griego que entiende que el mundo va más allá de sus polis, de sus templos y sus barcos amarrados y que viaja para ser más sabio, para hacer más hermoso el Ecúmene, lo que los griegos entendían como los límites del mundo. Todo eso no hubiera sido posible si Heródoto se hubiese quedado en Halicarnaso, con las velas recogidas y el arado dispuesto a surcar la tierra.

Jenofonte no pudo leer a Cavafis

Otro gran viajero por fuerza mayor fue Jenofonte. En esta ocasión, las causas difieren de las de Heródoto. Sus viajes no tuvieron una motivación universal. A los caminos de Jenofonte se llega a través de la guerra. El general puede considerarse como uno de esos personajes del mundo clásico que supo hermanar las armas y las letras. Su vida resultó apasionante, siempre conjugando estos dos aspectos de la existencia, como un Garcilaso griego.

Habiendo sido discípulo de Sócrates, presenció sus últimas horas en la prisión a las afueras del Ágora, en la colina de Filopapo, un lugar que en la actualidad resiste por sobrevivir entre la maleza. Jenofonte se ganó la vida como mercenario, luchando en las guerras intestinas persas que asolaron el imperio tras su derrota en las guerras médicas. Fue el motivo de su viaje y de su desgracia. También de la mayor de las hazañas acometidas en ese siglo.

Jenofonte apostó como soldado por Ciro el Joven, uno de los hijos de Darío II que intentó arrebatarle el trono a su hermano, el legítimo heredero, Artajerjes II. El ejército de mercenarios espartanos (Jenofonte coqueteó toda su vida sin reservas con Esparta, a pesar de ser ateniense) cruzó el Egeo hasta Sardes, en la península anatolia, polis que inició el conflicto entre griegos y persas un siglo atrás. El número ascendía a diez mil soldados, comandados por Clearco. Desde Sardes se adentraron en Anatolia por Cilicia, hasta rebasar las puertas de Siria e introducirse en Oriente. Fue una marcha rápida. Apenas avistaron la ribera del Éufrates, continuaron corriente abajo para llegar cuanto antes al campo de batalla. En el viejo territorio asirio, donde los zigurats se confunden con espejismos del desierto, a las afueras de Babilonia, se encontraron con el ejército de Artajerjes II. Se conoce como la batalla de Cunaxa y en ella las tropas de Ciro el Joven fueron brutalmente derrotadas.

Los diez mil contemplaron cómo su causa se desmoronaba. Ciro el Joven moría en el campo de batalla, ubicándose la expedición a miles de kilómetros del mar griego, en territorio comanche, sin nadie que les pagara la soldada. Extranjeros y enemigos en tierra hostil, a cada paso los recibían con flechas y las aguas de los pozos envenenadas. Ascendieron por el río Tigris pero en las primeras jornadas de marcha Clearco fue asesinado. Jenofonte asumió la responsabilidad de llevar a los soldados a casa. En dirección hacia el norte, cruzaron Armenia, escalaron sus montañas nevadas y llegaron a divisar la línea de la costa. Se trataba de la ciudad de Trapezus, la actual Trebisonda, una hermosa urbe bañada por el mar Negro. Cuentan que los soldados corrieron a la playa y, arrodillándose frente a las olas, gritaron: «Thalassa, thalassa» (¡El mar, el mar!). Su periplo no había acabado, ni mucho menos. Aún les quedaba bordear todo el mar Negro, aún en territorio enemigo, hasta llegar a las costas de Tracia, pero lo más difícil ya lo habían conseguido. Fueron un ejército en marcha. Un fragmento de Grecia en medio de un imperio en descomposición. Un ejército que se aferró a la melancolía de sus polis para sobrevivir y volver sano y salvo. Muchos se quedaron en Persia y fundaron colonias. Se casaron con mujeres locales y sus estirpes mezclaron la sangre griega con la persa, pero el grueso de la expedición volvió a Grecia con sus familias.

La hazaña se salvó del olvido gracias al testimonio de Jenofonte. Lo relató en un libro llamado *Anábasis*, que puede leerse también como una obra de viajes y de aventuras. El simbolismo de ese ejército perdido entre babilonias nos retrotrae a la idea de que los griegos, por mucho que se alejasen de su patria, llevaban a Grecia en lo más profundo del ser, cumpliendo la máxima de que el viaje de retorno es siempre el más difícil. Jenofonte no estaría de acuerdo con Cavafis, si hubiese tenido la suerte de leerlo. El poeta incita al viajero a seguir hacia adelante, pero

Jenofonte recuerda que siempre es preferible volver a perderse en una travesía eterna. Entre los dos uno siempre aspira al equilibrio.

Alejandro hace del mundo un barrio griego

Hubo un tiempo en el que en los palacios perfumados de Babilonia y en los templos marítimos de Alejandría se leía la *Ilíada.* Este ha sido uno de los momentos históricos que más me han atraído. ¿Un gobernador persa leyendo el pasaje en el que Aquiles llora de rabia por la muerte de Patroclo? ¿Un pastor de los desiertos del Turquestán contando historias que aparecen en las *Fábulas* de Esopo? Todo gracias al personaje más fascinante con el que me he cruzado nunca: Alejandro Magno. Tenía trece años cuando cayó entre mis manos la trilogía de Alejandro escrita por el italiano Manfredi, hoy tal vez superada por una mayor exigencia en las lecturas. Pero aquel viajero que fui con trece años soñaba con conquistar el mundo a lomos de Bucéfalo, dar muerte a Darío III, entrar en Tiro tras haber construido un puente con barcas de madera, perderme en el oráculo de Siwa o vencer la noche en los brazos de Roxana.

La gran responsabilidad de que el Mediterráneo Oriental fuese durante largos siglos un lago griego la tuvo Alejandro Magno. Y la clave, como sucede a menudo en el Mundo Antiguo, hay que buscarla en la guerra. Alejandro había salido desde Pella, la capital de Macedonia, y había conquistado un imperio desbordado y numeroso. Persia adquiría una extensión inabarcable en los mapas, pero eso no le importó al joven monarca. Una a una, fue conquistando y sumando todas las polis, regiones y países que encontró a su paso. Primero logró la unión de todos los griegos, en la batalla de Queronea, imponiendo una paz que suponía el fin de Atenas y Esparta como actores políticos y la destrucción de Tebas (menos la casa del poeta Píndaro, todo ardió). Posteriormente cumplió una venganza fría y rápida. Se anexionó toda el Asia Menor, con un ejército menor en comparación con el persa, pero muy bien organizado. Las Sardes, Mileto y Éfeso, que antaño habían hincado la rodilla ante el sátrapa persa, ahora eran liberadas. De ahí se dirigió hacia Siria, conquistando Tiro, la antigua capital de los fenicios, venciendo en la batalla de Issos, visitando Jerusalén y entrando finalmente en Egipto, el lugar donde fundaría la ciudad faro del helenismo, Alejandría, unas calles que extenderían el saber griego hasta límites que ninguna otra había logrado antes.

En Egipto, Alejandro Magno se sintió hijo de los dioses. Acudió al oráculo de Siwa y este le comunicó su linaje divino. Pero tras un alto en el camino, volvió al mundo de la guerra. En Mesopotamia venció a Darío en Gaugamela. Tomó las tres capitales persas, Babilonia, Susa y Persépolis, y destruyó esta última como venganza por la destrucción de Atenas en las lejanas guerras médicas. Dos siglos había esperado el mundo griego para pasar de defenderse a atacar, de recibir a dar, de reconstruir a destruir. Muerto Darío III, la sed de conquista de Alejandro no se acabó. Acudió con sus tropas al norte, hasta la región del Hindú Kush, donde fue recibido por varios pueblos, entre ellos uno con tintes legendarios: el de las Amazonas. En el norte de la actual Afganistán y Pakistán se casó con Roxana, la hija de un rey tribal.

Alejandro ya había llegado más lejos que cualquier griego, pero su objetivo era conquistar el mundo. Divisó las orillas del río Indo con un ejército maltrecho, cansado de luchar y extenuado

de tanta victoria inútil. Al rey macedonio se le había agriado el carácter. Su ego no conocía límites. Ya no escuchaba a sus generales, amigos de la infancia que, como él, habían aprendido de Aristóteles el nombre de las plantas y las fronteras del mundo. Tras haber dejado en el camino a parte de sus tropas y haber ajusticiado a un buen número de soldados y cargos de confianza por deslealtad (algunos incluso amigos íntimos, como Clito el Negro), decidió poner punto final a su expedición. Al otro lado del mundo quedaba Grecia. Frente a ellos la India, una tierra ignota, y la certeza de que siempre quedarán caminos por descubrir, aunque el viajero fuese hijo de los dioses.

La vuelta a casa fue penosa, atravesando el desierto de Gedrosia, donde hasta los camellos desfallecían por el calor. En Babilonia, la ciudad legendaria que había pertenecido a Nabucodonosor, la muerte sorprendió a Alejandro. Con apenas 33 años había llegado más lejos que ningún mortal. Su final significó la fragmentación de todo lo ganado en vida. El suyo fue un imperio tan grande como efímero, recogido en los textos de Calístenes, otro viajero y amigo del emperador que acabó sus días prisionero, sospechoso de traición.

Pero el mundo griego ya se había vuelto imprescindible para todo el territorio conquistado por Alejandro. A pesar de que se dividió su herencia entre sus generales, todos utilizaron el griego como lengua común. Esa *koiné*, como lo es actualmente el inglés, permitía un intercambio de sabiduría como nunca antes había ocurrido. Los manuscritos y papiros corrían en caravanas y barcos desde Babilonia a Atenas, de Alejandría a Siracusa. El Mediterráneo se convirtió en un mar de olas griegas, que no solo exportó lo griego por el mundo, sino al mundo dentro de Grecia. Grandes figuras romanas, la civilización que no tardaría en ocupar el espacio político de Grecia, vivieron enamoradas de lo heleno, asumiendo que el territorio conquistado los había vencido culturalmente. Cicerón aprendió a dar sus grandes discursos en Atenas, leyendo a Demóstenes. César formó en Grecia su ideal político, al final de la guerra civil, y Adriano le otorgó a Atenas el mayor regalo que un gobernante le puede dar a una ciudad, una biblioteca que hoy en día recibe al viajero si se acerca a la plaza de Monastiraki, a los pies de la Acrópolis.

Ese helenismo sobrevivió en otras culturas gracias a los viajeros, que transportaban en sus alforjas libros y vivencias. Extendieron la memoria de Egipto cuando el país ya estaba en ruinas y la salvaron de caer definitivamente en el olvido. El mundo oriental, desde Alejandro Magno hasta que se impuso el islam en el siglo VI, habló griego, rezó a sus diferentes dioses en griego, celebró sus juicios en griego e hizo el amor también en griego, a pesar de convivir en muchos casos con el latín. Fue una lengua que atravesó fronteras y que viajó por los puertos del Mediterráneo llenándose de dialectos, ricos giros lingüísticos que combinados con el vino y las nuevas amistades se convertían en el inicio de nuevos viajes hacia lo desconocido.

El epílogo de Grecia: Pausanias, el viajero de la melancolía

Tuvo que existir alguien que dejase por escrito que todo lo que significó Grecia fue cierto. Fue Pausanias, el viajero melancólico, quien llegó a la función cuando ya había acabado y se habían encendido las luces. Nació en el siglo II, un tiempo en el que Roma ya había transformado el mundo. Grecia no era más que una provincia romana. Sus principales polis se comportaban como

arlequines históricos, ya alejadas de todo protagonismo político y militar, anestesiadas por el rumor de la irrelevancia. Y sin embargo, aún seguían inspirando el mejor de los relatos cuando los romanos acudían a ellas en busca de sosiego.

Ese es el mundo que le tocó vivir a Pausanias. Y su obra, *Descripción de Grecia*, un vademécum viajero, es un intento de rescatar todo el legado griego y no dejarlo morir en las sombras de los arbustos. Su relato se divide en diez libros. En cada uno de ellos Pausanias visita las regiones de Grecia como un viajero sediento de sabiduría. Acude a los lugares que significaron algo en la historia y los contempla con ojos críticos. Cuenta el relato oficial, la mitología que encumbró el territorio y las devastadoras consecuencias que el tiempo ha obrado en él. El resultado es una guía de viajes de casi dos mil años de antigüedad, donde se dan cabida el humor, la tristeza, la fantasía y el conocimiento puro.

Muchos recuerdos que tenemos hoy de Grecia han pervivido gracias al relato de Pausanias. De esta forma sabemos cómo actuaba el Oráculo de Delfos, que él visita cuando ya se encontraba en ruinas, así como Eleusis, la orgullosa Atenas y la pastoril Arcadia, por citar solamente algunos lugares. El viajero intenta buscar la verdad de los hechos, reconstruir un pasado que admira y que ya no tiene ante sus ojos. Es un hecho triste pero enternecedor que un griego del siglo II ya sintiese melancolía por un mundo perdido, el griego, cuando los amantes de la cultura clásica hubiésemos sacrificado cien ovejas a Cronos para que nos dejaran vivir unos días en el calendario de Pausanias.

En esos siglos de transición hacia un mundo nuevo, surgió un género literario llamado «periégesis» que consistía en la descripción de itinerarios geográficos, por lo general dentro de Grecia. Pausanias fue su máximo representante, pero la posteridad ha guardado otros nombres como Hecateo de Mileto, Dionisio Periegeta o Dicearco de Mesina. Su nostalgia es el epílogo de Grecia. Un canto a las ruinas, que abundaban por los campos, en lo alto de las colinas, cuando los romanos no se preocupaban de reconstruir mucho de lo que habían destruido. Es el ave fénix de la cultura helenística, consciente tal vez de que su tiempo estaba pasando, preocupado por detallar para la posteridad todo lo que fue y lo que permanece a duras penas. Y lo logró. Y con él toda Grecia. Finalmente, los griegos hicieron caso al Oráculo de Delfos y siguieron la máxima que aparecía escrita en el pórtico del templo de Apolo. «Conócete a ti mismo». Se tomaron muchos siglos para que nosotros los conociésemos, pero poca duda hay sobre la pervivencia de lo griego en nuestros días. A Grecia le esperaban siglos de decadencia y de ocupación en los que el patrimonio sufrió un daño irreparable. Hasta que la mirada de los viajeros volvió a posarse en ella. Pero aún es pronto en nuestro viaje para hablar de ellos. Todo a su tiempo. Las etapas deben cumplirse con la exactitud con la que los viajeros llegan a su destino. Como Pausanias, que llegó tarde a todas las polis y puertos, al menos nos queda el consuelo poder disfrutar de ese humo nostálgico que todavía desprende Grecia. Pausanias es final y segunda oportunidad. Un recordatorio de que siempre se está a tiempo de rescatar a Grecia. Un viaje sin fin, porque está en los libros. En cada uno de los viajeros que se proponen conocerla. Y por eso Grecia siempre será la patria de las cuentas pendientes. A ella le debo yo muchas horas de felicidad. Como Pausanias, yo también llegué tarde a la función.

Capítulo octavo

La Roma antigua, el balcón de la historia

El chino Gan Ying quiere llegar a Da Qin

Gan Ying nunca vio la cúpula del Panteón al despuntar la mañana, justo cuando el color plomizo de la piedra volcánica desprende un brillo acuático. Tampoco paseó por los Foros a la hora en la que los senadores se dirigían a la Cámara para debatir la subida del impuesto del pan. Nada de eso pudo contemplar Gan Ying, un extranjero de una tierra lejana que se hubiese impresionado con el tráfico humano en el barrio de Suburra, al otro lado del mercado de Trajano. Tal vez, el mundo de aquella urbe le hubiese asustado. Su ruido, su olor a pescado fermentado de moscas y el tránsito de los gladiadores que iban a morir en la arena. La ciudad lejana era el final de su etapa. Un viaje diplomático destinado a acercar dos formas de dominar la vida de los hombres.

Gan Ying partió en el año 97 de nuestra era hacia Roma. Formaba parte de una embajada mandada por Ban Chao, un general de la dinastía Han que gobernaba los territorios al norte de China. Hacía décadas que los chinos habían escuchado hablar de un poderoso imperio en el otro extremo de la Ruta de la Seda. Lo llamaban Da Qin, el «gran Qin», en recuerdo de una de las dinastías más importantes que hubo. El nombre tenía resonancias propias. Pensaban que aquel país que se asentaba en Occidente debía representar una especie de espejo, una parte de China desconocida. Tres siglos después de la instauración de la Ruta de la Seda, Gan Ying fue mandado junto a un grupo numeroso de exploradores para entablar relaciones comerciales. Eran dos imperios que buscaban darse la mano y así conocer la extensión de sus puños. Pero la embajada se quedó a medio camino.

Solamente alcanzaron las costas del mar Negro, en Persia, una región marginal de Roma. Imaginemos, por ejemplo, que queremos describir la realidad del Caribe basándonos en el relieve litoral de las islas Canarias. Algo similar ocurre con Gan Ying y su relato sobre Roma. Pero lo que no permitieron los pies de los viajeros chinos sí lo facilitarían las palabras. Gan Ying escuchó a otros viajeros, comerciantes y soldados que hablaban de las costumbres de aquellos romanos lejanos. Y redactó un informe de lo que se encontraba al otro lado del gran mar. Habló de sus más de 400 ciudades amuralladas, de los pinos y cipreses que escoltan sus calzadas (quien haya ido a Roma sabe de sus parques y vías, la figura recortada de camino al Aventino, hasta el Jardín de los Naranjos).

En el año 97, Nerva ostentaba el título de emperador. Su gobierno duró apenas un año y medio, lo justo para que Gan Ying oyese hablar de él. De su mandato hay pocas huellas en la historia, eclipsado por otros emperadores posteriores. Sin embargo, el visitante que camine por los Foros Imperiales se detendrá en un extremo del complejo de templos y vías adoquinadas. A pocos pasos de la Columna Trajana (que aún no se había erigido), se encuentra «le Colonnacce», una puerta monumental que daba acceso a un templo. Resisten al paso del tiempo dos columnas corintias y una estatua de Minerva, testimonios que hoy en día pasan desapercibidos ante otros

motivos más jugosos para los turistas (es difícil no contemplar el Coliseo desde la vía Fori Imperiali o la basílica de Majencio, a la derecha, incluyendo la ya citada Columna de Trajano, a nuestras espaldas).

Poco más queda de Nerva hoy en Roma: un foro que empezó a construir su antecesor, Domiciano, al que le aplicaron el peor de los castigos una vez muerto, la *damnatio memoriae.* Y los Foros romanos le han correspondido, a pesar de su corto reinado. «Le Colonnacce», que no pudo ver Gan Ying en su deseo de pasear por Da Qin, pero del que probablemente escucharon hablar los emperadores chinos, tan lejanos como hoy nos parece Nerva.

Eneas, el primer refugiado de la historia

Eneas fue un refugiado. Tal vez el primero cuyo nombre recuerda la historia. Hijo de una derrota, huyó de Troya cuando sus templos ardían, los hombres eran degollados por las espadas aqueas y las mujeres violadas para saciar diez años de guerra (siempre vi en el Berlín del 45, el del asedio ruso, una Troya moderna). Pero Eneas sobrevivió. Escapó por una brecha de los muros de Ilión con su hijo Ascanio entre los brazos y su anciano padre, Anquises, apoyado en el hombro. Una sagrada familia pagana, derrotada, obligada a cruzar el Mediterráneo de una punta a otra sin un destino fijo, huyendo de la muerte para abrazar la vida en un territorio extranjero. Una historia repetida miles de veces en el mar que nos cobija, desde Troya hasta la última guerra de Siria.

No hay nada de la grandeza de Roma que no haya sido ceniza en Troya. La historia que quisieron contar los romanos pasaba por aquella guerra que comenzó siglos antes de que Rómulo y Remo apostaran su reino en una colina observando el vuelo de los pájaros. Eneas era un príncipe troyano sin demasiada importancia, pero relacionado con Venus, puesto que la diosa de la belleza le había dado la vida. Contaba, pues, con la protección de buena parte del Olimpo. Y no era poca cosa para la época, teniendo en cuenta que Ulises, el héroe especular de este Eneas fracasado, pasó diez años vagabundeando de isla en isla porque Poseidón le había cogido manía.

El viaje de Eneas simboliza la búsqueda de la nación romana, aquel lugar en el que los supervivientes de Troya construyeron su nueva patria, más fuerte que la original, pero sin olvidar sus calles. La sangre de Troya corre por Roma, quisieron entender los historiadores romanos, los propagandistas que veían en el Capitolio la cima de su mundo y una sombra del rey Príamo asomándose para ver a Grecia derrotada. Su periplo comienza en Tracia, donde son recibidos con las espadas en alto por los campesinos. ¿Quién quiere acoger a una horda de derrotados que no tienen nada que perder porque lo han perdido todo? La historia de la humanidad podría resumirse en este encuentro funesto. Los troyanos sin Troya abandonan Tracia y se dirigen hacia Creta, la isla sin murallas, porque sabe Eneas que los muros llaman a la guerra.

De camino al oeste, llegan a las islas Estrófades, en las Jónicas. Expulsados por falta de espacio (la tierra no se multiplica cuando hay hambre), son obligados a partir. Los espera Cartago con su reina, Dido, que los recibe con los brazos abiertos. Se produce en este encuentro uno de los momentos cumbre de la literatura universal. La maestría de Virgilio recoge las lágrimas de los derrotados. Eneas, harapiento, exhausto de navegar, entra en el palacio de Dido y observa los murales de sus paredes. Allí se narra la suerte de Troya, el incendio que acabó con la ciudad, el

caballo malnacido, la muerte y destrucción de los troyanos. Eneas llora como un niño al ver reflejada su historia. Troya es la ciudad que no existe pero de la que nunca podrá huir. La lleva pegada a la piel.

El romance no tarda en surgir entre Dido y Eneas. Pero el héroe troyano está llamado a empresas más grandes. Decide partir hacia un rumbo incierto, aún con las ascuas ardientes en el lecho de amor. La despedida es trágica. Dido maldice a su amante y se arroja al fuego. Sus últimas palabras son una profecía: el pueblo que engendre Eneas será enemigo mortal de Cartago. Y aquí tenemos la razón de tres guerras púnicas y la destrucción de Cartago, muchos siglos después, por el general Escipión.

Eneas continúa hacia Sicilia. Supera el tridente montañoso de la isla y desembarca en la costa napolitana. Se dirige hacia el oráculo de Cumas, una de las puertas del infierno del Mundo Antiguo. Allí, conmovido por los recuerdos y el humo de azufre, contemplará el espíritu de su padre, a sus amigos muertos en batalla, a las víctimas de una ciudad perdida, aún en llamas. Finalmente, a lo lejos, ve a Dido, el amor que no pudo cambiar el rumbo de sus pasos. En los últimos versos de la *Eneida* el héroe llega a las costas del Lacio, en la playa del Circeo, donde aún se conserva la casa que Alberto Moravia tenía frente al mar y donde esperaba cada mañana encontrar a Eneas. El héroe troyano empieza una nueva vida. Se casa con Lavinia, hija del rey de los latinos, y funda la ciudad de Lavinio. Su hijo, Ascanio, continuará la tradición de crear ciudades, poniendo la primera piedra de Alba Longa, a escasos kilómetros de lo que hoy es Roma. En apenas unos siglos, la memoria de los refugiados se habrá mezclado con el relato de los autóctonos. Dos gemelos de la misma sangre que aquel fugitivo estaban llamados a cambiar el mundo. Así lo cuenta Virgilio y eso son palabras mayores.

Los orígenes de Roma están en el viaje. Una derrota y un viaje. De la misma forma, la escritura de la mayor epopeya latina también pende del hilo viajero. Virgilio fue el mayor poeta del imperio. Su última obra debía conectar familiarmente a aquel refugiado troyano con las glorias del nuevo gobernante, Octavio Augusto. Después de escribir el poema se embarcó rumbo a Grecia con el emperador para asegurarse de haber sido exacto en la descripción de los escenarios troyanos. Pero su cuerpo ya no toleraba esos largos viajes por mar. La enfermedad lo había debilitado mucho. Aun así, Virgilio quiso apuntarse a la expedición. A la vuelta, tras desembarcar en Brindisi, supo que no sobreviviría a la noche. Reunió a Augusto y le pidió que quemase la obra que acababa de escribir. Murió Virgilio creyendo que las cenizas acabarían con la memoria de Eneas, al igual que Kafka, obsesionado con convertir sus escritos en humo. Pero siempre hay alguien que contraviene las órdenes del moribundo. Eneas cruzó el Mediterráneo en hexámetros dactílicos y cambió la historia de la literatura. Virgilio salvó Troya, aunque la ciudad no fuese más que cenizas, siglos después de su destrucción.

Las otras Romas:
de Volubilis a los templos egipcios de Antínoo

Tengo la absoluta certeza de que el Mundo Antiguo es una especie de patria sentimental. El amor que le tengo a Roma, a su historia, a su legado, se trasluce en mí como si contemplase los mejores momentos de mi vida. Roma se ha convertido en una especie de paraíso perdido, en una

infancia idealizada a la que volver siempre que la realidad se empeña en enturbiarse. Ahí está Roma, con sus libros, sus historias de hombres honorables, Cicerones y Cincinatos, sus generales atrevidos, sacados de un Shakespeare *avant la lettre*, los César, Marco Antonio, Bruto, Sila y Mario. La sombra de Roma es alargada. Uno no se puede despegar de su legado, al igual que no puede desprenderse de su apellido. Roma está en nuestra sangre, en la comida que nos alimenta, en los libros de nuestra biblioteca y en las calles que paseamos cada día. Sus nombres y formas han pasado a la historia convertidos en nuestra cotidianidad. Somos Roma y luchamos para no dejar nunca de serlo.

La ciudad que dominó el mundo hace dos mil años no era simplemente una urbe, sino un modelo de vida. En este caso, fue la ciudad la que viajó hasta los confines para dictar ejemplo a todos los pueblos que asumieron su cultura. Hubo Romas en la península ibérica, cuando adoptó el nombre de Hispania. Hasta en el desierto sirio Roma se reflejó en las ciudades de piedra, donde las caravanas de camellos descansaban del camino y de la sed. La urbe extendió sus brazos y alcanzó toda la civilización, a ambos lados del Mediterráneo. Los romanos, conscientes de que vivían en una ciudad que se acercaba a lo soberbio por su magnificencia, intentaron repetir el éxito en otras tierras, cobijados por otros climas.

Todas las ciudades de nueva creación serían un refugio romano, un recuerdo asimilable de la gran ciudad de las siete colinas. Cada una de ellas tendría su propia personalidad, pero en todas, la huella de Roma se identificaría en las sandalias de sus habitantes. En muchos de mis viajes a todas las partes del mundo he tenido la sensación de estar reviviendo una nueva Roma. Me sucedió en Volubilis, la ciudad romana a unas decenas de kilómetros de Meknes, en la entrada del desierto. Allí se erige el arco del triunfo de Caracalla, rodeado de palmeras datileras y montañas rifeñas. Cuando caminé por sus calzadas abandonadas y observé el mosaico de los trabajos de Hércules, resistiendo las bruscas temperaturas del día y la noche, pensé que aquello ya lo había visto muchas veces en mi vida.

Las otras Romas desperdigadas por el mapa hablan de la grandeza de la ciudad, de la irresistible relevancia que la civilización romana adquiere en nuestros días. El viajero lo observa en las praderas inglesas, colindantes con Escocia, cuando ve aparecer de entre las flores los restos de un muro. Es la muralla de Antonino, con la que los romanos intentaron delimitar su hogar de lo foráneo. El «ellos» frente al «nosotros». Una barrera más ambiciosa que la de Adriano, construida veinte años antes, en el 122. También sucede en los límites del mundo, cuando la tierra se acaba y empieza el océano. El faro de Hércules lleva dos mil años anunciando el inicio de la vida, pero también el comienzo de la muerte. Ahuyentando a los barcos de las tinieblas, se erige en piedra para vencer a la niebla. Allí también estuvo Roma. O en la Porta Nigra de Tréveris, en las *limes* de la Baja Alemania, sobre la frontera que marca el Rin, el río que los romanos cruzaban solamente para ir a la guerra. También en los palacios sofisticados de Dalmacia, como el de Teodosio, en Split, o en la red de fortificaciones que los romanos construyeron en el desierto de Siria, siguiendo el curso de la calzada Diocletiana, poniendo coto a un imperio tan vasto como sofisticado. Hasta las aguas del Nilo llegó Roma, con los templos dedicados a Antínoo, en una isla perdida en su cauce.

Todos estos restos de civilización responden a un pasado común. El viajero asume la melancolía de aquella Roma que aún respira bajo la tierra y sabe que cuando viaja no hace otra cosa que reinterpretar lo que ya ha visto en un lejano paseo por los Foros Imperiales. Se viaja

para conocer el mundo, pero en cada viaje se vuelve a Roma.

De Cádiz a Roma con los Vasos Apolinares

Corría el siglo I de nuestra era cuando un ciudadano de Gadir partió con destino a la capital del imperio. Su ciudad ya existía desde hacía mil años. Presumían los ciudadanos de aquella isla rodeada de marismas de habitar la urbe más antigua del Occidente, unos cuatrocientos años antes de que una loba rescatara del río a Rómulo y a Remo. De este viajero anónimo no se ha conservado su nombre, pero sí sus pasos. Y la memoria ha querido rescatarlos de la mejor manera posible: a través de cuatro de vasos de plata con los que se calmaba la sed del camino. El agua bajo la sombra de los pinos y el vino en las noches junto a una hoguera. En cada uno de los vasos, el viajero grabó el recorrido que estaba haciendo, las millas romanas recorridas, como una especie de mapa que, siglos después, iluminaría un camino pedregoso pero lleno de aventuras.

Los Vasos Apolinares se encontraron en unas excavaciones que se estaban realizando en las termas de Vicarello, a las afueras de Roma. El viajero, por lo tanto, había llegado a su destino. Alrededor de 2700 kilómetros a pie partiendo desde la actual Cádiz y pasando por Hispalis (Sevilla), Carmo (Carmona, donde hoy en día se conserva una magnífica necrópolis), Corduba (la Córdoba de Séneca), Carthago Nova (la Cartagena murciana), Saguntum (el inicio de la discordia entre romanos y cartagineses en la península ibérica), Tarraco (la Tarragona romana que mira al mar) y Gerunda (Gerona). De ahí, dobló el arco mediterráneo por Narbo Martius (la Narbona francesa), para acceder a la llanura Padana por Taurinis (Turín). Descendió hacia el sur por el camino de Ariminum (Rímini, la ciudad de la costa Adriática que vio enamorarse a Paolo y Francesca) y atravesó los Apeninos hasta Roma, el principio y final de todos los caminos.

El viaje de este anónimo gaditano responde no solamente a la necesidad de desplazamiento del ser humano, sino al alto grado de sofisticación que los romanos habían alcanzado en su forma de desplazarse. Las vías romanas conectaban todo su mundo conocido. Cuando Roma conquistaba el territorio, pavimentaba sus campos, atravesaba sus montañas y salvaba sus ríos con puentes y acueductos. Roma llegaba a todas partes no solamente por un afán de conquista, sino como una misión civilizatoria, lo que se conoce como romanización. El viajero gaditano pudo haber seguido hasta el desierto de Siria, hasta la ciudad de Jerusalén, y hubiese encontrado vías para caminar, columnas miliarias que le indicasen las distancias y *cauponae* para alojarse cuando la noche acechase sus pasos.

Las calzadas romanas abolieron las fronteras. Redujeron la distancia entre las ciudades y se popularizó el viaje como forma de existencia. Las vías garantizaban una cierta seguridad, alojamientos para descansar y mercados donde poder comprar y vender la mercancía. Roma multiplicada en sus adoquines. La página web omnesviae.com permite calcular con bastante exactitud el tiempo necesario para recorrer la distancia entre dos ciudades del imperio. Pongamos, por ejemplo, que un romano partiese de Eliocroca, una noble ciudad enclavada en un valle de tierra fértil en el sureste de la península ibérica. Tardaría «LXXXIX dies», es decir, 89 días en contemplar a lo lejos el Palatino con sus pinos suspendidos en el cielo. Marca también las ciudades y villas por las que este romano caminaría durante su recorrido, con una exactitud que

hace soñar despierto con un viaje al pasado. Al menos, sus calzadas siguen vivas. Muchas veces, un camino cualquiera esconde tras el asfalto los restos de una vía por la que transitó un viajero con destino a Roma. O por la que Roma quiso llegar hasta todas las ciudades del mundo.

Un paseo por la Appia Antica

Cada vez que voy a Roma siento la necesidad de caminar por la Appia Antica. Nace en la Porta San Sebastiano. No es una calzada cualquiera, sino la más importante de cuantas se construyeron. Unía la capital con Brindisi, un puerto del sur desde donde llegaba el grano de Egipto. Es un ejercicio de memoria. Atravieso el arco del santo e intento no tropezar con los adoquines, las primeras piedras sobre las que pasearon los romanos.

Unos cientos de metros bastan para dejar atrás el bullicio de los coches y la altura de los edificios. La vía Appia Antica es un viaje en el tiempo. Un alarde de melancolía en el que el viajero camina entre tumbas, iglesias y pinos tan antiguos como el sol. A la izquierda, la iglesia del *Domine Quo Vadis* presenta en la entrada una huella marcada en el suelo. Se produjo cuando Pedro, que ya huía de Roma, decidió volver para ser martirizado en la cruz.

Pronto la vegetación se hace intensa. A la derecha asoman las catacumbas de San Calixto, una ciudad bajo la tierra que sirvió de escapatoria a los primeros cristianos. Las últimas investigaciones aclaran que nunca se establecieron como lugares de ocultamiento, pero es difícil borrar la imagen de mi cabeza. Las catacumbas son cementerios multitudinarios bajo el suelo. En su interior, un laberinto de pasadizos oscuros me confunde. Me maravillo con las tumbas coloridas, las efigies de los primeros artistas cristianos, que pintaban a un pastor cuando no sabían escribir el nombre de su mesías. Son, sobre todo, restos de humildad, los de un pueblo que se abría paso en la historia a fuerza de persecuciones. Allí se combinan los epitafios con faltas de ortografía y la perplejidad de la muerte. La mayoría de tumbas albergaba cuerpos de campesinos y esclavos. Los adornos y el poco latín que sabían escribir me contemplan a través de la luz de una antorcha moderna, ante la emoción de un guía. En una ocasión presencié un epitafio apenas escrito sobre una tablilla de barro. Era un milagro su conservación después de casi dos mil años. Se trataba de un recién nacido de apenas dos meses de vida. «Nil a Nil», rezaba la frase, con evidentes faltas de ortografía (lo correcto hubiese sido *nihil ex nihilo*). Una traducción posible resolvería el misterio del error, tan doloroso para el que se acerca a la angustia de ese padre: «de la nada hacia la nada». Y así resumió ese pobre analfabeto el misterio de toda la humanidad. No hay mayor expresión de dolor y sencillez en un padre, que engendra a su hijo, y que ve como tras dos meses de vida este vuelve al lugar que siempre ha ocupado: la nada, el polvo, el vacío, el silencio. No hay Quevedos ni caninas de Valdés Leal que expresen mejor el significado de la muerte.

Supero el trance de la muerte recordada y aparece el Mausoleo de Cecilia Metella, una tumba aristócrata, que poco tiene que ver con las vistas anteriormente. Resplandece desde lo lejos. A partir de ahí, los pasos van ganando en majestuosidad y las tumbas, conforme me alejo de Roma, se vuelven monumentales. Hay túmulos que recuerdan a Séneca, a los Horacios y Curiazos, a Pompeyo el Grande… hasta llegar al Parque de los Acueductos, un milagro de piedra que se mantiene erguido a pesar de los siglos. Apenas queda nada de la ciudad de Roma, la moderna,

que pueda impedirme seguir a pie por el Mundo Antiguo. Hasta Brindisi, el camino se enfila por cipreses y pinos, entre recuerdos fragmentados de vidas pasadas. No existen muchos lugares así en el mundo.

Plinio el Viejo describe un puerto indio en el que nunca ha estado

Estabia era una población arrimada al golfo de Nápoles, hoy sepultada por la piedra volcánica. Justo en el inicio del cabo de Sorrento, las vistas al Vesubio son imponentes. Estabia presumía de ser una ciudad tranquila, llena de villas donde los ricachones de Roma disfrutaban del buen clima. Ese día, Plinio el Viejo terminó de recoger sus pergaminos, algún nuevo capítulo de su *Historia Natural*, una auténtica enciclopedia del Mundo Antiguo, cuando sintió que la tierra temblaba. Había comenzado la erupción del Vesubio, una de las mayores catástrofes naturales de la Antigüedad. Su vida estaba a punto de acabar. Paradójicamente, el hombre que había dedicado toda su existencia al estudio de la naturaleza iba a sucumbir bajo los efectos pirotécnicos de ella, lo que le impidió finalizar su proyecto de recoger todo el saber del mundo en rollos de papiro.

La descripción de sus últimas horas de vida no es suya, sino de su sobrino, Plinio el Joven, gracias a quien sabemos que el tío erudito montó en su barca para socorrer a los supervivientes de la erupción, en las primeras horas del desastre. Moriría a causa de la inhalación de gases tóxicos, el azufre mezclado con el vapor envenenado, algo que desconocían los romanos pero que resultaba más letal que la lava. Leí *Bajo la sombra del Vesubio*, de la historiadora británica Daisy Dunn, en un verano en el que Pompeya me llamaba desde lo más profundo de mi consciencia. En el libro de Dunn se recorren los últimos días de vida de Plinio el Viejo. Nos invita la autora a acompañarlo en su viaje por la bahía de Nápoles en auxilio de los moribundos pompeyanos y a contemplar, desde la distancia y movidos por las olas, la destrucción de Herculano y Pompeya. Un viaje en el tiempo a través de las heridas de la tierra, las calles de Pompeya impactadas por el sol del recuerdo. Una ciudad muerta que surge de las cenizas para ajustar la verdad de una tragedia.

La *Historia Natural* de Plinio el Viejo, inacabada no solamente por su fallecimiento sino porque el ser humano no es capaz de recoger todo el saber en un espacio físico, representa un esfuerzo sublime por la conquista del conocimiento. Pero demuestra también el afán viajero de Plinio, con anotaciones referentes a la botánica, la zoología, la astronomía y, por supuesto, la geografía, materia a la que dedica los libros III, IV, V y VI.

Imagino a Plinio el Viejo en una villa similar a Commedia (que perteneció a su sobrino), a las orillas del lago de Como, ordenando su biblioteca y mirando por la ventana las montañas que insinúan las primeras alturas de los Alpes. Escribe la descripción de una ciudad india, un lugar en el que nunca ha estado, pero sobre el que ha pensado durante días. Tiene de su mano el testimonio de marineros que juran haber entrado en esos puertos indios, tan desconocidos como la niebla. Atesora experiencias ajenas. Va juntando descripciones y las lee en voz alta. Lo mismo ocurrió meses atrás, cuando habló de la cuenca del Nilo y sus ciudades rosadas, de los templos de Persia, dedicados a dioses gigantes, y de las llanuras salpicadas de olivos de Hispania. Porque allá donde no llegó el viajero, Plinio llegó con la lectura. Ese es el espíritu de este viaje.

Ovidio y su exilio
en la muerte del Danubio

No era muy grande Tomis cuando el poeta Publio Ovidio Nasón vio desde la calzada principal el mar Negro. Había sido un viaje pesado durante casi cien días, desde Roma hasta ese conjunto de casas de barro y cañas que hoy llamamos Constanza, en la desembocadura del Danubio. Caminó por la playa. Respiró el aire de su nuevo hogar, con aroma a tristeza. Se bañó en el mar, de color grisáceo por los sedimentos que el río arrastra desde la Selva Negra. Aquel iba a ser su destino para el resto de su vida, los confines de un imperio que con tanto amor había cantado en sus *Metamorfosis*, elevando a la categoría divina a la familia Julio-Claudia. El hombre que portaba la *gens* y la corona, la misma sangre de César, lo acababa de mandar al exilio.

Ovidio y Octavio Augusto fueron amigos. Su relación se basaba en la política, como la de cualquier escritor que se acerca a un hombre poderoso. Augusto se rodeaba de grandes aduladores, con la fortuna de que escribían de maravilla. Virgilio podía ser un baboso pelota ante el emperador, pero su obra es tan grande que incluso resulta agradable leer lo que de propagandístico hay en ella. Podrá desaparecer de la historia Augusto, pero siempre tendremos a Virgilio en las peripecias de Eneas. Y eso es indestructible. También pertenecían al Círculo de Mecenas el poeta Propercio, Lucio Varo Rufo, Domicio Marso y otros tantos líricos. Ovidio lo intentó, aunque nunca llegó a congeniar con la plasticidad y la hipocresía de los altos salones. Y lo pagó caro.

Estaba en la isla de Elba, la misma prisión de lujo que dieciocho siglos después acogería a Napoleón en su primer exilio, cuando recibió la noticia de que Augusto lo expulsaba de su vista. La condena era ejemplar: el destierro hasta una de las regiones más alejadas de Roma, un lugar donde en verano el calor húmedo produce cólicos y los mosquitos devoran la carne de los ancianos, un sitio donde en invierno las olas del mar se ralentizan debido a la congelación de la espuma.

Los motivos de su viaje al infierno no están claros. Ovidio vio lo que no tenía que ver. Escuchó lo que no tenía que escuchar. Presenció, tal vez, lo que no tenía que presenciar. Y aunque no participó de la fiesta, había visto, escuchado y presenciado demasiado. Se trataba de Julia, la hija de Augusto, a quien Robert Graves retrata en *Yo, Claudio* acostándose con media Suburra y tres cuartas partes del Senado. Cierto o no, Julia fue desterrada también a Pandataria, una isla perdida lo suficientemente lejos de Nápoles para no verla. Murió desnutrida, negándose a beber y comer. Triste final para la hija del hombre más importante del mundo, que tuvo que soportar cómo su nieta, la hija de esta (además, compartían nombre), sufrió el mismo final a causa de otro lío de faldas romanas.

El caso es que Ovidio pagó los platos rotos. Al menos media vajilla. Dicen algunos estudiosos que el motivo de su destierro fue, en cambio, el *Ars amandi*, un manual maravilloso donde se enseña al romano menos habilidoso a ligar, a coquetear con éxito con las mujeres cuando va al circo a ver las carreras de cuadrigas, a esconderse tras las columnas para excitar la mirada de las féminas, a quienes también se las educa en el arte de maquillarse para resultar más atractivas. Todo un catálogo de procreación dirigido a hombres, que eran los únicos que tenían acceso a la

lectura, salvando algunos nobles casos. Este texto chocaba con la moral pública que quería implantar el dignatario, que había visto cómo su propia casa se convertía en un pasaje de este nuevo libro ovidiano que ya corría en forma de grafitis por los muros del Foro.

En Tomis permaneció ocho años Ovidio, un anciano que había sufrido demasiado en sus últimos años de vida, hasta que falleció en el año 17. Escribió en la desolada ciudad del Danubio sus *Tristia* y *Pónticas*, poemas y epístolas donde pide la clemencia del emperador para que finalice su exilio. No se apiadaría Augusto de él. Su poesía de exilio alcanzó cotas de suprema belleza, demostrando que el dolor por no regresar al hogar puede ser más intenso que la propia muerte. Los viajes sin retorno nunca auguran nada bueno. Es, en última instancia, una de las mayores desventajas de ser ciudadano romano: el territorio donde pulir el dolor del exilio puede ser inmenso. Ovidio sufrió en sus carnes la grandeza física de Roma. Su viaje sirvió como castigo.

Flavio Josefo, un judío en Roma

Había nacido bajo el nombre de Yosef ben Matityahu y entró en Roma con poco más de veinte años. No lo sabía en aquella mañana del año 65, pero llegaría a ser ciudadano romano (algo que en aquel instante le horrorizaba), un título que lo convertía en un ser humano de pleno derecho en el mundo dominado por el águila. El viaje había sido un infierno. Lo cuenta él mismo en *Vida de Flavio Josefo* : un naufragio en el mar Adriático, una noche entera nadando entre el frío y el cansancio, un barco que surcaba las aguas y que rescató a los que aún se empeñaban en sobrevivir y el destino final en Puteoli (la actual Pozzuoli, en el extrarradio napolitano).

Flavio Josefo es el nombre con el que pasó a la posteridad, su onomástica romanizada, en honor al emperador Vespasiano, al que le debía la vida y la fama. Pero ese judío de familia aristocrática llegaba a Roma con la idea de negociar. Roma era el enemigo, el gigante que quería adueñarse de los tesoros hebreos, de la tierra de su gente. Ellos no aspiraban a ser más que un David taciturno, dispuestos a disparar la honda contra Goliat. Inoportuna la historia que no hizo caer a Goliat esta vez, sino que convirtió a David en un escriba del gigante.

Aquella vez Flavio Josefo acudió a reunirse con el emperador Nerón para negociar la liberación de doce sacerdotes judíos. Escoltado por los pinos del Palatino, desde donde se contemplaba toda la ciudad, abrió los ojos y quiso adueñarse del tiempo. Ahí vivían los emperadores. La vía Sacra podía ser el lugar más bello del mundo. Piedras de hoy, luces de ayer, los tiempos se mezclan en ese sendero romano y el viajero actual querría despertar en la Roma capital del mundo.

De poco sirvió aquella negociación. El judío que se empleaba como embajador volvió a Jerusalén y se unió a la revuelta contra los dominadores, lo que se conoce como la primera guerra judeo-romana. Sería un conflicto que duraría desde el 66 hasta el 73, una tragedia cultural para el pueblo judío, que sufriría una derrota tras otra, el asedio de Jerusalén, la destrucción del Templo de Salomón y el asedio de Masada, cuyos defensores (casi mil) decidieron suicidarse antes de caer en manos romanas. El propio Flavio Josefo, aún con su nombre hebreo, resistió en Yodfat un cerco que acabó con el suicidio colectivo de la mayoría de sus defensores. Pero él no lo hizo. Extasiado por los nuevos amos, dijo haber presenciado una profecía en la que

Vespasiano, que era general, se convertiría en emperador. Este lo perdonó y entró a formar parte de su séquito. Fue nombrado ciudadano romano en el 71 y viviría en Roma hasta el año 100, donde murió.

La Roma que de joven le pareció una áspera piedra, preciosa y distante, terminaría por convertirse en su patria. El viajero judío transformó su destino. Hizo de una parada en el camino su nuevo hogar. Asimiló la cultura de los vencedores y no renunció a su tradición judía, sino que combinó de forma sabia los dos cauces civilizatorios. Flavio Josefo siempre me ha resultado una figura de lo más atractiva desde el punto de vista moral. Un judío que se desliga de sus raíces para acudir a la llamada de Roma. Un judío que elige la victoria a la derrota eterna. Un judío que elige Roma aunque se haya criado en Jerusalén. El camino a la inversa de la historia: preferir la vía Sacra a la vía Dolorosa.

Adriano contiene en su villa el mundo entero

Adriano nació para viajar y se encontró con un imperio a sus pies. Pocos personajes mostraron tanto desprecio por el ajetreo de la vida en Roma como él. La capital alumbraba al mundo. Todos dejaban sus hogares y atravesaban distancias enormes para conocer las columnas de mármol con las que la tierra se sostenía, pero el emperador encontraba bullicio en sus calles, tramas protagonizadas por senadores y soldados borrachos dispuestos a venderse como sicarios por un mendrugo de pan. Primero huyó de ella a través de las calzadas de su imperio. Viajó con el ejército, acudió a provincias limítrofes donde conoció las razas de los hombres que querían abrazar Roma con las manos y sin impuestos. También se perdió en ciudades antiguas (ya antiguas cuando Roma empezaba a ser antigua) y conversó con sus sabios. Luego, cuando el cuerpo no le permitió alcanzar nuevos países, se recluyó en Villa Adriana, un paraíso construido para recordar todos los lugares en los que había estado.

No se sabe si nació en Itálica o en la capital. Su tío Trajano sí era originario de la ciudad en la ribera del Guadalquivir (el Betis de aquellos tiempos) y, como romano que quiere conocer sus raíces, Adriano viajó hasta Híspalis. De allí marchó al norte, a la frontera con Germania, un lugar duro, con nieves en invierno y emboscadas en verano. Hacia el este, condujo al ejército hasta enfrentarse con los partos, pasando por Dacia, la actual Rumanía. La muerte de Trajano lo pilló afilando la espada, a miles de millas romanas de distancia del Capitolio. Era el año 117 y Roma contaba con la máxima extensión territorial de su historia. Nunca un imperio había sido tan grande, había tenido una estructura tan eficiente y había sido gobernado por un hombre tan culto y diligente. Tal vez por eso Adriano prefirió seguir conociendo el mundo a encerrarse en el Palatino.

En Villa Adriana siempre es verano. Basta un viaje en tren de cercanías para aliviarse del caos de Roma y viajar en el tiempo. Cuando el barroco de sus plazas me lo permite, guardo una tarde para visitar Tívoli y entrar en la villa que el emperador mandó construir como un antídoto contra el mundo. No es un simple palacio imperial, con jardines y fuentes. Es toda ella una evocación, una enumeración sagrada de recuerdos, los de un emperador que hubiera dado todo su poder por rescatar un día más de la vida de Antínoo. Y esto no es solamente la visión idealizada que

Marguerite Yourcenar escribe en *Memorias de Adriano*, una novela inmensa que trata de sentimientos antiguos y actuales. Villa Adriana es un ejercicio de melancolía viajera. El orbe reunido en unas cuantas hectáreas de belleza. Un refugio contra la vida, a pesar de la vida.

Nada más entrar en esta sucursal de la Antigüedad, el viajero encontrará las termas, una piscina de aguas verdes donde la vegetación y el olvido se disputan la prevalencia, en las que tiempo atrás Adriano se sumergía, creyendo limpiar su cuerpo, de la misma forma que cuando estaba en Alejandría se bañaba en las aguas termales del Canopo, la piscina natural en la que Alejandro Magno había visto el amanecer de la creación de su ciudad. Frente a las termas, se ubica el templo de Serapis, tan egipcio que al contemplarlo le recordaba los días soleados en el país del Nilo. Allí fue feliz. Tanto, que una ciudad llevaba el nombre de Antínoo, un regalo inútil como son todos los que se hacen a un difunto. Con paso dulce, el viajero llegará a la Piazza d'Oro y le inundará el olor de los cítricos. El azahar, en flor aunque ya es verano, recordaba al emperador el aroma de su infancia, el transcurso tranquilo del río Betis y las siestas sombreadas bajo los árboles. El templo de Venus, circular como el amor, es el punto más exuberante de este viaje en el tiempo. Adriano lo mandó construir porque le recordaba al amor de su vida. Conoció a Antínoo en Bitinia, una región áspera y lejana. Iba de camino a Oriente, a encontrarse con dioses antiguos y difuminados por el humo. A su lado, se alza el Teatro Marítimo, el lugar en el que los turistas prueban nuevos encuadres con sus cámaras fotográficas. Allí aún sobreviven peces de colores, una reminiscencia de las travesías que el emperador hizo por el Adriático y el Mare Nostrum, incluso por los mares helados de Britania en sus escarceos militares.

Cada rincón de Villa Adriana tiene su eco en un viaje realizado por Adriano. Estuvo en todas partes y en todos los lugares dejó su huella. Recuerdo un viaje a Atenas. La impaciencia de llegar y de contemplar el Partenón, en los primeros momentos, invadía todo. Del aeropuerto Venizelos tomé un taxi que me dejó en la plaza de Monastiraki. Estaba el Partenón, sí, pero dominando la plaza se hallaba una mezquita, una iglesia ortodoxa y los restos erguidos (algunas columnas, pero la grandeza de un tiempo) de un edificio. Era la Biblioteca de Adriano, el regalo que el emperador le había hecho a la ciudad que más le había enseñado. Adriano tal vez quiso ser ateniense, al igual que los enamorados del mundo clásico sueñan con ser griegos o romanos.

Los viajes de Adriano siempre están impregnados por un barniz de melancolía. Su historia es la de un hombre sensible que quiso conocer el mundo y que se enamoró de él. Obligado a volver a Roma, construyó una mitología con cada viaje realizado en su juventud. En Villa Adriana hoy habitan los fantasmas del mundo clásico, los de un hombre que viajó para ser uno más entre todos los hombres. Pero a Roma no se le puede dar la espalda. Sobre todo cuando uno es, a su pesar, Roma.

Pirámide Cestia,
enterrarse en lo exótico

Poco sabemos de la vida de Cayo Cestio Epulone, salvo que mandó construir una pirámide a las afueras de Roma para enterrarse. La opulencia a la hora de morirse es una señal inequívoca de que se ha vivido muy bien. Solamente los ricos pueden permitirse el lujo de pensar en la morada en la que pasar la eternidad. A muchos les basta con una lápida, un nombre y dos fechas, pero a

veces el más allá necesita de espectáculo y mucho mármol.

Tal vez Cayo Cestio Epulone no fuese un viajero. Desconocemos tan siquiera si salió de las murallas de Roma alguna vez (su tumba está al otro lado, en lo que antes era campiña y hoy es un barrio histórico). Fue pretor y tribuno de la plebe. Un alto cargo de la burocracia romana en el momento álgido de su historia: vivió las guerras civiles entre César y Pompeyo, Octavio y Marco Antonio, el fin de la República y el inicio del Imperio. Un testigo privilegiado de los momentos más convulsos de Roma y la consolidación de la ciudad como el centro del mundo. No es poco para un solo hombre, que no quiso dejar pasar la ocasión para ser recordado. Pensaría que su nombre debía ser salvado entre tanto personaje importante. Ellos no necesitarían grandes tumbas. No hace falta conservar las cenizas de César en una urna para saber quién fue César. Ni Alejandro ni Cleopatra. Ninguno de sus bellos cadáveres existe hoy. Pero a Cayo Cestio Epulone lo ha salvado del olvido su tumba. Qué paradoja, pasar a la posteridad por el lugar de enterramiento y no por los acontecimientos que formaron la vida.

El monumento en el que se enterró es una horterada. Probablemente, este fue el comentario que los romanos hicieron de su tumba en el 12 a. C., cuando finalizaron sus obras y murió el que las pagó. Una pirámide del Louvre antigua. Al más puro estilo egipcio, escala los 36 metros de altura. Se ubica justo a las afueras de las murallas, en la Porta San Paolo, al lado del cementerio Acattolico (hacia donde camina este libro) y no lejos de las Fosas Ardeatinas. Un lugar de muerte en toda regla por el que los vivos pagan millonadas para vivir, entre Testaccio y el monte Celio. La pirámide se olvidó hasta que la Roma de los papas la recuperó, dejando su huella en un fragmento de mármol, firmándola, para hacer saber que el poder de la Iglesia también aplasta a los muertos de otras épocas.

Pero ¿por qué un romano que probablemente nunca estuvo en Egipto se hizo construir una pirámide como lugar de reposo eterno? No nos conformamos con la explicación más evidente: el mal gusto. Tiene que haber algo más dentro de la cabeza de aquel patricio que, en la cumbre de su poder, decidió gastar una fortuna en construir un mausoleo tan ajeno a su cultura. Cayo Cestio Epulone habría escuchado de la boca de los soldados que volvían de Egipto las maravillas de aquel país enterrado en el desierto. Un general amigo suyo le habría explicado, paso a paso, en qué consistía aquella visión ancestral de las pirámides a la hora de la puesta del sol, hasta hacerse completamente de noche. Y el pretor y tribuno de la plebe, a falta de viajes, decidió traerse Egipto a su vida. O a su muerte.

Roma acababa de conquistar Egipto. El país del Nilo sería el granero de Roma para poder existir unos siglos más, aunque perdiese el esplendor de sus faraones. Las relaciones de estas dos civilizaciones culminaron con la visita que hizo Cleopatra en el año 46 a. C. a la ciudad del Tíber. Allí se quedó durante al menos tres años. Vería la faraona menguante el esplendor de los templos, el nuevo poder que se imponía en el mundo a costa de su tierra. Se alojó en el Horti Caesaris, la villa de César, donde se refugió tras el asesinato de este en el 44 a. C. Una huésped incómoda, sobre todo para Calpurnia, la mujer de César, y para los amigos del dictador, tras las 23 puñaladas en el Senado. La historia que viene después parece repetirse con igual resultado. Marco Antonio se deja embriagar en el amor y la droga, y Octavio, más racional y ambicioso, acaba con la telenovela amorosa. Egipto desaparece como entidad propia, aunque mantiene su cultura.

En Roma, algo de la música egipcia quedó como estribillo. La prueba la encontramos en Cayo

Cestio Epulone, que presenciaría los desfiles de la victoria de César, contemplaría con fascinación las formas de esa reina egipcia, de la que decían que dormía con un áspid en la almohada. Su obra, la construcción de una pirámide egipcia en Roma, nos habla de un tiempo en el que se encontraron dos formas de ver el mundo. Roma tomó a Egipto como fuente inagotable de recursos y convirtió sus templos y tumbas en reclamos turísticos (el propio César realizó un crucero junto a Cleopatra por el Nilo para visitar las principales atracciones de su cultura). Por eso la pirámide Cestia es un exceso, un anacronismo en medio de la capital del Imperio. Un trozo de Egipto en Roma para alguien que nunca estuvo en Egipto. Una forma de viajar al país del Nilo a través del más allá.

Pablo de Tarso,
explorador de palabras

Un esclavo del primer siglo de nuestra era que viviese en cualquier provincia romana tendría unas perspectivas de vida realmente desilusionantes. Tal vez nunca se plantease el don de la existencia o la privación de su libertad. Hasta en el infierno hay grados y no era lo mismo cargar piedras en una mina de Tesalia, como el pobre Espartaco, que ser el esclavo griego que ordenaba los papiros de Cicerón. A todos ellos el cristianismo les lanzaba un mensaje de esperanza que los igualaba en la muerte para hacer más soportable la vida.

Tal vez el triunfo del cristianismo como religión romana se encuentre precisamente en los sectores a los que supo seducir desde sus inicios. La gente pobre no sabía leer ni escribir, pero sí escuchar, y aquello que decían los seguidores de Jesús ponía, por primera vez, el foco en sus míseras vidas, en su sufrimiento y en su dolor. El cristianismo viajó a través de las calzadas romanas, de boca en boca, con discípulos y desfavorecidos que extendieron el mensaje de Jesús con la esperanza de cambiar su destino. Pero también gracias a las cartas, esa forma bella de registrar la voz en unas hojas de papiro. Las epístolas conectaron el mediterráneo, insuflaron el eco de un mundo más justo a los que no tenían nada. Y en la Roma cristiana nadie sabía escribir como lo hizo Pablo de Tarso.

Escribir y viajar, dos caras de la misma moneda. Pablo empezó su vida como judío y la acabó habiendo asentado la separación definitiva con la religión madre. El apóstol que no conoció a Cristo vivo defendió que no hacía falta ser judío para poder hacerse cristiano, que un romano, un griego, cualquier hombre sobre la tierra, podía ser llamado a completar el grupo de los elegidos por su fe. La circuncisión no limitaba la creencia en Cristo, pensaba él. Por eso Pablo creó una religión sobre las palabras que los Evangelios habían recogido de Jesús. Instrumentalizó la fe para hacerla universal porque hablaba el lenguaje de los tiempos, mucho más afilado que el que se practicaba en las sinagogas. Pablo entendía el mundo en el que vivía porque era romano, por eso estructuró una religión que echó a andar a través de sus cartas.

El primer Pablo, sin embargo, ocupaba sus días persiguiendo a los cristianos en Judea. Afilando la espada, cumplía a la perfección esa doble vertiente de judío con ciudadanía romana que veía amenazada la cohesión de la política dictada por Roma. Pero de camino a Damasco todo cambió. La caída del caballo hizo de Pablo el primero de los apóstoles, el más activo, el más viajero. En la puerta de Bab Kisan nació el Pablo cristiano y con él la misión de no parar de

viajar nunca, a pesar de los peligros, a pesar de la extensión del Imperio.

Realizó cuatro viajes misioneros por el Mediterráneo Oriental y Roma. Visitó a las pequeñas comunidades que, ocultas o dispersas, luchaban por hacerse un hueco entre los dioses públicos. En su primer viaje, partió de Antioquía, se embarcó en Seleucia hasta Chipre y de allí volvió a tierra firme a la península de Anatolia. Su segundo viaje lo empezó en Jerusalén y hacia el norte caminó por toda Anatolia, pasando por Tiro, Sidón, Tarso (ciudad en la que había nacido) hasta dirigirse al Bósforo, en Troas (cerca de la antigua Troya homérica), y saltó a Grecia, donde visitó algunas ciudades como Atenas y Corinto. Su tercer viaje es similar al anterior. El destino era Grecia, un territorio capital para la extensión del cristianismo, ya que compartían la espiritualidad, la dualidad del alma y el cuerpo (el cristianismo de los primeros tiempos le debe mucho a los místicos órficos y a ciertas filosofías presocráticas), lo que demuestra que antes que una religión romana, los seguidores de Jesús se movían mejor en el pensamiento griego.

Su último viaje sí tendría como destino final Roma, pero llegaría como preso tras haber sido detenido en Jerusalén. Zarpó desde Cesárea Marítima, el puerto más importante de Judea, y atravesó el Mediterráneo Oriental, haciendo escala en Creta y Malta, hasta el puerto de Siracusa, la ciudad que Platón había querido convertir en la patria de los filósofos y que ahora veía cómo el cristiano principal (con permiso de Pedro) descendía de una nave encadenado. El cautiverio de Pablo duró al menos dos años. Llegó a Roma a pie (otra vez la vía Appia) para ser decapitado por orden del emperador Nerón, alarmado por esa nueva religión que perturbaba sus siestas y que se había trasladado desde Palestina a la escalinata del Capitolio.

Dejó escrito Pablo en la Carta a los Gálatas (3, 28) que «ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo», un mensaje que abolía la autoridad del emperador, que universalizaba al hombre por encima de sus riquezas y clases sociales. Pablo visitó centenares de ciudades bajo el auspicio de Roma. Acudió a sus mercados, habló con sus gentes, escuchó sus penas y conoció los lugares donde transitaban sus vidas. Sus viajes suponen la fundación del cristianismo y también demuestran la grandeza de Roma, que había conseguido amparar bajo su nombre a todos los pueblos, lenguas, culturas y gentes a un lado y otro del Mediterráneo. Pablo fue la evidencia de que el mundo se había creado para ser recorrido y de que, a pesar de las distancias, los hombres podían entenderse con un mensaje común. Se trataba del cristianismo como antes había sido el pensamiento griego o la espada romana.

Por eso triunfó el mensaje de Pablo, porque el cristianismo consiguió aprovecharse del humus helenístico para ocupar un espacio huérfano. Llenó sus bibliotecas y las convirtió en monasterios. Desplazó a sus dioses y construyó altares a Jesús. Sustituyó a sus filósofos por teólogos, no quemando las obras de los antiguos, sino dotándolas de un nuevo significado. La cultura clásica estaba realizando un viaje decisivo precisamente para mantenerse, para sobrevivir convertida en otra creencia. Platón se cristianizó, a Sócrates le pusieron una cruz en la espalda y a Aristóteles lo pintaron como el mayor teólogo de los que ha habido nunca. El Mediterráneo, que había hecho del mundo un lago plácido de cultura y sabiduría griega, se transmutó en una balsa cristiana, sin que resultara paradójico que, antes que el latín o el hebreo, fuese el griego el idioma empleado para entender a Dios, para hablar con Dios y para enseñar a Dios.

El balcón de los Museos Capitolinos

Hay un lugar en Roma al que siempre vuelvo. Da igual el poco tiempo del que disponga. Se trata de los balcones de los Museos Capitolinos que dan a los Foros Imperiales. Me gusta ir a las tres de la tarde, a las cuatro, cuando más calor hace en verano, cuando más luz hay y menos gente alrededor. Es una hora maravillosa para visitar museos, para disfrutar del encanto de las ciudades vacías.

El recorrido no es humilde, porque nada en Roma lo es, pero sí alberga una virtud: la soledad. Y eso es un privilegio. Conozco el recorrido de memoria. Subo por la Cordonata Capitolina, viniendo desde Piazza Venezia. Al final de las escaleras (dejando a la izquierda Santa María de Aracoeli, la iglesia del vértigo), me encuentro de lleno con la estatua ecuestre de Marco Aurelio, que los cristianos salvaron de la quema al identificar a Constantino en aquel hombre de aspecto severo y barbado. Disfruto unos instantes de la distribución de la plaza proyectada por Miguel Ángel. Contemplo la fachada del ayuntamiento, el viejo Tabularium romano y, a los lados, como edificios gemelos, los Museos Capitolinos. Entro en el pabellón de la derecha y no me entretengo en salas papales y esculturas. Ya habrá tiempo de volver. Bajo las escaleras y me dirijo hasta la sección numismática. Una vez en los sótanos, continúo el pasillo bajo la tierra. Noto el fresco, un contraste agradable tras un día de calor intenso. Justo en medio de la sección de monedas romanas, entre piezas de metal que un tiempo atrás servían para comprar pan, beber vino o pagar un par de horas de amor en un burdel, hallo la puerta del paraíso. El mejor lugar al que se puede ir en Roma.

La luz me ciega. Las paredes cambian sus formas. Fueron hechas con *opus caementicium*, el cemento romano puro que da a los espacios un color ennegrecido. El color del tiempo. Distingo ya el cielo y la tierra. Me sitúo bajo los arcos, me apoyo en la barandilla y observo lo que ha sido capaz de crear el ser humano, lo que ha dejado Roma al viajero, la madre de todas las culturas, el elemento originario de nuestras vidas. Justo debajo del Tabularium, el lugar en el que se guardaban las inscripciones administrativas del Estado romano, contemplo lo que fue un día Roma. Allí están los Foros Imperiales, el arco de Septimio Severo con sus tres vanos como fósiles rescatados y el Templo de la Concordia, apenas un montículo de tierra que quiere salir a la luz. Más allá, el Templo de Vespasiano y de Tito, tan cerca que casi se pueden acariciar sus columnas, las únicas que quedan en pie. A unos metros de distancia vislumbro los *rostra*, el tribunal al que solo le queda un lado del edificio, y la columna de Foca, como un faro entre la destrucción del tiempo. Más allá, el Lapis Niger, la sepultura del primer rey de Roma, la Curia Julia con el altar de la victoria y el Templo de Venus Cloacina, comido por los arbustos y los gatos. Detrás se encuentra el Templo del Divino Julio, donde la posteridad pagó a César sus 23 puñaladas, el Templo de Cástor y Pólux y, siguiendo la estela de nuestro camino, el de las Vestales, donde ardía el fuego eterno, sagrado y virginal, lo único virgen que había en Roma. Después, la basílica Emilia y el Templo de la Paz, esa paz armada con la que el Imperio se aseguraba su supervivencia, y el Templo de Antonino y Faustina, así como la basílica de Majencio, el modelo a seguir para todas las iglesias construidas en los primeros siglos del cristianismo.

Aguzo la vista hasta el final, donde emerge el Arco de Tito, que marca el inicio de la vía Sacra. Otro templo de Venus, el Arco de Constantino de perfil, el más pobre de todos los erigidos y el

más espectacular, y al fondo el Coliseo, un monumento desmedido que enmudece al visitante y lo golpea, que le dice a gritos que eso era Roma y que eso sigue siendo Roma. Y aún me quedan fuerzas para mirar, hacia la derecha, con la cascada de piedras del Palatino, las villas que pertenecieron a los emperadores y que hoy no son más que refugio de sombras del poder. Porque esto es Roma, la verdadera esencia de la historia. La destrucción detenida justo antes de su extinción. El camino de regreso a uno mismo, a la infancia. La patria de la melancolía eterna. Un templo que nace de la tierra. Una columna resistiendo al tiempo. La cruz en el mapa. El viaje pensado una y otra vez. La ciudad a la que volver cuando aún no te has despedido.

Capítulo noveno

El Camino de Santiago, la ruta hacia las estrellas

La vida como un viaje espiritual

La peregrinación es una forma de viaje cuyo destino es la fe. Santiago, Roma o Jerusalén son simulacros de la experiencia vital, que en sí misma significa un viaje entre el nacimiento y la muerte. Si el peregrino ha recorrido las etapas con bondad (es decir, ha sido un buen cristiano), le espera la infinitud de gozo y la morada eterna. Pero si no ha completado las etapas con obediencia, el camino continuará tortuoso, empinándose y alejándose del destino final.

Durante toda la Edad Media el mundo se entendía como un trayecto de obligado recorrido. Encontramos esta imagen en Dante y su camino hacia los cielos, en Gonzalo de Berceo, como romero pisando el prado fresco, y en Manrique, para quien «partimos cuando nacemos, andamos mientras vivimos y llegamos al tiempo que fenecemos». Un valle de lágrimas es lo que el ser humano debe recorrer para alcanzar el paraíso.

Para el cristianismo de los primeros siglos medievales, el estado ideal del creyente era el reposo. El movimiento solamente producía un llamamiento al mal. Imaginemos a una campesina del siglo XIII acercándose a la iglesia de la Santa Fe de Conques, en Occitania. El tímpano de la fachada principal es uno de los mayores ejemplos del románico francés. La mujer alza la vista y ve el juicio final. Acude a la iglesia a escuchar misa por una costumbre ancestral, pero no entiende nada porque el cura se dirige a los feligreses en latín. El pueblo hace ya siglos que habla otra cosa. Esa mujer contempla aterrada y a la vez maravillada a Dios hecho piedra, dividiendo a los justos de los pecadores. Aquel relieve es lo único que acerca al creyente a la historia de las Sagradas Escrituras. Es su libro, dado que se puede leer a través de sus formas. Cambia la lectura por la imagen. Y la escultura es lo que regirá su vida y la de los suyos desde el nacimiento hasta la muerte.

En el tímpano está Dios, justo en el centro. Es una figura hierática. Sentado en un trono celestial, levanta solamente el brazo derecho. A su alrededor, sin descender el nivel arquitectónico, una corte de discípulos, santos y ángeles lo acompañan. Sus figuras son tan rígidas que parecen columnas. Pero la campesina mira también el piso inferior del tímpano. En la parte izquierda del relieve se aprecia un desorden inusual en la escultura románica. Se trata del demonio, qué duda cabe. La mujer lo sabe porque lo ve por todas partes: en los capiteles de la iglesia, en los frescos del ábside e incluso en las llamas de la lumbre cuando llega el invierno. Este demonio también está sentado, como Dios, y porta una corona que parece unos cuernos o chispas ardientes. En sus manos sujeta serpientes que imitan el movimiento constante, y, a su lado, una corte de diablos que gesticulan, contorsionan las extremidades y se retuercen como si el fuego eterno los estuviese atormentando. En la parte inferior del tímpano, en el infierno, todo es caos y movimiento, mientras que, en el cielo, la parte superior, la quietud y el silencio reinan.

No son casuales estas connotaciones morales en cuanto al movimiento y el hieratismo.

Aquellos que gesticulan en el arte medieval son los herejes, los pecadores, los que están cerca de Satanás. Baphomet, un diablo con cuernos al que le salen alas de las costillas, está representado en la fachada de la iglesia de Saint-Merri, en París, abriendo la boca en un gesto obsceno, como si quisiera tragarse al observador. Dios, sin embargo, está quieto en su plenitud y perfección, como el Pantocrátor de San Clemente de Tahull. Todo parte de una concepción griega de la quietud y el movimiento. Heráclito considera que la realidad es devenir y Parménides piensa, en cambio, que el ser es estático. Platón aúna las dos tendencias y el cristianismo lee a Platón al vestirlo con ropajes interesados. Para el filósofo griego, el movimiento rompe el ideal de perfección porque está en constante cambio, y algo que muta no puede llegar a conocerse.

Este es el mundo que encontraremos a lo largo de esta peregrinación medieval, un cosmos dominado por Dios, donde los viajes existen para cumplir una penitencia, para alcanzar una gloria mayor que la mera existencia terrenal. Ahora los peregrinos que caminan a Santiago lo hacen pensando en el día después de alcanzar el Pórtico de la Gloria. En el siglo XII no existía el tiempo más allá de la purificación de los pecados. El viaje era pura salvación de las almas.

La prehistoria del Camino de Santiago

Mucho debe caminar el peregrino hasta contemplar a Santiago hecho piedra, sentado en el parteluz que divide el arco central del Pórtico de la Gloria en dos vanos. Parte de mi vida ha estado ligada al Camino de Santiago. Con mayor o menor fortuna, han sido cinco las veces que he recorrido los caminos que llevan al Apóstol, siempre con una pasión intensa, exenta del sentimiento religioso, aunque sí espiritual. En una ocasión tuve que abandonar a muchos kilómetros de la meta. Fue en Santander, siguiendo el Camino del Norte, que recorre la costa del Cantábrico. En el resto de caminos, sin renunciar al dolor, a la sed y al cansancio, culminé la peregrinación hasta la obra del Maestro Mateo.

Los días previos a llegar a Santiago se despertaba en mí cierta nostalgia. Una especie de obsesión por capturar las historias de los caminantes que, durante siglos, hicieron el mismo recorrido que yo. Muchos de los peregrinos que he ido encontrando a lo largo de los años me hablaban de las estrellas nocturnas que marcaban una señal inequívoca hacia el oeste, el final de la tierra para el Mundo Antiguo, el abismo terrestre, la fe envuelta en sombras y una tumba que custodia los huesos de un hombre santo que estuvo al lado de Jesús en la noche en la que oró en el Getsemaní y en el día en el que lo clavaron en la cruz.

El Camino de Santiago es inseparable de la tradición cristiana. Se puede completar el peregrinaje a Santiago sin ser creyente, por supuesto. Pero no es un camino que supere lo religioso, como muchos quieren ver. Tampoco se define esta ruta solamente con los presupuestos de la fe. Viajar a Santiago es mucho más que religión. A lo largo de los siglos, hombres y mujeres de todo tipo han contribuido a engrandecer su historia con su paso personal. En sus inicios, un mundo entero marchó en peregrinación hasta contemplar de cerca el sarcófago de Santiago. Ha pasado un milenio desde la creación del Camino del Apóstol y esa misma ruta sigue atravesando el norte de España para poblar de peregrinos una naturaleza asombrosa. El Camino de Santiago es, en última instancia, la democratización del viaje. Basta caminar para completarlo. Cualquier persona puede convertirse en peregrina y, por lo tanto, ejercer la noble

tarea de viajar.

Pero ¿por qué Santiago? ¿Por qué precisamente en ese lugar extremo de la península ibérica, tan aislado, tan alejado de cualquier centro urbano importante del mundo clásico? El viajero debe remontarse hasta las épocas prerromanas. Pisamos un terreno resbaladizo, donde se mezclan la historia, la magia y la superstición. Los celtas, que se asentaron en el norte antes del primer milenio a. C., llenaron los caminos de dólmenes, piedras erguidas que marcaban un punto enigmático en el cielo y simbolizaban el encuentro entre la vida terrenal y el más allá. Los druidas hacían sacrificios (incluso humanos) en los lugares donde se ponía el sol. Y Galicia ha sido siempre la tierra donde muere el sol en toda Europa.

Los romanos, cuando conquistaron la península entre el III a. C. y el primer siglo de nuestra era, encontraron un humus de creencias que asimilaron. Este hecho está completamente normalizado en la historia. Los credos van sustituyéndose, pero la necesidad que tiene el ser humano de acudir al encuentro con la divinidad permanece. Para los romanos, el mundo conocido acababa en Galicia. En sus acantilados bautizaron el Finis Terrae, el punto donde el abismo y el mundo se dan la mano. Una vez que Roma se hizo con la península, asociaron el camino celestial al terrenal. La Vía Láctea dibujaba en las noches de estrellas una estela parecida a la leche derramada, que Hércules había originado tras un estornudo. Pero esa galaxia luminosa que encendía los cielos peninsulares también marcaba un camino. La dirección era el oeste, y el destino, Galicia. El *finis terrae*.

Druidas, romanos, legiones perdidas en los bosques y un cielo raso que en la meseta castellana parece un lienzo impresionista, el territorio por el que hoy transcurre el Camino de Santiago acogió a decenas de pueblos que invadieron la península. Cuando cayó Roma, suevos, vándalos, visigodos y otros tantos se asentaron en las ciudades que habían sido romanas y adoptaron el cristianismo como forma de entender la vida. Y fue precisamente la religión que sigue a Cristo la que dio forma a lo que hoy es la Ruta Jacobea. El cristianismo le otorgó a esa mancha de leche en el cielo nocturno un carácter sagrado. Construyó uno de los mayores templos jamás erigidos en el mismo lugar donde los druidas clavaban piedras para extraer la sangre de sus víctimas. Le dio sentido a las señales que indican el oeste e hizo que el mundo viajase hasta la misma puerta de la Gloria.

Santiago, entre la historia y el mito

Santiago el Mayor fue pescador en Cafarnaúm. A él se dirigió Cristo cuando en el lago Tiberíades le dijo que dejase de pescar peces para convertirse en pescador de hombres. Fue uno de los primeros apóstoles que siguió el ministerio de Cristo y presenció su pasión hasta el final. Lo acompañó en la oración nocturna del jueves santo en el Getsemaní. Presenció sus dudas. También las heridas cuando aceptó su destino. Tras la muerte de su maestro, se dedicó a salir al mundo a proclamar su palabra.

Hasta aquí lo que la Biblia dice de Santiago. El resto son hipótesis y mucha fuerza de fe para creer a pies juntillas lo que sucedió realmente con el Apóstol. Tenemos un origen, que es la ciudad de Jerusalén. Y también un final, la tumba en Compostela. Los extremos están claros. Lo

que no resulta tan evidente es cómo llegó Santiago hasta la península ibérica y por qué sus restos reposan en la ciudad que lleva su nombre, ya que fue decapitado en Jerusalén. Como peregrino que he sido y soy, aviso al lector de que resulta completamente intrascendente la veracidad de la historia. El Camino de Santiago existe, aunque no se sepa si el Apóstol llegó a predicar en la península. Asumiremos, al menos durante este epígrafe, que este hombre santo habló de Cristo en la meseta castellana y que logró salir con vida de los profundos bosques gallegos.

En efecto, la leyenda cristiana cuenta que Santiago el Mayor, tras la resurrección de Cristo, predicó en la Hispania romana. No hay un solo documento histórico que atestigüe este hecho. Ni siquiera en los Hechos de los Apóstoles, tan elocuente con la vida de Pablo o Pedro, se dice gran cosa de Santiago. Sabemos con cierta seguridad que murió martirizado en Jerusalén en el año 41 o 43. Diez años que se esfuman de la historia. Por eso hay que acudir a la mitología para iluminar su viaje por el Mediterráneo. Y como me he comprometido con la leyenda cristiana, me lanzo a ella.

Santiago viaja en barco desde Cesarea Marítima, el puerto más importante de la Palestina romana, hasta un punto inexacto de Finis Terrae. Desprecia el Apóstol, *a priori*, desembarcar en el Levante y se adentra más allá de las Columnas de Hércules, donde el *mar Tenebrosum* engullía hasta a los marineros más expertos. Resulta curioso: un pescador de Cafarnaúm, habituado a navegar un mar interior, el Tiberíades, no tiene miedo a desplegar sus velas en el Atlántico. Pero disculpe la incredulidad. Llega el enviado de Cristo y se pone a evangelizar. La Gallaecia es una provincia romana muy belicosa. A Roma le cuesta mantener el tipo debido a las revueltas constantes de esos pueblos medio celtas. Se resisten a latinizarse. Hace amistad con ocho hombres que no dudan en seguirlo. Funda junto a ellos dos iglesias, en Padrón y en Muxía (otro de los finales del Camino). Posteriormente, Santiago se dirige hacia el este, en una ruta inversa a la establecida por la religión. Probablemente recorre una calzada romana que conectaba Lucus Augusti (Lugo) con Caesaraugusta (Zaragoza). En esta última, encuentra a la Virgen subida en un pilar. Y ahí tenemos a la familia de patronazgos españoles.

Después, Santiago vuelve a Jerusalén y muere. Si este viaje jacobeo ha necesitado de altas dosis de imaginación, el siguiente que veremos requiere fe, que siempre es más complaciente que la simple ensoñación. Se trata de la *traslatio*. Los discípulos de Santiago rescatan su cadáver de los soldados romanos que lo custodian y vuelven al puerto de Cesarea Marítima. Se montan en una barca (otra leyenda sugiere que de piedra) y se adentran en alta mar. Es un viaje peligroso. Santiago lo hizo vivo y ahora lo hará muerto. Pero sus discípulos tienen miedo. Un ángel los guía durante todo el camino marítimo. La barca, para poner más dificultad a la historia, no lleva timón ni remos. Los guía la Providencia, la fuerza de la fe o las mareas fortuitas. Encallan en las costas gallegas, cerca, de nuevo, del Finis Terrae. ¿Casualidad? La memoria de las olas recordaba el primer viaje de Santiago y lo calca. Precioso homenaje al viajero de Cafarnaúm.

Una vez en tierra, los acompañantes del discípulo muerto se esconden de los soldados romanos, que recelan de los extranjeros. Los encarcelan y recobran la libertad. El periplo con los restos del santo se extiende en el tiempo como si de una novela picaresca se tratase. Hay varias localidades que se disputan el haberlo albergado durante ocho siglos. Padrón, Iria Flavia, Castro Lupario… Se pierde la pista de Santiago mientras que el cristianismo domina la parte norte del antiguo Imperio. El sur es musulmán y precisamente uno de los puntos de fricción entre ambas religiones lo encontramos en la península ibérica. El lugar exacto donde se desarrolla el Camino de

Santiago.

¿Queda algo de aquella navegación angelical hacia una tumba desconocida? En las costas de Muxía, frente al santuario de la Virgen de A Barca, hay una piedra de grandes dimensiones donde rompen las olas. Tiene forma de barca y la tradición popular ha querido ver un guiño a la leyenda. La nave que transportó el cuerpo de Santiago sigue varada en Muxía. Al terminar uno de los caminos que realicé, me acerqué desde Oviedo al lugar donde los peregrinos queman sus ropas y botas. El mundo parecía acabarse de verdad en el horizonte marino. Ya casi de noche, creí ver esa barca de piedra atracar a los pies del santuario. Cuando ya no queda luz, se descorcha vino blanco y los peregrinos despiden el último atardecer de su viaje.

Se descubren unos huesos…

En el siglo VIII, la Hispania en la que había predicado Santiago corría el riesgo de no albergar ni un solo cristiano. Casualidad o no, mientras los reinos del norte luchaban por sobrevivir a la invasión musulmana y hacerse un hueco en el mapa, aparecieron los restos del apóstol Santiago. Más que un milagro, aquello fue una oportunidad. Los cristianos no eran muchos, pero estaban dispuestos a resistir. Solo necesitaban una ayuda celestial. Un poco de moral en esas horas bajas en las que los musulmanes habían conquistado casi todo el antiguo reino visigodo. Además, no habían traído solamente la jambia para apuñalar soldados, sino una cultura sofisticada con la que no podían competir.

A inicios del siglo IX aparece una carta redactada supuestamente por el obispo León de Jerusalén (también se lo cita como el mismísimo papa). En ella se cuenta la leyenda de la *traslatio* del cuerpo de Santiago a Galicia, el viaje acuático iluminado por un ángel y el enterramiento que he contado páginas atrás. Se monta un revuelo en las diócesis cristianas de la península. La leyenda es cierta, gritan los obispos ahogando sus penas. Especifica la carta que el cuerpo fue enterrado en la confluencia de los ríos Sar y Ulla, en el pueblo de Bisria. Lugar que por supuesto no existe. Pero ¿acaso supone eso un problema para este viaje?

En el 820, con un ojo puesto en esa epístola (a todas luces falsa) y el otro en las incursiones musulmanas, un campesino dijo haber visto unas luces salir de la tierra y posarse en el cielo. Por allí pasaba un río, algo típico en las apariciones de todas las culturas del mundo. El campesino avisó a Teodomiro, el obispo de Iria Flavia, para anunciarle la aparición. Este se lo comunicó al rey Alfonso II de Asturias, que dio el visto bueno para investigar. Esas luces marcaban una necrópolis romana. Allí llevó el obispo su pala y se puso a hacer arqueología. Cavó y cavó hasta que encontró unos huesos. Milagro. La epístola del obispo León decía la verdad. La leyenda era palabra sagrada. Allí estaban los restos anhelados del apóstol Santiago. El mundo tenía que saberlo y movilizarse para conocerlos.

Alfonso II mandó construir una iglesia para custodiar las reliquias recién adquiridas. Al parecer, bajo las tumbas romanas se encontraba un antiguo templo que había sido convertido en iglesia, aunque pronto había perdido su función. Se construyó un edificio macizo de gruesos muros, de una sola nave y techumbre de madera. En el centro se alojó el sepulcro, cubierto por un pequeño ábside.

¿Es realmente el Apóstol quién está enterrado en la catedral de Santiago de Compostela? ¿O es

un pobre pastor romano al que confundieron con un hombre santo? Las veces que he guardado mi turno en la cola de peregrinos y he descendido por la escalera de la cripta de la catedral me he impuesto una norma moral. Poco importa quién esté dentro de ese sarcófago plateado. Al igual que los restos de Pedro en Roma o los de Mahoma en Medina, resulta intrascendente que Santiago descanse en el túmulo sagrado. Lo trascendental es la fuerza cultural y civilizadora que genera. No hay paso en mitad del bosque navarro que no se realice gracias a esa tumba. No hay catedral románica que no se haya alzado por el impulso de la fe en esos supuestos huesos. Santiago es la fuerza innata que hace al hombre crear belleza, arte y memoria. Y eso es demasiado hermoso como para matarlo con pruebas de ADN.

Unas décadas después, en el último tercio del siglo IX, Alfonso III decidió peregrinar desde Oviedo hasta Santiago para contemplar con sus propios ojos el sepulcro santo. Y lo que vio se había quedado pequeño. Por eso mandó construir una basílica de tres naves, aún prerrománica, pero de dimensiones mayores para poder acoger al mayor número de peregrinos posible. El viaje de Alfonso III fue crucial en la historia del Camino de Santiago porque inauguró la fiebre de la peregrinación. Si un rey lo dejaba todo, se ponía las sandalias y caminaba, por qué no un simple siervo de Dios.

Camino Primitivo se llama la ruta trazada por Alfonso III, que conecta Oviedo con Santiago, atravesando valles brumosos, montañas de difícil acceso, como el puerto de Hospitales, entrando en la romana Lugo y siguiendo la pista del Camino Francés en Melide. No llegó Alfonso III a presenciar la destrucción de su obra. En el 997, Almanzor asedió Santiago de Compostela e incendió la basílica que guardaba el cuerpo del santo, respetando (eso dicen las crónicas) sus restos. Ocho siglos tardaron en aparecer los huesos para que los musulmanes los hicieran añicos en apenas una incursión punitiva. Con la iglesia destruida, el cristianismo asumió la peligrosidad de convivir en la frontera entre dos mundos diversos. Solo unos cientos de kilómetros separaban las tropas árabes del lugar más sagrado que la cristiandad tenía en la península ibérica. Guardar al apóstol significaba la supervivencia de los reinos cristianos. Por eso Santiago se convirtió en el centro ideológico del proceso de reconquista.

Sobre las cenizas de la iglesia quemada se erigió un nuevo templo a los pocos años. No será hasta el siglo XII cuando Santiago tenga la catedral que merecen unos huesos tan santos. Me refiero a la que apreciamos hoy en día. A la entrada, el Pórtico de la Gloria representa una de las mayores expresiones del arte románico que existen no solo en España, sino en toda Europa. Viendo el lenguaje en piedra que fabricó el Maestro Mateo se comprende que la historia fabuló a favor de la belleza, a pesar de plagas y asedios. En sus formas se muestra a Dios como un hombre posible, tan terrenal como un peregrino cansado, tan perfecto como un paraíso hecho en piedra.

El Códice Calixtino, primera guía de peregrinos

¿Qué faltaba para hacer del Camino de Santiago un lugar escogido para los peregrinos de toda Europa? La letra escrita, la prueba irrefutable de que aquello era verdad, puesto que en la Edad Media el valor de lo escrito era trascendental.

Hablamos del Códice Calixtino, un manuscrito redactado en la segunda mitad del siglo XII que supone una estructuración y perfecta descripción de lo que significaba el Camino de Santiago. Contiene el *Liber Sancti Iacobi*, una suma medieval de todo lo que hay que saber sobre Santiago y su peregrinación. En otras palabras, el Códice constituía una auténtica guía de viajes encubierta. En el manuscrito se tratan cuestiones tan importantes para el caminante como las etapas a realizar, los pueblos por donde transcurre la ruta, las posibilidades de alojamiento que hay e incluso una descripción detallada de cómo es la nueva catedral de Santiago de Compostela. También contiene una batería de salmos y rezos con los que el peregrino distraía sus pasos y expurgaba sus penas. Este códice pasa por ser la Lonely Planet de la Edad Media, permitiéndose incluso ciertos momentos de humor que el peregrino medieval sabría interpretar con más gracia que los lectores modernos.

En el Libro II se narran las pericias de Santiago en España y los diferentes milagros efectuados una vez muerto. En ellas, el discípulo de Cristo más parece un caballero quijotesco, salvando a reos de la prisión, rescatando a náufragos de los mares procelosos y devolviendo a la vida a viajeros descuidados. Todas las historias tienen en común el camino Jacobeo, una invitación al peregrino para que deje su hogar y se encamine hacia el Finis Terrae.

Sin duda, el libro más preciado de todos los que componen el Códice Calixtino es el V. En él se describe el día a día del peregrino. En el capítulo I se comentan las cuatro variantes francesas que parten más allá de los Pirineos, unidas todas en Puente la Reina, en Navarra. Pero detengámonos en el Capítulo II, en el que se cuentan las diferentes etapas hasta llegar a Santiago. Una lectura rápida me induce a pensar que el escritor de esta guía medieval tuvo que hacer la peregrinación en su imaginación, puesto que se inventa buena parte de la numeración y pone el listón de resistencia tan alto que no hay ser humano que logre alcanzar ese ritmo de kilómetros diarios. Se dividen las etapas (algo menos de mil kilómetros de recorrido) en trece jornadas. La calculadora marca casi 77 kilómetros al día, sumando a la frecuencia de los pasos un saco cargado de víveres, unas sandalias poco preparadas contra las ampollas y los imprevistos del camino, como bandidos escondidos en bosques o la propia salud del viajero. En efecto, quien escribió este segundo capítulo no hizo la peregrinación, hecho que no le impidió hablar de ella. ¿Acaso yo he estado en todos los lugares descritos en este libro?

Este recorrido, delirante por sus previsiones kilométricas, pero tremendamente realista en cuanto a la descripción de las etapas, es la esencia del Camino de Santiago hasta nuestros días. No hay peregrino, de aquella época o de la nuestra, que no haya recorrido los mismos senderos que ya están apuntados en el Códice Calixtino, una obra que debía servir de propaganda para recoger adeptos en una España en plena lucha contra los árabes y que se había dado cuenta (la Iglesia, claro) de que la afluencia de peregrinos ocasionaba una victoria para la fe, pero también para las arcas. Ir a Santiago significaba emprender un viaje espiritual y físico en el seno del cristianismo, pero también reafirmar un territorio que se situaba en la frontera entre dos mundos. Y Europa (la cristiandad) no podía dejarlo morir. El milagro de Santiago se perpetuó durante siglos, con ayuda humana. A veces el hombre debe marcar el camino por el que deben andar los santos.

El viaje del arte románico

El tablero empezaba a inclinarse hacia el lado cristiano. Europa entera caminaba por los senderos que había iluminado el Códice Calixtino, atravesando Francia y llenando las rutas del norte peninsular de calzadas, hospitales e iglesias que buscaban una reproducción exacta de la belleza de la catedral de Santiago. Son los tiempos también de la reforma gregoriana en la que los monjes tomaron el control de muchos espacios públicos, con el auspicio del papa Gregorio VII, que abogó por la intervención de la Iglesia en la política de los reinos y la beligerancia contra el infiel. El papa animaba a ir a Santiago para buscar el perdón de los pecados, de la misma forma que incitaba a la conquista de Tierra Santa con las Cruzadas.

De esta forma, nació la Orden de Cluny, clave en la expansión de la ruta jacobea. La orden benedictina defendía una revolución en la manera de vivir la religión y de enseñarla. Para ello, idearon todo un programa iconográfico y arquitectónico. La iglesia y el monasterio debían ser el centro de la ciudad, el elemento esencial de la comunidad. Cientos de monasterios fueron fundados en toda Europa, los de Francia y España destacan por encima de todos. Aquel era un arte práctico, destinado a llegar a los fieles, a acoger al mayor número posible de feligreses y también a instruirlos en unas escrituras que hacía siglos que el pueblo ya no entendía. Es el momento del arte románico, decisivo en la propagación del Camino de Santiago.

Existen rutas actuales por todo el entramado de iglesias y monasterios que la Orden de Cluny creó en Francia y España. Es un viaje apasionante, intelectual y humilde. Basta un coche, una tienda de campaña y la paciencia de rectificar los mapas y encontrar una buena sintonía de radio. Realicé hace años ese viaje por las provincias de Soria, La Rioja, Burgos, Valladolid y Zamora, en busca de iglesias románicas. Cuando la noche me sorprendía, buscaba un *camping* donde echar la tienda de campaña. Al día siguiente, me esperaban diez templos románicos, todos similares y cada uno de ellos especial, con un mensaje escrito en la piedra dispuesto a ser descifrado. Esa es la esencia del Camino de Santiago, a dos pasos también del nacimiento de la lengua española, en su versión infantil y adolescente, como llamamos al castellano.

El arte románico fue el primero en implantarse con un lenguaje común en toda Europa. Asistimos en el siglo XI a un viaje realizado por canteros, arquitectos, escultores y vidrieros que con su oficio propagaron la dialéctica de la piedra por todo el continente. Y en este sentido, Santiago suponía un final del trayecto, la etapa del viaje más esperada. El arte románico se identificaba con una aspiración de encuentro entre el creyente y Dios, por eso toda la cristiandad uniformó sus métodos de expresión, independientemente de sus variantes.

La iglesia románica se construía en piedra y disponía de una planta de cruz latina, en la mayoría de los casos con tres naves. El transepto, la nave transversal al eje principal, podía sobresalir del resto, formando la imagen arquitectónica de una cruz latina. La parte exterior más elevada se formaba con un cimborrio. Los muros se constituían con sillares, muchos de ellos horadados por marcas de cantero, auténticas organizaciones gremiales que iban distribuyendo su trabajo en diferentes iglesias, marcando con letras griegas u otros símbolos la procedencia. Los canteros de la catedral de León habrían trabajado previamente en otras iglesias francesas antes de culminar la Pulchra Leonina. También existen explicaciones esotéricas para esos signos, como desarrolla Fulcanelli en *El misterio de las catedrales*.

La decoración era una parte esencial del arte románico, desde la fachada principal de la iglesia, en la que se solía insertar un arco triunfal con arquivoltas decoradas con relieves y esculturas,

hasta en los capiteles de las columnas del interior, esculpidos en muchas ocasiones con una imaginación bestiaria propia del surrealismo del siglo XX. Para el peregrino la iglesia románica resultaba un bosque de símbolos. Toda piedra que encontraba quería decirle algo. Le hablaba como un libro abierto. Por eso, los programas iconográficos insistían en incluir, en ciertas partes de las iglesias, el juicio final, donde Cristo juzga a los vivos y a los muertos; o un pantocrátor en el que Cristo bendice al recién llegado mientras sujeta las Sagradas Escrituras y una multitud de sabios tocan trompetas celestiales. El interior de las iglesias es una manifestación de símbolos y pasajes bíblicos descritos en la piedra con cierto humor medieval y tendencia a la fealdad, sobre todo si es el demonio el que se esconde tras la representación. En San Martín de Frómista, los capiteles son un derroche artístico tal que una serpiente, enroscada en el árbol de la ciencia, le da a Eva, desnuda, la manzana de su propia boca viperina. También encontramos monos de dudosa anatomía, esculpidos probablemente por un artista que pocas veces en su vida había visto un simio.

Toda Europa se unió a través del arte románico y, gracias a los peregrinos, este arte se propagó y unificó las manifestaciones de fe en territorios tan alejados como desconocidos. Son muchos los argumentos que se le presentaban al peregrino para iniciar el camino hacia Santiago. Para aquel viajero del siglo XII, todas las iglesias debían ser simulacros de Santiago, pruebas y ensayos antes de culminar su peregrinación.

Un Cristo, una oca y un juego

La pata de oca tiene una forma de cruz con los travesaños superiores algo inclinados, como si fuese una Y. Nada se dice en la Biblia de cómo fue la madera en la que clavaron a Cristo. La iconografía occidental suele representarla como dos maderos perpendiculares, el vertical más largo y grueso que el horizontal, destinado a los brazos. Pero hay otro tipo de cruces, como la griega, en la que los dos segmentos coinciden en longitud. La cruz en Y tiene escaso recorrido en el mundo cristiano. Son pocas las obras pictóricas que la representan. Al menos yo he encontrado pocas, salvo algunos bocetos de troncos que casi adoptan su forma, tal vez más por azar que por intención. Sin embargo, si el peregrino se acerca a Puente la Reina, en Navarra, y pasa debajo del arco que da acceso a la villa, contemplará a la derecha una iglesia. Es la de Nuestra Señora de los Huertos, popularmente conocida como iglesia del Crucifijo. Como no podía ser de otra forma, el ábside del templo, que es lo primero que percibe el viajero al acercarse, y la arquivolta de la portada principal desvelan un estilo de arquitectura románico. Esa iglesia ha sido visitada por peregrinos durante sus casi ochocientos años de existencia, desde su construcción, a manos de los caballeros templarios que dominaron los valles del Duero, hasta su disolución.

Una vez dentro, en el ábside que sirve de altar mayor, podrá acercarse el peregrino a contemplar una talla algo oscura. Es un crucificado de madera. Apreciará que su cruz es diferente a la habitual. No es de forma latina, sino en Y. Se llama el Cristo de la Pata de Oca y en él se detienen los peregrinos para orar durante unos minutos antes de emprender la marcha.

No es casual el lugar en el que está el Cristo que cambió su cruz latina por la de la pata de oca. La forma de Y también se asimila a la de los caminos que se unen. Es precisamente en Puente la Reina donde se juntan los caminos Francés y Aragonés, el primero desde Roncesvalles y el

segundo desde Jaca. Este pueblo navarro, famoso por su puente románico que salva el río Arga, es el cruce de los caminos seculares de los peregrinos hacia Santiago.

Pero ¿por qué una pata de oca? La respuesta ha llevado a muchos esotéricos (que de todo debe haber en el mundo) a buscar un mensaje oculto detrás de las formas de la pata del pobre animal. Hablan de un código templario, de la última voluntad de Jacques de Molay antes de arder en la pira en la Île de la Cité, de un mensaje cifrado en las estrellas. Incluso de un himno masón, actualizado en el siglo XVIII. Lo cierto es que la oca era un ave frecuente en la ganadería española. Las ocas, además de producir una carne comestible, servían para alertar de posibles ladrones. Su graznido gutural cuando descubrían a una persona desconocida hacía despertar a toda la barriada. Eran más efectivas que los perros, a los que se apacigua fácilmente con un trozo de tocino. Se popularizó el saludo de las ocas a los peregrinos cuando pasaban junto a algunas fincas o parroquias. Era costumbre encontrar a esas aves revoloteando sobre los pastos de madrugada o en los momentos culminantes del atardecer. Las ocas han formado parte del Camino de Santiago desde los albores del tiempo.

La toponimia del Camino es clarividente. El peregrino pasará por Ocón, en las proximidades de Logroño, por Villafranca Montes de Oca, tras haber dejado Santo Domingo de la Calzada, entre La Rioja y Burgos. Ascenderá los Montes de Oca y entrará en las ciudades de Castrojeriz (cuya etimología quiere significar «ciudad de ocas») y el Ganso, esta última en León. El extenso sendero desde los Pirineos hasta Santiago está plagado de simbología que recuerda al ave. Lo observamos en las portadas de las iglesias, en los cementerios. A veces en una sencilla marca de cantero.

Posteriormente, la tradición condensó toda la simbología y ofreció entretenimiento a los peregrinos a través de un juego que dividía el camino en 63 etapas, justo lo que tarda el caminante en recorrer desde Roncesvalles a Santiago la ida y la vuelta de su peregrinación. A través de unos dados (la fortuna), el peregrino se encontrará con puentes que salvan ríos (como el de Arga) y con posadas que guardarán su descanso y lo protegerán de los lobos. También habrá cárceles en donde se le privará de libertad, como la de San Marcos de León, hoy en día un parador nacional. El pozo, el lugar en el que el peregrino rellena su calabaza, supone un peligro de muerte. Precisamente, al caer en la casilla de la calavera, el jugador vuelve a empezar su recorrido. El peregrino, claro está, solamente podía fallar en el juego. Se tienen noticias de un caminante que pudo disfrutar de una vida eterna de peregrinaje. Nos referimos al judío errante. En el *Introductorius ad judicia stellarum*, un manuscrito hallado en Ancona, un monje afirma haberlo visto llegar a Santiago, siglos después de negarse a darle agua a Jesús en su camino por la Vía Dolorosa. Volviendo al juego y a la oca, el peregrino llega al final de su trayecto y prepara el viaje de regreso a casa, con los dados en el bolsillo y la bolsa vacía. Algo no muy diferente a la vida real.

Roncesvalles bajo la lluvia

En Roncesvalles aún llueve. Es una lluvia fina que convierte la piedra en un espejo en movimiento. Así contemplo por primera vez la colegiata, de aspecto macizo. Desde su tejado de dos aguas se escurre la lluvia, de un gris cristalino y suave. La torre cuadrada, elevándose por

encima de la colina, parece un roble de piedra. Salí antes de que amaneciese. Al otro lado del Pirineo todo parecía distinto. Saint Jean Pied de Port es una villa de finales, pero también de inicios. Me encaminé por la rue d'Espagne, atravesé el puente de piedra y ascendí lentamente las montañas. En el primer día los pasos son enérgicos, pero aún no he aprendido a caminar sin miedo a las lesiones y al cansancio. Seis horas después, veinticuatro kilómetros de pista pirenaica (las alturas del Camino), observo desde lo alto la Colegiata de Roncesvalles.

Conozco el lugar porque leí que allí murió Roldán, el comandante de Carlomagno. Sé que no es más que una leyenda, pero, aun así, quiero escuchar el olifante, ese que sonó en medio de la batalla antes de morir el caballero. Dentro de la colegiata hay una extraña luz. Las iglesias del camino suelen iluminarse con velas y desprecian la luz eléctrica porque aún añoran cierta belleza medieval. La luz temblando entre las columnas, pegándose a la piedra oscura y a los Cristos de ojos fijos, supone una visión sobrecogedora. El sacerdote no dice misa, sino que pronuncia unas palabras de aliento alzando una cruz. Lo hace en una decena de idiomas. Es un hombre mayor que se preocupa de confortar al peregrino. Bendice a los viajeros. La mitad de ellos abandonarán antes de llegar a Santiago. Solo puedo pensar en eso, en los que abandonarán. Espero no ser yo uno de ellos.

Eunate, mi pequeña Jerusalén

Me duelen las rodillas. Las etapas se van sumando y la naturaleza no perdona. Los bosques navarros adelantan el otoño a agosto. Las hojas caen de los árboles y forman una alfombra parda. En la subida del puerto de Perdón, dejando atrás Pamplona, los girasoles se retuercen y parecen caminar también, despistados por el día de lluvia. Prefiero las poblaciones pequeñas cuando voy vestido de peregrino. Las grandes ciudades me molestan. Me aburren y me siento desubicado entre los atascos y las ropas ordinarias.

He llegado a Obanos. Sé que, a unos dos kilómetros, a una orilla del camino, existe una rareza arquitectónica. Algo difícil de explicar si no es a través de las leyendas. Hago las cuentas necesarias: dos kilómetros ida y dos de vuelta. Cuatro kilómetros más de etapa significan una hora de caminata extra. Evalúo los riesgos y decido hacerlo. A los veinte minutos, veo en la distancia una iglesia diferente. No es grande. Más bien pequeña, pero tiene un claustro columnado que la envuelve, como si la estuviera protegiendo. Es Santa María de Eunate.

Su planta es octogonal, como si los arquitectos no se hubiesen atrevido con un círculo perfecto. Fueron templarios, y eso añade misticismo al recorrido. Es escuchar «templarios» y parece que el cielo se agita y el viento se levanta. El claustro está formado por 33 arcos y en la decoración destacan algunos demonios, rostros indescifrables de bestias que sonríen, o tal vez se burlan de mí, cuando me detengo a mirar. No hay nadie alrededor. Entro y contemplo la falsa cúpula que divide lo terrenal de lo celestial. Hay unas hendiduras por las que penetra la luz. Con eso basta para iluminar todo el espacio. Afuera el mundo. No hay ningún rastro de humanidad más allá de esa piedra que va adquiriendo color a medida que cae la tarde. Parece una Jerusalén en miniatura que me ha estado esperando toda la vida.

Donde cantó la gallina
una vez asada

Los campos riojanos, sin embargo, han suavizado el paisaje. Ahora ya no hay bosques, pero sí una extensión de viñedos verdes y morados que agradecen el paso de los kilómetros. Las calles de Santo Domingo de la Calzada huelen a culto jacobeo. Hay algo auténtico en las piedras de sus edificios. Llego a la catedral, toco con la palma de la mano los sillares y siento las marcas de cantero aún visibles para los ojos despiertos. Me dirijo hacia el crucero y alzo la vista hasta encontrarlo. Está en el ala derecha del transepto, tan alto que cuesta trabajo mirar. Son un gallo y una gallina blancos. En el Códice Calixtino se cuenta un milagro de Santiago. Es uno de tantos pero este germinó en la cultura popular y el arte se dejó seducir por la historia.

Una familia de alemanes, un matrimonio y su hijo, peregrinan a Santiago. En Santo Domingo de la Calzada se hospedan en un albergue. Hay un lío de faldas. La hija del posadero quiere pasar la noche con el chico alemán. Este se resiste y la rechaza. Ella se venga ocultando una copa de plata en su equipaje. Al poco de salir, los guardias de la ciudad lo detienen. El corregidor impone su castigo. Ahorcan al chico en un árbol a las afueras del pueblo. Al día siguiente, los padres van a desnudar la horca y enterrar al muchacho, pero vive. Cuando anuncian la buena nueva al corregidor, este, escéptico, los echa alegando que su hijo estaba tan muerto como la gallina y el gallo que estaba a punto de cenarse. En ese instante, entra en acción Santiago y los animales empiezan a cacarear.

Es un relato simple pero gracioso. Observo una gallina y un gallo cantar en medio de la misa. Paso el resto del día descansando, anotando leyendas que escucho en el camino, apuntando nombres de iglesias a cada cual más misteriosa. Quisiera detenerme en cada capilla y analizar todas paradas de este viaje. Llevo más de doscientos kilómetros en ocho etapas y he leído que contra el cansancio todos los remedios sirven. Elijo una terraza frente a la fachada de la catedral y veo apagarse la botella de vino conforme las campanas marcan la caída de la noche.

La vieja alcahueta
que contempla la catedral

Leo que, en el año 1499, en esta misma plaza había una imprenta. Tuvo que ser de las primeras que se abrieron en Burgos. La placa es de mármol. En ella se lee que Fadrique de Basilea y Juan de Burgos montaron un taller de impresión. En esas prensas de metal se imprimió la primera edición de *La Celestina*. En ese momento, la catedral que domina el espacio de enfrente ya era antigua. Probablemente siempre estuvo allí, a juzgar por su aspecto coralino. La piedra se multiplica y zigzaguea hasta lo indecible. La catedral me recibe por un lateral y me obliga a deambular por su interior ensimismado por la luz. El gótico es superior a la hora de iluminar espacios. Es como si la catedral flotara. Esa victoria no se la puedo dar al románico.

Una iglesia rota

Paseo por la cuna del castellano. Visito monasterios que hace siglos cerraron sus puertas. Muchos fueron destruidos o saqueados por la invasión napoleónica. *Quelle grandeur!* Pero el mayor daño de todos lo causaron las diferentes desamortizaciones sufridas durante el siglo XIX. El Romanticismo buscó las ruinas pero a veces se empeñó en producirlas. Observo que la iglesia que tengo delante ya no es una iglesia. Tal vez los templos en los que algún día se rezó nunca pierden su esencia. El camino cruza una estructura a la que le quedan dos arcos apuntados, el muro y una arquivolta de lo que un día fue una capilla, un ábside roto… El simulacro de una catedral. Un reflejo desgastado de Burgos. El Camino responde siempre a mi curiosidad con lugares extraordinarios. Una iglesia partida por la mitad lo es. No pueden considerarse solamente ruinas, porque cumplen una función. El monasterio de San Antón, a las puertas de Castrojeriz, es parte de la ruta. Debo atravesarlo para seguir hacia adelante. Eludirlo es salirse del camino. No seguir la estela del apóstol.

Me detengo a contemplarlo con tranquilidad. Algunos vecinos de Castrojeriz han montado un puesto improvisado. Sirven café, refrescos, agua y venden conchas con la cruz jacobea. Las nubes van formando extrañas siluetas cuando se cuelan en los vanos de las ventanas, ya sin vidrieras. Los arcos se acoplan con su sombra a las trazas de la carretera. Es tan estrecho que no caben dos coches. Apenas tres peregrinos con sus mochilas y bastones. El camino sorprende con extravagancias. Las ruinas de lo que fue un templo son siempre más sugestivas que una gran catedral. Persigo lo íntimo. Y las ruinas susurran. Son palabras que no llegan a formarse. Se perdieron.

Por la meseta castellana

Me gusta caminar por la meseta. Tiene fama de aburrida, de calurosa, pero andar por una planicie de trigo con suaves colinas plateadas significa vivir en un poema de Machado. Y tras varias semanas de ruta, hay tiempo de sobra para recitar de cabeza algunos poemas leídos tiempo atrás. En la meseta me muestro silencioso cuando me cruzo con alguien. Camino con las manos en los bolsillos, buscando la sombra de un árbol o el interior de una ermita para reponer fuerzas. Eso hago en Frómista, lugar al que llego con las fuerzas justas, pero del que salgo revitalizado tras comprobar que el románico se puede condensar en unos pocos metros. En Carrión de los Condes me tomo un café, estudio el mapa y sello la compostelana en la iglesia de la entrada. Me esperan veinte kilómetros sin sombra ni agua. Hasta León todo es un páramo. Muchas horas de pensamiento por delante y un arte más íntimo. Templos más pequeños, menos suntuosos, como edificados para albergar a dos o tres fieles como máximo. No es necesario ni el sacerdote, pienso. Disfruto de ese silencio abrumador de las iglesias oscuras. Afuera, el cielo solo conoce dos colores azules: el del día y el de la noche, más intenso. Tengo la impresión de que en la meseta me encuentro más cerca del *campus stellae*. Paso a paso van menguando las distancias. Al parecer Santiago debe existir tras esa colina, dicen todos los peregrinos cuando aprecian que el relieve del terreno vuelve a empinarse. Se acabó la meseta. El final de la monotonía me da miedo.

O Cebreiro en la niebla

Llego casi de noche a O Cebreiro. Lleva todo el día lloviendo. He dejado de contar los kilómetros que faltan para llegar. La frontera entre Galicia y Castilla y León es un puerto pronunciado, con cuestas exigentes desde Cacabelos que entrecortan la respiración. Una modesta lápida señala el punto exacto y me da la bienvenida. Ya estoy en Galicia. Suspiro de alivio.

O Cebreiro está desierto esta noche. Entro por sus calles desde el este. Hay una densa niebla. Parece invierno en lugar de pleno agosto. Hace frío. Los tejados brillan con la intensa lluvia porque son de pizarra. Desde que atravesé el Bierzo solamente he visto tejados de pizarra y el humo de las chimeneas acentuando el color negro de su piel. Busco el albergue de peregrinos y casi rezo para que haya una plaza libre.

Una plaza minúscula. Es la iglesia de O Cebreiro. Está abierta de par en par. No hay nadie dentro. Solamente una vela encendida en el altar sirve de guía para protegerme de la oscuridad. Estoy tan cansado que no puedo sentarme. En el altar hay un crucificado con la cruz excesivamente grande. El cuerpo de Cristo es muy pequeño para tanto madero. Avanzo con calma. Me quedo a unos metros del altar. Apenas son tres naves sin excesos ni alardes artísticos, construida con sillares irregulares. Un templo pobre, hecho a base de imperfecciones. No hay relieves anunciando el apocalipsis. Sin embargo, tiene algo de especial. Todo aflora: la soledad, los días andados y el cansancio acumulado en los pies, en los hombros y en la conciencia.

No sé qué hora es. Paso una media hora contemplando el interior de una iglesia extenuada de recibir visitas, pero que en ese momento solamente está abierta para mí. Salgo a la calle y vuelvo a sentir el agua en la cara. De repente, reconozco la molestia de los pies húmedos, el peso de las rodillas al flexionarse y la espalda crujiendo de forma sibilina, como anunciando una mala noche.

Galicia es el territorio de las meigas. No creo en ellas, pero es indiferente. Cuando uno camina por Galicia y atraviesa sus bosques es capaz de ver la Santa Compaña. En unos pasos llego al albergue municipal. Una luz interior me anuncia que hay camas disponibles aún. El hospitalero se levanta de su oficina y abre la puerta. Me hace una reverencia y antes de invitarme a entrar y quitarme la mochila, me mira fijamente y me dice: «Si una noche de invierno un viajero…». Y reconozco que las meigas, en Galicia, existen. El hospitalero ha leído a Calvino. Todo es posible. Es el libro que llevo en la mochila y que, a falta de pasos, leo con la impaciencia de concluirlo antes de llegar a Santiago. Yo soy ese viajero que llega en una noche de niebla, pienso. Y ahí están la niebla y la noche.

La llegada:
el Pórtico de la Gloria

He llegado. Las estrellas marcaban un camino cierto. Ahora miro al cielo y reconozco que no he visto nada igual en mi vida. Es una piedra colorida. Tan cercana a la realidad que creo escuchar sus voces. Sentir su respiración. Bajo las túnicas hay un corazón que late, una sangre que recorre sus caminos oscuros. Los personajes llevan instrumentos que dejaron de fabricarse hace muchos siglos. Pero, aun así, reconozco su música. La llevo escuchando estos días atrás.

El Pórtico de la Gloria es el destino final de la peregrinación. Me siento pequeño ante el triple arco del Maestro Mateo. La insignificancia cobra un valor vaporoso. Santiago está sentado en el parteluz sobre un trono. Divide a los peregrinos entre los que llegan por primera vez y los que se despiden de la catedral para perderse por las calles de la ciudad vieja. En el centro del tímpano está Cristo, pero es una imagen totalmente diferente a las vistas en todas las iglesias del Camino. Aquí, el que sale de la piedra es un hombre que muestra sus heridas. No infunde miedo con su mirada. No atraviesa al peregrino con su gesto severo. No temo el encuentro de sus ojos. Es alguien que da agua al sediento, esa figura que tantas veces ha faltado en la meseta castellana en las horas de máximo calor.

A los lados hay discípulos, santos, profetas, ángeles… En la puerta derecha se representa el juicio final. Para alguien que ha llegado hasta Santiago ese es un peligro menor. Mis pecados han sido perdonados, dice el Códice Calixtino. Estoy a salvo de lo que pueda suceder en la ciudad cuando las campanas anuncien que se cierra el templo. En la puerta de la izquierda están Adán y Eva, el pueblo del Génesis saliendo en manada a mi encuentro. La Biblia al desnudo, más pura y clara que en la voz de un sacerdote.

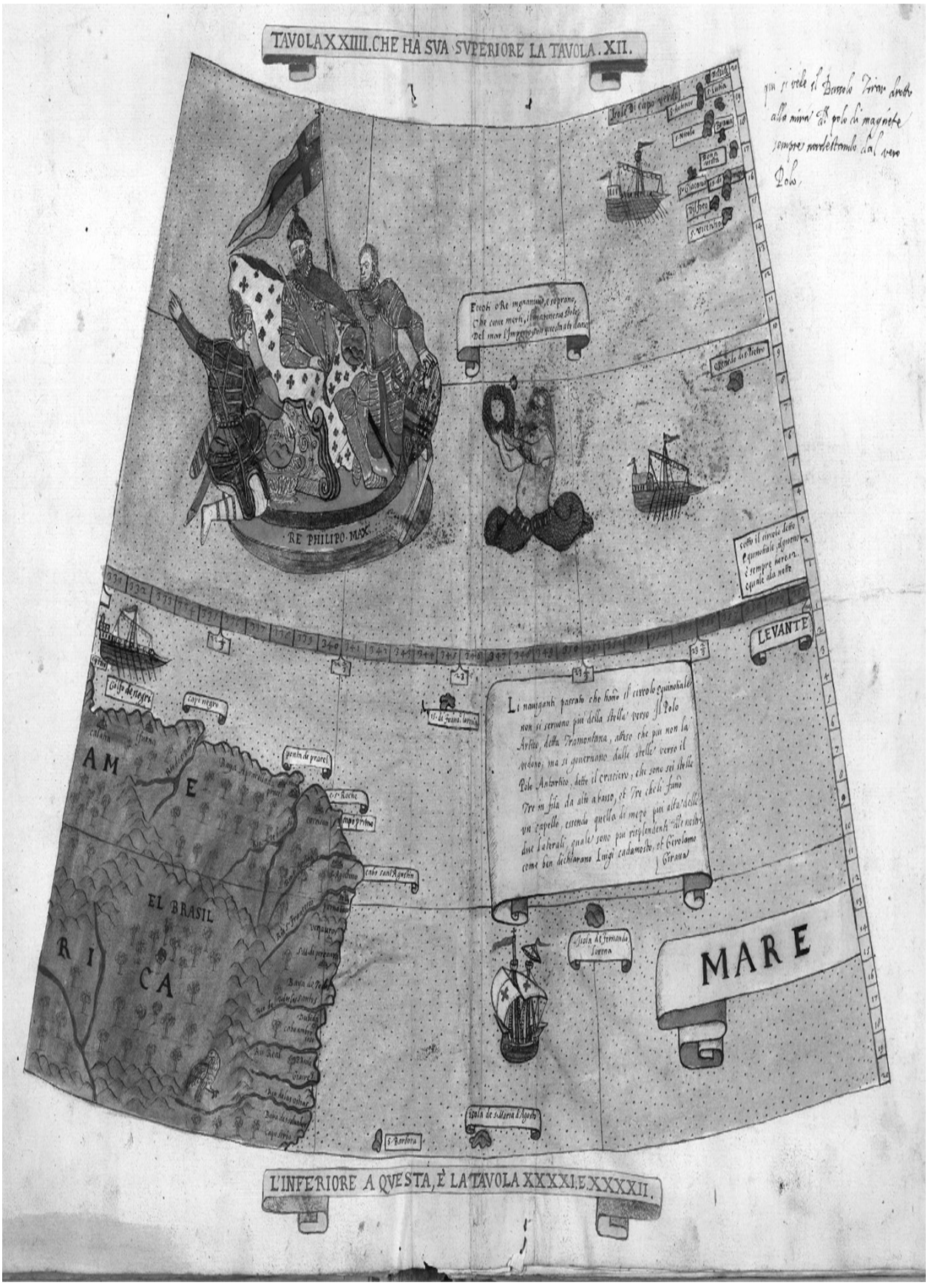
Ahora debo atravesar el Pórtico, observar desde la entrada las altas bóvedas que se dirigen hacia el altar mayor. Justo debajo, en la cripta, se custodian los huesos de un viajero. Un viajero como yo, me atrevo a susurrar con miedo a la herejía. Huele a incienso, ese mismo aroma que impregna cada iglesia del Camino. En cada una de ellas he repetido ese gesto. No sé si inclinarme ante la tumba. Me pregunto si ahí está el apóstol, el hombre por el que medio mundo caminó en la Edad Media y que aún sigue movilizando a gente de todos los países. Otra vez el eterno dilema. El punto final que marca el cielo. La última estrella. La barca varada en la orilla de Muxía. El Finis Terrae de todas las épocas. Es mi turno. He llegado.

CUARTA PARTE

*

La conquista de nuevos mundos

TAVOLA XXIIII. CHE HA SVA SVPERIORE LA TAVOLA. XII.



Ecco il Re magnanimo, e sourano,
Che come merita, il suo sapere stolto
Del mon l'Imperio sotto quel nath dono

Questo il circolo detto Equinoctiale dimostra
e sempre mostra
equale da ogni parte

Li nauganti passato che hanno il circolo equinoctiale
non si seruono piu della stella verso il Polo
Artico, detta Tramontana, altro che piu non la
veggono, ma si gouernano dalle stelle verso il
Polo Antartico, dette il crocicchio, che sono sei stelle
Tre in fila da alto a basso, et Tre che li fanno
un capello, essendo quella di mezo piu alta delle
due laterali, quale sono piu risplendenti delle altre
come ben dichiarano Luigi cadamosto, et Girolamo
Girauo

L'INFERIORE A QVESTA, È LA TAVOLA XXXXI. E XXXXII.

El Archivo de Indias es un homenaje a la geografía. Las paredes están forradas de libros, millones de páginas que explicaron el mundo, cuando el hombre solamente contaba con la intuición y un barco para conocerlo. Desde las ventanas llegan los reflejos de una catedral gótica, distinta a la de Milán pero cuyos estilos se hermanan. España quiso conocer las dimensiones exactas del planeta. Lo recorrieron marineros. Muchos dejaron sus vidas en ensenadas solitarias, pasto del frío, de flechas desconocidas. Pero a la luz de las velas, los geógrafos representaron la forma exacta que adquiría el globo. Los supervivientes que volvían por el Guadalquivir hablaban con un verbo ágil, y los escribas convertían en territorio las palabras.

Así nació el Padrón Real o General, la madre de todos los mapas americanos. En él, España diseñó el Nuevo Mundo, desbordante y codificado en bahías y montañas. Lo hizo con la dulzura de los años, ampliándolo en cada expedición, armándose de paciencia y aventureros. Pero también con el secretismo de una carrera despiadada por dominar el orbe. En la bodega de cada barco que atravesaba el Atlántico, desde 1500, iba un mapa que descifraba las costas al otro lado del océano. Geógrafos como Juan de la Cosa, Americo Vespucio y Diego Ribeiro ayudaron a materializar el aspecto del Nuevo Mundo.

Tal vez Urbano Monti pudo acceder a uno de esos padrones generales, a través de copias que circulaban en suelo italiano. Justo en los años en los que Monti diseñaba su *Trattato Universale*, el ducado se encontraba bajo dominación española. Aquella ciudad no tuvo que ser muy distinta a la que describe Alessandro Manzoni en *I promessi sposi.* Las tropas españolas vienen y van en una guerra perpetua contra Francia. Carlo Borromeo, la cabeza y el espíritu de Trento, acaba de morir siendo arzobispo de Milán y la ciudad lucha por sobrevivir a otra epidemia de peste. Son años llenos de exigencias pero también de lucidez. Ahí se abre paso nuestro geógrafo. Estudia los mapas que los españoles transportan en los libros, en los reversos de las estampas que reproducen *La Trinidad* del Greco. Soldados y humanistas se disputan las calles y Monti sabe que el mundo será conocido gracias al impulso de estas dos fuerzas.

Adoro las tumbas de los hombres que me despiertan admiración. Monti es uno de ellos porque llevo pegado a su figura durante todas estas páginas. Tuvo una vida sencilla. No salió de Milán. Sin ir más allá de las murallas de su hogar, aspiró a la totalidad del conocimiento. Una búsqueda rápida me informa de que, al morir, en 1613, fue enterrado en una capilla lateral de Santa Maria dei Servi, donde la familia guardaba la memoria de sus miembros más ilustres. Eso me basta. El próximo destino de este viaje es una iglesia milanesa, ante la tumba de un geógrafo.

Ahora estoy en Milán. He llegado a la estación y camino con cierta ligereza. Este libro trata de lugares que se cruzan. Sevilla y Milán, como sus catedrales, son diferentes y algo intangible las une: América. Llego a la plaza San Carlo y contemplo una iglesia que domina la explanada. Hace frío en la capital de Lombardía. No esperaba este templo. Pronto me doy cuenta de que el lugar no corresponde con las expectativas. No es Santa Maria dei Servi. Busco en internet, refugiado en el pórtico que imita de lejos el Panteón de Agripa. La iglesia fue desacralizada en

1799 por las autoridades napoleónicas y derruida en 1836, en pleno dominio austriaco, el año en el que una epidemia de cólera arrasó la ciudad. Al poco se construyó el nuevo templo, San Carlo al Corso. Su aspecto es frío, aunque intenta imitar el clasicismo. No hay rastro de tumbas pasadas. Monti ha sido esquivo en este primer encuentro. Me refugio en su planisferio, sentado en un banco de esta nueva iglesia inesperada.

Su geografía aún ilumina el territorio. El África de Monti tiene las costas perfectamente perfiladas. En su interior hay un marasmo de mitología y fantasía. Bestias con cuernos, dromedarios y lagartos. Nadie se ha atrevido a explorarlo. América, en cambio, está en marcha. El Amazonas es un mar inmenso. Ciudad de México aún conserva las formas de sus canales, una Venecia engrandecida. El rastro de Magallanes se pierde en el Pacífico tras bordear el estrecho. Llegando a la costa, un tritón acompaña a un navío real. Felipe II, sentado en su trono, sostiene la bola del mundo en su mano. Ante él se arrodilla Atahualpa. Lo nuevo y lo viejo en un cascarón de nuez. Mientras, demonios salen de las aguas para tragarse a navegantes.

Capítulo décimo

Finis Africae, el perfil de un continente

En busca del unicornio

A Enrique IV de Castilla no se le empalma. Suena grosero, pero entiendan el alcance del problema. Es rey y no encuentra la fórmula secreta para dejar encinta a su mujer, la reina. Ella es portuguesa, Juana de Avis. Su familia domina la navegación desde hace un siglo. Castilla prefiere ir a pie a todos los lugares, por eso está llegando tarde a la historia. El rey no puede procrear y ve amenazados sus dominios por la codicia de sus hermanos, Isabel por un lado, Alfonso por el otro. Necesita algo que solucione esta difícil situación. En la corte todos susurran a su paso. Es un impotente. Un invertido, llegan a decirle. Se burlan los bufones en la plaza, los niños imitan con un gesto la cornamenta de los machos cabríos. Sufre mucho. Gobernar era comandar ejércitos, no preocuparse de la vigorosidad de su miembro.

En su contacto con los moros de Granada, ha escuchado muchos consejos que en Castilla pasan por leyendas. Superchería para brujos, nigromantes y majaderos que venden su alma al diablo por conseguir unas monedas en Zocodover de Toledo. Un sabio árabe le dijo que sus familiares, al otro lado del estrecho, curaban la impotencia con un mejunje que lleva como ingrediente principal el cuerno del unicornio. No es la primera vez que escucha hablar de esa bestia, pero no ha visto ninguna. En Castilla existen los toros, los bueyes y los conejos, pero no los unicornios. Sí oyó en su niñez a emisarios del Lejano Oriente describir animales prodigiosos. Entre ellos el unicornio. Castilla está en juego. Por eso llama a sus mejores hombres.

Hemos pasado el ecuador del siglo XV y Juan de Olid se dispone a partir hasta el corazón del continente desconocido. Sabe que más allá del Sahara hay reinos misteriosos, hombres con la piel tintada que dominan a las bestias y corren desnudos en los días de lluvia. Debe traer el cuerno para su rey. Ha viajado por el mundo. Sabe muchas lenguas. Con este espíritu, se enfrenta a la mayor aventura que jamás haya podido encontrar en todos los días de su vida.

Juan de Olid es una creación ingeniosa de Juan Eslava Galán. *En busca del unicornio* se ha convertido, tres décadas después de su publicación, en un libro imprescindible para mí. Lo leí en los años universitarios con una pasión desbordante, queriendo yo también completar la expedición de esos viajeros castellanos que lo dejaron todo para complacer a su rey. Con la ciencia que pudiera albergar el hombre del siglo XV, privado del conocimiento geográfico de un siglo después, Juan de Olid atraviesa el estrecho de Gibraltar y se adentra en tierras de infieles, un Marruecos gobernado por la dinastía wattásida. Es un extranjero que llega al puerto de Safí, la ciudad atlántica que mira hacia lo ignoto, que camina por rutas milenarias hasta Marrakech, perdiéndose en la plaza Yamaa el Fna, donde se compran y venden todo tipo de aves, oro y plata, azufre y demás materiales procedentes del interior del continente. Tal vez las mismas especias que descubrí en mi visita a la plaza de Marrakech, muchos siglos después. Hay lugares en el mundo que no parecen cambiar nunca. Yamaa el Fna es uno de ellos. Es el punto conocido más lejano de Castilla. Tras Yamaa el Fna solo hay caminos no recorridos, el desierto inmenso, la

perdición por sed y hambre. Desde Uladris, la puerta del desierto, atraviesa África de norte a sur, de oeste a este, encontrando animales y flores que no tienen nombre, sufriendo las penalidades de un viaje anticipado a su época.

Se adentra en la ciudad de Tombuctú, conoce decenas de tribus como los columba, los cuarafa y los manda bandi. Explora unas tierras que hasta el siglo XIX no serán conquistadas por la avaricia inglesa, alemana, belga y francesa. Sigue su ruta de desgracias hacia el sur. Se baña en lagos tan grandes que la vista no alcanza a vislumbrar el otro lado. Sigue su búsqueda del unicornio hasta que llega a Cimagüe, la salida al océano Índico. Un viaje atemporal, que reúne geografías distintas, tiempos que se quedaron obsoletos y el amanecer de la cartografía moderna anterior al mapa de Monti.

El Juan de Olid de Eslava Galán no se conforma con su mundo, por eso explora lo inconcebible. Busca un unicornio en un siglo en el que las bestias imaginarias formaban parte de lo posible. Una realidad aún aplicable a la invención de los viajeros. Su viaje es demencial, por eso resulta tan interesante para el lector. Es África en todo su dominio, en el esplendor de la naturaleza. Solamente allí podían hallarse los unicornios.

Finis Africae, los mapas sin destino

En la biblioteca del monasterio donde se ambienta *El nombre de la rosa* hay una puerta que impide el paso a los monjes lectores. Una inscripción avisa a los intrépidos de que su presencia está prohibida ante los ojos de Dios: «Secretum finis Africae manus supra idolum age primum et septium de quatuor». El límite de lo conocido era el final de África, esa tierra ignota que todos sabían señalar pero que nadie se había atrevido a explorar. Tras la puerta se escondía un mundo de misterios y perdición.

África era conocida desde la Antigüedad. Los griegos habían recorrido su costa norte. Formaba parte para los romanos del Mare Nostrum, con diferentes provincias administrativas como Mauretania Tingitana, Mauretania Caesariensis, Africa Proconsularis, la Cirenaica y Egipto. El problema residía en dónde acababa África. O para ser más concretos, ¿qué forma tenía esa vasta extensión de tierra? Las condiciones climáticas no ayudaron, desde luego. El desierto del Sahara forma una barrera natural imposible de atravesar. Ningún comerciante, legión o viajero intrépido se atrevía a atravesarlo ante la escasez de medios de supervivencia. El único método de medir las dimensiones de África era costear su litoral. Y los romanos, ávidos navegantes, no habían llegado mucho más allá del cabo Espartel, a las afueras de Tánger, a la salida del estrecho de Gibraltar.

Otro problema con el que se ha enfrentado la geografía a lo largo de su historia ha sido el de representar en una carta geográfica África. La primera vez que se intentó dibujar los contornos del continente fue en los llamados mapas de T en O. Esta era una forma que se popularizó durante la Alta Edad Media en la que se reflejaba el mundo dentro de un círculo y una gran T dividía los tres continentes existentes: Asia al norte (Egipto formaba parte de ella), Europa, en el extremo izquierdo, y África en el derecho. San Isidoro de Sevilla explica en sus *Etimologías* cómo dibujarlos. Es la cartografía en pañales. Un intento más que digno de traducir el territorio al papiro.

El mapa de Ptolomeo nace de las descripciones realizadas por este astrónomo y geógrafo en el siglo II. En *Geografía* se describe la costa africana de una forma imprecisa, sobre todo conforme se desciende al sur. Al continente se le llama «Libya». No será hasta las traducciones del siglo XIII (primero del griego al árabe y después, en Florencia, al latín) cuando se intenten trasladar las palabras de Ptolomeo a una carta geográfica. El resultado es un magistral trabajo realizado en monasterios del entorno de Toscana, donde África adquiere una forma cuadrada, y aparecen el Nilo y el Níger. Pero aún quedaba más de la mitad del continente por descubrir.

Fra Mauro avanzó en la descripción cartográfica de África de una manera extraordinaria. Este monje italiano realizó por encargo del rey Alfonso V de Portugal, en 1459, un mapamundi de aspecto circular en donde África crecía hacia el sur, hasta el cabo Diab, un lugar que muchos han relacionado con el cabo de Buena Esperanza. Sin embargo, a los portugueses todavía les quedaban años para superarlo. Muchos investigadores han querido relacionar el misterio con viajeros legendarios, como el chino Zheng He, quien supuestamente descubrió el sur de África y América en un viaje realizado en 1421. Ficción viajera, especulación geográfica, lo cierto es que África iba adquiriendo forma científica poco a poco. La *Cosmographia* de Sebastian Münster, ejecutada en 1554, representa por primera vez la forma de África de una manera realista. Pocas décadas después, Monti dibujó con realismo unas tierras ya costeadas, pero sin unicornio.

Sin embargo, aunque las costas brillasen en los mapas europeos, con nombres y descripciones exactas de los cabos y bahías, aún quedaba mucho para que el interior de África adquiriese el conocimiento necesario. Hasta mediados del siglo XIX, el interior del continente no será más que un conjunto de elucubraciones donde habitan los monstruos legendarios. África, que siempre había estado ahí, necesitaba aún de viajeros para llenar los mapas. Pero este viaje aún exige el tiempo en el que los navegantes no se guiaban por papiros, sino por las estrellas y la intuición.

Periplo de Hannón

Heródoto acierta al describir Libia (África para los no grecolatinos) como una enorme extensión de tierra rodeada de agua por todas sus partes, salvo por un extremo: precisamente el que la conecta con Persia, en la península del Sinaí. El griego había demostrado ser uno de los mejores viajeros, pero no supo de la forma de África por sus expediciones, sino como tantas otras veces gracias a lo que los demás habían dicho de ella. En el libro IV de su *Historia* se procede a la descripción de las tierras libias de la mano del testimonio del rey Neco II, un faraón egipcio que gobernó el país del Nilo entre 610 y 595 a. C. Según Heródoto, el faraón mandó una expedición de marineros fenicios a circunnavegar la costa de África para demostrar que en realidad el continente estaba rodeado por una gran masa de agua.

Todo surgió del fracaso de este monarca al construir un canal que uniera el mar Rojo con el Mediterráneo. De esta manera, los marineros fenicios partieron desde el mar Arábigo, cerca de Etiopía, y surcaron las aguas durante tres años, hasta cruzar las Columnas de Hércules y aparecer, como si de un prodigio de los dioses se tratase, por la desembocadura del Nilo. La historia no la creyó del todo Heródoto, que escribía lo que escuchaba, lo verosímil y lo fantasioso. Dijeron esos marineros que habían tenido el sol siempre a su derecha, algo que ocurre solamente en los amaneceres del trayecto que une el cabo de Buena Esperanza con Gibraltar.

Demasiadas dudas.

Rememora Heródoto un intento fallido de circunnavegar África que resulta más plausible. Se trata de Sataspes, sobrino del rey persa Darío I, que tras una condena hubo de emprender viaje desde Egipto al mar de Arabia, la misma ruta que los fenicios de Neco II pero a la inversa. Sataspes superó el cabo Solunte (el actual cabo Espartel) y viró hacia el sur, hasta que no pudo navegar más porque los vientos se pararon en seco. El pobre Sataspes no conocía «la volta», el truco que los portugueses descubrieron para poder superar el ecuador y no perder más vidas en naufragios. Describió Sataspes que encontró en las playas a hombres enanos vestidos con hojas de palmera. Eran seres timoratos que huían a las montañas. Volvió el explorador sin haber cumplido su misión y Darío I lo empaló, un castigo popular en la Antigüedad que le quitaba a uno las ganas de viajar (o de no terminar nunca el viaje). Heródoto supo la historia por un eunuco del empalado que encontró en Samos.

Pero el gran viaje por la costa africana durante la Antigüedad es el de Hannón. Son muchas las lagunas que rodean a la expedición. Conocemos el periplo gracias a textos griegos copiados en monasterios bizantinos del siglo X y al testimonio de Plinio el Viejo, siempre necesitado de viajes ajenos. La expedición de Hannón fue recogida en unas tablillas de barro que sirvieron como cuaderno de bitácora, depositadas a la vuelta del viaje en el templo Baal Moloch, en Cartago. La posible fecha de realización varía el siglo VI a. C. o el III a. C. Incluso algunos estudiosos afirman que el de Hannón fue, como tantos otros ejemplos, un viaje imaginario que ponía a prueba la invención de los hombres.

Salieron de Cartago en dirección a las Columnas de Hércules y, como en anteriores casos, descendieron hacia el sur. Himilcón, otra expedición cartaginesa, varió su destino hacia el norte, hacia las islas británicas, no tan desconocidas como lo era África. El recorrido de Hannón es tan versátil que a partir del siglo XVI otros viajeros quisieron ver más realidad que ficción en él. Con los mapas encima de la mesa y el texto griego al lado, han comprobado las equivalencias entre la palabra y la imagen. Supuestamente, Hannón, al mando de sesenta barcos y treinta mil tripulantes (una Cartago a la deriva), llegó a Larache, en el actual Marruecos (más al sur del cabo Espartel), y entró en contacto con pueblos locales que le sirvieron como traductores en el resto de la expedición. Siguió hacia el sur hasta la región que él llamó las Hesperúceras, que algunos sitúan en el golfo de Guinea. Tras días de costas desoladas (el desierto se abría paso al llegar al litoral), encontraron una isla con un lago en medio (Santo Tomé y Príncipe) y divisaron a lo lejos el monte Camerún, un volcán ubicado en el ecuador. Fue allí donde descubrieron lo que probablemente serían gorilas, tan cercanos a la fisionomía de los hombres y tan huidizos.

Volvió Hannón a Cartago y dejó escritas las maravillas que presenció. Nunca se sabrá si aquel viaje se realizó realmente porque la arqueología aún no ha logrado hacer milagros, pero en mi mente y la de cualquier viajero leer este tipo de aventuras reconforta. Y sobre todo, demuestra que, a pesar de las limitaciones, el Mundo Antiguo se empeñó en conocer todos los límites físicos del planeta. A veces con más pasión que cabeza. Qué pena que el testimonio de tantos viajeros haya ardido como las velas de los templos y en muchos casos sus expediciones no sean más que meros susurros de la historia, rumores que un Heródoto y un Plinio recogieron en las plazas y caminos del Mediterráneo.

Las islas Canarias,
las puertas del océano

Resulta curioso que uno de los primeros territorios que desde la Antigüedad atrajeron a los navegantes fueran las islas Canarias. Más allá de las Columnas de Hércules, toda civilización que ha dominado el Mediterráneo se ha sentido atraída por ese archipiélago de carácter volcánico en el límite de los mapas. A las Canarias se las ha llamado de muchas formas, todas inexactas. Las han confundido con las islas Afortunadas, ese paraíso griego en el que las almas descansaban tras la vida. También con el Jardín de las Hespérides, donde crecía un manzano que daba frutas de oro, protagonista del undécimo trabajo de Hércules. Cerca ideó Platón su civilización perdida, la Atlántida, que tantas horas de elucubraciones ha dado en el mundo del misterio y de los viajes. Pero los romanos también llevaron la mitología hasta los límites geográficos de aquellas islas. Las nombran Plutarco y Plinio el Viejo con afán científico. Aquello ya no era Roma, pero aspiraba a ser el mundo conocido.

En frente de la mitología, ya en la realidad, Juba II, rey de Numidia, intentó colonizarlas en una expedición que llevó a cabo también en Mauritania. Pero las Canarias se apagan cuando el Imperio romano sucumbe ante las invasiones bárbaras. No hay noticias durante la Alta Edad Media, al menos en la parte cristiana del mundo, aunque los relatos árabes tampoco son demasiado elocuentes. Hablan de unas «islas Eternas» situadas en el océano. Probablemente los árabes leyeran del griego los mapas donde señalaban las «islas Afortunadas», puesto que no se conocen expediciones hacia el archipiélago.

Gracias al marinero genovés Lanceloto Malocello aquellas islas perdidas en el Atlántico vuelven a aparecer en la mirada del viajero. Su nombre desvela que su expedición tuvo éxito, pues dejó el nombre a la isla que habitó alrededor de veinte años. Malocello llegó a Lanzarote en las primeras décadas del siglo XIV, cuando aventurarse más allá del estrecho de Gibraltar suponía una osadía. Lo hizo a sueldo del rey de Portugal, un país que ya ponía sus ojos en el mar como forma de subsistir, una vez acabada la dominación árabe en el Algarve.

En 1339 ya aparece recogido su descubrimiento en la carta portuaria de Dulcert. Pero Angelino Dulcert no se conformó con representar las Canarias. Como cartógrafo experto, también representó por primera vez el reino de Mali y otras aproximaciones a la costa occidental de África, así como dos islas oceánicas que él llama Antil y Brasil, dando rienda suelta a la especulación de los historiadores mistéricos, creyendo ver profecías de las Antillas y el Brasil tropical en un mapa mallorquín del siglo XIV.

La suerte de las Canarias ya estaba echada a principios del siglo XV. Situada en los mapas, ya solo faltaban expediciones que las conquistaran y colonizasen. Les tocaría el turno a dos viajeros que llevaban la espada en el cinto y que habían nacido en Francia. Se llamaban Jean de Béthencourt y Gadifer de La Salle. En 1402, tras cinco días de navegación desde Cádiz, llegaron a La Graciosa, isla deshabitada, y ocuparon Lanzarote. Después intentaron la conquista de Fuerteventura, La Palma y El Hierro, todas ellas defendidas por la población local. Tras jurar vasallaje Jean de Béthencourt indistintamente a Inglaterra, Francia y Castilla, será esta última quien finalice la conquista y anexión a sus territorios de ultramar.

Las Canarias fueron integradas a Castilla y después a España como una región más. Sería un paso clave para la conquista de América. Una parada obligatoria para los miles de viajeros que se

atrevían a echarse al mar ante lo desconocido. La última tierra firme que observó Colón en un caluroso día de septiembre. Las islas respondían a la llamada de una leyenda que había demostrado ser cierta. ¿Por qué no lo iban a ser las demás que, desde los tiempos de Platón, se contaban en las bibliotecas de todo el mundo? En Canarias empezaba el África misteriosa. Aquel archipiélago era el último punto real de un viaje desconocido.

Una barca de cañas
para atravesar un océano

Y de repente, aparecen unas cabezas gigantes a cinco mil kilómetros de distancia, al otro lado del charco, en Tres Zapotes, la costa sur del golfo de México, el lugar donde se desarrolló la cultura olmeca. Miden casi tres metros de alto, pesan en torno a cincuenta toneladas y son de basalto. Son cabezas de aspecto cuadrado con forma humana. Se perciben perfectamente los ojos, la boca y una especie de casco ornamental que les cubre el cabello. Y luego está la nariz, achatada y ancha. Esa nariz que poco tiene que ver con los indígenas y que vemos en los rostros africanos, en los negros de la zona de Nigeria y la desembocadura del río Congo. ¿Responden aquellos restos arqueológicos a modelos humanos de África? Probablemente no. La ciencia aún no ha sido capaz de demostrar que las piedras de basalto correspondan a un reflejo de un antepasado africano. Pero la hipótesis de los contactos entre africanos y americanos ya ha sido formulada.

El método de relacionarse, por si cabía la mínima duda, fue el viaje. En este caso, no hay otra fórmula que unos cuantos troncos, una vela y al mar. Y que el destino y las olas provean. Aunque parezca una locura, la historia está llena de quijotadas que acabaron encontrando la meta. Eso quisieron demostrar cinco aventureros argentinos en el verano de 1984. Capitaneados por Alfredo Barragán, construyeron una balsa con troncos que medía 16 metros de eslora y dispuesta con una vela. Se sirvieron de la observación astronómica (ni timón, ni navegación GPS) y se echaron al mar para probar que unos africanos pudieron haber realizado el mismo viaje en el 1000 a. C.

Partieron de Tenerife con la soga al cuello. Al no tener timón su balsa, no podían frenar ni variar el rumbo. Una caída resultaría mortal. El marinero quedaría abandonado a su suerte en alta mar, así que colgaron un cabo con decenas de metros de longitud para que el posible náufrago se agarrase al extremo. 52 días después llegaron a La Guaira, en Venezuela, demostrando que si cinco argentinos habían conseguido tamaña hazaña, un antiguo africano se hubiera podido convertir en un ídolo olmeca.

Las teorías de las relaciones transoceánicas despiertan escepticismo en los investigadores y dan alas a los fabuladores. El historiador árabe del siglo XIV, al-Umari, describió el reino de Mali y sus costumbres. Cuenta que Mansa Musa (el rey viajero que peregrinó hasta la Meca) alcanzó el poder gracias a que el mansa anterior, Abubakari II, organizó una expedición por el río Senegal hasta dar con el océano. De allí, cruzó el mar hasta unas nuevas tierras que nadie había descubierto. Algunos de esos viajeros primigenios volvieron a Mali y contaron las maravillas que habían visto. Las palabras de al-Umari responden a un relato mítico que se mueve en la frontera de la fantasía. Para mayor tranquilidad de Colón.

Un navegante llamado Enrique y un pueblo llamado Sagres

Me gusta sentarme en la Praça do Comércio y observar los barcos deslizándose hacia el océano. Luego camino por la ribera del Tajo. Me detengo en los bares de moda a beber vermú, a charlar con los transeúntes que pasean como yo, dejándose llevar por el fresco marino. Hasta la Torre de Belém hay una distancia considerable. En la torre renacentista, el mar se siente mucho más intenso. Casi tanto que el viento corta la cara. Allí fijo la vista al otro lado. Desde ese lugar Portugal descubrió un mundo, esa parte del globo oculta. Portugal es un país que inspira otros viajes, otros tiempos.

Todo empezó con Enrique el Navegante. Vio el trono del rey de Portugal muy de cerca durante toda su vida, pero nunca llegó a sentarse en él. La vida le tenía reservada una empresa más noble si cabe: la de iniciar la época de los descubrimientos que llevó a Portugal a dominar los mares. La visión romántica se ha impuesto en los libros y la mayor parte de los datos que se conocen de Enrique el Navegante son una idealización posterior. En vida nadie lo llamó «el Navegante». Se trasladó al sur, al Algarve. Playas largas de acantilados que aterrorizan de vértigo a los hombres y a las gaviotas. Quien haya presenciado el atardecer del cabo San Vicente sabrá que es un lugar que incita a viajar, con África y América en el horizonte.

Enrique el Navegante decidió decantarse por el sur, en lugar del oeste, por eso buena parte del continente africano le debe el conocimiento de sus costas. Se cree que fundó una escuela marítima en Sagres, un pequeño poblado en el extremo oeste del Algarve, hoy invadido por surfistas ingleses y franceses. Nada queda de esa supuesta escuela. Solamente un rumor y unos libros que hablan de su existencia. Reales o no, los hombres que se reunían en Sagres querían cambiar el mundo, enterrar el viejo conocimiento de la naturaleza e inaugurar la etapa de los descubrimientos. Y lo lograron.

Desde allí se tripulaban las expediciones que demostraron que existían más islas al oeste. El descubrimiento de Madeira fue llevado a cabo por el marinero João Gonçalves Zarco, en 1419, bajo la tutela de Enrique el Navegante. En 1425 sucedió lo mismo con las Azores, gracias a la expedición comandada por Gonçalo Velho Cabral. Poco a poco, Portugal salía del ensimismamiento. El mayor hito en la vida de Enrique fue estudiar y enviar la expedición con la que Gil Eanes rompió el maleficio establecido en el cabo Bojador. Se decía que nadie (al menos, ningún portugués) había podido navegar por debajo de ese cabo, hoy situado en el Sahara Occidental. En 1434 se descubrió que África existía al sur y siguieron descendiendo el mapa, pintando nuevas costas, islas, en una carrera hasta llegar al cabo de Buena Esperanza.

La Escuela de Sagres también perfeccionó las técnicas de navegación hasta un punto jamás visto en Europa. Impulsados por el saber árabe, que había quedado como un humus imborrable en la cultura popular y en las bibliotecas de monasterios como Alcobaça, Batalha y Tomar, crearon un nuevo tipo de barco más propicio a la navegación en aguas abiertas. Fue la carabela, una embarcación de la que Castilla haría su emblema un siglo después.

El fracaso de los hermanos Vivaldi

Para buscar la pista de los hermanos Vivaldi no sirve la alta mar. Conviene inspeccionar las bibliotecas de los monasterios en los confines de los Alpes. Es 1291 y Ugolino y Vadino Vivaldi parten desde su ciudad natal, Génova, para circunnavegar África. Pretenden llegar a la India, el sueño de Vasco da Gama adelantado dos siglos.

La única certeza del viaje de los Vivaldi es que fracasó. Los hermanos nunca volvieron a Génova. Lo demás se envuelve en un misterio que los siglos no han ayudado a desvelar. Los hermanos se alejaron del puerto de Génova con dos galeras y casi 300 marinos, junto a dos monjes franciscanos. Sobre la ruta seguida no había más opción que superar el estrecho de Gibraltar y virar hacia la izquierda en dirección al sur. La clave de su infortunio se encuentra en el punto exacto en el que pudieron descender antes de que su barco se hundiera, si es que se hundió.

Los Vivaldi encontraron el mismo problema que tantos marineros en las posteriores décadas. *La volta do mar* que descubrieron los portugueses en sus viajes oceánicos durante el siglo XV fue una solución ingeniosa que permitía el regreso a casa. La observación y los cientos de naufragios demostraron que, alejándose de la costa (para aprovechar los vientos alisios), las embarcaciones ganaban velocidad y encontraban la ruta a las Azores. Sin este giro contraintuitivo, los barcos se perdían en una calma chicha, lo que hacía que las expediciones fracasaran y sus tripulantes se perdieran para siempre.

Un mapa fechado en 1330, cartografiado por Angelino Dulcert, representa a los hermanos en el río Sion, un brazo del Nilo. Otras teorías dijeron que habían conseguido llegar a Etiopía, donde fueron apresados o su barco naufragó frente a Amenuam. Historias sobre su final hay de todos los tipos, pero todas acaban mal. Probablemente los apresaron en lo que hoy es Marruecos al atracar en un puerto.

Esta historia demuestra la dificultad de navegar las costas de África y la necesidad del ser humano de extender sus conocimientos más allá de los territorios señalados por los mapas. Diez años después, el hijo de Ugolino, Sorleone Vivaldi, emprendió otra expedición para dar con el paradero de su padre y de su tío, pero como era de esperar, también fracasó. Es un relato enternecedor. El hijo que viaja al lugar de perdición de su padre y vive el mismo destino, como el cuento de Paul Auster que ya mencioné en el capítulo del Himalaya. Viajeros conectados solo por la desgracia.

Portugal dibuja el mapa de África

El descubrimiento de la costa africana por parte de los portugueses fue constante a lo largo del siglo XV. Sin pausa, como un ejército de hormigas disciplinado, los navegantes organizaron decenas de expediciones con el objetivo de encontrar el paso hacia la India. África no podía ser infinita. Persistentes, estaban seguros de que ese cabo les otorgaría una ventaja comercial por encima del resto de reinos cristianos. Constantinopla, por otra parte, a principios del siglo XV ya resistía a duras penas los asedios otomanos, lo que comprometía el flujo comercial por la Ruta de la Seda.

En el mapa de Monti, el interior de África es un marasmo mitológico. No hay nombres exactos.

En cambio, la costa africana se dibuja bien definida. Portugal activó la marcha insaciable por su geografía. En 1419, João Gonçalves Zarco descubrió la isla de Madeira. Mar adentro, el archipiélago se encuentra a una distancia considerable de la costa africana, no demasiado lejos de las Canarias. Un punto de avituallamiento en las futuras travesías oceánicas. Pero el reloj no se para. En torno a 1425, Gonçalo Velho Cabral y Diogo de Silves llegaron a las Azores, un archipiélago aún más alejado de la costa, decisivo en las futuras expediciones a América.

Gil Eanes, que tenía nombre de marinero virgiliano, superó el cabo Nun, al sur de Marruecos, y rodeó el cabo Bojador, el límite oficial de la navegación atlántica. Lo hizo en 1434. Fue Antão Gonçalves el que rompió el mito del cabo Bojador. Descubrió una región denominada Río de Oro, en el actual Sahara Occidental. Dos años después, Nuno Tristão conoció el denominado Cap Blanc, en las costas de Mauritania, hoy parte de la ciudad de Nuadibú, un saliente de tierra que se convierte en una pequeña península.

El mapa va tomando forma. África sigue descendiendo lentamente, algo escorada hacia el oeste. Todavía no hay visos del famoso cabo que permita el paso. Dinis Díaz fue un experto navegante que conocía de memoria los aledaños del cabo Bojador. Pero quiso ir más allá. Costeó hasta la desembocadura de un río, varios cientos de millas más al sur del Cap Blanc. El río se llamará Senegal, como el país en el que transcurren sus aguas. En el punto exacto en el que su caudal se vierte al Atlántico, Díaz no encontró ningún poblado, pero dos siglos después marineros franceses fundarán Saint-Louis, una ciudad colonial que presenció el naufragio de la fragata Meduse, inmortalizada por Géricault en *La balsa de la Medusa.*

A pesar de los siglos y del conocimiento, los barcos seguían encallando en las aguas africanas. Dinis Díaz superó la península de Cabo Verde (no confundir con la isla) en donde se encuentra la ciudad de Dakar, llegando al límite del desierto del Sahara, y descubrió que tras la árida arena hay una vegetación exuberante. Los portugueses iban acumulando paisajes en la memoria de sus mapas.

La tierra, a partir de la década de los sesenta del siglo XV, empezaba a replegarse hacia el este. Podría ser el paso tan anhelado. Con este espíritu, Pedro da Cintra descubrió Sierra Leona y en 1470 se superó el cabo Palma, en la actual Liberia, el acceso al golfo de Guinea. Un año después, los portugueses llegaron a la Costa de Oro, nombre infausto que recuerda que, por encima de sus habitantes, buena parte de los europeos mercadeaban con personas para llenar sus bolsas de ese metal tan preciado. Ahí está el germen del incipiente sistema de esclavitud instaurado en la Edad Moderna. En ese mismo año, Portugal descubrió el delta del río Níger y Costa de Marfil. En 1473, Lopo Gonçalves se convirtió en el primer europeo en cruzar el ecuador, la línea que separa el mundo en dos. En el siglo XV delimitaba lo conocido y lo ignorado.

A partir de la década de los ochenta, los portugueses van fundando factorías, pequeños pueblos que servían para comerciar con los nativos, baratijas a cambio de oro y marfil, pero también puertos seguros donde descansar en su vuelta a casa. En 1482, sigue la escala de ríos africanos con el descubrimiento de la desembocadura del Congo. Un año después, Diogo Cão alcanzó el cabo Cross, en Namibia, a tiro de piedra del paso tan ansiado, mucho más al sur de lo que jamás un marino hubiera podido imaginar. El mapa de África adoptaba una forma alargada, no solamente ancha. Un continente monstruoso a ojos de los europeos, acostumbrados a la cercanía de los reinos mediterráneos. Sin embargo, al mapa aún le quedaban dos viajeros para completarse. Y serían también portugueses, a pesar de que un marinero genovés dejó la empresa

del siglo en la esquina de los mapas de la Edad Moderna. África estaba aún por perfilarse cuando Colón llegó a América. Pero a Portugal le importaba bien poco. Iba a terminar de dibujar su mapa.

Bartolomé Díaz y Vasco da Gama coronan el sueño portugués

El cabo de las Tormentas tiene un nombre lo suficientemente sugerente como para tenerle respeto. Los portugueses desconocían su forma pero llevaban un siglo soñando con él. Quién sabe cuántos marineros creyeron verlo, al virar una bahía, durante tan solo un instante, justo antes de encontrarse con que la tierra aún seguía descendiendo hacia el sur. Eran hombres que no se dejaban vencer por el desaliento a pesar de la rutina de sus fracasos. En cada expedición se descubría un nuevo golfo, aves distintas intentaban posarse encima del mástil de los barcos. Pero el continente no daba su brazo a torcer. África era inmensa. El *finis Africae* de los latinos, una premonición de mal gusto.

Bartolomé Díaz partió de Lisboa en 1487 al mando de dos carabelas. Enrique el Navegante hacía décadas que había muerto, pero Portugal persistía en su camino de agua. Tendría que llegar a la India como forma de subsistir en la historia. Parte de la ruta ya estaba trazada. Pegada a las costas, la expedición bordeó África hasta la desembocadura del río Congo. Superó todos los golfos que, como gotas de agua, habían ido descubriéndose a fuerza de viajes contra el sur. Llegaron los dos barcos a Elmina, en la Costa de Oro. Allí se refugiaron en la fortaleza de San Jorge de la Mina. Tras unos días volvieron a partir dejando la costa atrás, hasta llegar al golfo de Santa María de Conceição, en Namibia, justo donde Diogo Cão había atracado una década antes. Los portugueses no se habían adentrado tan lejos nunca. Bartolomé Díaz pensó que se trataba de otra broma de la geografía. En el actual Port Nolloth, en Sudáfrica, la expedición se vio arrastrada hacia alta mar, a causa de un temporal que amenazó con destruir todos los barcos. Cuando quisieron retomar el rumbo hacia el este, la tierra había desaparecido. Definitivamente, habían encontrado el paso, pero la tormenta se lo había ocultado. Se dieron cuenta de que la línea de costa ascendía ligeramente hacia el noreste. No había duda.

El viaje de Bartolomé Díaz se detuvo en el puerto en Kwaaihoek, a unos 800 kilómetros del cabo que decidieron llamar de las Tormentas. Los marineros estaban satisfechos pero cansados. Apenas eran unos despojos hambrientos, tras un año de navegación. Habían encontrado el paso en 1488 y ya no les quedaban fuerzas para seguir hasta la India, que se mostraba lejana, como un punto inalcanzable en el horizonte. Obligaron al capitán a volver a Portugal y preparar otra expedición que coronase las costas indias. A la vuelta, superaron el cabo Agulhas, el punto más austral de todo el continente, unos kilómetros más al sur que el cabo de las Tormentas. El punto en el que los dos océanos, el Índico y el Atlántico, se unen. La expedición pudo observar el temido paso, rebautizado como cabo de Buena Esperanza, porque tras meses de navegación, marca el rumbo a los marineros y los avisa de que su destino está cerca.

El cabo de Buena Esperanza tiene una forma alargada y una altura considerable. Los pájaros que han emigrado desde las tierras frías de la Antártida sobrevuelan la cresta de su acantilado intentando guardar el equilibrio a causa de los vientos que forman torbellinos en la punta. Diez

años hubo de esperar Vasco da Gama para ver con sus propios ojos lo que las crónicas contaban. El cuaderno de bitácora de Bartolomé Díaz explicaba con todos los detalles el rumbo a seguir para superar el cabo de Buena Esperanza. En 1498 partió una expedición capitaneada por Vasco da Gama que llevaba a Díaz como guía en la primera parte del viaje. Este se quedó en Cabo Verde y vio cómo Vasco da Gama se alejaba por alta mar, en un camino que los portugueses ya habían convertido en propio. El mar portugués, el continente de la costa que siempre mira hacia Lisboa.

Vasco da Gama superó el cabo de Buena Esperanza y siguió hacia el este costeando África. Llegó hasta Mombasa, en Kenia, una tierra que no era ajena al imaginario europeo. Tras unos problemas con unas revueltas locales, dirigió sus barcos a alta mar y llegó a Calicut, en Kerala, al sur de la India, para comenzar una historia de comercio que se mantendría durante siglos. Vasco da Gama había cumplido la proeza de un siglo, perfilar el mapa de África y encontrar la ruta que uniera Lisboa con las especias. A finales del siglo XV, el mundo aún creía que aquellas tierras descubiertas por Colón respondían al mismo territorio que Vasco da Gama acababa de unir con media docena de carabelas.

Hacia la ciudad prohibida de Tombuctú

La decisión de descubrir el interior de África se tomó en un club de Londres, a la hora del té. Les obsesionaba a todos esos aristócratas hallar la ciudad de Tombuctú, de la que hablaban las crónicas árabes, esa urbe construida de arena sobre pilares de oro, a la salida del desierto del Sahara. Rodeados los mapas de una bruma espesa, los ingleses fundaron la African Association, organización que financiaba viajes de exploración a la cuenca del río Níger, cuya desembocadura los portugueses habían fijado siglos atrás.

La nueva era de exploraciones entró por el Níger, con barcas de madera y redecillas que repelían los mosquitos. En 1790, el irlandés Daniel Houghton se puso al mando de una expedición que se inició en la desembocadura del río Gambia. Tierra adentro, quiso alcanzar el Níger. Por el camino, descubrió las cataratas de Barra Kunda, un salto de agua en el que se confunden los hilos cristalinos y la vegetación, en el actual Senegal. Llegó hasta Simbing, las puertas del Sahara, a muchos kilómetros aún de Tombuctú, donde falleció de hambre o asesinado por la población local, dos formas estadísticamente probables para un explorador de aquellos tiempos.

Le siguió Mungo Park, que, a pesar de tener las mismas ganas de hacer historia, fue más previsor. En su primera expedición, entró al continente por Senegal, localizando rápidamente el río Níger y remontándolo hasta Silla, donde tuvo que abandonar a causa de su pobre estado de salud. Diez años después, en 1805, lo volvería a intentar. Su viaje por el Níger alcanzó los rápidos de Bussa. Allí murió ahogado, no demasiado lejos de su desembocadura en Nigeria.

En los años veinte del siglo XIX, el camino a Tombuctú estaba más que trazado. Faltaban paciencia, medios y algo de fortuna para poder entrar en sus murallas de arena. Lo hizo el británico Alexander Gordon Laing, quien había pasado media vida en la cuenca del río. En 1826 visitó la ciudad oculta para los europeos. Pasó del verde tropical de la ribera a la aridez del

desierto y por primera vez un blanco pudo contemplarla. Al menos eso dicen los ingleses con orgullo. El problema de Gordon Laing fue que no volvió para contarlo porque fue asesinado en un arrabal de Tombuctú.

René Caillié sí se tomó la molestia de sobrevivir, a pesar de que un temporal se lo puso difícil (sufrió la tormenta que hizo naufragar la Meduse del cuadro de Géricault, pero su barco sí resistió los envites del mar). Desde Saint-Louis, en Senegal, se hizo pasar por soldado egipcio que volvía a su hogar. Tombuctú era una ciudad santa para los musulmanes de esa parte de África y, como La Meca, estaba prohibida para los no religiosos. En 1828 entró en Tombuctú con un Corán en las manos (donde anotaba, a escondidas, todo lo que apreciaban sus ojos de viajero), y pudo abandonarla sano y salvo en una caravana con destino a Fez, atravesando el desierto del Sahara, una proeza tal vez mayor que la de visitar Tombuctú.

A su vuelta a Francia, Napoleón ya llevaba muerto hacia casi una década, pero las diferentes naciones europeas habían entrado en África con altas dosis de aventura y crueldad. El continente se había convertido en un tablero de juego, una Europa desierta que rellenar con factorías, donde ingleses, franceses, alemanes, holandeses e italianos aprovecharon la ocasión para llevar sus guerras a los ríos tropicales, a los desiertos y a las sabanas. El libro de Caillié, *Voyage d'un faux musulman à travers l'Afrique*, fue un modelo a seguir en otras regiones de África. Paradójicamente, la época dorada de la exploración en África escondería uno de los momentos más infames de la historia de la humanidad: el colonialismo.

El infierno en la tierra:
Stanley y Leopoldo II en el Congo

Henry Morton Stanley ya había navegado el río Congo cuando el rey Leopoldo II de Bélgica lo contrató para civilizar la parte de África que le tocaba. Todo sucedió con la pasmosa habilidad que tiene la historia para despachar los temas más humanos. En 1886 se reunieron en la capital de Alemania las potencias europeas para poner un poco de orden en aquella carrera por descubrir y comercializar África. La Conferencia de Berlín oficializó un siglo de brutalidades con respecto a la población local, la esclavitud de todo un continente, una práctica que los abajo firmantes (Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, España, Portugal y el Imperio otomano, que aún respiraba) miraban con buenos ojos en pos del progreso. Una caricatura aparecida en *L'Illustration*, un diario francés, representa a Otto von Bismarck troceando una tarta cuyo nombre es África. Pocas palabras hay que añadir cuando una imagen es tan clara.

Stanley no fue a la Conferencia de Berlín porque se encontraba en algún lugar del continente, en sus viajes de exploración a sueldo de alguna compañía. Tal vez lo que mejor sintetice la actitud de Stanley con respecto a África lo dejase escrito Richard Burton. De él dijo el multidisciplinar viajero que Stanley disparaba a los negros como si fuesen monos. Esa bestia con gorro de explorador convirtió sus viajes en cacerías.

De entre todos sus viajes africanos (los hizo desde todos los puntos posibles de la rosa de los vientos), uno de los más célebres fue el que le llevó a recorrer el curso del río Congo. Partió desde el océano Índico tras haber visitado la isla de Zanzíbar y, tierra adentro, atravesó la sabana, se topó con los lagos Victoria y Tanganica, hasta que finalmente recaló en la ciudad portuaria de

Boma, en la desembocadura del Congo, ya en el Atlántico.

A Leopoldo II le convenció el atrevimiento del viajero inglés, o quizá su estilo personalista de tratar a la población local. El caso es que en 1876 fue requerido por el monarca belga para «civilizar» aquella parte del mundo. Tras construir un par de carreteras, el sentido del verbo «civilizar» se volvió algo turbio. En 1885 se fundó el Estado Libre del Congo, un país propiedad de Leopoldo II que dejó una de las mayores cotas de infamia de la historia de la colonización europea en África. La población de aquel territorio fue esclavizada al completo, obligada a trabajar en condiciones penosas en la extracción de caucho. La mayoría moría de inanición y cansancio, en turnos de trabajo que duraban el día entero, con unas condiciones de higiene inexistentes. Pero la crueldad también apareció por el simple disfrute de la maldad. En los dominios de Leopoldo II se popularizaron los zoológicos humanos, la mutilación arbitraria de extremidades (manos sangrantes exhibidas en fotografías, con señores sonrientes que muestran sus hazañas coloniales), la quema de poblados enteros como advertencia de que la única forma de sobrevivir en el país de Leopoldo II era trabajando sin desfallecer. Se calcula que el número de fallecidos en el Estado Libre del Congo puede ascender a quince millones de personas, un auténtico genocidio colgando de los selectos clubs de geografía en Europa.

Muchas voces protestaron e intentaron alertar de las brutalidades cometidas en el Congo. Desde viajeros, como Mark Twain, a escritores ingleses, como Joseph Conrad, denunciaron la anarquía y el imperio de la violencia en el que gobernaba el rey belga. El testimonio de sir Roger Casement, cónsul británico y testigo de los acontecimientos, ha sido novelizado por Vargas Llosa en *El sueño del celta*, una obra que mezcla, como el espíritu de aquellos tiempos, la aventura y la barbarie. Su lectura me sumergió en un mundo dominado por el chicote, el látigo con el que los europeos aplicaban el lenguaje del colonialismo a la espalda de los negros. Un mapa del dolor dibujado en la piel humana.

Livingstone espera leyendo la Biblia

David Livingstone entró en África por su parte más septentrional. Llegó a Ciudad del Cabo ya convertido en un misionero protestante, dispuesto a evangelizar a aquellas gentes pero también a servirles con la ciencia que había estudiado en la universidad: la medicina. Más allá de sus viajes, la integridad moral de Livingstone consistía en oponerse a la esclavitud, en un momento en el que todos la aceptaban como un mal menor para sacar su tajada africana. Tal vez, sus orígenes fueran decisivos en el rechazo de tal práctica, puesto que provenía de una familia humilde que se había dedicado a la industria textil. Nada de apellidos ilustres ni de carreras de caballos en la adolescencia. Livingstone había conocido la carestía y no podía entender que un hombre fuera más que otro.

En su primer viaje partió desde Ciudad del Cabo y se introdujo en el interior del continente hacia el norte. Durante diez años (desde 1841 hasta 1851), visitó poblados que nunca habían visto un hombre blanco, atravesó el desierto del Kalahari, entró en la actual Botsuana y contempló el lago Ngami, hasta el río Zambeze. Entonces descansó, aprendió algunas lenguas locales (palabras sueltas, cualquier procedimiento para ser recibido con hospitalidad y ser un

viajero educado) y se preparó para su segunda expedición.

Esta partió en 1853 desde la costa atlántica, en la ciudad de Luanda (situada en la actual Angola), con el objetivo de alcanzar el océano Índico, una empresa que Francisco de Lacerda e Almeida, un expedicionario portugués, no pudo completar porque unas fiebres le arrebataron la vida. Livingstone encontró en 1855 unas cataratas asombrosas que parecían no tener fin. Los aldeanos del lugar las llamaban en su lenguaje local «el humo que truena», pero él, en un gesto de patriotismo, las bautizó como cataratas Victoria. Un año después consiguió alcanzar el Índico.

Su gran expedición, sin embargo, acabaría en un fracaso en términos comerciales. La Royal Geographical Society le encargó en 1865 descubrir las fuentes del río Nilo. Simultáneamente, Livingstone participó en una carrera en la que otros viajeros como Burton, Speke y Baker le habían tomado la delantera. Se adentró en el interior desde el Índico y llegó al lago Bangweulu, pasó en pocos días al río Lualaba creyendo que se trataba del Nilo cuando en realidad navegaba por un afluente del río Congo. En el lago Tanganica desistió de su búsqueda de las fuentes del Nilo y se perdió de vista. Durante años no se supo de su paradero, y varios periódicos ingleses publicaron que había fallecido.

Y aquí aparece de nuevo Stanley. Fue elegido para buscar el paradero de Livingstone. Lo encontró en 1871, en un poblado a las orillas del Tanganica de nombre Ujiji. Fue en ese instante cuando Stanley pronunció su famosa frase: «Es usted Livingstone, supongo», respondida con ironía mística por el misionero, que le dijo que lo había estado esperando leyendo la Biblia, y que había tardado tanto que le había dado tiempo a dar cuatro vueltas al libro.

Dos años después, Livingstone murió de disentería. Veinte años de exploraciones le habían pasado factura a su salud. El pecado mortal de los viajeros del siglo XIX en África es que abundan más los Stanley que los Livingstone. Y el continente, más de un siglo después, aún lo está pagando.

El corazón de las tinieblas, el viaje más temido

Siempre me he preguntado si Kurtz existió realmente. No me refiero a un personaje concreto, a un hombre que, a mediados del siglo XIX, fuese de carne y hueso, y sentimientos, y amor y odio. Me refiero a si el ser humano es capaz de crear un Kurtz. El personaje de *El corazón de las tinieblas* siempre me ha fascinado y aterrorizado a la vez. La novela de Conrad se desarrolla en un río tropical. Desde la desembocadura hasta su nacimiento, Charlie Marlow va recorriendo sus aguas en busca del capitán Kurtz, un empresario colonial que ha enloquecido y se ha refugiado en la selva con un ejército de indígenas que lo consideran una divinidad.

El cuento retrata lo que fueron las décadas más duras del colonialismo europeo en África. Hay una escena que, desde el sillón del lector, pone los pelos de punta y hace reflexionar a cualquier viajero sobre el sentido de una expedición si no es el conocimiento. Se trata de las cabezas cortadas y empaladas en el jardín de la casa de Kurtz. Una advertencia de lo que hay detrás de la puerta. Un recuerdo de lo que fueron los excesos coloniales, el Estado Libre del Congo, un infierno en la tierra, capaz de producir a hombres como Stanley o Léon Rom, un militar belga que coleccionaba cabezas en su huerto.

Qué duda cabe de que la historia de las exploraciones africanas, del descubrimiento del continente, está llena de terror y excesos. Pero también de viajeros nobles que dejaron su hogar para agrandar la geografía. Este viaje por África, como su propia historia, transporta aguas dulces y saladas. Más allá del cabo Bojador había un mundo entero por descubrir. Un continente que quisieron romper y humillar. Y algunas veces lo consiguieron.

Capítulo undécimo

América, las Indias descubiertas

Ruta por el mar Tenebroso

Se levanta cierta bruma en el faro de Hércules. En el horizonte se desliza el mar Tenebroso. Aquí acaba el mundo. El *finis terrae* latino marca la separación entre el mundo conocido y la ignorancia. Mar adentro imaginamos leviatanes y tempestades que obligan a los marineros a naufragar. Los mapas ya carecen de escritura para seguir su trazado. Agua que se estrella contra las rocas y un silencio abrumador porque nadie que se haya adentrado ha vuelto. Lo que existe en este lado del mundo es suficiente. Al otro lado, oscuridad.

Un romano del siglo I de nuestra era podía pensar eso desde el faro de Hércules. Lo mismo que un campesino desde el cabo de San Vicente, trece siglos después. La Edad Media heredó el vasto pensamiento latino, pero también sus lagunas, esas zonas donde el desconocimiento se imponía a la curiosidad de los hombres. Fue Colón, que salió desde Palos de la Frontera, quien demostró que el mar Tenebroso era domesticable.

Pero antes de llegar a América, el viajero hubo de imaginar una multitud de territorios. Aparecían en mapas y en las tertulias de las tabernas tras la llegada de los marineros que juraban haber visto islas indómitas, muchas de ellas flotantes. Y de allí a las bibliotecas. Las leyendas y los mitos perduraron hasta el alba en el que las tres carabelas colombinas se aventuraron en el Atlántico.

Más allá de las Columnas de Hércules, los celtas sistematizaron un conjunto de territorios al otro lado del mar. Del suyo, claro, en la cornisa atlántica que va desde Galicia hasta Irlanda. Esa era la dirección correcta hacia el paraíso. El archipiélago más reseñable fue Avalón, la isla de las manzanas donde habitaba el hada Morgana (que aparece en el horizonte en los días más calurosos), en algún punto cercano a las islas británicas. También la isla de la Juventud, un reducto de melancolía donde los granos de arena del reloj se detienen, al oeste de Irlanda, en un lugar tan extremo que los barcos llegaban sin tripulantes. O la isla de los Vivos y la de las Mujeres, todas ellas en el Occidente, imposibles de contar en este viaje.

A medio camino entre mitología y literatura se posicionaron los árabes cuando decían mirar hacia las costas del Atlántico. Al-Idrisi, cartógrafo del siglo XII, describió un conjunto de islas cuyos habitantes presentaban deformidades en el cuerpo. Una de ellas, llamada la del Dragón, estaba poblada por esos seres que escupían fuego por la garganta. Metáfora de los volcanes, tal vez. Muchos de estos territorios se transmitieron de boca en boca a través de los contadores de cuentos, que en los bazares de las medinas árabes calmaban el aburrimiento y el calor en la hora de la siesta. *Las mil y una noches* está llena de referencias a lugares desconocidos más allá del mar de occidente.

Pero no todo es leyenda. Al menos esa no es toda la intención. Hubo un monje llamado Brandán que durante el siglo VI evangelizó Irlanda, en la zona de Galway. Este conversor de almas protagoniza un viaje mítico, recogido en el *Navigatio Sancti Brendani*, en donde, tras

escuchar el testimonio de otro monje llamado Barinto, navega por el Atlántico hasta avistar la isla de San Brandán, un territorio que aparece y desaparece. La leyenda se relaciona con la octava isla canaria y los efectos ópticos del calor (la *fata Morgana* de hace un momento), lo que ha llevado a muchos expedicionarios a intentar demostrar la existencia del islote. Al igual que la isla de los Demonios, situada cerca de Terranova, un territorio habitado por bestias y familiares de Satán.

Todas estas historias formaron un poso de verdad a finales de la Edad Media, y no había mapa que, al llegar a las postrimerías de la costa portuguesa o africana, no representase una de esas islas de leviatanes tragándose un barco de navegantes intrépidos. En los mapas de Andrea Bianco, de 1448, o de Paolo Toscanelli, de 1468, e incluso en el globo de Martin Behaim, creado en el mismísimo 1492, aparecen muchos de estos territorios. Uno de ellos fue la isla de Antillia, situada en un punto inexacto entre las Canarias y Portugal. También la isla de Brazil, en el Atlántico norte, aparecida en el mapa de Pizigani en 1367. Y la isla de las Siete Ciudades, también llamada de Cíbola, que los españoles representaron en las costas de México. En las noches, los marineros nombraban la isla de Royllo, la de Satanaxio y la isla Verde, un sinfín de geografías fabulosas donde refugiarse cuando las tormentas explotaban en el cielo.

Pero nada de eso encontró Colón, salvo el mar de los Sargazos, esas algas densas que hacían que el casco de la nave arrastrase peces muertos. Nada vio Colón en su camino hacia Cipango, hacia lo desconocido, a pesar de haber estudiado todos esos mapas y repetido miles de veces, en silencio, a la luz de las velas, los nombres de cada una de las islas, los monstruos mágicos que las rodeaban y los hombres-bestias que las poblaban. Colón, el marinero genovés que quería vencer a Ptolomeo, demostró también que, aunque durante milenios los hombres habían creído que el mar era un territorio lúgubre, lleno de peligros, se podía navegar con un rumbo adecuado. Colón fue el navegante que venció a la mitología. El geógrafo que rehízo los mapas de las bibliotecas.

Colón visita un mercado en Quíos

¿Qué hacía Colón antes de ser Colón? Sobre su lugar de nacimiento poco hay que decir. Resulta indiferente que fuese genovés, lisboeta, mallorquín, catalán, gallego, si rezaba a Dios con kipá, mirando a La Meca o con un crucifijo en las manos. Sin embargo, hay un hombre, apenas salido del cascarón de su infancia, que decidió echarse al mar y recorrer el Mediterráneo en busca de nuevas costas. Ese es el Colón que me interesa.

Quedaban veinte años para que América fuese descubierta y el navegante se encontraba en la isla de Quíos. Había recorrido el mar Egeo, esa sustancia mítica que había leído en los libros griegos. Quíos, en 1474, era un hervidero de mercantes, piratas y espías. El punto álgido de la disputa entre Oriente y Occidente. Dos décadas antes, los turcos habían conquistado Constantinopla. El Imperio bizantino ya era un páramo de cenizas y el comercio entre Asia y Europa se había detenido bruscamente. En Quíos antes se encontraban todas las especias del mundo, desde el clavo y la pimienta hasta la canela. Con Constantinopla ondeando la bandera de la media luna, las cortes europeas sentían la escasez de aquel lujo que servía para aderezar los manjares de los ricos y conservar las sobras de los pobres.

En Quíos, Colón entendió lo que Portugal llevaba setenta años buscando: una nueva ruta hacia

las Indias. Se dirigió hasta el país luso, consciente de que para ser un gran navegante había que comandar un navío portugués. Con el auspicio de Portugal, Colón recorrió las costas del Algarve y visitó Lisboa. También surcó los mares del norte. Se sabe que sus primeras expediciones lo llevaron hasta Irlanda e Islandia, que ya aparecía en los mapas. Probablemente, tratando con mercaderes que habían estado surcando las aguas islandesas, supo de la finitud del océano. Allí pudo prenderse la primera chispa en la mente del viajero, la que le susurró que para llegar a las Indias había que orientarse hacia la puesta del sol, y no rodear África.

Posteriormente, Colón también viajó hacia el sur, en dirección al golfo de Guinea. Experimentó el movimiento circular de los vientos alisios, la clave para poder volver a tierra firme, y visitó las Azores y Madeira. En Porto Santo vivió, según las crónicas, tras casarse con la hija del conquistador del archipiélago. Su cuerpo y su mente ya se habían hecho al Atlántico, a la navegación de alta mar, cuando a finales de la década de los ochenta empezó a darle forma a aquella idea de ir hacia el oeste.

Lo imagino con una copia del mapa de Ptolomeo extendida en su mesa. Más allá de la península ibérica se acaba el mundo. No hay más lámina en el manuscrito. Un silencio estremecedor para un navegante que no creía en paredes verticales por las que los barcos se despeñaban. Ahora examina las notas geográficas de Toscanelli, que, en una carta fechada en 1474, le aseguró al rey Alfonso V de Portugal que se podía llegar a las Indias navegando hacia el oeste. Estimaba el cartógrafo italiano que desde Lisboa a Quinsay (en China) no habría más de 6.500 leguas marinas. En el otro extremo de la mesa observa el *Tractatus de Imago Mundi* del francés Pierre d'Ailly, las crónicas de Marco Polo (su ejemplo a seguir hasta que cambió los caminos por las olas) y las mediciones de la circunferencia terrestre efectuadas por Posidonio.

Con estas cuentas, Colón fue de corte en corte esperando la financiación de su proyecto. Para él, entre las islas Canarias y Cipango no había más de 2.500 millas náuticas. Colón no calculó que en los libros leídos la medida era, en la mayor parte de los casos, la milla árabe, elevándose la cifra hasta más de diez mil millas náuticas. Un borrón matemático que iría contrarrestando durante el verano de 1492, engañando a su tripulación y sumando en su diario menos distancia de la realizada.

Portugal se negó en redondo a prestar sus barcos para tamaña locura. A ellos les bastaba con ser pacientes, porque el cabo de las Tormentas estaba a punto de ser vencido. Cogió el marino sus mapas y se fue a la corte vecina. Castilla acababa de salir de una guerra civil y se embarcaba en la guerra contra Granada. Desde 1485, Colón intentó seducir a los Reyes Católicos sin éxito. También hay rumores de que ofreció su expedición a otras cortes, a Francia, Inglaterra e incluso a los nazaríes. Pero sería Castilla la que aceptase el compromiso. Isabel, tiene vuestra majestad poco que perder, le dijo Colón. A cambio de dos millones de maravedíes, Castilla podía hacerse con una ruta que cambiaría el mundo. Y la reina aceptó, ya sentada frente a la fuente de los Leones con el surtidor de agua escapando de la boca del animal de piedra. Desde Granada, lo viejo y lo nuevo se darían la mano.

El Almirante miente a su tripulación

La Pinta, la Niña y la Santa María, dos carabelas y una nao, llevarían al Nuevo Mundo a casi

cien marineros. Hombres en su mayoría acostumbrados a la vida en alta mar, a convivir con la sal en la espalda y el sol en los ojos. Pienso en ellos. En sus vidas. En Diego Pérez, pintor enrolado en la Santa María, procedente de Murcia. Su misión en la expedición era la de calafatear el barco. Un hombre que tal vez no supiese escribir ni leer, cuyo pensamiento y visión del mundo no iba más allá de la que el sacerdote preconizaba desde su púlpito los domingos. Un hombre corriente que a finales del siglo XV vio la ocasión de escapar de una vida plagada de oscuridad: deudas de juego, delitos, familia… Está a punto de lanzarse a una huida hacia adelante. ¿Quién si no se atrevería a llenar las listas de una expedición con rumbo a lo desconocido?

Colón sabía que la tierra era esférica. Había estudiado a los clásicos y había elaborado su propia teoría sobre lo que encontraría al otro lado del mar Tenebroso. Pero ¿qué pensaba su tripulación? Tal vez el mundo para ellos no sería más que una bruma que se inicia en el horizonte, donde la vista no es capaz de discernir entre el mar y el cielo. La mayoría de los que partieron el 3 de agosto de 1492 asumía que el mundo era tal y como lo había descrito la Biblia.

El primer viaje colombino hizo su primera escala en las islas Canarias, última parada antes de la gran navegación por el océano. Pasados los días en alta mar, Colón, consciente de que su cálculo de millas náuticas había sido erróneo, escribió: «Navegaron aquel día su camino al oeste con su noche y anduvieron veinte leguas; contó alguna menos. Aquí dijeron los de la carabela Niña que habían visto un garjao y un rabo de junco; y estas aves nunca se apartan de tierra, cuando más, veinticinco leguas». Lo anotó el 14 de septiembre en su diario de a bordo, según Bartolomé de las Casas. La expedición llevaba más de un mes de travesía. Hacía semanas que los marineros habían dejado de ver la costa y aún les quedaba un mes para intuirla. El almirante mintió a sus hombres. Les anunciaba menos distancia recorrida para evitar motines.

La primera semana de octubre, Colón escribe que cada vez son más las aves en el cielo que vuelan en bandadas: grajos, ánades y un alcatraz. Es una señal inequívoca de que la tierra está cerca. El miércoles diez de octubre la tripulación se impacienta. Hay visos de que se producirá un motín si no consiguen encontrar el soñado Cipango. Al día siguiente, aprecian que el casco de las naves arrastra trozos de cañas, juncos y otras vegetaciones terrestres. A las dos de la mañana, ya 12 de octubre, Rodrigo de Triana avista tierra. De las Casas afirma que llegaron a la isla de Guanahaní, donde salieron a recibirlos «indios desnudos». Se estaban encontrando dos mundos. Aquel, mugriento, famélico y ansioso de riqueza. Este, inocente, indefenso y temeroso. Colón, a pesar de sus errores de cálculo, veía cumplidos sus anhelos desde aquel día en el que observó a los comerciantes de la isla de Quíos.

La expedición no había llegado a Catay. Ni a Cipango. Ni a la India. Ni siquiera a las Molucas o Malaca. Ninguno podía reflejar en un mapa el lugar exacto en el que se encontraban porque la geografía era más grande que el papel. Colón y su tripulación habían superado a Ptolomeo, Eratóstenes, a todos los cosmógrafos árabes, a Toscanelli y a cada uno de los portugueses que aún se afanaban en encontrar el paso hacia el este. No lo sabían, pero estaban pisando una isla comprendida en el actual archipiélago de las Bahamas, un territorio todavía más lejano que esas Indias que él esperaba alcanzar. Quedaba inaugurada la nueva ruta por el oeste.

Americo Vespucio encuentra

su oportunidad en los mapas

En alta mar, Colón examinó su brújula. Esta había dejado de señalar el norte. Pensó entonces que la Tierra no podía ser esférica, sino ovalada, como el pecho de una mujer. Esa sería la forma más perfecta, reflexionó Colón. El pecho de una mujer y en el centro un pezón, como una isla celestial flotando en la inmensidad oceánica.

Durante las primeras décadas del siglo XVI, en ese corto intervalo de tiempo en el que el mundo aún creía haber llegado a la costa oriental de Asia, decenas de sabios biblistas, teólogos, geógrafos y astrólogos intentaron localizar en los nuevos mapas aquella realidad descubierta por Colón. Su problema fue que leyeron con demasiada atención lo que había escrito el almirante. Dijo Colón que en su tercer viaje llegó al paraíso terrenal, el mismo del que fueron expulsados Adán y Eva. Y aquel era un lugar demasiado suculento para no volver.

Traducir el relato bíblico a unas tierras apenas intuidas resultaba complicado. Mucho más si los que sabían interpretar dichas escrituras no habían realizado el viaje y la mayoría de los que sí habían viajado no sabían leer. Aquellos teólogos intentaron situar en la futura América el país de Ofir, una región que según la Biblia abastecía a Israel, en los tiempos del rey Salomón, de oro y plata. También Tarsis, un territorio ambiguo que durante milenios ha tenido varias propuestas de asentamiento (entre ellas el valle del Guadalquivir). No faltó la teoría que describe el viaje de Noé hasta el nuevo continente, las minas del rey Salomón o incluso el río Pisón, que aparece regando las flores más selectas del Edén.

Algo equivocados andaban los teólogos con la nomenclatura. Más astuto fue Américo Vespucio, un navegante florentino que cruzó el charco varias veces (pero menos de las que él afirmó) pagado por la corona española y que resultó el primero en determinar que, tal vez, aquellas tierras no correspondían ni a Cipango ni a Catay ni a ninguno de los miles de pueblos que habitaban Asia. He ahí la fórmula del éxito de Vespucio, cuya vida no arriesgó, como el caso de Colón, pero que se llevaría parte de su fama en buenas dosis. El alemán Martin Waldseemullër, en 1507, siguió a pies juntillas la idea del navegante florentino y estampó en su nueva cartografía el nombre de «América». Quedaba bautizado el continente. Colón llevaba muerto apenas un año. La historia fue cruel con el genovés.

Pero hay quien se empeña en serlo aún más. A estas alturas es difícil no aceptar que los vikingos no crearan algún asentamiento en América del Norte. La farsa llegó en 1965, cuando *The New York Times* publicó que la Universidad de Yale tenía en sus manos un mapa del siglo XV (una copia del siglo XIII) donde aparecía una tierra situada al oeste de Groenlandia llamada Vinlandia. Se relacionaba dicho descubrimiento con la mitología nórdica, la saga de Erik el Rojo, un grupo de vikingos que poblaron Terranova. En dichos relatos, la tierra colonizada fue abandonada y los viajeros volvieron a su hogar. Otro paraíso perdido.

El mapa de Vinlandia fue supuestamente encontrado junto a la crónica de Pian del Carpine sobre su viaje a la corte de los mongoles. Y eso despertó las ilusiones de muchos amantes del mundo vikingo, que ya presentían el nuevo entierro de Colón, esta vez definitivo. El mapa es perfecto en su antigüedad. Se realizaron pruebas con carbono 14 y otro tipo de métodos de alta tecnología y se determinó que había sido realizado en el siglo XV. Pero todo era demasiado perfecto para ser real. La tinta con la que había sido trazado el perfil de Vinlandia contenía anatasa, un material químico utilizado a partir del siglo XX. El mapa resultó ser falso y Yale se

quedó sin el hallazgo que hubiese cambiado (aún más, como en un tiovivo) la historia.

Vikingos, genoveses, gallegos o florentinos, América es una realidad fruto de un encuentro civilizatorio entre dos mundos. Para bien y para mal, España encontró de manos de Colón un territorio que hacer suyo. El Viejo Mundo llevó la espada, la pólvora, la cruz, la imprenta, la universidad, los caminos y la ciencia, llevó Grecia y Roma. Muchos saberes y males cruzaron el charco. Militares, viudas, exploradores, muertos de hambre, misioneros y eruditos, todos se convirtieron en viajeros. La conquista de América fue un largo viaje por un territorio asombrosamente grande, maravillosamente bello. Un viaje que duró siglos y del que todavía hay mucho que descubrir.

Crónicas de Indias,
entre el realismo y la magia

Junto al río Tabasco llegaron las tropas de Hernán Cortés. Eran hombres cansados, hartos de caminar al sol, con la humedad pegada a la piel, convirtiendo las armaduras, ya oxidadas, en un peso que amenazaba con enterrarlos. Era marzo de 1519. Los indios los perseguían desde que desembarcaron. En punta de las Palmeras habían repelido el ataque de una multitud. Los soldados hacían memoria de sus hogares, en la lejana Extremadura, en Andalucía, en la Navarra señorial, y no habían visto un paisaje así jamás. En la selva querían atrapar a todo ser vivo que corriera por ella.

Todo sucedió muy rápido. Lo cuenta López de Gómara en *La conquista de México.* Los españoles se vieron rodeados por una nube de indios que lanzaban flechas. Sonó un golpe seco de tambores. Los árboles se agitaron. Cuando la muerte estaba a punto de abalanzarse contra aquellos soldados, un caballo blanco resplandeciente atravesó el río Tabasco y los liberó, matando a los indios. Para López de Gómara, aquella imagen respondía a la de Santiago Apóstol, conocido siglos atrás en las tierras del Duero como Santiago Matamoros y que pasó a América como Mataindios.

Aquel hecho es conocido como la batalla de Centla. Pero el relato de López de Gómara molestó a las tropas de Cortés, al menos a un soldado llamado Bernal Díaz del Castillo, que sí estuvo en la refriega del río Tabasco y sí arriesgó su vida junto a sus compañeros. Años después, en 1568, el expedicionario finalizaría un manuscrito que tituló *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Nótese el adjetivo «verdadera» justo detrás de «historia», donde deja un recado a un López de Gómara que acababa de fallecer.

Díaz del Castillo escribe con la ironía de quien ha arriesgado la vida y lee que esta ha sido sacrificada a los altares de la mentira. O al menos a la gloria de otros. El esfuerzo personal del explorador se vio reducido a una acción milagrosa. No hay nada del sudor de su frente, ni de la sangre de sus manos o el barro de sus ojos que haya valido para vencer a los indios. Todo queda en la intervención divina, como si los hombres fuesen piezas de ajedrez. Como decía, la ironía de Díaz del Castillo alcanza cotas de sorna cuando describe su visión de la batalla. En mitad de la lucha aparecieron los refuerzos, capitaneados por Francisco de Morla en un caballo «castaño» (ni siquiera era blanco). Se siente un pecador nuestro cronista, al no haber sido capaz de ver al apóstol Santiago en semejante figura. Sí reconoció, en cambio, a sus compañeros de viaje, con

los que soportaba el hambre y la picadura de los mosquitos. En todo el tiempo que duró la batalla, Díaz del Castillo no contempló presencia divina, salvo los rezos de los soldados. Los indios cayeron derrotados porque en la balanza tecnológica vencieron los españoles: conocían el caballo. Los indios pensaron, en un primer momento, que el animal y el jinete eran un mismo ser vivo. Unos centauros extremeños.

La distancia entre López de Gómara y Díaz del Castillo no es cronológica, sino ideológica. El primero lee el mundo aún desde un punto de vista medieval. Cree en la intervención divina. Díaz del Castillo, en cambio, responde a una visión moderna del mundo. Cuenta lo que ve. Es testigo de la historia. Tal vez no se haya valorado debidamente la importancia de las llamadas «Crónicas de Indias» en la creación del relato objetivo y moderno. Son relatos personales, experiencias viajeras que contienen todo lo esperable de un gran libro de viajes: aventura, lirismo, sentimiento, misterio, violencia y tragedia.

Es emocionante leer la vuelta al mundo desde los ojos de Pigafetta, la supervivencia extrema de Cabeza de Vaca en la Florida, la conquista de todo un imperio de la mano de Cortés, las costumbres de los indios del Yucatán por el misionero Diego de Landa, la descripción del juego de la pelota por parte de Fernández de Oviedo, las guerras civiles en el Perú por Cieza de León, la épica de la conquista del sur por Alonso de Ercilla en su *Araucana.* Todos son relatos de viajes, pero no a la manera de Marco Polo, que confundía la bruma con los hechos, sino transmitiendo una verdad, la suya, la que padecieron.

Lo definió a la perfección García Márquez en su discurso de aceptación del Premio Nobel. Habló de los cronistas de Indias como la semilla de la que nacería posteriormente el realismo mágico, el material que creó Macondo. En la deformación de la realidad, desde las cartas de Colón a los Reyes Católicos, donde anunciaba que aquellas tierras estaban llenas de oro y canela cuando solamente había indios desnudos y palmeras, se encuentra el espíritu de la mejor literatura. El viaje de leer sobre otros mundos sirve no solamente como evasión, sino como construcción de una vida. En este punto, las Crónicas de Indias deben ser leídas también como viajes de hombres que miraban a la naturaleza y no podían nombrarla ni entenderla, como en el remoto origen de Macondo.

Vasco Núñez de Balboa descubre el océano Pacífico

Andrés Contero no pasaría a la historia por explorar regiones inmensas, ni por hacer la guerra a las tribus indias. Ni siquiera por ser el gobernador de la provincia de Esmeraldas, en el actual Ecuador. Su nombre se escribe en los libros por un grito. Por una visión privilegiada, en lo alto de una colina, subido a una piedra, tal vez a la rama de un árbol. A lo lejos, entre una bruma cálida que anunciaba una tormenta, contempló el inmenso mar, la salida que habían estado buscando y que demostraba que el continente no era tan grande. Ilusos, bastaba una nueva caminata para descubrir que América respondía a una geografía caprichosa, que se estiraba y ajustaba según las necesidades de dos poderosos océanos.

Eran los primeros europeos en contemplar el Pacífico. Lo llamaron mar del Sur, aunque en los primeros tiempos de la conquista lo nombraron mar de Balboa. Es 1513 y hay rumores de que

más allá de la tierra firme se esconde otro mar. Bajo la superficie salada hay perlas a pocos metros de profundidad. A falta de oro, las perlas sustituyen la avaricia de los hombres. Balboa ha escuchado esos secretos. Está en La Española, el centro de operaciones de la conquista, y recluta a más de doscientos hombres junto a guías locales y perros.

A pesar de medir cincuenta kilómetros de ancho, el camino hasta el mar del Sur fue tortuoso. La expedición tuvo que atravesar numerosos ríos, afluentes pantanosos que sumían a la tropa en arenas movedizas. La vegetación espesa ayudaba también a muchas tribus indias a esconderse y atacar. El enemigo no estaba bien organizado y no era numeroso, pero en cambio resultaba invisible frente a las armas españolas. Solamente el olfato de los perros equilibraba la balanza. Además, la cercana costa de los Mosquitos, al norte, atestaba el ambiente de una neblina espesa. Eran millones los insectos que arañaban la piel, laceraban las heridas y las pudrían, metiéndose dentro de la ropa y anidando en las armaduras.

La expedición continuó a lo largo del mes de septiembre. Poco a poco iban quedando cada vez menos españoles. Apenas unos setenta subieron una colina prominente llamada hoy Cerro Pechito Parado. Desde allí se divisaba la desembocadura del río Sabana en el Tuira, un brazo de agua que se va abriendo como una mano extendida. Y al fondo el mar, con un oleaje pausado pero constante. Andrés Contero dio la voz de alarma. Transmitió a Núñez de Balboa la noticia del nuevo mar. España había atravesado el Atlántico y había llegado al Pacífico.

La punta de Buena Vista no es un lugar que invite al baño. Sin embargo, el 29 de septiembre de 1513, Balboa sintió el envite de las olas. El agua tiene un aspecto gris, como el de los ojos de los peces, debido a que son muchos los ríos que desembocan allí. La arena es pedregosa, con matorrales que crecen al azar y son bañados por las mareas en los días de luna llena. Balboa se arrodilló frente al mar, sumergido hasta la cintura, y tomó posesión de aquel océano para la corona española.

Hoy en día se puede recorrer la distancia que separa los dos océanos a través del canal de Panamá, dejando obsoleta la ruta que por el estrecho de Magallanes conectaba el Atlántico con Filipinas. Cuatro siglos tardó la tecnología en hacerlo posible. El camino que emprendió Núñez de Balboa fue un viaje extraordinario, casi a ciegas. El descubrimiento de un océano que él llamó «mar» sin saber que estaba ante la mayor masa de agua del planeta. El lago español, como lo tituló el historiador Pierre Chaunu, obtendría su nombre definitivo gracias a Magallanes, que, tras atravesarlo, observó que sus aguas resultaban plácidas para la navegación.

Cautivos en Yucatán

Cuando Francisco Hernández de Córdoba llegó a Yucatán, tras dos meses de expedición por el Caribe, escuchó el rumor de que ya había otros españoles en la zona. Sucedió mucho antes de que clavase el pendón en una playa de punta Catoche, hoy provincia de Quintana Roo, en México. No le impidió otorgarse la victoria del descubrimiento y llamar a sus escribas para que pusieran su nombre en letras mayúsculas. La península del Yucatán tenía una forma extraña, como un casco de conquistador al revés, con una vegetación exuberante a través de la cual el sol apenas podía incidir. Cuando los españoles caminaban por la selva siempre era de noche, los confundían los ruidos de los pájaros tropicales, que ellos creían atroces, e iban simpre alerta por

si los indios disparaban sus flechas envenenadas.

Yucatán guarda el nombre de Hernández de Córdoba y su trágico final. Los indios que habitaban esa zona se hacían llamar mayas. Cuando los barcos de los exploradores se acercaban a la costa, eran recibidos con agresividad. Unos ruidos roncos salían de sus gargantas y disparaban flechas certeras que rebotaban en el casco de los barcos. Desembarcaron en una playa al oeste de punta Catoche. Guiándose por el sonido local, llamaron a aquel lugar Campeche. Entablaron relaciones con los indios, que los recibieron con escepticismo. Allí escucharon por primera vez hablar de otros castellanos que, años atrás, se habían adentrado en las selvas del Yucatán.

Se trató de un naufragio, sin embargo, lo que había llevado a dos hombres de diferente fortuna a conocer la península. Hablamos de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. Habían formado parte de la expedición que, capitaneada por Núñez de Balboa, había explorado las costas de Panamá. Años atrás habían construido con sus propias manos las primeras casas de Darién, la actual Santa María la Antigua. Pero en el viaje de vuelta una tormenta hizo que su barco perdiera el control y se hundiera frente a las costas de los Alacranes, cerca de Jamaica. Los supervivientes se agarraron a los despojos del barco, trozos de madera que flotaban sin rumbo por el mar. A los pocos días, las corrientes los arrastraron hasta la península del Yucatán. Solamente ocho sobrevivieron al llegar a la orilla. Ocurrió en 1511. Los españoles de las dos orillas dieron a todos por muertos.

Pero Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar no lo estaban. A partir de ese momento, la historia de los dos náufragos corre paralela, pero con finales distintos. Ambos son obligados a hacer trabajos forzados. Se encargan de cortar y transportar leña, de construir cabañas. Los utilizan como mulas de carga. Aprenden a vivir como siervos en medio de la selva. La supervivencia los obliga a resistir. Pero Gonzalo Guerrero va más allá. Aprende la lengua nativa. Se relaciona con los dirigentes, conversa con los guerreros y escucha a los sacerdotes. Ayuda a los capitanes mayas a vencer a las tribus rivales. Les da consejos militares. Empuña él mismo las dagas y se convierte en un guerrero. Se casa, tiene descendencia, participa de la vida social de la tribu. Es convertido a su religión de dioses impronunciables. Gana batallas e incluso se rumorea que da a su hija en sacrificio en la pirámide de Chichén Itzá para aplacar a los dioses, pero tal vez solo sean mentiras propagadas por los españoles.

En 1519, Hernán Cortes, enterado de la supervivencia de los dos compañeros, prepara una expedición para rescatarlos. Y los encuentra. Jerónimo de Aguilar aceptó volver a España y contar su historia. Gonzalo Guerrero declinó la oferta. Ya no era español. Era un maya, tanto como los otros, como su mujer y sus hijos. Murió en 1536 luchando contra los españoles en Tolupán, hoy Honduras. Llevaba el cuerpo enteramente tatuado, pero la barba larga, como un profeta de su antigua religión. Se considera que Gonzalo Guerrero fue el primer español que de forma oficial logró descendencia reconocida con una india. El descubrimiento del Yucatán trajo consigo también el inicio del mestizaje, el elemento que diferencia todos los procesos de conquista y colonización que se han dado en el mundo a lo largo de la historia desde la Edad Moderna.

Diego de Ordás escala

el Popocatépetl

Diego de Ordás había sobrevivido a los ataques de los indios del Yucatán. Uno de los pocos que se habían mantenido fieles a Cortés en la quema de sus naves. De los que habían fundado Veracruz con sus manos. Y quería llegar hasta el final, contemplar la ciudad de Tenochtitlán y navegar por sus canales mientras las indias lanzaban flores a su paso. Observó aquella montaña que se perfilaba en el horizonte. Le pareció mucho más grande que las que había visto durante su expedición. Nunca en Castilla, en su Zamora natal, había experimentado esa sensación de grandeza. La meseta parecía una simple colina frente a aquel monstruo nebuloso.

Supieron gracias a la nube pastosa que salía de su interior que se trataba de un volcán. Los lugareños lo llamaban Popocatépetl, la cima que humea. Ordás llevaba un arcabuz atado a la espalda. Uno de los problemas a los que se enfrentaban los españoles era el clima y la falta de suministros. Ambos relacionados con la pólvora. Sin ese polvo mágico gracias al cual el pecho de los enemigos explotaba, los españoles estaban en clara inferioridad. Ni conquistarían Tenochtitlán ni vencerían a Moctezuma.

Y la pólvora se había acabado. Nadie le pidió a Diego de Ordás subir hasta el volcán, pero en la guerra no hace falta que se mencionen ciertos mandatos para que se cumplan. A un lado de la calzada azteca, el volcán le daría la oportunidad de reponer la falta de suministros. Subiría hasta el cráter del Popocatépetl y tomaría el suficiente azufre para fabricarla.

Ordás lleva armadura y casco. Por ahí camina. Le pesan las piernas. Las arrastra. La pendiente cada vez es más empinada. Ya no hay rastro de vegetación y sus pisadas levantan un ligero polvo que huele a quemado. La tierra es negra. El Popocatépetl de vez en cuando tiembla, avisando de que es terreno prohibido para los mortales. Piensa que tal vez tengan razón los guías indios, cuando se mesaron los cabellos y lloraron ante la idea de perturbar la paz del volcán. Huele a muerte. Huele a que nunca hubo vida por allí.

Camina junto a dos compañeros. Lleva una caja de madera en la que guardar el azufre. El de la cima será el idóneo, no mezclado con tierra ni otros minerales que harían inservible la fórmula. El volcán tiene una forma cónica perfecta. Parece una pirámide. En la última parte de la escalada (asciende a 5500 metros) todo está cubierto de nieve. Una mezcla de ceniza y nieve, lo cual hace que el camino sea resbaladizo. Mantiene la respiración. Le cuesta hablar. Apenas puede ver, entre el cansancio, la falta de oxígeno y el humo, que está por todas partes. Alza la mirada. En el lado derecho encuentra otra montaña prominente. Es el Iztaccíhuatl, el volcán hermano. Desde allí observa el valle, la geografía descendente hasta una gran ciudad. Aquello debe ser Tenochtitlán. Allí dormirá Moctezuma sin saber que está ante los últimos días de su reinado. Ordás recoge mientras tanto el azufre necesario. Le lloran los ojos. No puede resistirlo más. Debe bajar cuanto antes al mundo de los vivos. Abajo, Cortés y sus hombres han apostado que morirá y que no lo volverán a ver. Nadie tiene con qué pagarle cuando regresa llorando tras haber conquistado el volcán.

Cortés desde lo alto
del Templo Mayor

La primera imagen de Tenochtitlán que vieron en Europa se escondió entre las páginas de la segunda carta que Cortés mandó a Carlos V. Intentó realizar el trazado exacto de sus calles, de sus canales, de sus templos, como si fuese un pájaro, un águila que todo lo ve desde el cielo. No fue fácil. Había estudiado en Salamanca leyes. Era de verbo ágil. Escribía de forma tan resuelta como el mejor de los notarios. No debían dictarle el contenido de sus epístolas porque tenía una memoria prodigiosa. Pero dibujar era otra cosa. Aquella ciudad de Tenochtitlán que los españoles estaban a punto de hacer suya era tan fabulosa que las palabras no bastarían para convencer a los dignatarios de Toledo de la necesidad de convertirla en la mayor de las plazas castellanas. Por eso dibujó un mapa con tinta recién fabricada, con colores que los propios sacerdotes mexicas le habían proporcionado, con los que se pintaban el cuerpo en los días de sacrificio. Dicho mapa se imprimió en Nuremberg en 1524.

Surgió la idea en lo alto del Templo Mayor, dedicado a Huitzilopochtli. Moctezuma era un emperador temeroso que dejaba mostrar las debilidades de su gobierno. Algunos mexicas abogaban por hacer la guerra, por entregar flechas en lugar de flores. Cortés lo sabía y aprovechaba esa división para hacerse un hueco en la historia. Pero fue en lo alto del templo, ante el altar de Huitzilopochtli, la divinidad de la guerra, de la venganza, pero también del sol, del ciclo de la vida y de la muerte, donde observó las vistas más impresionantes de la ciudad. Había sido, según la mitología de esas gentes, el fundador de la ciudad, la más maravillosa de las que Cortés hubiese visto.

Estuvo presente Bernal Díaz del Castillo en el momento en el que Moctezuma y Cortés subieron a la cima del templo y contemplaron toda la ciudad. Se cogieron de la mano en señal de respeto y el emperador mexica le mostró la gran urbe a su alrededor, toda llena de canales, de aguas donde crecían los juncos, como si fuese el Nilo, plagada de volcanes que humean en las madrugadas y de plazas donde los sabios se sientan a conversar con los niños. Vio el lago Texcoco, plagado de barcas y canoas. También las tres calzadas que conectan Tenochtitlán con el mundo: la de Iztapalapa, que habían recorrido apenas unos días atrás; la de Tacuba, la ruta de escape para futuras noches de emboscadas y tristeza; y la de Tepeyacac. Tras ellas, los puentes por los que los campesinos transportaban las cosechas, por las que los ejércitos transitaban el lenguaje de la guerra, la dialéctica de las plumas.

Cortés fue desgranando en cada carta todo lo que captaron sus ojos de viajero, impresionado por las maravillas que iba dejando Tenochtitlán en los paseos taciturnos, cuando la diplomacia se lo permitía. Habló de su tamaño, comparándola con Sevilla o Córdoba. Tal vez Cortés no había visitado Venecia, la ciudad de los canales, como un espejo distorsionado a miles de kilómetros. Habla también de sus mercados, donde todo se compra y se vende, joyas y animales muertos, aves cantarinas que ningún español había visto nunca, pieles de felinos, fieros aun cuando solamente les queda el disfraz, y de una plaza a la que no le pone nombre, pero de la que dice que es dos veces la ciudad de Salamanca, el centro del saber castellano empequeñecido por una explanada soleada.

Cortés llama mezquitas a sus templos como sinónimo de santuarios donde se veneran dioses equivocados. Sube a esos templos a través de innumerables escaleras. Son los edificios más altos de la ciudad. Compara el templo mayor con la catedral de Sevilla, pequeña al lado de esta pirámide mexica. Comenta las cuarenta torres que se elevan por encima de la ciudad, tumbas en donde lo más granado de la sociedad indígena se ha enterrado. Cortés se asombra porque en

Europa los muertos descansan bajo tierra para esperar el cielo, no como en el Nuevo Mundo. Todo le sorprende y a la vez codicia todo.

No sabe que días después le espera una rebelión, que tendrá un nombre hermoso y melancólico. La Noche Triste será una derrota aciaga para los españoles. Cortés verá cómo muchos de sus soldados morirán ahogados en el lago de Texcoco. Fue la represalia por la matanza del Templo Mayor, un acto brutal en el que los españoles pasaron a cuchillo a sacerdotes mexicas en el momento de sus ceremonias sagradas. Finalizará para Cortés el tiempo de la diplomacia y Tenochtitlán contará sus días finales.

La vida de Cortés fue un camino largo en donde nunca hubo destino. Siempre hacia adelante, como un viajero empedernido. Un hombre culto en la escritura, en las leyes, y violento en la guerra. Un hombre que, como el perfecto prototipo del Renacimiento, cultivó las armas y las letras. Y entre las dos divinidades, viajó. Descubrió un mundo, lo conquistó e hizo nacer, junto a Marina, la Malinche, otro que aún perdura.

Cabeza de Vaca sobrevive al naufragio

Primavera de 1528. Frente a la bahía de la Cruz, en Florida, Álvar Núñez Cabeza de Vaca está a punto de morir. Ha resucitado anteriormente, en un naufragio frente a las costas de Cuba. Era su sino, un marinero desafortunado con las tormentas. Esta vez, se agarra a un cadáver para flotar.

Se ha alistado en la expedición de Pánfilo de Narváez para explorar y conquistar la península que hacía quince años había descubierto Ponce de León, precisamente en el día de la Pascua Florida. Cómo pasa el tiempo en el Nuevo Mundo, pensó Cabeza de Vaca. Florida no es más que una incógnita. Se desconoce la naturaleza de sus pobladores, si les gusta lanzar flechas o alfombrar con perlas los caminos. Lo único que pueden tomar los españoles como verdadero es que, justo antes de entrar el otoño, cuando el océano empieza a enfriarse con las primeras lluvias, las borrascas arrecian de una forma nunca vista en España. Son los huracanes, que lanzan los barcos a la deriva como si fueran construcciones de papel.

La expedición en la que sobrevivió Cabeza de Vaca empezó con más de seiscientos hombres. Llegarían a Tenochtitlán, la nueva Ciudad de México, cuatro. Apenas eran un despojo humano. Sacos de huesos roídos por el hambre, con la piel agrietada tras años de sol inmisericorde, en los que se habían alimentado de carne humana y rezado a dioses paganos, caprichosos como las tormentas. Hay pocos viajeros que hayan sufrido tantas penalidades como Cabeza de Vaca, que tuvo el coraje no solamente de vivir, sino de contarlo después. Ocho años duró su camino por tierras enemigas, atravesando territorios desconocidos, plagados de tribus hostiles, gentes que jamás habían visto a un hombre blanco.

Todos los habían dado por muertos. Florida era una especie de maldición para los españoles. Los exploradores entraban en esas tierras pantanosas, llenas de lagartos marinos (así se conocían a los caimanes en el siglo XVI), y desaparecían sin dejar rastro. Por eso se puso de moda entre los exploradores que volvían al hogar traer ejemplares disecados de este animal, como se expone en la colegiata de Berlanga de Duero, en Soria.

Pero probablemente la tarea de Cabeza de Vaca durante su periplo por Florida no fue la de

disecar caimanes y mandarlos a casa. Se hubiese conformado con comerse uno de ellos, aunque fuese crudo, en vista de que ni fuego podía hacer. Los supervivientes se dirigieron hacia el norte y entraron en contacto con un grupo de tribus que se hacían llamar apalaches. Al cruzar el río Withlacoochee, se adueñaron de una aldea que cultivaba maíz. Esclavizaron a los pocos indios que había, se comieron sus cosechas y cuando se acabó el maíz, empezaron con los caballos que los acompañaban en la expedición. Primero les tocó el turno a los equinos que se habían quedado sin dueños. Cuando se acabó el festín, continuaron hacia el norte.

Tras caminar y soportar los ataques constantes de los indios, cuyas flechas estaban bañadas de un veneno paralizante y letal, decidieron seguir la ruta por mar, costeando hasta la desembocadura de un gran río, el mayor que nunca hubiesen visto, donde varios botes encallaron y sus tripulantes se ahogaron. Entre ellos estaba Pánfilo de Narváez, el líder de la expedición. A cada paso iban dejando compañeros en el camino. A la mayoría no los pudieron ni enterrar. Cruzaron el río Colorado y el río Grande. Después entraron en lo que hoy es Texas, cansados de viajar, exhaustos de vivir, luchando contra tribus que los recibían con el anuncio de la muerte en sus cánticos.

Tras arquear la geografía, el gran golfo de México en toda su extensión, hallaron cierta paz con unos indios que los tomaron por curanderos. Sanaban las heridas del espíritu de los indios soplándoles en la frente y rezándoles tres padrenuestros y un avemaría. Con el rastro de los bisontes siguieron el curso del río Sinaloa y llegaron a Culiacán, la primera ciudad poblada por españoles que habían visto tras ocho años de miserias. Florida resultaba tan lejana en sus recuerdos que los sacerdotes que purgaron las heridas de su alma las primeras noches no se creían la hazaña que habían hecho.

Naufragios es una de las crónicas de viajes más impactantes que jamás se hayan escrito. Es un compendio de penalidades, de humor, de ironía… Un libro que convoca la épica y la pena, y que hoy casi está olvidado, a los dos lados del charco. Pocos son los que conocen la identidad de Álvar Núñez Cabeza de Vaca en Estados Unidos, el primer europeo que recorrió los estados sureños, tan cerrados a su pasado español. El explorador cruzó Florida, Georgia, Alabama, Misisipi, Luisiana, Texas y Nuevo México. Medio país a pie. Tal vez la causa de su olvido haya que buscarla en el acento de su voz. En el lenguaje de su escritura.

California y los caballeros novelescos

En cubierta se sentía un viento fresco que le facilitaba la lectura. Juan Rodríguez Cabrillo llevaba veinte años durmiendo con un ojo abierto, batallando contra tribus y fundando ciudades a las órdenes de Hernán Cortés. Tenía que explorar el norte de la isla de la Paz, el nombre que el comandante le había puesto al territorio recién descubierto. Pensaron que la Baja California y el mar de Cortés formaban una isla de indios mansos.

El viajero lee mientras la expedición costea el territorio. No se aleja porque quiere perfilar la forma exacta de la costa. En España no solía dedicar tanto tiempo a los libros, pero desde que pisó América la lectura le entretiene, le hace olvidar los momentos de crudeza. Parece incluso que el hambre se distrae y las heridas sanan más rápido. Le gustan los libros de caballerías. Es la moda que viene de Europa. Cargados, los barcos atraviesan el Atlántico con cajas llenas de

libros. El *Amadís de Gaula* es el preferido. Desde que Hans Gysser llegase a Salamanca y Jacobo Cromberger a Sevilla, no han dejado de imprimirse historias caballerescas. Luego, a una caja y a la bodega de un barco. Y de ahí a Nueva España. América está aprendiendo a leer con los libros de caballerías.

Se concentra en su lectura a la par que va dejando tierras desérticas. Apenas alcanza la vista para observarlas. Lee que la reina Calafia es negra y gobierna un territorio poblado solamente por mujeres. Son amazonas que no conocen varones, salvo para la cópula. Engendran niñas y lo celebran. Cuando nacen varones, los matan. Su reina se encuentra «a la diestra mano de las Indias», cerca del paraíso terrenal que describió Colón. Viniendo desde España, el territorio que está a punto de explorar se encuentra a la derecha, una vez encarado el mar Caribe. Para Garci Rodríguez de Montalvo, el autor de *Las sergas de Esplandián,* aquella tierra de la reina Calafia se llama California. Rodríguez Cabrillo alza la vista y contempla la arena inmensa, deshabitada. Tiene un aspecto hermoso. Hay cierta belleza en el desierto, en un cielo azul zafiro aplastado por el calor y los zopilotes. Cierra el libro y sonríe. Lo toca con la punta de los dedos. Acaricia su lomo. Aquel territorio que está por explorar se llamará California. Estamos en 1542.

La conquista de América se produjo no solamente con lanzas y mosquetes. Muchos de los conquistadores y exploradores que se abrieron paso por el continente lo hicieron reservando en su equipaje espacio para los libros. Y por encima de la Biblia, en muchos casos estaban las novelas de caballerías. La toponimia americana da buena cuenta de ello. Desde la California recién nombrada hasta la Patagonia, pasando por el río Amazonas, los conquistadores sobrevivieron en un mundo hostil y maravilloso que se asemejaba bastante a lo que estaban leyendo. Los autores fabulaban en sus novelas sobre reinos poderosos, ejércitos desalmados, princesas ocultas por el encantamiento de la magia y criaturas de aspecto terrible, unos hechos no tan lejanos a los que sentiría un explorador español al contemplar una anaconda, una pirámide de cráneos humanos o la escultura del dios Quetzalcóatl, mezcla de pájaro y serpiente. Creían los viajeros ocasionales estar realizando hazañas similares a las leídas en las noches de insomnio, escuchando el sonido de la selva, atentos a los ataques indios.

España inventó América en tanto que la sacó de los libros que estaba leyendo. Los exploradores que participaron en el proceso de conquista no eran solamente esos brutos analfabetos envilecidos de odio que parte de la historiografía ha querido mostrar. Respondían también al modelo de hombre con sensibilidades e inquietudes que interpretaba el Nuevo Mundo con los ojos de un lector ávido. La primera imprenta que fundaron los españoles en América se instituyó en 1524, en la Ciudad de México, a cargo de Jerónimo de Aguilar, un fraile que nos ha visitado en estas páginas en su cautiverio en el Yucatán. La primera universidad, la San Marcos de Lima, se creó en 1551, demostrando que España, en su camino de conquista, también exportaba su civilización: desde Grecia y Roma hasta la pólvora.

Un hidalgo en una carabela

Cervantes quiso viajar a las Indias en 1590. Ya no era joven. Pocos se acordaban de que había batallado en Lepanto. Seis años cautivo en Argel habían aplastado su memoria. Nadie leía sus obras de teatro en España. Preferían al gigante Lope. Le quedaban quince años para escribir el

Quijote, la obra que aplacaría su hambre. Su situación no podía ser peor. Con este panorama escribió a la administración real para conseguir un permiso de viaje hacia las Indias y postularse para un puesto burocrático en alguna de las Gobernaciones que España había implantado en el siglo que llevaba en América.

La respuesta fue concisa. «Busque por acá en que se le haga merced». Lo firmaba un escriba del rey. Un secretario. Nunca conocería América.

Pero sí viajaría su obra. De la edición prínceps del *Quijote*, parida en la imprenta de Juan de la Cuesta en 1605, se imprimieron alrededor de 1500 ejemplares. Hay constancia de que al menos cien embarcaron rumbo a Lima, pues quedó registrado en el Archivo de Indias de Sevilla, y que llegaron al puerto de Cartagena de Indias. Ninguno de esos ejemplares se ha conservado (solo 27 de la primera edición se muestran en bibliotecas y colecciones, públicas y privadas, pero ninguno en la América española).

Aunque Cervantes no viajase a las Indias, lo hicieron sus personajes inmortales. En el mes de noviembre de 1607, acababa de ser nombrado virrey del Perú Juan de Mendoza y Luna. Pedro de Salamanca, por aquel entonces, era un corregidor que sobrevivía en una región andina, apartada de los caminos principales del poder. Se trataba de Pausa, entre Arequipa y Ayacucho, en las laderas del Nevado Sara Sara. En la plaza de Armas del pueblo se llevó a cabo una representación teatral del *Quijote*. Fue una fiesta que duró toda la noche. Hubo música y vino. Bailes y recitales. Dos años después de su publicación, don Quijote y Sancho ascendían las alturas de los Andes, a miles de kilómetros de La Mancha, desprendidos ya de la tinta que Juan de la Cuesta les otorgó en sus primeros días. España llevó y creó lectores en una lengua común. Ese es el principal legado que vive en la actualidad. Quijotes y Sanchos por todas partes.

Capítulo duodécimo

América, las Indias doradas

Juan de la Cosa y Martín Fernández de Enciso fotografían América

Cuando Juan de la Cosa llegó a América esta aún no tenía nombre. Todo era reciente para el continente. Había ofrecido su nao, la Santa María, porque creyó en las palabras de Colón y en su promesa de encontrar las Indias navegando hacia el oeste. Juan de la Cosa se había criado en el mar y a través de él iba a sobrevivir a los siglos. Para alguien que siempre se dedicó a transitar el mar Tenebroso no había mayor honor que ponerle cerco. Lo hizo en el año 1500, sobre dos pergaminos cosidos. Juan de la Cosa iba a perfilar por primera vez el Nuevo Mundo en la piel de dos animales muertos, tal y como lo hizo Ptolomeo, hacía siglos, o los griegos, que sacaban del papiro las mejores explicaciones que nadie había hecho del mundo.

El navegante se movió entre los dos mundos como si el Atlántico fuese un charco de lluvia de otoño. Participó en los dos primeros viajes de Colón. Sirvió de espía para Castilla, cuando los portugueses codiciaron las costas de África, en los primeros años del descubrimiento. En América encontraría la muerte después de viajar más que cualquiera de los expedicionarios anteriores. Fue en la expedición de Ojeda, en 1509 probablemente, cuando conoció al sevillano Martín Fernández de Enciso. A ambos los unían las ansias por descubrir mundo y en los dos casos el recuerdo que queda de ellos está ligado a la geografía americana.

Pongamos que el calendario marca el año 1509. Colón está muerto. La reina Isabel ha dejado el trono a su hija Juana, aunque Fernando le sirva como regente. Juan de la Cosa acaba de llegar a Santo Domingo con su propia embarcación. La ciudad ha crecido mucho. Se ha llenado de españoles que ya se han instalado allí. Los indios construyen casas con materiales más resistentes que las cañas y el barro. Parece un pueblo de la costa peninsular, piensa. El navegante busca a Alonso de Ojeda. En pocas semanas partirá hacia la Nueva Andalucía (la actual Colombia) para explorar el territorio y pacificar la zona, un eufemismo que significa limpiar las playas de indios guerreros. Juan de la Cosa es el mayor experto que hay de las Indias. Muerto Colón, todos se dirigen a él con respeto, como quien escucha a un sabio. En Santo Domingo, entre el muelle y los barracones donde se planea el viaje, ha coincidido con Martín Fernández de Enciso. Él no tiene un porte aventurero, como Ojeda. No tiene ansias de fama ni bestialidad en la mirada cuando empuña un arma. Es un hombre que sabe ser sereno. Parece también interesarle la geografía.

Durante esas pocas semanas, ambos comentan la forma exacta que tiene el continente descubierto. De la Cosa se ha hecho famoso en España y América por el mapa que dibujó en 1500. Es el primero en el que aparece, tímidamente, en el norte del pergamino, una costa original y diferente a las demás, nunca antes vista. Con un color verde selvático, se muestran como brazos abiertos a los viajeros las costas del Caribe y el curso de unos ríos caudalosos y de color púrpura, como si en ellos corriera el fuego. La parte norte es lo que convierte el mapa de Juan de

la Cosa en una reliquia cartográfica. La primera fotografía de América, aún borrosa, recién nacida. En el sur del mapa se deja ver el viejo continente europeo, las costas de África, ya recorridas por los portugueses, y, como un reducto del pasado, Asia, donde se dibujan los tres Reyes Magos en el camino de Oriente. Viejo mundo, pensó al pintarlos, porque él sabe que la vida se extiende hacia occidente tras el viaje que hizo con Colón.

Fernández de Enciso tendría en su cabeza ese mapa durante los próximos viajes de la década. Juan de la Cosa moriría unos meses después, atravesado por una flecha envenenada durante la expedición de Ojeda. Poco a poco, por edad, en naufragios consumados, en reyertas con indios en playas perdidas, todos los marineros que habían participado en los primeros viajes de Colón iban muriendo. Una forma de borrar los primeros recuerdos de América.

Enciso viajará de un lado a otro haciendo suyo el mar Caribe, la parcela oceánica por la que se movían los españoles hasta 1520. Acompañó a Ojeda a Cartagena de Indias, tras su primera derrota en Nueva Andalucía; taló madera de los árboles de San Sebastián de Urabá, junto a Balboa y Francisco Pizarro. Fue anotando el pensamiento e impresiones de aquellos hombres que se marcharon de España creyendo fundar un imperio y acabaron consumidos por la lujuria y la locura. En todas las costas apuntó un posible perfil, los accidentes geográficos más reseñables. Los dibujaba con tintas naturales extraídas de plantas cuyos nombres no sabía. Y cuando volvió a Sevilla se encerró en su estudio y escribió la *Suma de Geographia*, el primer estudio que aborda la geografía americana con un afán científico pocas veces visto hasta entonces en Castilla. De la imprenta de Jacobo Cromberger salieron las primeras copias en 1519. Sevilla pasó de diseñar mapas en piel de cordero a imprimir la descripción del Nuevo Mundo en un tiempo que asombra por su brevedad y que aún enorgullece sus calles.

El mapa de Monti bebió de estos primeros ensayos. La cartografía de Juan de la Cosa y el tratado de Martín Fernández de Enciso suponen el primer intento de calibrar la grandeza de América, la necesidad de España por ordenar aquel territorio que estaba descubriendo. Muestra también, en el dialecto de los viajeros, los nuevos caminos por los que se estaba abriendo Europa. La geografía hecha futuro. El viaje como forma de descubrir el mundo.

Pizarro bebe sangre de tortuga

Llevaban semanas alimentándose de la sangre de las tortugas y temían que los animales esquivasen esa playa en el próximo mes por instinto de supervivencia, el mismo que ahora conseguía mantenerlos con vida. Desde 1524 no habían dejado de perder. La derrota estaba escrita en su frente, como el estigma de Caín. Salieron de Panamá por el mar del Sur hacia costas desconocidas. Los indios lanzaban jabalinas desde decenas de metros de distancia y mataban a los caballos. El veneno de la punta hacía que su carne no se pudiera comer. Castilla de Oro acababa en Panamá, en el punto más estrecho entre los dos océanos. Hacia allí se habían dirigido Pizarro y sus hombres. Eran al menos doscientos. Tres años atrás, claro, antes de las emboscadas, las deserciones y las tortugas. Aquellos indios que llamaban incas eran mucho más fuertes que el resto. Se organizaban en ciudades y solamente salían a las playas para organizar ataques.

En la primavera de 1527 ya habían muerto tantos españoles que era imposible contar los cadáveres. A veces el fallecimiento sucedía por una enfermedad invisible. El hambre, la

llamaban, más mortífera que las flechas. Pizarro observó a las tortugas marcharse hacia la orilla, perseguidas con la mirada por un soldado desnudo, tan delgado que parecía una rama de junco. Los que quedaban vivos no querían seguir con la guerra. Habían encontrado una isla suficientemente lejos de la costa para refugiarse. Llevaban meses sin dormir. El miedo formaba parte de sus vidas. Habían cambiado los despachos tropicales de Santo Domingo y Cuba por el insomnio metálico de los arpones.

La llamaron isla del Gallo y supe de ella gracias a la trilogía de William Ospina sobre Ursúa y la epopeya americana. Pensaba que era un territorio mitológico, al igual que Grecia tiene su Troya, su reina Calipso y la espalda de Ulises acumulando atardeceres. Pero la historia de América es real. Es el telar homérico para los españoles, con sus maravillas y sus miserias. Nuestra Troya que fundó la época moderna, cambiando las playas de la Tróade por el Caribe y las islas del Pacífico.

Pero allí está Pizarro, desenfundando su espada. Ya no brilla al contacto con el sol. Parece una extensión de su piel, quemada por tantos días de espera. Corta la arena blanca de la playa y divide el mundo en dos mitades: los que quieren conquistarlo y los que no tienen honor. Solamente trece hombres atraviesan el umbral que Pizarro ha dibujado, mientras las olas se esfuerzan por borrarlo. Parecen los mirmidones que esperaban la acción de Aquiles para ganar la guerra. Son trece los soldados harapientos que han decidido dejarlo todo (pero nada tienen ya) y acompañar al extremeño en la conquista de aquellos incas que parecen invencibles. No les promete comida. No les habla de vino ni de mujeres exóticas. Les habla con el corazón de la codicia. Arrasarán al inca y ellos, los trece, lo acompañarán hasta un trono cuyas dimensiones aún desconocen.

«Los Trece de la Fama» es el nombre con el que la historiografía menciona a los hombres que decidieron seguir a Pizarro en un momento en el que las deserciones acorralaban la conquista del Perú. Sus nombres fueron recogidos en las crónicas. Se habló de ellos en España, en Cuba y en Colombia. Pizarro bebió sangre de tortuga para seguir atado a la vida y, en el momento más bajo de su existencia, confió en su orgullo.

Los trece junto a su líder salieron de la isla del Gallo, hoy en día unida al continente en la bahía de Tumaco (la Colombia pacífica), y se refugiaron en una isla más al norte, aún más alejada de la costa, a la espera de refuerzos. Parecía el paraíso. Pero en sus primeros pasos descubrieron que los pies desnudos se les llenaban de serpientes. Las había de todos los tamaños: unas pequeñas y coloridas; otras más grandes, con formas espirales y del color de las heridas; otras azules, brillando al contacto con el agua como si estuvieran encendidas. Llamaron a aquella roca varada en mitad del océano isla Gorgona. No fue Pizarro el ingenioso bautista, pero había leído en Trujillo, en su casa señorial, algunos libros en latín sobre historias griegas. Una de ellas hablaba de Gorgona, una mujer que convertía en piedra a todo aquel que la mirase. Otra vez Grecia en medio del continente americano. La bestia mitológica tenía el cabello formado por serpientes, que en su imaginación no paraban de escupir veneno y bailar al son de una extraña música. En isla Gorgona eran los pies y no la cabeza los que se llenaban de esos seres castigados desde los tiempos del paraíso terrenal, un lugar que no podía quedar demasiado lejano.

Defoe contempla el Támesis

Daniel Defoe escribía sin peluca, aunque no haya un cuadro que guarde su rostro en el que no le caiga esa mata de pelo rizada, canosa, que le otorga un aspecto de sabio ilustrado. Le gustaban las historias ambientadas en el mar. Por el Támesis veía arribar los barcos tras una larga travesía. Juraban los capitanes dedicarse al comercio, aunque más bien practicaban la piratería. El *modus operandi* tenía poco de heroico: se situaban en las inmediaciones del mar Caribe, aguardaban vislumbrar una flotilla española y la atacaban sin compasión. Robaban su mercancía, interrogaban a la tripulación y tiraban por la borda a alguno de los pasajeros. Así iba construyendo Inglaterra un imperio sólido, con cimientos seguros, tan fundamentados en la pólvora como en el dinero.

Defoe veía por la mañana la playa saliendo de las tripas de los barcos. Había de todo en el puerto de Londres: desde plumas de aves exóticas, perlas brillantes, hasta aceites elaborados con cocos y otras frutas que solamente se encuentran en América. Observando el tránsito de objetos del Nuevo Mundo al Viejo, imaginaba el escritor recorrer también las costas tropicales, el lugar donde nacían todas las maravillas de la tierra.

Escribió *Robinson Crusoe* con un ojo puesto en el mar y el otro en la economía. El argumento de una de las primeras novelas inglesas es bien conocido: el protagonista, un mercader de esclavos que da título a la novela, trafica con negros en la costa africana. Unos piratas lo detienen y lo llevan a América, a las costas de Brasil. Cuando quiere volver de nuevo a África, su barco naufraga y sobrevive al llegar a una isla próxima a la desembocadura del Orinoco, en Venezuela. Allí aprenderá a sobrevivir. Hará de la playa un fuerte de defensa y se protegerá de una tribu caníbal que amenaza con convertirlo en menú de fin de año. Conocerá a Viernes, un indígena que huye de los caníbales y con el que entablará una especie de relación basada en los gestos y en la simpatía de las miradas.

La América española fue durante los siglos XVI y XVII un extenso territorio por descubrir. Y la forma más noble de alcanzar su geografía pasaba por recorrerla en barco a través de sus océanos. España se echó a la mar en un tiempo en el que aún se pilotaban las naves sin alejarse demasiado de la costa. Había miedo a las tormentas, a los vientos y a los piratas. El perfeccionamiento de los barcos no impidió que los naufragios se sucediesen a lo largo de la época colonial. La temporada de huracanes golpeaba de forma inmisericorde aquellos barcos, que crujían como las ramas de los árboles ante unos vientos nunca antes sufridos. Aun así, los marineros españoles abrieron rutas, descubrieron nuevas costas y arriesgaron sus vidas para seguir extendiendo un poco más el mapa de América, para conocer algunos tomos más de la enciclopedia humana que albergaba el continente. También para llenar sus bolsillos de oro y gemas.

Se desconoce en qué momento tuvo noticias Daniel Defoe de Pedro Serrano. No le hizo falta escribir su nombre para saber que se trataba de él. Tal vez había escuchado su historia en el puerto de Cádiz o Lisboa, cuando efectuaba parada para comerciar con vinos y especias. Serrano partió del puerto de La Habana en 1526 con destino Cartagena de Indias. En cierto momento, el barco en el que iba sufrió una tormenta que le obligó a variar su rumbo. El barco fue a la deriva hasta que encalló en un banco de arena. Solamente dos tripulantes sobrevivieron al naufragio.

Pedro Serrano vivió ocho años en un islote que no disponía de ríos y cuya única fauna eran las tortugas y las aves que descansaban de sus largos vuelos algunos días de la semana. El resto, un conjunto de palmeras desoladas, dobladas por el viento. Una playa extensa y circular, que se

recorre en pocas horas. ¿Cuántas veces puede un hombre rodear una isla durante ocho años? Serrano resistió en el atolón hasta que un barco español lo rescató. Volvió a España y contó su historia a todo aquel que quiso escucharlo. Dos siglos después, Defoe también la conoció de los labios de mercantes y marineros españoles, tal vez reconocidos en el sufrimiento de Pedro Serrano, a pesar de haber pasado tanto tiempo.

En aquellos siglos de idas y venidas americanas, naufragar era una imposición. Una jugada de los vientos y de las olas. Pero también, qué consuelo, una manera un tanto accidentada de descubrir territorios inexplorados. Las islas paradisíacas no siempre guardan el paraíso.

Orellana navega el Amazonas

Orellana había escuchado hablar de la canela. Una vez logró aspirar su aroma dulce y seco. Lamió una ramita que se le quebró entre los dedos y cerró los ojos. Por aquella especia Europa se estaba volviendo loca. Pagaban cantidades astronómicas. Los capitanes organizaban expediciones suicidas a las selvas para encontrar, entre serpientes gigantes y jaguares, el árbol de la canela, el oro parduzco que se espolvoreaba en los platos de carne de las capitales del Viejo Mundo.

Francisco de Orellana ya era perro viejo cuando se separó del grupo y se vio navegando por ese río poblado de mujeres guerreras. Rondaba el año 1540 y Gonzalo Pizarro, hermano menor de Francisco, gobernaba Quito con la obsesión de encontrar El Dorado, esa maldita ciudad que dejaba más españoles muertos que anillos en los dedos. Gonzalo Pizarro preparó diversas expediciones para recolectar canela. No era oro, pero se vendía al mismo precio. Como en las zonas de montaña no crecían los frutos preferidos, el gobernador ordenó introducirse en la selva, un vacío en todos los mapas difícil de llenar, porque pocos eran los viajeros que volvían a las ciudades tras haber dormido al este de Quito.

En América apenas había canela, pero eso no tenían por qué saberlo un puñado de hombres avariciosos. Orellana era un buen soldado, con la suficiente relevancia dentro del mando americano como para no dejarse dominar por el hermano del gran Pizarro. Habían nacido en el mismo rincón de Extremadura, la Trujillo de las plazas porticadas, en el mismo año, pero él, Orellana, había tenido más coraje. No se sabe si fue un accidente o una decisión meditada, pero se separó del grupo y comenzó a recorrer un río que, al principio, discurría con un curso rápido y estrecho y que, conforme se sucedían los kilómetros, se ensanchaba. A su vuelta a España, a Orellana lo acusarán de traición a la corona. El viajero alegará despiste, mala orientación y motivos que solo la selva conoce, una fuerza misteriosa que le hizo bajar de los Andes y pegar su piel al río hasta la desembocadura.

Estaba recorriendo el Amazonas incluso antes de alcanzar ese nombre, tan griego, tan lejano de aquellas amazonas que Alejandro Magno encontró en el reino de Talestris, noche de fuegos amatorios incluida. Orellana capitaneaba una expedición hacia un río nunca antes explorado con nobles y lacayos, caballos que servirían de comida en los momentos de hambre extrema y con indios, pobres almas que los guiaban en la penumbra, les traducían (aunque no entendían ni una palabra de las habladas por las tribus amazónicas) y, en un último acto, servían de escudos humanos. Junto a ellos, también había cerdos y perros, un ejército canino dispuesto a saltar a las

piernas de los enemigos. La pólvora no les sería útil. En aquella selva la humedad era tal que el agua se tocaba en el aire.

La ruta que siguieron es difícil de descifrar, aunque su simpleza radica en que continuaron el curso del río. En un principio intentaron remontarlo para volver con Gonzalo Pizarro, pero la corriente les vetaba el paso. Contra la naturaleza no podían luchar, así que construyeron nuevas embarcaciones y se dejaron llevar por una selva cada vez más oscura. Los indios apenas se veían, escondidos entre las ramas de los árboles. Escuchaban la tensión del arco tensado, apuntando a sus cabezas sin cascos. Las voces les susurraban palabras nunca antes oídas: Parananguazú, Guyerma, Solimões… eran maneras de llamar al río que estaban surcando. Los mosquitos aparecían al amanecer, con los primeros rayos de sol. Una nube tenue que lamía la piel y la enrojecía. A los días, las fiebres obligaban a los hombres a saltar al río y allí se ahogaban entre alucinaciones y terribles dolores de cabeza.

Escribió Carvajal, dominico y viajero accidental presente en la expedición, rosario en mano y pluma de ganso para recopilar la memoria de todos los viajeros, que encontraron un pueblo compuesto solamente por mujeres. Luchaban con estrépito. No parecían aceptar la compañía de ningún varón. Apuntó que raptaban a los hombres para los momentos de fecundación. Si el nacimiento alumbraba una niña, la tribu festejaba durante días. Si, en cambio, era un varón, lo sacrificaban. No sabemos hoy en día si lo visto por Carvajal y Orellana fue fruto del mito del río inmenso, de las lecturas de caballerías repetidas en noches de insomnio o una realidad palpable. La tribu triunfó en el imaginario colectivo de América y hoy el río que vertebra el continente la recuerda.

Llegaron a la desembocadura en agosto de 1542 tras seis meses de travesía, recorriendo una distancia similar a la que hay entre las Canarias y Barbados, las islas más próximas entre sí de los dos lados del charco. El de Orellana fue un viaje en busca del mar, el anhelo del océano, la melancolía de las olas. Una prueba de fondo por un camino plagado de dificultades que tuvo amotinamientos, una tripulación hastiada de vivir, condenada al sufrimiento de los días, al calor extremo, al trópico excesivo y a las anacondas vestidas de troncos. Y sin embargo, llegaron. Su barco vio el sol saliendo por el mar en una mañana que ya olía a tempestad. Respiraron un aire limpio que solamente los alisios traen cuando se acerca septiembre. Orellana excavó en la paciencia de los hombres y demostró que el Amazonas no era solamente un río, sino un dios vestido de agua.

El rumor de El Dorado

El Dorado empezó con un rumor, en una calle polvorienta de Quito entre las llamas de la reciente conquista. Una palabra sedienta en los labios de un indio. La traducción arriesgada de uno de los guías que acompañaba a los españoles. Una luz que brillaba en el cuello, esférica entre los dedos, tan resistente que ni las flechas la atravesaban. Limpia como el agua cristalina. ¿Dónde se encuentra?, preguntaban con gestos los exploradores, sudorosos y con el pelo lleno de mosquitos. Extendían un dedo aquellos indios y señalaban a la selva. En el corazón del verde encontrarían una ciudad dorada, tan reluciente que hasta los cristales serían de oro. Un tesoro que nadie había visto hasta entonces.

Ese rumor corrió de boca en boca. Se acomodó junto a las vasijas de perlas, en las banastas llenas de papas, ese tubérculo recién descubierto, en los libros de contabilidad que se apilaban en las bodegas de las carabelas para que la humedad no atacase sus páginas y los números no se moviesen. Y cruzó hasta España. Fue a la corte vestida de oportunidad. La de un imperio que se desangraba en guerras en Italia y en Alemania. Los sacerdotes del dinero planeaban campañas para explorar el continente americano en busca de aquel reflejo de metal precioso. Seleccionaban a los hombres no por su destreza, sino por su hambre. En las ciudades españolas corrió el rumor de El Dorado como si las sandalias de los soldados desprendiesen pólvora a su paso. Sevilla fue un ir y venir de tratados sobre cómo localizar la dichosa ciudad. En los pueblos pequeños, los gobernadores explicaban a los campesinos que aquellas tierras estaban destinadas a ser descubiertas por gente capaz de convertir el trabajo de la tierra en oro. En todos los rincones de Extremadura la ciudad de oro sonaba como una canción que entonar. Los hombres se despedían de sus familias y se alistaban en expediciones que no encontrarían más que la perdición, a miles de kilómetros de sus casas.

No puede entenderse la conquista de América sin El Dorado. La historia de la América española se sustenta en una mentira. En un mito. En un rumor. En las primeras expediciones al sur de Panamá, tanto Núñez de Balboa en el mar del Sur como Francisco Pizarro en Perú entablaron relaciones con indios muy diferentes de los que Cortés tuvo que enfrentar en su conquista de México. Estas tribus sureñas estaban menos organizadas, pero en los momentos de diplomacia, cuando los regalos reemplazaban las flechas y el arcabuz, los españoles olieron el oro. Lo llevaban en las manos los sacerdotes y los gobernantes. Un anillo, un brazalete, un collar. Para los indios era un metal común. Al menos, no con el valor que los europeos le otorgaban. Pronto los españoles mostraron interés en buscar el yacimiento primigenio. Y los indios, que observaban el oro como a las plantas, a la Luna o al mar, les indicaron que en el interior de la selva.

Sebastián de Belalcázar conquistó la ciudad de Quito en 1534, y ayudó a Francisco Pizarro a someter todo el Imperio inca que se elevaba desde los Andes hasta las playas kilométricas del Pacífico. Allí escuchó Belalcázar la palabra. Cinco años después emprendería su marcha particular para descubrir El Dorado. Lo hizo hacia el interior, dejando a un lado el océano y adentrándose en una región montañosa, plagada de selvas, hasta llegar a una sabana a gran altura. Los españoles recorrieron toda la región del actual altiplano colombiano (un extenso territorio comprendido entre las actuales ciudades de Bogotá, Tunja y Boyacá). Agujerearon el suelo hasta dejarlo como un queso gruyer tras un festín de gusanos. Secaron sus ríos (acto inútil, pues las lluvias llenaban sus cauces a las pocas horas) ante el brillo de lo que ellos presentían como una pepita de oro. Y no hallaron más que estómagos vacíos. El Dorado siempre estaba en otra parte.

Fueron muchos los viajeros que lo dejaron todo para encontrar la ciudad de oro. Gonzalo Jiménez de Quesada penetró en el altiplano y sometió a la tribu muisca, fundando la ciudad de Bogotá, el epicentro del tesoro oculto. También Alonso de Alvarado y los hermanos Pizarro, al tiempo que constituían un reino independiente cuyo rey iba a ser Francisco y su credo la avaricia y la anarquía. Fueron años en los que se compaginaba el descubrimiento y el fratricidio. España luchaba por construir un nuevo mundo y también por no destruir los cimientos del viejo. Los ajustes de cuentas se multiplicaron entre gobernadores. La cordillera de los Andes y las incipientes selvas amazónicas fueron testigos de las luchas intestinas de los primeros años del

Virreinato de Perú. Todo ello motivado en parte por la noticia de El Dorado. Por el orgullo de ser el primero en avistar la ciudad que los salvaría a todos de la miseria.

La lista de hombres que intentaron hallar la ciudad de oro se alarga hasta el mismo siglo pasado, para rubor de la historia y satisfacción de la aventura. En el fondo de la laguna de Guatavita, en el centro de Colombia, los indios muiscas solían sumergir ofrendas en el agua. Muchas de estas estaban hechas de oro. Representaban a personas de cuerpos espigados, encima de una barca sagrada que atravesaba ese mismo lago. Los muiscas celebraban que el oro volviera a las profundidades de la tierra, de donde había salido muchos años antes. Para ellos, El Dorado consistía en devolver el brillo del metal a sus orígenes, no en convertirlo en una enfermedad que enfrentaba a los hombres.

Machu Picchu
en una mañana de niebla

Hiram Bingham paseaba por las calles de Cuzco a principios del siglo XX. Le costaba aclimatarse a la altura. Respiraba hondo y sentía que el oxígeno no entraba en sus pulmones. Ascendía por el barrio de San Blas, frente a la parroquia que construyeron los españoles en el siglo XVI, el primer edificio religioso. Allí mismo buscó un banco donde sentarse. Se asfixiaba en cuanto hacía un poco de esfuerzo. Cuzco estaba preciosa por la mañana, cuando la bruma de la noche se recogía detrás de las montañas y aparecía una luz mojada que manchaba la piedra de una pátina brillante. Al profesor norteamericano le bastaba el reposo en el silencio beato de la catedral de la Asunción para recuperar el tono.

Machu Picchu es una de las cimas de América. El lugar predilecto que hace a millones de viajeros dirigirse hacia el interior de Perú, previo paso por Cuzco. Todo el mundo ha visto ya las ruinas de Machu Picchu, aunque no haya pisado esa extensión de civilización inca en mitad de la montaña. Forma parte del imaginario andino, de una América melancólica por la pérdida de aquellas culturas anteriores a la llegada de Colón. Pero también la resistencia. La demostración de que, en muchos casos, la cultura hispana vino a convivir con lo establecido y no solamente a sustituirlo. Cuzco es el mayor ejemplo de imperios que se acumulan y se superponen. En la ciudad conviven los dos estratos, desde los templos antiguos hasta las torres de los campanarios. Las dos caras de la moneda de la actual América.

Hiram Bingham lo sabía y por eso visitaba tanto Cuzco. Escuchaba a los campesinos, gente corriente que no sabía leer ni escribir, hombres y mujeres que lo miraban con gesto sombrío al ver su corbata y sus elegantes trajes, no hechos para las alturas. Lo escrutaban con desconfianza, pero hablaban con él. Él los incitaba con sonrisas y gestos inocentes. En un español demasiado acomplejado los animaba a contarle todo lo que habían visto al noroeste, tras el Salcantay, una montaña que se eleva por encima de los seis mil metros. Los rumores describían una ciudad en ruinas, una civilización abandonada cuyo recuerdo es aplastado por el tesón del musgo, adoptando un color verdoso, el del olvido. Con mapas de carreteras, con dudas anotadas en los márgenes, Hiram Bingham se dirigió hacia allí, a pie, acompañado de un grupo de arqueólogos y presenció un amanecer en el que sobresalía por encima de todo el Huayna Picchu, el pico más célebre de Machu Picchu.

Las palabras en quechua lo divertían. Le resultaba un lenguaje musical pero también ancestral. Tenía la impresión de que cuando los campesinos se dirigían al mercado central de Cuzco a vender sus productos, se podía oír a los viejos dioses discutir los precios. Durante el camino hacia las ruinas, se había encontrado con trabajadores, gente humilde, linajes de pobres a los que el español aún no había llegado. En lo alto de la montaña, apreció que el hallazgo sería uno de los más importantes de la arqueología mundial. El Imperio inca resurgía cinco siglos después. Aún quedaban ciudades perdidas en la selva, en la cordillera. Aún había opción para que el viajero descubriese el mundo oculto ante sus ojos. Fotografió el momento. Fue en 1911. La primera vez que Machu Picchu aparece en una lámina leptográfica. Se muestra recién nacida, imponente, acosada por la niebla que baja del cielo y desbrozada por mil lluvias y plantas que aspiran a conquistar la piedra. Machu Picchu ya vivía en los mapas.

Pero Hiram Bingham encontró una inscripción en una de las piedras que daban acceso al complejo arqueológico. Apenas un rayajo de nada, como los que se encuentra el turista cuando camina despistado por Pompeya. Una letra humilde, hecha con una piedra encontrada en el suelo. Una naturaleza muerta que anunciaba que el profesor de la Universidad de Yale había llegado tarde. Diez años de retraso es poco comparado con los siglos de oscuridad a los que se enfrentó Machu Picchu (una oscuridad sin colas, sin humanos sentándose en lo que un tiempo atrás fueron altares, sin visitas a deshora y gritos fotográficos). Allí estaba la señal de que otra persona se había adelantado, marcando el territorio como se escribe la cruz en un mapa. «A. Lizárraga. 1902». Dos palabras y media, si quieren. Agustín Lizárraga, un pastor de Cuzco que había decidido caminar de más durante una jornada y encontró un muro de piedra, de aspecto antiguo y venerable. Siguiendo su pista, halló Machu Picchu y anunció el descubrimiento en las plazas de Cuzco. Los rumores eran ciertos. Bingham no tardó, sin embargo, en expoliar todo lo que encontró a su paso. Los incas habían vuelto a la vida para ser sometidos, una vez más.

Todos los caminos llevan a Cuzco

Cuzco fue la Roma americana. Eso he pensado siempre que he puesto mis ojos en la ciudad peruana. Hubo un tiempo en el que todos los caminos partían de ella y, tras recorrer el mundo andino, volvían para encontrarse en sus calles. Desde Cuzco, el Imperio inca iba creciendo, de la costa a las montañas, del sur, en el actual Chile, hasta el norte, entre Ecuador y Colombia. Constituía un poder inmenso en lo que concierne a la geografía y a la política, estructurado a través de una red de caminos que asentaban las conquistas y facilitaban el tránsito entre regiones.

Hay que remontarse al período preincaico para buscar los orígenes viales de América del Sur. Los caminos del Tahuantinsuyo ejercieron un poder de dominación al mismo nivel que las armas y la lengua. Los incas conquistaban al norte y al sur y construían vías para acercar su civilización a las nuevas tierras. En muchos tramos, las carreteras escalaban por encima de los seis mil metros. Otras veces corrían paralelas a la costa. Se introducían por selvas espesas, tanto que la vegetación borraba las huellas de la calzada al poco de pasar los ejércitos.

El tramo principal, llamado Qhapaq Ñan, conectaba Ranchillos, al oeste de Argentina, cerca de Mendoza, con Quito, aunque proseguía hasta Colombia. Tras atravesar Bolivia, bordear el salar de Uyuni y el lago Titicaca, el camino llegaba a Cuzco, cuyos ejes se distribuían como una

telaraña, desplegando sus hilos de arena y piedras, líneas rectas que ganaban el horizonte y facilitaban el acceso a los emisarios reales, los que cobraban impuestos y sometían a los pueblos vencidos. Son cerca de cinco mil kilómetros, una distancia similar a la que encontramos, trazando una línea en el mapa, entre Lisboa y Moscú. La variante de la costa unía Chile con Tumbes, en Ecuador. Atravesaba el desierto de Atacama, las actuales ciudades de Arequipa, Chala y Lima, y las ancestrales incaicas de Puka Tampu, Inkawasi y Pachacámac, el oráculo más visitado por los incas, hoy en día anunciado como un Delfos peruano en las guías de viaje.

Por lo tanto, cuando los españoles entraron en contacto con el Imperio inca encontraron una civilización sofisticada que ordenaba el territorio de una forma sistemática. Si existía un camino que unía Quito con Chile era porque el trayecto, a pesar de la distancia, se podía recorrer de manera adecuada. Esto facilitó, sin duda, la tarea de los españoles en su misión de evangelizar a los incas en la dialéctica de la guerra. No hubo en la historia americana un reto mayor que el de conquistar el extenso territorio. Con un hándicap añadido: los españoles que entraron en contacto con los incas debían acceder por el Pacífico, a través de Panamá, tras haber cruzado el Atlántico. Una vez en las costas alargadas de Perú, la geografía añadía aún más dificultad a la empresa. Las ciudades incas solían estar a gran altitud, con complejos sistemas defensivos, con un clima que variaba entre la sequedad extrema del desierto y la humedad asfixiante de la selva. 40 años tardó España en dominar las regiones por las que el camino inca pasaba.

Pronto se convirtió en el camino español, más extenso si cabe, una línea pedregosa que iba desde la Tierra del Fuego hasta Alaska. En apenas cincuenta años, un grupo de expedicionarios cambiaron la historia del continente. Como en todos los partos, hubo sangre y dolor. Nació un mundo nuevo. Un espacio inmenso que aún estaba por conocerse y que en los siglos venideros se poblaría de caminantes, de misioneros, de soldados y de escribas, nostálgicos de España que habían creado un hogar a fuerza de viajar.

Inés Suárez en los caminos de Chile

Los españoles llamaron a aquellos pueblos del sur «araucanos» porque se lo habían oído nombrar a los incas. No eran amigos. Guerreaban a menudo y estos los sangraban con impuestos en las épocas de razias. Pero los araucanos se defendían. No habían podido dominarlos y nunca lo harían. Era un territorio peligroso, sobre todo para los burócratas andinos.

Lo sabía Pedro de Valdivia, que había visto demasiada sangre y dolor en la caída del inca durante la conquista del gran imperio junto a Francisco Pizarro, el hombre que le había enseñado todo en la guerra. Él se había imaginado siempre entrando en un territorio desconocido, iluminando la geografía con sus expediciones.

Junto a Valdivia iba Inés Suárez. No había visto el conquistador demasiadas mujeres españolas tan al sur. Normalmente, las que se enrolaban en los barcos desde Cádiz lo hacían para acompañar a sus maridos o para iniciar una nueva vida, viudas que habían conseguido el pasaporte para servir en la corte de los virreyes como tejedoras y sirvientas, niñeras que ostentarían, con los años, los puestos importantes de la administración americana. Cuando Inés Suárez viajó a las Indias no sabía que ya era viuda. Llevaba años sin recibir noticias de su marido, que se había perdido en Venezuela buscando oro y gloria. Supo de su muerte y estrenó

soledad en Cuzco, en unas tierras que la gobernación le otorgó en compensación. Allí gestionó una hacienda que disponía de decenas de indios. En Cuzco conoció a Valdivia.

La expedición dejó la ciudad de los incas y se dirigió hacia el sur. Buscaron la costa, donde el clima era más favorable y los caminos se prestaban menos a las emboscadas. Pasaron por Arequipa, a la sombra del Misti, el volcán dormido. Después acamparon en Tacna, a la espera de más españoles que se sumarían a la expedición. La mayoría eran soldados que no habían satisfecho sus necesidades heroicas en Perú. Chile iba a ser una redención para ellos. Una segunda oportunidad que les otorgaba el continente.

La expedición se enfrentó a uno de sus enemigos más temibles: el desierto de Atacama. La sequedad del terreno hacía que tuviesen problemas al respirar, que el sol aplastase sus cabezas y multiplicase las heridas al contacto con la armadura. En cada pisada se levantaba un polvo espeso, ancestral, que no había conocido el agua en siglos. Ningún ser humano se hubiese atrevido a caminar por aquel valle desolado. Se salvaron de la muerte gracias a que cavaron hondo en busca de pozos. De allí, como en un relato bíblico, brotó el agua, sucia y primigenia.

Una vez superado el desierto, la geografía de esa nueva tierra les pareció fascinante. Pedro de Valdivia caminaba por un desfiladero inmenso, dejando a su derecha el océano y a su izquierda montañas más altas que las de Perú. En 1541 fundaron la ciudad que estaba llamada a ser la capitanía general de los españoles en Chile. La llamaron Santiago del Nuevo Extremo, en honor a la tierra que lo había visto crecer en España. Al poco de fundar la ciudad, la historia hizo su aparición, puntual como los relojes de arena. Empezó la guerra contra los araucanos.

Aquella contienda tuvo el aspecto de una lucha mitológica como se lee en *La Araucana*, el poema épico de Alonso de Ercilla, que supo llevar la *Ilíada* a América en octavas reales. Valdivia moriría en Chile, tras realizar nuevas expediciones para conocer el territorio y dominar a los pueblos que se resistían a entregar sus casas. Pero Inés Suárez, a la muerte de Valdivia, no renunció a su papel en la historia de la conquista de Chile. Defendió heroicamente Santiago cuando fue atacada hasta su destrucción. Participó en las expediciones junto a Valdivia como ayudante militar, consejera estratégica y guardiana de sus noches. Como diría Góngora, «a batallas de amor, campos de plumas», con los Andes de fondo y los indios quemando la tierra. Cuando murió Valdivia, continuó su vida. Se casó con Rodrigo de Quiroga, gobernador de Chile, cuando los huesos de Valdivia ya se habían convertido en pasto, y participó en la fundación de Santiago, ciudad a la que dedicaría su vida. El viaje que le iba a devolver a su marido se había convertido en una vida intensa por caminos que desembocaban en el océano, en una región descubierta a la que llamaron Chile. Fue la última superviviente de la expedición que daría nombre a aquella región del sur de América. Murió en 1580, cuando en Santiago ya se habían construido varias iglesias que ella misma había ayudado a sufragar.

Juan de Cartagena traiciona a Magallanes

Los vio alejarse de buena mañana. Había pocos momentos de claridad en aquel agosto patagónico. Los días eran cortos. Apenas duraban unas horas los rayos de sol. Él nunca había visto nieve en una playa. Aquello ya no era arena, sino una capa de hielo muy fina. Pensó que el

océano estaría a punto de congelarse. Habían llegado a aquella bahía resguardada del viento unos meses antes. Era 1520. Hacía un año que habían partido las cinco naves desde Sevilla, a los mandos de Fernando de Magallanes. Quería descubrir el paso hacia el mar del Sur, el otro océano que, esta vez sí, debía de conectar el Nuevo Mundo con la India. Ya todo importaba poco. Estaba viendo los barcos alejarse sin él, condenado a una muerte segura entre animales que se escondían tras las rocas y cuya piel era imposible de penetrar con un cuchillo.

A Juan de Cartagena lo abandonaron el 21 de agosto. Junto a él se encontraba el sacerdote Pedro Sánchez de la Reina. Ambos, al igual que Gaspar de Quesada, Luis de Mendoza y Antonio de Coca, se habían amotinado. En sus conspiraciones habían probado incluso a asesinar a Magallanes para poner fin a aquel frío absurdo. El paso no existía. Era imposible encontrar una lengua de agua que conectase el mar del Sur con el Atlántico. El tesón de Magallanes iba a matarlos a todos. El motín era un acto de generosidad con la expedición. Pero fracasó.

No se habló de otra cosa durante los cuatro meses en los que estuvieron en el puerto de San Julián, una vez abortada la insurrección. Magallanes se apresuró a dictar sentencia, en aquella playa pedregosa donde ni las olas se atrevían a romper. Allí sentado, junto a Pigafetta, el escriba que tomaba nota de todo lo que ocurría, dictaminó que Luis de Mendoza sería apuñalado y que Gaspar de Quesada sería decapitado. Después, una vez que el sacerdote se cerciorase de que ya no había vida en sus cuerpos, el verdugo los descuartizaría y tirarían sus restos al mar. Juan de Cartagena y Pedro Sánchez de la Reina tendrían una condena mayor: la expedición continuaría su ruta hacia lo desconocido y ellos se quedarían en esa playa desolada, con una ración de galleta marina, la que toman los navegantes cuando ya solo les quedan el hambre y la locura.

Por eso Juan de Cartagena ya sabía que iba a morir cuando vio las naves partir. Meses atrás habían observado indios acercarse de forma temerosa. No iban desnudos como los del Caribe. Estos caminaban envueltos en enormes pieles de animales que en Europa no existían. Magallanes los observó desde la nao Victoria y los llamó «patagones», porque tenían los pies muy grandes. Eso contó Pigafetta. También que se alimentaban de carne cruda. Decían haber visto un demonio con cuernos en la cabeza. Un ser que escupía fuego por la boca y por el culo. Eso inquietó a la tripulación y a todos les hizo gracia, aunque en realidad experimentaron un miedo congelado.

Era difícil que Juan de Cartagena se encontrase a los indios en la playa. Y en el caso de avistarlos, lo matarían y harían con su piel un refugio para los meses de invierno. Magallanes ordenó erigir una cruz en el puerto de San Julián. Monte Cristo llamó a ese lugar, donde celebró la misa del Domingo de Ramos, antes de saber siquiera que pasarían allí el peor invierno de sus vidas. Esa cruz sería también el único símbolo que vería Juan de Cartagena antes de morir. O de desaparecer, porque jamás se encontraron sus huesos. La cruz sería el último recuerdo de su hogar, en el Levante, en un tiempo en el que no existía la aventura y el mar era temido.

Puerto del Hambre,
el fantasma del estrecho

Pedro Sarmiento de Gamboa viajó al sur por odio. O tal vez por empecinamiento, por orgullo personal. Por un duelo a muerte. Él se había movido por el Virreinato de Perú en una época en la que los españoles aún montaban Estados independientes en cada volcán andino. Todo empezó

cuando la reina de Inglaterra, la Isabel de las obras de Shakespeare, otorgó a sir Francis Drake la patente de corso. Palabras excelsas para describir una realidad más sencilla. La monarquía inglesa pagaba a un pirata para destruir la flota de las Indias españolas. Y Drake atravesó el Atlántico, encontró el paso que Magallanes había descubierto cincuenta años antes y se dirigió a Valparaíso, en Chile, donde hundió parte de los barcos que esperaban en puerto. Quedó en la memoria de los españoles que poblaban Chile la indefensión de la flota, porque a esas alturas del siglo XVI, España aún no tenía enemigos marítimos, domesticada la relación con Portugal gracias a Felipe II. El virrey del Perú, Francisco Álvarez de Toledo, encomendó a Pedro Sarmiento de Gamboa la difícil tarea de perseguir a Drake, de encontrarlo y de capturarlo, vivo o muerto.

Aquello parecía serio; abrirse a las aguas del mar salado y vencer a un pirata en el arte de la piratería. Siguió su rastro hasta el sur de la Patagonia, en el punto en el que las islas flotan como casquetes de hielo. Y no logró alcanzarlo. El Pelican, el barco que la reina Isabel se había afanado en adornar y cargar de cañones, era más veloz que el suyo. Lo perdió de vista, pero a cambio se encontró en medio de un lugar inhóspito y hermoso. Aquel era el estrecho de Magallanes, con sus innumerables islas y sus pájaros negros de panza blanquecina. Entre 1579 y 1580 estuvo Pedro Sarmiento de Gamboa recorriendo y cartografiando los canales del estrecho, midiendo la distancia de sus lenguas de tierra y examinando las posibilidades de fundar asentamientos. Drake siguió hundiendo barcos españoles, pero Gamboa puso en el mapa la parte más austral del mundo.

De entre todas las ciudades que fundó, Ciudad del Rey Felipe tal vez describa mejor el estado de todos los viajeros que habían atravesado aquel estrecho helado. Pero también, Ciudad del Rey Felipe representaba la esperanza de hallar siempre nuevas tierras. La constatación de que al alejarse de una costa hay otra que espera al otro lado. Dejó Gamboa en la ciudad a 350 personas, entre las que se contaban mujeres y niños. A las pocas semanas todos murieron de inanición. Morir de hambre debe ser horrible, en un lugar inhóspito sin posibilidad de escapar de él. La geografía convertida en una trampa. No quedó nadie con vida y la ciudad dejó de llamarse como el rey, ignorante de todo lo ocurrido, porque esas noticias no llegaban a El Escorial. Empezaron a llamarla los marineros Puerto del Hambre, mientras se alejaban de ella para no atracar en su orilla de piedras.

La ciudad de los Césares

¿Quién puede fiarse de una ciudad descrita solamente por náufragos, forajidos, perdidos de Dios, gente más muerta que viva? Esa fue la ciudad de los Césares. Un rumor escondido entre las montañas. Un torrente de silencio que acuchillaba las casas de los primeros campamentos que habían fundado los españoles, en el sur del sur, allá por la Patagonia, en las regiones australes de Chile. Los capitanes se reunían por las noches para tender trampas al enemigo. Los incas bajaban en tromba y arrasaban las cabañas de paja, que ardían al contacto del fuego como los meteoros rasgaban el cielo nocturno. Fue en una de esas reuniones de vino y armas oxidadas cuando Francisco César llegó a Lima, irrumpió en la tienda de comandancia y le contó todo lo acaecido a Ruy Díaz de Guzmán. Él lo escribió y la ciudad se hizo popular por el continente.

Siempre me han fascinado las ciudades inventadas. Hubo un tiempo en el que los hombres lo

dejaban todo para ir a conocerlas. Hoy en día basta teclear el nombre de un lugar para obtener fotografías de ellas. Por eso hemos perdido la capacidad de sorprendernos. Todo había empezado con el infortunio de un naufragio. Sebastián Caboto era veneciano, pero Carlos V le había encomendado seguir la ruta de Magallanes hasta las Molucas. España pagaba a los marineros sin importar la procedencia. De la expedición se escindió un grupo indeterminado en la boca del río Paraguay. Allí descubrieron a náufragos de viajes pasados. Hombres olvidados que resistían al hambre de los indios y se aferraban a la vida. Francisco César se despidió de la tripulación porque quería encontrar la Sierra de la Plata, una montaña que albergaba todo el metal del mundo y que brillaba al amanecer con tanta intensidad que el ojo humano no podía mirarla directamente.

Durante su expedición, atravesaron selvas y llanuras tan frías como el agua congelada. Caminaron durante días enteros sin encontrar signos de vida. Escalaron montañas impredecibles. Al otro lado estaba Perú. Lo sabía César. Dijo que en lo alto de una de ellas pudo contemplar los dos océanos, como si estuviese encima de un carro tirado por caballos marinos, un Neptuno avejentado por las caminatas. También describió unos animales extraños que saltaban por los riscos. Él los llamó «ovejas peruanas» y otros viajeros que habían estado en Oriente las confundieron con camellos. Son las llamas, esos animales que servían de banquete y tiro de carga para los incas.

A su vuelta, Francisco César reconoció haber visto una ciudad rica en oro y plata. Siete años pasó entre lugares desolados hasta encontrarla. Volvió a la civilización y contó su historia, escrita por Ruy Díaz de Guzmán como si fuera la *Eneida*, la búsqueda incansable de una ciudad prometida por parte de un héroe. Y los españoles la leyeron, enloquecidos por un nuevo El Dorado.

La invención de Francisco César pasó al papel y de ahí a las bibliotecas. Después hubo más expediciones que se enfrascaron en la aventura de descubrir aquel territorio que ya llamaban «la ciudad de los Césares», como si estuviesen citando a Suetonio. La ubicaron al sur no por concienzudos cálculos matemáticos, sino porque conforme las expediciones inspeccionaron el territorio, lo único que encontraban eran grandes extensiones aisladas, pampa y frío. Españoles que habían conocido a Valdivia en Chile decían haber escuchado también la existencia de dicha ciudad. En todas las historias se repetía el mismo patrón: indios que prometían riquezas, españoles supervivientes de naufragios anteriores a la historia, vivos a fuerza de milagros, que aseguraban haber visto la ciudad con sus propios ojos. Simón de Alcazaba organizó una expedición que llegó hasta el río Chubut, en el corazón de La Pampa argentina. Paisajes hermosos de riscos afilados, árboles erguidos a pesar del viento, pero nada de oro ni plata. Volvió al percibir la presencia del hambre.

Durante todo el período colonial hubo expediciones que persiguieron la ciudad de los Césares. Todas ellas fracasaron porque dicha ciudad existía solamente en el imaginario colectivo de la codicia. El oro resultaba un beneficio riguroso para la corona española y una perdición para los españoles, por muy paradójico que resulte. España descubrió y describió el sur de América gracias a ese ímpetu por amasar riquezas, como si se tratara de harina. Por eso Magallanes cruzó el estrecho en su camino hacia las Molucas. Pocos viajeros fueron los que salieron indemnes en su búsqueda del sur. Demasiado frío. Excesiva soledad. Los mapas reflejaron una enorme explanada sin rellenar, con inmensos ríos helados y animales que se movían en grandes manadas, silenciosos por miedo a despertar a las piedras. Era un sur maravilloso, plagado de naturaleza y

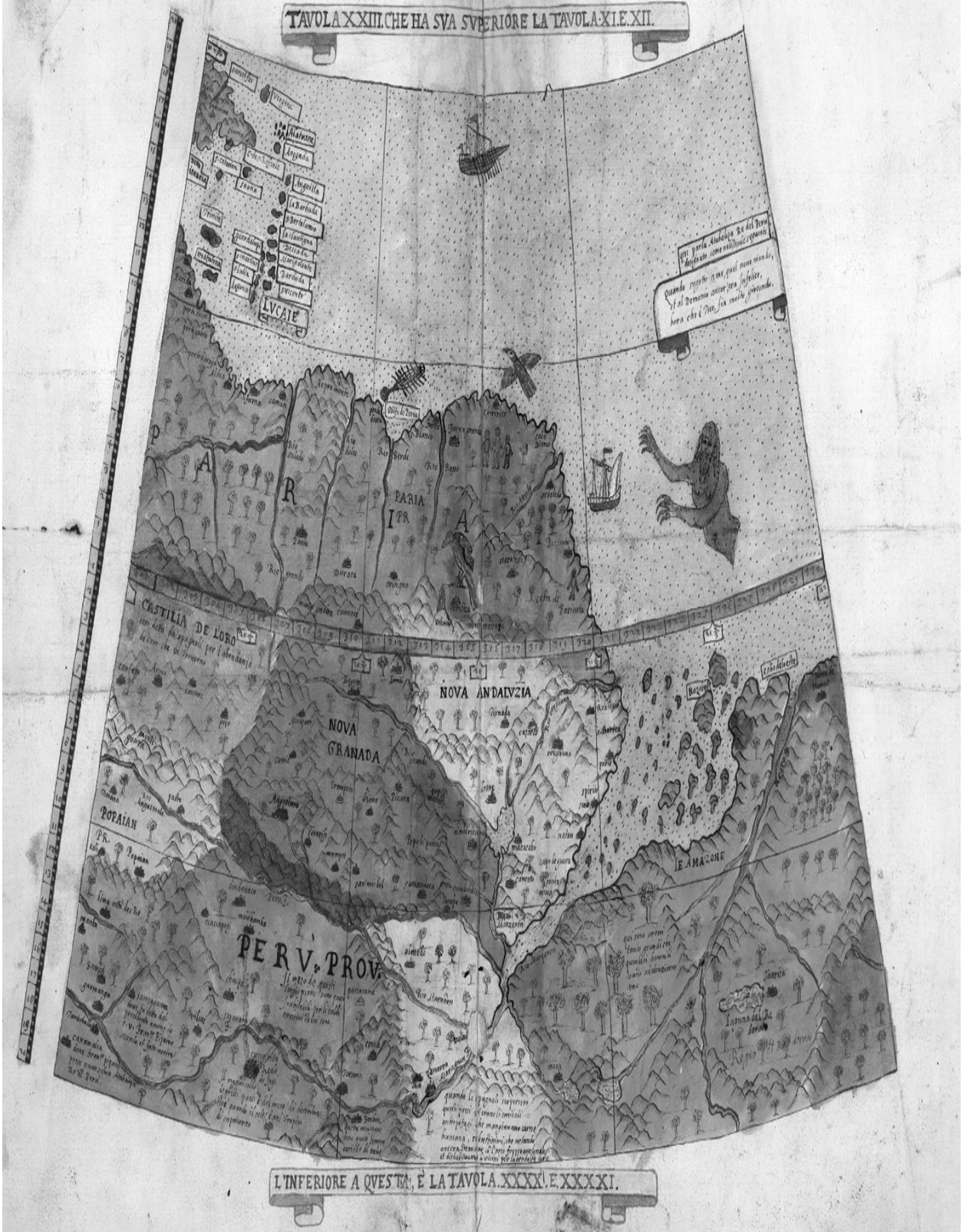
de historias de náufragos, de supervivientes a pesar de todo. El único oro hallado estaba en las páginas de los libros.

QUINTA PARTE

*

Un viaje sin límites

TAVOLA XXIII. CHE HA SVA SVPERIORE LA TAVOLA XI. E XII.



L'INFERIORE A QVESTA, È LA TAVOLA XXXX. E XXXXI.

Mientras conduzco se me agolpan en la cabeza los viajeros que se han reunido en este libro. Contemplo los Alpes ya muy cercanos. Al otro lado está Suiza. Dejé Milán hace un par de horas y el paisaje se ha vuelto otoñal. La niebla sumerge los bosques y deja que la luz resbale por las montañas nevadas. Nunca había escuchado el nombre de Venegono Inferiore y apenas me quedan unos kilómetros para llegar. Contacté hace meses con el director de la Biblioteca del Seminario Arzobispal de Milán para estudiar un manuscrito. La respuesta fue satisfactoria. Fijamos la cita un lunes de diciembre. Me espera Monti al otro lado de los muros.

El *Trattato Universale* es una rareza bibliográfica porque fue elaborado a mano, en un tiempo en el que la imprenta ya dominaba el impulso de los creadores. Se conserva solamente una edición prínceps, precisamente en el lugar al que me dirijo y donde me reciben con una educación tridentina. Es un viaje en el tiempo, desde luego. De esta versión primigenia se realizó una copia, pero se desconoce su paradero actual. 17 años después, Monti elaboró otra versión, ampliando en 4 tablas su planisferio. Se custodia en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, pero yo me he decidido por el origen de esta geografía pensada y proyectada en un papel rugoso, humedecido por los siglos y lamido por dedos de estudiosos que acarician los bordes con cierto miedo a ser envenenados.

El director de la biblioteca me acompaña hacia una sala de estudio. Encima de la mesa hay un maletín de grandes proporciones. De su interior saca un libro difícil de manejar. Se ha puesto unos guantes de seda y me ofrece otros. Abre el manuscrito con delicadeza. Crujen las tapas y las hojas se tambalean como árboles bajo un temporal. Me pregunto cuántos lectores han repetido ese gesto a lo largo de los cuatro siglos de existencia del *Trattato Universale.* En todas las conversaciones que he mantenido para escribir *Homo viator* nadie ha sabido decirme nada de Urbano Monti. Es un fantasma en el mundo de la geografía, y su obra, un mensaje cifrado a la espera de un Champollion. Comprendo que mi visita sirve también para recuperar la memoria de un hombre y para alumbrar los territorios que él dibujó, escuchando a muchos viajeros, poniendo el empeño máximo en ser fiel a la palabra.

Me quedo a solas con el libro. Es todo para mí, pero me siento intimidado. En él, Monti me explica el mundo con unos ojos primigenios, que se despiertan ante una realidad naciente. El primer libro empieza con la creación. Adán y Eva, el arca de Noé y demás invitados bíblicos. La ciencia se estaba desperezando de la mitología aún. En otra página se dibuja el infierno. Es más simple que el pensado por Dante. Son cuatro círculos concéntricos: el Infierno en el centro, el Purgatorio rodeándolo, el Limbo en una esfera superior y envolviéndolos todos el «Seno de Abraham», un sinónimo del Paraíso.

Intento tomar notas, pero el manuscrito reclama toda mi atención. En el libro tercero aparecen las tablas geográficas. Se anota en las hojas sucesivas algo de historia. Busco mi ciudad en la quinta lámina. No la encuentro. Es una geografía un tanto distorsionada, desordenada, pero es precisamente su imperfección lo que hace de ella una obra única, interesante. No es un altas

imaginario, sino una realidad que fue posible, asumida a finales del siglo XVI desde un despacho de algún palacio de Milán.

Me reconforta estar al lado de una obra que he perseguido durante tantos meses. Me ha acompañado en mis viajes a través de todas estas páginas. Ha puesto rumbo a muchas historias que se perdían en mitad de la niebla. Me esfuerzo por intuir los caminos que tomó Marco Polo, esquivando el desierto de Lop, las millas náuticas de un Colón a la desesperada en las últimas jornadas de viaje. No dejo atrás ninguna página. Me siento como el personaje de ese cuadro de Vermeer, *El astrónomo*, que toca con los dedos los territorios de un globo terráqueo. El principio y el fin a través de las pinceladas de Vermeer. Es hermosa la capacidad que tiene la pintura de hacernos viajar.

Anoto las láminas que me llaman la atención. Las últimas responden al trazado de la Terra Australis Incognita, el continente presentido pero que no se había descubierto. Monti hace habitar en él seres monstruosos y bautiza sus accidentes geográficos con nombres exóticos. También, en ciertas láminas, se sigue la estela de marineros que cruzan los océanos, unidos ya por la universalidad del viaje. En las últimas páginas, Monti compone la arquitectura del cielo, los astros moviéndose con una perfección matemática propia de Galileo. Una armonía de baile. La Luna, desenmascarada en la noche.

Así acaba Monti el relato del mundo. Cierro el libro y el director me acompaña a la salida. Estoy en mitad de los Alpes, donde el *Homo viator* le perdió el miedo a las alturas. El camino de vuelta a casa es largo y aún me demoro un poco más en este viaje que ahora cumple su última etapa.

Capítulo decimotercero

Los siete mares, la ciencia a bordo

Elcano sin Magallanes

«Por la gracia de Dios, yo no sufrí ninguna enfermedad», escribió Antonio Pigafetta en unas hojas arrugadas por la humedad. Acababa de navegar, junto al resto de la tripulación, durante tres meses y veinte días sin ver una sola porción de tierra. Cuatro mil leguas de un mar infinito, que no les dio ni una borrasca, tan solo una multiplicación insistente de jornadas idénticas. Todas parecían iguales, salvo por las raciones de comida, que menguaban con el vuelo de las aves marinas. Los hombres iban muriendo poco a poco. Los abatía una extraña enfermedad. No podía ser solamente el hambre, porque aún quedaban galletas y queso con moho. No conocían los marinos de la expedición de Magallanes y Elcano lo que era el escorbuto. Algo tan simple como una naranja hubiese aliviado tanta muerte. Los cuerpos sin vida se arrojaban al mar. Llenaban el sudario de pesos para que no flotara. Así era más fácil olvidarlos.

De la muerte colectiva los salvó una isla perdida en mitad del Pacífico. Pertenece al archipiélago de las Marianas y hoy es conocida como Guam. Pigafetta la llamó «isla de los ladrones». Allí repusieron provisiones y siguieron navegando rumbo a Occidente, sin saber que ya estaban a las puertas de Oriente.

Las islas Filipinas producían especias que se consumían en Europa. Pero esto no lo sabían aquellos marineros, para quienes todo era tan reciente como una religión geográfica. Habían puesto límites al mar del Sur, el mismo en el que se había bañado años antes Vasco Núñez de Balboa. Había resultado ser mucho más grande que el Atlántico. Una hazaña compleja que dejaba a Colón, muerto ya, en un escalón secundario en la historia de la navegación.

Pero el viaje de los marineros comandados por Magallanes aún no había acabado. En Filipinas hablaron con la población local. Los españoles les enseñaron a su dios crucificado y los indígenas lo abrazaron con amor. Curaba a los enfermos. Incitaba a las lluvias en los tiempos de sequía. También les dieron un niño vestido con atuendos lujosos. Era un recuerdo de buenos viajeros. El Santo Niño de Cebú, lo llamaron, porque así llamaban los gobernantes locales a la playa a la que habían llegado.

Pigafetta describe todo aquel paraíso diseminado en islas, las cortes de hombres desnudos que los recibieron. Ellos, los expedicionarios, no eran más que chusma hedionda que tenía hambre. Tanta que el italiano se lamenta por haber comido carne en Viernes Santo. Recogen sus penalidades y continúan la expedición. Saltan hacia las islas más occidentales del archipiélago. Llegan a Mactán y, como europeos que son, no pueden dejar de hacer política. Hablan con tribus locales. Les prometen conquistas a cambio de comida. Les enseñan sus armas de fuego. Confían en la inocencia de los habitantes desnudos. Y subestiman la muerte.

A Magallanes lo atraviesa una flecha en el pie en una playa con marea baja en Mactán. Lapulapu, líder local, manda a sus hombres y lo atrapan. Los españoles contemplan desde el navío cómo su líder es despedazado. Se horrorizan. Se llevan las manos a la cabeza. Desearían

volver a casa, pero ¿dónde está su casa? Tras años de naufragios, navegación y sal en los labios, ¿cuál es su hogar? Solamente quedan dos naves de las cinco que salieron de Sevilla: la Trinidad y la Victoria. Llegan a las Molucas, el origen de las especias. Han cumplido su objetivo, pero no están a salvo.

La vuelta de estos pobres españoles a tierras conocidas es, aún si cabe, el mayor prodigio de cuantos se acometieron en el siglo XVI. La Trinidad se había despeñado en una tormenta. Juan Sebastián Elcano se había hecho cargo de la expedición al mando de la Victoria, con una tripulación menguante, viva por el azar y los milagros, por la persistencia del ser humano a aferrarse a la vida. Cargan las naves de clavo, más valioso que el oro para los mercados italianos, y se lanzan a cruzar el océano Índico. Pero la ruta estaba controlada por Portugal, y un navío español en aguas portuguesas hubiese sido apresado.

Elcano pone rumbo al sur, casi hasta tocar la masa de hielo que conforma la Antártida. Fueron 113 días sin avistar tierra, hasta girar el cabo de Buena Esperanza y costear África, en un barco que hacía aguas, con la madera agujereada y el hambre gritando en la bodega, sin ratas ya a las que atrapar. Se ven obligados a hacer escala en Cabo Verde, isla portuguesa, ante cuyas autoridades tendrían difícil la justificación de su paso. Pero la votación hecha a bordo es clara y la expedición se detiene en la isla. Frente al interrogatorio de los oficiales lusos, el calendario suma un día más. Debe tratarse de un error. Pigafetta ha llevado con escrupuloso cuidado el dictado de los días. No tardan en darse cuenta de que, navegando siempre hacia el sol, ganaron 24 horas con respecto al lugar de partida. La expedición de Elcano no solamente demostró que la tierra era una esfera conectada por agua, sino que el ritmo del reloj se ajusta a la geografía.

Elcano huyó con sus hombres de Cabo Verde antes de que los portugueses los detuvieran. Llevaban clavo, una prueba evidente de que venían de las Indias Orientales. Dieciocho supervivientes surcaron las aguas del Guadalquivir, en Sanlúcar de Barrameda, las mismas desde las que salieron tres años antes. El mundo había sido circunnavegado. Casi todos los tripulantes que salieron de Sevilla en 1519 habían muerto o se habían perdido por el camino. Ninguno de los supervivientes era científico, pero gracias a ellos el mundo había dado un paso decisivo en el conocimiento de sí mismo. El clavo que se humedecía en la barriga de la Victoria pagaría las penas del viaje. El día atrasado en su calendario demostraba que el hombre podía alzarse por encima del tiempo para acercarse a la sabiduría. El mundo era un conjunto de tierras por descubrir, pero los océanos ya podían ser navegados.

Un esclavo que rodeó el globo

Existe controversia sobre quién fue el primer hombre que circunnavegó el globo. La historiografía llama «Magallanes» a la expedición que culminó Elcano. El marino portugués, como hemos visto, murió en Filipinas, a manos de una tribu guerrera. Pero en un viaje anterior con los portugueses, había conocido Sumatra y Malaca. Precisamente allí había capturado a un indígena al que llamó Enrique. Le había enseñado la lengua portuguesa y la española. Lo llevaba a todos lados como intérprete. Por eso, Enrique de Malaca se embarcó en la expedición que culminaría con la primera vuelta al mundo, pero no llegó hasta España por una razón obvia. Muerto Magallanes, quedó liberado de su esclavitud. Cuenta Pigafetta que antes de morir, el

capitán portugués se había preocupado de asegurar el futuro de su esclavo, pero a la desaparición del patrón pocos son los marineros que siguen obedeciendo.

Enrique de Malaca desapareció en un oscuro suceso. Sirvió como último acto a los españoles traduciendo los diálogos con una tribu. Al parecer, incitó a los indígenas a que los masacraran. Esa noche, treinta españoles murieron atravesados por las flechas y de Enrique de Malaca no se supo nada más. Se perdió para siempre en el imaginario de un viaje mítico. La traición del esclavo quedó en la mente de los supervivientes, que huyeron por el Índico deseosos de no volver a escuchar nunca más aquellos nombres de especias asociados a las playas más hermosas del mundo.

Pero si nos ajustamos a la geografía, Enrique de Malaca culminó la primera vuelta al mundo unos meses antes que Elcano, porque él no debía volver a la desembocadura del Guadalquivir para lograrlo. A Magallanes le faltaron unos cientos de kilómetros, la distancia entre Filipinas y Malaca. Pocos reconocen hoy en día el mérito de Enrique el esclavo, que es mucho, ya que sobrevivió durante años privado de libertad, en el corazón de dos reinos que luchaban por dominar el mundo. Fue un esclavo el que logró la hazaña, precisamente originario de ese territorio al que todos querían llegar.

La isla pensada por Umberto Eco

Roberto de la Grive está vivo de milagro. Lleva semanas agarrado a un madero, soportando oleajes extremos. No sabe dónde se encuentra, solamente que esa extensión infinita es el océano Pacífico. No cree en los milagros, pero lo suyo se parece a uno. Lo sabe, aunque no suele rezar, y por eso cierra los ojos y prueba alguna forma de religión que lo salve. En ese momento, encuentra un islote, justo cuando ya no le quedan fuerzas para seguir aferrado a la vida. Llega a la costa y se tira a la arena. Contempla los cocoteros de la orilla y se pasea por la geografía desconocida, contento de que el creador, o tal vez el azar de los mapas, haya colocado esa porción de tierra que a él le parece el paraíso.

En la isla encuentra el esqueleto de un barco. El náufrago italiano lo inspecciona y lee documentos y cartas geográficas olvidadas en él. Aquellos hombres que lo habitaron, tiempo atrás, estaban llevando a cabo una investigación científica. Pretendían encontrar la línea del cambio de fecha, esa que Elcano cruzó sin ser consciente.

Roberto de la Grive es una ficción literaria de Umberto Eco. Su naufragio nació de la mente del escritor alessandrino, en la novela *La isla del día de antes*, pero la historia, ambientada en 1643, es verosímil y responde a la necesidad del hombre de alcanzar el conocimiento científico a pesar de las distancias. El hombre entendió a lo largo de los siglos XV y XVI que el mundo era finito, a pesar de su grandeza, y que podía ser descubierto en su totalidad. Es el momento en el que los viajeros zarpan de los puertos europeos con el anhelo de ponerle nombre a la geografía, pero también de entender cómo funcionan las mareas, los astros que sobresalen por encima de sus cabezas y el sentido de todas las medidas que rigen la vida de los hombres.

Ciencia de la mano de los viajes, a través de expediciones que los propios Estados europeos costeaban para llenar de conocimiento las bibliotecas de las grandes capitales una vez que la sabiduría había dejado de pertenecer en exclusiva a los monasterios. Desde la Universidad de

Salamanca, la Sorbona de París, la Junta de Longitud de Londres, desde cada ciudad-Estado italiana se promovía la manera de estrechar las distancias entre las tierras emergidas. Dominaron precisamente la navegación de las aguas a través de conceptos como la longitud, el estudio de las mareas, la cartografía del cielo celeste o los instrumentos de guía marinos, que permitían dejar la costa y aprovechar la fuerza motriz de los vientos, como hicieron Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta cuando encontraron la ruta de vuelta a Acapulco desde Filipinas, el conocido tornaviaje, una ruta que derivaba los barcos hacia el norte, casi hasta Japón, para aprovechar las corrientes y atravesar el Pacífico de forma segura.

Los viajeros que aparecerán en las próximas páginas fueron militares y marinos, pero sobre todo científicos que llevaron a sus cortes el conocimiento de una experiencia a bordo tan enriquecedora como exclusiva. Es el momento, el siglo XVIII, en el que la ciencia se subió a los barcos para saber la forma exacta del mundo y de sus gentes. Con cada viajero iba un anhelo, la inquietud universal de conocer. El globo tenía fronteras, sí, pero insuficientes para las expediciones científicas. Y este tipo de viaje es, si cabe, más noble que cualquier otro perdido en estas páginas, porque traza su ruta por la necesidad de conocer el mundo. No hay causa más justa que esa.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa,
la forma exacta de la Tierra

Así que la Tierra no era una esfera perfecta, sino ligeramente achatada en los polos. La realidad contradecía a la armonía de la esfera. En siglo XVII, la forma del mundo se había puesto a debate en los salones filosóficos y en las teorías matemáticas. Newton escribía al albur del cálculo infinitesimal en el Londres que descubrió el parlamentarismo. Pensaba el científico que la Tierra tenía una forma aplastada por los polos, de norte a sur, lo que le daba al planeta el aspecto de una naranja. Descartes y Cassini, sin embargo, acuciados por el absolutismo borbónico, teorizaban sobre la forma de la esfera terrestre más como un melón, achatada a la altura del ecuador.

Unas décadas después, en 1735, la Academia de Ciencias de París pasó de los estudios solitarios a los viajes empíricos. Organizó Francia dos expediciones que pondrían punto y final al debate sobre el meridiano terrestre. Al norte viajarían Pierre Louis Maupertuis y Anders Celsius, hasta Laponia, para medir el meridiano a través de la observación de los cuerpos celestes, el Sol y la Luna.

El segundo viaje sería aún más decisivo y contaría con la participación de dos españoles. Dinero francés y material hispano fueron la fórmula de éxito en todo el siglo XVIII, hasta la Revolución francesa. Así lo requerían los Pactos de Familia. Jorge Juan y Antonio de Ulloa eran dos marinos con graduación militar cuando salieron del puerto de Cádiz en 1735. El primero tenía veintidós años y el segundo aún no había llegado a los veinte. Desde la Caleta de Cádiz se adentraron en el Atlántico, la misma ruta que Colón había recorrido a ciegas dos siglos y medio antes. Poco había cambiado el océano en todo ese tiempo, a pesar de que los barcos habían perfeccionado sus cascos y sus velas, así como los instrumentos de navegación.

El Conquistador y el Incendio atracaron en Cartagena de Indias. Allí esperaron al capitán de la expedición científica, Charles Marie de La Condamine. Juntos emprendieron el viaje a

Guayaquil y a Quito. Hasta 1744 duró su estancia en el Virreinato de Nueva Granada, donde tomaron las medidas necesarias para descifrar la longitud exacta del meridiano terrestre. Estaban calibrando la forma precisa de la Tierra, el aspecto definitivo por el que, desde la Biblia hasta el pezón de mujer que soñó Colón, los hombres habían fantaseado. Y el resultado le daba la razón a Newton. La Tierra era más una naranja que un melón. Se achataba en los polos, y no en el ecuador.

Durante el tiempo que duró la expedición científica, recorrieron el Perú observando las plantas y los animales que encontraron en su camino. Ulloa descubrió un metal más resistente que el oro. Se refiere al platino. Ambos científicos contemplaron el cielo nocturno, dejándose guiar por las luces de los astros, las verdaderas huellas de la sabiduría de los hombres. Serían las estrellas las que responderían a las verdades ocultas de la Tierra.

El viaje de vuelta lo realizaron los españoles por separado, para asegurar que el mensaje llegaba a Europa. En efecto, Ulloa fue detenido por un buque inglés y hecho prisionero en Londres. Pero Jorge Juan sí alcanzó París y declaró en Versalles la forma exacta de la Tierra. El viaje de La Condamine inauguró la época de las grandes expediciones científicas transoceánicas. Los barcos del conocimiento partieron de Europa y volvieron cargados de nuevos hallazgos que hicieron progresar a la ciencia. ¿Acaso iba a desaprovechar el hombre la ocasión de conocer el medio que lo rodea?

Jeanne Baret escondida
en el barco de Bougainville

Esta historia trata sobre una planta verdaderamente hermosa, de un color violáceo que al contacto con el sol se vuelve rosado. Me he criado observando crecer sus flores por las paredes de mi casa, refrescando un huerto árido y dando cierto aspecto tropical al verano murciano. A pesar de las diferencias estacionales y geográficas, la buganvilla es, junto al naranjo y el limonero, la flora de mi infancia. Pero junto a la flor, esta historia también es la de la mujer que dio la primera vuelta al mundo y de su colección de plantas, que protegía como los religiosos guardan la cruz.

Todos estos elementos se embarcaron en La Boudeuse, un buque que entre 1766 y 1769 dio la vuelta al mundo. No fueron los primeros en hacerlo, porque una docena de hombres ya había cumplido con la geografía circular. La virtud de llegar tarde permite disfrutar más del camino. Así lo pensó Louis Antoine de Bougainville, un militar retirado, burócrata fracasado, un hombre que tras haber perdido unas cuantas guerras, haber sido expulsado de la administración del Quebec francés y las Malvinas como colonia efímera, decidió emprender el viaje de su vida. Francia aún no contaba con nombres que hubiesen circunnavegado el globo, así que aquel aristócrata de nombre suave sería el primero en hacerlo.

La expedición de Bougainville enroló a botánicos, médicos, tratadistas, biólogos, geógrafos, astrónomos y gente con ganas de una segunda oportunidad en la vida. Con este espíritu desembarcaron en Brasil y examinaron la flora que encontraron a su paso. Fue Philibert Commerson el primero en fijarse en esa planta rosácea que decora hoy los balcones del sur de España. La llamó el botánico «Bougainvillea» en honor al capitán de la expedición, y tras hacer escala en otros puntos de América del Sur se lanzaron al abismo del Pacífico.

La expedición tocó tierra, tras atravesar el océano, en Tahití. Bougainville la bautizó como isla de Nueva Citera. Observó su vegetación desbordante, sus playas acariciadas por un agua de color esmeralda, sus habitantes desnudos, de un color de piel tostado, seres hermosos que no conocían la vergüenza ni el pudor al mirarse. Probablemente el capitán francés recordó aquel cuadro de Watteau llamado *Peregrinación a la isla de Citera*, en el que con el espíritu del neoclasicismo se pinta un paisaje un tanto cursi, pero de una belleza extrema. En él, peregrinos de toda Grecia se dirigen hacia el templo de Afrodita. Aquella isla que acababa de sumar por legitimidad ilustrada a Francia llevaría el nombre que le correspondía en este juego histórico de colonizar el presente mirando al mundo clásico. Allí se detuvo durante ocho días y completó los pasajes más interesantes de su *Descripción de un viaje alrededor del mundo*, donde detallaba el auténtico Edén bíblico.

En el paraíso descubrió Boungainville que el compañero del botánico Philibert Commerson no era en realidad un hombre, sino Jeanne Baret, una apasionada de las plantas y de los viajes que había logrado ocultar su sexo a través de medio mundo y dos océanos, ante la prohibición de embarcar mujeres en la expedición. Se sabe con toda seguridad que Bougainville miró hacia otro lado y no quiso enterarse del fondo de la historia. No sería hasta llegar a isla Mauricio cuando Jeanne Baret se dejó ver con Philibert Commerson, a esas alturas de la marejada ya eran pareja no solo en los aspectos botánicos de la vida. Allí desembarcaron, mientras que el capitán condujo La Boudeuse de vuelta a Francia. Donde le esperaría la Historia, puntual a su cita con la Revolución y el Terror.

Diez años estuvieron Philibert Commerson y Jeanne Baret en Mauricio. Poco se sabe de su vida en la isla. Los testimonios los borró el tiempo. Pero en 1776 irrumpe de nuevo Jeanne Baret, muerto su compañero de vida y plantas. Fue ese el momento en el que se convirtió en la primera mujer en circunnavegar el globo. Pasó el resto de su vida oliendo el aroma de las flores. Tal vez recordando los días dorados en Tahití, en el edén de un barco de exploración. El color violáceo de una flor que llevaba el nombre de Bougainville y que testimoniaba con soberana exactitud lo hermoso que era el mundo que había recorrido.

González Ahedo dibuja
los dioses de Isla de Pascua

A la caída del sol, los moái parecen surgir de la tierra, alzarse sobre la piedra que los forma y caminar por las laderas escarpadas de la Isla de Pascua. Un barco los avista desde la distancia. Sus tripulantes están sedientos. Parece un espejismo. Sospechan siempre del perfil en el aire porque no necesitan atravesar un desierto para ver lo que no es, para engañarse con alucinaciones. Llevan meses navegando y la última semana no han divisado la costa. Salieron de Texel, Holanda, con la idea de navegar al sur, allá donde el frío hiciese insoportable respirar. Era la Terra Australis Incognita, que solamente aparecía en las cartas de navegación como una intuición.

Jakob Roggeveen iba al mando de la expedición que partió en 1721. Había leído de niño, en su Middelburg natal, historias de una isla fantasma que se aparecía a los viajeros al acercarse al estrecho de Magallanes. Zelanda, una región comercial de los Países Bajos, conocía el mundo

por las voces de sus mercaderes, que recorrían el globo llevando especias y catalejos a cada rincón. Holanda alababa al dios del comercio, al dinero fundido en cobre y en porcelana china. Por eso, los niños crecían en los canales que daban al mar del Norte soñando que algún día comandarían sus propios navíos.

La isla de Davis no existía. Por eso Roggeveen no la encontró. Pero al oeste del estrecho de Magallanes, tras recalar en el archipiélago de Juan Fernández, divisó a lo lejos una isla que nunca había sido avistada por un europeo. Estaba atardeciendo. Pensó que aquellos tumultos eran colinas. Volcanes jóvenes que estaban a punto de entrar en erupción. Solamente al acercarse descubrió que se trataba de ídolos. Cientos de estatuas de más de tres metros de altura. Cabezas de piedra estilizadas, con los rasgos muy marcados, que apuntaban al cielo como sosteniendo una promesa. Algunas se mostraban semienterradas. ¿Quién las había puesto ahí? ¿Qué fuerza habría levantado esos proyectos de hombres, tan alargados como el humo, tan pesados como una religión?

Roggeveen se detiene unos pocos días. Describe la isla. Se asombra ante esos ídolos. Busca a los hombres al recorrer los acantilados, los suaves prados frotados por el viento, pero no encuentra nada salvo la melancolía de un mundo destruido y olvidado. Se monta en su barco y continúa su expedición hacia Batavia. Isla de Pascua permanecerá cincuenta años más al margen de las conquistas y los tratados internacionales, ausente de los mapas, consumiéndose en una decadencia lenta, una letanía en la que los moái, los ídolos de piedra alzados, se van cayendo y enterrando.

Felipe González Ahedo encontrará la isla casi por casualidad, buscando buques ingleses en 1770. Fue el momento en el que la Isla de Pascua se dibujó en las geografías del mundo. Los testimonios de la expedición española que visitó la isla confundieron los moái con árboles de grueso tronco. Pensaron que se trataba de una isla deshabitada. No debían perder tiempo, así que su misión consistiría en anotar las millas náuticas y continuar el rastreo hacia otra parte. Pero en el segundo día avistaron humo. Tras el humo se esconde el fuego. Donde arde el fuego está el hombre. Desembarcaron en la Isla de Pascua y descubrieron a los moái y a los hombres que los habían erigido. Vieron cómo algunos sacerdotes llevaban huesos humanos a los pies de las estatuas, como si esperasen la protección de la piedra. Entendieron que su utilidad estaba en el recuerdo, en el homenaje a los caídos, a los desaparecidos de la vida en la tierra, y comprendieron que uno de los mayores grados de civilización que puede alcanzar el ser humano es la manera en la que entierra a sus muertos. Los rapanuis, aquellos habitantes de aspecto polinesio que vivían en la Isla de Pascua, habían construido las tumbas más maravillosas que jamás hubiesen visto. Nada tenían que envidiar a las pirámides de Egipto porque los rapanuis no contaban con la ingeniería ni con el material humano de los egipcios. González Ahedo quedó maravillado y conmovido. Cartografiaron la isla. Describieron cada rincón de su geografía e intentaron hablar con sus gentes. Entendieron que aquel era un pueblo que ya había cumplido su función en la historia.

James Cook persigue
el planeta del amor

James Cook salió a navegar por el mundo en busca de Venus. No hay forma más poética de viajar que la de perseguir a través de los mares el planeta del amor. Para hacerlo, tuvo que surcar el sur del ecuador. Aquellos eran los paralelos en los que el cuerpo celeste se mostraba más brillante, como un punto fijo en el cielo que se iba evaporando al caer la noche. La oscuridad hacía desaparecer a Venus y solamente en la transición de la luz, en el atardecer y en el amanecer, aparecía con fuerza en el cielo. Es la hora de los amantes, escribió Shakespeare, cuyos libros imagino leyendo a Cook, en su camarote, mientras la alta mar atraía los vientos helados del sur o la calma chicha del ecuador. Europa estalló en guerra en 1768 mientras Cook huía del ruido de sables en su intento de cartografiar el mundo. Los franceses luchaban contra los ingleses por mar y por tierra. Las colonias americanas se agitaban en tumultos. Los buques cargados de cañones surcaban los océanos, oliendo a pólvora para ocultar el oro que todavía quedaba de la barriga de América. Pero el decorado no inquietó al viajero que emprendió su vuelta al globo de tres años de duración, siguiendo la ruta clásica de los ancestros viajeros: el camino de Elcano.

El primer viaje de Cook tuvo una misión secreta. Al menos para la Armada británica, que añoraba encontrar más tierras que conquistar, en una América que no cesaba de producir nuevos territorios. Aquel continente escindido de la civilización lo llamaron ya los sabios latinos Terra Australis Incognita, el territorio que debía existir al sur del sur, en la parte más baja de la esfera. Cook, como tantos otros, inspeccionó los mares helados en busca de una tierra en la que atracar su HMB Endeavour. Y se le helaron las manos de tanto leer a Shakespeare, mirando en el cielo el desfile de Venus y anhelando las tierras del sur que no aparecían.

No es baladí querer saber, en pleno siglo XVIII, la distancia que separaba el Sol de Venus. No es una excentricidad científica. Calculándola, un matemático y un astrónomo podían hallar sin género de dudas la verdadera distancia entre el Sol y la Tierra. Y aquello suponía la prueba irrefutable de que el hombre no solamente estaba preparado para conocer su planeta, sino que se permitía el descaro de estudiar lo que se movía fuera de él.

Pero no contó con que cada ser humano es un mundo, más complejo tal vez que los astros. Al geógrafo inglés le pasó como a Magallanes. Confió en aquellos habitantes que él creía mansos. Bajó la guardia, tras toda una vida tratando con extranjeros, olvidando que el extraño era él, y en una playa paradisíaca halló la muerte en forma de puñal clavado en el pecho. Fue en Hawái, aunque meses antes había emprendido la vuelta al mundo por la ruta portuguesa. Salió de Plymouth hacia el Atlántico sur y, superado el cabo de Buena Esperanza, cruzó el Índico, navegando el Pacífico como quien evoca la libertad. La misión debía devolver a Omai a su hogar. Omai era un indígena capturado en el primer viaje de Cook en una isla cercana a Tahití. Pero me permitirán que dude de la humanidad de la corona británica a estas alturas del partido histórico. Una nación, por muy bondadosa que fuese, no organiza una expedición al mando de su mejor hombre para devolver a un indígena a su tierra, sobre todo si se encuentra en el otro lado del globo. Los motivos eran más políticos, aunque igualmente apasionantes. Pretendía Inglaterra encontrar el paso del norte, ese que conectaba el Atlántico y el Pacífico por América, a través del estrecho de Bering.

El viaje resultó un fracaso porque a esas latitudes las aguas son intransitables, así que Cook hubo de explorar al mando del Resolution por la costa americana, en lo que hoy es Canadá y Estados Unidos, aunque en aquellos días de 1780 no eran más que tierras hermosas, salvajes y deshabitadas. Fue en Hawái donde halló la muerte el viajero intrépido. Lo hizo sin heroicidad, en

una refriega que se podía haber evitado, como la de tantos viajeros, en un exceso de confianza, tal vez cansado de viajar por el mundo, de navegar los mares. James Cook no perdió nunca su perspectiva científica. Quiso descubrir el sur, desentrañar los caminos del norte. Aspiró a conocer las estrellas y su planeta más seductor. Todo lo hizo en alta mar. Y la muerte lo esperó, precisamente, en el paraíso vegetal, entre volcanes activos, en una isla aún no dibujada por ningún mapa.

Celestino Mutis llena España de flores

Para un rey no resultaba fácil viajar. El siglo XVIII quedaba lejos de aquellos tiempos en que los monarcas recorrían a caballo grandes distancias para ir a la batalla, o embarcaban en naves de velas blancas y atravesaban el Mediterráneo. Los reyes no conocían los territorios que dominaban. Felipe II jamás visitó las islas lejanas que llevaban su nombre, ni se pudo hacer a la idea de la altura de los Andes, encerrado en El Escorial, donde, tal vez, se figuraba el Guadarrama como un acceso soñado a Cuzco. Y sin embargo, su voluntad prevaleció sobre la geografía.

Carlos III fue un rey ilustrado e inteligente. Es necesaria la aclaración. Aspiró al saber supremo, a describir todos los ámbitos científicos que forman el mundo. Para ello se valió de personajes que no dudaron en recorrer las rutas del saber. España dominaba un vasto territorio que superaba con creces al de sus vecinos y rivales. Los botánicos franceses debían embarcar en expediciones lejanas y arriesgadas para estudiar el comportamiento de las plantas. Pero España tenía, al otro lado del charco, un territorio infinito tan variado como rico. América, durante el siglo XVIII, fue un banco de experimentación y observación que atrajo la atención de muchos científicos de todos los ámbitos. El rey ilustrado no viajaría nunca a Cartagena de Indias, no visitaría jamás las alturas de los volcanes mexicanos, pero sí podría disfrutar cada mañana del Jardín Botánico, a un lado del antiguo palacio del Buen Retiro. Olería el aroma de la quina, una planta extraída en el amazónico Perú, o la salvia, traída desde el mundo novohispano, con la que los indios amenizaban las tardes en las que el dolor de cabeza se imponía al disfrute de la vida.

España hizo de la ruta con América una biblioteca de agua. Los barcos salían de Cádiz cargados de instrumentos de navegación, medidores del cielo para atrapar el movimiento de los cuerpos celestes, cápsulas de conservación en las que las raíces pudieran sobrevivir la travesía de vuelta y jaulas aclimatadas para las aves, que tomarían el sol en alta mar.

La Escuela Universalista Española supuso una punta de lanza en la ciencia del mundo durante todo el siglo XVIII. De allí salió Celestino Mutis, encargado de organizar la Real Expedición Botánica de Nueva Granada en 1783. Mutis, que muchos recordarán por su perfil rosado, observando la raíz de una planta con unas lentes de aumento, en los billetes de dos mil pesetas, viajó por Nueva Granada, el virreinato formado por las actuales Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá. Exploró la flora de los diferentes sistemas montañosos, en las cordilleras andinas, se adentró en la selva, costeó los océanos, caminó la sabana venezolana y consiguió tras años de estudio reunir una de las mayores colecciones de flora en todo el siglo XVIII. Sus aportaciones al mundo de la botánica sobrepasan su siglo y aún siguen entre nosotros gracias al traslado de plantas que hoy día podemos disfrutar en los principales jardines de nuestras ciudades. También

elaboró una enciclopedia botánica con descripciones y dibujos minuciosos sobre el comportamiento y la conservación de las plantas.

Pero Celestino Mutis no fue una isla en mitad del mar. A Martín de Sessé le encomendaron la Real Expedición Botánica de Nueva España, el estudio, análisis y recolección de la flora por todo México. Botánicos como Vicente Cervantes, Jaime Senseve o el mexicano José Mariano Mociño recorrieron los caminos de México, de norte a sur, en busca de flores y especias que poder catalogar, pasando posteriormente al Caribe, con expediciones en Cuba y Puerto Rico.

Desde muchos frentes del conocimiento, España quiso abarcar la sabiduría de las tierras que dominaba. Lo hizo a través de científicos viajeros. Es una historia común, a ambos lados del Atlántico, un relato que ha dejado un legado imborrable en las universidades de habla hispana. Un pasado al que no se puede renunciar y que vuelve a nosotros en los paseos matutinos en el Jardín Botánico de Madrid o Oaxaca, en el aroma de las especias y el canto de ciertos pájaros que, sin saber su nombre, llevan la memoria de los Mutis de antaño. Y vuelan sobre nuestras ciudades, aunque no lo sepamos.

Humboldt frente a la Coatlicue

En el Zócalo de Ciudad de México paseó Humboldt, cansado de las lluvias de verano. La catedral frente a él marcaba a ritmo de campanas las primeras gotas caídas en la plaza. Había escuchado que años atrás unos obreros habían encontrado un monstruo difícil de catalogar. Lo habían sepultado de nuevo, temerosos de las maldiciones antiguas. El geógrafo pidió que le mostrasen aquella divinidad de piedra que tanto amenazaba los nuevos tiempos. La dibujó con un carboncillo. Se trataba de la diosa Coatlicue, creadora de la vida y de la muerte, madre de la fertilidad. La piedra emerge con una doble cabeza de serpiente que saca sendas lenguas viperinas. Viste con una falda de calaveras y un collar con corazones humanos. La vida y la muerte en un mismo gesto. El pasado, como una fuerza oscura, emponzoñando la ciencia presente. Los obreros se taparon los ojos mientras Humboldt perfilaba la forma de un diente. La opacidad de las cuencas sin ojos. Cuando terminó el boceto, la tierra volvió a caer sobre la diosa.

Aquello era el testimonio de un mundo en el que el hombre había convivido con la naturaleza. En su Pomerania natal no había montañas altas, sino pastos que iban, poco a poco, desapareciendo en pos del progreso. Así llamaban los empresarios a las fábricas que se comían las tierras, a las chimeneas que exhalaban un humo negro y pestilente y cubrían de carbón los tejados de las iglesias. Luego estaban las vías del tren, que atravesaban las colinas y espantaban a los pájaros. El mundo natural había desaparecido en Europa, algo que ni las guerras continuas habían logrado.

Por eso viajó a América. El continente albergaba aún ese dominio natural no mancillado por el hombre. La revolución industrial no había hecho su aparición, los animales convivían con sincera libertad en un medio creado solamente para ellos. Las plantas adquirían una tonalidad que solamente la libertad genera en sus flores. Humboldt supo que para ser el mayor experto en geografía del mundo tenía que saltar de las bibliotecas a América. Y lo hizo en un viaje que aún mantiene sus ecos entre la exploración y la rigurosidad científica. No en balde, sus descubrimientos sirven hoy en día para conocer mejor la realidad del mundo. Por eso, en su

honor, la corriente que hace que el Pacífico varíe su temperatura adquiere su apellido, como también lo recuerdan decenas de accidentes geográficos, entre los que destacan bahías, costas, golfos, selvas, bosques, animales y plantas. Hasta en la Luna hay un cráter que lleva su nombre, así como meteoritos que cruzan el cielo nocturno cada cien años.

El viaje de exploración de Humboldt tendría como objetivo un lugar conocido. Sería la América española, la zona de Nueva Granada, México y el territorio de los recién independizados Estados Unidos del Norte. Corría el año 1799. Junto al médico Bonpland exploraron el río Orinoco, el río Negro hasta las profundidades de la costa. De allí viajaron al Caribe, a Cuba, la perla hispánica, un pequeño continente concentrado en una isla. Y tras La Habana, Cartagena de Indias. En Colombia llevó a cabo estudios sobre la flora y la fauna en las alturas, encontrándose con el Chimborazo, el punto de la tierra más cercano al Sol. Durante su viaje, utilizó el carboncillo para dibujar, el bisturí para diseccionar, la lupa para aumentar sus observaciones y la paciencia para aguantar las horas de sol, las tormentas de agua tibia en los días del trópico. Tras rebasar la línea del ecuador, viajó a Perú y de ahí desembocó en el Pacífico, para retornar por la costa hasta México.

En muchas ciudades mexicanas aún se recuerda a Humboldt. En Cuernavaca, sus habitantes afirman con orgullo residir en «la ciudad de la eterna primavera», el apelativo más hermoso con el que se puede describir una urbe, extraído de sus diarios. Siglos después de su viaje, pasear por Ciudad de México es recordar al barón prusiano. En el interior del bosque de Chapultepec hay un espacio que nos devuelve a Humboldt. La Coatlicue, la diosa enterrada, renació tras otra excavación y preside hoy la sala principal del Museo Nacional de Antropología de México. Los pasos del visitante, sin ni siquiera saberlo, también se dirigen hacia el geógrafo, el único hombre que no tuvo miedo a mirar la piedra a los ojos.

Bustamante y Malaspina
hacen posible la geografía

Este viaje partió de la cabeza de un rey que ya estaba muerto en el momento en el que la cabeza de otro rey se asomaba a la cuchilla de M. Guillotin. Pongamos nombre a los asuntos terrenales de este viaje: Carlos III no soportaba no conocer los territorios que dominaba. No podía viajar porque ausentarse de Madrid durante años hubiese supuesto el derrumbe de la monarquía. El rey proyectó un viaje para que geógrafos, botánicos, astrónomos, biólogos y científicos de toda índole exploraran todo el orbe hispano. Pero la muerte no quiso retrasarse y metió a Carlos III en la tumba cuando el viaje aún no se había producido. Su hijo, Carlos IV, menos inquieto que el padre, se dejó llevar y pagó la expedición como forma de honrarlo. En el mismo verano en el que Malaspina y Bustamante se embarcaron desde Cádiz en la Atrevida y la Descubierta, el pueblo cercaba Versalles y tomaba la Bastilla. El mundo en llamas y la ciencia abriéndose paso.

Una de las particularidades de esta expedición es su afán de captar la realidad. Dos hombres escogidos entre la tripulación se encargaron de retratar todo lo que veían sus ojos: ciudades, bahías, plantas, animales, monumentos y cielos rasgados por la tormenta. Se llamaban José del Pozo y José Guío. En los fondos de la Biblioteca Nacional se pueden contemplar reproducciones de sus bocetos, hombres de toda raza y tono de piel mirando hacia el observador con descaro,

con la seriedad propia de estar pasando a la memoria de todas las generaciones futuras. Allí están las montañas nevadas, los patagones recibiendo a los viajeros aunque siglos antes se escondieron de Magallanes y pájaros de picos tan afilados como sables otomanos. Aquellos dibujos serían los ojos de Carlos III, el testimonio de un imperio, el español, tan diverso como extenso, que albergaba el mundo en su plenitud.

Los barcos salieron de Cádiz y se dirigieron hacia el Atlántico sur, bordeando Uruguay y Argentina. Pasaron por el estrecho de Magallanes y subieron al norte por la costa: Chile y sus islas que se asoman con descaro al interior del Pacífico, el Perú de las playas kilométricas y un recorrido que los españoles conocían bien, las venas del comercio, hasta un territorio sin acento romance. Malaspina y Bustamante llegaron hasta Alaska en su intento de cartografiar todo el mundo a su disposición. Fue en la ensenada del Príncipe Guillermo, en la bahía de Yakutat, donde el vaho es hielo en los pulmones, el punto más al norte de su viaje. Tras él, descendieron al sur. A la altura de Acapulco, el centro neurálgico del Imperio, donde el galeón de Manila atracaba, cruzaron el Pacífico. Quisieron llegar a Filipinas, la parte más extrema del Imperio español, y desembarcaron previamente en las islas Marshall, en las Marianas y en Guam. Tras Manila, hicieron escala en Cantón, poniendo los pies en el continente asiático, aunque el reclamo de la China inconmensurable excedía su encargo.

Fernando Brambila tal vez inmortalizó el momento cumbre del viaje. Lo hizo en Australia, hacia donde se dirigió la expedición tras abandonar Cantón. Las dos naves fondearon en la bahía de Dusky, en Nueva Zelanda, y atracaron en Sídney. En sus alrededores, en Mulgrave, presenciaron un rito totémico. Allí había un ídolo construido en madera, con cierta semejanza con los moái, aunque de aspecto endemoniado: los dientes salidos y salivados, los ojos rasgados casi en vertical, las orejas de animal nocturno y, en las manos, una especie de cofre. Europa no había tenido demasiados contactos con los pueblos aborígenes australianos, y Malaspina y Bustamante estaban recopilando la experiencia suficiente para determinar que aquel continente del sur de Asia escondía, a inicios del siglo XIX, un mundo por descubrir.

Pasado Toga, la expedición volvió sobre las aguas del Pacífico y tomaron la vía atlántica por el estrecho de Magallanes para volver a casa. Habían transcurrido cinco años desde el inicio de su aventura científica y la cabeza de Luis XVI ya había rodado por la plaza de la Concordia. A Malaspina le esperaba la cárcel. El delito fue apuntar sus pensamientos en un diario. Diez años a la sombra en un castillo coruñés, verificando la afirmación de que en España los hombres ilustres están muy por encima de sus gobernantes. No hubo expedición en el mundo que igualara la ambición de aquellos hombres encadenados al amor por la ciencia y el progreso. El siglo XIX lo empezó España queriendo cartografiar todos sus dominios y lo acabaría perdiendo hasta la última colonia.

Balmis-Zendal, el viaje de la esperanza

Los hijos de los reyes también morían de forma prematura. Ahí tenemos a Carlos IV y a María Luisa de Parma, llorando desconsolados porque su hija, la infanta María Teresa, apenas una niña, acaba de fallecer a causa de la viruela. Primero fue la calentura, la frente ardiendo. Después llegaron las manchas en la piel, pequeños granos enrojecidos que se hacían pústulas y se abrían

hasta deformar la carne. A los pocos días murió la niña destinada a casarse con un príncipe extranjero.

Carlos IV no podía devolver la vida a su hija, pero sí evitar que los hijos de sus súbditos murieran de la misma enfermedad. Un gesto de bondad infinita no tan propio de los monarcas. Tal vez el momento cumbre de un reinado ensombrecido por la historia, por hombres mucho más ambiciosos e inteligentes que el pobre Carlos IV, siempre al lado de Godoys y Napoleones. Pero él decidió costear un viaje revolucionario al mando de Francisco Javier Balmis, médico que frecuentaba los círculos reales. El objetivo era salvar vidas, no solamente de los niños de la península, sino de los territorios de ultramar. España llevaría la salvación a todas las provincias de su imperio a pesar de que ya estaba herido de muerte, y de faltarle poco menos de siete años para que se iniciaran los procesos de independencia y para que Bolívar enarbolara la bandera de la libertad, manchada de oportunismo y exceso, como ocurre siempre en la historia.

Pretendía Balmis establecer lugares fijos de vacunación por toda América, en Filipinas y en los demás territorios donde la viruela causaba el deceso de la población infantil. Pero la expedición se enfrentaba a un problema logístico. ¿Cómo transportar las dosis de la vacuna a través de un océano que se vuelve tropical, con altas temperaturas y el riesgo definitivo de echar a perder el procedimiento científico a las pocas semanas de salir de La Coruña? Aquí aparece Isabel Zendal, una enfermera gallega. Sería ella la que seleccionaría a los 22 niños del orfanato que regentaba. El método podría resultar temible. Durante las semanas que durase el viaje, se iría vacunando a los niños poco a poco, para que conservasen la cepa salvadora en su organismo. Al llegar a San Juan de Puerto Rico, los niños inoculados serían repartidos por todo el territorio, junto a la constelación de médicos y enfermeros. A aquellos muchachos huérfanos se les daba la oportunidad de salvar las vidas de millones de personas.

María Pita se llamó la corbeta que atravesó el Atlántico, en un viaje salvador que daba esperanza a toda la humanidad. Desde los tiempos más remotos, las epidemias habían asolado al ser humano, imponiéndole una debilidad inaguantable. El hombre que ha sido capaz de descubrir el mundo, de dominar los elementos, de llegar a la Luna, muere por un viento invisible, cargado de malignidad. La peste antonina hizo tambalearse el Imperio romano, la peste negra arrasó un tercio de la población europea, las enfermedades contagiosas vaciaron América de nativos con la llegada de los españoles e incluso usted, que sujeta este libro, sabe de sobra lo que son los efectos de una pandemia.

La María Pita llegó a Venezuela, donde la expedición se dividió. El doctor Salvany remontó el río Magdalena hacia Colombia, en el moribundo Virreinato de Nueva Granada. De allí, siguió hacia Ecuador, Perú y Bolivia, hasta arribar a la costa chilena. El radio geográfico de Balmis fue el Caribe, donde vacunó a niños en Cuba, la península de Yucatán, Guatemala y México, incluyendo el actual estado de Texas.

La expedición cruzó el Pacífico de la mano de Balmis y llegó a Filipinas, a las ciudades de Zamboanga, Mindanao y Cebú. También, aunque no era jurisdicción española (y esto habla de la bondad del doctor y sus acompañantes), hicieron una campaña de vacunación en Macao y Cantón, la ciudad china. Fue en ese momento cuando Balmis y Zendal separaron sus caminos. El médico siguió por el Índico, superando el cabo de Buena Esperanza y vacunando a la población de Santa Helena, esa isla perdida en el Atlántico que serviría, una década después, de prisión definitiva para Napoleón. Zendal volvió a Acapulco, donde continuó su labor humanitaria.

Es imposible calcular con exactitud el número de personas que sobrevivieron gracias a aquella expedición filantrópica. Balmis y Zendal son el símbolo de uno de los viajes más hermosos que se han dado a lo largo de la geografía. Ninguna causa lo supera en nobleza. No hay viaje que reúna ese afán por vencer a la muerte, más aún si se trata de niños. Esa misión la organizó un país que asistía a sus últimos días como potencia mundial. Le esperaría una invasión, una guerra atroz, luchas sucesorias y la independencia de cada uno de sus territorios, desgajados como frutas de un árbol ya viejo. Sin embargo, en su momento más oscuro, un rey sin arte para gobernar decidió lanzar la expedición que salvaría a millones de niños. Es una hermosa manera de perder el sitio en la historia.

Darwin lee la Biblia en las Galápagos

No hay nada del viaje de Charles Darwin que no se hubiera hecho antes. Nada, salvo los ojos con los que se observó el mundo. La ruta era conocida entre los marineros más expertos. La circunnavegación del globo partiendo de Inglaterra hacia el sur por el Atlántico, dejar América por el estrecho de Magallanes, escalar por la costa chilena y peruana, detenerse algunas semanas en unas islas plagadas de galápagos dormidos al sol y poner rumbo hacia el Pacífico a la altura del ecuador, donde el calor es más intenso y el agua sabe peor. Después, islas y más islas, Australia, el continente formado por un desierto, el Índico con las ganas de volver a casa, el cabo de Buena Esperanza, una parada en Brasil, porque la geografía ya no era tan distante como hacía siglos, y vuelta a Inglaterra. Un viaje nada original, ya leído en estas páginas muchas veces. Entonces, ¿por qué hablamos de este pastor anglicano y de su afición a dibujar animales raros?

El viaje del Beagle surgió de una conversación de la Sociedad Pliniana de Historia Natural, el lugar de la ciencia en la Escocia previctoriana. Allí decidió Darwin que daría la vuelta al mundo, que pasaría los siguientes años tomando notas, observando la naturaleza en su estado primigenio, como si pudiera viajar al pasado. El Beagle ya había navegado por las aguas heladas de América a los mandos de Phillip Parker King. Transitar el estrecho de Magallanes y cruzar Puerto del Hambre no sería una prueba de vida, sino un ejercicio repetido de supervivencia técnica. Los barcos, en 1831, cuando se inicia la expedición, ya no eran cascarones de nuez a la deriva, sino laboratorios revestidos de ingeniería naval. Darwin fue anotando en cada estación de su misión científica los hallazgos encontrados: en Río de Janeiro, en Santa Cruz, en las Malvinas, en Valparaíso, en Lima. Pero, sin duda, sería en las islas Galápagos donde halló la clave de su viaje. El secreto de su investigación se encontraba en los caparazones de las tortugas. Logró establecer una dinastía reptil, comparando en las múltiples islas las variaciones genéticas, la longitud de sus miembros y los modos de adaptación. Fue ahí, en las costas desoladas y llenas de lagartos, donde tomó forma su teoría de la evolución de las especies, la ecuación que dictaba que los hombres y los monos provenimos de un antepasado común, como si de repente, la ciencia del siglo XIX le diera la razón a Marco Polo: existieron seres en su viaje hacia China tan horrendos que la idea de que el hombre procediera de uno de ellos encendía las iglesias de todo el mundo.

Cinco años de viaje para descubrir que todas las criaturas del planeta no habían salido del paraíso terrenal. Cinco años para destronar a la Biblia como libro de consulta genealógica, dejando muchos de sus versículos a la altura de la metáfora, el símbolo o la exageración. Y fue

un sacerdote anglicano quien lo hizo, observando la mano de un lagarto, plateada por la sal del mar, con el sol tan declinante que confundía sus escamas con el metal del guante de un caballero medieval. El viaje de Darwin es de otra dimensión. Parte de lo natural y arrasa con lo espiritual. Pretende buscar el origen de los organismos vivos y encuentra el final de una teología que interpretaba al pie de la letra el Libro. Y todo delante de las narices de los hombres. En las criaturas de Dios, acostadas al sol en una isla que ni los españoles se habían molestado en ocupar. En los caparazones de las tortugas, rugosos como cordilleras de un mapa recién dibujado.

Capítulo decimocuarto

Los polos, de las tierras heladas

Terra Australis Incognita,
la geografía como simetría

En el blanco hay dos mundos, ambos desconocidos. Me refiero al norte y al sur en su máxima expresión. Los dos marcan el límite geográfico del mundo, sin metáforas ni paradojas. En el punto cero, donde nacen todos los meridianos, el mundo comienza de nuevo. El planeta se hace pequeño. Los veinticuatro husos horarios se estrechan hasta tocarse, hasta convertirse en una hora sin tiempo. Se pasa del océano Atlántico al Pacífico en apenas unas millas, de Europa o Asia hasta América con una mirada.

Aunque reine en ambos la monotonía, hay diferencias notables, y esto ha marcado el devenir de los viajes. En el Polo Norte no hay tierras emergidas. El viajero que se aventura hacia el interior del Polo lo hace a través de un océano congelado. Camina sobre el hielo, sobre una masa ingente de agua paralizada por las bajas temperaturas. En cambio, la Antártida es un continente terrestre. Cubierto casi en su totalidad por nieve, la geografía ha querido señalar cordilleras en su perfil, la Antártica oriental y la occidental, con montañas que escalan por encima de los cuatro mil metros, como el macizo Vinson (de 4892 metros) o el monte Tyree, ambos en la cordillera de Sentinel. El monte Erebus es un volcán activo, situado en la isla de Ross, dentro del círculo polar antártico, lo que dota a esa extensión de tierra de una flora y fauna particular.

También se cuelan los griegos en esta historia helada. La fama de Grecia se debe también a sus ingeniosas maneras de afrontar problemas físicos a los que parecía imposible dar respuesta. La geografía fue uno de sus puntos más originales. Aristóteles se apoyó en la geometría para intuir que en el sur debía existir un territorio, aunque ningún explorador antiguo lo hubiese reconocido. Se llamó a aquella masa desconocida Terra Australis Incognita y su prevalencia en el mundo se sostenía gracias a las leyes de la simetría. Los griegos sabían que la Tierra era una esfera. Incluso habían calculado sin demasiado error su longitud. Conocían algunas tierras emergidas del hemisferio norte. El sur, en cambio, era más difícil de describir. Más allá de África, todo era confusión. El desierto del Sahara suponía una barrera lo suficientemente sugestiva para no aventurarse, y la navegación aún no había evolucionado tanto como para superar el cabo Espartel. Así que aquella Terra Australis, el continente desconocido del sur, se quedaría en el imaginario colectivo hasta mediados del siglo XIX.

Y resultó que los griegos tenían razón. En el contenido, pero también en el continente. El geógrafo Eratóstenes puso su grano de arena en el descubrimiento en diferido de la Antártida. El sabio griego había nacido en Alejandría, ciudad de la que había llegado a ser el bibliotecario. Cuidar libros en Alejandría en el siglo I a. C. daba la oportunidad de leer muchos papiros. En uno de ellos encontró una historia que sabía a leyenda. En el sur, en la ciudad egipcia de Siena, todos los 21 de junio, cuando el sol estaba en su punto álgido, un pozo se iluminaba por primera y única vez en todo el año. Las columnas dejaban de proyectar sombras. Eratóstenes, que era muy

curioso, hizo la misma prueba en Alejandría, con resultado diverso. Descubrió que dos obeliscos producían sombras diferentes en el mismo momento del mismo día, en Siena y Alejandría, lo que demostraba que la Tierra no era plana, sino esférica. De esta forma, también calculó las dimensiones del planeta, un cálculo que hoy en día asombra por su exactitud.

Lo explica de forma muy didáctica Carl Sagan en su capítulo dedicado a la ciencia y la sabiduría en el Mundo Antiguo. Eratóstenes tomó la intuición de Aristóteles y la llenó de números y medidas. Pensaba que, para contrarrestar el número de tierras emergidas en el hemisferio norte, en el sur debía haber un continente. No tenía nombre porque ningún ojo de la Antigüedad lo había visto (ni lo vería). Pero ya había sido bautizado desde hacía siglos. Era la Terra Australis Incognita, y apareció en los mapas muchos siglos antes de que un ser humano la avistara.

Ptolomeo y los mapas antiguos

Observo el mapamundi de Ptolomeo. Es una reproducción medieval que ha resistido a los incendios de todas las épocas. Me dirijo hacia su extremo sur, donde contemplo una tierra indefinida. Justo debajo de la India aparece un océano, el Indicus Pelagus, y tras él, una extensión fina pero alargada. Es la Terra Australis Incognita, el continente intuido por los griegos.

Desenrollo más mapas encima de la mesa. El primero es el de Johannes Schöner, un geógrafo alemán que diseñó un globo terráqueo en 1515. En la parte sur de su figura, colocó un continente que solamente pudo intuir, descubierta ya América, al que llamó Brasilie Regio. Distinto nombre, pero misma realidad. O misma ficción, para ser preciosos. Porque el continente descubierto por Colón y explorado por los españoles y portugueses no coincidía con aquella Terra Australis Incognita. Había que seguir buscando.

El siguiente mapa es el de Oroncio Fineo, de 1536, que imita la forma de un corazón. En la punta más estrecha aparece el continente desconocido, pintado de un color amarillento, diferente al resto. Abraham Ortelius fue otro destacado cartógrafo. Decidió colorear su mapa para dar una impresión más estética de las tierras y océanos que componen el mundo. Lo realizó en 1570 y, como era de esperar, en el sur se extiende una gran porción de tierra, casi más grande que el conjunto del resto de las tierras emergidas. Su nombre ya resulta familiar: *Terra Australis non dum Cognita*. Tras el de Ortelius, vinieron otros mapas que representan la misma realidad, con formas más estilizadas, basadas en la intuición o la imaginación y no tanto en las evidencias. El de Monti es confuso. Hacia el sur se amontonan las tierras: Indonesia, Nueva Guinea y el mar helado como una misma realidad. En el de Mercator, la Terra Australis llega casi hasta el ecuador. En el de Kepler, de aspecto más académico, las dimensiones se ajustan mucho a lo que hoy en día es la Antártida.

Incluso los geógrafos más expertos, aquellos que estaban cartografiando América, Asia y la costa de África, encontraron dificultades a la hora de rellenar el hueco que suponía el sur. A los mapas, a las puras invenciones, los siguió el camino de las exploraciones. El hombre aún no contaba con los medios tecnológicos para sobrevivir al frío, a una región más al sur aún de lo que Magallanes había conseguido acotar como el paso entre los dos océanos. Del papel al mar

helado, el viaje que le dio forma al sur costó siglos.

Primeras navegaciones por la Antártida

Siglos antes de que Roald Amundsen pisara el punto más al sur de la tierra, los barcos se amontonaban a la deriva frente a las costas heladas de un continente misterioso. La prehistoria de la Antártida hay que buscarla en la expedición de García Jofre de Loaísa. Ocurrió en 1525 y fue la primera que intentó llegar a ese sur desconocido, aunque no lo supiesen. Su intención, como la propia del tiempo, consistía en arribar a las Molucas. Era un viaje conformado por los principales viajeros que existían en el mundo, todos ellos expertos en la navegación oceánica. Juan Sebastián Elcano hacía apenas tres años que había vuelto de la primera circunnavegación al mundo. También se embarcó Andrés de Urdaneta, quien décadas después rompería el maleficio de los barcos españoles que encallaban en su intento de volver a México desde Filipinas, en el famoso tornaviaje. Rodrigo de Triana, el marinero que gritó «tierra» en la carabela de Colón, también se había enrolado en la expedición que bien se puede comparar con la de los argonautas griegos en busca del vellocino de oro.

Uno de ellos fue Francisco de Hoces, un desconocido en los viajes americanos hasta el momento preciso en que su barco se desvió a causa de una tormenta. La expedición de Loaísa con sus seis barcos transitaba las aguas del estrecho de Magallanes. El barco de Hoces, el San Lesmes, se desvió por las olas y el fuerte viento. Alejada del estrecho de Magallanes, la carabela transitó por aguas abiertas, sin el amparo de las islas que fragmentan la geografía americana en su punto más sureño. A un lado había un mar de olas lentas, de un color azul intenso que solamente podía significar el frío hasta la congelación. Francisco de Hoces pudo volver con el resto de sus compañeros, pero durante unos días navegó ese segmento oceánico que separa América de la Antártida. Nadie hasta la fecha había descendido tan al sur. Nadie había sentido tan de cerca el territorio helado. Solo en los países de tradición hispana se le llama a ese paso abierto «mar de Hoces» en honor a su descubridor. La geografía internacional prefiere el nombre de mar de Drake, el sir pirata que cincuenta años después transitó esas aguas, ladrón oficial de tesoros y también de hallazgos geográficos.

La historia de los viajes posteriores hacia la Terra Australis Incognita deriva hacia tímidos intentos de navegar por debajo del estrecho de Magallanes. Otro español, Gabriel de Castilla, fue el primero, ya entrado el siglo XVII (1603), en navegar por debajo del paralelo 64, dentro del círculo polar antártico, una latitud que supera los intentos de James Cook, en el siglo XVIII, por descubrir la tierra de hielo. Cuarenta años después, Abel Tasman, un navegante holandés de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, creyó encontrar por fin el continente del sur que los griegos habían intuido. Entre 1642 y 1644 costeó la tierra de Nueva Zelanda y la isla de Tasmania, que lleva su nombre. Y de ahí a Australia. El nuevo continente se cruzó en el camino de los mapas, en las noches en vela de los cartógrafos, como una tierra aparecida de la nada. La solución debía buscarse más al sur. Mucho más al sur, donde la nieve borra los pasos.

La espera del continente

Anthony de la Roché llegó exhausto a una isla que no aparecía en los mapas. Nada nuevo bajo el sol. Durante toda la Edad Moderna la historia de la navegación se resumía en intrépidos marineros que arribaban a tierras desconocidas. Una vez allí, tocaba sobrevivir, reparar el barco, rezar unos cuantos padrenuestros y bautizar la isla en cuestión, ya fuese con el nombre del santo del día o en recuerdo del viajero. De la Roché tenía apellido francés, pero había nacido en Inglaterra.

Es un misterio el lugar al que llegó tras perderse en el Atlántico sur. Su barco hacía la ruta de vuelta a Inglaterra tras detenerse en El Callao, cuando a la altura del cabo de Hornos, ya dispuesto a virar al norte por las conocidas aguas oceánicas, se desató una tormenta que lo lanzó varios días a la deriva hacia el este. De la Roché desembarcó en una isla que describe con exactitud. Habla de una ensenada, una especie de estrecho que calma las aguas y protege los barcos. También de una isla pequeña pero escarpada, cubierta de nieve. Allí se dirigió el marinero inglés, refugiándose en su soledad durante catorce días, hasta que el tiempo mejoró y las olas del mar dejaron de ser ídolos verticales. La isla estaba deshabitada, poblada solamente por algunos animales que De la Roché no había visto nunca y que hasta Darwin no se volverían a contemplar.

De regreso al hogar, el mercader contó su historia. Había hecho lo más difícil: sobrevivir a un naufragio que auguraba una muerte segura. Décadas después, se identificó la isla en la que se detuvo De la Roché como Georgia del Sur. De ser cierta esta localización, en el paralelo 54, el mercante despistado sería el primer hombre en pisar tierra dentro del círculo polar antártico. Georgia del Sur, un territorio que pertenece hoy en día a la corona británica, es un archipiélago de islas deshabitadas, la mayoría de ellas formadas por rocas escarpadas adornadas por bandas de aves que, en su camino migratorio, reposan unos días y hacen el amor mirando a los icebergs. Las islas de San Pedro, del Pájaro, de Annenkov y Verde son territorios desolados, la última parada antes de pisar suelo continental.

Sin embargo, otros investigadores alertan de la inexactitud geográfica en el caso de nuestro viajero. Georgia del Sur está situada a mil trescientos kilómetros de las Malvinas, y a casi el doble de la actual Argentina, en Tierra del Fuego. Parece poco probable que una embarcación recorriera, a la deriva, tal cantidad de millas náuticas. Se sospecha que De la Roché habría llegado, en realidad, a las Malvinas.

Resulta significativo su accidentado viaje para entender que entre el Atlántico y la Terra Australis Incognita existía una serie de islas que anunciaban el vasto continente. Este se descubriría no por un accidente, como América, sino por el tesón de los viajeros. En 1772, el ya conocido James Cook emprendió su segundo viaje. Descendió África y navegó el Índico en su deriva sur. De allí, encontró una infinidad de islas pertenecientes a Oceanía. Había llevado dos barcos, el Resolution y el Adventure, pero solo uno de ellos estaba operativo. Era verano en el hemisferio sur, mientras en Londres la madera crepitaba en las chimeneas. Cook navegó durante días encontrándose grandes masas de hielo a la deriva. Los icebergs no eran nuevos en la navegación. Aparecían muy al norte, en el paso del noroeste, y también al cruzar el estrecho de Magallanes, pero en aquella travesía de 1774, el número era el mayor al que cualquier viajero se hubiese tenido que enfrentar.

James Cook logró atravesar la barrera imaginaria que marca el Polo, la latitud 67 º. Alcanzó los

70 º, pero el hielo no lo dejó avanzar. Los casquetes que se formaban herían la corteza del barco, hecha de madera, más pensada para navegar los trópicos que el mar de hielo. Cook hubo de volver a casa, habiendo cumplido en parte su misión. ¿Se compondría la Terra Australis Incognita de un inmenso bloque de hielo y nieve? La tierra misteriosa tal vez existía, pero su habitabilidad resultaba impracticable. Aquel no iba a ser ese continente soñado por la codicia de los reyes europeos, un territorio en el que construir ciudades. Cook ya sabía a esas alturas que la inmensidad del descubrimiento estaría cubierta de nieve y que la fuerza que movería el viaje para ubicarla en el mapa no sería la colonización de tierras, sino el mero amor por la geografía.

La llegada al Farthest South

El «Farthest South» es una expresión inglesa tan inexacta como sugerente. Se traduciría al español como «lo más al sur». El término evidencia dos realidades: la primera, que no se sabía lo que había más allá de la marca impuesta por James Cook, el paralelo 70; la otra, y tal vez más importante, que los ingleses deseaban descubrirlo sin tardanza. A principios del siglo XIX, será Inglaterra la que tome la delantera en los viajes de exploración hacia la Antártida, aprovechando que Napoleón había incendiado Europa.

En 1820, el sur se hizo accesible para los exploradores. Se superó con creces la marca de Cook y desde todos los puntos llegaron expediciones hacia las costas antárticas. La primera de ellas fue la de William Smith y Edward Bransfield, dos ingleses que ya contaban con la experiencia suficiente para navegar por aquellas aguas. Smith, un año antes, había descubierto las islas Shetland del Sur, lindando con la península de Trinidad, la primera porción de tierra antártica que los viajeros ven cuando toman el derrotero del cabo de Hornos. Smith y Bransfield avistaron la península de Trinidad el 30 de enero de 1820. Aquel paisaje lo cambiaba todo. No se trataba de hielo moviéndose sin rumbo por el océano, sino de montañas encrespadas cubiertas de nieve. Era tierra firme, no una isla más de las descubiertas siglos atrás pero no cartografiadas. Tomaron nota del hallazgo y volvieron hacia climas más humanos con la certeza de haber descubierto, por fin, la Terra Australis Incognita.

La historia de John Davis es confusa, como también lo es la del primer desembarco en la Antártida. Este cazador de focas había navegado con pericia por las inmediaciones del círculo polar. Se había acostumbrado al frío y a leer los mapas con exactitud. Dejó escrito en su diario que el 7 de febrero de 1821 pisó la Antártida, en la península de Trinidad, a los mandos de su buque, el Cecilia. Este hecho no se ha podido demostrar, tal vez por la fama de mentiroso que el propio Davis se atribuía.

Pero el viajero que llevaría el Farthest South hasta las cotas más intrépidas sería James Weddell. Este marino inglés se pasó media vida navegando en las inmediaciones del sur. Conocía los entresijos de ese mar traicionero y los casquetes helados desgajados que se dirigían hacia los barcos para hundirlos. Él no temía viajar tan al sur. Había nacido para ello. En su tercer viaje, se aventuró al mando del Beaufoy, en el verano austral de 1823, a más de 74 º de latitud sur, adentrándose por el mar que hoy en día honra su nombre. Nadie jamás había navegado tan al sur, y Weddell había demostrado que se podía surcar unas aguas tan heladas.

A mediados del siglo XIX, despojado de misterios, se puso fin a esa anhelada Terra Australis

Incognita. El ser humano ya había llegado y sus formas resultaron abruptas, solitarias y poderosamente hermosas. Los países se lanzaron a recorrerla. Era el último reducto de la Tierra sin humanidad.

La expedición del Erebus y el Terror

Tenían las manos agrietadas por el frío. Encendían pequeñas hogueras en la cubierta de los barcos y acercaban las manos adonde la llama crecía hasta que volvían a sentir la circulación de la sangre. Lo peor no era agarrar las cuerdas que habían estado a la intemperie durante largas horas, sino acoplar las velas. Ese trozo de lienzo, húmedo, se cubría de una fina capa de hielo que cortaba. Provocaba diminutas heridas en la piel, hinchaba la carne por debajo de las uñas y cuando el marinero quería darse cuenta, ya tenía las manos sangrando.

La expedición del Erebus y el Terror fue la última en echarse al mar con grandes velas atadas a un mástil. Contra todo pronóstico, resultó un éxito. El tesón de sus marinos y una buena lectura de los errores de viajeros anteriores originó una especie de mito viviente que surcó las olas polares con agilidad.

Lo que diferencia la expedición de Ross de las anteriores es el grado de perfección geográfica aplicada. Los marineros sabían hacia dónde se dirigían, aunque no existiesen mapas exactos del continente helado. Rodearon la parte occidental de la Antártida y frecuentaron las bahías, los cabos y ensenadas que zigzaguean de forma caprichosa entre montes de hielo. En 1839, procedentes de Tasmania, se introdujeron en el círculo polar antártico hasta la Tierra de Victoria, penetrando en un mar sereno al que llamaron mar de Ross, estableciendo un nuevo récord al descender a más de 77 º de latitud sur.

En su aproximación a la Antártida, la expedición de Ross descubrió una parte de la geografía que hasta la fecha se mostraba desconocida. Cuando tocaron tierra, vislumbraron montañas mucho más altas de las que podían encontrar en Inglaterra. Aquel era el territorio de la naturaleza salvaje. Veían a su alrededor pingüinos y focas de elevado peso que se movían con una gracilidad de bailarina cuando descubrían un pez saltando por encima del agua. James Clark Ross observó también dos volcanes que llevarían para siempre el nombre de los barcos de aquella expedición: el monte Terror, que asciende hasta los 3262 metros, se ubica en la isla que fue bautizada posteriormente con el nombre de Ross; y el Erebus, que alcanza los 3794 metros.

Pero antes de tocar tierra, Ross y su tripulación descubrieron que una gran barrera de hielo se interponía entre la costa y sus naves. A tan baja temperatura, las aguas se solidifican, y esto impide cualquier acercamiento. En la Tierra de Victoria, la barrera de hielo alcanza unas dimensiones enormes, imposibles de navegar sin el riesgo de que el barco se hunda. Parece una isla a la deriva en la que los pájaros se posan un momento para descansar de la larga migración hacia las zonas cálidas. Durante semanas, Ross intentó encontrar una grieta que le permitiera avanzar, pero fueron inútiles todos sus intentos. Costeó durante los siguientes años la Antártida sin dar con el paso anhelado.

La historia de Ross y los barcos Terror y Erebus se convirtieron en mitología de los viajes australes. Durante cincuenta años nadie pudo superar las marcas registradas por aquellos

marineros a los que el hielo había frenado en su empeño por llegar al punto exacto en el que nacía el sur. La edad heroica de los viajes a la Antártida estaba a punto de comenzar.

La edad heroica de los viajes a la Antártida

La edad heroica dejó decenas de viajeros atrapados en el hielo. Jóvenes que no envejecen en la memoria de los hombres y que no ocupan un hueco en los cementerios de las ciudades de Europa. Sus nombres se escriben en una geografía distante. Algunos glaciares, corredores de hielo, montañas, volcanes y bahías adquirieron su recuerdo. Con el paso de las décadas, los viajeros actuales los reconocen desde la distancia y se alegran de haber llegado al destino sin contratiempos. Pisan un terreno que rara vez es frecuentado. Parajes estigmatizados por el hielo y de una belleza sobrecogedora.

A finales del siglo XIX los países que se repartían el pastel del mundo exponían los mapas en las salas de máquinas ministeriales y encontraban un vacío en el sur. África estaba siendo salvajemente colonizada, pero en la Antártida no había población a la que someter. Aquel territorio era naturaleza pura. Los enemigos se encontraban en el mercurio de los termómetros y en el agua sólida que hacía encallar los barcos. La virtud de los viajes polares reside en que la economía, en esta ocasión, no manchaba el camino. Viajar a la Antártida requería tanto esfuerzo humano que acercarse a los casquetes polares exigía un convencimiento extremo por la aventura. Ciencia y superación viajaban en las bodegas de los barcos, que ya habían dejado la madera para propulsarse también con motores. Ahora solamente faltaba que el medio natural pusiese de su parte para superar la barrera de hielo que circunda la costa.

Los primeros fueron los noruegos, quienes en 1893, a los mandos de Carl Anton Larsen, irrumpieron en el continente antártico provistos de esquíes para desplazarse como turistas profesionales. Desembarcaron en una barrera de hielo que bautizaron con el apellido del capitán de la expedición. Los belgas tardaron cuatro años en emular el intento de conquista. En 1897, Adrien de Gerlache pasó el invierno austral atrapado en el hielo, en una noche absoluta donde las estrellas se confundían con bloques de hielo. Superó los 71º de latitud sur y volvió a Bélgica, después de bautizar con su nombre varios accidentes geográficos.

Los británicos no se quedaron atrás en la carrera antártica. De las diferentes expediciones que mandaron, destacan la Southern Cross, que se convirtió en un largo recorrido a pie por la meseta polar, escalando diferentes montañas ubicadas en la Tierra de Victoria. La expedición escocesa adquirió un carácter más científico, al lograr establecer una estación meteorológica permanente en las islas Orcadas, en 1902. La tercera resultó crucial para el devenir de los viajes antárticos. Me refiero a la de Shackleton, que en 1907 consiguió un nuevo récord de tránsito en el sur, hasta los 82 º de latitud. También recorrieron parte de su ruta con vehículos motorizados. Nadie había llegado tan lejos.

Los alemanes mandaron la suya en 1901, capitaneada por Von Drigalsky, en la llamada Expedición Gauss. Exploraron un territorio aún desconocido, el este polar, al que pusieron el nombre de Guillermo II. El káiser alemán empezó el siglo bautizando zonas aisladas del mundo y veinte años después abdicaría tras una guerra espantosa. Pero ahí ha quedado su nombre, sin

discernir la bondad o maldad de los gobernantes que sirvieron a su nomenclatura. Ese mismo año, los suecos naufragaron frente a las costas de la Tierra de Graham, aunque salvaron la vida porque el Uruguay, un barco argentino, navegaba en aguas cercanas. Los franceses, durante la primera década del siglo XX, mandaron dos expediciones con el objetivo de cartografiar de forma exhaustiva la costa antártica. Fueron los argentinos los que fundaron una base permanente en las islas Orcadas, un refugio que más de cien años después aún continúa su actividad científica.

Todo cambió cuando dos viajeros, en expediciones diferentes, lograron penetrar la barrera de hielo y caminar sobre una tierra hostil, con nieves perpetuas. Pisaban un terreno virgen, nunca antes explorado por el hombre. Como en las sendas de la vida, ambos encontraron el éxito y el fracaso, la vida y la muerte. Nunca el hombre había estado tan lejos de sí mismo.

Amundsen y Scott,
la vida y la muerte en el hielo

Amundsen estaba preparado para zarpar de Kristiansand, en Noruega, hacia la conquista del Polo Norte. Llevaba años preparando la expedición. Había estudiado el terreno y calculado las posibilidades. El Polo Norte era un lugar que ya había frecuentado otras veces, como una extensión helada de su Noruega natal. Aquella mañana leyó el periódico. Solía hacerlo al desayunar. En un titular que no podía disimular la decepción y el escepticismo, anunciaban que F. Cook había alcanzado el punto más al norte del planeta. F. Cook era un mentiroso. En Estados Unidos tenía fama de inventarse gestas para vanagloriarse delante de los periodistas. Pero ¿quién le decía a Amundsen que aquella caminata por el Polo Norte no era verdad?

El expedicionario noruego se subió a los mandos del Fram y puso rumbo al océano. No se lo dijo a nadie. No lo consultó con sus oficiales ni ayudantes. Lo llevó guardado hasta que los pasajeros empezaron a hacer preguntas. En Funchal, la isla portuguesa, se dirigió hacia el sur. Los perros de tiro, que disfrutaban de un descanso casi tropical, olieron el cambio de los vientos. Amundsen pedía a su tripulación rediseñar la expedición. Si el Polo Norte ya había sido descubierto, viajarían hasta la Antártida. Conquistarían el sur.

Los hombres audaces no se rinden, anotaría Amundsen en su diario. O tal vez solamente lo pensó. El primer contacto con la Antártida fue en bahía de las Ballenas. Allí construyeron una base para refugiarse de las posibles tormentas, donde descansarían los perros y buscarían el calor de las tiendas de campaña. La llamaron Framheim, como una especie de superstición viajera: si el barco los había traído hasta el sur, el mismo nombre los protegería. Allí encontró a Robert Falcon Scott, un viajero británico con mucha experiencia en la Antártida. En viajes anteriores, en la expedición Discovery, había conseguido superar los 82 º de latitud sur.

Ambos compartían una misma misión: llegar los primeros al punto cero de la Antártida. Solamente uno lo conseguiría. Su carrera no fue despiadada. No hubo juego sucio ni rivalidades mortales. Ambos escogieron su propio camino basándose en los cálculos geográficos y en el perfil de los glaciares. Por delante tenían la barrera de hielo de Ross, los glaciares de Beardmore y Axel Heiberg y una llanura hasta el sur absoluto. En esas circunstancias partieron, mirándose de reojo, sin saber exactamente dónde se encontrarían.

El noruego optó por la ruta del glaciar Axel Heiberg. Escalaron los 450 metros de altura

jadeando, casi al borde del desfallecimiento, a temperaturas que llegaban a los 50 grados bajo cero, pero una vez superado el escollo, encontraron una planicie helada por la que los perros se deslizaban con facilidad. De esta forma, Amundsen alcanzó el sur absoluto el 14 de diciembre de 1911. En el verano austral, el viajero colocó la bandera de Noruega, un trozo de tela helada que brillaba, clavada en el punto más al sur del planeta. Ya no quedaban zonas del mundo sin explorar, salvo las alturas. Definitivamente, los mares y tierras habían alcanzado su forma definitiva. Todos los continentes estaban bajo la mirada del ser humano.

Amundsen no vio a Scott. No había ni rastro de la expedición inglesa. Ni siquiera perros perdidos en la nieve. En realidad, el viajero británico había salido con unas semanas de retraso con respecto a Amundsen. Cuando Scott llegó al Polo Sur, observó en la distancia una bandera congelada, sin apenas movimiento, como si estuviera flotando en la luna. Era la noruega, una prueba ineludible de que Amundsen había llegado primero.

Scott fue el segundo que pisó el punto exacto en el que nacen los meridianos. Imagino su frustración bajo cero, el dolor de los pies, no menor que el de su orgullo. Cargó su equipaje y sin perder tiempo volvió sobre sus pasos. El camino de regreso sería traicionero. Parte de su expedición murió, como el propio Scott. Su cuerpo, junto al de sus compañeros, fue hallado dentro de la tienda de campaña. El día anterior a su muerte escribió en su diario una aceptación de la derrota. No se lamentaba de la mala suerte ni del destino adverso. Pedía a Gran Bretaña que pensara en su familia y en la de sus colegas. «Estas ásperas notas y nuestros cadáveres deberán contar la historia». Y lo hicieron. Un año después encontraron sus cuerpos y sobre ellos colocaron una cruz. Junto a ellos, el diario de Scott, el testimonio de una aventura consumida. Para esas fechas, Amundsen ya había sido recibido como un héroe en Europa.

El Endurance de Shackleton

Ernest Shackleton y sus hombres habían perdido la cuenta de los días que llevaban atrapados en el hielo. Hay pocos cambios en la Antártida, salvo la metamorfosis absoluta del cielo: o el día supremo o la noche profunda. El frío varía poco. Es igual de inaguantable. Al final, Shackleton temía que su tripulación se hubiese acostumbrado al dolor perpetuo, el primer paso hasta desfallecer. Había salido este irlandés de Inglaterra en 1914 apenas un mes después de que comenzase la Primera Guerra Mundial en Sarajevo. Los soldados británicos ya cavaban trincheras en los campos de Francia. Sin embargo, algunos marineros ingleses se desplazaron al sur para realizar el último hito que aún quedaba por completar en la Antártida: atravesar el continente helado.

El Endurance había sido construido en Noruega y contaba con un casco más resistente de lo normal, diseñado para romper un hielo de varias capas de grosor. Llegaron a las inmediaciones antárticas y dividieron el grupo expedicionario en dos: por un lado, el equipo del mar de Weddell, capitaneado por el propio Shackleton, desembarcaría en la bahía de Vahsel; en el otro extremo, el equipo del mar de Ross debería abordar la expedición por la barrera de hielo del mar homónimo. Su barco se llamaba Aurora, un nombre apropiado para un amanecer continuo de seis meses.

Contra ellos corría el tiempo. El verano austral era el límite cronológico para realizar su

hazaña. Si el invierno los sorprendía en el camino, la expedición fracasaría. Y fue lo que ocurrió. Shackleton, a los mandos del Endurance, encalló en una banquisa, un bloque enorme de hielo de varios kilómetros. Al principio, el barco resistió las acometidas, hasta que su navegación se hizo cada vez más lenta y se paró por completo. El equipo hubo de bajar del barco y montar un campamento. Presenciaron cómo lentamente el hielo le fue ganando el terreno al Endurance, que apenas podía resistir el peso de los gigantescos bloques. En pocas semanas, el barco fue engullido por la banquisa y desapareció. Shackleton y sus hombres se habían quedado solos, en mitad de la Antártida, rodeados de cientos de kilómetros de caminos de nieve, fuertes ventiscas y hambre.

Aquel viaje hacia el extremo de la vida duró dos años. Las circunstancias por las cuales sobrevivieron deben entenderse también a través de los milagros. Dos años en la inmensidad ponen a prueba la racionalidad y la biología. El equipo tuvo que desandar el camino, esta vez a pie, arrastrando el equipaje, la comida y los perros, que se lamían las patas para calentar su piel. Cuando llegaron al mar de Weddell, construyeron una barcaza con las tripas del Endurance, ya un triste recuerdo de lo que debía haber sido su expedición. Se echaron a alta mar, a la deriva, surcando un agua helada que hacía crepitar el casco de madera. Llamaron al bote salvavidas James Caird. Su nombre tenía ensoñaciones de gran buque, uno de esos barcos que atraviesan el Atlántico y portan en su barriga a los conquistadores que cambian la geografía del mundo. Pero no fue así. El James Caird llevaba a una docena de hambrientos que se habían aferrado a la vida.

Llegaron a la isla Elefante, cerca de la península de Trinidad, en la entrada del mar de Hoces. La isla estaba deshabitada. No había nada más que rocas y hielo. Sabían que, aun en tierra, la salvación no asomaba por el horizonte. Debían navegar más al norte, preparando un nuevo viaje, esta vez mucho más largo. En el Atlántico sur, las corrientes son traicioneras, pero no tenían mucho que perder. Partieron en abril de 1916 y llegaron una semana después a la isla de San Pedro, ubicada en el archipiélago de Georgia del Sur. Esta isla era mucho más grande, con bahías y puertos naturales donde afrontar las tormentas con más seguridad.

Una vez en San Pedro, se dirigieron hacia una isla ballenera cercana, Stromness, y organizaron la expedición de rescate a la isla Elefante, donde había quedado una veintena de marinos. No sería hasta cuatro meses después de su partida cuando el Yelcho, un barco chileno, rompió los bancos de hielo que rodeaban isla Elefante y rescató a todos los tripulantes que habían visto hundirse el Endurance. En mayo de 1917, Shackleton y sus hombres volvieron a Inglaterra cuando todos los habían dado por muertos. Sin embargo, su país vivía los peores momentos de la guerra. No había espacio para la gloria en su recibimiento. Las calles de Londres hacían acopio de material y los jóvenes como ellos no habían viajado por un mundo de hielo, sino que morían en las trincheras de Ypres, Verdún o el Marne.

Los vikingos en el Ártico

No hay tierra en el Polo Norte. Es todo un gran océano de agua congelada llamado Ártico, cuyo nombre sirvió también para bautizar la parte opuesta del mundo: la Antártida. Las únicas tierras emergidas se sitúan en los extremos, sobre los 80 º de latitud norte, y pertenecen a Canadá, Noruega y Rusia. Groenlandia, territorio que depende de Dinamarca, es la porción de tierra más

grande de cuantas rodean el círculo polar. Es lo equivalente a la Antártida, una tierra helada, aunque con una peculiar historia de asentamientos desde la Edad Media hasta nuestros días, con unas condiciones climatológicas que, aunque duras, no llegan al extremo del sur.

La historia de la llegada del hombre al Polo Norte debe comenzar con los vikingos. Este pueblo nórdico se caracterizó por sus viajes a lo largo del océano Atlántico, con los que consiguió el establecimiento de emporios balleneros. Los vikingos lamieron con saqueos la costa de todo el Atlántico, y desde los países escandinavos hasta Alemania, Inglaterra y Francia. Llegaron incluso a remontar el río Guadalquivir y atacar Sevilla en el 844, durante el emirato Omeya de Córdoba. Incluso condujeron sus karves hasta el mar Negro. No quedaron al margen las regiones más frías del mundo. Una vez superado el umbral de las islas británicas, se extendieron por Islandia y Groenlandia.

Aparece aquí un viajero que la iconografía histórica suele representar con largo cabello rojizo, con bigotes, barbas azafranadas y un casco con dos cuernos. Nos referimos a Erik el Rojo, el primer hombre documentado que llegó a Groenlandia. Su expedición superó el cabo Farewell en el 982 y bordeó la costa sur de este inmenso territorio que, sin estar situado en el Polo Norte, linda con él. Parte de Groenlandia, en efecto, se sitúa en el círculo polar ártico, aunque el destino de Erik el Rojo se quedase algo más al sur. No fue el caudillo vikingo el primer hombre en atravesar el límite del norte. La tradición islandesa, sin embargo, concede la primera expedición a Groenlandia a un viajero mítico de nombre Ulfsson, que un siglo antes que Erik el Rojo habría navegado frente a la isla, aunque sin tocar tierra.

Durante toda la Edad Media los territorios imaginarios poblaron los mapas que acusaban una niebla de imprecisión siempre que se dirigían al norte. Eso fue el Polo Norte para el mundo hasta finales del siglo XIX, una gran masa oscura, un frío inaguantable, un puerto marítimo sin pasajeros…

El Farthest North:
exploración británica del Ártico

Inglaterra acuñó el Farthest South para conquistar el sur del mundo. El Farthest North no se quedaría atrás, aunque las condiciones de viaje fueran, a todas luces, más afortunadas. Por un lado, las islas británicas estaban a un paso del mar Ártico. No debían sus viajeros atravesar el ecuador y deambular en un océano desconocido. El Polo Norte estaba en la retaguardia de los salones de té, a dos carreras en barco. La historia, como siempre, demostró que la dificultad entiende poco de distancia. El hombre, salvo excepciones, no está hecho al frío extremo.

No se puede desligar la conquista del Ártico de la obsesión europea por encontrar el paso del noroeste, la unión de los océanos Atlántico y Pacífico por el norte. En este contexto, William Scoresby zarpó en 1806 hacia Groenlandia, logrando bordearla por la costa canadiense. Nadie había llegado tan lejos en su misión de encontrar el punto más al norte del globo. En su viaje, avistó la isla Ellesmere, un conjunto de formaciones rocosas que la mayor parte del año están sumidas bajo un manto de nieve. Hay poblaciones nativas que habitan en sus tierras, que sobreviven de la pesca en el mar del Labrador. Entre todas no llegan a doscientos habitantes, un bloque de edificios del Londres decimonónico. Scoresby logró alcanzar los 81º de latitud norte a

bordo del ballenero Resolution.

William Edward Parry se pasó media vida pensando cómo llegar al Polo Norte y la otra media intentándolo. Sus viajes se remontan a 1818, cuando como tripulante de una expedición logró alcanzar el estrecho de Nares. Realizó tres expediciones árticas, en las que cartografió la costa, las islas adyacentes al círculo polar y visualizó los bloques de hielo que se desgajaban del casquete polar. No sería hasta 1827 cuando se decidió a llegar al Polo Norte, con una expedición desde las islas Svalbard, al norte de Noruega. Logró alcanzar los 82 º de latitud norte, una hazaña impensable para aquellos tiempos y que costó medio siglo superar.

El momento cumbre de las exploraciones británicas al Ártico vino de la mano de George Strong Nares, al mando de la Expedición Británica del Ártico. Corría la década de los setenta del siglo XIX. Partieron en 1875, en dirección al cabo Sheridan. Allí pasaron el invierno, en la desembocadura del estrecho de Nares. Exploraron la tierra a su alrededor con perros y trineos, pero la dureza del invierno se impuso. Su barco, el HMS Alert, se quedó atrapado en el hielo, y los marineros empezaron a tener problemas derivados del hambre, como el escorbuto y la congelación de sus extremidades. La expedición, cuando llegó el verano, hubo de volver a Inglaterra sin haber completado la ruta hacia el Polo Norte. Sin embargo, no supo a derrota esa vuelta a casa. Habían logrado superar la marca de 83 º de latitud norte. Habían cartografiado las inmediaciones del círculo polar, descrito como un desierto helado, un camino infinito de nieve.

Al igual que en el caso antártico, Inglaterra invirtió muchas expediciones para conquistar el norte. Cientos de viajeros se perdieron en la oscuridad del Ártico y nunca más volvieron. Fueron expediciones a medio camino entre la experiencia científica y la ensoñación. Pero durante todo el siglo XIX, el viaje que más intriga despertó fue el llevado a cabo por Franklin, un viajero que nunca volvió a casa, un misterio sin resolver en los territorios helados del norte. Por Franklin, Inglaterra acercó el Polo Norte a sus costas, playas perdidas donde las olas traen el hielo desgajado de los glaciares.

La expedición perdida de Franklin

¿Nació demasiado pronto John Franklin? Aún no se había cumplido la mitad del siglo XIX cuando el viajero inglés se había perdido para siempre en algún lugar cercano al Polo Norte. Dicen que en Canadá, tal vez Groenlandia. Pudiera ser que en el fondo del océano Ártico, un cuerpo congelado por décadas de misterio. Franklin no volvió a Inglaterra a departir con sus amigos militares, como él, abriendo un mapa de cuero para estampar su bastón en la parte norte. No regresó del último viaje, el que debía llevarlo directo hacia el océano Pacífico por el noroeste. Su barco encalló en el hielo. La paciencia lo traicionó, el querer ir más allá y no contentarse con las limitaciones de su tiempo. Pero probablemente sin el efecto de sus pasos nadie conocería hoy en día a John Franklin y no se hubiese nunca movilizado toda una nación para buscar sus restos. No era un cuerpo cualquiera, sino el del mejor viajero ártico de todo el siglo XIX.

Participó en 1819 en la Expedición Coppermine, que da nombre a un río del norte de Canadá. Aquel viaje resultó desastroso a efectos humanos. Tres años de caminatas sobre una tierra helada. Montañas afiladas, ríos que se abrían a grandes lagos donde pescar salmones y bosques profundos donde costaba orientarse porque el sol se escondía entre las ramas. John Franklin llegó

al norte de la costa, ya en el círculo polar ártico, para descubrir un paso seguro que conectase los dos océanos por el norte de América.

La expedición logró cartografiar más de un millar de kilómetros. Llegaron hasta la península de Kent, donde avistaron a pueblos nativos, mucho mejor pertrechados contra el frío que ellos. En el fuerte de Enterprise pasaron el invierno. El frío se hacía insoportable, y tras él, el hambre, la falta de provisiones y la desesperanza al pensar que nunca regresaría a casa. La expedición se vio atrapada en mitad de una llanura infinita. A causa de la congelación del agua, su barco quedó inutilizado. Vivieron momentos de necesidades extremas. Algunas crónicas llegan incluso a hablar de canibalismo, rebeliones y asesinatos. Fueron finalmente rescatados por indígenas de la tribu yellowknives, seres que a ojos de los viajeros ingleses habían nacido del hielo.

John Franklin pudo volver a Londres. Hablaría de la dureza de la vida en las cercanías del Ártico, pero también de los más de 8000 kilómetros recorridos. Pero pronto se aburrió. Volvió a organizar una expedición para descubrir el paso del noroeste, esta vez pertrechado de dos barcos. Al lector le sonarán de unas páginas anteriores. Nos referimos al Erebus y al Terror, las embarcaciones que habían llevado en 1841 a James Clark Ross a la Antártida y que habían encallado en la barrera de hielo de Ross.

Habían pasado pocos años de aquello y la memoria de los barcos tal vez fuese más frágil que el casco de madera contra el hielo. John Franklin partió en 1845 a cargo de 128 hombres para retomar la vieja ensoñación de encontrar el paso del noroeste. A las pocas semanas se le perdió la pista con todos sus tripulantes. Su viaje acaba aquí, apenas iniciado. Las posibles rutas efectuadas por Franklin son pura especulación. Se sospecha que se dirigió entre la isla de Baffin y Devon, a la entrada de la bahía de Disko. Las teorías sobre el fracaso de la expedición pasan por la muerte por congelación y el hundimiento de los barcos, la falta de víveres de subsistencia o incluso el envenenamiento de los alimentos por plomo, provocado por la comida enlatada. La expedición de John Franklin es un fantasma en el universo viajero del Ártico.

Hasta 1880, tanto Gran Bretaña como Estados Unidos organizaron unas dieciocho misiones de rescate. Todas ellas fracasaron. Encontraron tumbas en playas desoladas, restos de cruces (los despojos de un recuerdo), fragmentos de ropa que habían pertenecido a un navegante, huesos despedazados por el tiempo y pasos confusos en un desierto de hielo. El trauma de la expedición perdida de Franklin marcó el devenir de la historia de exploraciones del Ártico. No hubo viajero que no pensase en el explorador británico al poner un pie en el Ártico.

Fraudes y fracasos en el Polo Norte

Hubo viajeros que llegaron al Polo Norte y otros que juraron haber llegado al Polo Norte. Resulta difícil determinar, pasado más de un siglo de aquellas expediciones, cuáles resultaron un éxito. Muchos expedicionarios volvieron de su periplo ártico cantando a los cuatro vientos que habían descubierto una nueva tierra. Juraban sobre sus diarios y brújulas haber puesto coto a Groenlandia, haber coronado, como si de una montaña plana se tratase, el punto exacto desde el que nacen todos los lugares que van al sur. Nos referimos, claro, al Polo Norte absoluto.

El primero de estos viajeros de éxito dudoso fue el estadounidense Robert Peary. En 1909 aseguró haber llegado desde la isla de Ellesmere. Como siempre, la verdad se esconde tras la

escritura. Si observamos sus diarios de viaje encontraremos un excelente ejercicio de retórica y fantasía. Peary estaba a cargo de una expedición compuesta principalmente por hombres sin experiencia que morirían en el hielo ante cualquier complicación. La técnica de Peary fue magistral. Hizo un Colón. Falseó el número de millas que recorrían al día para motivar a sus compañeros. Determinó que habían llegado al Polo cuando reconoció que los componentes de la expedición estaban exhaustos, plantó la bandera y volvió a Nueva York diciéndoles a las autoridades que habían cumplido la misión.

Unos meses antes, la fiebre del norte ya se había desatado en Estados Unidos y la mayoría de las potencias árticas. Frederick Cook juró y perjuró sobre la Biblia haber cumplido su propósito. Pudo aportar pocas pruebas, salvo su palabra, que ya se había visto comprometida años antes, cuando afirmó haber escalado el monte Denali, más de seis mil metros de roca helada, situado en Alaska. En esta ocasión hubo fotografía y todo, pero un estudio posterior demostró que estaba manipulada. Cook no subió la montaña ni llegó al norte supremo. Estados Unidos se estaba plagando de charlatanes que buscaban fama a toda costa.

Pero sí hubo viajeros nobles que se jugaron la vida por llegar al Ártico. Fridtjof Nansen es uno de los más destacados. En 1893, se puso a los mandos del Fram, ese barco que conseguiría llevar a Amundsen hasta la Antártida, para intentar el acceso al Polo Norte. Salieron desde Vardø, en el norte de Noruega, y costearon hasta Siberia. En el mar de Láptev viraron hacia el norte para tomar posición hacia el Polo. En las islas de Nueva Siberia empezaron a encontrar hielo en abundancia, pero el Fram aguantó a pesar de tener el casco de madera. Los siguientes meses los pasaron expectantes, surcando un mar de hielo, con un frío cada vez más insoportable. En cierto momento, el barco no pudo continuar debido a los metros cúbicos de hielo. Encallado, Nansen, junto a Johansen, decidió seguir a pie. Calcularon que se encontraban a 600 kilómetros del Polo Norte. Necesitarían un ritmo de kilómetros diarios muy por encima de la media soportable para un humano. Pero lo intentaron. El 9 de abril contemplaron el horizonte, lleno de bloques de hielo, un desorden natural que asustaba. Nansen, a diferencia de otros viajeros, tuvo la sangre fría de apreciar sus limitaciones. Sabía que el Polo Norte era inalcanzable en esas condiciones, así que decidió volver y ponerse a salvo. La comida empezaba a escasear y las perspectivas de sobrevivir parecían sombrías.

No imagino su viaje de vuelta como una derrota. Tras semanas de caminata polar, llegaron a las islas de Francisco José, aquel territorio helado que llevaba el nombre del emperador austriaco y que serviría de refugio en el futuro para Luis Amadeo de Saboya, en su marcha con el Stella Polare hacia la conquista del Polo. Tampoco llegó el duque italiano, pero batió la marca de Nansen antes de dirigirse al K2.

En el archipiélago de Francisco José, encontraron a los miembros de la expedición Jackson-Harmsworth, unos ingleses que pretendían alcanzar el Polo Norte a caballo y que, como marca el infortunio de los viajes polares, acabó sin culminarse, pero se salvaron gracias a la carne equina. Meses más tarde, un barco recogería a Nansen y Johansen para llevarlos de vuelta a Vardø. El Fram había conseguido llegar hasta otras islas, las Spitsbergen, situadas a 86 º de latitud norte, la misma altura que había logrado Nansen. El viajero noruego regresó a casa y escribió el relato de todo lo sucedido. En él se reúnen las ilusiones y miserias de unos hombres que habían intentado conquistar el norte no por vanagloria personal, sino por el espíritu humano de avanzar y situar a la geografía en una materia al alcance de la mano del hombre. No lo consiguió, pero su triunfo

reside en la perseverancia, en el descubrimiento de un medio inaccesible y en la aceptación de la realidad. Volvió como un héroe y el mundo ártico lo puso en primera línea. No lo olvidó cuando el hombre inventó la tecnología necesaria para llegar al Polo. Nansen no lo consiguió no por falta de pericia o valor, sino porque había nacido demasiado pronto.

Un barco hallado en el fondo del océano

Mientras redacto este capítulo leo en los periódicos un impresionante hallazgo. En el mar de Weddell, un grupo de científicos, controlando un robot subacuático, ha hallado el pecio de un barco a más de tres mil metros de profundidad. Las imágenes son clarividentes. Entre la oscuridad de un agua limpia se aprecia una estructura de metal y madera, consumida y devorada por el musgo y las algas marinas. La cámara se va acercando al casco, desgajado, aún reconocible con la forma de un navío, en una inquietante paz que ha durado más de un siglo.

Se trata del barco que llevó a Ernest Shackleton y su tripulación hacia las aguas de la Antártida, un tesoro marino que algunos comparan al hallazgo del Titanic en aguas del Atlántico norte. 107 años después, el Endurance ha vuelto a los informativos y, con él, la memoria de Shackleton, la hazaña que no fue, el viaje truncado y el nuevo camino hacia la supervivencia, apasionante, conmovedora y extraordinariamente humana. Su expedición, aunque fracasada, representa lo mejor del ser humano en su camino por hallar los Polos. Sus pasos responden a la terquedad de nuestra especie por conocer el mundo en el que vive, a pesar de la distancia, a pesar de las condiciones climatológicas. Hoy en día parece que nada está oculto a la vista de la ciencia, salvo en el fondo de los océanos. Allí, en el seno de los mares más profundos, se encuentran testimonios de viajeros antiguos y modernos. Ellos nos contaron el mundo. Es justo que el siglo XXI quiera recuperar sus pasos.

Capítulo decimoquinto

Los cielos, Ícaros más allá de las nubes

Verne viaja a la Luna

El hombre llegó por primera vez a la Luna en 1865. Previo pago de 18 francos, los exclusivos viajeros disfrutarían de una suscripción al *Journal de Débats Politiques et Littéraires* durante tres meses y de un viaje hacia el satélite de nuestro planeta. La duración del trayecto se estimó en 97 horas, saliendo desde un punto determinado de los Estados Unidos.

Surgió de la mente de Julio Verne escribir una novela que saciara el anhelo de toda la humanidad. Pensaría Verne en los poetas griegos caminando por riscos egeos y sospechando de la blancura de ese astro perfecto. En Safo al ver esconderse la redondez de su cara. En los soldados espartanos, iluminados por el reflejo de su claridad, bajo las flechas persas. En los egipcios, calculando el ritmo del hambre en los cielos. En ella se refugió un hombre, a punto de ser crucificado, la noche del Jueves Santo, un único punto de esperanza entre olivos. Se acordaría Verne de cada uno de los poetas, filósofos, carpinteros de manos tristes, mujeres disecadas por el polvo de los conventos, niños temerosos al mirar a la fragua, de todas las personas que en algún momento aspiraron a sobrevolar la tierra y acceder al mundo de la noche.

Y se atrevió a dar el paso. Durante el otoño parisino de 1865 publicó su novela por capítulos. Primero, los cálculos matemáticos, las reflexiones sobre cómo llegar al satélite, con qué medio de ingeniería propulsar a los viajeros. Después, la preparación, el momento de despegue, la visión de la tierra desde los cielos, al desprenderse de la sombra humana para ir más allá. Y finalmente, a mediados de octubre, con un público lector extasiado y nervioso, la llegada a la Luna tras miles de años de humanidad. De las cuevas, los bisontes y la carne cruda hasta caminar sobre aquel terreno blanco en donde las huellas permanecen.

De la Tierra a la Luna fue una novela que conmocionó el panorama literario internacional y que permitió soñar despiertos a buena parte de los viajeros que disfrutaban con la idea de pasear por aquel acompañante nocturno. A mediados del siglo XIX, el hombre ya podía volar, aún por medio de aparatos poco fiables. Pero se sabía que era cuestión de tiempo. Verne llevó al papel un proyecto milenario, tan humano como el pensamiento complejo, los besos, las peleas y el arte religioso. Porque la Luna siempre ha sido la gran asignatura pendiente del hombre. Primero temió sus apariciones, sus cambios de forma tan repentinos como calculados. Luego la veneró. Elevó altares en diferentes puntos geográficos, tan distantes como inaccesibles: en Grecia, en Roma, en Persia, en Egipto, en el México prehispánico, hasta en la Arabia mahometana, en donde se convirtió en un símbolo máximo, en su medio camino hacia la plenitud. La Luna siempre ha profetizado el destino de los hombres. Ha jugado con el ciclo de las mareas y de ella han sospechado las artes más oscuras: la brujería, la peste, los vampiros sedientos de sangre, los hombres convertidos en lobo. A la Luna se la ha temido y respetado. Los poetas del Romanticismo la observaron con seducción, como un cuerpo desnudo. Leopardi buscó en ella consuelo a su soledad. Beethoven a su sordera. Debussy le hizo el canto más perfecto. George

Méliès la retrató por primera vez en una sala de cines.

El hombre aprendió a volar para alcanzar algún día la Luna. Y lo consiguió. Por el camino perecieron un buen número de viajeros que surcaron los cielos, perdidos en geografías difusas, atravesando nubes y tiempos remotos. Entre el satélite y la tierra no solamente había atmósfera, un conjunto de vientos caprichosos. Existía una oportunidad de conocer, de perderse en la inmensidad de un espacio que por las mañanas es azul y por las noches, negro. La conquista de la Luna fue también la de los cielos. El mismo en todos los países y tan diferente para cada viajero.

«Vengo del espacio, pero soy soviético»

El viaje de Yuri Gagarin aún me sigue fascinando. De entre todas las historias que he estudiado para escribir este libro, la escojo porque tiene algo que no consigue vencer mi incredulidad. Tal vez sea su condición de niño pobre, su mirada inocente o su trágico final, cuando ya lo había hecho todo en la vida. Lo cierto es que Gagarin representa en este trayecto un extraordinario ejemplo de superación. Un viajero que se escapa de las normas impuestas por los caminos, aunque su viaje apenas durara dos horas.

Tenía los ojos claros el primer hombre que se despojó de la gravedad, salió al espacio exterior y orbitó, durante 108 minutos, alrededor de un planeta hermoso, de tonalidades azules con fragmentos terrosos, verdes, incluso blancos en los extremos, al que las borrascas le hacían adquirir un aspecto algodonado. ¿Qué pensaría ese hombre soviético, que miraba las estrellas y esperaba la lluvia para poder comer, en el momento de salir del planeta?

Yuri Gagarin se elevó por encima de todos los viajeros. Fue el primero que observó el aspecto cierto de la Tierra. Esta ya no era un cálculo matemático, una prefiguración geométrica como la pensó Eratóstenes, como la dibujó Ptolomeo. No era esa franja prodigiosa de la que Marco Polo escribió historias alucinantes. Ni el pezón femenino de Colón. La Tierra era algo real, una esfera en movimiento, como una sinfonía perfecta, con la luz del sol reflejada en los océanos y la oscuridad acechando en el otro lado. Y todo ello lo vio Gagarin, el chico tímido que había nacido en Klúshino, hoy un pueblo de vacas y casas de madera, a medio camino de la estepa.

Probablemente no imaginaría nunca que los ríos más caudalosos del planeta, los que él había estudiado en el colegio y había visto tras el final de la invasión nazi, al llegar a Moscú, parecerían venas azuladas como las de su brazo al sostener un peso muerto. La Unión Soviética buscaba héroes entre purgas. Había ganado una guerra y había perdido la dignidad. El mundo se dividía en dos. Americanos al oeste, con su bandera estrellada, y comunistas al este, con una sola estrella. Y solo una bastaría para llegar al cielo. Demostró este país comunista, a pesar de todas sus miserias, que un campesino podía alcanzar los astros. Y así fue. Gagarin nació en un koljós, una explotación agrícola colectivizada. Barracones, patatas cocidas como menú diario, horas de trabajo sin descanso y un futuro incierto, hasta la siguiente hambruna. En Rusia, el primer cosmonauta no tenía estudios superiores. Y del koljós al cielo. Esa fue la historia de Yuri Gagarin, un piloto extraordinario que se quedó con ganas de sobrevolar Berlín en la gran guerra patriótica pero que a cambio tuvo la Tierra al alcance de su mano.

El vuelo de Gagarin demostraba al mundo que el ser humano podía salir de su casa. El 12 de abril de 1961 se montó a bordo de la cápsula espacial Vostok 1, una nave de aspecto futurista de

forma esférica con unos motores en la base. Allí viajaría solamente una persona, sin la certeza de poder volver con vida. Llevaba un paracaídas para la vuelta y la esperanza de caer en un fragmento de tierra en lugar del mar.

El proceso por el que la Unión Soviética consiguió mandar a un hombre fuera de la órbita terrestre fue difícil y costoso. Comenzó en la década de los cincuenta y culminó, tras muchos proyectos fracasados, con el viaje de 108 minutos por el espacio exterior. Justo en el momento de despegar, Gagarin anunció por radio, no sin cierta ironía, que se verían pronto, aun sabiendo que las posibilidades reales de sobrevivir no eran tan altas. Se elevó a 315 kilómetros de altura y, tras la suspensión, venciendo a la gravedad, inició la parte más difícil de su viaje astral: el descenso. Para ello, los ingenieros se habían esmerado en construir el Vostok 1 con materiales resistentes, para evitar que, al contacto con la atmósfera, se quemara el habitáculo y el hombre que había salido por primera vez al espacio fuese también el primero en morir.

Cuando el Vostok 1 cayó en picado, imposible de controlar, Gagarin accionó el paracaídas. Aterrizó en un campo cultivado de la provincia de Sarátov, hoy en día Kazajistán. Aquella era una región pobre, incluso más que la suya. Al otro lado, con la mirada perdida y los nervios a flor de piel, encontró a Anna Tajtarova y su nieta de seis años. Eran dos campesinas que estaban arando la tierra. Presenciaron cómo un hombre bajaba del cielo con un traje un tanto extravagante, de color naranja, y un gran casco acristalado. Gagarin sintió la pesadez de sus piernas, esas que en el espacio flotaban. Le costaba levantar los brazos y una presión en el pecho le impedía respirar. Estaba vivo y contento de haber vuelto a la Tierra. Saludó a la mujer y a su nieta y les dijo que no se alarmaran. «Vengo del espacio, pero soy soviético».

Era aún muy joven, apenas 34 años, cuando en 1968 su avioneta se estrelló en Kirzhach. Le quedaban muchos viajes por hacer por ese planeta que logró contemplar desde la distancia, como una gigantesca esfera en la que se reúnen los desiertos y bosques, los lagos y los ríos, los océanos de un azul espectral, donde en la tierra no se ve el orificio que deja la guerra a su paso. Aquel fue el mayor momento de paz que un hombre pudo vivir. El planeta entero en su belleza y en la soledad de un instante. 108 minutos de silencio para el hombre que había nacido de la tierra más pobre y miraba al cielo para pedir lluvia, el antídoto contra el hambre.

Ícaro, el de las alas de cera

Dédalo había construido el laberinto más ambicioso de todos, en Cnosos, para castigar las infidelidades de la reina. Era el arquitecto mitológico, al que acudían los moradores del Olimpo cuando necesitaban extraños artilugios. Sus inventos confundían la paz de los dioses, y ese fue su mayor castigo, encarnado en su hijo. Ícaro era atrevido y por ello inconsciente. Ser el hijo del mejor arquitecto del mundo griego no debió de ser fácil.

Dédalo y su hijo vivían en Creta y querían escapar de la tiranía de Minos. Alguien que había encerrado al hijo de su esposa en un laberinto solamente podía tener ideas nefastas para el ingeniero que había dado forma a su castigo. Dédalo construyó unas alas tomando las plumas de las aves que llegaban a la playa, cansadas después de cruzar el Egeo. Con hilos las fue uniendo hasta construir una estructura compleja, con un esqueleto de madera y cera solidificada para mantener el equilibrio entre sus partes. Colocó las alas en los brazos de Ícaro y le explicó el

mecanismo y el misterio de volar. Lo acompañó a un risco. El mar estaba embravecido. Las olas rompían en las rocas como un preludio de lo que podía suceder si el experimento resultaba un fracaso. Ícaro respiró hondo y saltó. Movió las alas con energía y, tras unos segundos de caída, remontó el vuelo.

Fue el primer hombre que consiguió volar. Lo hizo gracias a la reflexión y la contemplación de la naturaleza. Dédalo había imitado el movimiento de los pájaros y había hecho de su hijo un halcón juvenil. Ese fue el primer acto de libertad del ser humano. El momento en el que el hombre se eleva sobre la tiranía de la tierra y se libera de su sino. Somos animales terrestres que hemos domesticado el mar y que surcamos los cielos. En nosotros se une el prodigio de las aves y la voluntad marina de los peces. De Ícaro a los vuelos transatlánticos hay miles de años de ingeniería, pero el pensamiento, en suma, es el mismo. También el impulso vital de volar.

Ícaro fue ambicioso. ¿Qué viajero no quiere llegar más allá cuando ha iniciado su camino? Se elevó tan alto que la tierra y el mar formaban una misma masa indisociable. Se acercó al sol y este derritió los filamentos de cera. A Ícaro lo perdió la inconsciencia, o acaso ese pensamiento que ha acompañado siempre al hombre: que somos inmortales, que nada malo nos puede afectar. Su caída libre es el símbolo del fracaso. El hombre volvió a su lugar, la tierra, de donde nunca podría salir. Una especie de castigo divino, de recordatorio, como Pandora para los males o Prometeo para los revolucionarios. Murió en el mar el primer hombre que pudo volar. Desde aquel vuelo el ser humano no ha hecho otra cosa que intentar imitar su ejercicio de libertad exigente. La historia es un compendio de actores que intentaron volar para salirse un rato del guion establecido.

Pájaros sobre el canal de la Mancha

La madrugada del 6 de junio de 1944 miles de soldados aliados aguzaban la vista para atisbar las costas francesas al otro lado. La noche había sido brumosa. Solamente se iluminaba el cielo cada cierto tiempo. Un proyectil impactando en un avión. Un paracaidista herido, flotando en el aire como una estrella fugaz rota. El canal de la Mancha había dividido siempre al continente de las islas, a Inglaterra de Francia. La barrera de agua había permitido, entre otras cosas, que Napoleón se quedase en tierra siempre y que Hitler se conformase con la guerra aérea. Pero en la madrugada del 6 de junio de 1944, separaba sobre todo al mundo libre de la tiranía.

¿Qué pensaría Kenneth Charney, piloto británico de origen argentino, antes de encender el motor de su avión y atravesar el canal para servir de apoyo logístico a sus compañeros? Tal vez reflexionó sobre la poca distancia entre ambas playas, los acantilados blancos de Dover y las dunas de Arromanches-les-Bains. Probablemente cerró los ojos y recordó la historia del primer viajero que cruzó el canal de la Mancha, en uno de esos pocos momentos de paz en Europa.

Era francés y había nacido demasiado pronto. Se llamaba Jean Pierre Blanchard y su obsesión desde niño había sido volar. No fue una idea original. En 1704, un cura portugués, Bartolomeu de Gusmão, ya había ensayado construir un globo que flotase en el aire gracias a la combustión de aire caliente. Blanchard perfeccionó la idea del globo aerostático a partir de 1784. Se elevó en un «ballon» desde el Champ de Mars y sobrevoló París ante el asombro de los ciudadanos que caminaban aquel día por los jardines. El rey, Luis XVI, solía pasar los días en Versalles

asistiendo a demostraciones aéreas. En Francia se estaba imponiendo la moda de viajar en globo, aunque a esas alturas de siglo fuera aún un artilugio solamente apto para aristócratas y excéntricos.

El momento de Jean Pierre Blanchard llegó en 1785. Había estudiado el comportamiento del aire a altas temperaturas y había descubierto que el hidrógeno en combustión provocaba una ráfaga caliente que hacía elevarse los cuerpos. Se trasladó a Inglaterra. Calculó el tiempo de vuelo que haría falta para unir ambos puntos geográficos, de Dover a Calais, y se embarcó en el primer viaje de la historia que conectaría dos países por un medio aéreo.

Imaginemos el viaje de Blanchard. No hay más documentos que una litografía publicada para conmemorar la hazaña, en el momento de la muerte del viajero, en 1809. Blanchard observa el cielo, en esa ocasión despejado. El aire es tan puro que al otro lado se distingue una franja de tierra, confundida con la espuma de las olas. Es Francia, el destino de su trayecto. Toca el viajero la tela. Alisa los bordes y ajusta las cuerdas para que todo sea perfecto. En el mar, los botes salvavidas dan al pasajero una segunda oportunidad de sobrevivir. Enciende la llama y el hidrógeno empieza a quemarse, primero muy lentamente, luego como un animal hambriento. La tela del globo se estira hasta hincharse. Las cuerdas reaccionan y se tensan. En unos pocos minutos, el globo se despega de la tierra y la arena de la playa de Dover se separa de la cesta que protege a los pasajeros. Blanchard está volando. Es 1785 y el hombre, unos años antes de tomar la Bastilla, ya ha aprendido a volar.

El vuelo duró unas horas. Desde las alturas pudo comprender la distancia insignificante que separa las dos orillas. En el punto álgido el hidrógeno quemado contrastaba con las corrientes frías que surcaban el aire. Se sintió una especie de dios, superior al resto de hombres, a los que ya no distinguía, insignificantes, todos iguales como granos de arena en la playa. Blanchard llegó a las costas de Calais, donde una comitiva lo esperaba con banderas, música y la felicitación de un emisario del rey. El globo había llegado como el último invento de una época que estaba a punto de desmoronarse.

Pocos puntos de unión hay entre Kenneth Charney y Jean Pierre Blanchard. El primero voló en tiempos de guerra y el segundo sobrevoló una paz inestable. Pero fue el canal de la Mancha el radio de acción de sus destinos, el del primer viaje aéreo de la historia en conectar dos países, el de llevar la libertad al otro lado del continente. Fueron dos formas diferentes de convivir en las alturas, de entender el lenguaje del cielo, en la tormenta, en el azul zafiro de la paz. Cuando visito Normandía siempre recuerdo, no sé por qué, entre tantos nombres escogidos, el de estos dos aviadores. Miro al cielo y se me viene a la cabeza *Canción de otoño,* el poema de Verlaine cuyas dos primeras estrofas sirvieron de aviso para dar comienzo el desembarco, mientras las olas rompen en los acantilados y aguzo la vista para descubrir entre la niebla aviones sobrevolando el cielo.

Los hermanos Wright emprenden el vuelo

La importancia radica en elevar un aparato más pesado que el aire. Volar no significa dejarse caer por una pendiente y planear hasta una llanura. En el sistema complejo de fuerzas, vientos y gravedad, volar quiere decir despegar del suelo con impulso propio por medio de un motor y, una

vez en el aire, mantener el rumbo a cientos de metros sobre la tierra. En eso consiste el mayor reto de la humanidad, una historia sencilla pero difícil esta del hombre que había llevado el conocimiento a todos los puntos geográficos del globo pero que aún no había sido capaz de sobrevolarlo.

Los hermanos Wright se dedicaban al negocio de las bicicletas. Pero leyeron a Otto Lilienthal, un ingeniero alemán que se había empeñado en hacer volar al hombre. En sus diferentes ensayos técnicos sobre el arte de volar, Lilienthal proponía combinar el planeo con un aparato que pesase más que el aire, así como la inclusión de un motor. En 1896, cerca de Berlín, cayó desde una altura de más de quince metros. Sin embargo, los progresos que había realizado en el mundo de la aeronáutica permitieron asentar conceptos imprescindibles para el futuro volador de la ingeniería.

En 1899, Orville y Wilbur pensaron en diseñar un aeroplano capaz de elevarse en vuelo con un motor propio. Para ello, abandonaron su Ohio natal y se trasladaron a Carolina del Norte. El cambio geográfico resultaría decisivo a la postre. En Kitty Hawk no se producían fuertes rachas de viento que cambiaban de rumbo. Las precipitaciones eran predecibles y los tornados no llegaban al anunciarse agosto. Era el lugar perfecto para hacer volar su invento.

Este se llamó Flyer I y estuvo listo para diciembre de 1903. En la colina del Diablo, los hermanos Wright accionaron el motor y consiguieron hacer despegar el aeroplano. El primer vuelo fue pilotado por Orville, quien logró mantenerse en el aire alrededor de doce segundos y recorrer un total de treinta y siete metros. Unos minutos después, su hermano Wilbur superó esa marca con más de doscientos cincuenta metros de distancia y un minuto en el aire. El Flyer I estaba diseñado para despegar con motor y mantenerse brevemente en el aire gracias a una construcción ligera a base de madera, con una doble estructura alada sostenida por varas y un motor que accionaba dos hélices bipala, situadas de forma armónica para contrarrestar el peso. El hombre ya era capaz de construir una máquina autónoma que no dependiera del aire, como el globo aerostático.

Los hermanos Wright se hicieron famosos y fundaron una compañía de ingeniería aérea. Dedicaron el resto de su vida a diseñar nuevos sistemas perfeccionados, partiendo del Flyer I pero mejorando la estabilidad, la velocidad de despegue y el tiempo de duración del vuelo. En 1907, finalizaron la construcción del conocido como Modelo A, un avión más sofisticado que el anterior que permitía cambios de rumbo con una palanca y permanecer hasta una hora en vuelo libre. Todo ello sumado a un motor de mayor potencia.

Su invento causó sensación en todo el mundo. El Modelo A se replicó por Estados Unidos y se comercializó en Francia, en donde los hermanos Wright hicieron una demostración aérea ante los ojos de la burguesía parisina, dispuesta a invertir su capital en una máquina asombrosa que estrechaba las distancias entre las ciudades.

Aunque Wilbur murió en 1912, Orville vivió lo suficiente para comprobar que su invento había revolucionado el mundo. En 1948, año en el que falleció el último de los hermanos Wright, los aviones atravesaban las dos orillas del Atlántico cargados de pasajeros. Los diseños se habían perfeccionado tanto que se construían con aleaciones metálicas, y no con madera. Existían también aviones monoplazas, con los que los hombres habían destruido las ciudades más bellas del mundo, durante la Segunda Guerra Mundial. Todo eso le dio tiempo a ver a Orville Wright, la comercialización de aviones de la marca Pan American World, con sus azafatas sonrientes, y

el fuselaje plateado del Enola Gay lanzando la bomba atómica sobre Hiroshima. Ambas creaciones habían partido de aquella colina del Diablo en la que dos hermanos sobrevolaron el prado durante algo menos de un minuto.

El zepelín del barón

El general von Zeppelin no vivió lo suficiente para ver cómo su invento ardía sobre el cielo de Nueva Jersey. Los testigos que se asomaron a la primaveral noche de mayo de 1937 contemplaron el Hindenburg, el zepelín que cubría la línea Río de Janeiro con Fráncfort, explotando en llamas sobre el cielo. Parecerían fuegos artificiales. El noticiario inglés British Pathé grabó la secuencia del desastre en unas imágenes que han quedado en el imaginario colectivo. Se aprecia un fino hilo humeante saliendo de la cola del dirigible, justo en la parte donde ondea la bandera de la cruz gamada de la Alemania nazi. Segundos después, una fuerte explosión hace girar la cámara. Todo el aparato es pasto de las llamas, sin haber tocado aún tierra. Dentro viajaban treinta y siete pasajeros. Aquel vuelo del Hindenburg sentenció para siempre la suerte de los zepelines como aeronaves comerciales.

Ferdinand von Zeppelin se había educado en las artes militares prusianas, en un tiempo en el que Alemania estaba naciendo. Dedicó su vida al ejército, en donde hizo carrera, y gracias a la amistad que lo unió con el matemático Carlos Albán, pudo diseñar una máquina capaz de completar grandes distancias en vuelo. El dirigible del conde von Zeppelin contaba con ciertas ventajas con respecto a los aviones a motor diseñados en Estados Unidos y en Francia. Permitía, a pesar del vuelo lento y bajo, albergar a muchos pasajeros en un mismo trayecto. También resultaba más confortable. La propulsión con hidrógeno permitía un vuelo perfecto, como si la máquina se desplazara por el aire en un baile de salón, al son de *El lago de los cisnes.*

En 1900 probó con éxito sobre el lago Constanza el primer dirigible diseñado por él. A diferencia del invento de los hermanos Wright, su dirigible podía llevar a varias personas a la vez y se mantenía durante horas en el aire. En 1906, logró completar un vuelo de veinticuatro horas sobre Suiza, a pesar de las montañas y los cambios de viento. El LZ 4, con un diseño futurista más propio de las películas de Fritz Lang, voló en 1908, aunque no pudo evitar estrellarse ante cincuenta mil espectadores.

Durante la Primera Guerra Mundial, tras el pistoletazo de Gavrilo Princip en el pecho del archiduque Francisco Fernando, la fábrica de aviación del conde von Zeppelin produjo nuevos aparatos para contribuir a la victoria del Ejército alemán sobre los campos de Francia y Rusia. Imagino a los soldados franceses hundidos en las trincheras del Marne, con los rostros de espanto al ver llegar en el horizonte la gran mole de hidrógeno convertida en una estructura de muerte. El invento de Zeppelin hizo la guerra aún más cruenta y llevó al aire el terror que los hombres propiciaban en la tierra.

Murió el conde en 1917, un año antes de que Alemania se rindiera. El Tratado de Versalles cerró la fábrica de Von Zeppelin. No sobrevivió la nave a los tiempos modernos. Entre la guerra y el cielo de Nueva Jersey, el zepelín vivió sus últimas apariciones, aunque la Alemania nazi lo utilizó como medio de transporte hasta 1939. Pero para esas fechas, el mundo necesitaba de otros inventos aéreos más sofisticados y menos gráciles. Lejos quedaban hazañas como la de Eduardo Bradley, el argentino que consiguió sobrevolar los Andes en aerostato en 1916, elevándose desde

Santiago de Chile a más de ocho mil metros de altura y aterrizando en Uspallata, en Mendoza. El hombre, sin embargo, combinó las hazañas aéreas con los Guernica, Dresde e Hiroshima de turno.

Las islas salvadoras de Gago Coutinho

Gago Coutinho llevaba media vida dibujando mapas. Primero los pensaba en su estudio de Lisboa, impulsado por la tradición de la ciudad de despedir a antiguos descubridores. En el siglo XX, el país ya se había hecho pequeño, aunque aún conservaba las colonias africanas. Hasta allí viajó Gago Coutinho, uno de esos navegantes inquietos que combinó la formación militar con el estudio de la geografía. En África, le fue encargada la noble tarea de delimitar las fronteras de aquellos países extensos, atravesados por sabanas, ríos y bosques tropicales.

Entendió el geógrafo que resultaba mucho más fácil pensar la geografía desde las alturas que encerrado en su despacho. En África se despertó su pasión por la aviación y, como portugués que era, se vio abocado a viajar a través del océano. Si Vasco da Gama o Magallanes habían salido de una ensenada lisboeta, él haría lo mismo. Los cuatro siglos de diferencia marcarían un ostensible cambio: la modernidad prefería las hélices de un avión al timón de una carabela.

En 1922, Gago Coutinho, junto a Artur de Sacadura Freire Cabral, partió desde la Torre de Belém, el último vestigio que veían los exploradores que salían hacia Brasil, África y la India. Aquella era la despedida de su patria. Era de justicia poética que el primer vuelo transoceánico saludase aquella torre renacentista en las aguas del Tajo. El aparato sería un Fairey III, un biplano con dos plazas y con la posibilidad de realizar aterrizajes en mitad del mar. Un pequeño detalle técnico que les salvaría la vida en dos ocasiones. El hidroavión era una fórmula original. Una proeza de la ingeniería que conectaba la navegación y la aviación en pos de llevar a cabo con éxito los viajes del hombre contemporáneo.

La primera escala se produjo en las islas Canarias, por una cuestión de necesidad práctica, pero también de tradición. En el mes de abril, en plena primavera tropical, llegaron a Cabo Verde, posesión portuguesa, en las inmediaciones del golfo de Guinea. Saltaron a diferentes islas hasta que el 17 partieron para realizar el trayecto más largo sin costas en las que poder resguardarse en caso de problemas. El avión en el que viajaban se llamaba El Lusitania, un nombre tan heroico como la altura de su proeza. Llegaron al archipiélago de San Pedro y San Pablo, perteneciente a Brasil, tras un día entero de vuelo ininterrumpido. Pero justo en ese momento empezaron los problemas. Se produjo el primer amerizaje, lo que provocó que uno de los flotadores del hidroavión se perdiese.

Un barco de la Marina portuguesa les proporcionó otro hidroavión. Le pusieron el nombre de Patria. Pero este tampoco resultó definitivo. Al poco de partir desde San Pedro y San Pablo, a la altura de la isla de Fernando de Noronha, el avión empezó a perder fuerza hasta amerizar de urgencia. Quedaron varados en medio del océano como náufragos de otros tiempos, hasta que un barco inglés los rescató y los condujo hasta Brasil.

Aquí podríamos concluir el viaje, pero el tesón de Gago Coutinho y Freire Cabral se impuso al infortunio. Gracias a que el Gobierno brasileño les proporcionó otro hidroavión, el Santa Cruz, pudieron retomar el viaje desde el mismo punto donde lo habían dejado. Desde San Pedro y San

Pablo volaron hasta Recife, la primera ciudad continental. Después surcaron los cielos de Salvador de Bahía, Porto Seguro y Vitoria, concluyendo su viaje en Río de Janeiro. En total, algo más de sesenta horas de vuelo, esparcidas en una docena de escalas a lo largo de dos meses y medio. Definitivamente, el charco se había acortado, esta vez por el aire.

Antoine de Saint-Exupéry se pierde en el Sahara

Quedaba un día para que acabase el año de 1935 y estaba vivo de milagro. Su avión se había estrellado en mitad de la nada, en la ruta entre París y Saigón. Llevaba horas sin ver ningún rastro de vida. El piloto se había dado cuenta de que su avión perdía fuerza. La última posición reconocible había sido la costa libia. Volaba a una altura normal y el día se presentaba soleado, sin nubes en el horizonte, pero notó que algo iba mal. Perdía metros a una velocidad apremiante. Era un piloto experto. Se tomó el pulso para serenarse. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y empezó a fumar. Notaba cómo el corazón frenaba las embestidas y la respiración le volvía de nuevo. Tomó los mandos del Caudron, un avión elegante para dos viajeros, y planeó de forma suave, como deslizándose por una pendiente de nieve. Hizo de una tragedia un momento de exuberante belleza. Llegó a disfrutar incluso de ese vuelo accidentado, intentando rastrear un lugar plano entre las dunas, alargando el vuelo por necesidad estética más que vital. Logró aterrizar con el avión casi parado, como si de un milagro se tratase. Echó un vistazo al reloj de pulsera, una vez que ya se había detenido en un banco de arena fina: 19 horas de vuelo. ¿Dónde se encontraban?, preguntó a su compañero. No lo sabía. Nadie podía conocer el destino de dos hombres que acababan de volver a nacer. Solamente un hecho era transparente: estaban en mitad del desierto del Sahara sin posibilidad de comunicarse con nadie.

El relato que continúa lo recogió el piloto tras sobrevivir al aterrizaje y superar cuatro días en el desierto. Escribió sus memorias con un hombre tan sugerente como sincero. *Tierra de hombres* es la confesión de una vida dedicada a los viajes en avión; también una ironía y una advertencia. Por mucho que el hombre vuele, siempre acaba en la tierra. Su caída definitiva le llegó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando un caza alemán lo abatió frente a las costas de Marsella. De aquel accidente del Sahara salió vivo por la coincidencia comercial. Llevaba cuatro días sin moverse de la cabina del avión. Se habían agotado el agua y el vino. Estaban a punto de morir y las alucinaciones acechaban el horizonte. Pero un beduino que comerciaba con camellos los encontró y los cargó en las jorobas del animal. El viajero se llamaba Antoine de Saint-Exupéry y lo que no pudo hacer en el aire lo completó en la literatura.

Amelia Earhart, la aviadora indomable

En las fotografías Amelia Earhart tiene un aire maldito, como un personaje de Scott Fitzgerald. Su caso es el de una viajera empedernida, una persona incapaz de saciarse a pesar de las miles de horas de vuelo a las espaldas. Siempre había otra ciudad que contemplar desde las alturas, una

montaña que rodear para buscarle el perfil más bello. Había nacido en Estados Unidos, un país infinito para aviadores. En él se juntaban empresarios dispuestos a invertir en la tecnología necesaria para construir aviones y un territorio inmenso de vientos apacibles. Earhart era de Kansas, un estado propicio para las tormentas, pero eso solamente puso algo más de expectación a su carrera.

Su primer récord lo batió en 1922, a bordo de El Canario, volando por encima de los catorce mil pies de altura, algo que nadie había hecho nunca. Dos años después, dos estadounidenses completaron la primera circunnavegación aérea. Ocho aviadores en cuatro aviones que sumaron en 175 días un viaje que los llevó a hacer escala en más de 60 ciudades, hasta llegar de nuevo a Santa Mónica. Earhart no pudo ser tripulante en aquella expedición de Elcanos alados, pero guardó la gesta en su memoria. Y sería su perdición.

En 1928 se convirtió en la primera mujer en atravesar el Atlántico, en su ruta norte, uniendo Terranova con Gales. También hizo un viaje de extrema dificultad, por los vientos y la distancia, entre Hawái y California. Conforme pasaban los años, los retos se le iban quedando pequeños. Pasó catorce horas de vuelo continuado en los años treinta, desde México D. F. hasta Nueva York. Pero llegó el calendario a 1937 y su ambición no tuvo freno.

Ideó un viaje para dar la vuelta al mundo en avión, tal y como se había realizado trece años antes. Su avión tendría un nombre mitológico: el Electra recordaba a la hija de Agamenón que vengó la muerte de su padre a la vuelta de Troya. Agamenón, a pesar de los años y la guerra, pudo volver a casa, aunque fuese para morir. Electra lo estaba esperando en Micenas. Era una hija fiel y casera. De esta forma, Earhart esperaba que su Electra los devolviese a casa.

Pero el viaje no empezó bien. El plan original era volar hacia el oeste, pero un accidente en el despegue hizo suspender momentáneamente la expedición y reparar el avión. Cuando se retomó el proyecto, el Electra voló hacia el este, en una cabina compartida con Fred Noonan. Quisieron seguir la línea del ecuador, para que el viaje tuviera más mérito, puesto que recorrían más distancia. De California, el lugar de despegue, viajaron hacia la costa atlántica hasta San Juan de Puerto Rico, Venezuela, Brasil, y de ahí cruzaron el Atlántico. Tras atravesar el continente africano, pasaron a Asia a través del mar Rojo, sobrevolando Oriente, vislumbrando las cumbres más altas del planeta en Pakistán y encarando la India hasta Calcuta. Una vez dejado atrás el golfo de Bengala, viraron hacia Java y Papúa Nueva Guinea. Allí Earhart se mostró cansada, fruto del mal de disentería (como el de los marineros del siglo XVI). El 2 de julio despegó de Papúa. La última noticia de la que se tiene constancia la describe sobrevolando la isla de Nikumaroro, en Kiribati, la franja donde cambia el día entre el este y el oeste. En 1940, justo antes de que estallase la guerra en el Pacífico, se encontraron huellas de un naufragio. Demostraban que Amelia Earhart había sobrevivido al accidente aéreo. Sin embargo, tuvo que fallecer posteriormente, como atestigua el hallazgo de restos óseos en la playa. No fue necesaria la vuelta al mundo para recordar a una mujer que logró destacar en el aire, a los mandos de un avión, el lugar donde se sentía libre, donde no importaban las circunstancias del nacimiento, sino la habilidad para esquivar las tormentas y jugar con el viento de cara.

Los marcianos invaden el cielo

En *La guerra de los mundos*, H. G. Wells escribió que la Tierra era invadida por marcianos a finales del siglo XIX. Los habitantes de nuestro planeta miraron al cielo aterrorizados al descubrir una esfera de latón con cuatro patas o tentáculos de metal que descendía rápidamente por el raso celeste hasta tocar el suelo. Aquellos calamares futuristas sembraron el pánico en Londres y empezaron a atacar a la población. El miedo ya no lo producía un ejército extranjero. No eran soldados prusianos invadiendo Alsacia, ni los bárbaros de Atila frente a las murallas de Roma, sino extraterrestres con su tecnología propia y una cultura tan sofisticada que convertía a los hombres en seres débiles en peligro de extinción.

Orson Welles radió la novela en 1938, sin aclarar a sus oyentes que se trataba de una ficción. Esa noche, durante la hora que duró el programa, la histeria colectiva se apoderó de ciudades como Nueva York y Nueva Jersey, con personas llamando a la policía y jurando haber visto naves espaciales aterrizar en su porche. En la alocución se describen también esas naves de latón en forma de trípode que llegaban a la Tierra para perturbar la paz milenaria de los hombres. Pero todo fue una broma pesada, una invención genial que demostraba que la radio era un medio sensible y poderoso para manipular la voluntad de la gente.

El primer hito en la historia aeroespacial lo llevó a cabo la Unión Soviética y su nombre sería Sputnik. Aquella fue la forma en la que la humanidad logró poner un objeto fabricado por ella fuera de la órbita terrestre. El primer satélite artificial que salió al espacio tenía una forma peculiar que muchos lectores ya habían apreciado en sus horas de apasionante lectura de ciencia ficción. En efecto, desconocemos si los ingenieros soviéticos que diseñaron el Sputnik habían leído a H. G. Wells, pero las similitudes de diseño entre el satélite soviético y las naves marcianas que intentaron conquistar la Tierra son asombrosas. Ambos están formados por una cápsula metálica con patas alargadas en forma de calamar.

Durante 92 días el satélite recorrió una trayectoria extraplanetaria. Había salido desde el aeródromo de Baikonur (los rusos lo llamaban «cosmódromo») el 4 de octubre de 1957. Cuatro meses después, tras dar 1440 vueltas a la Tierra, entró en contacto con la atmósfera y se desintegró. El ser humano ya era capaz de lanzar sus creaciones al espacio, aunque aún faltaban unos años para poder viajar hacia otros mundos, igual de desolados que los desiertos, oscuros como una noche perpetua.

El ladrido de Laika

En la década de los cincuenta los países involucrados en la carrera espacial se preguntaban si el cuerpo humano sería capaz de resistir las condiciones ambientales del espacio exterior. El problema de llevar al hombre fuera de la Tierra era mantenerlo con vida. El espacio es un lugar inhóspito, carente de oxígeno. El viajero espacial se enfrenta a una soledad oscura que se agranda por momentos. Visto desde fuera, nuestro planeta parece un lugar apacible, multicolor, una esfera llena de contrastes donde reina la paz y la armonía. Pero en el espacio la enormidad y el desconocimiento abruman. ¿Está hecho el universo para ser visitado por el ser humano?

Estados Unidos realizó experimentos en este sentido tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. Gracias a un cohete V2 alemán, lograron elevar una cápsula a más de cien kilómetros de altura, aunque aún dentro de la atmósfera. En su interior habían metido una mosca de la fruta. Tras el

ascenso y caída de la cápsula, pudieron comprobar que la mosca seguía viva. Los efectos de la radiación no habían provocado la muerte del insecto y, por un instante, las moscas se elevaron por encima del ser humano en la carrera espacial. Poco después, mandaron también musgo y hasta macacos, de esos que roban las cámaras de fotos a los turistas en la India. El primer mono en acercarse al espacio se llamó Albert II y se estrelló contra la tierra en un descenso precipitado al no abrirse el paracaídas.

La historia del primer hombre que orbitó la Tierra es también la de un número impreciso de animales que sirvieron de conejillos de Indias. Los soviéticos, convencidos de que aquel viaje cósmico debía realizarse por una cuestión de orgullo nacional, enviaron a dos perros en una misión que pretendía superar la atmósfera terrestre. Era el año 1951 y, aunque los perros no cumplieron su objetivo, sí volvieron con vida a sus perreras. No sería hasta 1957 cuando se produjo el hito en la carrera espacial. Su nombre ha adoptado resonancias legendarias. Laika era una perra callejera que los científicos encontraron revolviendo basura en Moscú. Tenía tres años. Había dejado de ser un cachorro y había sobrevivido a todos los inviernos rusos y al hambre, compartida con los humanos.

Laika es un nombre genérico. A los perros sin raza en Rusia se les llama Laika. Formó parte de la misión que durante meses entrenó a varios animales para ponerlos en órbita. No sabemos qué hubo en ella diferente al resto. Tal vez su docilidad, sus buenas maneras con sus cuidadores y la nobleza de su mirada, siempre dispuesta a seguir los pasos de los hombres. El 3 de noviembre de 1957, enfrascada en un traje espacial que le cubría el cuerpo y las patitas, despegó desde el aeródromo de Baikonur, en la actual Kazajistán. El módulo espacial que la llevaría fuera de la Tierra formaba parte del programa Sputnik. Era su segunda nave.

La perra más famosa del mundo fue el primer ser vivo en salir de la Tierra. La viajera espacial llevaba comida y agua para al menos diez días. Estaba protegida por cinturones y las dimensiones de la cabina le permitían dormir plácidamente. Tras el despegue, Laika se mostró nerviosa e inusualmente agitada, como si fuera consciente del lugar que le estaba guardando la historia. Logró salir de la atmósfera y contemplar el planeta azul, suave, al margen de las guerras que se disputaban allá abajo.

Aunque la misión resultó un éxito, el final de Laika es cruel. La primera viajera al espacio exterior falleció a las cinco horas, según las últimas versiones, por estrés y calentamiento de la nave. Laika murió asfixiada. La Unión Soviética no había previsto un viaje de vuelta, demasiado costoso. Los rumores posteriores dijeron que los científicos habían pensado en algún tipo de eutanasia para, una vez en órbita, no alargar la agonía del pobre animal.

El Sputnik II y el cadáver de Laika dieron más de 2500 vueltas a la órbita de la Tierra durante cinco meses. La nave se desintegró al entrar de nuevo a la atmósfera. Hoy, Laika se ha convertido en una heroína de la cultura popular, con un monumento conmemorativo en Moscú. En la escultura, se ve a la perra con traje espacial y las orejas afiladas. Tras ella, un centenar de animales fueron mandados en misión espacial. Un viaje de dimensiones bíblicas y zoológicas para preparar al ser humano para su gran marcha.

El salto de Valentina Tereshkova

Valentina se crió viendo en su casa la fotografía del sargento Tereshkov. Era su padre, aunque nunca lo conoció. Murió en la guerra de Invierno, aquel preludio blanco que llevó a la Unión Soviética a invadir Finlandia en 1939. Tenía dos años cuando falleció y de su padre no sabía más que las historias que contaba su madre, el silencio incómodo al anochecer, el hambre compartida desde que las dejó y aquel retrato en el que sonreía.

Eran una familia humilde del centro de Rusia. Proletarios que se dejaban las manos en fábricas textiles. Para la gente sencilla las guerras no varían el horario de trabajo. A Valentina Tereshkova, a pesar de su origen y del camino marcado, le gustaba saltar. Lo hacía en la escuela subida a los árboles. Luego en los parques públicos. Finalmente, consiguió subirse a un avión y probar el paracaídas. En efecto, a pesar del miedo inicial, la bolsa de tela se abría justo a tiempo para poder planear unos minutos. Allí se sentía libre. La fábrica de textiles era tan pequeña desde las alturas que podía confundirse con un palacio real. Los caminos se deshacían con el viento, y el bosque, una mancha verde, asemejaba al musgo que nace en la sombra de los soportales.

Al ver las noticias en el periódico, Valentina Tereshkova decidió que ella también quería hacerlo. Yuri Gagarin acababa de orbitar el planeta. Ella vivía en un país en donde, al parecer, los que nacían pobres podían visitar las estrellas. De esta forma consiguió ser aceptada en el programa espacial para cosmonautas y cumplimentar el duro entrenamiento exigido.

La fecha del calendario marcó un hito en la carrera espacial y en la extensa literatura de viajes del mundo. El 16 de junio de 1963, la Vostok 6 despegó desde el cosmódromo de Baikonur. Valentina Tereshkova era la única tripulante a bordo. Tras superar todas las capas de la atmósfera, orbitó la Tierra durante tres días, completando 48 vueltas a la esfera, antes de que el módulo espacial en el que viajaba se desprendiera para preparar el descenso. El viaje de Tereskhova, la primera mujer en el espacio, no fue plácido. En muchos momentos, la misión corrió peligro de fracasar y ella misma tuvo que intervenir para reconducir el rumbo de la nave y tomar el control. Después de tres días orbitando, entró de nuevo a la atmósfera y saltó en paracaídas desde seis kilómetros de altura, un salto considerable, dentro de la altitud en la que vuelan los aviones comerciales.

Cuando tocó tierra en Kazajistán, tenía 26 años. Con toda la vida por delante, ya había hecho historia en el mundo de los viajes al espacio. Valentina Tereshkova marcó el camino a seguir, aunque pasados los años, la carrera espacial se centró de nuevo en un recorrido masculino. Hasta veinte años después del viaje de Tereshkova, Estados Unidos no mandó a una mujer al espacio. Fue Sally Ride quien viajó en el transbordador espacial Challenger en 1983. Un año antes, la soviética Svetlana Savítskaya había logrado realizar con éxito una caminata espacial, salir de la cápsula y gravitar por el vacío celeste, como quien camina sobre las aguas. Casi cuatro horas de paseo ante el gran planeta azul, el hogar de todos, el destino al que volver tras cada viaje.

Armstrong, Aldrin y la pisada lunar

Me gusta comparar el viaje a la Luna del Apolo XI con el de Colón a América. Los separan más de cuatro siglos, la tecnología y el procedimiento, pero no tanto la motivación y el resultado. Colón y Armstrong se enfrentaron a un reto mayúsculo para la humanidad. Viajaron hacia lo desconocido, uno observando el cambio de los vientos y la posición de las estrellas y el otro

motorizado a cientos de miles de kilómetros de distancia. Si el marino genovés fallaba, si su barco encallaba o la tripulación se amotinaba, se encontraría solo. Siempre con un pie en el fracaso, la muerte rondaba la piel de madera de su carabela. Para Armstrong no tuvo que ser muy diferente. Él, junto a su tripulación, hubo de experimentar la soledad absoluta, dejando la Tierra a sus espaldas y dirigiéndose a una roca inmensa de aspecto frío, muy diferente a la fascinación que el satélite adquiere cuando lo miramos en el cielo nocturno. No sabría decir qué viaje fue más complicado o cuál significó más para el progreso del hombre. Parte de mí exalta la proeza colombina como un viaje a ciegas, el enfrentamiento del hombre moderno con las tinieblas del conocimiento. En los tiempos de Colón muchos pensaban que más allá del mar Tenebroso el agua hervía y leviatanes se tragaban todo navío. Colón le dio forma al planeta que habitamos. Le puso límites y lo agrandó. Pero Armstrong hizo que el ser humano se saliese de su historia, colonizando la Luna, la luz nocturna que ha desvelado a todas las civilizaciones que en el mundo han sido.

El viaje de Armstrong se llevó a cabo en el verano de 1969 en el hemisferio norte. La nave no podía tener otro nombre: Apolo era el dios griego de las artes, de la belleza y del sol, pero en época helenística se empezó a asociar, como a su hermana Selene, con la Luna. Además, Apolo entendía a los poetas, seres que desde tiempos inmemoriales han intentado curar su amargura con el consuelo de las estrellas. La nave que llevó al hombre a nuestro satélite tendría resonancias clásicas. Todo está en Grecia y nada puede escapar de su influjo. El Apolo XI culminaría el programa lunar que la NASA llevó a cabo durante la década de los sesenta (y que prosiguió posteriormente). Los tripulantes seleccionados fueron tres: Neil Armstrong, Michael Collins y Buzz Aldrin.

El 16 de julio despegó el Apolo XI de Cabo Cañaveral. Medio mundo estaba pegado al televisor. Un viaje retransmitido en directo para toda la humanidad, cuyo resultado final no podía esperar a ser leído en crónicas. Ahí están las imágenes décadas después, asombrando al espectador como en el primer día. Un mundo en blanco y negro que se modernizaba a la par que el Saturn V hacía rugir sus motores para elevarse. Tres horas después se iniciaba el vuelo no propulsado hacia la Luna. Quedaba solamente que la gravedad lunar fuese atrapando poco a poco a la nave.

75 horas después del despegue, el Eagle, el módulo lunar, encaró la órbita de la Luna y se dispuso a descender. El 20 de julio de 1969, Armstrong y Aldrin realizaron con éxito el alunizaje en el mar de la Tranquilidad, una planicie arenosa con reminiscencias de otros viajes pasados. Allí estaba el hombre, con movimientos torpes y la voz entrecortada, metalizada por la distancia y la radio, haciendo suyo un viaje que había llevado a la humanidad a superarse durante milenios. Tal vez pensaría en otros viajeros, en Marco Polo y sus ciudades inventadas, en Orellana atravesando el pavoroso Amazonas, en Livingstone perdido en la sabana. Pensaría Armstrong extendiendo la bandera que el mundo se había quedado pequeño para la ambición del hombre. Y luego Aldrin con su pisada universal, eternizando el paseo lunar para el resto de los habitantes del mundo, para los espectadores que, de madrugada, en países remotos, contenían la respiración por el éxito de aquella marcha.

El viaje a la Luna tal vez no hizo mejor al hombre, pero sí le dio la medida de hasta dónde podía llegar. La expedición combinó la experiencia física y mental. El trasunto de milenios de ciencia y tesón humano. Desde aquellos antiguos griegos que, atravesando el desierto a los pies

del Nilo, describieron el planeta como una esfera, pasando por los mercaderes que conectaban Europa y Asia, así como los polizones que se escondían en las bodegas de los barcos para sobrevivir, todos estuvieron representados en la caminata lunar de Armstrong. El hombre volvió de la Luna a la Tierra y siguió viajando. El satélite continúa visitando nuestro cielo cada noche desde aquel día. Allí está la primera huella de todos los viajeros que fueron y que están por venir.

Epílogo

El Grand Tour:
el redescubrimiento de Grecia y Roma

> «Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas».
>
> SUÁREZ MIRANDA, *Viajes de Varones Prudentes*,
> Libro Cuarto, cap. XLV, Lérida, 1658;
> en Jorge Luis Borges, «Del rigor en la ciencia»

El lapidario de Trieste

Para Winckelmann, la perfección del mundo cabía en una estatua griega. Tal vez por eso su cenotafio, en el lapidario romano de Trieste, se asemeja a una de esas tumbas de soldados atenienses ante las que lloró Pericles durante la guerra del Peloponeso. Trieste es una ciudad que gira en torno al mundo clásico, a pesar de las capas de estilos que la historia ha ido desgajando en sus calles. Cuando se vencen las cuestas y se llega hasta lo alto de la colina, se contempla de frente la catedral de San Justo Mártir. A un lado hay un jardín romano. El huerto está plagado de mármoles rotos en cuyas inscripciones crece la hierba. Son lápidas que la arqueología encontró cuando la urbe fue creciendo hasta darse de bruces con el mar. En la entrada del museo está el cenotafio de Winckelmann. Contemplé aquel ángel que se lamenta por la pérdida del hombre. La esencia de la belleza guardando el espíritu de un ser que durante toda su vida había amado la Antigüedad como nadie hasta ese momento. Un hombre que, por amor, se había dejado apuñalar en la habitación oscura de un hotel, tras ofrecer unas medallas antiguas a cambio de una noche de abrazos. Winckelmann murió en Trieste, a medio camino entre Roma y Atenas, sin haber podido nunca participar de un amanecer en la Acrópolis.

Hablar del padre de la historia del arte significa retrotraernos a una polémica que durante todo el siglo XVIII agitó los salones de la nobleza europea. ¿Qué arte era superior, el romano o el griego? Winckelmann nunca había estado en Grecia. Gran pecado para alguien que escribió ríos de tinta con la intención de defender el legado griego como muestra de la perfección humana. Pero inauguró una corriente de pensamiento que basaba su prestigio en la superioridad del arte griego por encima del romano. Pensaba el arqueólogo alemán que Roma conquistó con las armas, pero Grecia con el espíritu. Ese orgullo de los vencidos hizo a Grecia resistir el paso del tiempo a través de las formas y los moldes de Roma. Desde Homero, su ídolo inmortal, fue construyendo una civilización de melancolía basada en la perfección y en la belleza. Roma no rompió aquel paraíso de medidas puras, sino que lo extendió hacia todo el mundo.

Mientras tanto, en Nápoles un rey se había empeñado en excavar en las faldas del Vesubio. Aquel Borbón, el futuro Carlos III, había leído a Plinio y sabía que en suelo italiano cualquier

hendidura de la tierra terminaría por resucitar un templo dedicado a Júpiter. Las excavaciones lograron hallar no un templo, un teatro o una casa del amor, sino toda una ciudad. Fue en 1738 y se trataba de Herculano. Diez años después, Pompeya emergía de las cenizas.

Allí estaban, frente a frente de nuevo, Pompeya, Herculano y el Vesubio. En las bibliotecas de toda Italia la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, que sí había leído Winckelmann, se materializaba, y el erudito alemán no dudó en dejar Dresde para participar del mayor descubrimiento de la época. Se topó con Roque Joaquín de Alcubierre, el ingeniero que el rey Carlos había mandado para dirigir las excavaciones. Fue el inicio de la arqueología como ciencia encargada de reconstruir el pasado, de rescatar, como si de fotografías pétreas se tratase, la vida de los que ya no están. Hablan las voces de los muertos a través de sus actos. Los últimos recuerdos que dejaron. Una vida cotidiana detenida en un instante. En Pompeya este hecho es tan claro como sobrecogedor. He visitado dos veces la ciudad y todavía me emociono al recordar la fisonomía de dos cuerpos abrazados, en el momento en el que la lava los convirtió en piedra. O la sutileza de los grafitis en tiempos de campaña electoral. En la entrada de la casa de un tal Fabius leí: *Fullones ululamque cano non arma virumque,* una referencia a la *Eneida,* donde se compara al héroe troyano con un simple lavandero. Lo divino y lo humano en un barrio de la memoria.

Poco pudo ver Winckelmann, porque le fue prohibido el paso a la mayor parte del recinto. De Alcubierre era inflexible con el horario de visitas. Winckelmann, sin embargo, acusó al ingeniero español de estar interesado exclusivamente en el hallazgo de monedas de oro. El caso es que el arqueólogo alemán contempló con júbilo las estatuas que nacían de la tierra. Él pensaba que se trataba de originales griegos, o al menos de copias hechas en los talleres de Atenas y Corinto, mandadas a Roma por el capricho de los nuevos ricos. Pero Winckelmann estaba equivocado. Aquellas eran reproducciones romanas, compradas al por mayor y en serie, al igual que hoy los turistas adquieren imanes de la *Mona Lisa* o de la *Olimpia* de Manet para poner en el frigorífico.

Winckelmann abandonó Pompeya y Herculano y se detuvo en las principales ciudades italianas justo en un momento en el que el clasicismo quería imponerse sobre el caos barroco. El historiador alemán le devolvió la dignidad al Mundo Antiguo. Sus libros, sus alegatos, fueron una llamada de atención para que toda Europa volviese a mirar Italia y Grecia no con los ojos afilados de la política, sino con el amor sincero de la belleza. Esta se encontraba en una estatua griega. Hizo entender a muchas generaciones de jóvenes apasionados que el futuro de nuevo pasaba por el estudio del clasicismo, y que este partía de Atenas y Roma. Como peregrinación obligatoria, nació el Grand Tour para honrar al pasado, al momento cumbre de la humanidad, en el que la estética se puso por encima de la necesidad vital de existir. Ese fue el legado de Winckelmann, presente en las faldas del Vesubio, en el lapidario de Trieste. El hombre que quiso resucitar lo griego se perdió en el camino al encuentro de Grecia, sin llegar nunca a conocerla.

Petrarca lee la *Ilíada*

Es un itinerario sentimental el que ha hecho la cultura clásica para salvarse del olvido. Conocemos el final del trayecto, que es precisamente el inicio de este epígrafe. Vamos a observarlo desde la mirilla de esta página: ahí está sentado Francesco Petrarca, en un palacio

situado junto a la torre Vercellina de Milán, propiedad del arzobispo Visconti. Manosea con devoción un libro mientras sostiene otro con las rodillas. Abre el primero. Se trata de la *Ilíada*. Se sabe la historia de Troya de memoria, pero nunca ha podido leerla, porque en Italia no existen ediciones anteriores al siglo XIV. Quiere tocar la cólera de Aquiles. El segundo tomo es la *Odisea*. Es 1354 y Niccolò Sigeros, amigo íntimo de Petrarca de los tiempos de Aviñón, le ha enviado desde Constantinopla esas joyas del conocimiento humano, escritas en griego, que él lee ya sin dificultad.

¿Cómo pudo Petrarca leer un manuscrito griego compuesto siglos antes? Pensemos, por ejemplo, en un autor trascendental para la historia de la humanidad: Aristóteles. Esta expedición comienza con el filósofo griego preparando sus clases para la escuela que fundó en Atenas. Estamos en el año 335 a. C. Aristóteles confía en su memoria, pero le gusta anotar las ideas que posteriormente enunciará a sus alumnos. Esas notas le darán sentido a una estructura filosófica que rigió buena parte del mundo durante toda la Edad Media, pero esto Aristóteles no lo sabe.

El tiempo pasa vertiginoso. La fórmula de sus palabras ha tenido éxito y Alejandro Magno ha llevado sus enseñanzas hasta Persia y casi la India. Aristóteles es conocido en todo el mundo. Sus alumnos han hablado a las nuevas generaciones de él y han basado sus pensamientos en sus doctrinas filosóficas. Se han copiado sus manuscritos, las notas tomadas a vuelapluma minutos antes de sus clases. Ahora componen los papiros más prestigiosos de la biblioteca de Alejandría, los carneros más tiernos de la biblioteca de Pérgamo. En fin, Aristóteles se convierte en un autor multiplicado por los copistas.

Pero los siglos se van sucediendo con la agonía de los hombres. Grecia no es más que un reducto de melancolía. Cayeron sus dioses. Roma se hizo grande al apoyarse en los pedestales griegos pero también sucumbió a los vientos de cambio. La religión pagana guardó las esculturas de sus dioses bajo la tierra y el cristianismo trajo sus ideas, las impuso y transigió solamente con lo que le interesaba. Aristóteles no estaba entre ellos. Los manuscritos con sus obras se ocultaron en las bibliotecas, donde el papiro arde si no se lee. Y ardió, como muy bien explica Irene Vallejo en *El infinito en un junco.*

Nuestro viaje ahora se ha vuelto brumoso. Pongamos, tal vez, que estamos en el siglo VII de nuestra era. Al cristianismo le ha salido un duro competidor. Es el islam el que toma la iniciativa. Conquista la parte sur del Mediterráneo y Oriente. Los árabes traen su fe, parecida a la cristiana pero distinta. Entran en los templos y adaptan sus formas a las mezquitas. Rezan donde antes se rezaba. Encuentran una biblioteca. Pasean por sus pasillos y fisgonean los papiros, ya tan amarillos de no usarlos que cuesta trabajo desenrollarlos. Se dan cuenta de que uno se repite con frecuencia. Es Aristóteles. Llaman a alguien que sabe leer griego. Esos volúmenes describen fórmulas que ayudan a la vida de los hombres. Mandan traducirlos. Aristóteles se arabiza, se pasa al alifato y se escribe de derecha a izquierda. Se copian miles de manuscritos que llegan a todas las partes del islam: Bagdad, La Meca, Damasco, Samarcanda, Isfaján, Marraquech y Córdoba.

Esta ciudad última crece como la floreciente capital del nuevo califato. Representa un faro cultural en el mundo, el encuentro entre las tres culturas del Libro. Los palacios tienen jardines, fuentes con surtidores de agua y bibliotecas. En ellas hay fragmentos de Aristóteles. Y llega Averroes, un médico apasionado por el pensamiento filosófico que encuentra esos papiros. Los comenta. Descubre que el pensador clásico habla su mismo lenguaje, a pesar de los siglos. Así

sobrevivió el filósofo griego, con vestiduras ajenas a las suyas.

Luego las fronteras se movieron en la península ibérica. Los cristianos miraban cada vez más al sur, y al abrir las ciudades asediadas, encontraban lo mismo de siempre: mezquitas que cristianizar, libros con los que calentar los inviernos. Pero aquí se produce un salto en la historia. Estamos en el entorno del siglo XIII y hay un rey que solamente acepta como lumbre la leña, y no los códices. Alfonso X aspira a conservar la cultura que reside en sus calles y utilizarla. El rey castellano formula una de las claves del éxito de este redescubrimiento de lo griego y romano: funda una escuela de traductores. Estos expertos en lenguas ajenas, monjes pero también burócratas, traducirán textos del árabe al latín y del latín al castellano. Fue una práctica que no inventó Alfonso X pero que sí institucionalizó. Se la conoce como la Escuela de Traductores de Toledo, pero también existió en Sevilla y Córdoba.

Ahora vayamos un poco más al norte, en las faldas del Pirineo. Allí se encuentra Santa María de Ripoll, uno de los monasterios más afamados de toda la Edad Media. Gracias al intercambio cultural, en su biblioteca hay manuscritos en muchas lenguas conocidas. Incluso la árabe. Hay monjes encargados de leer día y noche el contenido de esa caligrafía, tan elegante como un ejército de hormigas. En uno de ellos aparece, de nuevo, Aristóteles. El libro parece interesante. Lo traducen y empiezan a hacer copias. Monjes de otros monasterios viajan durante semanas y meses solamente para leerlo. Pasan largas temporadas en Santa María de Ripoll para copiarlo y llevárselo hacia otros monasterios. Aristóteles, que escribió en griego, fue traducido al latín gracias a un ejemplar árabe. Y así llega a Italia, a Francia, y un monje dominico llamado Tomás de Aquino lo lee con devoción y estructura el cristianismo en torno a él, que había sido ignorado en la infancia de la religión pero que sabía mucho de Cristo, aun sin conocerlo.

De esta forma, Aristóteles pasó a ser de nuevo, tras quince siglos de viajes, destrucciones, conquistas y desvelos, una figura clave en la civilización occidental. Y junto a Aristóteles se recuperó toda una tradición clásica que había estado oculta, pero al alcance de la mano, en los monasterios que sobrevivieron al caos. Allí estaban Homero, Platón y Virgilio, esperando una mano diestra que supiese latín y griego, que los leyera con soltura. Durante toda la Edad Media, pero sobre todo a partir del siglo XII, la cultura clásica fue reponiéndose de su largo letargo y recuperando su espacio. Los mismos pensadores medievales, al leer las obras clásicas, intuyeron la grandeza del pensamiento y formularon aquel tópico de éxito en el que expresaban su inferioridad frente a ellos. Decían que se sentían enanos a hombros de gigantes. Como Petrarca leyendo a Homero por primera vez.

Hernando Colón busca libros en Roma

Su padre le había dejado 238 libros en herencia. También el apellido que había cambiado la forma del mundo. De entre todos los caminos que pudo escoger Hernando Colón para pasar a la posteridad, eligió el más noble: el de componer la mayor biblioteca privada de cuantas existiesen. En ambos casos se necesitaba la habilidad del viajero. El hijo de Cristóbal Colón también estuvo en América, pero prefirió el viejo mundo con sus templos del saber, sus bibliotecas polvorientas y sus ciudades incandescentes de guerras. Fue, ante todo, uno de los

primeros hombres modernos.

Paseo a menudo por la catedral de Sevilla, a escasos metros de mi casa. En el lateral que da a la calle Alemanes se encuentra la Biblioteca Colombina. Si el viajero no se fija bien, creerá estar ante una capilla o una puerta secundaria de la iglesia. La Giralda, a unos pasos, llena de sombras el huerto de naranjos que rodea la biblioteca. Dentro se guarda el archivo de Hernando Colón, el trabajo de una vida entera dedicada a reunir libros. El catálogo es impresionante, desde las cartas manuscritas por el propio almirante, pasando por varias docenas de incunables, códices medievales y libros que nacieron con el embrujo de la imprenta. Todos los caminos del mundo, también los de esta biblioteca, pasan por Roma. ¿Adónde iría si no Hernando Colón a comprar libros?

En 1512, el humanista se encontraba en la ciudad, justo cuando Rafael estaba a punto de terminar las Estancias Vaticanas. Es una Roma efervescente, que se ha subido al tren del humanismo a través del arte, de la grandilocuencia del mármol y el color del fresco. Hernando Colón pasea por sus calles, inspecciona sus tabernas y se inmiscuye en los palacios papales. Es el hijo del mayor descubridor de todos los tiempos. Las puertas del Vaticano se le abren y los cardenales lo rodean para preguntarle cómo es ese territorio nuevo, de qué color son los pájaros cantores y si es cierto que los indios van desnudos.

En Roma había pequeños locales ubicados en los bajos de los palacios llamados *cartolai*. Eran librerías donde los impresores exponían los nuevos hijos salidos de la imprenta. Allí pudo Hernando Colón comprar libros de todo tipo. Adquirió volúmenes de jardinería, de arquitectura, de historia… El problema residía en que la mayoría de los libros estaban escritos en latín, y Colón quería sumar a su biblioteca ejemplares en lenguas vernáculas.

También visitó las Bibliotecas Vaticanas. Aquel era un lugar oculto. Apenas llevaba unas décadas funcionando a pleno rendimiento. Si la historia del Vaticano durante la Edad Media fue inestable, qué podríamos pensar de sus libros. La biblioteca aún se estaba reponiendo de su marcha de Aviñón. En efecto, en 1309, se trasladó la sede papal y no volvió a Roma hasta 1370. A Hernando Colón le contaron cómo fue esa procesión bibliófila atravesando los Alpes nevados. Carros enteros, tirados por caballos, llenos de libros, ante los peligros constantes de la humedad, las polillas y los bandidos. Aquel desfile supuso un milagro, la salvación de miles de volúmenes que guardaban la sabiduría de una época ya lejana en el tiempo.

Hernando Colón pasó cinco años en la ciudad papal. La mayor parte de su tiempo lo empleó en agrandar su biblioteca, que al final de su vida contaba con más de quince mil ejemplares. Hoy en día solo se conservan cuatro mil, muchos de ellos productos de las imprentas romanas. En el catálogo hay muchos libros latinos y griegos, lo que significa que a principios del siglo XVI Roma hervía ya con la fiebre de la cultura clásica. Junto a la *Eneida* de Virgilio, impresa en Estrasburgo, se halla el *Iudicio del Frate*, un libro de astrología dedicado al papa Julio II, en donde los cardenales son representados como gallinas y los principales dirigentes europeos como animales sedientos. Hernando Colón lo compró por dos cuatrines, pura calderilla de la época. Aspiró a encerrar en su biblioteca todo el saber del mundo clásico y por ello viajó a Roma. Nunca se puede huir de Roma, ciudad de finales siempre dispuesta a los comienzos.

Una postal de Roma por dos francos

En las orillas del Sena, el caminante se detiene a contemplar los puestos donde se venden libros y postales. Era uno de mis pasatiempos preferidos cuando el ritmo de las clases en la Sorbona me dejaba tiempo libre. Resulta difícil irse de los *quai* con las manos vacías, esas librerías a las que Walter Benjamin catalogó como la mayor biblioteca del mundo al aire libre. Junto a libros, vinilos de los Rolling, de Charles Aznavour, e imitaciones de pinturas clásicas, cuelgan postales de grabados antiguos. Son las *vedute*, cuadros que durante el siglo XVIII se popularizaron y que representan una idealización del mundo clásico. No es difícil imaginar a un parisino joven, en el siglo XVIII, encontrándose una de esas postales sugerentes. Pongamos, por ejemplo, que este chico se detiene frente a una imagen del Arco de Tito. Su autor es Piranesi. Se titula el grabado *Veduta dell'Arco di Tito.* Le impresiona la estampa. El arco del triunfo se muestra en un extremo. Está desvencijado, como construido a trozos. En el vano se esculpe el desfile de los saqueadores de Jerusalén portando el candelabro de los siete brazos. El mármol se desgaja y del interior de la estructura nace una vegetación desbordante. Pinos romanos brotando de las grietas del arco, mientras las casas medievales multiplican el arco y se apoyan en sus paredes. El resto del grabado es un conjunto de hombres y mujeres empequeñecidos por el monumento que caminan junto al ganado y sobreviven en una tierra asustada por la grandeza extinta de Roma.

Al igual que en París, las *vedute* corrieron por toda Europa para sembrar la imaginación viajera de miles de jóvenes aristócratas. Los paisajes idealizados inundaron las bibliotecas y las librerías de las principales capitales. Se podían comprar reproducciones de los monumentos romanos en Viena, en Berlín, en Londres, en Madrid, en Ámsterdam y hasta en Moscú.

Aquella fue una campaña publicitaria sin igual que tuvo en Giovanni Battista Piranesi su principal aliado. En el siglo XVIII, nació así el viaje a Italia como modelo de formación artística e intelectual. La antigua Roma quería ser rescatada y aquellos viajeros jóvenes de Inglaterra, Alemania y Francia lo harían posible gracias al dinero de papá, que se dedicaba a la política o a las fábricas recién creadas. El Grand Tour fue un fenómeno de masas que puso en el centro del debate el pasado clásico como herencia. Nadie mejor que Piranesi para incitar a todas aquellas generaciones de jóvenes a visitar Roma.

La realidad, cuando el viajero llegaba a Roma por Porta Flaminia (hoy Piazza del Popolo), distaba mucho de la visión de Piranesi. Pero el joven intrépido ya había picado el anzuelo. Pasaría meses visitando los restos de una ciudad encantada, llena de sacerdotes y prostitutas, cuyas calles olían a orines, a la pestilencia del Tíber, portador de mosquitos tan letales que una sola picadura provocaba malaria. En efecto, la Roma que veían no se parecía mucho a la de Piranesi, pero algo tenían en común: bajo la tierra latía una civilización perdida que de tanto en tanto surgía. Fue entonces cuando la ciudad se llenó de jóvenes apellidados Winckelmann, Goethe y Stendhal. En unos años, las *vedute* que se vendían a las orillas del Sena se hicieron realidad dentro del Louvre. Había empezado la compra masiva de antigüedades para llenar los museos de Europa. Cada ciudad quería tener su propia Roma encerrada en una sala.

Un joven lord viaja a Italia

Cuando Batoni pintó *Francis Basset, I barón de Dunstanville, durante su Grand Tour* en 1778,

que hoy en día se encuentra en el Museo del Prado, el Grand Tour ya era una institución entre los jóvenes europeos. El pistoletazo lo dio, tal vez sin ser consciente de ello, Richard Lassels al escribir sus experiencias tras un viaje por el conglomerado de repúblicas y monarquías teocráticas que hoy componen Italia. Llamó a su obra *Voyage d'Italie* y sirvió como inspiración para que miles de viajeros dejaran sus escuelas y clubs para conocer el país.

Los motivos eran variados y mezclaban la preocupación por la educación y el *dolce far niente*. ¿Por qué un lord inglés mandaría a su hijito a vivir la vida durante un par de años en un país tan alejado de los estándares civilizados? El mundo no ha cambiado tanto desde aquellos días. Papá quería que el pequeño lord dedicase la mejor parte de su vida al estudio de una carrera decente, al negocio familiar y a la política. Eso se esperaba de un hombre de bien inglés en el siglo XVIII. Italia suponía un paréntesis, la oportunidad de vivir historietas que contar a los nietos. Claro que entrañaba riesgos el Grand Tour, pero la mayoría de las veces el viaje se saldaba con muchas experiencias, un diario de viajes que publicar a la vuelta y dos carruajes llenos de mármoles que exhibir en el British Museum. Viajar a Italia, además, daba prestigio y convertía al joven en un *connoisseur* de arte.

Sigamos de cerca el recorrido de un joven inglés, harto de sus clases de latín en Oxford. Lleva, al menos, un carruaje con todas sus pertenencias. El tercer conde de Burlington dejó escrito que lo acompañaron a su viaje 878 bultos, entre ropa, artilugios varios y necesidades que todo aristócrata entendería. Nuestro joven va más ligero de equipaje. Eso sí, su padre no le ha dejado viajar solo. Ha mandado con él a su tutor, una especie de guía espiritual (para mantener la moral puritana), experto en lenguas clásicas y controlador las veinticuatro horas, que deberá enseñarle a la vez que ponerle límites. El guardián de la puerta de su hostal para que ninguna visita ronde las noches del joven.

La primera ciudad que lo recibe es Turín, la más francesa de las ciudades italianas. En Turín no se queda demasiados días, solo para reponerse del mal de altura de los Alpes y para inspeccionar lo que los Saboya están haciendo con su capital: una nueva París. Es decir, alejarla de Roma. Hace parada también en Génova, hasta entrar en el Ducado de Milán. Ya se le está poniendo el cuerpo de experto en arte a nuestro joven lord. Visita la pinacoteca y el Duomo, que lo impresionan, pero no se detiene mucho porque el camino es largo. Apenas un poco de Verona, Vicenza y Padua, todas ciudades provincianas. Se está reservando para Venecia. Entra en la urbe montado en una góndola, junto a una marina entera para transportar su equipaje.

Los viajeros solían pensar que Venecia pertenecía más al mundo onírico que a la realidad. Habían visto reproducciones de Canaletto. Sus *vedute* se habían popularizado tanto que raro era el club inglés que no colgaba una panorámica del Gran Canal o de San Gregorio bajo la lluvia. El joven lord contempla la tarde detenida en un charco. La humedad es tal y como la imaginaba, condensada en un color especial que baña las cúpulas y moja las paredes. Venecia es selectiva y aristocrática. Hay ruido en sus plazas, pero no está desordenada. Es una ciudad de otra época, pero nada en ella hace pensar en el mundo clásico, sino en Bizancio y el imperio perdido a manos de los turcos. Ya nada lo detendrá hasta llegar a Roma, salvo unas paradas obligadas en Bolonia, Florencia y Siena.

Roma es el final de trayecto, aunque muchos viajeros continuaron hasta Nápoles, incluso llegaron a Palermo. En la ciudad santa el impacto que recibe el lord inglés es abismal. La urbe está destartalada. La mitad de sus edificios conviven con las grietas y comparten espacio con

antiguos templos, como el teatro de Marcelo, en donde viven los judíos de forma insana. Pasea por los foros y solamente encuentra vacadas soportando un sol abrasador, resguardándose en los restos del senado. Los palacios, la quintaesencia del arte barroco, están habitados por cardenales y toda la corte que los acompañan. Las fiestas que se celebran de noche suelen ser entretenidas, pero la curia exige siempre cierta recompensa a cambio de pequeñas visitas nocturnas por el mundo del arte. Esos paseos suelen contar con la desaprobación del tutor, porque acaban en las tabernas de Campo de Fiori. Cuenta Juan Claudio de Ramón en su *Roma desordenada* que cierto viajero llamó a Roma la ciudad de las seis pes: *papa, preti, principi, puttane, pulci e polvere*. Ya saben, el joven inglés aún no sabe bien italiano, así que conviene hacer una traducción aproximada: papa, curas, príncipes, putas, pulgas y polvo.

El tutor se conformará si su pupilo logra entender la diferencia entre el arte clásico y el barroco, en constante lucha por las calles de Roma. También si no pesca alguna enfermedad venérea o paludismo, tan características de la ciudad por la que discurre el Tíber. Volverá a Londres hecho un hombre de provecho, más sabio, más experto, más culto y con una decena de mármoles robados o comprados a precio irrisorio. Escribirá, pasadas unas décadas, sus memorias, que se llamarán *Recuerdos de un viaje a Roma.* Llegará a diputado y se buscará una lápida semejante a esas que vio en las catacumbas vaticanas. Pagará, veinte años después, para que su hijo haga el mismo viaje, y como no se fía de la genética, buscará un tutor sexagenario para que lo acompañe en su viaje iniciático. Así se completan las generaciones de viajeros hasta que el tren rompa el romanticismo del Grand Tour y haga del viaje a Roma una popular tradición sin distinción de clase.

La noche de Villa Diodati

Los tiempos se presentaban convulsos en 1816, pero lo que no podían esperar ciertos viajeros es que en pleno verano europeo se pusiese a nevar como en el peor de los inviernos. Y a algunos los pilló la nieve cruzando los Alpes. Sin elefantes, claro, pero con zapatos de charol y el cuerpo poco dado al sufrimiento.

Me refiero al año sin verano, a Villa Diodati, a la noche en la que se fundó el terror moderno, en la que Frankenstein echó a andar y el vampiro empezó a clavar sus colmillos en el cuello de las mujeres gráciles. No he tenido la suerte de pasear por Cologny, ese pueblo encantado a las afueras de Ginebra, a las orillas del lago Leman, pero he leído los suficientes libros como para saber que hablo de un lugar especial. Uno de esos enclaves escogidos por el aura de la historia en los que se siente que algo importante ha ocurrido. No es poco haber suscitado el origen del terror moderno, ese que me atormentaba cuando de niño no quería mirar debajo de la cama.

Por supuesto que todo empezó por culpa del mundo clásico. ¿Hacia dónde iban si no esos jóvenes libertinos empapados de romanticismo? Roma, que siempre ha sido clásica, muy poco medieval, algo renacentista e inmensamente barroca, se dejó seducir por la exaltación de los sentimientos. Cambió la moda, desde el templo neoclásico con las formas medidas hasta la sugerencia romántica, que anhelaba las ruinas y despreciaba el orden. Y si algo hay en Roma, son ruinas. A pesar de que nada queda del arte gótico (salvo Santa Maria sopra Minerva y sus bóvedas estrelladas), los artistas románticos acudieron a ella como si hallasen en sus calles el

paraíso terrenal, una ciudad creada a la medida de sus necesidades, caótica y perturbadora, rota e infinita. Pero para llegar a Roma había que atravesar mucho mundo.

El Tambora, un volcán de Indonesia, explotó en 1815. A las pocas semanas, las temperaturas de todo el mundo bajaron drásticamente porque un manto de ceniza cubrió el cielo. Las tormentas hicieron su aparición y en mayo el frío gélido asoló los países mediterráneos. Muchos pensarían que se trataba del fin del mundo, un eclipse perpetuo, un castigo divino por la maldad de Napoleón y su código civil. A Lord Byron, Percy Shelley, Mary Wollstonecraft (Mary Shelley para la posteridad, no confundir con su madre, la filósofa Mary Wollstonecraft), John Polidori y Claire Clairmont los pilló a medio camino de Italia, en el lago Leman, en la Suiza pacífica que construía relojes a falta del esperado verano. Como el tiempo no mejoraba, decidieron alquilar una villa solitaria a la que se accedía a través de un embarcadero. Es Villa Diodati, una mansión de tres plantas con vistas a todo el lago Leman y los glaciares en donde los jóvenes entraron a pensión completa y sin fecha de salida.

¿Qué hicieron durante dos meses? Su idea era básica: bañarse en el lago y aprovechar la buena temperatura para recuperarse del largo invierno. Pero el invierno no se iba, no dejaba de llover y los vientos eran tan violentos que arrancaban los árboles de cuajo. Incluso el lago, normalmente tranquilo, producía cierto oleaje. Pasaron la mayor parte del tiempo encerrados en la mansión del viejo Diodati, jugando al billar y manteniendo relaciones licenciosas los unos con los otros. Pero a todos los movía la pasión literaria. Una noche decidieron apostar a ver quién podía escribir el relato más aterrador de todos. Fue allí, una noche del verano de 1816, una noche de lluvia y viento, donde nació el terror moderno.

Mary Shelley fue la que más éxito tuvo. Escribió *Frankenstein o el moderno Prometeo*, poniendo de manifiesto que el pasado clásico ya había vuelto de entre los muertos, al igual que su criatura. Nunca he sentido especial predilección por el ser salido de la imaginación de Mary Shelley hasta que, ignorando las docenas de películas que se han hecho de su obra, la leí. Descubrí entonces un libro original, que ponía al ser humano frente a sus miedos, el poder incontrolable de la creación, la criatura que supera a su creador, como el hombre matando a Dios que Nietzsche formuló décadas después.

Me sucedió al contrario con *El vampiro* de Polidori. La novela, que es la primera referencia a la figura de Drácula, está muy por debajo del personaje creado. Hoy en día no hay nadie que no haya escuchado hablar de Drácula, que no haya temido en su niñez encontrárselo por una calle oscura, pero muy pocos reconocen el nombre de Polidori como su creador.

Cada historia de miedo que contamos a nuestros hijos, que escuchamos o leemos en un libro, nos retrotrae a Villa Diodati. Ahí están todos los elementos que han conformado las noches de terror de nuestras vidas. Es un viaje pendiente que mi pasión por las historias de terror no puede eludir, de la misma forma que me obligo a visitar los cementerios de las ciudades a las que voy o las criptas de las iglesias. Tal vez todo esté unido por un fino hilo que arranca en Villa Diodati, en 1816. Tras ese verano, los cinco amigos prosiguieron su viaje hacia Italia y Grecia. Ya nunca sería igual, desde luego. Todos, menos Claire Clairmont, murieron muy jóvenes. Quizá eso también se dejó escrito en Villa Diodati.

Lord Byron deja su firma

en el templo de Poseidón

No resulta tan fácil llegar al cabo Sunión. Fui en mi segunda visita a Grecia. Como aquel agosto el país vivía la peor oleada de incendios en décadas, muchos monumentos de Atenas estaban cerrados. La Acrópolis adquirió un color grisáceo y se respiraba ceniza en el ambiente. Tenía la sensación de que los persas estaban al otro lado de las colinas, quemando los campos para avisarnos de su presencia.

Salimos de la capital y nos dirigimos al sur. No podía quitarme de la cabeza la idea de visitar el templo de Poseidón, en cabo Sunión, antes de convertirse en agua. Es un lugar mítico para todos los amantes del mundo clásico por varios motivos: el primero, porque Poseidón, el dios del mar y de los terremotos, siempre resulta una deidad esencial para entender lo que fue Grecia en el Mundo Antiguo. Estuvo en todos los líos posibles, en la fundación de Atenas, en la guerra de Troya, en los naufragios de Ulises y en cada sismo que castiga al país heleno. El segundo motivo es casi fetichista. Allí, Lord Byron dejó escrito en la piedra su nombre. Me molesta la gente que va por el mundo haciendo notar su presencia, como Washington Irving en la Alhambra, y los millones de personas que firman sus iniciales con corazones al subir a la cúpula de Santa Maria del Fiore, en Florencia, o en San Pedro del Vaticano. Presencié cómo tuvieron que cerrar el Pont des Arts, en París, porque el peso de los candados (la última horterada de nuestra era) amenazaba con derribar el puente. El viajero, cuanto más discreto, mejor. Pero claro, yo no soy Lord Byron. A Lord Byron hay que buscarlo.

Y eso hice. A pleno sol, a las tres de la tarde, vigilado de lejos por un guardia de seguridad que se refrescaba a la sombra de una columna torcida. Saboreaba los últimos momentos de un verano que llegaba a su final. Pensé en las veces que aquel guardia habría tenido que llamar la atención a la gente que, emulando a Byron sin saberlo, quiso dejar su firma en el mármol.

El poeta inglés tuvo una vida intensa. Nació rico y pobre a la vez, heredero de un apellido ilustre en la genealogía de aristócratas ingleses, con un castillo con lago, pero con unas deudas enormes. Pasó media vida escribiendo sobre mujeres casadas, sirviendo de escándalo a una sociedad mojigata, viajando por toda Europa en busca del ideal de belleza y apuntándose a todas las causas perdidas. Grecia fue la más maravillosa de todas, pero también la que pudo con su vida. Murió con 36 años. El poeta inglés viajó a Grecia pero no para hacer de grandtourista, sino para luchar por su independencia contra el Imperio otomano. Aquella fue una guerra liberal, en la que las potencias europeas mandaron a jóvenes intrépidos para no mancharse demasiado las manos, pero sí justificar el apoyo prometido. Y también la tajada correspondiente. Algunas islas como Corfú no fueron devueltas a Grecia hasta bien entrado el siglo XIX.

Lord Byron fue a luchar a Grecia, pero apenas empuñó un arma. Me imagino qué tuvo que sentir al llegar a Atenas, a esa ciudad de pastores, empequeñecida por veinte siglos de insignificancia histórica. Él había estado en Roma, en donde las ruinas son una presencia viva reconciliable con el espíritu, pero Atenas ya no era una ciudad, sino un despojo de la historia abandonada. Subiría la colina del Areópago y contemplaría la Acrópolis, toda derruida gracias a que los venecianos almacenaron pólvora en el interior del Partenón y un bombardeo hizo saltar los mármoles en mil pedazos. Lord Elgin, otro ilustre inglés, se encargó de recoger lo que quedaba por la explanada y en 1816, el verano en el que Byron andaba ocupado en el lago Leman, el Gobierno británico compró los supervivientes de Fidias para el Museo Británico. Y

ahí siguen.

La escena tuvo que resultar impactante para el poeta romántico, pero lo que él buscaba precisamente en sus viajes eran ruinas. Ahí las tenía, en su mayor expresión posible. Ruinas antiguas y modernas. En el cabo Sunión se encontraba el templo de Poseidón, donde pudo mezclar Byron el color anaranjado de los atardeceres con un poco de historia enterrada. Así llegó hasta ese lugar del Ática y de esta forma estampó su nombre en la piedra, tan antigua como la del Partenón cuando Roma aún estaba en pañales.

Baste decir que no pude encontrar la inscripción de Byron. Un cordón de seguridad me impedía acercarme lo suficiente para que mi búsqueda resultase fructífera. Leí otras, tal vez más antiguas que la del poeta inglés, pero eran apellidos tan desconocidos como inapropiados. El bueno de Byron murió en Missolonghi, una ciudad costera entre Ítaca y Lepanto, para hacer de su muerte un acontecimiento más mítico. Entre Ulises y Cervantes el principal poeta del Romanticismo inglés se despidió de una forma que poco tiene que ver con la heroicidad. Unas fiebres, un mal tratamiento médico (las sangrías a las que lo sometieron los médicos llegaron a extraerle dos litros de sangre) y unas condiciones higiénicas mejorables acabaron con él. Su cuerpo fue repatriado antes de que Grecia cumpliera con el destino y firmara la independencia.

Hoy Byron es un héroe trágico griego, tal vez a la altura de los escritos por Eurípides, Sófocles y Esquilo. No en balde su firma convive con los dioses antiguos y habla la dialéctica del mármol, un elemento que expresa por sí solo el amor por la herencia clásica. Tal vez, junto a Cavafis, Byron pueda considerarse uno de los últimos griegos antiguos que existieron en nuestra época. Así me gusta recordarlo, en la Linterna de Lisícrates, en el barrio ateniense de Plaka, tomando un vino en honor de los que dejaron todo para perseguir las huellas del mundo clásico.

Stendhalazo fuera de sitio

Siento pudor al reprochar ciertas actitudes a escritores consagrados, pero lo que me sucede con Stendhal, a pesar de la veneración que siento por su obra, me obliga a hacer un alto en el camino. Probablemente todo viajero haya escuchado hablar del síndrome de Stendhal. Es un comportamiento psicosomático que se produce en toda persona que se siente abrumada por la belleza. Se inicia con un cansancio radical. Las articulaciones pesan como si por las venas corriese plomo. Después, se suda hasta el extremo y la fatiga se apodera del cuerpo. Los mareos no tardan en llegar, hasta que se pierde la consciencia. Hay gente muy apasionada que llora viendo una ópera, leyendo un libro, observando un cuadro. Pero este síndrome va mucho más allá. Hablamos de que el cuerpo se anula y la mente no puede soportar más estímulos estéticos. No es algo que esté relacionado con las cuatro horas de cola a cuarenta grados que cualquier turista soporta para contemplar el *David* de Miguel Ángel. Es pura emoción desbordante, lo que los griegos llamaban «catarsis».

No soy quién, como decía, para juzgar los sentimientos de otras personas. Pero mis reticencias aparecen a causa del lugar en el que se manifestó esa sensación en Stendhal. Él no lo llamó síndrome, por supuesto. Eso fue la psicología, que hace unas décadas decidió relacionar muchos casos similares al que relató el escritor francés. La mayoría de ellos se habían producido en Florencia. Stendhal escribió en *Roma, Nápoles y Florencia* sus primeras impresiones artísticas

sobre Italia. Es una obra concisa y llena de comentarios sagaces. Todo empezó cuando describió el momento en el que visitó la Santa Croce. Sucedió en 1817, año de publicación del libro. Confiesa Stendhal que a la salida de la iglesia florentina empezó a latirle el corazón de forma desmesurada. Se sintió agotado y temió caer por las escaleras. He aquí el stendhalazo, la emoción suprema después de meses de visitar buena parte de Italia.

Florencia es una ciudad excelsa. Pocas urbes son capaces de reunir tantas obras de arte en tan breve espacio. Desde que el viajero desciende del tren en Santa María Novella se enfrenta a todo tipo de monumentos susceptibles de emocionar hasta la extenuación. Yo nunca he llegado a tal extremo, lo confieso, pero tal vez estuve cerca de esa sensación descrita en las tumbas Mediceas de San Lorenzo, o en el interior del Baptisterio de San Giovanni, en la logia dei Lanzi, observando de espaldas el *Perseo con la cabeza de Medusa*, y en el fondo la copia del *David* y la pared dorada del Palazzo Vecchio. Hay decenas de lugares en Florencia capaces de sonsacar las lágrimas, el aturdimiento, la extenuación. Un atardecer en el Ponte Vecchio. *La Venus de Urbino* de Tiziano en los Uffizi o la *Judith decapitando a Holofernes* de Artemisia Gentileschi. O incluso la capilla Brancacci con los frescos de Masaccio, en Santa María del Carmine. Se me ocurren tantos lugares como recuerdos inolvidables me ha dejado la ciudad. La escalinata del patio interior del museo del Bargello, bajo la atenta mirada del *David* de Donatello. Pero a Henri Beyle, alias Stendhal, le dio el aire justo en la iglesia más prescindible de Florencia, una ciudad plagada de iglesias que por sí solas explican buena parte de la historia del arte.

Me explico ante posibles escandalizados. La Santa Croce no es un lugar vulgar. Ni mucho menos. Pero tampoco es la panacea florentina. Para empezar, la iglesia que observamos en nuestros días no es la que vio Stendhal en el lejano 1817. La fachada se concluyó en la década de los cincuenta del siglo XIX. Su aspecto tenía que ser tan árido como hoy nos parece la fachada de San Lorenzo. Ladrillo terroso de aire desgastado, llamando al mármol por pura necesidad vital. Las fachadas de las iglesias florentinas tienen, salvo notables excepciones como la de Santa Maria Novella, diseñada por Alberti, un déficit artístico. El Duomo, por ejemplo, vio concluida la fachada en 1887, con un estilo neogótico que desmerece el conjunto de la obra.

Eso en cuanto al aspecto exterior. La Santa Croce, en su interior, es un templo que combina los pilares de ladrillo con los arcos apuntados, sin bóvedas, sustituidas por techumbres de madera. Una iglesia que ha ido cambiando a lo largo de los siglos según las necesidades de la época. Siempre fue considerada una especie de casa añorada para los exiliados florentinos. Y de estos hubo muchos. La municipalidad encargaba los cenotafios a sus hijos más ilustres por si alguno decidía volver por la ciudad, vivo o muerto. Y claro, hoy en día, es un cementerio de tumbas vacías. Allí espera la tumba de Dante cubrir su cuerpo, enterrado desde hace siete siglos en Rávena, en un mausoleo romántico pero digno. El de la Santa Croce apesta a siglo XIX, tal vez por eso no merece Florencia recuperar el cuerpo de su hijo más ilustre.

Probablemente Stendhal no vio el cenotafio de Dante, pero sí la tumba de Miguel Ángel, un derroche manierista (de los últimos de la ciudad) diseñado por Vasari, un conglomerado de obras que el propio Miguel Ángel no hubiera firmado, pero que intentan imitar su estilo: en la parte inferior las esculturas que sostienen el catafalco de mármol recuerdan a los personajes de las tumbas Mediceas de Lorenzo y Juliano, en la sacristía de San Lorenzo; el busto que conmemora la imagen del escultor está inspirado en el que realizó Daniele Volterra; la parte superior juega con un trampantojo y unos frescos de colores vivos, como los del *Juicio Final* de la Sixtina.

Demasiados fuegos artificiales para una tumba.

La Santa Croce quiso ser, a finales del siglo XIX, una especie de panteón oficial de la italianidad, donde descansasen los restos de los principales artistas de la historia italiana, ergo florentina. El proyecto quedó inconcluso, porque a los muertos es difícil moverlos de sus sitios. Pero de todas formas, el templo, sin ser aún ese espacio de homenaje que posteriormente se le asignó, no deja de tener una estética discutible, sobre todo comparándolo con otros de su entorno.

¿Por qué entonces sufrió el stendhalazo precisamente ahí, un hombre que había visitado San Luigi dei Francesi, Santa Sabina, el jardín del Palacio Farnese, San Carlo alle Quattro Fontane, todos ellos templos y lugares de Roma que superan en belleza a la Santa Croce? Desconozco los motivos. Intento indagar en la cuestión a través de sus escritos y poco más dice el escritor francés sobre el asunto. Pero me indigna hasta cierto punto que el momento de catarsis artística más conocido en la historia del arte haya sucedido en un lugar que, bajo mi humilde punto de vista, merece la visita solamente como complemento a la capilla Pazzi, en un lado del templo. Esa sí es una de las joyas menos visitadas de Florencia.

Si tuviese que escoger un lugar en el que sufrir el stendhalazo sin duda sería el Panteón de Roma. No hay otro lugar en el mundo que me sorprenda tanto como él. A pesar de haberlo visitado en decenas de ocasiones, cada vez se renueva mi emoción y siento que es el primer encuentro, sobre todo si llego desde vía Giustiniani o vía degli Orfani, cuando no lo espero y lo contemplo de frente. También me sentí muy emocionado la primera vez que contemplé Santa Maria in Trastevere o el interior del Gesù. Todas ellas representan experiencias que guardaré en mi memoria para siempre, aunque no me produjeron palpitaciones ni pérdidas de conocimiento. Lamento llevarle la contraria a Stendhal, pero hay lugares más hermosos en el mundo que la Santa Croce, lugares por los que merece la pena perder la conciencia.

Schliemann abre un libro

Aquiles traspasó el cuerpo de Héctor y contempló las murallas de Troya. La ciudad ya olía a muerto. Su cólera se fue apagando por las páginas de aquel libro que al pequeño Heinrich Schliemann le había regalado su padre de niño. Su infancia fue una lectura continua. Héroes homéricos, una playa griega, una estatua semienterrada en la arena. Después, el tiempo fue pasando y, como suele suceder, ningún día puede vencer a los de la niñez.

Schliemann dejó las facturas y la vida de comerciante para seguir viviendo en las páginas de los libros. Entre todos había un único autor. La literatura, tras Homero, no había sido más que un simulacro. Cualquier lectura nace de la playa troyana. Todos los personajes escritos llevan en la sangre a Ulises, a Héctor, al melancólico Néstor. Todos comparten la nobleza de Príamo y la ira de Aquiles. Temidos y añorados, son todos sombras de la *Ilíada.*

El libro llevaba tres milenios leyéndose como una fábula. Pero Schliemann quiso demostrar que la letra salta a la vida en algunas ocasiones escogidas. Viajó a Ítaca, la patria del náufrago eterno, y buscó entre las ruinas llenas de perros desolados el palacio de Ulises. Luego compró un terreno frente a la colina de Hisarlik. Su único mapa era la palabra de Homero. No había cruz que marcase el destino. Recitó los versos como hizo durante su infancia y cavó un hueco en la

tierra. Allí estaba Troya, oculta de las miradas de la historia, deseosa de apagar sus fuegos de olvido.

Schliemann revolucionó el mundo de la arqueología y de los libros. En un tiempo legendario, había existido un ejército griego que había destruido la ciudad de Troya. Había consumido con antorchas las murallas más altas del Mundo Antiguo y había hecho de sus palacios una planicie de sal donde no creciese la hierba. Pero de ella surgió un mundo poderoso, indestructible. El arqueólogo alemán resucitó Troya, y con él a los Aquiles y Héctor de todas las generaciones de la humanidad. El suyo fue un viaje hacia la patria sentimental de los hombres. Nos reconcilió con nuestro legado griego. Los niños sueñan con ver Troya tras sus murallas y anhelan la verdad de sus piedras. Ahí está Troya, leída y vivida. A los pies del caminante.

Un cementerio lleno de viajeros

La primera vez que visité el cementerio Acattolico de Roma fue en una cita. No es un lugar propicio para Eros, pero los pasos nos condujeron allí. Ella era arqueóloga, por lo que pasear por Roma a su lado convertía cada calle en un viaje por el tiempo. Tenía la capacidad de resucitar el espacio. Con sus palabras, las pobres columnas que luchaban por no ser polvo de mármol se elevaban y adoptaban su forma original, con todo el esplendor del Mundo Antiguo. Fuimos hasta el Jardín de los Naranjos, en el punto más alto del Aventino. Le propuse ese lugar sin saber que allí las parejas romanas iban a besarse. Bajo los naranjos no hubo beso, claro, pero al bajar hacia la ciudad, por el Circo Massimo, ella me propuso visitar el Acattolico, el cementerio al lado de la pirámide Cestia, el lugar en el que los protestantes eran enterrados desde el siglo XVIII. Descendimos la colina, en un paseo agradable de mediados de marzo, con las manos en los bolsillos por temor a resbalar en las intenciones, sin saber que estaba a punto de conocer uno de los rincones más insólitos de Roma.

El cementerio es un trasunto de viajes que salieron mal. La mayoría de las tumbas tienen nombres ingleses y alemanes. Pertenecen a jóvenes que murieron durante su estancia en Roma. Está lleno de grandtouristas, de personajes de aspecto legendario que dejaron escritas páginas y páginas de su amor por la urbe. Descansan fuera de las murallas de la ciudad, porque un no católico no podía estar enterrado intramuros, aunque su fe diferente los compensó con una parcela llena de árboles, donde la hierba crece a voluntad y se inmiscuye en las lápidas, ganando la sombra del musgo y formando caminos fortuitos donde la distancia no es suficiente para perderse, pero sí para pasar horas al fresco reflexionando sobre el sentido de la vida.

La tumba de Keats contiene tal vez el epitafio más hermoso de cuantos se hayan escrito, junto al de Rafael en el cenotafio del Panteón. Roma es una ciudad lapidaria. Una urbe que desde su nacimiento mantiene una relación especial con la muerte. Nació de una pena máxima, la de Rómulo contra Remo. Por ella los ejércitos morían. Sus gobernantes, los papas, solo soltaban el poder con los pies por delante. Los viajeros de todo el mundo anhelaban ver por última vez la ciudad cuando los años los alejaban de ella. Keats lo resumió en su epitafio, muerto con apenas veintiséis años: «Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua». Falleció de tuberculosis. Ya enfermo, escuchaba al ruiseñor cantar por las mañanas en su casa de Piazza Spagna, una música que ascendía por la escalinata hasta su habitación. Vivió poco, pero le dio

tiempo a conocer Roma.

El paseo por el cementerio protestante permite contemplar la parte oculta de la pirámide Cestia. En aquella cita la arqueóloga me quería enseñar la tumba de Antonio Gramsci, el escritor comunista que retó a Mussolini en los años oscuros del fascismo. Entre tanto, descubrimos la tumba de Shelley y la de Goethe. Yo pensé que era la del escritor de *Fausto*, pero las fechas no coincidían. Se trataba de su hijo, otro joven grandtourista que murió en su idilio romano al caerse de un carruaje, mientras creía descubrir el pasado clásico en cada esquina.

El cementerio Acattolico habla de finales, como cualquier necrópolis. Pero este, tal vez, adquiere una dimensión más trágica. Sus tumbas recuerdan a viajeros que no debieron morir allí, cuyo desenlace se precipitó lejos de su hogar, en una ciudad, como es Roma, acostumbrada al drama y a la muerte. Roma hizo del culto al más allá una civilización desenterrada. Institucionalizó una religión con la esperanza de vencerla. Desarrolló un arte, el Barroco, que entendió la muerte como un espectáculo de luces y formas. Llegar a Roma, en sí, esconde parte de una victoria efímera. Es la ciudad que ha vencido al tiempo, el espacio donde la piedra, la tierra y el agua se unen para construir la ruta hacia el presente. Roma vive del pasado, una sustancia hermosa que impregna sus monumentos, extensiones de los atardeceres más bellos del mundo. Hasta allí acuden todos los viajeros, confundiendo sus pasos y superando los caminos, en una intensa lucha por vencer lo efímero. Y a veces lo consiguen. El cementerio Acattolico es un lugar escogido para creer, aunque sea por un instante, que la vida permanecerá siempre, que es posible vencer a la muerte, luchar contra el olvido. Que la vida está compuesta de cientos de viajes, ajenos y propios, pero todos determinantes. El de este libro acaba en un cementerio lleno de viajeros. Hombres y mujeres que con sus lápidas enseñan al *Homo viator* todo cuanto hay de hermoso en la vida. Un lugar al que volver. El viaje al que no se puede renunciar.

Bibliografía escogida

ABBAGNANO, N., *Manual de filosofía*, vol. I, Barcelona, Hora, 1994.

ABE, N., *El hombre que salvó a los cerezos*, Barcelona, Anagrama, 2021.

AMUNDSEN, R., *Polo sur, relato de la expedición noruega a la Antártida del Fram, 1910-1912*, Madrid, Interfolio, 2011.

AUSTER, P., *Fantasmas*, Barcelona, Anagrama, 2006.

BARICCO, A.. *Seda*, Barcelona, Anagrama, 2020.

BATTUTA, I., *A través del Islam*, Madrid, Alianza, 2005.

BIRD, I., *Japón inexplorado*, Madrid, La Línea del Horizonte, 2018.

BORGES, J. L., *Siete noches*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

BURCKHARDT, J. L., *Vida y viajes de John Lewis Burckhardt*, Barcelona, Laertes, 1991.

BURTON, R., *Mi peregrinación a Medina y La Meca*, Barcelona, Laertes, 1999.

CABEZA DE VACA, A. N., *Naufragios y comentarios*, Madrid, Cátedra, 2018.

CALVINO, I., *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela, 2022.

CÁMARA MUÑOZ, A. y GÓMEZ LÓPEZ, C., *La imagen de la ciudad en la Edad Moderna*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, UNED, 2021.

CARRIÓ INVERINZZI, D. y CÁMARA MUÑOZ, A., *Historia del arte de los siglos XVII-XVIII. Redes y circulación de modelos artísticos*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, UNED, 2015.

CARVAJAL, G., *La expedición de Francisco de Orellana al Amazonas*, Madrid, Miraguano, 2020.

CONRAD, J., *El corazón de las tinieblas*, Barcelona, Península, 2020.

CORTES, H., *Cartas de relación*, Barcelona, Castalia, 2014.

D'ANGEVILLE, H., *Mon excursion au Mont Blanc*, París, Arthaud, 1994.

DAVID-NEEL, A., *Mi viaje a Lhasa*, Barcelona, Tushita, 2018.

DE LAS CASAS, B. (atribuido), *Diario de a bordo de Colón*, Madrid, Edaf, 2011.

DE RAMÓN, J. C., *Roma desordenada*, Madrid, Siruela, 2022.

DEFOE, D., *Robinson Crusoe*, Madrid, Alianza, 2020.

DÍAZ DEL CASTILLO, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Guillermo Serés, Madrid, RAE, 2015.

DUNN, D., *Bajo la sombra del Vesubio*, Madrid, Siruela, 2019.

DURRELL, L., *El cuarteto de Alejandría*, vol. 1, *Justine*, Barcelona, Edhasa, 2003.

ECO, U., *Las isla del día de antes*, Barcelona, Lumen, 1995

EGERIA, *Viaje de Egeria. El primer relato de una viajera hispana*, edición de Carlos Pascual, Madrid, Cuadernos de Horizonte, 2018.

EL ERIAN EL BASSAL, H., *El oriente visto como alteridad por algunos viajeros andalusíes y magrebíes de los siglos XII-XIV*, Universidad de Alicante, eHumanista/IVITRA 4 (2013), pp. 266-284.

ESLAVA GALÁN, J., *En busca del unicornio*, Barcelona, Planeta, 1987.

FLAVIO JOSEFO, *Autobiografía: sobre la antigüedad de los judíos*, Madrid, Alianza, 2015.

FULCANELLI, *El misterio de los catedrales*, Barcelona, Debolsillo, 2016.
GARCÍA MORALES, M. V., y SOTO CAVA, V., *El estudio del patrimonio cultural*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, UNED, 2017.
GIL, J., *Mitos y utopías del descubrimiento*; vol. I: *Colón y su tiempo*; vol. II: *El Pacífico*; vol. III: *El Dorado*, Sevilla, Athenaica, 2017.
GOMEZ, T., *L'invention de l'Amérique: mythes et réalités de la conquête*, París, Flammarion, 2014.
GONZÁLEZ DE CLAVIJO, R., *Embajada a Tamerlán*, Madrid, Miraguano, 2016.
HARRER, H., *Siete años en el Tíbet*, Barcelona, Juventud, 1994.
HERÓDOTO, *Historia*, Madrid, Gredos, 2006.
HESSE, H., *Siddhartha*, Barcelona, Debolsillo, 2012.
HOMERO, *Ilíada*, Madrid, Gredos, 2014.
—, *Odisea*, Madrid, Gredos, 2014.
KAPUSCINSKI, R., *Viajes con Heródoto*, Barcelona, Anagrama, 2008.
KAVAFIS, K., *Poesías completas*, Madrid, Hiperión, 1997.
KIPLING, R., *El hombre que pudo reinar*, Madrid, Nórdica, 2016.
LANE FOX, R., *Alejandro Magno, conquistador del mundo*, Barcelona, Acantilado, 2008.
LAWRENCE, T. E., *Los siete pilares de la sabiduría*, Madrid, De Bolsillo, 2022.
LÓPEZ DE GOMARA, F., *La conquista de México*, Madrid, Dastin, 2000.
MAALOUF, A., *Las Cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza, 2012.
MALRAUX, A., *Antimemorias. El espejo del limbo I*, Barcelona, Debolsillo, 2022.
—, *La reina de Saba*, Madrid, Península, 2018.
MARTÍNEZ LLORCA, R., *Mi deuda con el paraíso. Vida e ilusión del duque de los Abruzos*, Madrid, Desnivel, 2018.
MESSNER, R., *La montaña desnuda*, Madrid, Desnivel, 2018.
MONTAGU, M., *Cartas desde Estambul*, Madrid, La Línea del Horizonte, 2017.
MONTANELLI, I., *Historia de los griegos*, Barcelona, Plaza y Janés, 1961.
NERUDA, P., *Residencia en la tierra*, Madrid, Cátedra, 2005.
PÁNIKER, A., *La sociedad de castas. Religión y política en la India*, Barcelona, Kairós, 2014.
PASOLINI, P. P., *El olor de la India*, Barcelona, Península, 2017.
PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, Madrid, Alianza, 2017.
PAZ, O., *Vislumbres de la India*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 1997.
—, *Obra poética (1935-1998)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.
—, *El mono gramático*, Madrid, Austral, 2016.
PEISSEL, M., *Mustang, el reino perdido del Himalaya*, Barcelona, Juventud, 1980.
PIÑERO, A., *Los cristianismos derrotados*, Madrid, Edaf, 2007.
POLO, M., *Libro de las maravillas*, Madrid, Cátedra, 2005.
PSEUDO CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro Magno*, Madrid, Gredos, 1988.
RENDUELES, C., «Sir Richard F. Burton, el sincero disfraz del embustero», *ENDOXA*, 1 (13), Madrid, UNED, 2000, pp. 153-164.
RUSSELL, B., *Historia de la filosofía occidental*, vol. I, Madrid, Austral, 2010.
SAINT-EXUPÉRY, A., *Tierra de hombres*, Córdoba (Argentina), Berenice, 2016.

SÁNCHEZ DRAGÓ, F., *El camino del corazón*, Barcelona, Planeta, 2013.

—, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, Barcelona, Planeta, 2001.

SANCHEZ, J. P., «Mythes et légendes de la conquête de l'Amérique», Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1996, <https://books.openedition.org/pur/47916?lang=es>.

SATZ, M., *Bibliotecas imaginarias*, Barcelona, Acantilado, 2021.

SOUVIRON, B., *Hijos de Homero. Un viaje personal por el alba de Occidente*, Madrid, Alianza, 2008.

TAKIAZAWA, O., *La historia de los jesuitas en Japón (siglos XVI-XVII)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2010.

URQUÍZAR HERRERA, A. y CÁMARA MUÑOZ, A., *Renacimiento*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, UNED, 2017.

VALLEJO, I., *El infinito en un junco*, Madrid, Siruela, 2019.

VARGAS LLOSA, M., *El sueño del celta*, Madrid, Alfaguara, 2010.

VARTHEMA, L., *El viaje de Ludovico Varthema*, Madrid, Akal, 2010.

VERNE, J., *De la Tierra a la Luna*, Madrid, Akal, 2008.

VIRGILIO, P., *Eneida*, Madrid, Gredos, 2014.

WALTARI, M., *Sinuhé, el egipcio*, Barcelona, Debolsillo, 2011.

WELLS, H. G., *La guerra de los mundos*, Barcelona, Planeta, 2019.

WIESENTHAL, M., *Orient-Express. El tren de Europa*, Barcelona, Acantilado, 2020.

YOURCENAR, M., *Memorias de Adriano*, Barcelona, Edhasa, 1999.

Agradecimientos

Si bien es cierto que Ulises fue el único superviviente que llegó a Ítaca, no lo habría logrado nunca sin la ayuda de los demás marineros que partieron de Troya. Con ellos compartió el hambre y la sed, pero también la dicha de viajar. *Homo viator* es un libro de viajes y de viajeros, y el principal agradecimiento debe ir dirigido a todos ellos. Escribir es saldar deudas, lo mismo que viajar es contraerlas con los lugares visitados. Como, antes de ser viajero, soy lector, mi gratitud debe ir dirigida a todos aquellos autores que me han hecho construir mundos a partir del papel. Sin ellos nunca hubiese logrado llenar el mapa de cruces y este libro de vivencias. He viajado porque he leído. Y he leído porque otros viajaron antes que yo. Tres mil años después, viajar y leer siguen siendo paradas de un mismo camino, y eso es un hermoso homenaje al héroe homérico.

Suelo viajar acompañado, y eso significa compartir la memoria de los lugares que visito. No hubiese habitado el corazón de Homero sin Antonio Hernández durante un verano en busca de sitios arqueológicos y páginas en griego clásico. El destino nos arrebató Perú, pero nos ofreció a cambio el *Campus Stellae* y mil kilómetros de peregrinación. También este libro es un poco de José María Núñez Gimeno, por los meses en la India, en vagones de tercera recorriendo un continente herido. Él fue un escudo y un guía. Un amigo. El recuerdo de Roma me obliga a dar las gracias a Francisco Javier García Melenchón, el primer cicerone que tuve en la capital italiana. Y a Paco Ros, por la primavera romana del Lungotevere dei Mellini.

La aparición de este libro no habría sido posible sin Verónica y Roger, de Futuro Imperfecto, libreros y amigos que han demostrado que Lorca es una ciudad que quiere y necesita leer. Estoy en deuda con Óscar Martínez, por dejar entreabierto uno de sus «umbrales» en una tarde arquitectónica, presentando su libro. Y con Ángel Montiel, por prestarme su tinta durante el verano en el que escribí sobre viajeros, origen de este libro.

A Julio Guerrero, editor en Siruela, le estaré eternamente agradecido por confiar en este proyecto y por mejorar el libro con su experiencia y su olfato. Sin el trabajo de María Casas y Natalia Zarco el texto que han leído estaría plagado de imperfecciones. De ellas he aprendido el arte de la precisión. Gracias también a Alessandro Tedesco por abrirme las puertas de la Biblioteca Cardinale Carlo Maria Martini del Seminario Arcivescovile de Milán, en Venegono Inferiore. Su gestión permitió que me quedase a solas durante unas horas con Urbano Monti.

Ahora que Ulises ha llegado al final de su viaje quisiera ser honesto con mis orígenes y agradecerles a Pepe y a Patro, mis padres, la escritura de *Homo viator*. Su amor por mi les hizo costear muchos de mis viajes, como si fuese el heredero de un duque inglés que manda a su hijo a realizar el Grand Tour, sin esperar siquiera estos agradecimientos a cambio. También a Julio, mi hermano, porque fue mi héroe homérico en la infancia, y los héroes nunca dejan de acompañarnos.

Y por último a ti, Mercedes, porque has leído este libro demasiadas veces, muchas más de las que yo lo he escrito. Existe un momento en la creación de cada obra en la que se vislumbra el camino a seguir. En ese instante ya no hay marcha atrás. Sucedió en la vía Zamboni de Bolonia y

estabas a mi lado. Por tu constante apoyo, este libro es tuyo, y por tantas otras cosas que exceden estos viajes, pero que son, en sí, el mejor de todos los destinos.


MARE OCEANO